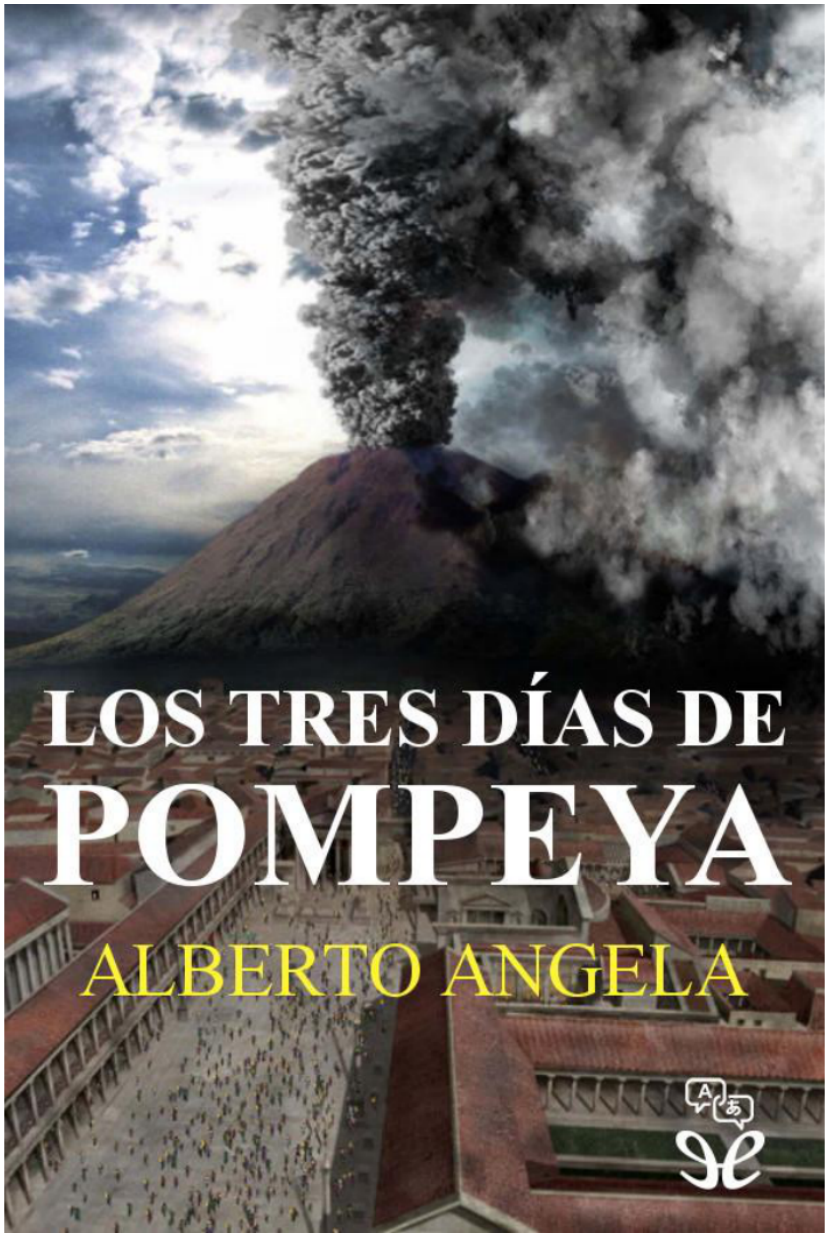

LOS TRES DÍAS DE POMPEYA

ALBERTO ANGELA

El 24 de octubre del 79 d. C. parece un viernes cualquiera en Pompeya, una ciudad habitada por unas doce mil personas que, como muchas otras en el Imperio, trabajan, van a las termas, hacen el amor. Pero a la una de la tarde el cercano Vesubio libera una cantidad de energía equivalente a cincuenta mil bombas atómicas y, en menos de veinte horas, bajo un diluvio ardiente de cenizas y gas, Pompeya es asfixiada por seis metros de piedra pómez, en tanto que el cercano Herculano yace enterrado bajo veinte metros de lodo compacto. Miles de hombres y mujeres intentan escapar, invocan a los dioses, pero encuentran una muerte horrible. Y hasta la época moderna no se descubrirán algunos de sus cuerpos, retorcidos por la desesperación de escapar.

Tras pasar muchos años estudiando la zona del Vesubio, con el apoyo de arqueólogos y vulcanólogos, Alberto Angela reconstruye como si estuviéramos allí los días que marcaron el trágico destino. Para sumergirnos en el ambiente de aquellos momentos, identifica a algunos personajes que históricamente existieron —la rica matrona Rectina, un cínico banquero, un ambicioso político…— y los sigue paso a paso, por un camino que aún hoy se puede hacer, a lo largo de las calles, el campo, las casas o los lugares públicos.

Alberto Angela

Los tres días de Pompeya

23-25 de octubre de 79 d. C.: hora a hora, la mayor tragedia de la antigüedad

ePub r1.0

Titivillus 08.02.2022

Título original: *I tre giorni di Pompei*
Alberto Angela, 2014
Traducción: Proyecto Scriptorium
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Las cartas de Plinio el Joven citadas en el texto están tomadas de *Cartas,* traducción de Julián González Fernández, Biblioteca Clásica Gredos.

Con permiso del Ministerio de Patrimonio y Actividades Culturales y Turismo - Superintendencia Especial para el Patrimonio Arqueológico de Pompeya, Herculano y Estabia n. 0016335 del 16/10/2014 y con permiso del Ministerio de Patrimonio y Actividades Culturales y Turismo - Superintendencia del Patrimonio Arqueológico de Nápoles n. 16569 del 11/07/2014.

NUNC EST IRA RECENS NUNC EST DISCEDERE TEMPUS SI DOLOR
AFUERIT CREDE REDIBIT AMOR.

La ira está aún demasiado presente, ahora es tiempo de marcharse.
Si el dolor desaparece, créame, el amor volverá.

PROPERZIO II, 5, 9-10.
(pintada sobre la pared de una casa de Pompeya)

Trama

23 de octubre de 79 d. C., una elegante dama de la nobleza de Herculano organiza un banquete. Entre sus invitados, un poderoso tribuno, una actriz famosa, un emprendedor sin escrúpulos… Solo veinticuatro horas después, el Vesubio desata el infierno. Es el mayor desastre del mundo antiguo.

El 24 de octubre de 79 d. C. parece un viernes cualquiera en Pompeya, una ciudad habitada por unas doce mil personas que, como muchas otras en el imperio, trabajan, van a las termas, hacen el amor. Pero a la una de la tarde el cercano Vesubio libera una cantidad de energía equivalente a cincuenta mil bombas atómicas y, en menos de veinte horas, bajo un diluvio ardiente de cenizas y gas, Pompeya es asfixiada por seis metros de piedra pómez, en tanto que el cercano Herculano yace enterrado bajo veinte metros de lodo compacto. Miles de hombres y mujeres intentan escapar, invocan a los dioses, pero encuentran una muerte horrible. Y hasta la época moderna no se descubrirán algunos de sus cuerpos, retorcidos por la desesperación de escapar.

Tras pasar muchos años estudiando la zona del Vesubio, con el apoyo de arqueólogos y vulcanólogos, Alberto Angela reconstruye, como si estuviéramos allí, los días que marcaron el trágico destino. Para sumergirnos en el ambiente de aquellos momentos, identifica algunos personajes reales —la rica matrona Rectina, un cínico banquero, un ambicioso político…— y los sigue paso a paso, por un camino que aún hoy se puede hacer, a lo largo de las calles, el campo, las casas o los lugares públicos. Este enfoque no solo presenta ante nuestros ojos la vida cotidiana (antes) y la muerte (después) como si se tratara de una asombrosa película, sino que también da respuestas nuevas e iluminadoras a preguntas intrigantes: ¿por qué nadie parecía ser consciente de vivir en las

laderas de un volcán asesino?, ¿por qué algunas elegantes *domus* se habían convertido en talleres artesanales?, y ¿qué unía a Plinio el Viejo, naturalista y almirante desaparecido en la tragedia, con la fascinante Rectina?

Muy detallado y puesto al día gracias a los estudios más recientes, se trata de un emocionante viaje al mundo antiguo, el impactante reportaje de una tragedia, un libro único que se lee como una novela y tiene la profundidad de un gran ensayo.

Es el año 79 d. C., bienvenidos a Pompeya.

Región V

Unas palabras antes de empezar

De la erupción que en el año 79 d. C. destruyó Pompeya, Herculano, Oplontis, Boscoreale, Terzigno y Estabia, siempre se habla a través de las víctimas, tratando de entender cómo encontraron su final. Este libro hará lo contrario: contará la tragedia a través de los supervivientes. En efecto, algunos se salvaron. ¡Tras una larga investigación han aparecido al menos siete! ¿Qué vieron? ¿Qué podrían revelarnos si estuvieran aquí?

Lamentablemente, tan solo uno de ellos, Plinio el Joven, describió el drama que experimentó en una de sus famosas cartas a Tácito. Pero de los siete, era el que se encontraba más lejos del desastre, a unos treinta kilómetros de distancia. Sin embargo, incluso estando tan alejado tuvo miedo de morir entre terremotos y nubes de cenizas. ¿Y los demás? Se encontraban mucho más cerca del volcán, pero no dejaron testimonios. De ellos conocemos el nombre, la edad, a veces incluso dónde vivían y en al menos dos casos podemos reconstruir el terror que sintieron y cómo vivieron aquellas terribles horas.

Aunque encontrar siete supervivientes casi dos mil años más tarde es todo un logro, no es suficiente. Sin embargo, hay también otra forma de tener una idea de lo que significaba vivir en Pompeya en aquellos días, justo antes de ser abrumado por una de las tragedias más colosales de la historia: buscar a otros que estuvieran presentes junto a los supervivientes. Por eso, en este libro pulularán alrededor de los supervivientes otras personas reales, que existieron de verdad: de muchos sabemos el nombre, la edad, el oficio, ¡a veces incluso la apariencia física y la historia familiar! Pero no podemos decir si murieron en la erupción o si también se salvaron. Por el contrario, del resto lo ignoramos casi todo, salvo que no lograron salvarse. Acabaron muertos, no pudieron escapar de aquel

infierno. Sus restos, descubiertos por los arqueólogos, han sido cuidadosamente recogidos y depositados en almacenes o se encuentran expuestos en vitrinas a la vista los visitantes.

Así pues, serán los supervivientes, los «posibles supervivientes» y las víctimas quienes nos harán revivir aquellas horas. Nuestra historia se desarrollará en torno a personas reales, no a personajes inventados, como los que casi siempre encontramos en películas o en muchos libros (el protagonista masculino, la protagonista femenina, el «villano», el buen esclavo ofreciendo platos de morenas, los dos gladiadores que acaban haciéndose amigos, etc.). ¿Para qué escribir un guion de película o una novela cuando existieron personas de carne y hueso con historias aún más interesantes?

En consecuencia, en este libro seguiremos a la gente común en las actividades que realizaron durante los últimos dos o tres días antes de la erupción, y descubriremos lo que tuvieron que afrontar en aquellas terribles horas que los separaban de la tragedia.

Obviamente no sabemos con detalle lo que hicieron. Nadie lo sabrá nunca: lo que está a punto de leer no son más que reconstrucciones plausibles de lo que hicieron, vieron y sintieron en su propia piel. La historia, sin embargo, discurrirá por lugares concretos, desde los callejones hasta las villas, llegando hasta las granjas en las laderas del volcán. Incluso los frescos de los que hablaremos son los mismos que se pueden ver hoy día en esos lugares. Reconstruiremos así un camino que nos permitirá explorar Pompeya, Herculano, Oplontis y sus alrededores, descubriendo, entre otras cosas, el verdadero aspecto de la vida en aquel entonces, muy diferente del que suele reflejarse en las novelas. De hecho, cada línea de texto se inspira en lo que se ha descubierto en las excavaciones y en las conclusiones a las que han llegado los arqueólogos acerca de cómo se vivía en aquel momento en Pompeya y en toda la zona costera afectada por la erupción. Pero también se basará en las conclusiones alcanzadas por vulcanólogos, historiadores, botánicos, antropólogos y expertos en medicina forense.

Antes de desearle una buena lectura, debo agregar dos importantes «notas al margen».

Para la datación de la erupción, que tradicionalmente se sitúa el

24 de agosto del 79 d. C., he decidido adscribirme a la tesis «otoñal» que, sobre la base de estudios y observaciones precisas, pospone la erupción dos meses, hasta el 24 de octubre del mismo año (para más detalles, consúltese el Apéndice al final del libro).

Todas las distintas fases de la erupción han sido reconstruidas basándose en los testimonios de la época y en el asesoramiento de los vulcanólogos. Lamentablemente, los documentos del siglo I d. C. no siempre son exhaustivos en sus descripciones, por lo tanto, para algunos fenómenos nos basaremos en las observaciones científicas realizadas en las recientes erupciones de volcanes con características similares presentes en nuestro planeta.

Y ahora, ¡buen viaje!

Nota.

En la lista que aparece a continuación se presentan, en orden de aparición, todos aquellos personajes cuyo recorrido seguiremos, vivan o mueran al final. Por el contrario, no aparecen los nombres de personajes que solo se mencionan o describen fugazmente.

Personajes

(por orden de aparición)

RECTINA (Rectina), dama aristócrata perteneciente a la élite romana: organiza un banquete en Pompeya que relata una hora después de la tragedia. Se salvará.

PLINIO EL VIEJO (Caius Plinius Caecilius Secundus), almirante, naturalista y escritor latino: lo descubrimos en el puerto de Miseno porque comanda la flota imperial.

ÉUTICO (Eutychus), esclavo de confianza de Rectina, a la que sigue en sus movimientos.

CAYO CUSPIO PANSA (Caius Cuspius Pansa), joven político de ojos de viperinos: lo encontramos en un almuerzo entre los poderosos en Pompeya.

CAYO JULIO POLIBIO (Caius Iulius Polibius), el verdadero jefe de los negocios de Pompeya: lo vemos entrar con desenvoltura en una taberna de «luz roja» de la ciudad.

LUCIO CECILIO JOCUNDO (Lucius Caecilius Iucundus), banquero de edad avanzada y de proverbial olfato para los negocios: recibe a una mujer rica y atractiva en su oficina en el Foro.

POMPONIANO (Pomponianus), rico propietario de una villa en Estabia: Plinio pasa sus últimas horas con él. Se salvará.

FLAVIO CRESTO (Flavius Chrestus), liberto de Estabia: va a jugar a los dados a un pequeño «casino» de Pompeya. Se salvará.

LUCIO CRASIO TERCIO (Lucius Crassius Tertius), propietario de una villa rústica: en el momento de la erupción corre para salvar su caja fuerte.

NOVELA PRIMIGENIA (Novella Primigenia), actriz famosa: la seguimos mientras camina por los callejones de Pompeya acostada en una litera junto a un hombre poderoso.

MARCO HOLCONIO PRISCO (Marcus Holconius Priscus), elegido *duoviro* gracias al apoyo del banquero Lucio Cecilio Jocundo, desaparece sin dejar rastro en la erupción.

AULO FURIO SATURNINO (Aulus Furius Saturninus), joven de una de las familias más queridas y veneradas de Pompeya, tiene un asunto con Rectina. Se salvará.

CESIO BAJO (Caesius Bassus), poeta sensible, amigo de Rectina: en Pompeya se aloja en un hotel de cinco estrellas de A. Cosio Libano.

TITO SUEDIO CLEMENTE (Titus Suedius Clemens), tribuno inflexible enviado a Pompeya por el emperador Vespasiano: nos encontramos con él mientras realiza una importante inspección a la ciudad. Se salvará.

N. POPIDIO PRISCO (N. Popidius Priscus), enriquecido con el comercio del vino y la producción de azulejos, también posee un horno. ¿Podría haberse salvado?

AULO VECIO CONVIVA y AULO VECIO RESTITUTO (Aulus Vettius Conviva y Aulus Vettius Restitutus), esclavos hermanos, enriquecidos después de ser liberados, viven en una de las *domus* más hermosas de Pompeya.

A. COSIO LÍBANO (A. Cossius Libanus), liberto de origen judío, hospeda a Cesio Bajo en su elegante hotel en Pompeya.

APOLINAR (Apollinaris), médico personal del emperador Tito, está de paso en Pompeya, donde visita a Rectina.

MARCO EPIDIO SABINO (Marcus Epidius Sabinus), el «Quintiliano» de Pompeya, es candidato a las elecciones como *duoviro* y propietario de la rica *domus* que hospeda a Tito Suedio Clemente en Pompeya.

ESTALIANO (Stallianus), fontanero de Pompeya, ha venido a reparar las tuberías de agua dañadas por los terremotos recientes.

CLODIO (Clodius) vende capas en su tienda a la entrada de las termas: intenta una huida desesperada junto con su familia.

MARCO CALIDIO NASTA (Marcus Calidius Nasta), vendedor ambulante de estatuillas sagradas, trabaja bajo el pórtico de los Olcones.

LUCIO VETUCIO PLÁCIDO (Lucius Vetutius Placidus), propietario de uno de los restaurantes más bellos de la vía de la

Abundancia: ¿dónde esconde su dinero?

ASCULA (Ascula), esposa de Lucio Vetuzio Placido, es muy celosa.

ZÓSIMO (Zosimus), en su caótica tienda vende ánforas, lámparas de aceite y jarrones.

FÉLIX, pescador de Herculano, gracias al volcán hace pescados milagrosos.

AULO FURIO SATURNINO (PADRE) (Aulus Furius Saturninus), caballero y sacerdote a cargo del culto a Júpiter, es uno de los benefactores de Herculano.

JULIA FELIZ (Iulia Felix), mujer emprendedora con ideas muy modernas, la conocemos mientras conversa con Rectina en la Villa de los Papiros.

MUJER DE LUCIO CECILIO JOCUNDO, su decisión de pasar la noche en su propia granja a las afueras de Pompeya será fatal para ella.

LUCIO CECILIO AFRODISIO (Lucius Caecilius Aphrodisius), uomo di fiducia del banchiere e custode del tesoro: cerca di salvarsi in una cisterna.

TIBERIO CLAUDIO ANFIO (Tiberius Claudius Amphio), administrador de la granja del banquero, se acurruca alrededor de su amante para protegerla.

LUCIO BRICIO EROS (Lucius Brittius Eros), liberto en la Villa de la Pisanella, trata de salvarse hasta el final.

FAUSTILA (Faustilla), usurera, trata de cobrar sus créditos incluso durante la estampida general.

Nota.

Todas las citas al comienzo de cada capítulo son pintadas encontradas en las excavaciones de Pompeya y Herculano.

«Rectina, cuenta…»

Unos años después de la erupción.

SI MEMINI.
Si rememoro…

Son ojos profundos y oscuros que brillan en las sombras. Cualquiera que se cruce con su mirada se siente inmediatamente atraído por el calor inusual que emanan, un calor mediterráneo, de una mujer mediterránea. El óvalo perfecto de la cara está enmarcado por su cabello negro. Es tan ondulado que dibuja olas oscuras, negras como la noche, lamiendo y rompiendo la blancura de la cara, como las olas en las playas de Campania, donde nació y vivió.

Poco aporta el ancho collar de oro con pequeñas perlas y esmeraldas que sube y baja suavemente sobre su pecho, al ritmo de la respiración, como un casco acunado por el mar. Superfluas son también las dos serpientes de oro macizo y ojos esmeralda que surcan sus antebrazos en estrechas espirales. Incluso las preciosas túnicas de hilos de seda y oro, con cortinas sinuosas que descienden del *triclinium* donde está acostada, parecen muy poca cosa en comparación con el encanto que de ella emana hacia todo el salón del banquete.

Reclinada en su triclinio de color ocre, con el codo izquierdo elegantemente apoyado sobre un suave cojín, escucha atentamente al hombre que habla con ella, también recostado a poca distancia. Encantador, bronceado y de hombros anchos, con cabello canoso y los labios carnosos: cuando sonríe se crean radiantes arrugas alrededor de sus ojos y boca.

No están solos en este banquete, hay muchos otros invitados, recostados alrededor en otros tantos triclinios, siguiendo la estricta

etiqueta romana. Habitualmente, si hay más de una persona por cama, se disponen en forma de «espina de pescado», una al lado de la otra. Todos hablan alegremente, rodeados de paredes multicolores, frescos enmarcados, arquitectura falsa y paisajes imaginarios.

Desde la ropa hasta las casas, el romano es un mundo colorido, mucho más que el nuestro, hecho de paredes blancas y ropa oscura. Incluso el piso está cubierto con mosaicos de colores, con geometrías y marcos variopintos, elaborados con baldosines tan menudos como para parecer, a primera vista, una pintura.

El salón de banquetes se abre a un gran jardín interior, rodeado por una columnata, con plantas ornamentales perfumadas, que los jardineros expertos han «esculpido» dándoles las formas más variadas. Algunos pavos reales caminan entre las plantas y se pueden ver fuentes con estatuas de bronce, que dirigen el chorro de agua hacia pequeños cuencos de mármol.

Varios sirvientes llevan bandejas de plata con todas las delicias, desde sabrosos bocados de avestruz a degustaciones de morenas ahumadas en salsas picantes, al cabrito con miel, a la fruta de temporada: higos secos, nueces, dátiles del norte de África.

Consiguen atraer nuestra atención hacia las mesitas ubicadas frente a los triclinios; en efecto, entre los platos y vasos de vidrio soplado se pueden ver pequeñas estatuas de bronce. Representan ancianos muy delgados, completamente desnudos, con un miembro enorme, que sostienen bandejas de plata con dulces y frutas al gusto. Son símbolos de buena suerte y fertilidad. Aquí y allá también hay esqueletos de plata de unos diez centímetros de largo: las *larvae conviviales,* que recuerdan a todos que la vida es corta, que es un regalo que hay que saborear y que siempre hay que intentar reír o sonreír. Como en los banquetes, por cierto. Una mano coge algunos higos secos de una de estas bandejas de plata: estamos en otoño.

En medio de todo aquello también declama un poeta que, en un rincón de la casa, acompañado por músicos, recita composiciones que nadie escucha. Pero es esta música la que se introduce en la cabeza de la mujer, inculcándole un sutil veneno: ese tipo de música… no es nueva para ella. Un antiguo recuerdo aflora; no está aún bien definido, pero viene asociado a un estado de ansiedad que

comienza a abrirse camino. Y luego esa mano que toma higos secos… Una escena ya antes vista. ¿Pero dónde? De repente, el banquete es interrumpido por una potente y estentórea carcajada. Es un comensal gordo, canoso, acostado un poco más lejos, que habla y se ríe, con la boca llena de comida, junto a otro invitado. También la mujer ha oído ya una risa similar, en una situación idéntica a esta. Fue en otro banquete… Sí, ahora lo recuerda: el último banquete en su casa antes de la gran tragedia.

Los ruidos, las palabras, la música se desvanecen de repente, todo parece amortiguado a los ojos de la mujer, como si se desarrollase a cámara lenta. Mira a su alrededor, escrutando los rostros de los invitados, y comienza a ver el otro banquete: su mente, como en un perverso retorno en el tiempo, borra algunas de esas caras y las reemplaza por otras. Y así aparecen gradualmente, uno a uno, los invitados que estaban en su casa antes de la erupción. Parecen serenos, sonrientes, charlando y riendo relajados. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué final hallaron? Su mirada se abate y busca refugio en la mesa junto a su triclinio, pero encuentra las estatuillas de bronce y plata y no puede eludir lo que ve: el esqueleto con esas cuencas vacías e inexpresivas y costillas que parecen una jaula de la que la vida se ha escapado. Y luego la estatuilla del anciano, con esas mejillas hundidas y la boca abierta como si tratara de gritarle algo, pero el grito se atragantara en su garganta. Ya no es una escultura de bronce, se convierte en un recuerdo: son expresiones que ya ha visto, llenas de un dolor indescriptible y de desesperación, de alguien a quien vio morir.

Durante mucho tiempo ha tratado de no recordar, de dejarlo todo atrás, de no afrontarlo… Nunca ha hablado con nadie sobre aquello, nunca le ha contado a nadie la tragedia que vivió, nunca ha querido decir lo que vio y experimentó durante las terribles horas de la erupción. Siempre se ha parapetado en el silencio: demasiado dolor y demasiado grande la tragedia.

Pero no es posible borrar y dejar atrás los traumas, tenemos que dejarlos salir, desahogarnos, contarle a alguien nuestro dolor. Y mejor hacerlo cuanto antes, de lo contrario te corroe el cuerpo desde el interior, como un parásito.

Y eso es lo que le está sucediendo ahora a ella: los recuerdos que había enterrado están resurgiendo desde un rincón remoto, oscuro y

profundo de su mente, como un tiburón que emerge lentamente de las profundidades. Sus negros ojos se dilatan; su expresión, tan imbuida de calidez, sensualidad y seguridad, se desvanece. Alza la vista, parece la de un náufrago buscando una tabla donde agarrarse entre las olas… Como manos extendidas, sus ojos comienzan a buscar desesperadamente una cara, una palabra, cualquier cosa a la que agarrarse. Pero no encuentran nada. Gira la cabeza, sudores fríos le humedecen las sienes, siente una repentina náusea, ya no puede mover las piernas y sus brazos también parecen muy pesados. Y luego la sensación de que el corazón está a punto de explotar, de que algo inminente e inmenso está a punto de abrumarla.

Muchos invitados se han dado cuenta de que algo le está pasando, una impresión agravada por el ruido metálico de la copa de plata que, escurriéndose de su mano, cae al suelo. El hombre que estaba hablando con ella se levanta, se acerca, pero los ojos de la mujer están ahora aterrorizados y miran a lo lejos. Está volviendo a aquellas horas. Era su destino regresar tarde o temprano a ese infierno y revivirlo, antes de dejarlo para siempre en el pasado.

El hombre se ha dado cuenta y tan solo le dice una cosa: «Rectina —dice—, ha llegado el momento…». Todos los invitados se callan y se acercan a escuchar. Saben que ella es una de las pocas supervivientes del área más afectada por la erupción.

Esas palabras sonaron en la habitación como una llave destinada a una puerta que llevaba cerrada demasiado tiempo. Y esa puerta se abre ahora de par en par a una mañana del año 79 d. C.

Nos encontramos a bordo de un velero, a nuestro alrededor se escuchan el sonido de las olas que golpean suavemente el casco y los graznidos de las gaviotas. Ante nosotros, la costa de Campania…

La aristócrata y el almirante

Mar Tirreno, a la vista de Miseno.
22 de octubre de 79 d. C., 8:00; faltan 53 horas para la erupción.

AV(E) PU(EL)LA.
Buenos días, hermosa muchacha.

Las manos huesudas del timonel aprietan firmemente las cuerdas, desgastadas por el tiempo, que permiten gobernar los dos timones del barco; cortan el agua como la cuchilla de dos arados. En la antigüedad, los barcos no tenían un timón central, sino dos, situados a los flancos, cerca de la popa. Parecen grandes remos puestos en vertical. Son operados por un solo hombre dentro de una pequeña cabina, un auténtico «puesto de mando».

Durante el amplio giro para superar el Cabo Miseno, el hombre siente que los timones vibran con fuerza, como lo hacen las riendas de una cuadriga cuando dan la curva en el Circo Máximo. El barco ofrece una breve resistencia, casi como si no quisiera virar, pero luego obedece y cambia el rumbo. Rectina y los pasajeros «notan» el giro porque ahora el viento les acaricia otro lado de la cara, mientras que el sol que les iluminaba la piel se ha ocultado tras la vela hinchada. El viento imprime potencia a la nave y por la izquierda, a unas decenas de metros, desfila la masa vertical del acantilado del Cabo Miseno, un gigante de piedra. Las olas rompen contra las rocas, que a todos les parecen demasiado cercanas, creando una espuma muy blanca. Las ráfagas de viento transportan el chapoteo del oleaje y un acre olor a mar.

Aquella espuma tiene el mismo color que el imponente faro de varios pisos que se alza sobre sus cabezas, en la cima del promontorio. Recuerda una serie de cubos cada vez más pequeños

colocados uno encima del otro, como hacen los niños. Su color blanco y su forma le dan un toque árabe al lugar. Desde luego, no destacaría en ninguno de esos pueblecitos blanquísimos que aún hoy se pueden ver aferrados a las costas del Mediterráneo. De hecho, como descubriremos, estos lugares e incluso las calles de Pompeya poseen atmósferas que hoy definiríamos como «orientales» o «norteafricanas». Y esta es la primera sorpresa.

Desde la pequeña cabina el timonel de barba rizada y negra gobierna la embarcación con increíble habilidad. Es uno de los mejores en estas rutas. Su mirada ha permanecido en todo momento fija en la gran estatua de Neptuno, colocada en el muelle a la entrada del puerto de Miseno. A la luz del sol, el bronce dorado resplandece de forma cegadora, y para todos los marineros supone un práctico punto de referencia durante la aproximación.

El de Miseno no es un puerto cualquiera. Es aquí donde se encuentra la principal flota imperial, la *Classis Misenensis,* una de las dos flotas *Praetoriae;* la otra está atracada en Rávena.

Para recordarnos que estamos a punto de entrar en la base naval más poderosa del imperio romano una imponente masa oscura avanza por el agua. Es una inmensa cuadrirreme de más de cuarenta metros de largo que se acerca amenazadora, impulsada por un bosque de remos que brillan cuando emergen del agua. A veces incluso se puede oír una voz ronca que impone el ritmo a la boga. Como una nube baja, se desliza silenciosamente sobre el agua, y sobre su proa, debajo de los grandes ojos pintados en los tablones (un símbolo protector extendido en la antigüedad y aún hoy muy común en algunos países como Turquía), se puede ver claramente el espolón de bronce que emerge de entre las olas, con sus letales tres cuchillas horizontales, capaces de destruir cualquier casco enemigo.

Es algo poco conocido, pero estaba previsto que, una vez que los espolones golpearan a un barco contrario, fueran arrancados y quedaran enganchados en la embarcación enemiga, como el aguijón de una abeja, yéndose al fondo con ella. Esta disposición, junto con una línea de impacto nunca ortogonal sino ligeramente diagonal, evitaba una excesiva penetración en el casco enemigo, y con ello el riesgo de quedar atrapados y hundirse juntos. Una trayectoria en ángulo, además, permitía abrir una brecha muy grande y al mismo tiempo romper muchos más remos, dejando inmovilizada a la nave

enemiga.

La cuadrirreme regresa de una ronda de reconocimiento de la costa realizada junto con algunas trirremes. En este «*sprint* final» se ha puesto a prueba la resistencia de los remeros, elevando al máximo el ritmo de remo.

La flota militar imperial de Miseno ya no tiene enemigos en el Mediterráneo: las épocas de las grandes batallas navales, como la de Actium contra Marco Antonio y Cleopatra o, antes de eso, la batalla de las Egadas contra los cartagineses, han pasado, y ya no quedan piratas a los que derrotar. La flota está siempre lista, por supuesto, pero tiene un uso más propio de tiempos de paz, esto es, se utiliza para transportar bienes, suministros y personas.

También Rectina va a bordo de una liburna, utilizada en este período de relativa paz para el transbordo de personal del gobierno desde —y hacia— Miseno. Por razones que los estudiosos han deducido, y que descubriremos más adelante, debía de ser considerada una VIP.

La embarcación ha tenido que ceder el paso a la escuadra naval, que entraba al puerto. Ahora les toca a ellos.

Al pasar entre un largo muelle y una franja rocosa (la Isla Pennata) que cierran la bahía del puerto «en pinza», el timonel enciende la llama de un pequeño altar que hay a bordo y esparce las ofrendas mascullando oraciones. Oraciones que repiten todos los marineros a bordo, incluido el timonel. Y también algunos pasajeros. En efecto, los marineros, en la antigüedad y no solo entonces, han sido siempre extremadamente supersticiosos. Daban gracias a los dioses por llegar sanos y salvos, un ritual que nos puede parecer arcaico, pero si uno lo piensa, aún persiste hoy día, en una era tecnológica como la nuestra, en muchos vuelos comerciales nada más aterrizar (¿cuántos de ustedes no han visto a alguien santiguarse o incluso han escuchado un aplauso? En el extranjero se recitan frases religiosas o incluso se reza).

El almirante naturalista.

El puerto de Miseno parece creado por la Naturaleza para una flota imperial. De hecho, tiene dos bahías alineadas formando un «8».

Nuestro velero se detiene en la primera bahía, apuntando hacia el primer promontorio pequeño que encuentra a la izquierda, hoy denominado Punta Scarparella. La escuadra naval, por el contrario, ha continuado y ha entrado en la segunda bahía natural a través de un estrecho pasaje sobrevolado por un puente de madera. Se trata, con toda probabilidad, de un puente levadizo (son bastante comunes en los ríos del Imperio, incluido el famoso Puente de Londres, *Londinium,* que ya existía y era levadizo en la época romana).

Es fácil hipotetizar que los carros y los soldados en tierra se hayan detenido: a una señal, el puente se habría levantado para dejar pasar al gigantesco buque de guerra con todos los remos recogidos en el interior. Al asomarnos, podemos ver numerosos cascos, pero sobre todo una gran cantidad de ojos y rostros alineados. Es la fuerza de Roma sobre el mar, lista para disparar en cualquier lugar del Mediterráneo.

El barco en el que viaja Rectina acaba de atracar en un largo muelle bordeado por un pórtico que une edificios regulares con paredes blancas y azulejos rojos, oficinas administrativas y talleres. Detrás de ellos, innumerables viviendas se elevan por el pequeño promontorio cubriéndolo en forma de ciudadela.

El almirante supremo, el líder de toda la flota, vive en esta base y no es inusual cruzarse con él. Es un hombre que todos estiman. Se lo reconoce por su aspecto grande, por su andar circunspecto, pero también por su cortesía y su *savoir faire,* fruto de su amplia cultura. Y en definitiva, y por encima de todo, por su naturaleza tranquila, que se manifiesta en una sonrisa radiante y segura. Su nombre ha entrado en la historia: es Cayo Plinio II, pero los historiadores siempre lo han llamado «Plinio el Viejo» para distinguirlo de su sobrino, «Plinio el Joven». Comprobarán que ambos son figuras clave en nuestra historia. Uno morirá dramáticamente, mientras que el otro, todavía muy joven, se salvará para contarnos lo que sucedió.

Y es precisamente el almirante Plinio el Viejo (como también lo llamaremos nosotros) quien ha venido a recibir a la mujer. ¿Qué sabemos de él? Es un hombre de cincuenta y seis años, nacido en Como (hay quien cree que en Verona). De joven sirvió durante doce años en las legiones del Rin y dirigió un escuadrón de caballería.

Luego, durante muchos años, su carrera se detuvo, debido a su hostilidad hacia el régimen de Nerón. Una vez muerto el emperador, la suerte de Plinio el Viejo mejoró con la llegada al poder de Vespasiano. Resultó que Plinio había servido en Alemania junto al hijo del emperador, Tito. Los tres tenían la misma forma «práctica» de pensar, tal vez porque todos habían tomado la iniciativa asumiendo los riesgos, responsabilidades y peligros del ejército en el frente. Así que incluso se convirtió en asesor personal de Vespasiano, y tras su muerte, justo antes de la erupción, de Tito, hasta llegar a formar parte del gabinete restringido del emperador.

De manera que Plinio había sabido esperar, y gracias a sus cualidades se había convertido sin duda en un hombre poderoso e influyente. Pero también en una persona muy culta, a quien resultaba agradable frecuentar. De hecho, el hombre de pie en el muelle que espera a Rectina había concluido dos años antes un trabajo colosal, todavía citado y consultado hoy, siglos después: la *Naturalis Historia,* una verdadera enciclopedia de antropología, geografía, zoología, botánica, astronomía, medicina y mineralogía de la época romana. También por esta razón, a Plinio el Viejo se lo considera el primer naturalista de la historia en el sentido «moderno». Desgraciadamente, el resto de las obras que escribió se han perdido. Plinio también fue abogado y ocupó cargos de gobierno en la Galia Narbonense, en el África proconsular y en la Hispania Tarraconense, donde había importantes minas de oro. Se trataba de tareas sumamente delicadas, pero primero Vespasiano y luego Tito se fiaban de él; de hecho, Plinio el Viejo poseía una gran honestidad, tanto práctica como intelectual.

Una última pregunta: ¿cómo se explica que un naturalista comandase la flota más importante del imperio? Vespasiano le encomendó esta tarea de gran prestigio quizá también porque, como hemos dicho, en aquel momento requería poco esfuerzo, lo que le permitía continuar sus estudios…

Rectina se asoma desde el barco, la cabeza cubierta con un fino chal de seda, la *palla,* y echa un vistazo a tierra. La actividad en el muelle, concentrada en el transbordo y carga de todo tipo de mercancías, desde ánforas hasta grandes sacos envueltos en gruesas redes, se ha detenido. Los soldados guardaespaldas del almirante lo han interrumpido todo creando dos alas al pie de la estrecha

pasarela del barco. En ese momento, la mujer, cubriéndose el rostro, un gesto típico de matronas aristócratas, comienza a bajar ayudada por una esclava. Hoy en día, cualquier oficial un poco «caballeroso» habría subido para ayudar a Rectina en esa inestable pasarela, pero hace dos mil años la etiqueta prohibía no solo dar el brazo, sino incluso tocar a una poderosa aristócrata romana. Salvo en una situación de emergencia, habría sido un verdadero crimen. Las mujeres de la alta sociedad que pertenecían a la *nobilitas,* eran intocables en público.

El encuentro con el almirante es cálido. De hecho, probablemente ambos se conocen desde hace algún tiempo, y algunos historiadores han sugerido incluso que había más que una amistad entre ellos… Pero no podemos decirlo con certeza. De hecho, Rectina todavía es joven, hermosa y, sobre todo, viuda. Lo que sí sabemos con certeza, en cambio, es que, cuando ocurra la erupción, Rectina enviará una solicitud de ayuda a Plinio el Viejo rogándole que la salve. ¿Cómo lo sabemos?

Es necesario examinar brevemente la situación, porque gran parte de lo que está a punto de leer se desprende de dos cartas escritas muchos años después de la tragedia de Pompeya por Plinio el Joven, el sobrino del almirante, a Tácito, en las que describe todas las fases de la erupción y lo que hizo su tío en aquella ocasión. Son documentos extraordinarios que han llegado a nosotros a través de copias, gracias al trabajo de los monjes amanuenses durante la Edad Media.

En estas cartas se menciona a Rectina sin especificar nada más que el nombre, una señal de que probablemente era una persona conocida en los círculos de la élite romana, o también de que en aquella época Rectina era un nombre, no ya raro, sino rarísimo.

Así que, cuando se habla de una aristócrata con ese nombre que vivía en una gran villa entre Pompeya y Herculano, solo puede tratarse de ella… Por supuesto, todo son suposiciones, lo aclaro por honestidad del relato, pero como verá, son muchos los elementos (incluidos descubrimientos arqueológicos) que vinculan a esta figura con los hechos que tendrán lugar durante las horas que vamos a narrar, creando una reconstrucción convincente de los hechos. Aunque buena parte de lo que sucedió entre un hecho y otro no son más que hipótesis, como este encuentro que tuvo lugar

justo antes de la erupción.

Plinio el Viejo ha dispuesto que Rectina se aloje en su casa, probablemente ubicada en el corazón de la «ciudadela», el área del puerto militar. Es una oportunidad para compensar de alguna manera el hecho de que tendrá que renunciar al banquete que Rectina está organizando en su hermosa villa, con vistas al mar, entre Herculano y Pompeya: desgraciadamente, sus estudios y sus compromisos de trabajo le impiden ausentarse de Miseno. De hecho, mientras se recuestan cómodamente en camas ligeras, comen una comida frugal y beben el excelente Falerno producido en esta región, Rectina se da cuenta de los muchos volúmenes (los «libros» formados por larguísimas páginas enrolladas) que hay esparcidos por todas partes en el estudio de almirante, entre mapas, bustos de emperadores, cráneos y pieles de animales exóticos… Plinio es un hombre hambriento de conocimiento y con mucha curiosidad por todo. En los tiempos modernos sin duda habría sido un investigador o, dada su capacidad ecléctica para tratar racionalmente cualquier tema de la naturaleza, la ciencia, la historia y el conocimiento en general, un excelente divulgador. Quizá incluso en horario de máxima audiencia…

Interrumpe nuestros pensamientos la aparición en la habitación del sobrino del almirante, Plinio el Joven, de apenas diecisiete años, que saluda cortésmente a Rectina. Junto a él está su madre (la hermana de Plinio, que obviamente se llama… Plinia). El niño fue adoptado por su tío, quien trata en toda ocasión de animarlo a estudiar y cultivar el conocimiento.

—¿Vas a las termas de Bayas? —le pregunta al chico con su voz de trueno.

—Sí, tan solo el tiempo de darme un baño. Luego daré un buen paseo… —contesta el muchacho.

—Podrías hacerte transportar en litera… —dice el almirante.

Se trata de una vieja disputa entre ellos. Por las cartas que nos han llegado, a siglos de distancia, sabemos que su tío a menudo reprendía a su sobrino por su costumbre de caminar:

—Podrías aprovechar esas horas —le decía, considerando que cada momento que no se dedicaba a la lectura o al enriquecimiento del conocimiento se desperdiciaba… Plinio el Viejo, sin embargo, trabajaba tanto que se desplazaba siempre en litera para poder

seguir estudiando en ella. Especialmente en Roma, donde el «tráfico» alargaba el viaje.

Rectina sonríe, sabe muy bien que Plinio el Viejo es un hombre fuera de lo común… De hecho, se han descubierto muchos aspectos inusuales acerca de él. Era un verdadero *workaholic,* un adicto al trabajo: dedicaba el día entero al estudio, haciendo que le leyeran en voz alta libros a los que luego aportaba notas o comentarios. Esto sucedía apenas se despertaba, mientras tomaba el sol, o mientras le frotaban y le daban masajes después de un baño termal, o en la cena mientras comía. Cada segundo era precioso, como lo era cada libro. Le gustaba decir que «ningún libro es tan insignificante que no sirva para algo»…

Tenía mucha suerte: dormía muy poco y era capaz de permanecer despierto y estudiar incluso una noche entera. Al alba, como describe su sobrino, acudía al emperador Vespasiano (que también era un «noctámbulo», como él) y trabajaban juntos. Una vez de regreso en casa retomaba su actividad, cediendo de cuando en cuando a una siesta corta y repentina (como Napoleón). De hecho, su capacidad de dormirse inmediatamente y en cualquier lugar era proverbial. Y tal vez le resultó fatal, como descubriremos durante la erupción…

Rectina se despide de la familia: es hora de marcharse. Y unos minutos más tarde ve la sonrisa de Plinio hacerse cada vez más pequeña al alejarse rápidamente del muelle, a bordo de la rápida liburna que el almirante ha puesto a su disposición para llevarla a su villa. Desde lejos ve a Plinio subirse a una litera, ordenar a los porteadores que se pongan en marcha y hacer un gesto con la cabeza a su secretario, que lo sigue a pie, para que le lea un texto. El pequeño cortejo se pone en marcha con el sirviente leyendo en voz alta y… tropezando de vez en cuando.

Postal de Nápoles… ¡sin el Vesubio!

La liburna es un barco con dos filas de remos muy rápido. Era un tipo de embarcación a vela utilizada en el pasado por los piratas de la costa oriental del Adriático para realizar incursiones y ataques relámpago.

Una vez barridos los piratas, los romanos han adoptado este tipo de nave, modificándola ligeramente para convertirla en una excelente embarcación militar. Práctica y rápida, tardará mucho menos tiempo que un velero clásico en llegar a la villa de Rectina, ya que puede contar tanto con la fuerza de los remos como con la del viento. Por cierto, como demuestra el estudio de la dirección en la que cayeron las cenizas y el lapilli durante la erupción, desde hace unos días sopla un viento en dirección sureste, perfecto para esta ruta de regreso a casa.

Rectina siente que el agua se desliza rápidamente bajo el casco mientras la costa de Campania desfila ante sus ojos. Miseno está lejos. Ya ha quedado atrás el Golfo de Pozzuoli, con el caos de sus villas, sus palacios, sus banquetes, notorios en todo el imperio por ser el escenario de una «movida» de la «Roma que cuenta» de las más revoltosas y perversas.

Pero hay muchos lugares famosos en este tramo de costa. La liburna continúa su curso, y después de pasar la pequeña isla de Nisida se prepara para penetrar en el corazón del Golfo de Nápoles. Los ojos de Rectina observan distraídos, a la izquierda, aquella espléndida ladera cerca del mar, repleta de villas patricias, entre las que destaca la de Publio Vedio Pollione, quien se la dejó en herencia a Augusto. Aquí mismo, en la época moderna, se levantará Posillipo, el barrio más bello de Nápoles. Aunque nunca haya estado allí, conoce bien la vista que se puede disfrutar desde lo alto, porque es el punto desde el que se toma la foto de la clásica «postal de Nápoles», esa desde la que ve el amplio golfo, con el Vesubio y el inevitable pino marítimo… Ha sido un lugar encantador desde la antigüedad, cuando Pollione acuñó el nombre de Pausilypon (del que deriva «Posillipo»), que significa «tregua al esfuerzo» o «pausa al dolor», para definir la zona donde se encontraba su villa.

Pero la costa que mira Rectina tiene algo que la hace muy diferente de la actual. Intentemos acercarnos a su rostro, hasta que veamos el paisaje del Golfo reflejado en sus ojos. Nos damos cuenta de que hay algo extraño: los pinos de la costa están allí, por supuesto, el Golfo también… pero le falta por completo el… ¡Vesubio! Nos damos la vuelta y miramos la costa que se extiende desde Nápoles hasta la península sorrentina… ¡No se puede ver el volcán! Pero ¿cómo es posible?

Pues porque el Vesubio no estaba allí: he ahí la «auténtica» postal del Nápoles de hace dos mil años. Esta es la primera sorpresa que surge si se estudia detenidamente la geografía de entonces: en la época de Pompeya el Vesubio no era tan visible como lo es hoy. Para entender lo que veía un romano en el año 79 d. C. hay que imaginarse la clásica «postal de Nápoles» y borrar de ella el cono del Vesubio. Así era como aparecía la costa de Campania en esa época.

La segunda sorpresa (que es consecuencia de la primera) es que el volcán que se ve hoy, tan alto y amenazante, no es el que aniquiló Pompeya; de hecho, ¡en aquel entonces ni siquiera existía! En contra de lo que dicen las guías, las películas, los documentales, las novelas… Pero entonces ¿quién destruyó Pompeya, Terzigno, Herculano, Boscoreale, Oplontis y Estabia?

Fue otro volcán, que se econtraba en el mismo lugar, pero mucho más antiguo: el Somma. Y lo ha visto muchas veces sin darse cuenta: en la clásica «postal de Nápoles», de hecho, el Vesubio tiene un «diente» a su izquierda. Si pudiera alzarse en vuelo se daría cuenta de que ese diente, en realidad, forma parte de una gran cresta circular que rodea el Vesubio actual, «abrazándolo» en buena parte. Eso, esa amplia media luna, es lo que queda del cráter del antiguo volcán que había antes del Vesubio. Su chimenea llevaba obstruida siglos, y fue esa chimenea la que se abrió de repente matando a miles de personas en Pompeya y sus alrededores.

Y el Vesubio que vemos hoy, ¿cuándo apareció? Más tarde: se elevó exactamente en medio del antiguo cráter del Somma. Fue, de hecho, la propia erupción del 79 d. C. la que inició su crecimiento.

En cierto sentido, el Vesubio es hijo de la tragedia de Pompeya. Pero se necesitaron siglos para que alcanzara su tamaño actual. En algunos frescos medievales que representan a San Genaro con el Vesubio a su espalda se lo puede ver incluso más pequeño que el Somma.

Una curiosidad: los romanos no llamaban Somma al antiguo volcán, como hacemos hoy, sino *Vesubius* o *Vesbius,* y luego transfirieron este antiguo nombre al nuevo cono. Debemos tener esto en cuenta para evitar un poco de confusión al leer los textos antiguos. Así que, si realmente queremos ser precisos, deberíamos hablar del *Vesubius* en la época de Pompeya y del Vesubio más

tarde.

Hemos comprendido, pues, por qué el Vesubio actual no existía en la época de Pompeya. Pero entonces, si había otro volcán, el Somma (o *Vesubius*), ¿por qué no se dieron cuenta los romanos de su peligro? Después de todo, la forma de un volcán es tan clara que genera bastante temor a los que viven en sus laderas.

Otra sorpresa y otro mito que desmontar…

En todas las películas y novelas famosas se puede ver siempre Pompeya dominada por un cono imponente (incluso más grande que el Vesubio actual). En realidad, solo tuvo esas dimensiones en tiempos prehistóricos cuando, durante la última glaciación, el hombre todavía pintaba en cuevas: las continuas corrientes de lava habían hecho crecer un inmenso volcán. Posteriormente, frecuentes erupciones explosivas habían demolido y hundido a este gigante, dejando solo la base del cráter en la superficie.

Entonces, ¿qué veían los romanos?

Pues una amplia montaña baja y larga, plana en el centro y con algunos relieves en los bordes. Y contribuían a ocultar aún más su verdadera identidad la «cubierta» creada por los bosques, los viñedos y los campos de cultivo. A primera vista era idéntico a las montañas circundantes, perfectamente «camuflado», como si se tratara de un comando agazapado y cubierto de hojas y ramas. Hasta donde sabemos hoy, las únicas zonas sin vegetación eran la cresta más alta (el actual monte Somma, con sus escarpadas y rocosas laderas internas salpicadas de grietas) y una zona central, pedregosa y desprovista de vida, a todas luces el «tapón» que más tarde explotó. Este último, sin embargo, no debía de ser muy extenso porque, por lo general, en las superficies volcánicas extintas la vegetación crece rápidamente.

Por eso los romanos no se dieron cuenta de que vivían en las laderas de un volcán colosal. Caminaban, galopaban, cultivaban viñedos, paseaban, se besaban y hacían el amor sobre la piel de un gigantesco asesino oculto…

A decir verdad, algunos estudiosos de la época romana sí habían comprendido la verdadera naturaleza del lugar: Estrabón, un

famoso geógrafo griego que murió cincuenta años antes de la erupción, había intuido la verdadera identidad de aquel relieve, porque se dio cuenta de que, aunque tenía en sus laderas aquellos fértiles campos cultivados, la altura era plana, árida, con tonos ceniza y (probablemente refiriéndose a las escarpadas paredes del Somma) con frecuentes cuevas y grietas cubiertas de rocas que parecían incluso quemadas… Concluye, con una lucidez increíble, que en el pasado debió de haber un volcán en esa zona que luego se extinguió.

También el historiador Diodoro Sículo había llegado a la misma conclusión: un siglo antes de la erupción que destruyó Pompeya había escrito que en el pasado esa montaña expulsaba fuego, al igual que el Etna, y que todavía mostraba claros signos de esa antigua actividad.

Como tantas tragedias de la historia, siempre hay alguien que las anticipa. Ambos tuvieron la intuición correcta, que permació ignorada y, por lo tanto, no sirvió para salvar decenas de miles de vidas… Por otro lado, ni siquiera Plinio el Viejo, naturalista y uno de los mayores estudiosos de su tiempo, que también vivía en las laderas del volcán, se había dado cuenta del peligro que corría.

Y sin embargo, en los frescos romanos se puede ver el *Vesubius*… El hecho increíble es que pompeyanos y herculanos habían estado pintado al asesino en algunos de sus frescos, sin darse cuenta de que era… ¡un volcán! Para nosotros son documentos muy valiosos, porque nos permiten intuir la forma que tenía antes de la erupción.

Como hemos dicho, del volcán prehistórico completamente demolido solo se podía vislumbrar la base del cráter, ancho y erosionado. Algo así como un cenicero con bordes irregulares y un «lado» más bajo que el resto. Un poco como el Coliseo hoy en día. De manera que su aspecto era diferente según la perspectiva desde la que se lo observara.

Los que vivían en Herculano estaban en la parte baja del volcán y veían muy bien el «espolón» del monte Somma; debía de ser una forma muy familiar, especialmente cuando destacaba en el cielo matinal. El aspecto que ofrecía a los ojos de los habitantes de Herculano fue inmortalizado, como en una foto, en un famoso fresco encontrado en 1879 decorando un pequeño templo

doméstico (un larario) en la casa de un pompeyano, Rustio Vero, donde se puede ver a Baco cubierto de racimos de uvas y, detrás de él, una montaña empinada, algo estilizada, cubierta de viñedos. Casi todas las guías y libros sobre Pompeya lo señalan como el Vesubio. En realidad, como hemos dicho, se trata del actual monte Somma, es decir, el borde del cráter prehistórico visto de lado, como cuando se mira una ola de perfil. Es fácil intuir lo puntiagudo que se veía desde Herculano y lo pródigo que era en uvas, una señal de que se lo consideraba un elemento generoso del campo, desde luego no un asesino en potencia. Impresiona pensar que los pintores, sin saberlo, habían retratado una parte de las fauces del gigantesco depredador que pronto devoraría ciudades enteras…

Los que vivían en Pompeya o en Estabia, es decir, en el sureste, estaban frente al lado plano y abierto del volcán, los «bajos» del Coliseo. Así que no había ninguna barrera natural, ningún borde elevado del cráter para detener las terribles avalanchas ardientes de cenizas y gas que habrían de matar a miles de personas en estos lugares.

Finalmente, los que veían el volcán desde el este, desde la actual ciudad de Nocera Inferior, veían una montaña baja (debido a la erosión y al colapso prehistórico), un relieve anónimo en el horizonte.

Si el Vesubio hubiera mantenido intacto su cráter, al menos su forma circular, quizás los romanos habrían entendido que se trataba de un volcán. Pero su silencio secular los había engañado a todos.

Un hecho curioso es que los bordes del «cenicero» permitieron esconderse a un personaje famoso de la historia. En efecto, en el 73 a. C. Espartaco, el gladiador de Tracia que dirigió la famosa revuelta de los esclavos, se refugió con sus seguidores en la cima del cráter, en el monte Somma: eran lugares tan salvajes, duros e impenetrables que hacían imposible perseguirlo. El pretor romano Apio Claudio Pulcro bloqueó la única vía de acceso, en el lado de los viñedos y bosques, pensando que lo había encerrado en una trampa, pero Espartaco descendió desde el lado opuesto, vertical y empinado, usando cuerdas hechas de zarcillos, sorprendiendo luego a sus adversarios en su propio campamento y derrotándolos.

La auténtica «Zona Cero» de la erupción.

Un dato erróneo en todas las películas, novelas de éxito, series de televisión y documentales, es el punto exacto en el que estalló la erupción. Sabemos que todo comenzó cuando la «tapa» del *Vesubius* explotó, así que guionistas, escritores y directores siempre han mostrado la cima del volcán explotando. Son escenas de gran impacto… Lástima, sin embargo, que tal cosa no fuera posible por la sencilla razón de que, como hemos visto, el volcán no tenía una «cima»; como mucho era una masa informe, como un helado derretido.

La «Zona Cero», por lo tanto, no estaba en la cima, sobre un pico, sino en la parte inferior, en el centro de la antigua caldera plana rodeada por las crestas del antiguo cráter.

Ignoramos si alguien vivía encima de la «tapa», cerca de la Zona Cero. Según una interpretación muy difundida, debía de ser una zona lunar árida y desolada. ¿Pero cómo de grande? Algunos textos antiguos hablan de ello, pero sin describir su tamaño exacto. ¿Ocupaba todo el interior del cráter o solo su centro?

Quizás una respuesta haya estado ante los ojos de todo el mundo, durante generaciones, y tan solo unos pocos se han percatado. En el famoso y ya mencionado fresco que representa a Baco, en la parte inferior de la cresta volcánica, a la derecha, se aprecia una espiga y un área ovalada oscura. Algunos estudiosos, como Virgilio Catalano, han llegado a la conclusión de que el volcán prehistórico, hoy demolido, tenía en el centro de su gran caldera otro cráter, más pequeño, también parcialmente erosionado, producido por una erupción más reciente, ocurrida unos mil doscientos años antes del final de Pompeya. Esta intuición quizás nos permita entender qué pinta tenía el interior del volcán. Es posible que la zona árida y lunar mencionada por Estrabón se limitara solo a este pequeño cráter central.

¿Y a su alrededor? Dada la fertilidad que proporcionaba el *Vesubius* y los siglos de inactividad, es posible que hubiera un cinturón de bosques, alimentados por el agua de lluvia que descendía por las paredes interiores de la cuenca hidrogeográfica diseñada por lo que quedaba de la antigua caldera. Sabemos que los bosques de las laderas del *Vesubius* estaban poblados de corzos y jabalíes, y el descubrimiento de cuernos de ciervo en Pompeya sugiere que algunas áreas podrían albergar una flora y fauna

salvajes. Si es así, el lugar debía de tener un cierto encanto: un anfiteatro natural cubierto de bosques, protegido de los vientos, con la parte inferior abierta al mar Tirreno y unas puestas de sol impresionantes…

En la ladera que descendía hacia el mar sabemos que había villas y granjas. Plinio el Viejo también las menciona.

¿Y en el interior? ¿Podríamos también conjeturar que hubiera algunos campos de cultivo con pequeñas granjas dispersas y caminos de tierra? Es posible, pero no tiene por qué ser así.

Detengámonos aquí. Podemos dejar volar la imaginación, pero no tenemos ninguna prueba ni tenemos descripciones de casas de la época en la zona. Todo esto no son más que hipótesis. Desde luego, si en el momento de la erupción vivía alguien allí o andaba de paso, en una fracción de segundo habría sido barrido…

Un asesino en serie prehistórico.

El antiguo *Vesubius* ya había matado en el pasado. Al menos tres de sus erupciones prehistóricas debieron de ser apocalípticas, similares a la del 79 d. C.

De una de ellas tenemos testimonios escalofriantes: los restos de un pueblo de la Edad del Bronce, encontrado en la localidad de Croce del Papa, en Nola. Hace unos cuatro mil años el *Vesubius* estalló de una manera muy violenta (un cataclismo conocido como la erupción «Avelino»), cubriendo una vasta área con una lluvia de lapilli y cenizas. El pueblo en particular también fue enterrado por un «lahar», es decir, una colada de fango que descendió del volcán haciendo un «molde» natural de las cabañas.

Si bien han pasado cuarenta siglos, gracias al trabajo de los arqueólogos se han encontrado objetos muy delicados, desde jarrones hasta utensilios cotidianos, e incluso se han podido estudiar los detalles de las paredes exteriores realizadas con haces de paja y juncos. Como en una Pompeya de la Edad de Bronce, muchos objetos estaban todavía en su lugar dentro de las cabañas o colgados en las paredes. También se han descubierto cercados donde se criaban ovejas y cerdos. Y además había caballos.

El hecho de que no se hayan encontrado cadáveres ha llevado a

pensar que los habitantes de estas aldeas lograron escapar. Pero muchos no se salvaron. Incluso hace cuatro mil años, la erupción causó muchas víctimas. Dos fueron encontrados en otro lugar, en San Paolo Bel Sito. Son los esqueletos de un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, de un metro setenta de altura, muy fuerte y musculoso, y de una mujer de veintiún años, de un metro cincuenta de altura, que estaba más completo. Huían bajo una intensa lluvia de piedra pómez. A pesar de encontrarse a dieciséis kilómetros del volcán no pudieron salvarse. Los arqueólogos los encontraron con las manos protegiendo sus rostros. Su actitud defensiva en el momento de la muerte es increíblemente similar a la de tantas víctimas de Pompeya. Tal vez a ellos también les sorprendió una repentina avalancha de nubes asfixiantes de gas y cenizas, o quizá los mataran las piedras pómez y los fragmentos rocosos que cayeron desde decenas de kilómetros de altura, ¡a velocidades estimadas de entre 125 y 170 kilómetros por hora! Sus cuerpos fueron cubiertos por un metro de piedra pómez y lapilli y sellados en una especie de tumba geológica.

El largo historial de muertes y destrucción iniciado por el antiguo *Vesubius* será continuado por el nuevo volcán, el verdadero Vesubio, nacido como dijimos el día de la erupción de Pompeya. Ese día se pasó el testigo y el Vesubio, por así decirlo, lanzó su primer «vagido» devastador.

Le llevó siglos crecer y hacerse visible, hasta alcanzar su tamaño actual. Lo hizo a saltos, con pausas, colapsos y pequeñas pero continuas erupciones poco explosivas que permitieron que la lava fluyera y se acumulara creando el cono actual. Ha experimentado al menos cuatro períodos de gran crecimiento: se elevó entre los siglos I y III d. C.; tras un periodo de calma, reanudó su violenta actividad entre los siglos V y VIII con una nueva gran erupción, llamada erupción de Pollena (472), cuyas cenizas llegaron a Constantinopla y que sepultó el área vesubiana enterrando todo lo que había renacido alrededor de Pompeya; su actividad se reanuda entre los siglos X y XII y, por fin, el último período de intensa actividad se inicia con la famosa erupción de 1631, que termina en 1944 cuando entra en un «silencio» que aún perdura.

Y ahora, después de estas necesarias explicaciones, retomamos nuestra historia.

Villa del Sueño

22 de octubre de 79 d. C., 13:00; faltan 48 horas para la erupción.

O FELICEM ME.
¡Qué suerte tengo!

La navegación continúa, el día es espléndido. La liburna tiene ambas velas desplegadas para aprovechar el viento favorable.

Nadie a bordo lo sabe, pero este viento, durante la erupción, será el despiadado cómplice del volcán en la masacre de multitudes de pompeyanos, dirigiendo la terrible lluvia de piedra pómez y lapilli sobre la ciudad.

Es interesante notar que estos elegantes barcos son completamente diferentes de nuestros veleros, incluso navegando por el mismo mar, en las mismas condiciones. Mientras que en los veleros, galeones y barcos de vela actuales la punta de la proa está más o menos levantada (a veces solo un poco), esto no ocurre en los veleros romanos. La proa al nivel del agua tiene una forma particular: una especie de «nariz» que corta las ola con unos ojos pintados encima, a los lados. Realmente parece el hocico de un animal. Y en el frontal emergente siempre hay un «rizo» muy alto e imponente (como el de Elvis Presley) de madera pintada.

La popa también es insólita: está muy realzada y se extiende en el aire en una especie de «cola» de escorpión replegada sobre el puente. Es una estructura muy extraña. A veces incluso aparece tallada en forma de «cuello de cisne», con el aspecto y los colores de un pájaro con el cuello doblado en forma de «S». En otros barcos la cola del escorpión está deshilachada, como un mechón de hierba, o tiene una gran esfera.

A primera vista no parece más que una decoración un poco

curiosa, pero ¿desperdiciaría usted toda esa madera, ese trabajo y ese peso? Por supuesto, también puede proporcionar un soporte para unas lonas tendidas a modo de cortina para proteger del sol y de la lluvia. Pero en realidad parece tratarse de una especie de «cola para el viento», una suerte de timón fijo, que ayudaba a alinear el barco con el viento.

Para entender su utilidad, se la puede comparar con esas veletas giratorias que se ven sobre los viejos campanarios o edificios antiguos (a menudo en forma de escudos de armas, banderas o gallos). Al girar se alinean con el viento y así indican su dirección. Siguiendo un principio similar, la cola del viento de un barco ayuda y contribuye a mantener la nave alineada con el viento favorable de popa.

Las naves romanas llevan una vela cuadrada, y por lo tanto viajan muy rápido cuando el viento sopla de popa. Esta es también la razón por la que los romanos habían establecido un importante comercio con la India. Conseguían tener un viento dominante de popa para ir y volver gracias a los monzones, que soplaban en direcciones opuestas según las estaciones. Es el timonel quien orienta la nave (según las condiciones del mar), pero aquella cola para el viento parece que aportaba una contribución «pasiva» muy valiosa.

Si el viento viene de otras direcciones, los navegantes pueden inclinar las velas, pero no más allá de un cierto límite. Cuando el viento sopla de frente o de un lado (de bolina), el barco ya no puede avanzar rápido y los remos se vuelven indispensables, de lo contrario se impone atracar en un puerto y esperar un viento «favorable».

La famosa vela triangular, capaz de transformar el viento de bolina en una fuerza impulsora para el barco, solo se extenderá en la Edad Media. A ella se debe el placer de navegar hoy en día en barcos de vela o *windsurf* y el espectáculo de las regatas. Un marinero romano se sorprendería de la agilidad de los barcos actuales, que pueden avanzar con cualquier viento.

Tanto detalle sobre las naves romanas se vuelve necesario cuando hablamos de la tragedia de Pompeya, porque, como ya se ha dicho, debido al límite impuesto por las velas cuadradas, las naves romanas no pueden moverse si el viento no es favorable, y eso

causará la muerte de muchas personas durante la erupción, atrapadas en los puertos de Pompeya y Estabia. Imaginemos a los fugitivos que luchan por llegar al puerto: verán los barcos frente a ellos, listos para salvarlos, pero clavados en los muelles, impotentes los marineros porque no pueden ir «contra el viento» o con un viento de bolina demasiado escorado. A los vientos desfavorables, además, habrá que añadir también las condiciones de un mar tormentoso.

Una última curiosidad sobre los barcos de la época romana: no existen los camarotes y menos aún los barcos de pasajeros. Las grandes embarcaciones que cruzan el Mediterráneo son solo para el transporte o la guerra: los viajeros deben encontrar el mejor espacio sobre el puente, incluso para dormir, llevando consigo los alimentos que consuman durante la navegación. A estos barcos hay que añadir, por supuesto, los utilizados para la pesca y los de uso privado, unas embarcaciones muy elegantes que los ricos utilizan para viajes cortos o… para fiestas en alta mar, como veremos más adelante.

A pesar de ir en un barco militar, Rectina recibe un tratamiento especial, consistente en una cómoda cama de cojines, mesas y sillas plegables a la sombra de una elegante lona bordada de un color rojo intenso.

A bordo va también un pequeño grupo de soldados asignados a algunas torres de señalización, que desembarcarán junto con Rectina.

Un detalle importante para lo que sucederá a continuación.

La liburna se ha aproximado ahora a la costa, una señal de que se acercan a su destino. Mirando lo que tenemos en frente con más atención constatamos con sorpresa que el paisaje es mucho más verde que hoy. Más allá de la franja costera, hay un denso manto de vegetación, una verdadera alfombra verde que lo cubre todo. Sube uniformemente hasta el *Vesubius,* que desde aquí parece la espalda de una ballena verde, con su «chorro» de piedra (el monte Somma) en el lado que da a Nápoles. Aquí y allá se pueden ver granjas aisladas, esporádicas manchas, como granos de polvo en una verde

mesa de billar. Nada que ver con la actual extensión de casas y ciudades, que van desde Nápoles hasta la península sorrentina sin solución de continuidad…

Si hoy pudiéramos contemplar cómo era el paisaje en tiempos imperiales, nos daríamos cuenta de lo mucho que la superpoblación, la construcción salvaje e ilegal, el hormigón y el mal gusto han alterado y devastado lo que era una perla, un paraíso del Mediterráneo. Tenga en cuenta que la población que hoy en día vive en el área vesubiana supera con creces el medio millón de habitantes. En tiempos de Pompeya había como máximo unas pocas decenas de miles de personas: puede que no llenaran ni siquiera un estadio de fútbol…

Si el interior está desprovisto de ciudades y tiene pocos núcleos habitados, en la costa, por el contrario, la situación es muy distinta. Se podría decir que en algunos puntos, los más panorámicos y prestigiosos, los romanos habían llevado a cabo una verdadera «cimentación» muy diferente de la moderna, de hecho, extremadamente refinada. Se pueden ver villas emerger en los lugares más bellos, buscando la vista más espectacular del golfo (que incluya, si es posible, puestas de sol de ensueño). En esto los romanos son muy «modernos»: adoptan el mismo enfoque que el de los *resorts* que ahora se levantan en los Trópicos (¿o deberíamos decir lo contrario?…). Las villas aparecen de repente, brotando del verde o a la orilla del mar. Destacan por el blanco de las paredes y el rojo de los tejados, por las grandes terrazas, pero sobre todo por las columnatas, a varios niveles. Y estamos hablando de villas faraónicas, de diez a veinte mil metros cuadrados. Desde lejos, sin embargo, a pesar de su tamaño, dan una sensación de extrema ligereza. En algunos casos, la villa se despliega «horizontalmente», poniendo en fila un gran número de columnas (un ejemplo es la extraordinaria Villa de los Papiros, en Herculano). En otros casos estas columnatas se encuentran en varios pisos, dando la impresión de estar frente a una serie de cascadas… de piedra, erigidas con el mármol más caro de las mejores canteras de Italia, del norte de África y del Egeo…

El cuerpo de las villas está sabiamente escondido tras esta arquitectura abierta. Más allá de las columnatas, de hecho, hay jardines ocultos, termas, patios interiores, habitaciones de colores,

pisos de mármol, escaleras, pisos superiores que ofrecen vistas impresionantes… Y luego estatuas, mosaicos, frescos, animales exóticos… Bajo estos techos los romanos más ricos de esta zona del imperio hacen negocios, banquetes, pasean, charlan, ríen, aman. Nunca sabremos cuántas maravillas mostró la costa vesubiana a los navegantes de la época, solo podemos imaginarlas…

Los romanos se comunicaban con destellos de luz.

Ya casi estamos. Nos cruzamos con unas pequeñas barcas de pescadores. Uno de ellos está de pie, delgado y muy bronceado. Está sacando del agua un larguísimo sedal con docenas de anzuelos (similar a los que se usan hoy en día para pescar el pez espada), equipado con flotadores colocados a intervalos regulares y que yace bajo la superficie del agua, como una larga serpiente acechando a su presa. Y ha capturado muchos peces, al menos a juzgar por los reflejos plateados que destellan en la superficie.

Los arqueólogos encontrarán este sedal intacto, enrollado con sus anzuelos y sus esperanzas de nuevas capturas, en uno de los arcos profundos de la playa de Herculano donde atracaban las barcas.

El pescador, de nombre Félix, se detiene, mira hacia arriba con una luminosa sonrisa y saluda con amplios gestos a la liburna. Ha reconocido a algunos marineros. No es de extrañar, después de todo, que todos juntos formen una pequeña comunidad, ya que durante años se ha estado reuniendo casi todos los días en estas aguas a bordo de pesqueros, de barcos de enlace militares o en las tabernas de Herculano. Después de algunas señales de respuesta desde la liburna, el marinero regresa para sacar el pescado. Lo encontraremos de nuevo, durante nuestro viaje y durante las dramáticas horas de la erupción en la playa de Herculano, no lejos de su sedal.

Otros barcos de pesca atraviesan la escena. Sus velas se deslizan por encima del agua como un telón que se abriera a la vista de Herculano. Está situado en medio del Golfo y desde el mar se presenta como una ciudad elegante: sus carreteras descienden paralelas al mar, ordenadas como si hubieran pasado los dientes de un peine gigante.

Esta perfecta geometría romana tendrá una terrible consecuencia: permitirá, en el momento de la erupción, canalizar de manera letal las corrientes piroclásticas hacia el mar, sembrando muerte hasta la playa, justo donde ahora hay un bullicio de gente alrededor de las barcas de los pescadores, que acaban de regresar con su botín del mar…

Un relámpago brillante ciega por un momento los ojos de los remeros. Es un reflejo del sol en las ventanas semicirculares del *calidarium* de las termas suburbanas de Herculano, situadas en plena playa. Varias veces, durante la navegación, las caras de Rectina y los marineros han sido iluminadas por los reflejos de las ventanas de las villas. Sí, de las villas, porque el cristal es caro y solo los ricos o las edificios públicos, como las termas, lo tienen en abundancia. Cada reflejo indica, la mayoría de las veces, un punto de la costa donde vive una familia que puede permitirse este «brillante símbolo de estatus»…

Pero este tramo de costa también emite otro tipo de reflejo del sol. Son cortos e intermitentes, siguiendo un código muy preciso. Siempre provienen de torres de comunicación militares. Es un sistema simple pero muy sofisticado.

Cuando Tiberio se trasladó a su extraordinaria residencia en Capri, Villa Iovis, para mantenerse alejado de Roma y su atmósfera venenosa y corrupta, continuaba comunicándose con el Senado, «en directo», gracias a una serie de torres colocadas en fila que recibían y retransmitían a la siguiente «estafeta» el mensaje codificado del emperador. En cada ocasión, un empleado transcribía y luego enviaba el mensaje a la torre vecina, y así sucesivamente. Se necesitaban unas horas para transferir la comunicación de Capri a Roma cubriendo unos trescientos kilómetros. Un mensajero a caballo habría tardado más de un día.

Hay que decir que los romanos conocían muchas maneras de comunicarse a distancia: en los *limes,* la verdadera frontera del imperio, las diversas torres y puestos avanzados utilizaban antorchas encendidas o señales de humo según códigos preestablecidos. En otros lugares se usaban pares de varas con banderas de lona formando cada vez ángulos diferentes. También se utilizaban habitualmente palomas mensajeras para enviar mensajes. Sin embargo, el sistema de comunicación más rápido y eficaz era el

uso de destellos de luz, producidos por superficies lisas (de vidrio o metal) que reflejaban el sol. El principio era el mismo que el de los espejos que se utilizan hoy en día para pedir ayuda. Es un sistema tan eficiente que algunos ejércitos utilizaron el *heliógrafo* (como se denomina al dispositivo de espejos que emite esos destellos de luz) durante siglos, hasta los años sesenta o setenta del siglo XX. Y no es de extrañar: en un día despejado un destello puede alcanzar hasta cincuenta kilómetros.

Los romanos no tenían la capacidad de fabricar espejos como los nuestros, pero aun así sabían cómo hacer espejos y vidrios de bronce muy eficaces, ideales para el aseo… e incluso en la cama: un espejo era un juguete sexual irrenunciable para algunos aristócratas. Según Suetonio, uno de ellos fue el poeta Horacio, que, como muchos otros amantes de esta práctica, hizo construir un *speculatum cubiculum,* es decir, una sala cubierta de espejos para sus juegos eróticos…

El uso de espejos debía de ser un sistema de comunicación común entre la base de la flota de Miseno y las distintas estaciones o puestos de avanzada a lo largo de la costa: se transmitía información de todo tipo, desde órdenes de los cuarteles generales hasta información sobre movimientos navales importantes o cualquier emergencia. Y esta es precisamente la razón de la presencia de algunos soldados a bordo de la liburna de Rectina.

Lo que está a punto de leer abrirá una brecha en el tiempo que nos transportará a esas horas del 79 d. C. Igual que un detective, ordenaremos pistas, datos, descubrimientos para entender, en primer lugar, quién es Rectina. No es fácil, dos mil años después —sin fotos, mapas, documentos y con tan solo unas pocas palabras escritas por Plinio el Joven a Tácito—, reconstruir la imagen de una persona entre los miles que vivían allí en aquellas horas, así que lo que haremos será formarnos una hipótesis. Una hipótesis que debe tomarse con precaución, desde luego, pero los datos, ya lo verá, encajarán con ella de una manera intrigante.

¿Cuál es la verdadera identidad de Rectina?

Algunos estudiosos, como Flavio Russo, experto en tecnologías

militares, y Luciana Jacobelli, que durante años han examinado sobre todo las dinámicas y las cuestiones que quedaron abiertas sobre las acciones, los movimientos y el destino de Plinio el Viejo durante la erupción, han llegado a una conclusión muy interesante. La villa de Rectina tenía seguramente una torre de señalización en las inmediaciones, si no dentro de su propia propiedad. ¿Cómo lo sabemos?

Para averiguarlo debemos, como habíamos anticipado, dar un salto adelante, justo a las horas de la tragedia. Hay un pasaje de la carta de Plinio el Joven a Tácito muy esclarecedor. Nos cuenta que cuando su tío vio desde Miseno la inmensa columna eruptiva elevarse en el cielo y adquirir la forma de un pino marítimo (la imagen del pino es de Plinio el Joven), quiso ir a investigar más de cerca el fenómeno, como hombre curioso y científico que era. Ordenó que se le preparara una liburna, pero en el momento de partir…

> Cuando salía de casa, recibe un mensaje de Rectina, esposa de Tascio, aterrorizada por el peligro que la amenazaba (pues su villa estaba al pie de la montaña y no tenía ninguna escapatoria, excepto por mar); le rogaba que la salvase de esa situación tan desesperada. Él cambió de planes y lo que había iniciado con el ánimo de un estudioso lo terminó con el de un héroe. Manda sacar las cuadrirremes, él mismo sube a bordo con la intención de auxiliar no solo a Rectina sino a otros muchos (pues los encantos de la costa atraían a un gran número de visitantes).

Revivamos la escena. Plinio está a punto de embarcar cuando un soldado llega de prisa, sin aliento, y le entrega un mensaje *(accipit codicillos)*. ¿Cómo le había llegado esta comunicación? ¿Por qué medio? ¿Por mar? Imposible, el viento era el contrario. ¿Por tierra? Un mensajero habría tardado demasiado en llegar; y además, si un mensajero podía salir a caballo de la villa de Rectina y llegar a Miseno, no se entiende por qué la mujer no podía hacer lo mismo para salvarse a sí misma, dado su empeño en escapar…

Los romanos también utilizaban palomas mensajeras para enviar mensajes, ya lo hemos mencionado, pero durante una erupción

estas aves no son fiables, ya que todos los animales intentan ponerse a salvo. Solo quedan las banderas señalizadoras y… el heliógrafo, es decir, las señales luminosas. Considerando el tiempo de la erupción y el que lleva darse cuenta de la gravedad de la situación y la dificultad de escapar, los destellos de luz parecen la solución más verosímil: son rápidos de realizar, de recepción inmediata y seguros. Desde luego esto supone que la torre de señales hubiera conseguido interceptar los rayos del sol y que la nube del *Vesubium* no hubiera silenciado aún el heliógrafo con su sombra. De hecho, al comienzo de la erupción la nube empezó ascendiendo para luego precipitarse en dirección a Pompeya, dejando Herculano y las villas que la rodean libres de la lluvia de lapilli, a no ser por un poco de ceniza. No podemos saber si la nube oscureció el sol…

Como alternativa al heliógrafo se podía recurrir a sistemas alternativos, como el uso de «banderas» de comunicación, o tal vez también a sistemas de fuegos y espejos (como en los faros), para que la estructura militar funcionase eficientemente incluso con mal tiempo. Así que casi podemos decir con certeza que el SOS se envió con una señal óptica.

Debe, pues, imaginarse a Rectina corriendo hacia los soldados de la torre en el interior de su villa (o cerca de su propiedad) y pidiéndoles que enviasen inmediatamente un mensaje solicitando ayuda al comandante supremo, Plinio el Viejo. La situación es realmente aterradora: hay terremotos continuos, grietas en las paredes, trozos de frescos o techos caen al suelo, los pisos se balancean, los estantes se vuelcan, las jarras y las estatuas se rompen. La torre misma se sacude y tiembla continuamente, como nunca antes.

Nadie posee nuestro conocimiento científico, lo único que todo el mundo puede constatar es que a pocos kilómetros de distancia una montaña se ha desgarrado escupiendo el calor del inframundo. Un cataclismo, una furia divina para la que nadie está preparado. Es más que lógico que cunda el pánico. Sin embargo, una cosa es cierta: los soldados no huyeron.

Resistieron y permanecieron en su puesto. Enviaron el mensaje en código. Mostraron un gran sentido de la disciplina y el autocontrol, sobre todo en situaciones peligrosas… Es algo que

nadie ha destacado hasta ahora, pero que dice mucho sobre la preparación de los legionarios y marineros romanos. Ese era, de hecho, el verdadero secreto de la fuerza de las legiones y de su eficacia, incluso en batalla.

Más allá de los momentos de emoción y de terror ante los ojos de todos, ¿qué poder tenía esta joven aristócrata romana para inmiscuirse en un sistema de comunicación gobierno-ejército y obligar a los soldados a enviar un mensaje?

Tal vez haya una respuesta. La proporcionaron los arqueólogos. A finales del siglo XIX, durante la construcción del ferrocarril Nápoles-Nocera-Salerno, apareció en la costa, a pocos metros del agua, el frontal de una inmensa villa construida con vistas al acantilado y, creo, aún parcialmente visible durante el siglo XVII. La villa no está lejos de la actual Torre del Greco, y se encuentra situada en Ponte Rivieccio, en el distrito de Bassano. Pues bien, en las inmediaciones de esta villa apareció la base de una torre romana, por desgracia demolida más tarde.

El dato intrigante es el nombre del lugar: Bassano, que probablemente se remonta a la época romana. De hecho, en Italia (y en los países por los que una vez se extendiera el Imperio Romano) las ciudades y los lugares con nombres que terminan en -*ano* (en latín -*anum*) casi siempre se refieren a propiedades que pertenecieron a los antiguos romanos: son los denominados *predium,* topónimos derivados precisamente a partir del nombre del dueño de un terreno. Son el equivalente a un verdadero «resto arqueológico» en el campo de los nombres.

El catastro imperial, quizás el mecanismo más poderoso y silencioso de la civilización romana, registraba con precisión quirúrgica los límites de cada terreno y cada propiedad, indicando si se trataba de una villa, de un *fundus* (terreno) o de un *predium* (granja), que terminaba con el sufijo -*anum* y por lo tanto asumía el significado de «la villa/tierra de».

No es, por lo tanto, improbable que Bassano fuera originalmente, por ejemplo, *Praedium Bassanum,* es decir, el latifundio perteneciente a un rico romano llamado Bassus. Con los siglos, el Bass-anum se habría transformado en Bass-ano, el actual Bassano.

Este es el origen de muchos otros lugares, como Cassano

(*Cassianum,* de Cassini), Cesano Maderno (*Caesianum,* de Caesius y *Maderno* de *maternus,* porque el fundo fue posiblemente heredado de la madre), Corsano (*Cortianum,* de Cortius, leyendo la *t* como una *z,* probablemente un legionario retirado a quien el Senado le diera una parcela de tierra, una costumbre cada vez que se licenciaba un veterano), y luego Conversano, Triggiano, etc. Esta es la explicación de por qué en Italia hay tantas ciudades y lugares que terminan en *-ano*.

Pero continuemos con nuestra narración.

Así que sabemos que había una villa que pertenecía a un tal Bassus. Para poseer una villa tan imponente tenía que ser una figura importante y famosa, cuyo nombre debería aparecer en los documentos de la época… Y de hecho resulta que… Sesto Lucilio Bajo había sido almirante y jefe de la flota de Miseno antes de la llegada de Plinio el Viejo, quien lo había reemplazado. Un colega de Plinio, pues, por lo que es muy probable que se conocieran. Es probable que aquella fuera la villa de Bajo. Aún más convincente es el hecho de que en la propiedad de un almirante hubiera una torre de señalización de la marina, sobre todo si vivía allí (si no siempre, al menos cada vez que quería estar con su familia y conocidos), a diferencia de Plinio, que vivía en Miseno.

Cuando Plinio llegó, Bajo fue transferido a Ravenna para comandar la segunda flota del imperio. Murió en el año 73 d. C., es decir, seis años antes de la erupción, en una misión en Oriente Medio, adonde se le había enviado para resolver el complicado asunto de la Primera Guerra Judía durante los preparativos de la famosa operación de reconquista de Masada.

¿Y Rectina, a todo esto? Según muchos estudiosos, la mujer era la esposa de Sesto Lucilio Bajo. Esto explicaría varias cosas: la amistad entre ella, una viuda, y Plinio, que después de todo era colega de su marido; por qué le pidió que la salvara y por qué corrió en su ayuda; su presencia en la villa faraónica de Bajo de donde partió el SOS; por qué, al ser la viuda del excomandante supremo y la amiga del que ocupaba el cargo, pudo tener fácil acceso a una estructura para uso exclusivo de los soldados y del gobierno, como es la torre de señalización. Y pudo tener la autoridad, la influencia o el poder de hacer que los soldados enviaran el SOS.

Naturalmente son solo hipótesis, a las que, no obstante, prestan atención muchos otros estudiosos, desde Èva Cantarella hasta Luciana Jacobelli. Poseemos muy poca información y tenemos que movernos dentro de los límites de las suposiciones.

Un detalle no trivial en contra de esta teoría es que Plinio el Joven, en la famosa carta, describe a Rectina como la esposa de Tascio (o Casco, según otras versiones de la carta). Existe la sospecha, sin embargo, de que se trata de un error de transcripción trivial ocurrido durante la Edad Media por los copistas. El original se ha perdido, pero tenemos más versiones medievales con errores que se acumulan y se suman: en algunos casos se han alterado no solamente algunas letras aisladas (capaces de transformar a Bassus en Cascus o Tascus), sino también palabras enteras (de noviembre a septiembre), distorsionando así información importante.

Otra hipótesis es que Rectina era pariente de Bajo, lo que bastaría para explicar su presencia en la villa. O bien, la hermosa viuda, que había heredado la villa y los bienes de su difunto esposo, se había vuelto a casar después de unos años con cierto Casco (o Tasco). De hecho, había un senador llamado Gneo Pedio Casco, pero no tenemos noticias de sus actividades o propiedades en el área vesubiana, y luego está Tascio Pomponiano, con quien Plinio se reunirá durante la erupción. Pero vivía en una villa en Estabia…

Por último, también podemos especular que se trataba de una aristócrata romana que conocía a Plinio y que, junto con su marido Casco (o Tasco/Tascio), vivía en una villa faraónica vecina de la que tenía la torre a la que acudió corriendo para enviar el SOS.

Podríamos continuar indefinidamente con preguntas sin respuesta, como las que acabamos de mencionar, y que trazan caminos que ahora son intransitables, a no ser que se hagan nuevos y decisivos descubrimientos. Un hecho, sin embargo, es cierto. Rectina vivía en una gran villa junto al mar cerca de una torre de señalización. Y hay pistas que nos hacen suponer que se salvó (descubrirá por qué al final del libro). Es en este horizonte en el que nos moveremos.

Pero ahora regresemos a las 13:00 del 22 de octubre, con Rectina a bordo de la liburna…

Una villa impresionante.

En el último tramo del viaje la liburna viaja acompañada de delfines que saltan fuera del agua, escoltando el casco como una escuadra de caballería, viniendo al encuentro de Rectina. En cada salto sus cuerpos brillantes parecen quedar suspendidos un instante, el ojo mirando a los pasajeros y dando la impresión de sonreír antes de sumergirse de nuevo en el mar azul. A bordo todo el mundo lo toma como un buen augurio.

Este tramo de costa tiene tantas viviendas aristócratas que parece un único pueblo formado por villas que se extiende varios kilómetros. A veces ni siquiera se sabe dónde termina una y comienza la otra, o cuáles son los límites de las propiedades.

Es interesante observar el tráfico de barcos que «orbitan» alrededor de estas suntuosas viviendas. Acabamos de encontrarnos con una inmensa *nave oneraria,* es decir, un barco de transporte, con todas sus velas desplegadas, que avanza lentamente: en el puente podemos ver las inmensas y muy pesadas columnas de mármol, destinadas a quién sabe qué villa. Vienen de las canteras cerca de Éfeso, hoy en Turquía.

Un viaje muy largo. De los últimos de la temporada, ya que el período de los grandes viajes por el Mediterráneo, que no se reanudará hasta la primavera, está a punto de terminar. En efecto, en otoño e invierno toda la navegación se detiene: el mar, con sus tormentas invernales, es demasiado peligroso. Los romanos tienen para esto un sentido práctico y también… económico. Es mejor esperar la temporada buena que arriesgarse a perder bienes y dinero en naufragios más que seguros (a menos que haya emergencias, como peticiones de grano para Roma o viajes dictados por necesidades repentinas).

Otros barcos más pequeños están descargando dátiles (una novedad otoñal que acaba de llegar de la costa africana), sedas preciosas y ánforas de vino, muy apreciado para el consumo diario de los aristócratas que viven aquí. Y pensar que tantos otros habitantes de la zona de ese vino no podrán permitirse ni siquiera una copa en su vida… En una de estas embarcaciones un joyero, que va sentado, agita una caja en sus manos. Evidentemente viene a mostrar joyas preciosas a la joven esposa aburrida de algún rico romano.

Ninguna matrona de estas villas daría un paso para ir a comprar

joyas, seda o ropa en las tiendas de Pompeya. Son las compras las que, por así decirlo, van a su casa. Joyeros, sastres y vendedores de telas finas se acercan a las villas a mostrar su mejor mercancía. Para hacerse un idea cabal de la diferencia social y económica entre los que viven en estas villas y el resto de la población hay que pensar en… los jeques o los actuales «nuevos ricos» que compran villas y yates como si fueran pares de zapatos. Su nivel de vida está, en todos los sentidos, muy lejos del de los que se encuentran en los callejones de Pompeya. Realmente son de otro planeta. Su vida cotidiana se basa en objetos, comidas y vestidos tan valiosos y caros como pueda imaginar.

Un velero en particular llama nuestra atención. Es pequeño, casi anónimo, y se aleja rápidamente de una villa en dirección al puerto de Pompeya. Su puente está casi completamente cubierto por una pila de baldosas partidas, mezcladas con ladrillos rotos, incluidos algunos agujereados que permiten que pase el aire caliente a través de las paredes de las termas. A primera vista parece el equivalente romano de uno de esos camiones de las empresas constructoras cargados de escombros para tirar después de renovar un apartamento.

Pero no se trata de la obra de ampliación de una villa. Una estatua de mármol rota, a la que le faltan varias piezas, con la cabeza y los brazos delicadamente envueltos en alfombras, obviamente destinada a ser reparada en el taller de un escultor, nos cuenta una historia distinta: alguien está tratando de reparar los graves daños de un terremoto. Un temblor muy reciente.

La vista de esa embarcación le produce a Rectina una sensación de inquietud. Los temblores están siendo demasiado frecuentes…

A medida que se acerca la costa, este pensamiento suyo va siendo gradualmente desplazado por la belleza de los edificios. Hay que decir que cada villa es diferente de las demás. Si queremos hacernos una idea, basta con mirar los frescos pintados en las paredes de muchas *domus* pompeyanas para ver algunas «fotos» del tipo de casas de lujo que había en aquella época a lo largo de la costa. Algunas villas tienen delante de las columnatas auténticos jardines y extensiones de hierba que llegan hasta el mar. Podría usted sentarse en el borde del césped a pescar con los pies balanceándose a solo unos centímetros de las olas. Estatuas de

bronce rematan los bordes de estos prados. No miran al mar, como se podría intuir, sino hacia las villas, para ser admiradas por los propietarios y los huéspedes.

A partir de los frescos también podemos adivinar un ir y venir de barcos «equipados» con esclavos remeros para paseos de placer. Son el equivalente de esas lanchas de madera que a veces se ven en las villas de los VIPs. Cada villa tiene su propio embarcadero, un muelle privado en el que hay amarrados barcos elegantes, ricos en decoraciones y madera tallada, con velas de colores que a menudo representan animales o dioses. Estos son los yates personales de cada familia o, si se quiere, los Rolls-Royces de la época.

A veces, en el borde de los muelles se pueden ver piscinas excavadas en la roca o hechas de mampostería. Tienen un solo propósito: la cría de peces y el cultivo de ostras con agua de mar.

La llegada a la villa.

La villa de Rectina es reconocible al instante. Se encuentra en la cima de un acantilado y despliega una serie de elegantes terrazas en varios niveles que descienden gradualmente hasta el mar, cubriendo toda la pared rocosa. Para que se haga una idea, una de ellas tiene más de cuarenta metros de ancho. Están conectadas entre sí por cómodas escaleras y están adornadas con estatuas y nichos con fuentes (como deja intuir un tubo de plomo encontrado por los arqueólogos). La villa se extiende más allá de la cima del acantilado en habitaciones con frescos y jardines con estatuas de bronce y vasijas de mármol. Lo que se puede ver muy bien desde el mar, y que hace suspirar de envidia a cualquiera que pase por delante de la villa, es una especie de torre cuadrada, cubierta de yeso muy blanco, con una vista impresionante sobre todo el Golfo.

Hoy en día queda muy poco, pero podemos imaginar que en aquella época albergaba una sala para banquetes de verano abierta al Mediterráneo, con una columnata circular, que ofrecía a los huéspedes una vista inolvidable de las puestas de sol en el Golfo de Nápoles. Más tarde, será justo allí donde se recostarán los invitados al banquete que Rectina ha organizado.

Esperando a la joven en el muelle está su sirviente de confianza, Éutico (Eutychus). En griego, este nombre significa Afortunado. Es

alto, moreno, de piel oscura y ojos verdes. Una presencia tranquilizadora y protectora para Rectina.

Tan pronto como su sandalia decorada con piedras preciosas toca el muelle, otro esclavo, un niño que ha descendido rápidamente del barco, se pone a su lado y le proporciona sombra sosteniendo una sombrilla con pequeños flecos dorados. Es más estrecha y cónica que las nuestras, recuerda un sombrero chino.

Esta escena nos dice dos cosas: primero, que las mujeres romanas no se bronceaban. A diferencia de hoy, el «moreno» era indecoroso: una piel bronceada significaba trabajo al aire libre, típico de las clases humildes. Una mujer aristocrática debía tener la piel blanca, signo de una vida acomodada en casa.

En segundo lugar, la sombrilla ya existía en la antigüedad, pero tenía un propósito diferente al de los actuales paraguas. Estaba hecha de tela y se usaba para protegerse del sol, no de la lluvia, tal y como hacían las damas en los siglos pasados. Por otro lado, la palabra *sombrilla* viene del latín *umbra,* que significa *sombra,* precisamente.

Una curiosidad: en un fresco conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles y en una lápida de los Museos Arqueológicos de Estambul se puede ver una escena similar a la que estamos describiendo. Y se puede apreciar un detalle. En ambos casos, mientras que la parte que protege del sol está en posición horizontal (como debe ser), la varilla está muy inclinada, precisamente porque está sostenida por el esclavo que está detrás o al lado de la matrona. Pero ¿cómo es posible? Podría ser un simple error de perspectiva, pero los artistas siempre han estado muy atentos a estos detalles. Tal vez podría indicar que el punto de contacto entre la varilla y el interior de la sombrilla, bajo la cúpula de tela, era un simple pivote suelto y, por tanto, articulado, lo que le permitiría estar siempre horizontal y hacer una sombra perfecta pese a que la varilla se mantuviera muy inclinada (por fuerza) debido a que el sirviente que se encontrara a cierta distancia de la matrona.

A cada paso que da mientras sube las escaleras Rectina es asaltada por el embriagador aroma de las esencias mediterráneas que ha plantado a lo largo del camino. Ahora se siente como en casa.

Una vez en lo alto de la terraza recibe de una esclava una copa de zumo de uva, con un sabor muy dulce. La sujeta con ambas manos y se vuelve hacia el mar, mientras la brisa agita su cabello. Cierra los ojos. El cansancio parece desvanecerse en un segundo. Y sonríe. No muy lejos hay un esclavo subido a una pequeña escalera lustrando con aceite una gran estatua de bronce que representa un hermoso guerrero con una lanza y un escudo, traída hasta aquí desde Grecia hace más de un siglo…

¿Para qué lustrarlas con aceite? Un antiguo romano se horrorizaría si viera una de nuestras estatuas de bronce en medio de las plazas: las dejamos oxidarse y se vuelven verdes, con horribles chorretones verdosos en los pedestales de mármol. En la antigüedad esto nunca ocurría: las estatuas se limpiaban, se pulían y se cubrían con una capa protectora de aceite. Era una de las tareas de los esclavos en cualquier villa. El resultado se puede ver también en los frescos que representan villas con estatuas: son tan brillantes que parecen hechas de oro.

De repente, la cabeza de Rectina empieza a moverse, como si el balanceo de la liburna hubiera reaparecido bajo sus pies. El balanceo se convierte primero en vibración, luego en temblor. Dirige su mirada hacia la piscina de mármol en medio del jardín, sobre la que descansa una paloma de bronce: el agua que contiene crea multitud anillos que parecen desplazarse hacia el centro. Luego empieza a bailar, casi como si estuviera friendo. Un azulejo mal sujeto se desprende y se rompe en mil pedazos contra un mosaico. Los ojos de Rectina se sienten atraídos por los balancines, placas de mármol talladas y coloreadas por ambos lados con sátiros y ninfas, suspendidas entre las columnas de un pórtico que rodea el jardín: por lo general el viento los balancea suavemente, ahora se balancean nerviosamente impulsados por quién sabe qué fuerza.

La sacudida del terremoto parece no tener fin.

Luego, tal como ha llegado desaparece… Rectina mira al esclavo que estaba puliendo la estatua: se ha quedado petrificado, con los ojos abiertos de par en par. Y mira a su ama. Después, tragándose el miedo, continúa puliendo la estatua con movimientos mecánicos, aterrorizado.

Tras inspeccionar personalmente la villa para comprobar si hay daños, Rectina está ahora sentada en el triclinio que están

preparando para el banquete de esta tarde. Afortunadamente el daño es muy leve. Unos cuantos frascos caídos en la cocina, un ánfora rota y un par de pequeñas grietas en un fresco en el pasillo que lleva a las termas privadas. Todo ha ido bien.

Pero ¿por cuánto tiempo?

Éutico, que acaba de elaborar el balance entre los ingresos procedentes de la venta de los productos agrícolas de las tierras de Rectina y de los gastos de funcionamiento de la villa, incluidos los problemas con un par de esclavos huidos, duda en hablar. Ante la insistencia de la señora, admite que hay ciertas cosas que no entiende.

En los huertos junto a la villa, montones de lombrices de tierra han surgido repetidas veces en los últimos días, casi como si se negaran a vivir bajo tierra y prefirieran dejarse morir al sol. Lo mismo ocurre en los jardines por todas partes (estudios modernos sugieren, de hecho, que las lombrices de tierra pueden mostrar este comportamiento anómalo incluso muchos días antes de un terremoto violento).

Algunas plantas de jardín han muerto de una manera extraña, marchitándose. Al principio, Éutico pensó que se debía a la negligencia de un esclavo al que hizo castigar, pero luego se percató de que el agua de la pequeña fuente que se utilizaba para regar la tierra se había secado.

—Señora, algo malo está ocurriendo bajo tierra. Algo que causa todo esto y que hace incluso temblar el suelo. Los dos esclavos han huido por eso. Mandé que se realizaran rituales en honor a Tellus (la diosa de la Tierra). También hice venir a un arúspice que rodeó la propiedad buscando señales de alguna deidad, como un rayo o alguna otra cosa. Nada. Luego sacrificó una oveja, pero sus entrañas indicaban muy buena fortuna para el futuro inmediato. En resumen, nada de qué preocuparse.

Rectina mira a Éutico. Por primera vez ve una sombra de incertidumbre y, en el fondo, también de miedo.

El banquete: ¿quién se salvará y quién morirá?

Villa de Rectina.
22 de octubre de 79 d. C., 17:00; faltan 44 horas para la erupción.

FACITIS VOBIS SUAVITER EGO CANTO.
Tú diviértete, yo canto…

Un viento suave hace ondear sinuosamente los velos que cuelgan entre las columnas del triclinio en lo alto de la torre. Desde el exterior parece una terraza cubierta (circular y con una elegante columnata) que permite a los comensales disfrutar de un panorama que abarca todo el Golfo de Nápoles, desde la península sorrentina hasta el Cabo Miseno. Capri, Nisida, Procida e Isquia parecen estar al alcance de la mano. Los barcos con sus velas desplegadas parecen plumas blancas deslizándose sobre el mar, un mar que, según se acerca el atardecer, va adquiriendo un color oro oscuro.

El sol, ahora bajo en el horizonte, crea un reflejo alargado, un surco de luz que aplana la rugosidad del mar y llega directamente a la villa, inundando la habitación del triclinio con una cálida luminosidad que suaviza todas las caras.

Si el sol hace desaparecer las «arrugas» del mar, los placeres de las termas han eliminado de Rectina toda la fatiga del día, relajando y haciendo su piel aún más luminosa. El calor de los últimos rayos de sol se suma al de numerosos braseros dispuestos en varios puntos de la sala abierta para contrarrestar el lacerante frescor que llegará a la noche.

Dos bailarinas gaditanas bambolean sus caderas y su vientre de forma provocativa, mientras que sus dedos tocan con inusitada habilidad unas castañuelas en forma de cuchara. Este baile, típico

del suroeste de España, es un gran éxito en las fiestas y banquetes de todo el imperio, y sobrevivirá a la caída de Roma, dando lugar al flamenco a un lado del Mediterráneo y a la danza del vientre al otro…

Un grupo de músicos entonan motivos muy dulces, dejando a la flauta doble la tarea de liderar la audición de los invitados en este sensual baile sonoro.

Rectina está recostada en un triclinio, al igual que sus invitados. Su mirada es atraída por un rayo de sol que se filtra e ilumina un plato lleno de pequeños higos secos. Un invitado coge algunos de ellos y se aleja. Una risa estentórea y chillona irrumpe y atrae la atención de Rectina. Es de uno de los invitados, el más joven. Se trata de Cayo Cuspio Pansa, edil de Pompeya (algo parecido a un poderoso concejal hoy día). Tiene ojos viperinos, y el acné, que todavía marca su frente, traiciona su edad. De hecho, fue uno de los candidatos más jóvenes para este cargo en las elecciones anuales celebradas en Pompeya.

Su seguridad en sí mismo, que ostenta con tanta torpeza, es en realidad el resultado de una operación política urdida por otro comensal, que apoyó firmemente su elección en todos los sentidos: ahora lo maneja como a una marioneta. El «titiritero» yace a cierta distancia, junto a su esposa, y habla lentamente, con palabras calculadas y una voz baja, señal de poder. Se llama Julio Polibio, y es, de hecho, muy temido. Es un *homo novus,* un advenedizo, un nuevo rico… Comenzó su carrera siendo un simple panadero, pero ahora es uno de los hombres más poderosos de Pompeya, capaz de mezclar la política, los negocios y hasta la prostitución… Su esposa, cubierta de anillos y oro, mastica aburrida algunos platos elaborados con gran destreza por un *magirus,* un cocinero de los más renombrados, que Rectina hizo traer a Roma…

Julio Polibio conversa con un banquero de Pompeya, Lucio Cecilio Jocundo, quien lo escucha atentamente mientras, concentrado, con los ojos fijos en el suelo, hace girar un precioso anillo de oro macizo que lleva en el dedo. Varias veces han sido socios en negocios, y podemos apostar que Polibio le está proponiendo un nuevo *business*.

Un poco más allá, un hombre pequeño, gordo y de aspecto gracioso discute con otros tres invitados. Es Pomponiano, otro VIP,

propietario de una gran villa en Estabia. Gesticula todo el tiempo, y su cara regordeta semeja la de un comediante.

Frente a él está Flavio Cresto, un liberto también de Estabia, y más allá un hombre con rostro de granjero y modales sencillos y graves, pero extremadamente rico. Es Lucio Crasio Tercio, otro liberto que ha hecho fortuna. Un indicio de su opulencia es la hermosa chica que yace a su lado, una mujer que ha hecho perder la cabeza a miles de hombres: Novela Primigenia.

Es una actriz de mimo, quizá la más famosa de la zona. A menudo se junta con romanos ricos, con los que más pueden ofrecerle. Su belleza y su experiencia en la cama le han permitido, como se puede ver, acceder a los salones más exclusivos de la ciudad.

Al lado de Pomponiano hay aún otro político, más poderoso que el joven edil de la risa estridente. Es el duoviro Marco Holconio Prisco, elegido también gracias al apoyo del banquero del gran anillo.

El tono de las conversaciones es preocupado. Son incontables ya los terremotos; las sacudidas, ya sean fuertes o débiles, son continuas y no hay ningún edificio en el que no haya una cuadrilla de obreros trabajando. La propia villa de Rectina, como muchas otras, fue restaurada a fondo hace diecisiete años, tras un fuerte terremoto, pero cada año nuevos temblores obligan a todos a reparar grietas en sus casas, a reemplazar columnas, a restaurar tuberías. Últimamente, sin embargo, todos los esfuerzos se han visto frustrados por una nueva serie de seísmos. O sea que más trabajo y más dinero desperdiciado. Pomponiano compara su situación con la de Sísifo, a quien Zeus había castigado y condenado a empujar una enorme roca hasta la cima de una montaña, roca que luego rodaba hasta el valle para que todo el esfuerzo se repitiera por toda la eternidad.

Poco interesado en estas expresiones de alarma, un niño de aspecto muy hermoso y rasgos delicados, Aulo Furio Saturnino, perteneciente a una de las familias más poderosas de Herculano, escucha los versos de un reconocido poeta que modula con arte su voz y esculpe cada palabra. Es Cesio Bajo, un hombre de gran sensibilidad. Lo que le ha traído a Rectina esta noche es tal vez el regalo más hermoso de todos: unas rosas egipcias. Una rareza muy

cara. Un símbolo de una amistad sincera y también, imaginamos, de gratitud hacia quien lo protege como «mecenas» (todos los poetas y hombres de letras necesitaban «encontrar» a alguien que los sustentara y a quien, como signo de gratitud, dedicarle su actividad literaria).

Los banquetes de la época romana son los precursores de los «salones»: servían para conocer y darse a conocer, para hacer alianzas o para ganar prestigio invitando a gente importante. Rectina es muy hábil en este asunto. Por supuesto, la figura más influyente está sentada a su lado: Tito Suedio Clemente, un prefecto con poderes especiales y puño de hierro, enviado por Vespasiano para restablecer el orden en las propiedades imperiales, públicas y privadas, durante la reconstrucción que se está llevando a cabo en Pompeya tras el terremoto de 62 d. C. A pesar de su inmenso poder (estaba en contacto directo con el emperador), es un hombre muy amable, educado y servicial, pero por encima de todo, posee una determinación inflexible. En asuntos del gobierno imperial no lo frena nadie, ni siquiera los muertos: a partir de algunos grabados que han encontrado los arqueólogos sabemos que fue capaz de hacer mover tumbas familiares enteras por no haber respetado los límites administrativos.

Así pues, hay un total de doce personas recostadas en este banquete. Gente de verdad, no inventada, que vivió realmente en esta área, unos en Pompeya, otros en Herculano, otros en Estabia, otros en Nocera Inferior (Primigenia), otros en Nápoles, y que con certeza vieron y vivieron la experiencia de la erupción en su propia piel. ¿Quién logró sobrevivir a la furia del Vesubio? ¿Y quién, por el contrario, encontró la muerte? Sigamos con nuestra historia para averiguarlo.

Acabado el banquete, cada uno de los invitados se irá a su casa a dormir. Mañana seguiremos a muchos de ellos en sus actividades y tareas cotidianas: descubriremos lo que sucede en Pompeya, Herculano, Estabia, Oplontis y también en la lejana Bayas, lugar de perdición de la época romana.

El despertar de Pompeya

Pompeya.
25 de octubre de 79 d. C., 6:00; faltan 31 horas para la erupción.

PANE(M) FECI FELICITER
¡He hecho pan, viva!

El mar todavía está en calma. Su lento vaivén se mece sobre las playas vesubianas con la misma delicadeza con que la mano de una madre acaricia la cabeza de su hijo. Las aguas del Golfo de Nápoles se asemejan a un amplio y oscuro manto que se extiende hasta el horizonte, salpicado por alguna que otra velita o por el tenue brillo de las linternas que oscilan en los barcos de los pescadores… A estas alturas la noche está llegando a su fin y desaparece con las últimas estrellas.

En el lado opuesto, en cambio, en tierra firme, más allá de las montañas, la aurora se ilumina gradualmente con un tinte naranja que parece incendiar el horizonte. Mañana, este mismo tono del cielo indicará fuego y muerte, pero nadie lo sabe todavía.

A esta hora, en todas partes reina el silencio, roto por el ladrido de un perro a lo lejos, el rebuzno de un burro que ya arrastra un carro, o el canto de un gallo al que responde otro en una de las muchas granjas diseminadas alrededor Pompeya. El día promete ser magnífico, en el cielo claro se respira un aire cristalino.

Una típica mañana de otoño.

El calor del pan.

Todo parece inmóvil, y a esta luz azul del amanecer se crean extraños efectos: las losas de las calles, unidas unas a otras con

pericia, recuerdan las escamas de un reptil, dándonos la impresión de que caminamos sobre largas serpientes de piedra dormidas.

A lo lejos, unas pocas sombras fugaces aparecen y desaparecen en las encrucijadas. La ciudad se está despertando, como lo confirma el agridulce olor de la leña que ha empezado a arder en las cocinas y que penetra en nuestras fosas nasales.

Seguimos a un hombre envuelto en una capa roja oscura. Su paso es rápido, pareciera que se desliza por la acera. Cruza la calle pasando rápidamente por encima de unos bloques que sobresalen puestos en fila (los cruces peatonales de la época) y luego se mete por otra calle. Se dirige a una tienda que ya está abierta. El brillo de la luz atrae más sombras de los callejones, como un puñado de polillas dirigiéndose hacia una luz.

El sol no ha salido aún. ¿Quién empieza a trabajar tan temprano en Pompeya? Los romanos son muy madrugadores. En ausencia de electricidad, en la antigüedad, como en los siglos siguientes, la luz solar se aprovecha al máximo, por lo que las primeras actividades comienzan al amanecer. Este negocio recién abierto es particularmente importante para la vida de los pompeyanos. Nuestras narices lo perciben primero, antes incluso que nuestros ojos: en cada aspiración percibimos el inconfundible olor del pan recién horneado. Un aroma que crece a cada paso. ¡Es una panadería!

Esta vez, la confirmación definitiva nos llega por los ojos: algunos pompeyanos se alejan llevando hogazas de pan caliente y fragante en sus manos. Nos acercamos al grupo de personas que se ha formado ante el edificio. Esperamos nuestro turno, hombro con hombro con los demás. Notamos claramente la aspereza de sus capas en nuestra piel: en esta época son la prenda más común para protegerse del frío. Firmemente sujetas con un pasador de bronce, las capas pueden, si es preciso, convertirse en cómodas mantas, en especial para los viajeros o los legionarios.

No está claro si esta panadería tenía un mostrador para la venta directa a los clientes, como las de hoy. Desde aquí, dadas las puertas semiabiertas, se parece más a uno de esos hornos actuales que venden *croissants* calientes en mitad de la noche. Por cierto que se trata de una panadería muy famosa entre los pompeyanos. Se encuentra en una de las calles más importantes de la ciudad, y toda

la propiedad se distribuye en dos pisos, donde probablemente vive el panadero.

Nos llega el turno. Nos adentramos unos pasos en la tienda e inmediatamente nos envuelve una agradable calidez. Aparte de algunos tragaluces cubiertos por un velo muy fino de harina, que está por todas partes, toda la habitación está iluminada por el brillo rojizo del horno, a la izquierda, incluida la cara del panadero, que emerge a veces de la semioscuridad con una larga pala de madera en la mano.

Con movimientos secos, saca del horno algunas hogazas de pan humeante, mientras un niño le da otras nuevas para hornear.

Sobre la boca del horno distinguimos claramente una escultura de terracota. Es un pene erecto. ¿Qué pinta ahí? Un pene engendra vida, por lo que es un símbolo de fertilidad capaz de alejar la mala suerte y la envidia (especialmente la de los otros comerciantes de la calle). Pero también tiene otro propósito: como uno se puede figurar, ayuda a una… buena «levadura» del pan.

El horno consta de dos partes: una cámara de combustión, poligonal, donde se distingue bien la leña que arde, con las llamas danzando lentamente, y luego la cámara de cocción, donde se cuecen los panes, que tiene los ladrillos dispuestos en espiral, como en un iglú, para formar una cúpula perfecta. Una chimenea crea una excelente corriente de aire que elimina el humo y permite que el oxígeno penetre en el horno para avivar el fuego.

En realidad, se trata de una visión familiar. Es como estar en una de nuestras pizzerías con horno de leña. Pero hay algo que es muy diferente. Un poco más allá, en la oscuridad, distinguimos dos mulas, cubiertas de harina, que giran alrededor de sendas molinos de piedra volcánica. Se asemejan a grandes relojes de arena de piedra negra y están compuestos por dos elementos: una piedra cónica *(meta),* fijada en una base, y otra hueca *(catillus),* que la envuelve como un sombrero. Funciona así: desde una cavidad en la parte superior del *catillus,* puñados de grano de trigo caen en el delgadísimo hueco entre las dos piedras mientras estas giran. Al frotarse entre sí, las dos piedras pulverizan el grano y por debajo cae la harina.

Una curiosidad. Irremediablemente, las dos piedras se van desgastando. Reemplazar la inferior no es problema, después de

todo es un simple cono, pero la superior ya es otra cosa: es más grande, tiene una forma más compleja de esculpir, que incluye también el enganche de los brazos de madera y, por lo tanto, es bastante más costosa. Pero gracias a un truco los panaderos pueden ahorrar dinero: la piedra de molino, al igual que un reloj de arena, se compone de dos conos, así que una vez que uno se ha gastado, basta con girar la piedra y utilizar el otro… Los canteros de piedra de lava esculpen estas piedras simétricamente, como si fueran cartas de juego.

El dato interesante es que las piedras volcánicas no provienen del *Vesubius,* como sería lógico esperar, sino de las canteras cercanas a Orvieto, lo que indica una gran «globalización» del comercio y de la sociedad, muy similar a la nuestra, típica del Imperio Romano. La primera de la Historia.

No siempre son las mulas o los burros los que mueven la pesada piedra del superior, a veces son esclavos. En ese caso se trata de dos mulas. Es un trabajo infernal, hay que empujar durante horas y horas, dando vueltas en círculos, con pocos descansos.

Con gran tristeza nos percatamos de que las mulas tienen los ojos completamente cubiertos por parches de cuero. Son, pues, «ciegas», y por tanto más dóciles en la confusión del horno. Caminan sin quizá darse cuenta de que su camino no tiene un destino.

Todo lo que se oye es el chirrido de los brazos de madera que tienen que hacer girar el molino, la fricción de las muelas que giran y el tintineo de las cadenas que las atan a la estructura. Cualquier persona, animal o esclavo, está destinado a quedar destruido y, tarde o temprano, a ser reemplazado. Es un gasto para los panaderos. Parece que incluso había una gran panadería en Roma que hacía desaparecer de vez en cuando alguno de sus clientes (no habituales) para ponerlo en las muelas como esclavo. Y al final, suponemos, matarlo. Todo acabó cuando trataron de someter a alguien que les parecía un cliente normal y era, en realidad, un legionario. El soldado reaccionó matando a sus atacantes y sacando a la luz el crimen, lo que causó un gran revuelo.

La desaparición de ciudadanos comunes no era una rareza en el mundo romano: era uno de los peligros, por ejemplo, para los viajeros. Con frecuencia, algunos emperadores ordenaban redadas

por parte de los agentes de la ley en las granjas grandes para liberar a los ciudadanos romanos que habían sido secuestrados en las calles y obligados a trabajar como esclavos. Probablemente esto no ocurría en los hornos de Pompeya, pero si hoy, caminando por las ruinas de la ciudad, entramos en los restos de una panadería, notaremos algunos aspectos de ese oscuro mundo. Por ejemplo, notaremos que las piedras de molino siempre están alejadas unas de otras apenas lo suficiente como para permitir a los animales o a los esclavos girarlas sin estorbarse. O sea que tenían que moverse en espacios muy estrechos. Además, el suelo de baldosas es muy resistente con el fin de evitar que se creara, con el tiempo, un surco circular. Todo esto hace que uno se dé cuenta de lo agotador que bebía de ser empujar la piedra de moler.

La harina (del latín *far,* «trigo») es un verdadero «petróleo blanco» capaz de hacer funcionar toda la ciudad. Sale de las piedras del molino poco a poco, vuelta a vuelta, y es recogida con cuidado por los esclavos. Inmediatamente la pasan por un tamiz, para separar los restos de cáscara de los granos triturados. Al moverse, las cribas ponen en circulación en el aire un polvillo de harina muy fino que cubre las caras de todos, como si se tratara de mimos modernos.

La harina se procesa ahí mismo, ante nuestros ojos, en una habitación lateral, junto al horno, donde los esclavos la mezclan con agua y levadura en recipientes de piedra especiales. Su rapidez es sorprendente, pero observándolos podemos percatarnos de que en esta «cadena de montaje» son ayudados por un curioso sistema para facilitar la elaboración de la masa. Podríamos definirlo como una «máquina» amasadora de la antigüedad, movida por la fuerza del hombre en lugar de la electricidad. Consiste en un «cubo» de piedra con una «percha» de madera en el medio, fijado al fondo con una base móvil; de este modo los esclavos, girando esta estructura equipada con muchos brazos, eran capaces de estirar y mezclar la masa. Ahorra tiempo y esfuerzo, pero sobre todo es posible trabajar una mayor cantidad de masa, aumentando la producción de pan.

Llegados a este punto, la masa se deja reposar durante muchas horas, cubierta con un paño, antes de continuar con su elaboración. De hecho, el siguiente paso verá nacer los panes en una larga tabla de madera. Unos cuantos gestos bastan para darles la forma

deseada, con sus cortes y tal vez unos sellos. En cuanto están listos, los panes son inmediatamente introducidos en el horno a través de una abertura lateral.

En este exiguo local trabajan los esclavos, almas perdidas a las que tan solo una pequeña ventana les permite atisbar lo que ocurre fuera, si llueve o si hace sol. De hecho, es el progreso de los propios los rayos del sol por el suelo o la pared lo único que marca el paso del tiempo. Un tiempo que parece no acabar nunca y que es tan prisionero como ellos en esta habitación.

En la pared hay también un pequeño fresco con una Venus desnuda mirándose en un espejo: lejos de ennoblecer este lugar, lo hace aún más sombrío. Este horno recuerda a una prisión, con sus pintadas y sus dibujos de mujeres desnudas.

Nuestros pensamientos se ven interrumpidos por el esclavo del mostrador, que llama nuestra atención con unos bruscos golpes en el hombro y nos da el pan. Pagamos un as, el equivalente a un euro cincuenta[1], y salimos abriéndonos paso entre la clientela, que ha ido creciendo con el tiempo.

El pan tiene forma circular, parece un pequeño pastel de quince centímetros de diámetro, con ocho profundos cortes en forma de estrella que lo dividen en otros tantos segmentos, separando así las porciones. Recuerda a la actual *rosetta* o *michetta,* la típica hogaza de pan moderna tan común, sobre todo en Roma y en el norte de Italia. A veces se pueden leer el nombre del esclavo que horneó el pan y el de su amo, el panadero, estampados con un sello (en Herculano, por ejemplo, en una barra de pan que se encontró intacta después de casi dos mil años, todavía se puede leer: «Hecho por Celer, esclavo de Quinto Granio Vero»).

No podemos resistir la tentación de hincarle el diente. Está caliente, esponjoso, despide un magnífico aroma y tiene la corteza muy crujiente. Un regalo a esta hora, como lo es para nosotros un *croissant* caliente por la mañana.

El pan recién horneado de los romanos era ligeramente diferente al que consumimos hoy en día, porque a menudo (aunque no siempre) tenía especias. Sin embargo, compartía una característica con el nuestro: una corteza ligeramente crujiente. Esto se conseguía gracias a un pequeño truco usado por los panaderos: al lado del horno había siempre dos recipientes de agua, uno para enfriar las

herramientas, el otro… para rociar un poco en las hogazas de pan a mitad de cocción con el fin de que la superficie se dorarse y endureciese.

Otra característica «inquietante» del pan en la antigüedad (y también en otras épocas) era algo que se percibía en cada mordisco: los molinillos de piedra utilizados para desmenuzar el grano liberaban fragmentos microscópicos que, a la larga, terminaban «limando» y desgastando los dientes. En Pompeya, sin embargo, esto no ocurría, ya que la piedra volcánica porosa elegida para las muelas era tan dura que no desprendía trocitos, salvando así los dientes de sus habitantes.

Pero ¿qué otros secretos tenía el pan de Pompeya?

Los secretos del pan y los dulces de hace dos mil años.

Nos encontramos de vuelta en la calle. Vamos masticando porciones de pan caliente y picante. El amanecer es inminente. El color del cielo nos recuerda el brillo rojizo que iluminaba la cara del panadero.

Seguimos por la vía de la Abundancia hacia el Foro. Pasando un cruce, el primer edificio que encontramos a nuestra derecha en la acera son unas termas: las Termas Estabianas. Nos gustaría echar un vistazo, pero no se puede entrar, la puerta principal está cerrada (más tarde averiguaremos por qué). Así que continuamos. El camino sigue recto y sube un poco, pero queremos ver la Pompeya de los callejones, así que giramos a la derecha en el primero que encontramos: ahora sí, estamos justo en el corazón de la ciudad. En algún balcón, sobre nuestras cabezas, asoman algunos rostros dormidos, rascándose la cabeza, mirando al cielo para ver qué día hará, para meterse al fin de nuevo en casa.

Escuchamos el chapotear en el pavimento de un líquido lanzado desde arriba. Evidentemente, alguien ha vaciado furtivamente un orinal en la calle (por ley y, añadimos nosotros, por educación, no se podía hacer). Percibimos todos los sonidos de una ciudad despertándose. Los chirridos de las puertas que se abren. La voz de una madre, muy dulce, que despierta al bebé en su cuna. En algún otro lugar un niño está llorando…

Un carro llama nuestra atención: el chirrido del eje de la rueda

enmascara el ruido metálico de las llantas sobre el pavimento. Al amanecer debe estar fuera de la ciudad, según lo establecido por una ley que fue promulgada por Julio César en Roma hace más de un siglo y adoptada por todas las grandes ciudades del imperio y, así parece, también en Pompeya. El objetivo es claro: si todas las entregas y el transporte se hicieran durante el día, no se podría caminar y el tráfico sería caótico. Así que, con la primera luz del día, Pompeya se convierte en una gran isla peatonal. Luego, por la noche, los carros regresan…

Este callejón que recorremos lo conoce todo el mundo. ¿Por qué? Pues porque conduce al lupanar, tal vez hoy día el burdel más famoso del mundo. Todos los turistas quieren verlo, y también nosotros lo visitaremos hoy, pero no ahora. Por ahora nos limitamos a pasar de largo. Está en el cruce entre dos callejones y por eso el edificio tiene una extraña forma de «esquina». Parece la proa de un barco encajada entre las calles.

Un hombre sale tambaleándose de una de las puertas. Evidentemente ha pasado varias horas de la noche en compañía de algunas prostitutas de nombres exóticos, que le han hecho beber y lo han desplumado. Pero durante las horas del día, la frecuencia de los clientes aumenta y las relaciones se consuman en poco tiempo. De hecho, tan solo unos segundos después otro hombre, con un paso rápido e impaciente, entra en el lupanar apartando una cortina. Este lugar no conoce el descanso, ¡es más activo que los hornos de Pompeya!

Y hablando de hornos, después del lupanar volvemos a oler un agradable olor a pan recién hecho. Pero ¿cuántas panaderías hay en la ciudad?

En Pompeya hay más de treinta. No todas tienen sus propias piedras de molino, lo que probablemente significa que hay molinos en los alrededores que las abastecen. Así que es fácil imaginar el movimiento de sacos de harina por la ciudad, en carros por la noche y en mulas y esclavos durante el día. Los responsables de este transporte de sacos son, como su nombre indica, los «saqueros», que forman una importante corporación, capaz de poner de rodillas a toda la ciudad si deciden cruzarse de brazos (como ocurre en nuestros días con los transportistas por carretera).

Debe de haber una red de distribución eficiente, de la que no

tenemos ni idea, pero que muchas pintadas parecen sugerir. Son los llamados *numerali,* es decir, números grabados en las paredes sin explicación aparente: se parecen un poco a los de un convicto que hace marcas en la pared para contar los días de prisión. Los estudiosos creen que son cuentas para marcar los bienes entregados o recibidos, o las horas trabajadas… Algunos de estos *numerali* siguen siendo claramente legibles después de casi dos mil años, como los del horno que acabamos de visitar, en la Casa de los Castos Amantes. Se encuentran justo donde el esclavo nos dio el pan, cerca de la entrada, en la pared de la izquierda.

Un hecho significativo es que solo la mitad de los hornos de Pompeya (una quincena) tienen una clara área interna para la venta directa al público, por lo que se pueden definir como verdaderas panaderías. Los otros, en cambio, producen pan a granel, que luego entregan directamente a los bares *(popinae),* a los restaurantes y posadas *(cauponae)* y a las casas de los ricos. O lo distribuyen a los muchos vendedores ambulantes que se ven por ahí, especialmente a la hora de comer.

La panadería que visitamos tiene incluso su propio «servicio de reparto» (sus «furgonetas»). Las dos mulas utilizadas para voltear las piedras de molino, que en el momento de la erupción se refugiarán en la sala de la masa en un último intento de escapar, no son los únicos animales en el horno. En un establo adyacente los arqueólogos han encontrado los esqueletos de otros cinco caballos, mulos o burros (no está claro). Se usaban para el reparto en Pompeya y probablemente llevaban cestas a la espalda.

Variedad de panes y pasteles.

El pan en Pompeya era un alimento esencial, especialmente para los pobres. Según algunas estimaciones, en el mundo romano constituía el ochenta por ciento de la dieta de las clases bajas. Por eso no es sorprendente que en tiempos de elecciones o hambruna hubiera distribuciones gratuitas de pan.

A este respecto viene a cuento un famoso fresco pompeyano que representa a un hombre con una túnica blanca sentado en un mostrador, rodeado de muchas hogazas de pan, alargándole una a

dos hombres vestidos con ropas pesadas y a un niño, que no oculta su alegría (y su hambre). El hombre de blanco figura en todas las guías como un panadero que vende pan, cuando en realidad es mucho más probable que sea un candidato a las elecciones o una autoridad pompeyana que da pan a los necesitados (o a sus potenciales votantes). La ropa de los clientes parece indicar una época del año fría, en la que la distribución gratuita de pan tenía más demanda.

Observando el fresco se pueden apreciar diferentes variedades de pan. En efecto, los romanos disponían al menos de diez tipos diferentes de pan, y había hasta galletas para perros. Una amplia gama, en resumen, no solo en tamaño, sino también en el tipo de harina. Estaban el llamado pan blanco, para los ricos (hecho con la más pura harina), y el pan negro, para los esclavos y los pobres, que contenía los restos que quedaban en el tamiz. También lo que hoy llamamos pan integral, recomendado en ocasiones por razones de salud, aunque en la época romana se consideraba un alimento de muy baja calidad: se llamaba pan de «última harina».

Y luego había diferentes tipos de pan según los ingredientes, como el pan de cebada o el pan de mijo. En los mostradores de las panaderías también había pequeños y sabrosísimos panes de mosto, o también panes de Piceno, que tenían que ser mojados en leche. Buscando con paciencia, uno podría encontrar panaderías donde, gracias a pequeños hornos de terracota, se podía comprar pan *clibanicus,* una especie de *brioche* de la época romana…

Luego, algunos panaderos pintaban las barras de pan con clara de huevo y «pegaban» trozos de apio o granos de anís antes de meterlas al el horno. Como se puede imaginar, esto daba al pan un sabor fuerte, que hoy en día asociamos con los sabores de Oriente Medio o de la India.

Volviendo a nuestro paseo por las calles de Pompeya, ya hemos comentado que hay otra panadería no lejos del lupanar. Es diferente de la que acabamos de ver: también vende dulces. Podríamos referirnos a ella como una… pastelería de hace dos mil años. Aunque está abarrotada, casi nos atropella un sirviente que sale con una pesada cesta que contiene pasteles y panes. No es el único, salen más a intervalos regulares. Es la hora del reparto. También se diferencia en que esta panadería vende al por mayor y no al por

menor.

Pero sabemos más: pertenece a una de las familias más antiguas de Pompeya, los Popidios. Después de un período de decadencia, esta familia se encuentra ahora en ascenso. El propietario, N. Popidio Prisco, ha cedido el negocio a uno de sus libertos y vive en una hermosa casa cerca de la panadería, con la que se comunica. Hizo su fortuna con el comercio del vino y, sobre todo, con la producción de azulejos (con un taller de cerámica).

Su casa es tan hermosa que ha sido bautizada por los arqueólogos como la «casa de los mármoles», pero por una razón distinta de la que uno podría esperar: los mármoles y azulejos no decoraban las paredes, sino que se descubrieron esparcidos por el suelo en varios lugares de la casa, indicando que el edificio estaba siendo restaurado. Y, como descubriremos en nuestro viaje, no esta no era la única en reformas. Eran nuevas señales de la inminente erupción. Como se verá, estos signos premonitorios nos seguirán a lo largo de nuestra exploración de Pompeya.

Otra curiosidad es que los arqueólogos han encontrado una enigmática inscripción en esta morada: *domus pertusa* o «casa perforada, abierta». La escritura, en caracteres griegos, sugeriría que los propietarios, en las semanas y meses posteriores a la erupción, habían dado órdenes (con el permiso de las autoridades) de cavar en las capas de lapilli para recuperar los objetos más preciados. Si es así, ¿quién pudo haber dado esa orden?

En una tragedia como la de Pompeya, que aniquila a miles de personas, familias enteras, puede resultar engorroso después determinar las herencias. Además, al haber afectado a los mismos archivos de la ciudad, las propiedades sepultadas son difíciles de delimitar. Así que es bastante lógico suponer que fue el poderoso jefe de la familia, N. Popidio Prisco, quien dio la orden. Y eso sugeriría que se salvó de la erupción, tal vez fortuitamente, o quizás simplemente porque estaba en otro lugar (en Pompeya o sus cercanías), ya que se estaban realizando trabajos de restauración en la casa. ¿Podríamos entonces contarlo entre los supervivientes? Nunca lo sabremos…

Los pasteleros de Pompeya *(cupedinarii)* fabricaban dulces y pasteles de gran demanda hace dos mil años, como unos de trigo rellenos de uvas y nueces, o las «temibles» *adipata,* pasteles o

dulces rellenos de grasa, verdaderas «bombas» para el colesterol. Sin mencionar las pequeñas delicias decididamente «atrevidas» de llevarse a la boca: ¡los *Priapi* con pan de especias!

Si era necesario, los panaderos podían satisfacer pedidos especiales para banquetes, como por ejemplo, hacer un «dulce» que el pueblo de Pompeya amaba mucho, consistente en una capa de sémola y otra de queso metidas entre dos capas de masa.

El propio pan se convertía a veces en un irresistible «dulce». De hecho, los panaderos y cocineros romanos eran capaces de asombrar a todos. Bastaba echarle un poco de imaginación. Lo que sigue es una sugerencia de Marco Gavio Apicio, un romano muy rico, apasionado de la cocina, que nos ha transmitido recetas memorables.

Tome algunos panecillos africanos con mosto, raspe las cortezas y sumérjalos en leche. Una vez que estén bien empapados, póngalos en un horno a baja temperatura para evitar que se sequen. Sáquelos y écheles un poco de miel, teniendo cuidado de agujerearlos con un punzón para que la miel penetre en su interior. Espolvoréelos con pimienta y sírvalos inmediatamente.

¿Por qué no probar a hacerlos hoy? La tentación y la curiosidad son fuertes…

Pero volvamos al camino de Pompeya. A saber cuántos hornos más están horneando pan y dulces en este momento. Habrá muchísimos, sin mencionar los fuegos que están comenzando a calentar la leche y el desayuno en las casas individuales.

Hay, sin embargo, otro «horno» encendido, no muy lejos de aquí, que atrae nuestra atención. Sus dimensiones son colosales, y es capaz de cocer cualquier cosa. Es un horno que no genera vida y que pronto dispensará solo muerte y destrucción. Se encuentra en el vientre del *Vesubius*… ¿Qué está ocurriendo ahora bajo su superficie?

¿Qué se esconde bajo tierra?

Bajo los pies de los desprevenidos pompeyanos hay una bomba térmica que ha sido activada hace siglos. A solo cinco kilómetros de profundidad hay un «lago» infernal de dimensiones apocalípticas.

Está encerrado en una especie de tanque subterráneo, esperando para escapar. Lo separa del mundo exterior tan solo el corto y obstruido conducto del antiguo volcán. Para entender mejor lo que todo esto significa, intente imaginar el equivalente a dos kilómetros cúbicos y medio de roca fundida con una temperatura de casi mil grados…

Nadie se ha dado cuenta de que vive en contacto tan estrecho con un infierno de tales proporciones: cinco kilómetros es muy poco, desde luego, no lo suficiente como para frenar la violencia que está a punto de estallar. Y sin embargo había una pista: el magma subterráneo había calentado las rocas de alrededor, que a su vez vaporizaban o calentaban el agua del suelo de forma desproporcionada, dando lugar así a las fuentes hidrotermales: agua caliente con olor a azufre. Se había creado un sistema geotérmico natural, empleando la definición de la vulcanología. Para un hombre o una mujer de los tiempos modernos, cualquier indicio de actividad de un sistema volcánico debe ser constantemente controlado, sin embargo, para los inconscientes habitantes de la zona hace dos mil años no resultaba ninguna amenaza, sino un verdadero regalo de los dioses…

Además, lo que nadie podía saber es que en las últimas décadas el volumen de este inmenso lago subterráneo había aumentado, casi como si el volcán estuviera preparando su ataque mortal. Como un árbol, el lago tenía fuertes «raíces» que traían nuevo magma de las profundidades. El flujo era continuo e imparable: cada día fluían grandes cantidades de masa de lava, con temperaturas que alcanzaban los 1200 grados.

La cámara magmática que contenía este lago de fuego tenía sus límites y presionaba cada vez más las rocas circundantes, deformándolas y generando terremotos que llevaban años afectando a toda el área vesubiana.

El volcán, en suma, llevaba mucho tiempo enviando señales claras. Era la erupción que llamaba a la puerta… pero nadie lo entendía.

Es una idea que repetiremos a lo largo de nuestro viaje antes a los muchos signos premonitorios que veremos y que marcan la diferencia entre hoy y hace dos mil años. En nuestros días, estas pistas, recogidas e interpretadas por los vulcanólogos, habrían

disparado la alarma, pero en la época romana nadie tenía nuestros conocimientos científicos y los terremotos se interpretaban como una característica natural de la Campania, «lugar de la tierra que tiembla», como lo habría descrito un pompeyano. Y si aún hoy, en esas mismas zonas, a pesar de tener la mole amenazadora del volcán ante sus ojos y de conocer bien las innumerables víctimas, estudios e informes del pasado, los habitantes son fatalistas, imagínense a los pompeyanos de hace dos mil años.

Pero volvamos a nosotros. El último boletín del *Vesubius* es inquietante. En estas horas fatales la presión dentro de este «tanque» está aumentando exponencialmente. El volcán ya ha decidido: estamos a un paso de la erupción.

Maquillarse en Pompeya

Villa de Rectina.
23 de octubre de 79 d. C., 6:30; faltan 30 horas y 30 minutos para la erupción.

> *VENUS ES VENUS.*
> *¡Una Venus! ¡Eres una auténtica Venus!*

¿Qué está haciendo Rectina? Dejemos Pompeya y desplacémonos unos pocos kilómetros a lo largo de la costa, hasta su villa.

Ignorante de la inminente tragedia, como todos los habitantes que viven en las laderas del *Vesubius,* Rectina se ha levantado temprano, antes del amanecer, ha tomado un breve desayuno y va a vestirse.

La primera prenda que lleva puesta es la ropa interior. Sí, los romanos usaban calzoncillos… y bragas. Si para un hombre era una especie de pañal que se llevaba debajo de la túnica y que recordaba mucho a una camiseta extra-grande, hasta la rodilla, y que se ajustaba a la cintura mediante un cinturón o un cordón, en el caso de una mujer se trataba de algo mucho más refinado.

Rectina, como muchas mujeres pompeyanas, lleva bragas de cuero suave muy «modernas»: son bajas y finamente trabajadas, y llevan un amplio bordado de malla con un diseño muy elaborado. Como los elásticos aún no existen, las bragas se ajustan con dos cordones en las caderas. Sin duda, hace ya dos mil años la ropa interior tenía un aspecto muy *sexy*.

Como sostén, Rectina lleva el *strophium,* una banda muy suave similar a una cinta (generalmente de tela o cuero) que tiene como objetivo apretar y levantar los senos, para que se vean altos, firmes y un tanto exuberantes. En cierto modo, es el antepasado de un

moderno sujetador *push-up*.

Con la ayuda de una esclava se pone una combinación de manga larga, por el frío, y una elegante túnica, la *stola,* que le llega hasta los pies. Del dobladillo finamente bordado sobresalen unos zapatos muy elaborados y bajos; en efecto, no existen los tacones altos en la época romana.

Rectina se sienta luego en una silla de mimbre con un amplio respaldo arqueado, confiando en sus criadas para que la maquillen. Un gran brasero colocado junto a la silla calienta durante los largos minutos dedicados al maquillaje. Como abejas alrededor de una flor, las sirvientas se turnan para maquillar y peinar la *domina*.

Es una escena que se repite cada mañana en todas las casas de la nobleza pompeyana, y en general en todas las del imperio. ¿Pero cómo se maquillaba en Pompeya?

En primer lugar, se limpiaba toda la cara y se preparaba para recibir un «fondo» que aclaraba la piel. Era esencial, como hemos visto, que una mujer de la aristocracia tuviera la piel clara, un verdadero signo del estatus de las clases altas. Las criadas pasaban una crema a base de miel y albayalde, un polvo blanquísimo que se forma en las superficies de plomo y da a la cara de las mujeres un tono pálido.

Las mejillas se espolvoreaban con un poco de polvo de hematita para dar un toque «vivo» a la cara.

Luego se pasaba a los ojos. Como sombra de ojos se utilizaba ceniza mezclada con pigmentos. El contorno de los ojos se hacía con un «antepasado» del delineador: una mezcla negruzca de, según el caso, tinta de sepia, manganeso, dátiles quemados u… hormigas tostadas.

Las pestañas se rizaban con herramientas especiales, haciendo la mirada más luminosa, y se usaba un palo de carbón para acentuar la línea de las cejas.

Sobre una mesa de tres pies junto a la silla admiramos algunos cofres de marfil tallado (idénticos al que podemos ver hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles): son estuches de maquillaje pompeyanos que contienen frascos con cremas, vasos de terracota con hematita pulverizada, conchas de ámbar con sombra de ojos, ungüentos, frascos de vidrio muy finos rellenos de la pasta oscura para el contorno de los ojos y un largo palo para aplicarla.

Rectina, siempre sentada en la silla de mimbre, sigue cuidadosamente cada paso de esta fase de maquillaje gracias a un precioso espejo de bronce sostenido en alto por una esclava.

Finalmente las criadas se centran en el cabello. Con peines de marfil muy finos estiran su largo pelo negro y luego hacen trenzas que se enrollan detrás de su cabeza como serpientes enroscadas. También se añaden algunas «extensiones» (¡ya existían!) para dar volumen al peinado típico de este período. Luego, con hierros calientes *(calamistro),* las sirvientas crean rizos en los lados de las sienes y, al final de esta larga operación, insertan un arco muy fino cubierto con una cascada de rizos auténticos sobre la cabeza de Rectina. Casi se parece a la cresta de una doncella.

Algunos de estos «conjuntos» pueden alcanzar el tamaño y la forma de una mitra papal. Pero Rectina ha optado hoy por algo más sobrio, más «de viaje».

Aún no está lista. Los labios de la mujer, carnosos y prominentes, están hábilmente resaltados con lápiz labial. ¿Saben cuál era el color favorito de las mujeres en la época romana? El rojo, por supuesto, como hoy. El ocre y la hematita eran posibles fuentes de este color, pero a las mujeres más ricas les gustaba permitirse una variedad de lápiz labial mucho más brillante y más cara, a base de cinabrio (sulfuro de mercurio). Era el llamado *minium,* del que deriva la palabra «miniatura», por su uso en las pequeñas y complejas figuras (o letras) pintadas por los monjes en los espléndidos manuscritos medievales.

Considerando que el lápiz labial contenía mercurio y que la base blanca era de albayalde, y por lo tanto contenía plomo, se puede decir que el maquillaje de las mujeres romanas no carecía de cierto peligro, precisamente porque ambos productos eran tóxicos. Sin embargo, no tenemos noticias de que tuvieran ningún efecto en su salud.

Un pequeño lunar sobre la comisura de la boca embellecía la sonrisa de Rectina con un toque de malicia: dependiendo de dónde se dibujasen los lunares, se enviaba un «mensaje» diferente, de acuerdo con el código de la seducción.

Al final de esta preparación, Rectina embellece su cuerpo con un perfume hecho en una tienda aquí en Pompeya. Al igual que los perfumes modernos, la forma del frasco es sumamente original: una

paloma en reposo. Para liberar el perfume, Rectina debe romper su larguísima cola, como se hace hoy en día con los viales de medicinas.

Como toque final, la mujer elige elegantes joyas que puedan estar a la altura de su estatus: pendientes de forma curiosa, similares a la máscara de un esgrimista moderno, con una miríada de perlas y esmeraldas engastadas en la red; el colgante es un hermoso collar, con eslabones de oro extremadamente elaborados, también tachonado con perlas y esmeraldas. Por último, se pone dos hermosos brazaletes en forma de serpiente y unos hermosos anillos en los dedos. Hay uno muy pequeño, con un sello, que lleva en la penúltima falange del dedo índice. Es una costumbre de muchos romanos. Probablemente, muchos de los anillos encontrados por los arqueólogos no pertenecen a niñas, como se cree, sino que fueron usados para embellecer los extremos de los dedos de muchas aristócratas romanas…

La compleja preparación ha terminado y Rectina, después de un último vistazo en el espejo, se envuelve en un pesado «chal» de lana *(palla)* y atraviesa los salones y jardines de su casa, unos segundos antes de que aparezca el primer rayo de sol en el horizonte.

Frente a la entrada de la villa la espera un elegante carro, parecido a una calesa. En los salones y jardines no quedan rastros del banquete de anoche. Los esclavos han vuelto a poner todo en su sitio, en silencio, durante la noche, supervisados por su hombre de confianza, que ahora está de pie junto al carruaje y que la ayuda a sentarse al lado de una de las criadas que la acompañarán. Luego se sienta al pescante del carruaje: un breve silbido seguido de un decidido chasquido de las riendas y el vehículo se pone en marcha.

Enseguida, el ritmo del paso del caballo acuna los pensamientos de Rectina. ¿Dónde va? El suyo es un viaje corto: debe ir a Pompeya, a ver a un médico…

Luz sobre la ciudad

Monte Vesuvius.
23 de octubre de 79 d. C., 7:00; faltan 30 horas para la erupción.

OMNES HIC HABITANT
Todo el mundo vive aquí.

El primer rayo de sol corta el aire silenciosamente y se asienta suavemente sobre el *Vesubius*. Y solo el borde más alto del antiguo cráter, el monte Somma, se ilumina al principio. Sus rocas desnudas en lo alto de la cresta, dispuestas en un arco, dibujan por un momento una especie de sonrisa a la pálida luz de la mañana. Pero pronto la sonrisa se deforma: sus «dientes» rocosos se extienden describiendo lo que ahora parece el rugido de una bestia…

La luz del sol penetra hasta el fondo de la antigua caldera, abraza la explanada, el bosque y luego continúa su camino. Parece una mano que levanta suavemente el velo de oscuridad que toda la noche ha cubierto el paisaje. Ahora desciende por la ladera que lleva a Pompeya. Primero ilumina Terzigno, el pequeño pueblo agrícola situado más arriba. Luego, progresivamente, llega a las casas y las granjas de los alrededores de Pompeya. Se pueden ver las hileras de viñedos, los campos arados, los caballos pastando hierba.

Por fin el sol llega al centro de Pompeya, acaricia sus techos y los ilumina de vida. Debido a los azulejos de terracota, el primer rostro de la ciudad tiene un tinte rojo, muy cálido, casi sanguinolento. Gradualmente Pompeya emerge de las sombras del paisaje abandonando el abrazo nocturno.

En esta visión general la ciudad no parece inmensa. Cubre menos de sesenta y cuatro hectáreas, que aumentan a sesenta y seis

si añadimos todas las áreas inmediatamente exteriores utilizadas por los pompeyanos, como los cementerios, o algunas grandes viviendas, como la Villa de los Misterios.

No todo ha sido rescatado por los arqueólogos. Unas veinte hectáreas están todavía enterradas por lapilli, con sus frescos, otras posibles riquezas y otras víctimas; un tesoro aún oculto que se puede ver caminando, por ejemplo, por la vía de la Abundancia.

La pregunta que todo turista se hace es: ¿alguna vez sacarán a la luz esta parte de la ciudad? Quién sabe cuántos objetos, obras maestras y sorpresas esconde… La respuesta es simple: primero hay que salvar, proteger y salvaguardar lo que ya ha emergido, entonces veremos. Es posible que no se vuelva a excavar nunca más, porque se trata de barrios habitados, no monumentales, muy similares a los que ya han sido exhumados, y posiblemente haya muy poca novedad. Tal vez no haya más que esperar. No sabemos en este momento qué herramientas de investigación se desarrollarán en las futuras generaciones. Actualmente el GPR *(Ground Penetrating Radar)* y otras tecnologías permiten «ver» lo que está sepultado bajo tierra, pero solo en condiciones particulares y, en cualquier, caso producen imágenes tan técnicas que son casi ilegibles para los no iniciados. No es improbable que algún día se puedan visitar las áreas enterradas con solo caminar sobre ellas, con la posibilidad de ver lo que hay debajo gracias al desarrollo de estas tecnologías a través de sensores y transmisores de señales incrustados en el suelo; una solución que permitiría a los sedimentos seguir conservando y protegiendo los hallazgos, paredes y frescos como lo han hecho durante siglos, sin exponerlos al aire libre, y a los visitantes explorar las casas exactamente como estaban entonces, con los objetos originales en su lugar. De ese modo, si el resto de la ciudad permite visitar Pompeya revelando cómo era la vida de los romanos, las áreas aún enterradas darían una idea precisa de lo que significó la tragedia, con derrumbamientos, destrucción y muerte.

Por qué Pompeya se llama así.

¿Cómo nació Pompeya? Su historia, como la de todas las ciudades italianas, es larga, con raíces que se hunden en la antigüedad e

incluso antes. Su posición es estratégica: está situada en una colina de lava que le permite controlar la navegación en esta parte del Golfo de Nápoles, pero también vigilar el estuario del Sarno, un río que es una importante arteria de comercio y conexión con el interior. Además, la presencia del antiguo volcán ha fertilizado las tierras alrededor y detrás de Pompeya, donde los cultivos son ricos y abundantes. Es difícil pensar que un lugar tan rico en ventajas haya permanecido deshabitado durante mucho tiempo…

Y en efecto, los primeros asentamientos aparecieron más cerca del río ya en la Edad de Bronce; pero entonces la gran erupción del *Vesubius* entre 1880 y 1680 a. C. mató a todo el mundo y arrasó pueblos y chozas.

Con la Edad de Hierro (del siglo X al VII a. C.), la zona del Sarno se volvió a poblar, y sabemos que los habitantes comerciaban intensamente con los puestos avanzados griegos, no muy lejos, especialmente con Pithecusa, es decir, Isquia. Fue al término de este período, entre finales del siglo VII y principios del VI, cuando se empezaron a establecer viviendas permanentes en Pompeya.

Aparecieron muros, con un templo de Apolo y uno de Hércules y Minerva. Una primera organización de la ciudad tomó forma, que con el tiempo daría lugar al «casco antiguo». Y es en este preciso momento en el que podemos situar los «verdaderos» orígenes de Pompeya: en otras palabras, en el momento de la erupción tenía unos setecientos años. Para muchas ciudades actuales sería un récord; en los Estados Unidos, por ejemplo, ningún asentamiento es tan antiguo.

¿Quién decidió fundar Pompeya? Eso no está del todo claro. Por extraño que parezca, no sabemos quién tuvo la idea de construir la que, después de Roma, se convirtió en la ciudad romana más famosa del mundo. ¿Quizás fueron los etruscos, que dominaban el interior del país, los que animaron a la población local, los oscos, a construirla, siguiendo la estrategia militar de edificar ciudades en el territorio del valle del Sarno, como puntos fuertes contra sus enemigos griegos? ¿O tal vez fueron los propios griegos los que dieron origen a Pompeya, ya que controlaban el mar y sus costas? ¿O incluso podría haber sido una población que actuara como un amortiguador entre las dos potencias la que decidiera de manera independiente fundarla, aplicando muchos aspectos de las dos

culturas enemigas? Una población, por lo tanto, que sería respetada porque permitía a las dos potencias mantener un conveniente comercio de manera indirecta.

¿Nació, pues, Pompeya como un territorio neutral, un Hong Kong del pasado, un puerto libre? Solo es una hipótesis, la verdad es que nadie lo sabe… Lo que sí sabemos, sin embargo, es que con la derrota sufrida por los etruscos en la batalla de Cuma contra los griegos en el 474 a. C., Pompeya entró en una fase de decadencia (¿lo que tal vez demuestra una conexión más estrecha con los etruscos que con los griegos?). Y fue precisamente en este período, aproximadamente entre los siglos V y IV a. C., cuando una nueva población agresiva y guerrera descendió de los Apeninos: los samnitas. Invadieron el valle del Sarno y tomaron posesión de todos los pueblos. Pompeya fue incluida en la primera unificación política de Campania por las poblaciones itálicas. Se convirtió en una ciudad samnita; su idioma se hablaba en los callejones; los hábitos, las leyes y la religión eran los suyos, aunque la mayoría de la población estaba compuesta por oscos. Fue un primer y claro momento de cambio con respecto a la época de los griegos y los etruscos.

Pero no duró mucho.

En efecto, Roma no se había quedado quieta, ya se había convertido en una potencia dominante, y el enfrentamiento con los samnitas fue feroz: de aquel periodo es el famoso episodio de las Horcas Caudinas, donde los romanos sufrieron una gran derrota y fueron obligados a pasar bajo los yugos del enemigo. El estigma de esta infamia sería recordado por mucho tiempo. Al final, aunque hicieron falta tres guerras, los romanos sometieron a los samnitas y acabaron con su civilización, que pasó a ser historia.

Pompeya entró en la órbita romana, pero inicialmente solo como una ciudad aliada, formando parte de los denominados *socii* italicos, es decir, obligada por un tratado de alianza con Roma. Pero la atmósfera dentro de los muros había cambiado: los nuevos colonos romanos comandaban y organizaban la vida de acuerdo a su cultura, y no dejaron de reafirmar su supremacía sobre los «diferentes» de origen osco y samnita. Casi se podría comparar con las ciudades coloniales del siglo XIX. Incluso escribieron la palabra HAVE (es decir, *Ave*) en el umbral de su casa (Villa del Fauno) para

reafirmar, con una buena dosis de arrogancia, que Roma dominaba sobre todo.

Pompeya se fue convirtiendo rápidamente en una ciudad cada vez más romana: la ciudad estaba a solo doscientos cuarenta kilómetros de distancia.

Sin embargo, aún pasó por dos momentos difíciles. Tuvo que reforzar sus defensas con la llegada de Aníbal, que destruyó Nocera, intentó conquistar Nola y estableció su cuartel general en Capua. Pero el líder cartaginés perdonó extrañamente a Pompeya, tal vez por su capacidad de mostrar neutralidad: la ciudad acogió dentro de sus muros las columnas de personas desplazadas de las ciudades cercanas destruidas, dándoles un hogar y mezclando aún más a su gente.

El segundo momento de gran dificultad fue cuando, junto con otras ciudades, se rebeló contra Roma con el fin de obtener para sus habitantes el estatus de ciudadanos romanos. Previendo que la capital del imperio iría a la guerra, las murallas y trece torres fueron restauradas y reforzadas, adoptando el aspecto que aún hoy se puede ver.

De hecho, durante un período de casi diez años (entre el 89 y el 80 a. C.) sufrió asedios y ataques por las legiones de Sila. Todavía se pueden apreciar bien en la Puerta de Herculano los impactos de las tremendas esferas de piedra lanzadas por las catapultas de las tropas de Sila. Al final tuvo que rendirse y abrió sus puertas al dictador, que le dio un nuevo nombre: Colonia Cornelia Veneria Pompeianorum, un nombre que, por fortuna, estaba destinado a desaparecer. Su rebelión le costó cara: hasta dos mil veteranos (exsoldados) de Sila se asentaron allí, lo que aumentó aún más la diversidad de su población. En aquel momento se podía considerar a Pompeya casi como un crisol de la antigüedad, si tenemos en cuenta la presencia de oscos, samnitas, romanos…

Era el año 80 a. C. y con la incorporación de estos veteranos, Pompeya adquirió características definitivamente «romanas»: en ese período se construyeron el anfiteatro para gladiadores, las termas del Foro, el templo de Venus y muchos otros edificios.

Queda pendiente una última pregunta: ¿de dónde viene el nombre de «Pompeya»? También en este caso, como ocurre con sus orígenes, la niebla se interpone y se pueden formular varias

hipótesis, como reitera el arqueólogo y exdirector de las excavaciones de Pompeya Antonio Varone.

Podría venir del griego *pempo,* que significa «enviar». De hecho, la ciudad era un verdadero puerto de escala que enviaba (y recibía) mercancías del interior hacia el mar y viceversa.

Los antiguos afirmaban en cambio que había sido fundada por Hércules en su regreso triunfal de las famosas pruebas: la *pompa Herculis* («del triunfo de Hércules») se convertiría con el tiempo en «Pompeya». Es una explicación del origen del nombre que casi nadie considera hoy válida.

Más verosímil, en cambio, es que su nombre provenga de una palabra osca local, *pumpe,* que significa «cinco». Por lo tanto, podría significar «el lugar de los cinco pueblos», pero lamentablemente nunca se han encontrado rastros de tales asentamientos.

Finalmente, hay una última hipótesis, y es que su nombre derive del de una *gens* itálica: los Pompeyos.

Casi seguro que una de estas hipótesis es la correcta (muchos arqueólogos se inclinan por *pumpe*). Pero no hay certezas. Queda, pues, un pequeño enigma sobre el origen del nombre.

La forma de la ciudad: cómo orientarse.

Ahora volvamos a nuestro paseo matutino por Pompeya.

Rectina va de camino al médico en un carruaje, mientras que nosotros hemos dejado atrás el lupanar y la «pastelería» y estamos en la llamada vía de Nola, la *decumanus superior,* como la llamaría un romano de la época. Nos damos cuenta de que las calles se han vuelto rectas y los edificios están dispuestos de forma regular, como en un tablero de ajedrez. Nada que ver con el «desorden» urbano que nos hemos encontrado anteriormente. La sensación es que los diversos «barrios» son el resultado de diferentes épocas. Y, en efecto, lo son.

Ya en tiempos de los romanos Pompeya tenía un «centro histórico» y barrios más recientes, exactamente como nuestras ciudades. Se lo distingue bien en los mapas del sitio: consiste en callejones estrechos y a veces sinuosos, como los del lupanar, y

también incluye la zona del Foro, que originalmente era la plaza del mercado. El centro histórico pertenece al período más antiguo, con calles que seguían la pendiente de la colina sobre la que se construyó el núcleo inicial de la ciudad.

Con el paso de las generaciones y los capítulos de la historia Pompeya comenzó a expandirse. Los samnitas crearon nuevos distritos con bloques regulares y una disposición geométrica. Más tarde, las incursiones del ejército de Aníbal, que, como se ha mencionado, destruyeron Nocera, fueron el origen de la construcción de muchos bloques nuevos en la parte oriental de Pompeya para albergar a los muchos noceranos que sobrevivieron y fueron acogidos aquí. No obstante, este «altruismo» entre las ciudades hermanas no extinguió una acalorada rivalidad entre sus habitantes que, en el año 59 d. C., provocó una pelea en el anfiteatro de Pompeya durante los juegos de gladiadores en la que hubo muchos muertos y heridos, especialmente entre los noceranos.

Cuando los veteranos de Sila llegaron en el 80 a. C., el trazado de la ciudad en sus líneas generales ya era bastante definitivo, aunque hubo brutales expropiaciones y cambios en el trazado de los bloques, con demolición de muros y unificación de propiedades. La época romana, sin embargo, no cambió el rostro de Pompeya. Se centró principalmente en la monumentalización del *skyline,* construyendo edificios imponentes, o al menos impactantes, como el Gran Teatro, el Anfiteatro y el Gran Gimnasio, pero también el Odeón y el Teatro Pequeño. O la reconstrucción y ampliación del Foro. El resultado final es lo que se puede admirar caminando por las calles de la ciudad antigua.

Incluso con un rápido vistazo al mapa que te dan en la entrada te das cuenta inmediatamente de que Pompeya tiene una rígida cuadrícula geométrica de calles y casas. Todas las ciudades romanas estaban divididas en dos grandes calles dispuestas en cruz: una en dirección norte-sur *(cardo),* la otra en dirección este-oeste *(decumano)*. Su orientación según los puntos cardinales era incluso establecida mediante un rito sagrado. Es un esquema urbano que deriva de la densa red de tiendas y calles internas de los campos militares, y que en muchos casos ha constituido el núcleo inicial de numerosas ciudades actuales.

Este es también el caso de Pompeya: la gran avenida que

atraviesa verticalmente la ciudad, el *cardo,* se llama ahora vía Estabiana. Para la ruta este-oeste, sin embargo, hay una diferencia: tal vez por el antiquísimo y «multiétnico» origen de Pompeya, se construyeron dos: el *decumanus superior* (vía de Nola) y el *decumanus inferior* (vía de la Abundancia).

Si, caminando por el emplazamiento arqueológico, uno tiene en mente esta organización de tres calles en cruz, se perderá con menos facilidad… Pero si le pasa, no se desanime: es lo más normal, considerando la cantidad de calles, entre grandes arterias y callejones.

Hay diez templos, once lavaderos, treinta y cuatro panaderías, más de ciento cincuenta «bares», *termopolia, cauponae, popinae* y muchas otras tiendas de diversa índole, dos teatros, un anfiteatro, un gran gimnasio al aire libre, un Foro y un mercado *(macellum),* sin olvidar los tres kilómetros y doscientos veinte metros de muros defensivos.

¿Y el número de habitantes? No es seguro, pero en el momento de la erupción podría oscilar entre un mínimo de ocho mil y un máximo de dieciocho mil. ¿Y qué podemos decir de ellos?

Retrato robot de los pompeyanos.

Mientras caminamos nos cruzamos con dos mujeres que avanzan por la acera envueltas en sus elegantes *pallae*. Una es próspera, lleva pendientes de plata y su pelo negro y rizado está recogido en un moño. A cada paso que da, la túnica lucha por contener sus formas voluptuosas. La otra, en cambio, más joven, se cubre la cabeza con un chal y se tapa la boca con uno de sus pliegues. Sus rasgos, el óvalo regular de la cara y los grandes ojos oscuros, maquillados maliciosamente para realzar el calor de la mirada, son típicamente mediterráneos.

Cuando pasamos por delante de ellas, la más joven nos lanza una rápida ojeada. En un instante sentimos la profundidad de su mirada, y luego se escapa, dejando un elegante rastro de perfume. Incluso el encanto es mediterráneo…

Los habitantes de Pompeya, debido a la compleja historia que la ciudad acarrea a sus espaldas, tienen orígenes muy diferentes, pero

en su mayoría centro-italianos y mediterráneos. Los análisis de ADN han revelado un patrimonio genético típicamente europeo, excepto por una variante «no europea» que tal vez indique la presencia de personas de origen africano. Casi seguro que se trataba de esclavos o descendientes de antiguos esclavos que, andando el tiempo, se convirtieron en ciudadanos romanos de pleno derecho.

¿Pero cómo son físicamente los pompeyanos?

Lo primero que nos sorprende es la estatura. Hoy en día estamos acostumbrados a ver adolescentes de catorce a dieciséis años en las calles de nuestras ciudades que, aunque todavía están creciendo, ya miden un metro ochenta de altura. Son el producto de las sociedades modernas, caracterizadas por dietas alimenticias ricas y completas desde el nacimiento, y sin enfermedades o hambrunas que hayan obstaculizado su desarrollo físico.

Pero hace dos mil años las cosas eran muy diferentes: la dieta era, desde luego, menos rica que hoy; no había la variedad de alimentos que hoy conocemos; la mesa estaba condicionada por los caprichos del clima, que afectaba mucho a las cosechas, a la estacionalidad de las frutas y verduras; etc. Mientras que en el campo, para bien o para mal, no había carencia de alimentos, en las grandes ciudades, como ocurría durante la Segunda Guerra Mundial, podía haber racionamiento, escasez de ciertos alimentos y hambruna. Sin mencionar las enfermedades durante las estaciones frías, con frecuentes epidemias causadas quizás por simples gripes.

Sin que hubiera medicamentos eficaces, las infecciones y enfermedades se prolongarían durante mucho tiempo, bloqueando el crecimiento de un niño. O también podían ser letales: el sarampión o la bronconeumonía, por ejemplo, así como la tuberculosis, eran asesinos despiadados.

En este sentido, el imperio más poderoso del planeta no podía defender a sus hijos, y estaba al nivel de los países más pobres de hoy en día, con masacres diarias causadas por enfermedades que actualmente se tratan sin problemas. La mortalidad infantil era muy alta, debía de estar alrededor del veintiocho por ciento.

En resumen, llegar a la edad adulta, entre la malnutrición y las diversas enfermedades, podría revelarse una empresa difícil. El resultado es que los pompeyanos que conocemos, como todos los romanos de esa época, son casi siempre de baja estatura. Las

mediciones de los esqueletos de algunas víctimas en Pompeya arrojan los siguientes resultados: los hombres son altos, 1,66 en promedio (la horquilla está entre 1,63 y 1,70); las mujeres, en cambio, tienen una estatura menor: 1,53 (un promedio entre 1,51 y 1,55). Estos datos cuadran también con las medidas de los esqueletos de Herculano, en los cuales hay algunos que se salen un poco por arriba (un hombre de 1,75 de altura) y por abajo (una mujer de 1,40 de altura). Usando fórmulas antropométricas se ha llegado a la conclusión de que el primero pesaba alrededor de 65 kilos, la segunda alrededor de 49.

Por supuesto, se trata de estimaciones. Pero dan una buena idea de la sensación que uno podría haber experimentado al caminar entre las multitudes de Pompeya y Herculano: en general eran «pequeños» y nos habrían visto como personas más altas que el promedio.

Es interesante hacer notar que, tal y como indican los estudios de Luigi Capasso sobre los esqueletos encontrados en las bóvedas de Herculano, la altura media en la zona napolitana a mediados de la década de 1960 era casi idéntica a la del año 79 d. C., lo que subraya cuánto han cambiado las cosas tan solo en estas dos últimas generaciones.

Tampoco la vida era muy larga en aquel entonces. Los datos generales de la población romana indican que la edad media de la muerte era de 41 años para el hombre y 29 para la mujer. Estamos hablando de estadísticas, ningún romano caía desplomado en su cuadragésimo primer cumpleaños; de hecho, muchos alcanzaron la edad de cincuenta, pero desde luego muy pocos cumplían más de sesenta. En este sentido, resulta extraordinaria una estela descubierta en la necrópolis de Santa Rosa en el Vaticano: lleva el nombre de un cierto Abascantus, ¡que murió a los noventa años!

Las causas de muerte para los hombres estaban a menudo relacionadas con los peligros de una vida mucho más activa y al aire libre que la nuestra. Una explicación de la desconcertante y bajísima edad media de mortalidad de las mujeres son los riesgos asociados al parto. Se calcula que en esa época morían de parto mil veces más que hoy.

¿Era también corta la vida en Pompeya y Herculano? El gran número de víctimas descubiertas permite realizar estudios en un

rango muy amplio. Sin embargo, el problema es que se trata de una «muestra» extraída de una tragedia: no está representada toda la población, sino solo los que murieron, y no por causas naturales. Es un aspecto que hay que tener en cuenta. Pese a ello, hay una curiosidad que surge al observar la composición de las víctimas de Herculano: no hay nadie de sesenta años, y los de cincuenta son apenas el ocho por ciento. Naturalmente, se puede tratar tan solo de un problema relacionado con la fuga durante la erupción: los ancianos (presentes pese a todo en la población) tenían dificultades para ponerse a salvo, y esto explica su ausencia entre las víctimas encontradas amontonadas en la playa y en los *fornici* de Herculano.

Sin embargo, una cosa está clara: ¡somos muy afortunados en la época moderna! Hoy, con cincuenta años, un hombre se encuentra todavía en la plenitud de su fuerza física y mental, trabajando duro y tal vez en la cima de su carrera, hace deporte y, estadísticamente, aún le queda un tercio de un siglo de vida por delante, si no más. Una mujer de la misma edad sigue siendo hermosa, sensual y encantadora, puede permitirse el lujo de tener hijos tarde o de no tenerlos (no, desde luego, a los catorce años como las antiguas romanas) y puede esperar vivir aún más que un hombre.

Hace dos mil años, sin embargo, un hombre de cincuenta años había llegado al final de la línea. En unos pocos años estaría muerto, en tanto que su compañera llevaría muerta mucho tiempo, a veces más de veinte años…

Un dato interesante concierne a los más pequeños. Del análisis de las víctimas de Herculano se desprende que el número de niños (de cero a catorce años) equivalía al 30,1 % de la población: hoy en día esto situaría a los habitantes de la ciudad, según una antigua clasificación, en línea con los países en vías de desarrollo, pero ya no con los países del «Tercer Mundo», donde los adolescentes suelen superar el 40 %.

Los datos de Herculano, finalmente, sugieren otro aspecto muy interesante. Hay un grupo de edad poco presente entre las víctimas, a saber, los jóvenes de entre quince y diecinueve años. Es como si la pirámide de la población, compuesta por los distintos grupos de edad, se hubiera estrangulado de repente en algún momento.

Hay dos posibles explicaciones para esta anomalía: la primera está relacionada con el hecho de que son individuos muy capaces

desde el punto de vista físico, emprendedores e independientes, porque todavía no han formado una familia (o no poseen una casa) que hubiera podido lastrar o ralentizar sus estrategias de fuga. Desde luego, ese es el segmento de población que tuvo las mejores oportunidades de salvarse durante la erupción.

Pero hay otra explicación. El cuello de botella de la pirámide recuerda mucho a los creados como resultado de los conflictos mundiales, y podría tratarse de una crisis de nacimiento debido a la muerte repentina de muchos padres potenciales, hombres y mujeres. Ese hueco generacional sería, en definitiva, el «recuerdo» de una tragedia ocurrida en la zona vesubiana unos veinte años antes de la erupción. ¿Qué pudo haber pasado?

No se trató de una guerra, ya que esta región de Italia no verá invasores durante siglos. La razón es otra: diecisiete años antes de la erupción, en el año 62 d. C., hubo un violento terremoto que devastó Pompeya, Herculano y todas las villas y granjas de la zona. Pero tendremos la oportunidad de hablar de ello con más detalle.

En conclusión, tomando con la debida precaución los datos estadísticos obtenidos de las víctimas de la erupción en varios sitios y trasladándolos a las calles de Pompeya esta mañana, ¿qué deducciones podemos extraer de ellos? Podríamos decir, en términos generales, que un tercio de las personas que nos encontramos tienen menos de quince años y que casi dos tercios tienen entre quince y cincuenta. Menos de uno de cada diez de aquellos con los que nos cruzamos tienen más de cincuenta años.

Pero volvamos al camino que estábamos recorriendo: dos niños salen de una casa y se persiguen mutuamente. Como dos mariposas en primavera, suben y bajan por las aceras, riéndose. Tienen como azogue en el cuerpo y nada parece detenerlos. En un instante se desvanecen a la vuelta de la esquina, abriéndonos un mundo inesperado.

«Disculpe, ¿dónde vive?»: direcciones «a la romana»

Acercándonos a la intersección donde desaparecieron los dos niños nos encontramos frente a un poderoso arco monumental. Parece un gigante con las piernas separadas en ambas aceras. Está cubierto de travertino y mármol muy blanco, que a esta hora del

día adquiere un tono salmón. En la parte superior podemos distinguir la gran estatua de un hombre a caballo (quizás el propio Calígula). El arco marca una frontera invisible: los carros no pueden pasar al otro lado. Esto significa que esa calle está prohibida al tráfico incluso de noche, por lo tanto siempre está en silencio, tal y como uno esperaría en un barrio exclusivo.

Pasamos bajo el arco y entramos en ese mundo aparte. Los bajos rayos del sol todavía no pueden alcanzar el pavimento de la calle. El arco y los techos de las casas solo permiten el paso de unos pocos parches de luz. Como una bandada de palomas en una plaza, se posan gradualmente en cornisas, esquinas y alféizares. Estamos en una Pompeya diferente, donde todo está limpio y ordenado.

Algunos esclavos ya han empezado a barrer la acera frente a las casas que dan a esta elegante calle de la ciudad. De muchas de ellas se escurre el agua que han empleado para lavar los mosaicos de la entrada. Las esporádicas tiendas y los pocos «bares» se concentran en el tramo inicial de la calle, luego desaparecen para dejar espacio solo a puertas lujosas y decoradas. Este es barrio «bien» de Pompeya (hoy llamado Regio VI), residencial y silencioso, donde se concentra la aristocracia de la ciudad.

Los dos niños son nuestros guías. A mitad del camino se detienen en una fuente cuadrada de piedra volcánica. El rostro esculpido del que mana el agua es el de Mercurio, con un casco coronado por las clásicas alas. De hecho, la calle ha sido rebautizada como vía de Mercurio, pero se trata de nombres de fantasía, inventados en los tiempos modernos. Esto también se aplica a todas las demás calles de la ciudad, ya que solo se conocen tres nombres de la antigüedad: vía Mediana, vía Salina, vía Pompeyana.

Los nombres modernos se asignaron, por tanto, según la dirección geográfica que tenían estas calles (vía de Estabia o vía Estabiana, vía de Nola, etc.) o según algún detalle surgido durante las excavaciones, como el friso de una fuente que representa a una deidad (vía de Mercurio, vía de la Abundancia). También los edificios públicos (vía de los Teatros) o las casas privadas de las familias (callejón de los Vettii) inspiraron los nombres.

Conocemos los nombres de solo dos de las puertas de la ciudad: la Puerta del Sale (que hoy llamamos Puerta de Herculano, y que

también conduce a la Villa de los Misterios) y la Puerta Urbulana (hoy Puerta del Sarno).

Es probable que en Pompeya hubiera un fuerte «parroquialismo» entre los barrios, un poco como sucede todavía hoy con los distritos de Siena. Eran «pequeños pueblos» dentro de la ciudad, donde todos se conocían y se ayudaban mutuamente, como aún hoy ocurre en muchos pueblos.

Como señala Antonio Varone, exdirector de excavaciones y especialista en los epígrafes (es decir, las inscripciones de las paredes) de Pompeya, los nombres de estos «distritos» pompeyanos han llegado hasta nosotros y, por extensión, el de sus habitantes: los salinienses vivían cerca de la Puerta de Herculano, llamada entonces Puerta Salina, porque evidentemente conducía a las salinas; los urbulanenses vivían en el barrio que partía de la Puerta Urbulana; los campanienses cerca de Puerta de Capua; los forenses alrededor de la zona del Foro y la Puerta Forense (la actual Puerta Marina).

Ignoramos todo lo relacionado con las «tradiciones» de cada distrito o barrio de la antigua Pompeya: ¿había fiestas o procesiones en honor de alguna deidad patrona? ¿Había anécdotas o apodos despectivos de los habitantes de otros distritos? Nunca lo sabremos, pero parece natural creerlo así.

Ahora nos encontramos en el barrio más cercano a la actual Puerta de Herculano, por lo que, en rigor, sus habitantes deberían ser los salinienses… Pero nos percatamos un detalle: no hay placas con los nombres de las calles y no hay números en las puertas. ¿Cómo se orientan los «carteros» *(tabellarii)* para entregar las cartas? ¿Y cómo se encuentra la casa de un amigo? ¿Cómo funcionaría un navegador GPS si no pudieras introducir el nombre de prácticamente ninguna calle?

Una pista ha sobrevivido: en una pared de Pompeya, un hombre escribió la dirección de la bella actriz que conocimos en el banquete de Rectina: Novela Primigenia. Esa inscripción nos dice dos cosas. Primero, que esta estrella local vivía en Nocera, y segundo, nos da a entender la forma en que los romanos indicaban una dirección: «En Nocera, cerca de Puerta Romana, en el barrio de Venus, pregunta por Novela Primigenia». He aquí el sistema revelado: 1) nombre de la ciudad; 2) lado de la ciudad (puerta) o proximidad a una

referencia conocida (edificio); 3) distrito; 4) indicaciones de los habitantes de esas calles.

Después de todo, incluso hoy en día, cuando se busca un restaurante o una tienda en un vecindario, es frecuente que los camareros o comerciantes no te den la dirección exacta, sino que te guíen con indicaciones como «más adelante, cerca de…».

Es necesario aclarar una cosa más para aquellos que visitan las excavaciones de Pompeya hoy en día. En los mapas, libros y guías modernas se utiliza el término Regio I, II, III, etc., para indicar las distintas zonas de la ciudad. Esta subdivisión, sin embargo, no es obra de los antiguos pompeyanos. Fue establecida el siglo pasado por Giuseppe Fiorelli, el director más importante de las excavaciones de Pompeya e «inventor» de los «calcos», las figuras de escayola extraídas de los huecos que dejaron los muertos tras la erupción.

Cada Regio comprende un cierto número de bloques *(insulae),* y cada bloque consta de varias viviendas «fusionadas» entre sí. Los números modernos que se ven hoy en día en cada puerta no son, por lo tanto, los números crecientes de una calle; se refieren solo al número de viviendas que tiene el bloque.

Pero continuemos nuestro paseo por la ciudad. Los niños llegan al final de la vía de Mercurio, donde se alza, imponente, una de las trece torres (llamada «torre de Mercurio», por supuesto), con un muro a su espalda que la rodea por ambos lados. Han encontrado una puerta abierta y han subido corriendo las escaleras. Subamos también nosotros. Hay tres niveles. A mitad de camino estamos al nivel de los recorridos de la patrulla por encima de las murallas; si continuamos, llegamos a la cima. Un revoloteo de palomas asustadas acompaña el chirrido de la pesada puerta de madera al abrirse. Nos inclinamos entre las almenas. La vista desde aquí arriba es extraordinaria.

Pompeya se abre ante nosotros como una extensión de tejados y terrazas rojas. Notamos algunas estatuas doradas que sobresalen de las casas, los paños de colores de las tintorerías puestos a secar, las columnatas blancas del Foro, no muy lejos de aquí, y luego, más allá, los arcos del teatro con sus frisos pintados. Al final, la poderosa estructura del anfiteatro donde luchan los gladiadores domina el lado sureste de la ciudad. Poco a poco se va distinguiendo el ruido

de mil actividades que empiezan a animar la ciudad, pero todo continúa aún envuelto en una ligera bruma creada por el humo de muchas cocinas y hornos encendidos. Pompeya no es gigantesca. Desde aquí arriba puedes abarcarla por completo, de un solo vistazo. Es verdaderamente hermosa.

De repente, bajo nuestros pies el suelo empieza a temblar. Los pájaros que se habían posado en las almenas levanta inmediatamente el vuelo. La sacudida es muy larga. Probablemente, al estar en lo alto de la torre, podemos sentirla más que si estuviéramos en la calle. Instintivamente nos volvemos hacia el volcán, que casi parece haber golpeado nuestra espalda. Pero permanece allí, en silencio, inmóvil. Hipócritamente pacífico. Camuflado en un pequeño Edén.

En efecto: más allá de las murallas de Pompeya se extiende un paisaje cubierto de viñedos y cultivos que se eleva gradualmente hacia el *Vesubius,* con bosques y pequeñas granjas. Un paisaje idílico, del cual el volcán parece una parte anónima, como tantas otras. No parece posible que todo esto desaparezca mañana. Sin embargo, la cuenta atrás, que comenzó hace siglos, está llegando a su fin.

La Beverly Hills de Pompeya

Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 7:15; faltan 29 horas y 45 minutos para la erupción.

(H)IC SUMUS FELICES VALLAMUS RECTE.
Aquí somos felices… ¡Sigamos así!

Desde lo alto de la torre vemos a los dos niños corriendo de nuevo por la calle. Suben de regreso al gran arco. Bajemos también nosotros y descubramos adónde nos llevan esos dos… Claramente nos adentramos en los secretos de este barrio de lujo, la «Beverly Hills» de Pompeya.

Apenas cruzado el gran arco blanco de Calígula, a nuestra derecha oímos los ladridos de un perro y los gritos de un hombre que trata de silenciarlo. Pero el animal está como loco. Llegamos a la puerta principal de la casa. El perro ha mordido al hombre y sigue ladrando, tratando de liberarse del estrecho collar y de la cadena. El hombre, evidentemente uno de los esclavos de la *domus,* cierra la puerta violentamente y los ladridos pronto se convierten en una larga serie de gritos… Nadie se ha dado cuenta de que el perro solo hace aquello para lo que fue entrenado: proteger a su amo. No de un ladrón o de un asaltante, sino del peor asesino: el *Vesubius*.

Las sacudidas cada vez más frecuentes y tal vez otras señales que no percibimos (gas que escapa del suelo, ondas sonoras que los humanos no podemos oír) son, según las teorías de algunos estudiosos, una fuerte señal de alarma para estos animales.

Nuestra mirada se siente atraída ahora por otro perro, este inmóvil, impasible. Ningún temblor lo asusta, ni podría hacerlo,

porque su cuerpo está compuesto por cientos de mosaicos blancos y negros, que también forman una inscripción: *Cave canem* (Cuidado con el perro). Seguramente ya lo ha visto reproducido en muchas guías turísticas o incluso en paneles en la entrada de muchos chalets modernos. Es el perro más «famoso» de la antigüedad. Más que darnos miedo, casi nos invita a entrar. Y eso es lo que hacemos. Estamos entrando en una de las más bellas casas de Pompeya: la Casa del Poeta Trágico.

La Casa del Poeta Trágico es una visita obligada si uno quiere entender cómo eran las casas de los ricos de Pompeya. Su nombre deriva, como sucede a menudo, de una representación descubierta en su interior, un mosaico que se encuentra en el suelo del estudio del propietario, Publio Aninio, y que muestra los bastidores de un teatro justo antes de la representación, con algunas máscaras tiradas por el suelo y actores preparándose para la próxima actuación; uno de ellos se está vistiendo. También hay un maestro del coro con barba blanca y un músico que ensaya con una flauta doble. Quienes lo crearon sentían un gran amor por el teatro, pero también sabemos que la familia propietaria de esta casa era muy apreciada en toda Pompeya porque ayudó a la reconstrucción de unas importantes termas en el corazón de la ciudad.

Pero estamos hablando de un evento que ocurrió en el año 80 a. C. De hecho, esta casa, el día antes de la erupción, cuenta ya con más de un siglo y medio de antigüedad, y fue sacada a la luz por los arqueólogos en 1824. Esto significa que ya lleva «al aire libre», por segunda vez, casi doscientos años. Esto solo pretende mostrarles lo delicado que es el problema de la conservación en Pompeya…

Después de pasar el mosaico del perro que hay a la entrada penetramos en la semioscuridad de un corto y colorido pasillo *(vestibulum)*. Antiguamente, la puerta se encontraba al final de este estrecho pasadizo, que era una especie de sala de espera para todos aquellos que venían a pedir favores o a hablar de negocios con el patrón, sobre todo por la mañana. Más tarde, este espacio (que se encuentra en muchas casas pompeyanas) fue absorbido por la casa y la puerta fue trasladada directamente a la calle.

Cabe señalar que en casi todas las casas de Pompeya el pasillo es ligeramente ascendente: la pendiente se utiliza para facilitar la limpieza. Así que, como hemos dicho, una de las visiones habituales

por la mañana es el agua saliendo de las casas, con el ruido de la escoba de los esclavos al fondo.

A medida que avanzamos vemos dos puertas laterales; de hecho, el pasillo se encuentra encajonado entre dos tiendas, a todas luces antiguas habitaciones de la casa reconvertidas en negocios. De este modo el propietario puede acceder a ellas sin necesidad de salir, directamente desde su casa. Tabicar algunas habitaciones para luego abrirlas a la calle y convertirlas en comercios (bares, tiendas, negocios, etc.) es una práctica muy común en Pompeya. Una de las reglas no escritas en la mentalidad romana es que a cualquier propiedad, a cualquier inversión, hay que sacarle partido siempre que sea posible.

Seguimos pasillo adelante, atraídos por la creciente luz ambiental que se abre frente a nosotros. Al llegar «a lo alto» de la entrada (que los romanos llaman *fauces*) se abre una pequeña maravilla: el atrio *(atrium),* y de inmediato nos sumergimos en una explosión de luz y colores. Da la impresión de haber entrado en un arco iris. Las paredes son de color amarillo ocre, con líneas blancas, decoraciones y paneles con frescos de rara belleza que inmortalizan escenas mitológicas o heroicas inspiradas en *La Ilíada*. En la parte de abajo, una banda de rojo pompeyano rodea la habitación. Y eso no es todo: alzando la mirada vemos otra banda formada por remolinos de hojas de acanto y aún más arriba unas grandes escenas de batalla. El techo también está coloreado. Está artesonado y forma un ajedrezado de cuadrados rojos, azules y verdes.

Pero al techo falta le falta toda la parte central; en su lugar hay una gran abertura cuadrada *(compluvium)* que sirve para recoger el agua de lluvia. Se puede ver perfectamente el cielo azul. En definitiva, esta habitación parece casi un patio abierto. En ese punto, el techo forma una especie de «embudo cuadrado», dirigiendo toda el agua hacia el *compluvium*. Imagínense la escena durante los días de lluvia: del borde de la abertura asoman unas gárgolas de terracota en forma de cabeza de animal, de cuyas fauces abiertas chorrean el agua de lluvia, creando un ruido que a todos les resulta familiar.

Y luego, ¿adónde va a parar el agua? Pues cae en una elegante pila cuadrada *(impluvium)* con bordes de mármol biselados. La pila recoge el agua y la envía por dos canales: uno se dirige hacia la

calle, bajo la acera, para evitar que se desborde el agua y se inunde la casa cuando llueve demasiado, y otro se conecta a una gran cisterna subterránea, que almacena agua para beber, cocinar, lavar y hacer abluciones.

Algo en lo que poca gente repara es que en este tipo de casas es fácil descubrir cómo se extraía el agua de la cisterna subterránea, a saber, mediante un pozo. En la Casa del Poeta Trágico, la «boca del pozo» es un cilindro de mármol muy blanco con muchas ranuras externas. Lo extraordinario es que casi siempre se pueden ver los profundos surcos que dejaba en el brocal el continuo roce de la cuerda que tiraba del cubo lleno de agua hacia la superficie varias veces al día, acompañado del tintineo de su asa metálica. Estos surcos son una auténtica «caja negra» que registraba la actividad de la vida cotidiana en una casa romana.

Un detalle extraño nos llama la atención: no hay ventanas en las paredes. Las *domus* romanas de este tipo parecen en realidad «fortalezas», precisamente porque derivan de modelos y estilos de vida arcaicos. Solo hay pequeñas y estrechas ventanas en las partes superiores de algunas de las habitaciones, más parecidas a un respiradero o al ventanuco de una prisión. Si se presta atención, todavía se pueden ver las rejillas de hierro oxidadas para impedir la entrada a los ladrones.

Ya entonces el robo constituía un problema, y no menor. Como no había bancos como los de ahora, todo el dinero y los objetos de valor se guardaban o escondían en casa. Un robo bien planificado tenía efectos mucho más devastadores que actualmente. Así lo demuestran también los insultos de la época, que sin duda eran habituales aquí en Pompeya.

Normalmente, cuando una persona insulta a otra, le «espeta» de aquello que más teme, su miedo más profundo: en la época romana «esclavo» y «ladrón» eran los insultos más utilizados, un testimonio de que la pérdida de la ciudadanía (y sus consiguientes ventajas) o la de la riqueza propia eran los temores más extendidos. A decir verdad, los beneficios legales, administrativos y judiciales que otorgaban el estatus de *civis Romanus,* y más aún las ventajas garantizadas por un buen número de sestercios, eran los cimientos (y los poderes) sobre los que se asentaba y se articulaba toda la vida de un individuo en la sociedad romana.

Pero si no hay ventanas, ¿cómo entra la luz? La abertura en el techo no solo deja entrar riachuelos de agua, sino también una cascada de luz que penetra en la casa como derramada de una fuente y que se difunde por todas las habitaciones. No en vano, el suelo está formado por un mosaico muy blanco con unas pocas baldosas negras, que crea una reverberación similar a la de la nieve, proyectando luz por todas partes.

Como ahora podemos observar, se acostumbra a dejar un poco de agua en la pileta, que solo tiene unos centímetros de profundidad. Cuando el sol entra por la abertura, el juego de reflejos y ondulaciones del agua proyecta velos de luz que se balancean y acarician los frescos de las paredes. En algunas casas hay pequeñas estatuas en el borde de la pileta, a menudo transformadas en fuentes, todo ello con la intención de crear un ambiente tranquilo amenizado por el juego del agua.

Extrañamente, en la Casa del Poeta Trágico no están los amos; tal vez estén ausentes en algún evento familiar, quizás una boda. Pero los esclavos están todos allí; constituyen, como se dice, la familia de la casa. Desde luego, los esclavos no forman parte de la *gens,* término que designa a los parientes verdaderos, pero también se encuentran bajo la autoridad del *pater familias*.

Oímos un crujido procedente de unos escalones de madera y descubrimos que hay una escalera que lleva al piso superior. Es ahí donde viven, apiñados, los sirvientes: son los «cuartos del personal». Hoy en día, cualquiera de nosotros preferiría vivir en el piso superior, más luminoso y con vistas panorámicas, que rodea el «embudo» del tejado como una corona. Pero para los romanos, el piso principal era el inferior.

El atrio es, de hecho, una sala de ceremonias: el esclavo Successus, que ha bajado la escalera de madera, está sacando agua del pozo y vertiéndola suavemente en una espléndida jarra de bronce colocada sobre una mesa de mármol blanco *(cartibulum)*. Estas mesas, con sus patas en forma de garra de león, son un clásico en las casas de la nobleza, y se inspiran en las mesas en las que se comía en la época arcaica, puestas todas juntas, en el corazón del atrio. En Pompeya, en el año 79 d. C., siempre se encuentran junto a la pileta, y en su parte superior suelen exhibirse jarras de lujo, cerámica fina y platería. Contribuyen, junto con la alta calidad de

los frescos y las decoraciones, a transmitir a primera vista el nivel de vida de la familia.

Nuevos crujidos. Más esclavos están bajando. Incluso en ausencia de los amos, las cosas en casa deben funcionar con normalidad, bajo la atenta mirada de Successus, el esclavo de confianza, el que pone el agua en el cántaro. Es alto, calvo, de tez oscura y con barba negra. Ya está dando sus primeras órdenes a sus once «colegas»: una *domus* como esta tiene un «equipo» de sirvientes comparable a la formación de un equipo de fútbol.

Una muchacha empieza a limpiar el pasillo con una escoba. Otro esclavo desempolva cuidadosamente los frescos, sometidos a un «mantenimiento» constante para preservar su calidad a lo largo de los años. Un tercer esclavo retira una cortina y entra en una pequeña habitación para comprobar el estado de las lámparas de aceite: vemos que no menos de cinco habitaciones se abren al atrio, algunas con puertas, otras con cortinas. Son habitaciones para invitados o para algunos miembros de la familia. Nos asomamos a un *cubiculum,* también lleno de colores y adornos. Nos llama la atención un friso que muestra la lucha entre griegos y amazonas. Hay un armario para la ropa, una pequeña mesa y una cama.

Hoy en día, cuando se visita una casa en Pompeya, se puede utilizar un pequeño truco para ver si había una cama en una habitación antes de la erupción. Por lo general, estos muebles estaban en la pared del fondo, a menudo dentro de un pequeño nicho. Si no ve ningún nicho, mire el suelo: los mosaicos suelen crear una decoración diferente, una «isla» rectangular, como si fuese una «sombra» de la cama sobre la decoración del suelo.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cómo duermen los romanos? La cama es una estructura bastante compleja, de hecho tiene un borde elevado en tres lados (imagine que coge una caja de zapatos y arranca uno de sus lados largos). Mientras que el somier está hecho de un tejido de correas, el colchón de las casas de los ricos suele ser de lana. Pero muchos, sobre todo en las clases menos pudientes, utilizan heno.

Es difícil decir si estas camas eran cómodas, aunque solo es cuestión de acostumbrarse. Por supuesto, hoy tenemos camas, láminas y colchones de «alta tecnología». Estas camas se parecen más a las de las abuelas…

Típicas en las camas romanas son las mantas de lana, siempre a rayas o bandas de colores (rojo, verde y/o azul), como se puede ver en muchos frescos.

Al acercarnos a la cama nos damos cuenta inmediatamente de que el borde tiene decoraciones de bronce, con cabezas de caballos o de querubines. Es otro signo de riqueza. Pero nos sorprende una extraña estructura sobre la almohada: ¡es una «lámpara de cama»!

Al igual que nosotros tenemos una en la mesilla de noche o en la pared, los romanos solían fijar una pequeña lámpara de estopa o cera en el cabecero de la cama: el *lucubrum,* que por la noche nos ayuda a leer y a pensar. De ahí vienen el nombre latino «lecho» *(lectus lucubratorius)* y el verbo moderno «elucubrar».

Por otro lado, las patas de la cama son muy curiosas. Su forma es el resultado de un elaborado trabajo de torno: cada pata, al descender, se ensancha y luego se estrecha antes de volver a ensancharse. Parece una pila de platos y copas de champán alternados. La parte final, que se apoya en el suelo, es un puntal muy fino. Son camas con «tacones de aguja». Muchos taburetes y sillas también tienen patas de este tipo. Es un *look* típico de los muebles en la antigüedad.

Salimos y seguimos a la esclava Euhodia. Pasa junto a la mesa de mármol y entra en una gran sala completamente abierta al atrio: es el estudio del propietario, el *tablinum*. Es aquí donde recibe a sus clientes y socios comerciales. En la gran mesa de madera con placas de marfil hay documentos enrollados, sellos y tablillas de madera especiales para redactar los acuerdos: se cubren con un velo de cera que luego se grabará con una pluma de bronce cuando llegue el momento de escribir las cláusulas de los contratos. Detrás de la mesa, un gran armario contiene otros documentos.

Para cualquiera que entre en la casa, el estudio situado al final del espléndido atrio que acabamos de atravesar parece casi la celda de un templo, el *sancta sanctorum* de la *domus,* con el dueño esperando para discutir las cosas con usted. Al fin y al cabo, en la antigüedad el atrio siempre ha sido el corazón de la casa: su nombre deriva de *ater,* que significa «negro», «oscuro», una referencia al color de las paredes ennegrecidas por el hogar, el corazón de la vida familiar. Muchas familias guardaban todo su archivo familiar en el *tablinum*.

Una curiosidad: antiguamente, el lecho matrimonial se colocaba en el *tablinum* el día de la boda, el llamado *lectus genialis*.

La esclava Euhodia, tras limpiar delicadamente el polvo de la mesa, las estanterías y los documentos con un plumero, se dirige a una pequeña salita que sale del atrio: un *ala*. Es casi del tamaño de un armario, pero sus elaborados mosaicos geométricos en el suelo indicaron a los arqueólogos que debía de contener algo muy importante. Pero ¿el qué?

Estamos a punto de descubrirlo mientras vemos a la esclava Euhodia descorrer suavemente la cortina. Los anillos se deslizan sobre la barra de bronce que los sostiene. Este pequeño «telón» deja al descubierto una escena en la que están presentes los principales actores de la historia de esta familia. Se trata de las máscaras funerarias de todos los antepasados más importantes *(imagines maiorum),* los que dieron lustre al nombre de la familia, y que se consideran auténticas tarjetas de visita que hay que exhibir para demostrar credibilidad si uno quiere contar entre la élite de la sociedad pompeyana y romana. Tener rostros de antepasados famosos y nobles que mostrar a los invitados (en armarios especiales, nichos o en *alae* de la casa apoyados en pequeños pedestales de mampostería) puede marcar realmente la diferencia con respecto a otras familias y, sobre todo, con respecto a los libertos que, a pesar de tener dinero y palacios, no tienen orígenes nobles que exhibir.

Euhodia desempolva a cada personaje con extremo cuidado, controlada constantemente por Successus. Parece un pequeño museo de cera, pero esas máscaras nos dicen algo más: si se pregunta por qué las estatuas romanas son infinitamente más «auténticas» y realistas que las griegas o egipcias, la respuesta está delante de sus ojos. Cuando había que hacer estatuas de personas importantes (no necesariamente emperadores o senadores) se recurría a estas máscaras y, en consecuencia, también se reproducían todos los defectos faciales. Las arrugas, los lunares, la calvicie, la papada entraron por primera vez en la historia de forma libre, sin el filtro de los cánones artísticos ni de los encargos que «debían» mejorar el original. Ninguno de nosotros sabrá nunca si un faraón tenía las orejas caídas o una calvicie incipiente. Los romanos, en cambio, hicieron de esto su punto fuerte. Sin «filtros», así somos.

Por eso solemos pasar mucho tiempo mirando un busto esculpido hace dos mil años: parece mucho más real y posee una gran fuerza, como un retrato en una foto en blanco y negro.

Continuamos nuestra exploración. Volvemos al *tablinum* y seguimos adelante. A esta sala le sigue otra, aún más impresionante. Por supuesto, el despacho del amo también se abre a un jardín interior. Es impresionante ver estas tres zonas de la casa en fila de un único vistazo. El jardín es una verdadera isla verde: contiene plantas ornamentales, hábilmente moldeadas por las tijeras de un jardinero *(topiarius),* y arbustos aromáticos como el mirto o el boj. Pequeñas estatuas surgen entre las plantas dando al lugar un ambiente muy refinado. El jardín está rodeado por tres lados por una pequeña y muy elegante columnata, el *peristylium,* donde se puede pasear y charlar.

La pared del fondo, lo primero que ve cualquier que entre a la casa, está adornada con un magnífico fresco: muestra una valla de madera y, más allá, un jardín de ensueño. Crea la ilusión de que el pequeño jardín de la casa continúa más allá del muro. Un «trampantojo» muy sugerente. El nombre dado a este tipo de frescos da una idea de su belleza: *paràdeisos,* literalmente «jardín vallado».

Si el atrio es la parte «pública» y representativa de la casa, este jardín es el corazón de la «privada». A su alrededor se encuentran las habitaciones donde duermen los amos, la cocina (con letrina) y el famoso *triclinium* donde se podía comer cómodamente tumbado.

Salimos por una puerta lateral a la calle, giramos a la derecha hacia la acera y seguimos adelante, pasando junto a una esclava que lleva con aire desmañado un gran cesto de ropa cuidadosamente doblada. Evidentemente proviene de una tintorería y quizás esta sea su primera entrega. La seguimos…

Mobiliario pompeyano.

Miramos las huesudas piernas del esclavo: tiene las rodillas y los tobillos hinchados. Cojea notablemente, a pesar de su corta edad. Pero lo que más llama la atención es que sus piernas tienen un extraño color azulado. Todo ello se debe al constante prensado de la ropa en las tintorerías *(fullonicae)*. Es un trabajo agotador, que

convierte a los jóvenes esclavos en deshechos en poco tiempo. Es obvio que, como no puede trabajar más en el taller, a este chico le han encargado el reparto.

Al doblar la esquina el esclavo se interna en el pasillo de entrada de otra casa. Es la Casa de la Fuente Pequeña. Sabemos por algunas inscripciones que pertenece a un tal Elvio Vestale. Probablemente no tenga un pequeño «museo de cera» de sus antepasados que mostrar. De hecho, como ha sugerido el arqueólogo Salvatore Ciro Nappo, seguramente se trate del jefe del gremio de *pomarii,* o vendedores de fruta. Si es así, desde luego que no tiene orígenes nobles que exhibir, como el dueño de la Casa del Poeta Trágico, pero ha ganado dinero, y mucho, si ahora vive en la Beverly Hills de Pompeya. Y, como veremos más adelante, no es el único de entre los «nuevos ricos».

Su casa es el resultado de la fusión de dos *domus* que luego dividió en dos partes. Una se transformó en una especie de «alojamiento de los criados», y está comunica con la otra vivienda, donde viven el amo y su familia. La estructura de su *domus* recuerda mucho a la que ya hemos descrito, con la secuencia *vestibulum-atrium-tablinum-peristylium*. No vamos a repetirlo. Ahora nos interesa más descubrir el mobiliario de una típica casa de ricos de la época romana.

Entramos en la casa por la parte del servicio. Una esclava comprueba la limpieza de los paños traídos por el muchacho, mirándolos a contraluz. El pago solo se realizará si el servicio ha sido perfecto, si no se encuentra ninguna mancha. Nos adentramos un poco más. Lo primero que llama la atención es que el mobiliario romano, comparado con el nuestro, resulta muy básico, muy sobrio. Tiene una finalidad más funcional que estética.

En nuestras casas, las paredes están desnudas mientras que las habitaciones están llenas de todo tipo de muebles: mesas, sillas, sofás, sillones, armarios, etc. Para un romano, nuestra casa parecería un almacén y le resultaría difícil caminar sin chocar con algo. Las casas romanas son prácticamente lo contrario. Las paredes están llenas de elementos pintados y decoraciones, lo que da la impresión de que hay un mundo virtual más allá de las paredes. Las habitaciones, en cambio, están «vacías», los muebles son escasos. Las pocas cosas presentes suelen estar camufladas con almohadas y

mantas.

Nos asomamos a un cubículo, una habitación en la que dormía uno de los miembros de la familia: la cama sigue sin hacer, a la espera de ser arreglada por un esclavo. El mobiliario y los objetos se reducen al mínimo: además de la cama hay un arcón (o en contadas ocasiones un armario) y luego un orinal *(matella),* una jarra y una palangana *(labrum)* para lavarse. Y eso es todo.

Los armarios son raros, son preferibles los «arcones», similares a nuestros baúles o cofres *(arcae vestiariae),* para guardar la ropa y las mantas. Los etruscos y los griegos no utilizaban armarios, un mueble típico de los romanos, pero incluso los propios romanos los utilizaban poco. El escaso uso de armarios se justifica por la presencia de algo que los sustituye mejor: para los objetos de diversa índole solían existir alacenas con estantes *(repositorio)* o incluso simples nichos en las paredes con puertas, verdaderos aparadores.

Por último, las joyas y los objetos preciosos se guardan en cajitas, los *scrinia,* que pueden verse aquí y allá en las habitaciones.

Lo que no era nada raro en las casas de los ricos eran las arcas, es decir, las cajas fuertes que contenían monedas de oro, documentos y objetos de plata. Tenían refuerzos en forma de barras y tacos metálicos. Algunas, como se ha descubierto, estaban equipadas con un sistema de apertura oculto, consistente, por ejemplo, en cabezas cinceladas que cualquiera confundiría con elementos decorativos. Casi siempre se encontraban en el atrio, en un lado de la sala, y durante los banquetes y las recepciones eran custodiadas por un esclavo-vigilante, Xatriensis.

Encontraremos distintos tipos de mesas en las casas romanas: pueden ser redondas o rectangulares, algunas incluso plegables, con tres o cuatro patas. La mesa más común y popular tiene tres patas, a menudo en forma de pata de león con garras, o representando la pezuña de una cabra o un caballo. Es fácil verlas durante los banquetes. Observamos una en una de las esquinas de una habitación. ¿Por qué tres patas? La respuesta es sencilla: porque así no cojean. ¿Cuántas veces ha comido en un bar o restaurante en una mesa de cuatro patas que cojea? En cambio, las tres patas proporcionan un apoyo perfecto. Sabiduría ancestral.

En las casas romanas hay varios muebles en los que uno se

sienta o se acuesta, todos ellos muy bien cuidados. Hay taburetes plegables de bronce o madera *(scamnum),* sillas sin respaldo pero con reposabrazos *(sella),* y luego la *cathedra,* a menudo de mimbre tejido, con un alto respaldo curvado. Recuerda mucho a los «sillones» de mimbre que utilizamos hoy en día durante la temporada de verano. En ellas se maquillaban las mujeres romanas por la mañana. A veces son tan altas que se necesita un escabel.

Una curiosidad: un romano se habría quedado perplejo ante nuestros sillones y sofás. En aquella época no existían: no se conocía la técnica de tapizar sillas, taburetes o sofás, y se utilizaban cojines para cualquier eventualidad. No obstante, algunas camas podían utilizarse como sofás, cubiertas con cojines y con un cabecero alto. Pero no se utilizaban en absoluto para dormir, sino para descansar durante el día en pequeñas habitaciones aisladas *(cubicula diurna),* o también podían utilizarse para conversaciones privadas, especialmente entre mujeres. Hay, sin embargo, un mueble que nos habría parecido muy «moderno» en su concepción y que muchos aristócratas romanos utilizaban: un taburete con un asiento de cuero al aire, como en las sillas de director de cine, para descansar las piernas.

No solo había camas para dormir. También existían otros tipos de camas que se utilizaban para distintos fines, como los banquetes, por supuesto; ya las hemos conocido: las camas triclinares. A veces eran de mampostería y otras veces de madera.

En los ambientes por los que paseamos descubrimos otras curiosidades. Por ejemplo, los antepasados del *abat-jour:* se trata de un trípode con un pie muy largo, que termina en una placa en la parte superior en la que se colocan las lámparas de aceite. Los arqueólogos han encontrado en Herculano un ejemplar extraordinario, con la peculiaridad de que su tallo se puede desenroscar. Se podía montar y desmontar en segundos. Probablemente se utilizaba cuando llegaban invitados a la casa, y al igual que muchos *abat-jours* modernos, solían colocarse en las esquinas o a lo largo de las paredes.

También se iluminaba con portalámparas parecidos a candelabros de formas peculiares, o se podían utilizar hermosas estatuas de bronce, con diseños «forzados», un poco *kitsch,* para sostener lámparas de aceite. Había, además, candelabros que

colgaban del techo con cadenas: eran lámparas de aceite de varios brazos. Una curiosidad: prácticamente todas las lámparas de aceite encontradas en Pompeya son de terracota; solo una veintena de las que se han desenterrado en las excavaciones eran de bronce, un hecho realmente sorprendente. ¿Podrían las condiciones de oscuridad de la erupción haber motivado el uso de estas lámparas de aceite durante la huida, explicando así por qué han aparecido tan pocas en las viviendas? De hecho, una de ellas ha aparecido en las manos de dos personas que huían y que fueron encontradas en la calle. No es más que una hipótesis, pero en cualquier caso, eran raras en las casas romanas. Y aún más raros eran los faroles, los ancestros de nuestras lámparas de petróleo, provistos de un cristal protector.

En esta lista falta algo que pocas veces, si es que lo ha hecho alguna, ha dejado una huella arqueológica. Entre los *supellectiles* (como llamaban los romanos a todo el ajuar mobiliario) de las casas de los ricos había sin duda alfombras (una moda que venía de Oriente), telas en las paredes (que recordaban a los tapices, desgraciadamente nunca encontrados en Pompeya y Herculano por la extrema delicadeza de los materiales), cortinas, *velaria* (toldos para dar sombra en lugares abiertos) y cuadros colgados en las paredes. Sin olvidar bustos, estatuas, juegos completos de platería (el servicio «bueno») bellamente expuestos en las casas. ¡Y también jarrones antiguos! Los romanos ya consideraban «antigüedades» los vasos etruscos, por ejemplo, o los objetos egipcios. Y en las casas de Pompeya, los mejores productos de la cerámica griega se exhibían a veces como auténticas obras maestras.

Nuestra visita a la Casa de la Fuente Pequeña termina en el mismo lugar que da nombre al edificio: el pequeño jardín interior. Extrañamente situado en una esquina, lo rodea la típica columnata del peristilo solo por dos lados. Suficiente, sin embargo, para enmarcar una pequeña obra maestra. Apoyada en la pared pintada al fresco hay una pequeña estructura en forma de caseta. Está completamente cubierta con un colorido mosaico de pequeñas teselas de vidrio. En el centro hay un nicho en forma de ábside que contiene una máscara de teatro en la parte superior y un querubín de bronce con un ganso debajo de un brazo. Al acercarnos nos envuelve la tranquilidad del jardín. La estructura es un *ninfeo:*

originalmente, como su nombre indica, un edificio sagrado dedicado a una ninfa. Es un remedo, a decir verdad muy minimalista, de los grandes *ninfei* de las casas patricias de Roma, donde estos lugares se utilizaban a menudo para organizar banquetes y para dedicarse al *otium*. Pero su propietario está dispuesto a demostrar que él también tiene uno…

El domicilio de un potentado: la Casa del Fauno.

Salgamos de la *domus* y reflexionemos acerca de lo que hemos visto: la estructura de la típica *domus* romana, con la Casa del Poeta Trágico. Es el clásico alojamiento de un rico propietario de Pompeya. Sin embargo esta estructura puede tener variantes espectaculares y todavía más refinadas, especialmente cuando pasamos a considerar familias más ricas y poderosas. Un ejemplo lo encontramos en el mismo barrio, a unas decenas de metros. Es la famosa Casa del Fauno. Calcule que en este barrio para ricos, que consta de diecisiete bloques, uno está enteramente ocupado por esta faraónica casa, que ocupa nada menos que tres mil metros cuadrados. La Casa del Poeta Trágico cabría tranquilamente en su jardín…

La Casa del Fauno es la más grande de Pompeya. Cuenta con un atrio, una treintena de habitaciones de usos y tamaños diversos y dos peristilos. Una verdadera obra maestra es el techo del atrio (que desgraciadamente hoy ya no podemos admirar), el cual se sostenía sobre un complejo sistema de vigas cruzadas de enormes dimensiones. La vista que este techo ofrecía a cualquiera que entrase en la casa era impresionante: la recorría entera, desde el atrio hasta el *tablinum,* pasando por el primer peristilo y llegando hasta el segundo jardín.

Es imposible describir todas las obras de arte que nos encontramos, empezando por la estatua de bronce del fauno que da nombre a la casa, colocada en el centro del atrio, en el *impluvium,* aunque no en medio del estanque, como lo vemos hoy. En realidad, estaba fijada al borde, sobre un pedestal.

Por no hablar de los mosaicos. Desde los más originales, como el que representa un gato apresando un gallo, hasta los

extraordinariamente modernos, como el que muestra tres palomas blancas sacando un collar de perlas de un ataúd… Sin embargo, no hay duda de que el mosaico que ha hecho tan famosa la casa es el que representa la victoria de Alejandro Magno sobre Darío en la batalla de Issos, ¡que está compuesto por cerca de un millón y medio de teselas! Ha leído bien, un millón y medio de teselas, a veces tan pequeñas como una uña. Una obra maestra absoluta que todavía hoy asombra a todo el mundo; obra maestra que, sin embargo, es tan solo una copia, ya que el original ha sido trasladado al Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. Sorprenden los detalles y las miradas, como la de Alejandro, seguro de sí mismo, o la de un asustado Darío en plena fuga, por no hablar de la de un soldado persa en el suelo, cuyo rostro se refleja en la cara interior de su gran escudo redondo. Un juego de reflejos que nos hace apreciar el gran refinamiento de los artistas del pasado en todo su esplendor.

Sin embargo, este mosaico no fue «inventado» por los romanos: es una «copia» de una famosa pintura que se encontraba en Grecia, que tal vez se perdió ya en la antigüedad, y que el propietario de la Casa del Fauno quiso reproducir en mosaico en su propia casa. Y así, los mejores trabajadores (probablemente norteafricanos, muy hábiles en la realización de mosaicos de colores con teselas policromadas) acudieron a esta fabulosa casa y realizaron el mosaico *in situ,* tesela a tesela. Estaba situado en un punto estratégico de la casa, bajo una exedra entre los dos jardines de la *domus*.

Pero volvamos a la Pompeya del año 79 d. C., donde una noble, Julia, envuelta en la inexcusable *palla,* está mirando el mismo mosaico que acabamos de describir. La vemos frente a esta obra maestra, similar a una extraordinaria alfombra de piedra, observando por enésima vez su poder evocador. Lo hace a menudo y nunca se cansa de su belleza. La dama forma parte de la rica familia que vive en la Casa del Fauno y este es uno de sus lugares favoritos. De repente levanta la vista. Los pavos reales del jardín del peristilo se están comportando de forma anormal esta mañana, están muy nerviosos y la hembra más tímida no ha aparecido. Suele tomar la comida directamente de las manos de su ama, pero hoy hay algo extraño. Algo les asusta…

Una esclava se le acerca en silencio y con deferencia, con la cabeza inclinada. En voz baja le dice que el desayuno la está esperando. Julia se pone en marcha, con paso lento y regio, pero cuando la esclava, que precede a la noble dama, intenta abrir una gran puerta, le resulta imposible. Entonces llama a otro esclavo y los dos empujan con fuerza. Un tercer esclavo, muy fuerte, interviene: con golpes cortos y secos consigue que la puerta ceda un poco, pero Julia lo detiene: se arriesga a dañar una puerta antigua finamente decorada. Mejor tomar otro camino y llamar a alguien para que la repare.

Reanudan su camino. La dama, desconfiada, pide comprobar el estado de las puertas que han de cruzar. Algunas se abren sin problemas, pero otras rozan en el suelo. Ninguna parece encajar en el marco, sin embargo ayer se abrían sin problemas… ¿Qué ha podido pasar de la noche a la mañana? La proximidad de la erupción provoca deformaciones en el suelo que se traducen en pequeños cambios en las viviendas, como que una puerta roce o no se abra. Pero eso no es lo único.

El pequeño grupo ha llegado a la zona de las termas privadas, en el sector oriental de la casa: dado su tamaño podríamos llamarlo «barrio termal», pequeño pero dotado de todo lo necesario. Un esclavo se agacha y recoge unos cristales tirados en el suelo. Mira hacia arriba y señala una pequeña ventana sellada en la parte superior, casi una claraboya. Hay una larga grieta en el cristal y falta una parte. Ha caído al suelo y se ha roto en mil pedazos. Al estar sellada, es decir, enmarcada rígidamente por las paredes, el más mínimo movimiento de esta basta para romperla. La aristócrata lanza una mirada desconfiada a la ventana rota: todos los días hay sorpresas, y todo ello se traduce en nuevas reparaciones y nuevos gastos. Se encoge de hombros y se va a desayunar.

No sabe que está viviendo sus últimas horas. Julia será hallada muerta por los arqueólogos, víctima del derrumbamiento de uno de los tejados de la villa. No es casualidad que su esqueleto aparezca entre los lapilli del atrio, a poca distancia del famoso mosaico, cerca del cual se había refugiado. Pocos lo saben hoy en día cuando se detienen a fotografiar el mosaico de la Casa del Fauno mientras charlan con otros turistas.

Paredes pintadas con estilo… cuatro estilos.

En resumen, ¿cuál es la mayor diferencia entre las casas romanas y las nuestras? Lo que más destaca, como hemos visto, son los colores. Los romanos se horrorizarían de la pobreza de colores de nuestras casas, pero también de nuestros vestidos, muebles y estatuas. Para nosotros, una estatua de mármol debe permanecer blanca. Las suyas eran muy coloridas, y no utilizaban colores sobrios, sino colores muy chillones y llamativos, un poco como el maquillaje de una anciana.

Lo mismo ocurre en los hogares. Para ellos, las superficies blancas no son sinónimo de luz y limpieza, sino de pobreza. El interior de las casas romanas está pintado al fresco según un patrón recurrente: la pared está dividida en tres bandas. La banda inferior (el zócalo) solo tiene unas decenas de centímetros de altura, menos de un metro en cualquier caso, con colores uniformes y decoraciones ligeras. En cambio, la franja del medio, la más grande, es una explosión de colores y de habilidades pictóricas que a menudo invaden la tercera franja, estrecha, pegada al techo. Las decoraciones más hermosas se realizan en esta franja intermedia, que está dividida en varios «paneles», utilizando colores cálidos tales como el rojo pompeyano y el amarillo, o bien el negro. Es dentro de estos paneles donde se encuentran las pinturas más bellas: paneles con frescos que representan escenas mitológicas de gran impacto. Servían para impresionar a los invitados, para publicitar una virtud a la que la familia estaba muy apegada. Los dioses, los héroes del pasado o a veces incluso las villas (probablemente propias) eran «propaganda» del refinamiento y la riqueza de la familia.

Alrededor de estos frescos y de los paneles pintados que los contenían se encontraban siempre las esbeltas columnas de los capiteles formando arquitecturas ligeras e imaginarias, con auténticos aleros de tejados, arcos finísimos y columnatas para dar profundidad. Un extraordinario efecto tridimensional que proyectaba la mirada hacia paisajes fantásticos donde a veces aparecían máscaras de teatro, candelabros y jarrones con frutas. La idea era que las paredes fueran una ventana a paisajes virtuales. Mundos imaginarios que se perdían por el horizonte. Las pinturas

«atravesaban» las paredes, una forma de ampliar la visión de la sala, haciendo que el ojo vagara por territorios ilimitados.

Es en este contexto en el que se habla de pinturas de primer, segundo, tercer y cuarto estilo. Todo el mundo ha oído hablar de ello, pero ¿qué significan estas expresiones? Intentaremos resumirlo de forma muy sencilla, para que se pueda reconocer a primera vista, en una casa de Pompeya, qué estilo se utiliza. Verá cómo cada estilo también habla de un momento histórico diferente.

Primer Estilo. Es de origen griego, los samnitas lo adoptaron y cuando habitaron Pompeya lo utilizaron ampliamente; podemos situarlo entre el 150 y el 80 a. C. La pared está recubierta de yeso, que recrea en relieve un falso muro con grandes bloques perfectamente cuadrados. En ellos, los pintores han imitado los colores de mármoles exóticos y caros (alabastro, *pavonazzetto, cipollino,* pórfido rojo, etc.). En la parte superior suele haber un marco de estuco blanco. Todavía se pueden ver pruebas de ello, por ejemplo, en la Casa del Fauno: el atrio donde se encuentra la famosa estatuilla es todo del Primer Estilo.

Segundo Estilo. Los romanos llegan a Pompeya. Este estilo abarca aproximadamente los últimos ochenta años antes del nacimiento de Cristo, el periodo de Sila, César, Marco Antonio, Cleopatra y Octavio. Sobre el yeso se pintan nuevos tipos de arquitectura: ya no son bloques cuadrados, sino columnas, quioscos, pórticos y luego alas de casas o columnatas que se pierden en el horizonte. Cuando todas las paredes que te rodean están pintadas así, tienes la impresión de estar dentro de un claustro. A veces también hay figuras humanas. Se propone la idea, si bien sencilla muy eficaz, de que el muro se abra al exterior, con ingeniosas líneas de fuga. Lo interesante es que estas paredes imitan los decorados de los teatros. Es algo así como si hoy colgáramos en las paredes de nuestras casas cuadros gigantes de decorados de películas famosas o de decorados teatrales de óperas famosas. Esto también explica, en parte, el aspecto algo surrealista de la arquitectura pintada.

Tercer Estilo. Nace con Augusto, cuando comienza el imperio. Este estilo se prolonga durante medio siglo, hasta la época de Claudio. Las columnas, los arcos y la arquitectura tridimensional se adelgazan: se transforman en estructuras «filiformes», casi estilizadas, que recuerdan a las cañas de bambú. Se trata de un

entramado «anoréxico» en el que aparecen tallos de plantas y candelabros que se elevan y a veces sustituyen a las columnas pintadas. Un pequeño truco: cuando vea figuras o decoraciones de estilo egipcio, lo más probable es que esté admirando una pintura realizada en el Tercer Estilo: en el año 30 a. C. Egipto fue conquistado por Roma, lo que hizo que muchos aspectos de su cultura (desde la religión hasta el arte) pasaran a la mente de los romanos y, por consiguiente, también a sus hogares.

Cuarto Estilo. A partir del reinado de Claudio (41-54 d. C.), es decir, hasta la erupción, algo cambia en la mente de los romanos. Durante décadas habían vivido, al menos de palabra, bajo la larga sombra del austero rigor moral de Augusto. Ahora, bajo Claudio y especialmente bajo Nerón, la sociedad romana se abandona al lujo, al exceso. Al igual que en Roma, donde el ambiente severo de la Casa de Augusto fue sustituido por el exuberante y disoluto de la Domus Áurea, construida por Nerón tras el gran incendio del año 64 a. C. Liderando el nuevo espíritu encontramos, sobre todo, a los nuevos protagonistas de la sociedad romana, es decir, las masas de antiguos esclavos que habían hecho carrera, una clase en alza que quería a toda costa demostrar su riqueza en los excesos y en el lujo de casas faraónicas.

¿Y cómo se refleja esto en las paredes? Los pintores retoman el camino de la arquitectura del Segundo Estilo, pero lo hacen de forma exagerada, perdiendo el sentido de la proporción. Se convierte así en un Segundo Estilo «barroco». Como señaló Antonio Varone, los muros son un espejo de la sociedad de la época. Las arquitecturas se vuelven audaces, irreales, imposibles, de ciencia ficción. Los adornos se amontonan y se superponen. Los colores se recargan, con feroces contrastes. Una señal típica y distintiva para un observador son esos paneles «anónimos» que se encuentran junto a las pinturas al fresco con escenas mitológicas: se convierten en «ventanas» abiertas a perspectivas de una arquitectura de fantasía. En definitiva, se pierde el aspecto realista del Segundo Estilo. Se ha pasado de la representación «ilusoria» de los estilos anteriores, con paisajes imaginarios, a cuadros muy «alusivos» que envían un mensaje claro (y vulgar) sobre la riqueza del propietario.

En Pompeya, el Cuarto Estilo está mucho más extendido que los otros tres, no tanto porque fuera el que estaba de moda en el

momento de la erupción, sino porque, como hemos dicho, había habido un fuerte terremoto hacía solo diecisiete años, y todas las restauraciones se realizaron en este estilo, el más popular en la época. Según algunos estudiosos, observando la diversidad de las «manos» que pintaron los muros, se podría deducir que al menos diecisiete artistas trabajaron en Pompeya, tal vez simultáneamente.

La opulenta casa de dos antiguos esclavos

Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 7:30; faltan 29 horas y 30 minutos para la erupción.

HIC FUIMUS CARI DUO NOS SINE FINE SODALES.
Los dos hemos estado aquí, cómplices, desde siempre.

Reanudamos nuestro paseo. La calle se llena de más y más gente, pero no vemos ricos pompeyanos paseando lentamente por las aceras ni damas de la nobleza en litera. Aún permanecen en sus *domus;* por el momento, la mayoría de la gente en la calle son esclavos dedicados al reparto, o sirvientes con una lista de recados. Si pudiéramos marcar sus recorridos veríamos que crean una «telaraña» que envuelve progresivamente toda la ciudad.

En una esquina, al girar, casi nos atropella un muchacho con una cesta. Al pasar nuestras miradas se cruzan. Tras un momento de sorpresa, lo reconocemos. Es el chico que nos ha servido el pan esta mañana. Evidentemente, ahora está ocupado con las entregas. Nos sonríe y sigue adelante. Va dejando un aroma de pan y bollos recién horneados tras de sí. Es como una cálida caricia en el rostro. La tentación es demasiado fuerte… Comenzamos a seguirlo. ¿A quién debe entregar todo este pan?

Pasamos frente a las entradas de suntuosas *domus*. Las puertas por las que nos asomamos revelan el despertar de la vida cotidiana en muchos pequeños detalles. Al fondo, tras un portón, vemos a una muchacha con una túnica roja recogiéndose el pelo detrás de la nuca; en otra *domus* hay un esclavo de rodillas lavando los mosaicos del atrio; en la siguiente vemos a un amo dando órdenes a los esclavos reunidos, que escuchan con la cabeza gacha… Cada

casa describe un aspecto diferente de la vida pompeyana, y en este barrio podemos admirar, realmente, su lujosa vida.

Nuestra mirada vuelve a la cesta que el muchacho lleva en la cabeza, balanceándose al ritmo de sus pasos. Cuando se detiene y llama a un gran portón doble, miramos hacia arriba. El edificio tiene dos plantas. Es otra casa opulenta: la de los Vettii. Una de las más hermosas que los arqueólogos han hallado en Pompeya.

Los Vettii son dos hermanos, Aulo Vettio Conviva y Aulo Vettio Restituto, que en el pasado fueron esclavos. Cuando su amo los liberó ascendieron rápidamente en la escala de la sociedad pompeyana, hasta convertirse ellos mismos en amos, y ahora tienen muchos sirvientes a su servicio. Pero han conservado toda la ignorancia y la vulgaridad de sus humildes orígenes. Unos «advenedizos», dirían algunos; *homines novi,* los llamaban los romanos; «gañanes» o «palurdos», dirían hoy quienes no se andan con rodeos… Sea como fuere, ahora son ricos terratenientes que ganan enormes sumas de dinero con el comercio de vinos y productos agrícolas. Uno de los dos hermanos es incluso miembro del colegio de augustales, los sacerdotes que honran la figura de Augusto como a un dios, con templo, liturgia, etc.

Un esclavo abre la puerta, descubre al chico con la cesta y lo deja entrar. Lo seguimos. La primera impresión es sorprendente. El vestíbulo sigue imbuido del frío de la noche y nos produce escalofríos. En la penumbra percibimos la figura de un hombre, inmóvil contra una pared. ¿Quién es? Tras dar unos pasos nos encontramos delante de un fresco muy famoso, reproducido ahora en todos los libros y postales. Se trata de Príapo, representado aquí de forma casi grotesca. La divinidad apoya su desmesurado órgano sexual en el plato de una balanza, y en el otro hay una bolsa llena de monedas, ambos del mismo peso. ¿Qué significado encierra este fresco? Envía un mensaje de buena suerte, en el que el órgano sexual, símbolo de vida y, por tanto, de salud, pesa tanto como las monedas, es decir, la riqueza. La salud y la riqueza como objetivos en la vida de los señores se invocan para proteger la casa, para alejar la mala suerte, la envidia y la desgracia de su puerta. Y eso no es todo: a los pies de la balanza hay una hermosa cesta llena de fruta, que simboliza la prosperidad de la vivienda y sus habitantes.

El chico con la cesta de pan se detiene, atraído por una pequeña

y discreta pintada situada cerca de la salida, para que la puedan ver los transeúntes o quienquiera que entre en la casa a traer un encargo, como es el caso. Se trata de una inscripción que reza: «Eutiquia *(Eutychis),* griega de modales refinados *(moribus bellis),* se entrega por dos ases». O sea que en esta *domus* una esclava de la casa se prostituye con cualquiera por una cantidad irrisoria, comparable a un vaso de vino de calidad media… ¿Es posible?

Hoy en día nadie escribiría a la entrada de su casa que la empleada doméstica se prostituye. Menos aún esperaríamos leerlo en la casa de una de las familias más ricas de la ciudad. Pero en la época romana muchas cosas eran diferentes. Y también en esto se manifiesta la idea de que una inversión («humana» en este caso) debe siempre «ser rentable». No importa cómo, no importa cuánto. En cierto sentido, aquí también *pecunia non olet*.

El muchacho continúa con la cesta en los brazos. El pasillo nos conduce al atrio, donde se abre un escenario extraordinario. Nada más entrar en la casa descubrimos la clásica secuencia vestíbulo-atrio-peristilo (con jardín), como siempre sin tabiques, como si quitaras las paredes de tu propia casa y vieras el salón de tu vecino y luego la terraza con plantas de otro inquilino. El atrio es muy grande y está decorado con frescos y pinturas. Está dominado por la enorme abertura cuadrada del tejado, de la que sobresalen como gárgolas cabezas de lobo y palmeras.

A lo largo de las paredes, a ambos lados, hay dos enormes cofres. Hoy en día las personas que tienen cajas fuertes en sus casas tienden a esconderlas en armarios o detrás de cuadros, sin embargo, en la época romana ocurría lo contrario: había que hacer alarde de riqueza y las cajas fuertes debían estar a la vista de todos los habitantes de la casa nada más entrar. ¡Y, por supuesto, son enormes! Las de los hermanos Vettii son realmente notables, con barras de hierro y tachuelas de bronce. Alrededor hay salas dominadas por el color amarillo-ocre de las paredes, con espléndidos frescos mitológicos en el centro (Leda y el cisne, Dánae y Júpiter, que se ha convertido en lluvia dorada) y, a sus lados, pasillos pintados que conducen a pérgolas lejanas. Incluso hoy, dos mil años después, uno se queda con la boca abierta ante su elegancia, ante el equilibrio de sus proporciones. Sin duda son obra de los mejores pintores de frescos de Pompeya, que seguramente

hayan venido de fuera…

Incluso el chico se queda impresionado por tanta belleza. Su rostro, manchado de harina, contempla ahora el hermoso jardín de la parte trasera de la casa, en el que se vislumbran estatuas. Todo está muy tranquilo y hay un aroma muy agradable en el aire: es evidente que alguien ha echado costosas maderas exóticas al brasero para perfumar las habitaciones principales de la *domus*. En resumen, hasta el aire es de ricos en estas casas.

La Casa de los Vettii es muy grande, también resultado de la fusión de dos *domus* diferentes. El chico estira el cuello; le gustaría ver lo que hay más allá, pero una mano en su hombro lo dirige bruscamente hacia un pasillo lateral que lleva al vestíbulo y lo conduce a la parte dedicada a los criados.

Apenas unos pasos y todo cambia por completo. Es un mundo diferente. El silencio es sustituido por las voces de varias personas. El delicado aroma de las maderas orientales no pasa del umbral: aquí solo se respiran los intensos olores de la cocina.

La primera sala es el antiguo atrio de una de las dos antiguas *domus*. Es más pequeño e íntimo, y la pila del centro no es de mármol, sino de toba. Un leve susurro a su izquierda capta la atención del chico. En una de las paredes se encuentra el hermoso *larario,* un «templito» doméstico. No es impropio llamarlo así: realmente parece un templo con dos columnas que sostienen un frontón triangular. Pero el culto, por así decirlo, es casero. El liberto de confianza de los amos, junto con otro esclavo, está realizando un ritual con los ojos cerrados y las palmas de las manos hacia arriba. Sus invocaciones hacen oscilar una llama en un pequeño altar de mármol situado en el centro del larario. Acaba de desmigar un poco de pan en el altar y ahora se dispone a «sacrificar» un poco de vino, dejando caer unas gotas en el borde.

En el interior de la hornacina hay estatuillas de bronce: una de Mercurio, protector del comercio (pero también de los ladrones…), y dos que representan a los Lares, las deidades protectoras de la familia. Su nombre deriva de *Lar,* un término etrusco que significa «padre». De hecho, estas deidades son la personificación de las almas de los antepasados: protegen a la familia contra la enfermedad, los accidentes, la muerte y cualquier otra desgracia que pudiera ocurrir a los habitantes de la casa. Realizar estos ritos

en honor a los Lares equivalía, para los antiguos romanos, a contratar un seguro contra incendios, robos o cualquier otro accidente doméstico. Un ritual que se toma muy en serio aquí en Pompeya, donde los terremotos son frecuentes.

Lo que ha hecho famoso a este larario en todos los textos de arqueología es la belleza del fresco que hay en la hornacina. Muestra a dos Lares danzantes, representados como dos jóvenes de pelo largo, con túnicas que flotan al ritmo de sus movimientos. En cada mano sostienen un cuerno lleno de vino *(rhyton)* que se vierte, a través de un agujero en la punta, en copas o directamente en las bocas abiertas durante los banquetes. Entre estas dos divinidades se encuentra una figura con toga y la cabeza cubierta: es el genio, una deidad tutelar, el guardián benévolo de la fortuna de la familia. A sus pies hay una serpiente del tamaño de una boa gigante. Se trata de la serpiente Agatodemone, que representa el espíritu protector del ancestro fundador de la familia. En fin, ya se puede hacer una idea: este templo, en la mente de los romanos, es el equivalente a un «pararrayos» del destino, que supervisa y protege la vida, el hogar e incluso las actividades de los señores.

Pero volvamos al muchacho, que prosigue hacia el corazón de las actividades de la casa a esta hora de la mañana: la cocina. De aquí proviene la charla que se oía desde el vestíbulo. Algunos esclavos, mujeres y hombres, están preparando la comida. Unos cortan las legumbres con un cuchillo en una tabla de cortar de madera desgastada por el uso; otros hacen girar un cazo de madera en un *caccabus,* una pequeña marmita; otros manipulan un molino de mano. El ambiente es como el de un restaurante, con varios empleados, todos ocupados en la cocina, cuyo centro es la encimera. Esta consiste en un enorme mostrador de mampostería con unas cuantas ollas que se calientan sobre trípodes de hierro. Debajo hay brasas extendidas.

El chico observa a una esclava pequeña y muy bonita que juguetea con lo que a nosotros nos parece un extraño y desconocido objeto metálico, pero que un romano reconocería con los ojos cerrados… Es una yesca, un utensilio muy común en las casas de Pompeya, tan cotidiano como lo es para nosotros un encendedor. Y sin embargo, aunque debió de haber miles de ellas en Pompeya, hoy no se ve ninguna en los museos. ¿Por qué?

Al ser pequeñas y de hierro, se han conservado mal: el hierro se ha oxidado e hinchado, volviendo la yesca irreconocible en el mejor de los casos, como si se tratase de un vulgar trozo de hierro, y en el peor de los casos desintegrándola gradualmente. ¿Qué forma tenía? Y más en general, ¿cómo encendían el fuego los romanos?

Las yescas se han estado utilizando durante siglos, incluso por los abuelos de nuestros abuelos (las cerillas son un invento del siglo XIX). Para encender el fuego en la mayoría de las casas romanas se golpeaba un núcleo o astilla de sílex con una varilla de hierro, endurecida justo por el lado que se iba a utilizar. Se trata en esencia del mismo principio que el de las pistolas y fusiles de las batallas napoleónicas: al apretar el gatillo, un pedernal rozaba una superficie de hierro generando chispas que luego encendían la pólvora. En la época romana la pólvora era desconocida, por lo que con cada golpe caían chispas sobre un material que servía como cebador: pelusa o una fina capa de un hongo que crecía en los árboles. La chispa no enciende el material, solo desencadena una pequeña combustión, similar a la que podemos ver en el borde brillante de una hoja de periódico que está a punto de incendiarse. Es como el embrión de una llama, que debe colocarse sobre algo inflamable, como paja u otra cosa similar, y soplar suavemente. Primero sale un poco de humo, luego la llama y finalmente se enciende el fuego. Si uno está acostumbrado, y la chica lo está, tarda menos de treinta segundos, menos, seguramente, de lo que ha tardado en leer la explicación del procedimiento.

Pero entremos con el muchacho en la cocina de la Casa de los Vettii. La carne de anoche se está recalentando con especias en las ollas. ¿Para qué? Formará parte del desayuno de los señores, junto con vino, aceitunas, huevos, algunas anchoas, *ricotta* y otros quesos. Los romanos, de hecho, tienen la costumbre de comer por la mañana la carne y el vino que les ha sobrado del día anterior. A estos alimentos hay que añadir el pan y la torta que trae el panadero. Suelen comerse con miel, quizás mojados en tazas de leche: ¿cómo no ver en ellos a los ancestros de los *croissants* rellenos que masticamos por la mañana?

Si esta mezcla de carne, miel, pescado, huevos, leche y queso le hace levantar la nariz, eche un vistazo al *buffet* matinal que ofrecen los hoteles internacionales y encontrará prácticamente la misma

comida. A decir verdad, nosotros estamos acostumbrados a desayunos ligeros, «a la italiana». Cruzando los Alpes, yendo al norte de Europa, al mundo anglosajón y a los Estados Unidos, encontrará que los desayunos, con tocino, pan, miel, arenque o salmón ahumado, ensaladas rusas y salchichas, son muy similares a los de los ricos romanos.

¿Dónde ha ido el repartidor? La cesta está en la esquina, vacía. También falta la esclava que encendió el fuego, que resulta llamarse Eutiquia… Una habitación adyacente a la cocina es la alcoba donde la esclava se prostituye. El coste de los servicios es tan bajo que hasta el chico de la panadería se puede entretener con ella. Todavía hoy quedan en las paredes de este cubículo señales inequívocas de su verdadero uso: imágenes eróticas muy explícitas. Cada una representa a una pareja en diferentes posturas. Los otros esclavos ni siquiera se preocupan por el asunto. Siguen hablando como si no hubiera pasado nada.

Una vez que la comida está lista, salen en fila, con bandejas y platillos de plata en los que se colocan los distintos platos del desayuno. Los seguimos, cruzamos el atrio y nos encontramos en el pequeño paraíso que es el jardín interior de la casa. Rodeados de una espléndida columnata hay parterres, pequeños árboles y arbustos que han perdido gran parte de su belleza en otoño. Las fuentes y las estatuas hacen que el lugar sea extraordinario. Hoy no funcionan, pero normalmente un caño vertical se eleva en el centro del jardín, con el chorro cayendo a los lados formando una especie de «palmera» de agua. Apoyado en una columna hay un querubín de bronce que sostiene un ganso. Frente a él hay otro, gemelo. Cuando hay agua, unos finos chorros salen de los dos picos de los gansos directamente al centro de una pila de mármol. No solo hay estatuas-fuente. En el centro del jardín destaca de nuevo un Príapo. Es de mármol blanco y en las noches de banquete un chorro de agua emerge constantemente de su enorme y erecto órgano sexual.

Las referencias sexuales «inusuales» también se encuentran en otras partes de esta casa. Una de las habitaciones que dan al jardín tiene tres frescos en las paredes. Uno de ellos representa a Dédalo mostrando a Pasífae la estatua de madera de una vaca, en cuyo interior tenía que esconderse para aparearse con un toro blanco del que se había enamorado. Tanto el toro como su pasión «antinatural»

fueron obra de Poseidón, y de esa unión nació el Minotauro.

Oímos voces. Vienen del triclinio, de donde salen silenciosamente los esclavos que han servido los platos del desayuno. Nos acercamos y ante nuestros ojos se muestra un festín matutino. Los dos hermanos están tumbados en las camas triclinares, y así es como descubrimos que son gemelos. Eso explicaría por qué siguen extrañamente haciendo vida en común: nunca se han separado, parece que nunca han formado su propia familia. Unidos en el útero, unidos en la vida. Ambos se han convertido en obesos a fuerza de comer alimentos refinados que durante tantos años no fueron más un espejismo. Hablan en voz alta, exageran su riqueza y maltratan a los esclavos a su servicio. Es un destino extraño el de los libertos: en lugar de sentir compasión por quienes están en la condición que han conocido durante años, los tratan con desprecio, como si fuera una especie de venganza.

Todo lo que nos rodea habla de lujo. En todas partes vemos frescos de obras maestras. Las túnicas de los dos hermanos están bordadas con hilos de oro, se acuestan en camas triclinares decoradas con placas de marfil africano tallado, comen en tazas de plata cincelada, en sus dedos hay enormes anillos con piedras preciosas. Pero todo lo que vemos es un torpe intento de enmascarar su ignorancia, sus burdos modales y sus muy humildes y plebeyos orígenes. Lo notamos incluso ahora, cuando mastican pastillas para el aliento (los romanos las usaban mucho) y manosean con avidez un cofre que contiene joyas que pretenden comprar, el muestrario de un joyero *(gemmarius)*. Incluso nosotros, dos mil años después, nos percatamos de ello.

Cuando los arqueólogos desenterraron esta extraordinaria casa descubrieron algunos de los frescos más finos e interesantes de la época romana en el *triclinium,* un largo friso que muestra cupidos dedicados a diversos oficios: una pequeña enciclopedia de los oficios y el trabajo en el campo. Algunos muestran toda la cadena de trabajo necesaria para hacer diversas cosas: telas, perfumes, paños, objetos cincelados, e incluso todo el proceso de la vendimia.

Ante estos frescos todo el mundo queda embelesado por el toque refinado del artista, los detalles de la mano de obra y las herramientas y la delicadeza de los cupidos. Pero si uno se aleja y observa el friso en su conjunto, surge una pregunta: ¿por qué está

aquí? La respuesta es sencilla: para ostentación de las fuentes de riqueza de los dos hermanos ante sus invitados. En la época pompeyana esto es el equivalente a los carteles luminosos de Broadway, y recuerda de forma chocante las escenas descritas en su *Satiricón* por Petronio, que entonces llevaba poco más de diez años muerto. En su obra relata un banquete organizado por Trimalción, que resulta ser un antiguo esclavo enriquecido, pero aún irremediablemente grosero. Durante el banquete hace intervenir a un esclavo que recita en voz alta la lista de todas las propiedades y fuentes de ingresos de Trimalción.

A quien lo haya leído le parecerá una parodia irresistible, una caricatura de los personajes que vivían en la época de Nerón. Pero que Petronio no exageraba y que estos antiguos esclavos que se habían hecho muy ricos abundaban y eran groseros, queda claro incluso aquí, en Pompeya, en esta sala. Ese «friso-propaganda» lo dice todo. En efecto, casi parece que se oye hablar (y sonreír) a Petronio…

Hotel en Pompeya

Pompeya.
23 de octubred de 79 d. C., 8:00; faltan 29 horas para la erupción.

> *TU PUPA SIC VALEAS SIC HABEAS VENERE(M) POMPEIANAM PROPYTIAM.*
> *¡Feliz cumpleaños, muñeca, y que Pompeya te traiga buena suerte en el amor!*

Un agua fresca y tonificante chorrea por el rostro de Cesio Bajo, el poeta que conocimos en el banquete de Rectina. Acaba de verterla de una jarra en una jofaina de bronce colocada en la mesita con tres patas de león que hay junto a la cama. Coge el agua con las manos y se la restriega por la cara varias veces para despertarse. Mientras se seca con un paño se detiene y mira fijamente sus ojos verdes reflejados en un espejo de bronce sobre la mesa. Los años pasan y ciertas arrugas, antes apenas perceptibles, son ahora más pronunciadas. Afortunadamente, acentúan la sonrisa de sus ojos. Para un poeta, el aspecto exterior debería ser secundario, pero para alguien como él, que suele participar en banquetes o en amables conversaciones sobre poesía con mujeres de la alta aristocracia en sus espléndidas casas, es importante tener un aspecto atractivo e incluso un poco seductor. Forma parte del *show business* de la élite de la sociedad romana, por lo que, salvando las distancias, las mismas reglas que lo rigen hoy día se aplicaban ya en la antigüedad. También porque, como ya se ha dicho, un poeta depende económicamente de algún rico que lo quiera para su pequeña corte. En resumen, no hace falta mucho para que se quede sin trabajo.

Listo para salir, Cesio Bajo se acerca a la puerta de la habitación y empuja el pestillo para abrirla, pero no se abre. A decir verdad, ni

siquiera se mueve. Hay que forzarla. Las arrugas del rostro del poeta se multiplican de repente. Con un siniestro sonido metálico, el cerrojo comienza a deslizarse y, por fin, se abre la puerta cediendo por un lado. Está claramente torcida con respecto al marco. Cesio Bajo intenta volverla a su sitio, pero el pestillo ya no está alineado con los ojales en los que debería encajar… Es imposible cerrarla de nuevo.

Sale a la terraza que rodea el patio de la casa. Otro cliente está encerrado en la habitación, dando palmas contra la madera y gritando mientras algunos esclavos intentan forzar la puerta. Algo debe de haber ocurrido esta noche. El poeta pasa de largo y baja unas escaleras.

Nos encontramos en uno de los hoteles *(hospitium)* más lujosos de Pompeya. Puede sorprender que ya existieran hace unos dos mil años, pero en realidad siempre han existido, sobre todo en una sociedad como la romana, que estaba en constante movimiento.

Eran muchos los que los necesitaban, desde mercaderes a marineros, desde libertos que viajaban en nombre de sus amos a romanos que visitaban a sus familiares, desde empleados de la administración imperial en tránsito a artesanos en viaje de negocios. La época romana fue la que realmente introdujo a la humanidad en los primeros viajes a gran escala: Europa, el norte de África y Oriente Medio estaban conectados por casi cien mil kilómetros de carreteras que todavía utilizamos hoy en día (ya sea usando su antiguo trazado o circulando directamente sobre ellas: piense en las calles pavimentadas del centro de algunas ciudades).

Augusto había reorganizado este sistema vial mediante la creación del *cursus publicus,* el eficaz servicio estatal de correos y transporte imperial, que utilizaba una red de caminos destinada al personal del gobierno (por ejemplo, mensajeros a caballo o legionarios), pero que en la práctica estaba abierta a todo el mundo. Este entramado de carreteras, reforzado y mejorado por cada emperador, tenía unas características increíblemente «modernas»: vías como la Vía Apia ya no iban de una aldea a otra como en el pasado, sino que atravesaban el territorio en línea recta, como una autopista. Y, al igual que en los tiempos modernos, había «áreas de servicio» *(stationes)* donde se podía parar para «repostar», es decir, cambiar de caballo y comer el equivalente a un bocadillo sobre la

marcha, como queso *ricotta,* pan, aceitunas y anchoas. Además, con frecuencia podía uno encontrar en estas carreteras algún motel *(mansio)* estratégicamente situado donde poder dormir. Muchas *mansiones* tenían anejos pequeñas termas, salones de banquetes y servicios adicionales (por ejemplo, prostitutas). Por una de estas vías llegó Cesio Bajo a Pompeya hace tiempo: una famosa copia medieval de un mapa romano (una especie de «Google Maps» de la antigüedad, la *Tabula Peutingeriana*) muestra claramente el camino desde Nápoles hacia el sur a lo largo de la costa, tocando Herculano, Oplontis y Pompeya.

Pero volvamos a nuestro poeta. El hotel que Rectina eligió para Cesio Bajo, y que obviamente pagó, es un verdadero hotel de cinco estrellas. No sabemos su nombre, pero sí quién era su propietario: A. Cossio Líbano, un hombre con un agudo sentido de los negocios, pero también con un gusto refinado. Tiene muchas habitaciones, la mayoría de ellas en el piso superior, con un restaurante *(caupona)* anejo. También hay una panadería al lado, que está actualmente en obras debido a los daños causados por el terremoto. Cesio Bajo recorre sus elegantísimos salones. Al lado de la pila de agua de lluvia hay una elegante mesa de mármol con patas de león *(cartibulum)* y como fuente una escultura de bronce que representa a «Hércules y la Cierva de Cerinea». Un poco más adelante el poeta atraviesa un jardín interior con una espléndida pérgola y otras estatuas de bronce. En una de las paredes hay un fresco que representa el mito de Acteón atacado por los perros de Diana.

El dueño del hotel está hablando con otro cliente. Parece que A. Cossio Líbano es un liberto de origen judío, y dado que tiene *tria nomina,* con toda probabilidad lleva residiendo en Pompeya mucho tiempo, no ha llegado recientemente tras la reconquista de Judea por Vespasiano.

Según muchos estudiosos, parece que Pompeya albergaba un buen número de ciudadanos judíos, cuando no una comunidad, como parece indicar el reciente descubrimiento de dos ánforas de *garum* «kosher». Se trataría, en efecto, de un *garum* que contiene partes de animales marinos con aletas y escamas (excluyendo, por tanto, los moluscos y crustáceos, prohibidos por la ley judía), siguiendo las técnicas y la elaboración exigidas por las normas

religiosas. De hecho, las ánforas llevan la inscripción *garum cast,* una abreviatura de *garum castimoniale,* que el propio Plinio el Viejo describe como una preparación conforme a la ley judía.

La presencia de judíos en Pompeya y Herculano es objeto de debate entre los investigadores. De hecho, las principales pistas provienen del ámbito de los nombres: María (en una lista de tejedores), Marta o David (en una pintada en Herculano). Esto indica que había personas que tenían nombres de origen semítico, pero no necesariamente que fueran judíos. En un bar de Pompeya se encontraron cuatro ánforas con un término grabado que hacía referencia a Judea. Pero como señala la estudiosa inglesa Alison Cooley, que ha examinado con gran detalle la vida cotidiana en Pompeya, esto solo indica que los vinos eran importados de la zona. La inscripción a carboncillo «Sodoma y Gomorra» encontrada en la pared de un triclinio fue dejada por alguien que, desde luego, conocía el Antiguo Testamento. Sin embargo, esto no demuestra que se trate de un judío que viviera en Pompeya. Por el contrario, el hecho de que la inscripción se encuentre a casi dos metros del suelo hace pensar que fue realizada por alguien que pisaba sobre los sedimentos volcánicos después de la erupción, subrayando que el fin de Pompeya fue una consecuencia de una intervención divina, al igual que en Sodoma y Gomorra.

En conclusión, es muy probable que hubiera personas de la fe judía a lo largo de la costa del Vesubio, y la lógica también lo sugiere, sobre todo teniendo en cuenta la reciente conquista de Judea y, en general, la facilidad de movimiento en el Imperio Romano. No se puede establecer con certeza cuán numerosos eran ni si formaban una comunidad sólida. A excepción de la de Ostia Antica, no se ha identificado ninguna otra sinagoga. Pero el descubrimiento de varias ánforas de *garum* «kosher» indica que la presencia judía no debía de ser tan pequeña y que, efectivamente, había despertado el interés de los productores de esta salsa.

Cesio Bajo sale del hotel. Desde la calle todavía escucha los gritos impacientes del huésped atrapado en la habitación y sonríe. Este hotel está situado cerca de la Puerta de Herculano, lo que no es casualidad: es la puerta de entrada de muchos viajeros, al igual que en los tiempos modernos se encuentran muchos hoteles junto a las estaciones o cerca de un aeropuerto.

A medida que avanza, el poeta pasa por delante de otro «gran hotel» de Pompeya, lujoso y discreto, formado por la unión de tres casas, que tiene incluso un establo, pero que también, suponemos, tiene carros de alquiler y un servicio de cambio de caballos. Con seguridad debía de haber hermosas esculturas de bronce en el interior. Sabemos, de hecho, que el hermano del propietario trabajaba el bronce. El propietario se llama Gabinio, y parece tener un gran olfato empresarial, porque el lema del hotel, escrito en el pasillo, es un auténtico eslogan publicitario: «¡Vendrás al Gabinianum y te quedarás!». *(Venies in Gabinianum pro mansu)*.

Un encuentro… poético.

Cesio Bajo se encuentra ahora frente a la puerta de una gran *domus*. Siente curiosidad por entrar: ha oído hablar de esa casa como de una de las más espectaculares y panorámicas de toda Pompeya. Eso es lo que se dice de la Casa del Brazalete de Oro, cuya vista sobre la ciudad es el equivalente en la Roma antigua al exclusivo ático de un rascacielos.

¿Pero dónde estamos? Pues en el punto más alto y panorámico de Pompeya. Se trata de villas construidas sobre las murallas de la ciudad, que no cumplen ninguna función defensiva desde hace más de siglo y medio. Es fácil imaginar los comentarios de los habitantes cuando se iniciaron las obras: la construcción de estas espléndidas casas se vio como un abuso inmobiliario, ya que una estructura antigua, llena de historia y, sobre todo, pública, como son las poderosas murallas de defensa de la ciudad, se destruyó para hacer sitio a las casas privadas de algunos poderosos. La razón de esta especulación es sencilla: la vista desde aquí es extraordinaria. Al mismo tiempo, su «cimentación» fue también el precio a pagar por la derrota que la ciudad había sufrido al atreverse a desafiar a Roma. Es un hecho que Sila había aplastado la resistencia de Pompeya y que, en el año 80 a. C., había decidido que dos mil nuevos colonos romanos se establecieran allí. Los antiguos legionarios habían hecho lo que habían querido: expropiaciones, abusos, «acoso legal», dando una nueva cara al centro.

En las décadas siguientes, y por tanto también bajo Augusto,

muchas cosas habían cambiado, y estas viviendas son fruto de la nueva época de Pompeya: son verdaderas villas que cubren las murallas casi como si fueran una alfombra y descienden fuera de la ciudad con una serie de tres o cuatro terrazas inclinadas hacia el mar y hacia las puestas de sol. Es la parte de la ciudad situada detrás y por encima de las murallas que los arqueólogos llaman ahora Insula Occidentalis. En comparación con todas las *domus* que hemos visto, aquí nos encontramos en un nivel superior, de hecho en la cumbre absoluta: en estas viviendas los pompeyanos concentraron el máximo de elegancia, riqueza y espectacularidad. Desgraciadamente, hoy en día se conserva muy poco, porque fue quizás la parte más saqueada de la ciudad después de la erupción, mal excavada en los siglos pasados y finalmente abandonada por mucho tiempo. Algo así como el Coliseo: lo que se ve hoy no es más que el esqueleto (con algunas partes intactas) de un verdadero oasis de lujo y esplendor. Pero los restos de estas viviendas siguen dando una idea de lo que los romanos querían decir con la expresión «villas de ensueño»…

Cesio Bajo recorre la casa embriagado por la belleza y el lujo. Le gustaría detenerse a admirar cada fresco mitológico, cada escultura de bronce. El techo está pintado con artesonado, el suelo tiene mosaicos geométricos en blanco y negro. Y luego hay preciosas telas de seda en las camas, cojines bordados con hilos de oro, venus de mármol pintadas en oro, mesas de maderas orientales iridiscentes cuyo grano cambia de color como el arco iris al pasar. El poeta nunca había visto tanto lujo y refinamiento, pero lo que más lo sorprende es la estructura de la casa. No está distribuida en una o dos plantas, como hemos visto hasta ahora, sino en varios niveles, con escaleras, fuentes y miradores. Parece una villa hollywoodiense… ¿o tal vez deberíamos decir que es Hollywood la que se inspira en la antigua Pompeya?

La aristócrata dueña de la casa espera al poeta en la terraza principal. Lo invita a unirse a ella. El esclavo que lo ha acompañado hasta ahora inclina la cabeza, da dos pasos hacia atrás y se retira en silencio. Cesio Bajo está solo, frente a él está la luz cegadora que viene de la terraza y no puede ver a la mujer. Cruza con cierto temor la última gran abertura. A cada paso que da, el paisaje parece ampliarse. De las habitaciones cerradas y opulentas de la casa pasa

al mundo infinito que rodea a Pompeya. De repente, aparece la línea azul del mar, con la península de Sorrento al sur y Capri, y luego, al norte, Isquia, Posillipo… Asomado a la terraza, Cesio Bajo ve otros dos niveles inferiores en la villa. En el del medio hay dos niños jugando vigilados por una «tata»: el niño corre arrastrando un caballo de terracota con ruedas de veinte centímetros de altura, un «cochecito de juguete» de la época. La niña, por su parte, juega con dos muñecas de marfil, equipadas con ropa intercambiable y articuladas, como las modernas Barbies.

El nivel inferior es un jardín. Cesio Bajo vislumbra un espléndido ninfeo recubierto de brillantes mosaicos de pasta de vidrio, una piscina y un triclinio rodeado de vegetación. La vegetación continúa idealmente en una pared donde hay pintado un jardín lleno de árboles y pájaros en vuelo.

La aristócrata percibe su asombro y le pregunta con voz suave si puede apartarse porque le está tapando la vista. El poeta se da la vuelta avergonzado y se da cuenta de que la mujer está justo a su lado, por eso no la había visto. Está sentada en un taburete plegable con un gran cojín y está pintando un lienzo con un cuenco de cristal apoyado en el alféizar con granadas e higos. El magnífico panorama del mar y el cielo azul son el fondo de su cuadro. Cesio Bajo se disculpa y, tras las primeras galanterías entre un poeta y una de las mujeres más ricas de Pompeya, comienza una serena conversación.

Uno percibe que hay química entre ellos. Ella es una mujer de mediana edad, alta, morena, con el pelo recogido en una coleta. Lleva una faja dorada alrededor de la cabeza. Su cuerpo, envuelto en una túnica amarilla y una estola púrpura con preciosos bordados, resulta esbelto, sin que sus embarazos hayan hecho mella en él. Pero, sobre todo, la túnica transparente deja entrever sus formas juveniles, una pequeña coquetería de una mujer todavía muy bella.

Sus ojos azules parecen buscar constantemente los verdes de Cesio Bajo. El poeta, hábilmente, habla de poesía, de arte y de sentimientos, tocando las cuerdas más sensibles de esta mujer refinada e inteligente. Quién sabe, tal vez pueda nacer algo entre ambos, al fin y al cabo son personas cultas en un mundo donde la ignorancia está muy extendida. Nunca lo sabremos, pero seguro que se gustaron desde el primer momento.

En su brazo, la aristócrata lleva un hermoso brazalete de oro. Y es esta joya la que da nombre a la casa, cuando reaparece durante las excavaciones en un pasillo de la villa: la Casa del Brazalete de Oro…

Un pintora romana.

¿Cómo se pintaba en la época romana? Ya hace dos mil años se pintaban cuadros, como en cualquier otra época. Desgraciadamente, el lienzo y la madera de los marcos, al ser extremadamente delicados, no se han conservado, salvo en casos muy raros como, por ejemplo, el *«passepartout»* (esa tira de material que une el cuadro propiamente dicho con el marco) de la época romana encontrado en Egipto y preservado del clima seco, que ahora se expone en el British Museum. Los temas eran de lo más variados: estatuas, bodegones, paisajes y retratos. Se han hecho famosísimos los retratos que cubrían los rostros de unas seiscientas momias romanas encontradas en la región egipcia de Fayyum. Se trata de retratos del difunto realizados en vida, que presumiblemente colgaban en su casa y que luego se colocaban sobre su momia como una máscara. Los rostros están representados con tanto realismo que parecen fotografías o pinturas del siglo XIX. Por otra parte, los artistas eran tan buenos entonces como ahora.

La aristócrata del brazalete de oro está pintando un cuadro colocado dentro de un marco muy sencillo de madera encastrada en forma de cruz en cada esquina. Escucha a Cesio Bajo sin apartar la vista del cuadro. Con la mano izquierda sostiene una pequeña paleta en el aire, con la derecha sumerge de vez en cuando el pincel en una elegante caja de madera con tapa. En su interior están los pigmentos.

¿Qué colores se utilizaban en la época romana? Según Plinio el Viejo, eran de origen vegetal, animal y mineral. Dependiendo del coste y la rareza de los pigmentos, los colores más fáciles de encontrar se calificaban de «planos», y los más raros o vivos de «floridos». Un ejemplo es la púrpura, que se obtenía de los moluscos del género Murex *(Murex brandaris)* mediante un proceso complejo y costoso. El negro se obtenía quemando marfil, pero para

los que no podían permitírselo, bastaba con hueso, resina o corteza de pino. El amarillo se fabricaba con trozos o polvo de ocre, mientras que el rojo podía obtenerse de muchas maneras, bien mediante la cocción del ocre amarillo (hablaremos de ello más adelante, descubriendo cómo el calor de la erupción pudo alterar algunos colores de los frescos), bien a partir de hematita o cinabrio (sulfuro de mercurio). Este último era muy caro, y se utilizó con profusión en la Casa de los Vettii o en la famosa Villa de los Papiros, pero a nuestra aristócrata no le gusta porque, aunque está vivo y es hermoso de ver, con el tiempo y la luz del sol tiende a ennegrecerse, alterando las tonalidades. El verde, en cambio, no tenía este problema. Se obtenía de rocas que contienen celadonita o glauconita, a no ser que uno se pudiera permitir una malaquita pulverizada. Por último estaba el azul, que era el color más caro, especialmente el derivado de la pulverización de azurita o lapislázuli de Afganistán. Más barato era el «azul egipcio», que ya se utilizaba para decorar las tumbas de los faraones y los templos egipcios, fabricado «en el laboratorio», es decir, mediante varias síntesis, con diversos ingredientes como la malaquita, el natrón, etc.

Pero volvamos con nuestro poeta y nuestra pintora. Cesio Bajo y la aristócrata de la Casa del Brazalete de Oro están ahora en el jardín, paseando y hablando de poesía. El cuadro ha quedado en la terraza, sobre el caballete. Nunca será acabado… Se oyen voces. El vecino, Fabio Rufo, de la importante familia Fabia, sale de su villa para llegar al embarcadero junto al mar, no lejos de las murallas de la ciudad, y subir a un barco, una especie de yate privado. Su residencia es, si cabe, aún más hermosa. Tiene cuatro plantas, con un gran jardín en la base que se detiene a los pies de las antiguas murallas de Pompeya. Encima hay una terraza-jardín (podríamos llamarla jardín colgante) a la que da un extraordinario y enorme salón para fiestas y banquetes: tiene una pared «redondeada», es decir, un ábside, con dos filas de grandes ventanales para que el señor y sus invitados, tumbados en triclinios, puedan admirar el mar más allá de las plantas del jardín mientras charlan y comen. El resto de la casa se despliega en torno a esta gran sala, con numerosas habitaciones, muchas de las cuales tienen ventanas y arcos con vistas al mar. Por último, en la parte superior, a modo de techo, hay un gran porche para pasear y disfrutar de las vistas.

Nos damos cuenta de que en esta casa la naturaleza ya no está encerrada dentro ni «aprisionada» en pequeños jardines interiores, sino que ha revolucionado la antigua y rígida disposición de las habitaciones que siempre habíamos encontrado hasta ahora. La villa se abre y obedece a sus leyes y a sus extraordinarias vistas, disponiéndose en varios niveles para dejarlas «entrar» en la casa.

Es curioso el destino de Fabio Rufo, o más bien el de uno de sus esclavos que se quedó vigilando la villa durante la erupción. Será abrasado por las nubes piroclásticas mientras sube las escaleras del interior de la casa, intentando escapar de la muerte. Su cuerpo será hallado tirado en la escalinata por los arqueólogos, que harán un calco con él, «congelando» de forma impresionante su desesperada huida.

Visita al médico.

Mientras Cesio Bajo y la aristócrata pasean por el jardín de la Casa del Brazalete de Oro, a unos cientos de metros Rectina se baja del pequeño carro, ayudada por su esclava de confianza y seguida por su sierva de compañía. El caballo jadea: el último tramo lo ha hecho a buen paso. Ahora un mozo de cuadra lo coge por el arnés y lo lleva a un refugio. Se trata de uno de los muchos «establos de servicio» que se encuentran en las afueras de las ciudades romanas: cualquier viajero que llega a la ciudad puede «aparcar» su caballo o carro a la espera de recogerlo unas horas o días después. Es el equivalente a los aparcamientos disuasorios de las ciudades modernas (llamados *Park and Ride* en el extranjero), donde se puede aparcar el coche y continuar en metro u otro transporte público. También en Pompeya se han encontrado establos de servicio a las afueras de la Puerta de Nocera, junto a las antiguas murallas. En lugar del metro hay literas preparadas para los viajeros que pueden permitírselo, auténticas limusinas; o bien, lo que es más habitual, la gente continúa a pie.

Rectina se pone la *palla* por la cabeza y tirando de un borde se cubre parte de la cara. Mira la ciudad y luego comienza a caminar, acompañada de la sierva. La precede su esclavo de confianza, que «abre camino» a través de la gente que pasa.

Enseguida llegan a lo alto de una ladera bordeada de tumbas monumentales: curiosamente, pequeñas columnas emergen a intervalos regulares junto a las aceras. Sirven para facilitar la subida a caballo (a manera de taburetes), ya que los romanos no conocían aún los estribos. Estas columnitas, todavía visibles en época moderna, muestran que las puertas eran lugares de llegada y de salida, con un tráfico muy intenso de caballos, carros y viajeros.

Rectina y su sierva no tardan en llegar a la Puerta de Herculano *(Porta Salii),* que se asemeja a un enorme arco de triunfo, y pasan bajo sus arcadas de mármol blanco. El edificio está coronado por grandes estatuas de bronce, en cuyas cabezas se posan los pájaros para calentarse al sol del otoño. Rectina atraviesa las imponentes puertas de madera con tachuelas de bronce, abiertas de par en par. Nadie las ha cerrado desde tiempos inmemoriales. Allí siguen, abiertas contra las paredes, maltratadas por el tiempo. Un monumento a la paz que ha reinado en esta parte del imperio desde hace más de un siglo y medio…

¿Por qué está Rectina en Pompeya? ¿No habría sido más sencillo ir a Herculano, a tiro de piedra de su villa? El motivo es que anda de paso por Pompeya una verdadera luminaria de la medicina, uno de los médicos del *staff* imperial, que se marcha mañana por la mañana. Una oportunidad que no hay que desaprovechar, pero que no es tan rara: el médico personal de Tito ya estuvo en esta zona tratando a mucha gente, como atestigua una irreverente pintada en la pared de la letrina de la Casa de la Gema, en Herculano, en la que se lee: «Apollinaris, médico personal del emperador Tito, cagó aquí muy a gusto» *(Apollinaris medicus Titi imperatoris hic cacavit bene)*.

En circunstancias normales, dado el estatus social de Rectina, debería ser el médico quien acudiera a su suntuosa villa. Los ricos reciben visitas a domicilio, no se mezclan con la plebe en las consultas médicas. Pero en este caso Rectina ha actuado impulsivamente, ha aprovechado que pasaba por Pompeya uno de los mejores de su campo y quiere una consulta lo antes posible. ¿Por qué es tan impaciente? Sencillamente, quiere un hijo. Ya no es una muchacha, por supuesto, pero sigue siendo joven y fértil, y quiere tener un bebé antes de que sea demasiado tarde. Sin duda, su médico podrá darle su opinión y, si es necesario, ayudarla a

encontrar la mejor manera de aumentar sus posibilidades de quedar embarazada.

El deseo de Rectina va un poco a contracorriente en una época en la que el parto es una ruleta rusa para las mujeres. Durante más de un siglo, las mujeres de la alta sociedad han tendido a evitar los embarazos: en primer lugar, por los peligros de los defectos congénitos, y en segundo lugar, por los efectos que los nacimientos y los niños tienen en sus vidas cotidianas y en el aspecto de sus cuerpos. Incluso Augusto, ante el descenso de la natalidad y de los matrimonios dentro la sociedad que importa, introdujo (sin éxito) leyes contra el adulterio y a favor de las familias numerosas, proporcionando desgravaciones fiscales a quienes tuvieran tres hijos o más. Esta segunda parte del siglo I d. C. es una época extrañamente parecida a la actual, en la que el matrimonio parece haber entrado en crisis. Con una diferencia: en la época romana la gente casi nunca se casaba por amor, sino por conveniencia entre familias. Eran matrimonios «concertados», igual que hoy dos empresas se fusionan para obtener una mejor cotización en bolsa y una mayor liquidez y solidez en el mercado. A menudo, un noble venido a menos se unía a la hija de un empresario en alza, de un antiguo esclavo. El primero recibía una importante inyección de dinero fresco, el segundo, un blasón que le hacía salir de la oscuridad heráldica y social. Pero más allá de esta lógica «técnica» de los matrimonios, los hombres y mujeres romanos de la alta sociedad, en lugar de casarse y tener hijos, preferían el placer de las uniones temporales, coleccionando relaciones clandestinas en lo que muchos estudiosos han definido como una verdadera «cuadrilla del amor».

Pero volvamos a nuestra Rectina, que ayer envió un mensaje al médico anunciando su llegada. No tendrá que aguardar su turno entre la gente que espera. El esclavo, adelantándose, ha llamado y arreglado la llegada de su matrona. Discretamente, la hacen pasar a la casa del médico por una entrada secundaria. Nos encontramos en lo que las guías actuales denominan la Casa del Cirujano, porque se han encontrado decenas de instrumentos pertenecientes a la profesión médica, unos cuarenta de ellos, dentro de pequeños estuches metálicos. Se trata sin duda de una de las viviendas más antiguas de Pompeya, y alrededor de la clásica pila para la recogida

de agua de lluvia hay varias habitaciones, antaño utilizadas en el día a día por sus propietarios, pero que en el momento de la erupción, suponemos, se utilizaban para exámenes médicos: una especie de pequeño ambulatorio.

Es un hecho que en las ciudades romanas no había verdaderos hospitales (salvo en casos especiales, como las ciudades militares, por ejemplo, Xanten, en la actual Renania del Norte-Westfalia, en Alemania). Son los médicos los que acuden a tratar a los enfermos a domicilio, tal como vemos en las películas del oeste o en muchas novelas del siglo XIX. Sin embargo, algunos descubrimientos realizados por los arqueólogos, como en la Rímini romana, indican que a veces las casas podían transformarse en consultorios, auténticos hospitales de día, donde los pacientes eran atendidos por uno o varios médicos en diferentes salas. En Rímini se ha llegado a sugerir que había una sala junto a la consulta del médico para los cuidados postoperatorios. No sabemos cómo era la situación en Pompeya el día antes de la erupción, pero es probable que para una ciudad de unos diez o doce mil habitantes hubiera varios consultorios que también sirvieran de hospitales de día, como parece serlo la Casa del Cirujano.

Rectina es recibida personalmente por el médico imperial. Es un hombre de pelo blanco con un fuerte acento griego. De hecho, los médicos son todos de origen griego. La tradición lo exige, porque Grecia siempre ha sido un referente del conocimiento médico (Éfeso, en aquella época, equivalía a un gran centro médico-universitario americano actual), y quizá también porque ningún romano de la época arcaica habría pagado por salvar la vida de otro romano. Todo *pater familias* debía conocer más de un remedio para las enfermedades comunes y preparar él mismo las medicinas para que los miembros de su familia dispusieran de ellas en casa. Eso exigía la antigua tradición. Pero los tiempos han cambiado. Con la llegada de la «globalización» romana al Mediterráneo y el desplazamiento de los médicos griegos, todo se ha alterado. La gente recurre a los profesionales.

Y así lo ha hecho Rectina… El médico que la va a examinar es un invitado de su colega de Pompeya y se está preparando para empezar el examen. Una vez que le ha explicado su problema, Rectina se tumba en una cama y, tras lavarse las manos, el médico

coge un extraño instrumento de tornillo en forma de «L», que se asemeja a un grillo por su forma y a un gran sacacorchos por su tamaño. Es un espéculo vaginal. Al girar una manivela se abren cuatro válvulas, como cuatro dedos unidos que se alejan entre sí. Se trata de un instrumento sorprendentemente moderno, muy similar a los que siguen utilizando los ginecólogos en la actualidad, y fruto de un trabajo muy preciso basado en una estrecha colaboración entre médico y artesano.

Durante el examen, Rectina mira hacia otro lado. Sobre la mesa ve varios instrumentos, entre ellos bisturíes con hojas extraíbles, como nuestras antiguas cuchillas de afeitar, alicates para extraer dientes, pinzas con válvulas de garra para extraer amígdalas, hierros para cauterizar heridas o sierras para amputaciones. Todo ello forma parte del «arsenal» habitual de los médicos de hace dos mil años, acostumbrados a todo tipo de operaciones, incluso las más sangrientas, porque a menudo operaban (en todos los sentidos de la palabra) en los campamentos militares, antes de pasarse a la práctica privada y obtener considerables beneficios.

Junto a los instrumentos quirúrgicos también se exponen medicamentos: frascos con ungüentos terapéuticos, tarros de terracota con cremas calmantes, elegantes cajas de metal decoradas que contienen pastillas curativas elaboradas con esencias naturales. El silfio, en particular, es un pariente del hinojo silvestre y la base de muchos remedios utilizados por los médicos romanos. Se le atribuyen propiedades curativas en muchos ámbitos: es una especie de «panacea» de la antigüedad. Desgraciadamente, la explotación intensiva y exagerada de esta planta ha llevado a su total extinción en Cirenaica, la región donde crecía en abundancia, y para la que resultó un producto tan valioso que su imagen fue acuñada en sus monedas. Hoy desconocemos sus propiedades, pero sabemos que en la antigüedad se utilizaba, por ejemplo, para elaborar «colirios sólidos» que se disolvían en agua para crear una emplasto curativo.

Pero en la mesa de una luminaria de la medicina romana no solo hay medicamentos. Junto a los instrumentos quirúrgicos envueltos en paños enrollados, más allá de una estatua de Esculapio, hay también un par de deidades (Mercurio e Higía). También hay una extraña mano de bronce, rica en símbolos y vinculada al culto oriental de Júpiter Doliqueno, y un jarrón de cerámica con forma de

pie, del que se pueden verter líquidos calientes o fríos, según la terapia indicada. Teniendo en cuenta los limitados conocimientos médicos de que disponemos hoy en día, podemos afirmar que el ingrediente «divino» y propiciatorio desempeñaba un papel nada desdeñable en las curaciones de la época.

Mientras tanto, fuera de la Casa del Cirujano otros pacientes esperan, muchos de ellos sentados en el borde de la alta acera, en lo que se conoce como Vía Consular. ¿Quiénes son? Curiosamente, hay alguien que quiere justo lo contrario de lo que ha pedido Rectina. Se llama Smyrina y viene de la costa turca. Es una chica procaz, de pelo rizado negro, con curvas sinuosas, de carácter inquieto y respuestas rápidas, directas y casi siempre cortantes. Hoy la diríamos de ella que es una mujer del pueblo, alguien que se siente a gusto en los callejones del barrio. No quiere tener hijos en absoluto, pero su trabajo la lleva a tener relaciones frecuentes, incluso varias veces al día, con diferentes hombres. No es una prostituta, sino una camarera en uno de los «bares» de una de las calles más concurridas de Pompeya: la Vía de la Abundancia. En esta época, cualquier mujer que trabaje en un lugar público puede ser requerida para un servicio sexual. Es algo normal. Forma parte de los servicios ofrecidos. Pero ¿qué puede pedir una mujer romana como anticonceptivo? Los romanos conocían muchas formas de evitar el embarazo, pero hablaremos de ellas más adelante. Por el momento podemos decir que había píldoras del día antes y del día después…

Entre los pacientes que esperan frente a la Casa del Cirujano, una chica espera sentada en un taburete. No tiene más de quince años y está embarazada. Representa otra cara del mundo femenino. En esta época, las niñas se casan muy jóvenes, a partir de los doce años. Esa es la edad mínima legal. Y con la misma rapidez se convierten en madres. Aunque muchos médicos, entre ellos Galeno, sugerían esperar hasta los catorce años, los casos de madres-niñas son muy frecuentes, en parte porque sus cónyuges son mucho mayores que ellas, de treinta y cuarenta años, y las consideran solo esposas «técnicas», a las que se han unido mediante matrimonios concertados. A veces, las niñas van a vivir a la casa de su futuro marido incluso más jóvenes, con siete u ocho años, como prometidas, con la «promesa contractual» de consumar el

matrimonio solo después de la boda. Pero a menudo este acuerdo no se respeta, como demuestran algunos documentos judiciales descubiertos por los investigadores.

La chica es tratada con deferencia porque es la hija de una persona importante en Pompeya. Un personaje poderoso, pero también muy criticado por sus intrigas y su forma de hacer negocios. Su nombre es conocido por todos: Cayo Julio Polibio, el «hombre que mueve los hilos» que ya conocimos en el banquete en la casa de Rectina. Volveremos a encontrarnos con él a lo largo de este día en Pompeya y nos haremos una mejor idea de quién es. Sin embargo, hay una cosa en la que todos están de acuerdo: se está convirtiendo en uno de los gobernantes de Pompeya. Por su forma de actuar, hoy muchos lo definirían como un «tiburón». Llama la atención la timidez de esta chica, en fuerte contraste con el carácter del padre.

Está claro que estas tres mujeres están aquí por el gran talento «de paso», famoso por sus conocimientos de ginecología. Pero en la *domus* también está el médico-cirujano «de la casa», que hoy recibirá a sus clientes como de costumbre.

Unos ruidos procedentes del interior hacen saltar a los pacientes que están sentados en la acera. La puerta se mantiene cerrada gracias a un gran cerrojo y a una larga tranca que la apuntala por un extremo y que con el otro se introduce en un hueco del suelo. Si uno se fija al entrar en una *domus* de Pompeya, con frecuencia, a un par de metros de la entrada en el suelo, se puede ver un agujero rectangular con bordes elevados: su propósito era alojar la tranca que mantenía la puerta cerrada.

Las dos puertas de la entrada se abren de par en par y los pacientes de la fila entran en silencio. Algunos cojean, otros tienen vendas y son ayudados por un familiar. Se sientan ordenadamente en bancos de madera, dan sus nombres a un esclavo-secretario, que los anota en una tablilla de cera, y esperan su turno, como en una moderna sala de espera de cualquier consultorio médico.

¿Quiénes son estos pacientes? ¿Es posible averiguar algo sobre la salud de los pompeyanos y sobre sus «dolencias»? Desgraciadamente, no hay informes escritos ni historiales médicos. Pero tenemos un gran número de esqueletos que nos han proporcionado muchas pistas sobre las condiciones físicas de la

época.

En algunos esqueletos examinados por dos investigadores, Maciej y Renata Henneberg, aparecen diversas patologías y traumas, a menudo vinculados a una vida mucho más activa que la nuestra. Se han encontrado fracturas que casi siempre fueron bien «soldadas» por los médicos de Pompeya (realineando las extremidades). Es una época en la que se camina mucho más que hoy y no hay máquinas que alivien la fatiga y la repetitividad de las acciones en casa y en el trabajo: cargar pesos y utilizar constantemente herramientas puede provocar un desgaste muy rápido de las articulaciones de las piernas y los brazos, y comprometer la integridad de la espalda. Así que los pompeyanos, como todos los habitantes de las ciudades antiguas, padecen deformaciones artríticas que afectan a rodillas, tobillos, caderas, manos, muñecas, codos, hombros y vértebras.

Las inflamaciones son otro problema. A menudo se observa que bajo la superficie de los huesos se ha formado material óseo (hueso subperióstico) como reacción a la inflamación. En muchos cráneos han aparecido lesiones óseas que ahora llamamos osteomas.

Si bien los habitantes de las laderas del Vesubio parecen beneficiarse de una protección natural de los dientes gracias a la alta concentración de flúor en el agua que beben, la caries sigue atormentando a algunas personas y las raíces a veces se ven afectadas por abscesos profundos.

Según se desprende de los restos óseos encontrados por los arqueólogos, queda claro que los médicos de Pompeya se enfrentaban a veces a patologías poco comunes, como la fusión precoz de ciertas suturas del cráneo, que alteraban su crecimiento deformándolo y obligando al cerebro a desarrollarse de forma anormal. O a un engrosamiento progresivo de los huesos del esqueleto (enfermedad de Paget, que los hace más grandes pero también más frágiles). También es curiosa y rara la falta de simetría de los músculos del cuello, que habría dado lugar a una especie de «tortícolis». Se trata, no obstante, de eventos esporádicos. Por el contrario, el caso de la espina bífida, es decir, el cierre incorrecto del tubo neural y de las vértebras que lo contienen, es harina de otro costal, ya que está presente en el once por ciento de los restos examinados por los dos arqueólogos. Los afectados sufrían dolores

en la zona lumbar.

En la Casa del Cirujano poca gente se da cuenta del paso silencioso de un hombre y dos mujeres por un pasillo lateral. Salen por la puerta trasera, no muy lejos de un pequeño jardín interior, utilizado como pequeño huerto dentro de las murallas, un recuerdo del arcaico *heredium,* la parcela que alimentaba a la familia. Desaparecen rápidamente. Son Rectina, su esclavo y la sierva acompañante. Rectina se siente muy aliviada. Según el médico, todavía es «joven» y tiene muchas posibilidades de procrear. Es solo una cuestión de seguir intentándolo, de tiempo y de oportunidad. Pronto, los tres llegan a la carreta y retoman el camino a casa. La aristócrata sabe ahora que solo le queda una cosa por hacer: buscar el favor de los dioses llevando un voto a un pequeño santuario de la fertilidad, no muy lejos de su villa.

Una ciudad con «sabor» a Oriente Medio.

Retomamos nuestro paseo por las calles de Pompeya. ¿Qué se siente al caminar por esta ciudad? Según el profesor Antonio De Simone, que ha dirigido y coordinado una enorme cantidad de excavaciones e investigaciones en Pompeya y la zona del Vesubio, adquiriendo un profundísimo (y envidiable) conocimiento directo de la ciudad, las casas y las costumbres de los pompeyanos —en mi opinión es la mayor autoridad en este campo—, la sensación que tendríamos es la de encontrarnos en una ciudad que recuerda a las de Oriente Medio. Al contrario de lo que se ve en las reconstrucciones, Pompeya no parecía desde arriba una extensión de tejas. Había muchas terrazas, muchos edificios tenían la parte superior plana, al igual que muchos pueblos de la costa de Campania hoy en día. Incluso ustedes mismos, cuando paseando por las ruinas de Pompeya vean sobre un muro una «bajante» escondida en los ladrillos, esto es, un tubo de desagüe de terracota formado por muchos cilindros encajados uno dentro de otro como una pila de vasos, podrán imaginarse que allí arriba había una terraza. En efecto, la tubería recogía el agua de lluvia y la descargaba en la calle o en una cisterna. En estas terrazas habríamos visto mujeres tendiendo la ropa, frutas o alimentos secándose, cabañas de madera, ánforas alineadas…

Incluso simplemente caminando por las calles se tiene la sensación de estar en una ciudad con rasgos orientales, norteafricanos o indios, según el caso, por muchos pequeños detalles. Es el caso de la calle que estamos tomando ahora… La gente pasa a nuestro lado cubierta de túnicas y velos, vemos muchas tiendas en fila. No tienen escaparates, su mercancía está apilada en la puerta o colgada del travesaño.

De repente oímos ruidos, como de tablas de madera que se mueven: es un propietario que acaba de abrir su tienda. En la antigüedad no se utilizaban cierres, como en la actualidad, sino tablones colocados verticalmente uno al lado del otro y unidos por un perno muy largo (en muchos países del norte de África sigue siendo así, por ejemplo en Egipto). A veces, el comerciante mueve solo el último de estos tablones a modo de puerta (sumamente estrecha).

Nos estamos acercando a una de estas puertas entreabiertas. El interior está aún oscuro, iluminado tan solo por el débil resplandor de una linterna, pero poco a poco nos llega un fuerte olor a especias procedente de la tienda. Aunque no podemos ver nada, enseguida nos damos cuenta de que se trata de un vendedor de especias.

Seguimos adelante, agachando la cabeza para no chocar con los toldos. Un poco más allá, un zapatero ya ha empezado a trabajar, golpeando repetidamente con su martillo una sandalia que hay que remendar. Al final de la calle, un mendigo apoyado en la esquina nos pide la voluntad. Al pasar esta intersección nos reciben montones de telas expuestas, mientras un comerciante con una prominente barriga conversa con un amigo en medio de la calle al tiempo que toma una bebida caliente.

¿Cómo podemos, dos mil años después, saber todo esto? Por desgracia, lo que se ve en Pompeya son los restos de una ciudad destruida por una erupción, sin embargo, es una ciudad que vuelve a cobrar vida inmediatamente ante tus ojos cuando la visitas: basta con utilizar algunos trucos y un poco de imaginación…

Hemos visto cómo la mera presencia de restos de bajantes sugiere que había terrazas sobre nuestras cabezas. Ahora mire la acera. Casi siempre los bloques que componen su borde están un poco «acanalados», en el sentido de que muestran un largo surco. La primera explicación que se nos ocurre es que se trata del desgaste

producido por avalanchas de turistas que caminan por la acera; en cambio, es consecuencia del goteo de tejados y marquesinas durante los días de lluvia en la época romana. Desgraciadamente, los tejados ya no existen, y en Pompeya solo se puede ver la planta baja y los restos del primer piso. Pero su imaginación puede ir más allá. Mire hacia arriba y verá la inclinación del tejado, o un gran toldo que protege a los transeúntes. De repente, la calle cobra vida. Todo el primer piso que faltaba tomará forma, con ventanas y algunos balcones o habitaciones sobresalientes.

Imagine ropa tendida a secar y algún que otro jarrón con flores; a los romanos les gustaba tanto como a nosotros tener flores en casa o plantas en los alféizares. Los arañazos en los umbrales son marcas de puertas que ya no existen. Siga imaginando en este viaje entre el ayer y el hoy; entre nuestro relato de los tiempos antiguos y lo que queda en los tiempos modernos. En el suelo, el umbral de las tiendas está formado con mucha frecuencia por una losa de mármol, también con una ranura larga y profunda: por ahí se deslizaba la fila de tablas que cerraba las tiendas. De repente, parece que las estamos viendo de nuevo.

Justo delante, el borde de la acera tiene a menudo un agujero que atraviesa de lado a lado. Puedes meter el dedo y ver cómo sale. ¿Para qué se utilizaba? Para atar los caballos o las cuerdas que sostenían los toldos de las tiendas. Una técnica similar se sigue empleando hoy en día en la India: frente a la entrada de las tiendas se construye un toldo mediante una sábana suspendida sobre las cabezas de los transeúntes por una estructura formada por un poste horizontal y dos oblicuos, y tensada por dos cuerdas atadas a la acera.

Pompeya también puede renacer de otra manera ante sus ojos. ¿Han visto esas grandes rocas cuadradas alineadas en medio de la calle? Son «pasos de cebra» para cruzarla. La pregunta que surge en este punto es: ¿para qué se hicieron? ¿No habría sido más fácil construir aceras más bajas y evitar esos bloques? La respuesta llega con los días de mal tiempo. Cuando llueve, las calles se convierten en pequeños torrentes. Las aceras son altas para evitar que las tiendas se inunden, y esos bloques están ahí para que cruce sin mojarse los pies, igual que si cruzara un arroyo caminando por las rocas emergidas. No es casualidad que, si se mira un mapa, haya

muchas más calles orientadas de norte a sur que de este a oeste. La razón es que siguen la pendiente de la colina sobre la que se construyó la ciudad para poder drenar el agua de lluvia. También es una forma ingeniosa de mantener las calles limpias de pequeños residuos orgánicos arrojados por las tiendas, los transeúntes o las ventanas de las casas (aunque eso está prohibido). Así pues, las carreteras se lavan solas gracias a las lluvias.

La prueba de todo lo que hemos dicho son los pocos tramos de Pompeya (por ejemplo, cerca de las Termas de Estabia) en los que hay alcantarillas que se tragan el agua en los días de lluvia. En esos tramos, en efecto, no hay bloques en medio de la carretera para que crucen los peatones.

Un último detalle «de la vida real»: cuando llueve Pompeya se vuelve «musical»: las casas se ven invadidas por el sonido del agua que cae en el impluvio y en los callejones solo se oye la fuerte corriente. Las calles se transforman en pequeños arroyos. Casi parece que uno ve pasar a los pompeyanos envueltos en sus *cuculli,* los ponchos de cuero con capucha que los romanos descubrieron cuando conquistaron la Galia. La sombrilla, como hemos dicho, solo servía para resguardarse del sol, un artículo de ricos.

Paseando por las callejuelas de Pompeya con la nariz apuntando hacia arriba, a veces se encuentran curiosas composiciones en las paredes, especialmente cerca de las entradas de algunas casas. Son decoraciones sencillas y antiguas: a veces se trata de «soles» realizados con ladrillos dispuestos en forma de estrella, a veces de pequeñas superficies en *opus reticulatum,* es decir, de bloques de toba dispuestos en forma de panal. Mucho más claro es el significado de las baldosas de terracota en cuyo relieve figuran herramientas de trabajo (por ejemplo, de herrero), ya que indican, como en un cartel moderno, qué servicios ofrecía el taller. Todavía más explícitos son los órganos sexuales masculinos en piedra enmarcados por ladrillos que dibujan el contorno de una casa, o que sobresalían del muro, erectos y apuntando hacia la calle. Estos símbolos, como ya hemos visto, son amuletos de buena suerte que protegen la casa o la tienda que los exhibe. Exactamente igual que el cuerno de coral que muchos llevan hoy día, y que no es otra cosa que un pene erecto transmutado en cuerno de toro durante la Edad Media, cuando cualquier referencia al placer de la carne se

consideraba impura. También el famoso pene esculpido en la acera de la Vía de la Abundancia, que suele describirse como una «flecha» que indica la dirección de un lupanar, tiene una finalidad apotropaica. Probablemente fue tallado para proteger una tienda de las invectivas de quienes envidiaban sus ganancias. La verdad es que, como indicación, solo habría resultado útil para quienes tuvieran el cuello rígido y no pudieran mirar hacia arriba. ¿No habría sido más eficaz para eso utilizar un cartel en la pared, visible desde lejos?

Hay otra estructura «erecta» que hace que Pompeya sea única. Se puede ver, por ejemplo, en la garita-cocina instalada en un pequeño patio de la Casa de Julio Polibio. Se trata de una teja con chimenea, para dispersar el humo de las cocinas o los fogones. Estas esculturas de terracota solo se han encontrado aquí, en Pompeya, y son el resultado de algún ingenioso artesano que las hizo en serie.

Hay aún una curiosidad que choca a cualquiera que camine por las calles de Pompeya; son los surcos de los carros en la calle. Uno piensa instintivamente que son el resultado del continuo roce de las ruedas del carro con el pavimento, pero no es así. La realidad es que esos surcos han sido tallados a propósito en la piedra. Pero ¿para qué? Pues se trata de «guías», unas vías que permiten a los carros, sobre todo de noche, pasar indemnes sin chocar con los altos bloques de piedra colocados en las calles y utilizados como pasos de peatones. A veces se utilizan para tomar bien las curvas sin golpear los bordes de las fuentes. ¡Gracias a estos surcos se descubrió que algunas calles de Pompeya eran de sentido único!

En efecto, algunas calles son demasiado estrechas para que dos carros se crucen, y dar marcha atrás con una mula o un caballo tirando de un carro lleno de mercancías es prácticamente imposible. Así que, en la zona más antigua de Pompeya, donde abundan los callejones estrechos, solo había un sentido de marcha. Cuando esta mañana pasamos por el callejón del lupanar para ir al de la «pastelería» (el callejón torcido) habíamos recorrido una parte de la Vía de los Augustales, que conecta con él. En ese tramo hay bloques de piedra utilizados como pasos de peatones: las vías para los carros aparecen en un lado, pero no en el otro. Esto significa que los carros solo venían en una dirección (de oeste a este): era una calle de sentido único.

Si a las calles de sentido único se añaden las calles bordeadas por pilares de mármol erigidos en medio del pavimento (cuyo concepto es similar al de los «bolardos» actuales), que protegían las zonas peatonales, como es el caso de la Vía de la Abundancia en el punto en que conecta con el Foro, nos daremos cuenta de que el sistema vial de Pompeya tenía muchos aspectos «modernos», típicos de nuestras ciudades.

Mendigos, perfumistas y escuelas.

¿Encontramos mendigos cuando caminamos por las calles de Pompeya? La respuesta es sí. Pero ¿cómo sabemos que existieron, si no dejaron rastro? Como siempre en Pompeya hay que «mirar de reojo», por así decir, o sea, investigar buscando rastros indirectos.

En el número 13 de la *insula* IX de la Regio VII, casi en la esquina de la Vía de los Augustales con la calle que lleva al Foro, se encuentra el colegio de perfumistas *(unguentarii)* de Pompeya. Una pista importante surge de una inscripción electoral en la pared: se lee que los pobres *(pauperes),* así como los propios perfumistas, recomendaron a un tal Modesto para el puesto de edil. Es, pues, bastante probable que la acera frente a la asociación de perfumistas —y en general el tramo de calle entre la Vía de los Augustales y el Foro— esté «batida» por los mendigos, quienes se colocan allí con tanta frecuencia que se han convertido en una presencia habitual para todos; un signo entre otros muchos de que hay un cierto «tráfico» de gente acomodada dando limosna. Y no solo eso. En la Vía de los Augustales hay también varias tiendas de dulces y pan (como la pastelería de Donato). Al final del día, o cuando salen muchos clientes, es más fácil conseguir algo de comer que en otras calles.

Un poco más allá, en el número 14 de la *insula* XII (Regio VII), hay una escuela con alumnos probablemente de entre diez y catorce años. En la época romana no había edificios construidos específicamente como escuelas. La escuela está en la calle o en casas adaptadas, como en este caso: consiste en un aula grande con jardín adosada a una vivienda normal. El aula tiene capacidad para treinta alumnos. También conocemos los nombres de los profesores

(y propietarios de la casa/escuela): Cornelius Amandus y Proculus.

Como indican los dibujos de las paredes interiores, allí se impartían materias técnicas. Se han encontrado numerosas pintadas en las paredes con «notas numéricas», un complejo rosetón trazado con un compás en el que se inscriben estrellas de seis pétalos, el plano de un pozo o de una torre circular, etc.

Hay un aspecto que las ruinas modernas de Pompeya no revelan pero que los investigadores han recreado a través de sus descubrimientos. Es la increíble variedad y riqueza de las calles en cuanto a personas y oficios. Hoy en día solo se ven paredes de ladrillo, ruinas desgastadas, encimeras de mármol mudas. Pero siga trabajando con su imaginación. Estas ruinas no son más que un esqueleto, intente revestirlas de carne y piel «viva». Pongamos un ejemplo, ya que estamos en plena Vía de los Augustales: sienta cuántas actividades, profesiones y personas diferentes hay a pocos metros de distancia.

Al principio de la Vía de los Augustales había una tienda de aceite con una prensa de giratoria *(torcular olearium),* propiedad de Numisio Jocundo, un importante comerciante de aceite de Pompeya. La tienda era gestionada por dos de sus libertos (o esclavos): Secundo y Vittore.

A poca distancia (cerca del famoso lupanar, meta de todos los turistas), hay una taberna con una atractiva camarera llamada Hedoné. El ambiente del local, un poco hedonista, se refleja en la irónica pintada de un cliente: *Seri bibi universi rogante* [2]. En otra se hace referencia a la camarera del restaurante. *Calos Hedoné. Valeat qui legerit. Hedoné dicit: Assibus singulis hic bibitur; dupundium si dederis, meliora bibes; quartum assem si dederis, vina Falerna bibes* (¡La bella Hedoné saluda a los que leen! Hedoné dice: «Aquí se puede beber por un as; por dos ases se obtiene un vino mejor; por cuatro ases, si se desea, se puede beber un vaso de Falerno»).

Siguiendo por la Vía de los Augustales hacia la Vía Estabiana encontramos una zapatería *(taberna sutrina)*. Por una pintada en la esquina de la taberna sabemos que los *sutores* que trabajaban allí se llamaban Menecrates y Vesbino. Los arqueólogos encontrarán todavía las herramientas «del oficio», como dos cinceles lunares (una especie de navaja), una *subula* (un hierro con punta piramidal

muy afilada, utilizado tanto para cavar como para dar forma a las superficies), nueve escalpelos con mango de hierro, dos ganchos para estirar las pieles, una tenaza, tres agujas de bronce, dos frascos con *atramentum,* una pintura negra utilizada por los pintores para conservar mejor el color de los frescos…

Algo más allá se encuentra la entrada a la elegante residencia del centurión «condecorado» Marco Cesio Blando, ya retirado. Sabemos que había servido en la Novena Cohorte Pretoriana. En la casa hay varios mosaicos y representaciones de tema militar, pero sobre todo destacan su retrato y el de su mujer. Y este retrato tiene un detalle significativo: está dentro de un medallón rodeado de una corona ovalada. Esto significa que durante sus años de servicio recibió una importante ovación…

Por último, al final de la Vía de los Augustales se encuentra el taller de un arriero, Q. Sallustio Invento, con dos grandes depósitos (uno es un abrevadero y el otro se utiliza para el forraje) y un pequeño establo. Él vive arriba, donde se encontró el sello con su nombre…

Panta rei, todo fluye… excepto el agua

Pompeya, Castellum aquae.
23 de octubre de 79 d. C., 9:00; faltan 28 horas para la erupción.

DA FRIDAM PUSILLUM.
Dame un poco de agua fría.

Hemos llegado a otra de las puertas de Pompeya, la Puerta del Vesuvio, situada en el extremo noreste del barrio residencial que ahora dejaremos para descubrir el resto de la ciudad. Aquí hay un edificio bajo, cuadrado, parecido a un búnker. Este edificio anónimo es en realidad fundamental para la vida colectiva: es el *Castellum aquae,* una estructura crucial para la distribución del agua.

Casi todas las civilizaciones antiguas recurrían a pozos para abastecerse de agua, almacenaban el agua de lluvia en grandes cisternas, pero sobre todo construían sus ciudades a orillas de un gran río. Así nacieron todas las grandes capitales. Pero los romanos sabían hacer más que eso: sabían cómo llevar el agua hasta donde había una ciudad: con acueductos. Y, efectivamente, Pompeya está atravesada por el gran acueducto de Serino, que abastece a los ciudadanos de agua corriente. Para hacerse una idea de la grandeza de esta obra, basta con pensar que tiene casi cien kilómetros de longitud y que, con su caudal de seis mil metros cúbicos diarios, abastece también a muchas otras ciudades, como Miseno, Nápoles, Pozzuoli, Herculano, Cuma y Bayas.

Hay que imaginarse este importante acueducto como una autopista del agua con otras tantas salidas y otros tantos *castella aquae,* verdaderos «peajes». Desde esta construcción, el agua se introduce en las tuberías de plomo que abastecen a la ciudad. O al menos eso es lo que se supone que debería hacer. En realidad,

descubrimos que en este final de octubre del 79 d. C. ¡no funciona! En otras palabras, ¡no hay agua en Pompeya! Y esta es otra de las sorpresas de nuestro viaje.

En efecto, al contrario de lo que vemos en las películas y novelas, en los días previos a la erupción en Pompeya las fuentes públicas de las calles están vacías, no brota agua en las casas de los ricos ni en sus jardines interiores. Ni siquiera sale una gota de agua de los grifos de los baños. De hecho, todas las termas están cerradas excepto una, que alimenta sus baños en un ciclo continuo con agua extraída de sus propias cisternas. Con el debido respeto a los guiones de Hollywood y los dramas televisivos, habría que cortar muchas escenas.

¿Significa esto que en Pompeya el día anterior a la erupción nadie se lava? La verdad es que no. O para ser más precisos: la gente se lava, pero no de la forma habitual. Hay que hacerlo todo como en los tiempos arcaicos, antes de que se construyera el acueducto. Se utilizan jarras y bañeras (una de ellas, idéntica a las modernas pero de bronce, se conserva en los yacimientos de Herculano). O bien se hacía que los esclavos trajeran el agua en ánforas, etc. Todo esto muestra una Pompeya muy diferente a la que cuentan los libros, las guías y las novelas. De hecho, estamos ante una ciudad en crisis y en emergencia. Esto también forma parte de su verdadera cara, normalmente no descrita, y que estamos conociendo en nuestro viaje. Y vamos a descubrir los diferentes aspectos de esta crisis. Pero vayamos por orden. ¿Por qué no hay agua en Pompeya?

También en este caso el culpable es el volcán que está a punto de despertar. No sabemos si, como afirman algunos estudiosos, el «hinchamiento» del suelo debido a la inminente erupción ha alterado las pendientes, impidiendo que el agua llegue a la ciudad. No hay pruebas. Sin embargo, si esto fuera cierto, otras ciudades alimentadas por el mismo gran acueducto principal también deberían haber sufrido escasez de agua, especialmente Miseno, situada al final de la ruta. Pero Plinio el Joven no lo menciona. En lugar de eso es mucho más probable que la verdadera causa del corte de agua en Pompeya fuera un terremoto que se produjo unos días antes de la erupción. Los deslizamientos de tierra típicos del período anterior a la erupción de un volcán de este tipo son, en

nuestra opinión, la causa más probable de la interrupción del suministro de agua. Como resultado, una parte del acueducto quedó dañada o se derrumbó, con lo que, además de tener que repararlo, se hacía necesario volver a calcular las pendientes correctas. Los terremotos son los protagonistas absolutos de los acontecimientos que estamos relatando, y estos sí son descritos por Plinio el Joven en sus cartas.

A medida que nos acercamos al *Castellum aquae* oímos voces que hablan de estos fenómenos naturales. Vienen de una pequeña puerta lateral. Nos asomamos. Hay algunos hombres dentro. A uno de ellos lo reconocemos de inmediato: es Tito Suedio Clemente, la personalidad más importante del banquete de Rectina. Es un tribuno imperial, enviado por el emperador para reformar y poner en orden el catastro de Pompeya y sus alrededores. ¿Por qué está en Pompeya y qué hace en el *Castellum aquae*? Su tarea, como dijimos durante el banquete, es muy delicada.

Cuando Vespasiano llegó al poder se encontró con una situación financiera muy mala. Nerón había vaciado las arcas imperiales con gastos incalculables, y tras su muerte, varios emperadores se sucedieron en pocos meses, antes de la llegada de Vespasiano, en un periodo de extrema confusión que provocó sangrientos enfrentamientos entre legiones leales a diferentes aspirantes a emperador, de modo que el año 69 d. C. pasó a la historia como «el año de los cuatro emperadores»… Pues bien, una vez llegado al poder, Vespasiano, un hombre muy pragmático, puso en marcha un severo programa de reorganización financiera y administrativa. Tito Suedio Clemente formó parte de este programa, continuado por su hijo Tito, ahora en el poder tras la muerte de su padre.

La tarea del tribuno imperial es clara: la redefinición del catastro (límites, propiedades, etc.) tiene como objetivo aumentar los ingresos del tesoro imperial. En Pompeya este problema fue más agudo que en otras ciudades de la península, ya que, con toda probabilidad, el terremoto del año 62 d. C. destruyó parte de los archivos de la ciudad y fue necesario volver a trazar el mapa de todas las propiedades, reconstruir los edificios y asegurarse de que en las renovaciones nadie había aprovechado para ocupar terrenos del Estado o «retocar» sus lindes.

Tito Suedio Clemente es un hombre que no se casa con nadie. Ni

siquiera con los muertos. Lo sabemos por una lápida conmemorativa, encontrada por los arqueólogos en medio de la carretera de la Puerta de Nocera: hizo trasladar una tumba familiar que había ocupado ilegalmente unos metros cuadrados de terreno público en una esquina de la carretera, fuera de las murallas de la ciudad. El texto grabado no deja lugar a dudas sobre su inflexibilidad: «Por autoridad del emperador César Vespasiano Augusto, el tribuno Tito Suedio Clemente, tras conocer las causas y tomar las medidas, devolvió a los ciudadanos de Pompeya los lugares públicos ocupados ilegalmente por particulares». Y esta no es la única lápida de la ciudad… Hay otras en la Puerta del Vesuvio, en la Puerta de Herculano, en la Puerta Marina… En definitiva, Tito Suedio Clemente es muy temido. ¿Pero qué clase de hombre es?

Hemos encontrado unas líneas de Tácito sobre él. Sabemos que durante el año de los cuatro emperadores fue el comandante de una expedición naval bajo el poder temporal de Otón. Tácito lo describe como alguien a quien le cuesta mantener la disciplina, ambicioso y siempre deseoso de luchar. En resumen, un hombre de acción. Un halcón, diríamos hoy. Debido a lo delicado de su tarea, y para controlar mejor el territorio, se trasladó a Pompeya, donde vive desde hace años. También sabemos dónde vivía: según el estudioso Matteo Della Corte, en la última parte de su vida, y por tanto también en el momento de la erupción, se alojaba en la rica *domus* de un prominente pompeyano: Marco Epidio Sabino. Así lo sugiere un cartel electoral en el que el propio tribuno imperial invita a todos a apoyar la candidatura a *duoviro* de su anfitrión Sabino. El hecho de que en su cartel propagandístico especifique «junto a sus vecinos» es un fuerte indicio de que vivió en esta misma casa. No deben sorprender este tipo de relaciones y «adhesiones» entre un hombre de poder imperial y las personas prominentes de la ciudad, que incluso le llevaron a apoyar la candidatura política de uno de ellos, a pesar del presunto «conflicto de intereses» que suponía el que Tito Suedio Clemente fuera huésped de su casa. Pero, como veremos dentro de un momento, algunos de los enredos entre políticos y empresarios locales van mucho más allá, dando lugar a negocios que son todo menos limpios…

Era un hecho que muchas personas buscaban la amistad y la buena voluntad de Tito Suedio Clemente: sabemos por una

inscripción que un tal Publio Clodio Esperado le regaló un ánfora de un valioso vino Clodianum de tres años. Un regalo caro y «codiciado», comparable hoy día a un raro vino de una añada especial. Pero Tito Suedio Clemente es un hombre de una integridad moral absoluta, y no hay conflicto de intereses en su apoyo a la candidatura política de su anfitrión: Sabino está por encima de toda sospecha, es una autoridad en el campo del derecho, amado por todos los pompeyanos, que lo consideran una persona honesta. Tal vez por eso el tribuno imperial eligió vivir en su casa, un «oasis» seguro de honestidad, y apoyarle en su candidatura a *duoviro* dos años antes de la erupción.

Este hombre está ahora con él en el *Castellum aquae,* y cuando toma la palabra todos lo escuchan en silencio. Sabino es, de hecho, un famoso jurista y un apreciado profesor de retórica: algunos historiadores lo llaman el «Quintiliano» de Pompeya, porque cuando era uno de los *iuris doctores* de la ciudad iniciaba a sus alumnos en la carrera de abogado. Ahora está con Tito Suedio Clemente para evaluar los daños causados por el último terremoto y los pasos que hay que dar (incluidos los legales) para restablecer la distribución de agua en Pompeya lo antes posible.

Entre los presentes, que lo escuchan en la penumbra, hay un hombre de baja estatura y con marcadas arrugas: su calvicie le ha dejado una tonsura «a lo monje», aparte de unos cuantos pelos muy largos que se agitan en su frente con cada soplo de viento. Es un fontanero. Se llama Estaliano y, junto con otros compañeros y «técnicos del ayuntamiento», tiene que averiguar dónde hay fugas y reparar todas las tuberías rotas de la ciudad. Es un trabajo enorme, pero hay que hacerlo cuanto antes.

Los romanos eran, de hecho, unos maestros en la tecnología del agua, que consideraban esencial no solo para beber, lavarse o cocinar, sino también para mantener la ciudad limpia, barrer la suciedad y prevenir enfermedades y brotes de epidemias. Son estas ideas muy modernas, ausentes incluso en el Londres del siglo XIX, como demuestran las violentas epidemias de cólera.

Entre los millones de turistas que hoy vienen de todo el mundo a Pompeya para admirar las casas, los frescos, los mosaicos y las huellas de la erupción, solo unos pocos reparan en la extraordinaria obra maestra que rodea toda la ciudad como un sistema circulatorio

y que durante siglos le permitió vivir. Ahora la redescubriremos.

El *Castellum aquae* tiene el tamaño de una habitación grande. En el centro hay un depósito que se abre como un abanico: contiene dos mamparos que actúan como una presa, obligando al agua a frenar, de modo que las impurezas caen al fondo y son recogidas y separadas. Unas rejillas ayudan a filtrar las impurezas que arrastra el agua. El tanque termina con tres pequeñas escaleras, una en el centro y dos laterales en forma de arco, por las que fluye el agua y se oxigena, con el fin de eliminar cualquier mal sabor (de origen bacteriano) debido a un posible estancamiento. No es improbable que en el tanque, atrapado entre las dos presas, haya también algunos peces pequeños, un verdadero «sensor» vivo que garantiza en todo momento la calidad del agua potable. Se trata de una técnica antigua utilizada durante siglos en los acueductos de muchos países, incluso en los tiempos modernos.

Mientras los hombres discuten, Sabino observa algo en la pared y acerca la lámpara de aceite. Hay un pequeño fresco encima de la salida del acueducto: bajo dos guirnaldas pintadas se ve a un hombre desnudo tumbado con una palmera en la mano (una deidad del agua) y tres mujeres, también desnudas, de pie frente a él, una de las cuales se está arreglando el pelo como lo hace Venus. Es una alegoría de la primavera, una invocación para que el flujo de agua en Pompeya sea siempre constante. Es un fresco muy sencillo, pero lo que ha atraído a Sabino es la extraña «firma» del artista en la parte inferior izquierda. Ha estampado su anillo cuatro veces en el yeso fresco: el sello representa a una mujer sentada en un cañaveral, con una cesta a su lado y un pajarillo encima. Quién sabe lo que significa… Sabino sonríe. Ninguno de los presentes sabe que esta «firma» anónima y muy frágil sobrevivirá a la destrucción de Pompeya y seguirá siendo visible en los tiempos modernos: la hemos redescubierto recientemente, mientras filmábamos en el *Castellum aquae,* proyectando una luz rasante sobre la pared.

Tras subir la escalinata, el agua sale del *Castellum aquae* por tres aberturas que la dirigen a tres usos diferentes: las fuentes públicas (agua para todos), las termas (limpieza para todos) y las *domus* de aquellos pocos romanos ricos que consiguieron tener agua corriente en sus casas, quizás gracias a algún truco.

Algunos estudios, como los de Hans Eschebach. realizados en el

pasado pero todavía fundamentales, han identificado los numerosos puntos de llegada de esta red de agua, y permiten así adivinar los «números» de la distribución del agua en Pompeya. Además de algunos edificios públicos como las termas, como hemos dicho, había también cuarenta y dos fuentes públicas, cuarenta y cinco establecimientos comerciales como tiendas, «bares», tintorerías *(fullonicae),* etc., veinticinco hornos de pan y no menos de sesenta viviendas privadas pertenecientes a pompeyanos ricos.

Siguiendo los cursos de agua.

Tito Suedio Clemente y Marco Epidio Sabino salen del *Castellum aquae* y, acompañados por el fontanero y otros hombres, comienzan la inspección.

El primer cauce que examinan es el más importante: el que alimenta las fuentes. Es fácil encontrarlas: están alineadas a lo largo de las calles, una cada ochenta metros aproximadamente, para que la gente no tenga que caminar demasiado con cubos, jarras o ánforas. De hecho, el noventa por ciento de los habitantes beben esta agua, y no solo eso, también la utilizan para cocinar, lavar la ropa, etc. Cada fuente tiene una especie de estela con una efigie diferente; puede ser el rostro de Mercurio, como hemos visto, o el de la Concordia Augusta. Desde esta escultura, el agua cae hacia una pila cuadrada. Está construida simplemente uniendo cinco losas de piedra volcánica, una de las cuales se utiliza como fondo. Para proteger los bordes de las cuencas individuales, que a menudo son golpeados por conductores de carros descuidados, todavía hoy se pueden ver los guardacantones. Otra curiosidad: muchos afirman que los bordes de las pilas están desgastados porque los pompeyanos apoyaban continuamente las manos para beber. No es así. En realidad, parece que estos surcos se deben al roce de las cuerdas utilizadas para subir los cubos llenos de agua.

Pero continuemos nuestra ruta del agua por Pompeya. Tito Suedio Clemente y Marco Epidio Sabino examinan cada tramo, bajando por la actual Vía Estabiana, el *cardo* principal de Pompeya. Algunos comerciantes han salido de sus tiendas y observan con curiosidad. No son los únicos. Muchos se detienen para contemplar

esta inspección técnica.

Una parada imprescindible son unas extrañas y estrechas torres (en las que hoy solo se fijan unos pocos turistas) que se levantan a lo largo de las calles de Pompeya, a menudo cerca de las intersecciones. Se supone que hay catorce en total, y son tan altas como un edificio de dos plantas. Se trata de torres piezométricas, es decir, torres de distribución de agua, como las que vemos hoy en día en nuestras ciudades, similares a grandes setas. En la parte superior tienen un depósito de plomo, una pequeña cisterna cuadrada en la que se recoge el agua (en Pompeya la presión es suficiente para vencer esta diferencia de altura). Cuando el depósito se llena, el agua desciende por el lado opuesto gracias a otra tubería de plomo, continuando su viaje hacia la ciudad. ¿Y para qué sirve todo esto? Para «frenar» el agua, para que vuelva a fluir a la velocidad adecuada, ya que, de lo contrario, la presión reventaría todas las tuberías aguas abajo. Y también para volver a establecer una «altitud inicial» apropiada para que alcance los distintos puntos de la vecindad.

A veces el agua se desborda de la cisterna y baja por la columna. Aún hoy los turistas atentos pueden ver una capa de concreciones que cubre, como una piel arrugada, algunos lados de las torres. En verano, en la antigua Pompeya, las mariposas y las abejas seguramente se posaban en esta superficie húmeda para «beber» un poco de agua.

Mantener la presión adecuada en las tuberías es crucial para los romanos. Aquí y allá se ven verdaderos reductores de presión que recuerdan a los tubos de escape de los coches; están expuestos al aire libre para que en periodos de emergencia, como este, puedan ser revisados más fácilmente. Eso permite a Tito Suedio Clemente y Marco Epidio Sabino caminar por las aceras siguiendo las tuberías de plomo que abastecen a la ciudad e identificar fácilmente las fugas y las tuberías dobladas o rotas por el terremoto.

Ahora se acercan a unos esclavos que trabajan en el lateral de una calle; a su lado hay unas tuberías apoyadas en la acera para esperan ser enterradas: están cavando una larga zanja. Es una escena que se repite en muchas calles y callejones de la ciudad y que quedará fijada por la erupción, como en una fotografía: estas zanjas, con la tubería a sustituir en la parte superior y la nueva ya

colocada en el fondo, serán halladas llenas de lapilli por los arqueólogos, dejando constancia de que se trataba de un trabajo en curso bruscamente interrumpido y cubierto por la erupción.

Siguiendo estos conductos, los dos hombres entran por una puerta secundaria en un gran complejo termal en el corazón de Pompeya, hoy denominado Termas Estabianas. Atraviesan grandes salas estucadas y coloreadas, con mármoles y mosaicos. Todo está en silencio. Sus pasos resuenan en la penumbra del *calidarium* y de los gélidos y oscuros *tepidarium* y *frigidarium,* que provocan escalofríos incluso cuando no están funcionando debido al mármol con el que están recubiertos.

Examinan cada tramo del curso del agua junto con los responsables del edificio. Las termas romanas tienen dos requisitos «técnicos» muy particulares para funcionar: el flujo de agua debe ser continuo y la presión debe mantenerse constante. Y he aquí la solución para cumplir ambas condiciones: los dos técnicos exploran algunas cisternas, que todavía estaban medio llenas y, por tanto, intactas a pesar de los temblores del terremoto. Estas cisternas son vitales para el funcionamiento de los baños. En efecto, lo primero que hace el agua que llega es llenar las cisternas, que son como pequeños lagos artificiales. De ahí se distribuye a las distintas salas interiores, y se puede calentar o no según las necesidades.

Tito Suedio Clemente sigue dictando notas a un secretario. Ahora examinan juntos un uso menos noble del agua en Pompeya: las letrinas. El agua tiene una «segunda vida» tras ser utilizada en las termas o en las casas. De hecho, los romanos diseñaron sistemas de alcantarillado que separaban las llamadas aguas blancas (por ejemplo, las de la lluvia) de las negras, con el fin de recuperar y reciclar las aguas sucias de baños y letrinas. En definitiva, como diríamos hoy, ¡se reciclan residuos orgánicos para hacer *compost*!

Tras esta inspección, que ha hecho arrugar la nariz a todo el mundo, el pequeño grupo es recibido en la casa de un rico pompeyano para inspeccionar su sistema de fontanería. También aprovecharán para cerciorarse de que no se hayan realizado conexiones no autorizadas, lo que no sería nada raro.

El agua de los ricos.

Después de las fuentes y las termas, la tercera «gran vía» del agua es, como hemos dicho, la de las villas de los particulares adinerados. Y hay muchos en Pompeya. ¿Para qué la utilizan? A menudo tienen pequeñas termas privadas, pero la mayor parte del tiempo «derrochan» el agua en elegantes fuentes y juegos en los jardines. Además, el agua se utiliza en la cocina para preparar la comida o lavar los platos. El agua sucia se reutiliza (siguiendo un concepto de reciclaje muy moderno) como agua residual para el inodoro.

De hecho, en la cocina suele haber un pequeño retrete, detrás de una cortina: casi siempre es un simple asiento de madera con un agujero en el centro. Esta chocante falta de higiene no debe sorprender. Los romanos no conocían las bacterias y daban diversas interpretaciones a la propagación de las enfermedades, entre ellas la acción de dioses malignos. Pero no eran ingenuos: sabían que los excrementos podían ser una fuente de enfermedades, por lo que utilizaban agua corriente en todas partes. Las letrinas públicas e incluso los urinarios de los circos donde se celebran carreras de cuadrigas (por ejemplo, el Circo Máximo de Roma) siempre tienen agua corriente para evitar el estancamiento, los malos olores y los brotes infecciosos.

Llaman mucho la atención las tuberías descubiertas por los arqueólogos. Son idénticas a las nuestras, incluso en los grifos y las válvulas, y son también una muestra del gran conocimiento que tenían los romanos en materia de ingeniería hidráulica.

Mientras seguimos inspeccionando tramos de la red de suministro de agua para la ciudad, nos surge una pregunta. Antes de que se construyera el acueducto, ¿cómo se obtenía agua en Pompeya? Pues se recogía de arriba principalmente. Como hemos visto, las lluvias que fluían a través del *impluvium* permitían tener una reserva de agua privada, pero también había otras cisternas, mucho más grandes, destinadas a uso público. Es este un aspecto poco conocido por los visitantes. En efecto, en Pompeya hay enormes cisternas que nadie ve porque están «escondidas». Una de ellas se encuentra cerca del Templo de Venus, a poca distancia del Foro de la ciudad, bajo la mirada de millones de turistas desapercibidos. Actualmente se accede a ella abriendo una alcantarilla y descendiendo unos metros con una escalera de mano:

una vez bajo tierra, uno se encuentra en una sala con arcos laterales de unos quince metros de longitud. ¿Cuándo se construyó? Sabemos que el Templo de Venus fue erigido por Sila en el año 89 a. C., por lo que esta cisterna (al igual que la otra situada justo debajo del templo), o bien fue creada en esa ocasión, o bien debía ya de existir, lo que la haría aún más antigua.

Estas dos enormes cisternas subterráneas, la verdadera cara oculta de Pompeya, no son las únicas. Hay otras en varias partes de la ciudad, como bajo el denominado Cuadripórtico de los Teatros, también conocido como el Gimnasio de los Gladiadores. Una cisterna realmente impresionante, del tamaño de una iglesia, se encuentra junto al edificio que actualmente alberga el comedor donde muchos turistas se detienen a comer y beber.

Entretanto, Tito Suedio Clemente y Marco Epidio Sabino se han detenido. Estaliano, el fontanero, les muestra una importante tubería rota. Estamos en un centro neurálgico de la ciudad. Estaliano los mira con sus pocos pelos balanceándose, como las escasas espigas de un campo de trigo que quedan tras la siega. Se trata de un problema serio… Esta tubería alimenta un tramo importante de una calle de la ciudad. Estaliano asegura que se puede reparar rápidamente.

En el interior de la tubería apreciamos una capa blanca de residuos, un indicio inequívoco de que el agua de Pompeya contiene piedra caliza que a la larga siempre deja un ligero velo en el fondo de jarras o vasos. La sección de la tubería muestra el plomo vivo. ¿No es esto peligroso para la salud?

Esta polémica se arrastra desde hace años y no vamos a entrar en ella, pero un hecho es cierto: hay que desterrar el mito de que el Imperio Romano se derrumbó a causa del envenenamiento por plomo. Las causas fueron muy otras, de tipo social, militar y económico. Sin embargo, es innegable que se ingería agua transportada por tuberías de plomo y que se usaban recipientes para endulzar el vino fabricados con el mismo metal. Y es verdad que algunos individuos muestran altas concentraciones de plomo, pero las tuberías de plomo no provocaron una «epidemia» de saturnismo en el Imperio Romano. Esta forma de intoxicación era solo una, de las muchas presentes en la época, que acaban provocando muertes prematuras y reduciendo la media de vida de los romanos. Hoy en

día, se podría argumentar del mismo modo sobre los posibles efectos tóxicos de los residuos que liberan muchos objetos utilizados a diario. Forman parte, junto con las partículas en suspensión y los innumerables agentes químicos, de las agresiones a nuestra salud que sufrimos a diario. Pero no hay una que domine sobre las demás, como se creía comúnmente acerca del plomo en la época romana. Además, las tuberías no siempre eran de plomo: a menudo, por ejemplo en el campo, eran de terracota y madera (en el museo del extraordinario acueducto de Pont du Gard, en Francia, se puede admirar la reconstrucción de una fuente, similar a las de Pompeya, alimentada por tuberías de madera).

El plomo era un material «precioso», extraído en regiones lejanas e importado, que podía utilizarse sin grandes problemas para pequeños objetos e instrumentos, como exvotos, proyectiles de honda, tumbas, pequeñas cisternas de agua y recipientes de vino, pero con mesura para instalaciones que, como las tuberías, requerían grandes cantidades del mismo: de ahí que las tuberías de agua de plomo se encontraran principalmente en las ciudades o en las villas de los ricos, y no dispersas por el campo. También hay que tener en cuenta, como muestra la escena que hemos descrito, que la piedra caliza depositada en el interior de las tuberías de plomo atenuaba su contaminación: el agua, en cierto modo, fluía por «finos tubos de piedra caliza» que se habían formado dentro de las tuberías de plomo. Por último, hay un hecho de la vida cotidiana en el que no se piensa: la mayoría de los romanos bebían agua de cisternas o manantiales naturales, lo que limitaba la ingesta de plomo. Y esto también era cierto para una ciudad como Pompeya.

Como señala el profesor Antonio De Simone, había grandes cantidades de agua en las numerosas cisternas de Pompeya. Por ejemplo, durante las excavaciones realizadas en una casa donde se elaboraban perfumes con las esencias de las plantas cultivadas en el jardín, se descubrió que la cisterna subterránea (de siete a ocho metros de largo y un metro y medio de alto) tenía un nivel de agua de unos cincuenta centímetros. En otras palabras, estaba llena a un tercio de su capacidad. ¿Y cómo se puede saber eso? Pues porque las piedras pómez que lanzó el volcán y que penetraron durante la erupción flotaron en el agua, creando un nivel uniforme.

Los terremotos ante de la erupción: un drama dentro del drama.

El equipo ha completado la primera de las rondas previstas para restaurar el agua en Pompeya. Estaliano y los técnicos se están concentrando en la zona de la gran tubería rota y están empezando a trabajar, acelerando el proceso de excavación para enterrar las nuevas tuberías a lo largo de las aceras. Hemos llegado a uno de los cruces más importantes de la ciudad, situado entre la Vía Estabiana, el *cardo* principal, y la Vía del la Abundancia, el *decumanus* inferior. Tito Suedio Clemente y su amigo Marco Epidio Sabino se separan después de un breve intercambio de ideas sobre la situación. El primero, tras llegar al cruce, gira a la izquierda por la Vía de la Abundancia para volver a su casa, que está a un paso, y escribir un informe. El segundo, en cambio, gira a la derecha y camina también por la Vía de la Abundancia pero en dirección contraria, hacia el lugar en el que un hombre de su fama y reputación debía dejarse ver en aquel momento, tanto por su imagen como por su trabajo: el Foro.

Seguimos a Marco Epidio Sabino. Pasa junto a unos esclavos que descienden de un carro lleno de ánforas. Están llenas de agua extraída del río Sarno y llevan dos de ellas a una *domus*. Ante la escasez, se ha creado un servicio de entrega de agua del río «a domicilio» para cubrir las necesidades más diversas, con el fin de ahorrar la preciada agua de las cisternas. Esta reconstrucción está basada en un hecho curioso: en varios jardines de Pompeya han aparecido restos de plantas fluvio-lacustres, lo que demuestra que, en un momento de crisis hídrica de la ciudad, el agua se tomaba probablemente del río Sarno. Podemos imaginar que a quien se le ocurriera la idea del «reparto de agua» puerta a puerta, tras obtener un permiso excepcional para recorrer la ciudad con el carro, estaría ganando mucho dinero con este «negocio» improvisado. Sabino sacude la cabeza y continúa.

¿Cuándo se produjo esta emergencia? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se cerraron los baños, se secaron las fuentes y se hicieron excavaciones para sustituir las antiguas tuberías superficiales (provisionales) por otras nuevas y más profundas? No lo sabemos exactamente. Según el profesor Antonio De Simone, teniendo en cuenta los tiempos de toma de decisiones de la administración de

Pompeya, con las reuniones, las deliberaciones para contratar las obras y la espera de la llegada del plomo para restablecer el suministro de agua, es muy probable que la situación se hubiera prolongado durante tres o cuatro meses (¡esos son los tiempos de la burocracia y la administración en una gran ciudad romana!). En consecuencia, el último terremoto fuerte que perturbó la vida cotidiana en Pompeya debió de producirse entre junio y julio del año 79 d. C. Pero probablemente le siguieron otros, un verdadero enjambre sísmico que presagia la erupción. Lo podemos intuir gracias a ciertos detalles, como por ejemplo, que todas las casas tienen reparaciones en marcha. Ahora bien, nadie espera tres o cuatro meses para llamar a los obreros para que arreglen la casa o el tejado, sobre todo teniendo en cuenta que se acerca el invierno.

Es un argumento interesante porque hasta hoy siempre se había supuesto que los daños visibles en la ciudad, en las casas y en las calles, eran los del gran terremoto del año 62 d. C. que devastó Pompeya y mató a mucha gente. En algunos casos es cierto, como la larga fractura rellena de mortero y ennegrecida por los humos del horno que todavía se puede ver en la panadería de la Casa de los Castos Amantes, donde hemos tomado el pan esta mañana. Pero no es muy creíble que todos los desperfectos se remontasen a aquel terremoto de hacía diecisiete años: había pasado más o menos media generación. ¿Qué se esconde en realidad tras el fenómeno de los terremotos? Vayamos por partes.

Los fenómenos sísmicos siempre han sido descritos y tratados en libros y novelas como meras señales premonitorias de la erupción. Violentos, sí, pero no obstante eclipsados por el cataclismo del 79 d. C. En realidad, tuvieron mucha más importancia de la que se podría pensar, tanto por su frecuencia —que fue modificando paulatinamente, como veremos dentro de un momento, la «geografía social» de Pompeya— como por su intensidad, que al menos en un caso (el violento terremoto del año 62 d. C.) habría llegado a «suprimir» todo un grupo de edad, los adolescentes de entre quince y diecinueve años, apenas presentes en la población, como hemos visto al hablar de la pirámide demográfica.

El terremoto del 62 d. C.

El despertar del *Vesubius* vino anunciado por fuertes temblores de tierra en los años previos a la erupción. En el futuro, esta será casi con toda seguridad la verdadera señal de la inminente vuelta a la actividad explosiva del Vesubio.

El violento terremoto que se produjo el 5 de febrero del 62 d. C., bajo el mandato de Nerón, y que, teniendo en cuenta las réplicas, duró unos días, devastó Pompeya, Estabia y Herculano, y causó daños menores en Nocera, Nola y Nápoles. Esto significa que no fue de gran magnitud y que se produjo a una profundidad de unos siete kilómetros: fue, por tanto, exactamente lo que cabría esperar de un movimiento ascendente del magma en la cámara magmática y también de los gases volcánicos que, al penetrar en las capas de roca, provocan su fractura, generando ondas sísmicas, es decir, terremotos. La única desgracia de Pompeya fue estar cerca de su epicentro, situado en Estabia.

Tenemos increíbles «fotos de piedra» de este terremoto encontradas por los arqueólogos. Se trata de dos bajorrelieves (uno fue robado hace tiempo) que se encontraban en la casa de Lucio Cecilio Jocundo, el banquero que conocimos en el banquete y que volveremos a encontrar en breve. No sabemos por qué tenía en su casa, en los laterales de un larario, una descripción visual de Pompeya devastada por un terremoto: ninguno de nosotros pondría hoy en nuestras casas fotografías gigantes del tsunami de hace unos años. En estos relieves se pueden ver los daños sufridos por el Foro, el Templo de Júpiter e incluso la forma en que la Puerta del Vesuvio se «inclina» peligrosamente sobre un carro con dos burros que huyen desesperadamente, evidentemente a causa de la acción de los temblores ondulatorios del terremoto. El *Castellum aquae,* sin embargo, permanece intacto.

Tácito, en sus *Anales,* dice que Pompeya fue destruida casi por completo, y Séneca añade que una estatua se rompió en dos partes iguales y que muchos vagaron conmocionados por el campo, mientras que en los días previos un rebaño entero de seiscientas ovejas había muerto por asfixia, evidentemente a causa de los gases venenosos que emergían del suelo.

En la actualidad, se estima que el terremoto del 62 d. C. alcanzó grado 9 en la escala de Mercalli (que se basa en los daños y efectos) y 5,1, con un margen de incertidumbre de 0,3, en la escala de

Richter (que se basa en la energía liberada). En resumen, fue un terremoto potente, pero menos potente que los de Irpinia y L'Aquila. Según los escritos de Séneca, muchas personas emigraron como consecuencia de estos acontecimientos, lo que causó daños a la economía. Los que se quedaron repararon termas, arcos y casas.

Algunos aprovecharon la situación para ascender en la escala social. Este fue el caso de Numerio Popidio Ampliato, un liberto que se hizo muy rico y que, al restaurar el templo de Isis a su costa, consiguió que su hijo Celsino, de seis años, accediera al poderoso orden ciudadano de los decuriones, los funcionarios que gobernaban las colonias y *municipia* en nombre de Roma. La inscripción en el muro del templo es muy clara: «Numerio Popidio Celsino, hijo de Numerio, reconstruyó a sus expensas, desde los cimientos, el templo de Isis, derrumbado por el terremoto. Debido a esta generosidad, los decuriones lo acogieron en su orden de forma gratuita, a pesar de tener seis años». Sin embargo, se tardó mucho más en restaurar el Foro tras el terremoto del 62 d. C., ya que se trataba de una estructura pública (un poco como en los tiempos modernos), y diecisiete años después, en el momento de la erupción, aún no estaba totalmente restaurado.

Pero aquel sismo, visto desde otra perspectiva, también supuso un beneficio inesperado para los pompeyanos: durante la reconstrucción se edificó un nuevo complejo termal: las Termas Centrales.

A aquel terremoto le siguieron otros porque estamos en el contexto de un verdadero enjambre sísmico que precedió y anunció gradualmente la erupción. En concreto, en el año 64 d. C., un nuevo acontecimiento provocó en Nápoles el derrumbe del teatro donde se acababa de exhibir el emperador Nerón.

Un terremoto en la víspera.

De un terremoto en particular se habla, no obstante, poco, en parte porque sus efectos se han confundido a menudo con los del año 62 d. C. Durante mucho tiempo fue un «fantasma» para los estudiosos, pero recientemente ha sido identificado claramente en la última fase de la vida de Pompeya. Se trata de un terremoto ocurrido pocos

días antes de aquel fatídico 24 de octubre del año 79 d. C. Sus huellas están por todas partes.

De hecho, si entra en las casas de Pompeya encontrará por las esquinas montones de cal, a veces ánforas llenas (Casa de Menandro o Casa de Julio Polibio), montones de bloques de yeso (Casa del Sacello Iliaco), ladrillos alineados, montones de azulejos, incluso porciones de mármol para hacer el *opus sedile* (diseños geométricos en el suelo con losas de mármol), frescos que se están rehaciendo (Casa de los Castos Amantes) y trabajos para restaurar las fosas sépticas de las calles. Un hecho muy curioso es el de los objetos preciosos y los tesoros encontrados por los arqueólogos en las villas: a menudo están escondidos en lugares «secretos», claramente para ocultarlos de la vista de los trabajadores y protegerlos del bullicio de la gente, incluidos potenciales ladrones, en una casa en reforma. Por lo tanto, podemos suponer que el terremoto fue «leve», con daños medianos, y que no hubo derrumbe de edificios: el hecho de que solo veamos trabajos de reconstrucción y no obras reales significa que hubo tiempo suficiente para retirar los escombros. Esto sugiere que el terremoto se produjo probablemente entre tres y seis semanas antes.

Michael Anderson, de la San Francisco State University, ha llevado a cabo una interesante investigación sobre la colocación de estos materiales en las distintas *domus,* y ha llegado a la conclusión de que la mayoría de las veces los montones de cal o las ánforas llenas de material de construcción se colocaban en lugares o en ángulos apenas visibles para los que entraban y que de ningún modo obstruían el paso. Claramente la gente seguía viviendo en las casas con los trabajadores trabajando, pero por razones prácticas y decorativas se intentaba dar a la casa un aspecto más ordenado mientras tanto. En otras casas, sin embargo, estaban esperando a que terminaran las obras de restauración para volver.

En suma, todos estos datos y razonamientos despliegan un panorama impresionante y a menudo ignorado de la situación de Pompeya antes de la erupción, otra de las caras poco conocidas de la tragedia. Los investigadores han calculado que en los cuarenta y tres años anteriores a la erupción (es decir, desde el año 36 d. C. en adelante) se produjeron no menos de diecisiete eventos sísmicos con una magnitud de entre 3 y 5 en la escala Richter. Por lo tanto, hay

que echar abajo otro mito: en la época de la erupción del 79 d. C. Pompeya no era una ciudad despreocupada, como se ve en las películas o como se describe en las novelas, con banquetes todas las noches, indefectibles peleas de gladiadores y ricos patricios remojándose en los baños. Esto ocurría en otras ciudades. Pompeya se encontraba en plena situación de emergencia: no había agua corriente, casi todas las casas estaban en construcción; algunas estaban incluso deshabitadas temporalmente, otras llevaban años abandonadas debido a los grandes daños causados por el terremoto del 62; en las calles había obras por todas partes.

Esto no significa, sin embargo, que fuera una ciudad desierta y en ruinas. Sus habitantes eran tenaces y optimistas. A pesar de todo, seguían viviendo, organizando cenas, recibiendo invitados, reparando sus casas. Siguieron viviendo y haciendo negocios pensando que lo peor había pasado. Y, sin embargo, eran fatalistas. Un poco como los napolitanos de hoy, que tienen el Vesubio a la vista pero no abandonan sus casas por ello. Los pompeyanos, en cambio, ni siquiera sabían que vivían al pie de un volcán y que había magma bajo sus pies. Todos los que hemos conocido hasta ahora forman parte de este «fresco» de Pompeya en su último día. No hemos descrito las obras (excepto en la Casa de los Mármoles) porque, como hemos visto, todo (desde las obras hasta los montones de cal) era muy discreto en las casas de los ricos.

Podemos, no obstante, agregar un dato: muchos pompeyanos ya habían abandonado la ciudad en los años, meses y semanas anteriores. Ya no existía la gran «aglomeración» que describe Séneca: apenas se alcanzaban los veinte mil habitantes de unos años antes. Los terremotos habían alterado incluso las relaciones entre las clases sociales. Los ricos se habían marchado y, a juzgar por las palabras de Séneca unos años antes exhortando a los habitantes de la zona a no huir sin razón, se intuye que debió de producirse una verdadera emigración a pequeña escala con repercusiones en la economía de una ciudad conocida en todo el imperio por su vino y su *garum*.

Y aquí se pone de manifiesto una paradoja: muchas personas se salvaron en Pompeya y sus alrededores por los terremotos y temblores de los años, meses y semanas anteriores a la erupción, decidiendo irse a vivir a otro lugar. Esto afectó, sobre todo, a las

familias ricas. Otros escaparon porque, debido a las obras en casa, se trasladaron temporalmente a lugares que luego resultaron ser seguros (Nápoles, Nocera, etc.).

Conversación en el foro

Foro de Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 11:00; faltan 26 horas para la erupción.

> *(UTERE BLANDIT)IIS ODIOSAQUE IURGIA DIFFER SI POTES AUT GRESSUS AD TUA TECTA REFER.*
> *Sé amable y, a ser posible, ahórranos los insultos y las malas palabras. Si no, da la vuelta y regresa a tu casa.*

Siguiendo a Marco Epidio Sabino nos encontramos ahora en el Foro de Pompeya. En lo alto de la Vía de la Abundancia, una amplia entrada con dos escalones bajos y poderosas columnas marca la entrada monumental a la plaza principal de Pompeya. Tras subir la escalera, el hombre se detiene un momento para admirar el Foro. Es amplio, rectangular y muy luminoso, en parte gracias al revestimiento de mármol blanco. Sus ojos claros acarician lentamente el conjunto de la majestuosa columnata, una hermosa construcción levantada tras el terrible terremoto de hace diecisiete años, que rodea el Foro a dos niveles: las dos ordenaciones de columnas, una encima de la otra, le dan a la vez ligereza y solemnidad. Al fondo, aún más espléndido, se encuentra el *Capitolium,* el templo dedicado a la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva), el corazón de toda gran ciudad romana.

Los edificios que se asoman al Foro o se encuentra cerca de él son la sede de oficinas públicas, salas dedicadas a juicios civiles o a concluir tratos comerciales *(basilica),* despachos de destacados abogados y templos dedicados a dioses y cultos imperiales. También hay un enorme granero de la ciudad y, no muy lejos, la zona del mercado *(macellum)*.

En la gran plaza se yerguen varias estatuas ecuestres de grandes personajes romanos y de benefactores de Pompeya que hicieron construir monumentos a su costa y los donaron a la ciudad.

El suelo, íntegramente de mármol, deslumbra en este hermoso día soleado. Sobre el Foro se extiende un cielo azul infinito, tal y como lo ven a veces los turistas en la actualidad: lo que falta es la imponente mole del Vesubio detrás del templo. No se ve una postal del Foro. Como hemos dicho, solo hay una vasta y baja «joroba» en el horizonte con la cresta del monte Somma. Hoy se puede ver muy bien cómo hay una perfecta alineación entre la plaza del Foro, el Capitolio y el relieve del monte Somma, mientras que el actual Vesubio está desplazado hacia la izquierda.

Los colores dominantes de esta gran explanada son el blanco del mármol y el azul del cielo, a los que hay que añadir una miríada de manchas de tantos colores diferentes como túnicas y togas llevan los pompeyanos presentes. En este 23 de octubre del 79 d. C. se acerca la hora punta y la explanada del Foro se transformaba en una paleta animada con todos los colores de la moda romana.

El «Quintiliano» de Pompeya entra en el Foro y es engullido por el bullicio de cientos de personas. Camina despacio, con solemnidad, girando la cabeza cada vez que un conciudadano le saluda con deferencia. Es una persona muy querida en la ciudad. ¿Pero a quién vemos a nuestro alrededor? La gente es muy distinta de lo que cabría esperar. No hay patricios romanos clásicos que puedan presumir de tener antepasados ilustres, ni terratenientes nobles, y menos aún miembros de la aristocracia pompeyana…

Antaño el Foro era el lugar de encuentro de las familias que hicieron la historia de la ciudad. Ahora, los que se han apoderado de la escena y han reunido a su alrededor pequeños grupos de personas son, sobre todo… ¡libertos! Se han convertido en los nuevos poderosos de Pompeya. Marco Epidio Sabino lo percibe claramente, y cada vez que entra en el Foro siente una puñalada en el corazón. ¿Dónde se han metido todas las personas que conoció de joven, dónde se han escondido los nobles de Pompeya, con los que conversaba amablemente y con los que podía hacer gala de toda su cultura, tanto en el Foro como en los banquetes?

Los terremotos han alejado una tras otra a muchas familias prominentes: se han trasladado a otros lugares más seguros donde

tienen otras propiedades e intereses. Así, han dejado sus suntuosas *domus* en manos de sus libertos, a menudo alquilándolas. O han vendido las villas a quienes tenían suficiente dinero para comprarlas.

¿Y quiénes son estos nuevos ricos? Es la clase emergente de Pompeya y del imperio. Son esclavos que, una vez liberados, han ganado mucho dinero, algunos en el comercio, otros en la producción agrícola, otros en otro tipo de negocios, no siempre limpios. Son emprendedores en alza y arribistas que acumulan riquezas faraónicas y las dilapidan para hacer gala de su bienestar económico.

Tras una vida de esclavitud y abusos, por fin les ha llegado el momento de la revancha, y compiten para ver quién puede presumir de más riqueza y quién tiene más dinero. Al igual que los Vettii, a quienes conocimos en el desayuno.

A decir verdad, este fenómeno se ha extendido por todo el Imperio Romano, no es exclusivo de Pompeya. Incluso Nerón lo favoreció: enemigo de los senadores y, por tanto, de las familias patricias de las que procedían, facilitó el ascenso social de los últimos, los esclavos liberados por sus amos. Por otra parte, esta nueva clase emergente creó con sus negocios, en conjunto, una riqueza que se extendió por todo el imperio, desde la producción agrícola hasta el comercio, pasando por el aumento de los ingresos fiscales.

Sin embargo, la estrechez de mente, la ignorancia y la crueldad de muchos de estos «nuevos ricos» siguen siendo las mismas que cuando fueron vendidos en el mercado de esclavos. Algunos incluso aquí mismo. Todos los sábados es día de mercado en Pompeya, en la zona del anfiteatro, así que también es posible comprar esclavos. Suben a una plataforma de madera y un subastador inicia la subasta; o bien se alinean contra la pared con un cartel colgado del cuello que describe su lejano y buscado origen (casi siempre inventado) y sus principales cualidades.

En Pompeya, pues, los terremotos han causado un éxodo generalizado, lo que ha tenido una serie de repercusiones que usted mismo podrá comprobar visitando los restos de la ciudad. Las villas y *domus,* que han pasado a manos de libertos deseosos de ganar dinero, se han transformado en lugares de producción agrícola,

viveros y tintorerías. Muchas salas con frescos se han convertido en almacenes de mercancías, por eso hay groseras pintadas sobre espléndidos frescos: a menudo son obra de esclavos que trabajaban al servicio de estos libertos. Por la misma razón se pueden leer pintadas electorales sobre las paredes, en las calles: a medida que surge una nueva generación de mercaderes, comerciantes, artesanos y tenderos que compiten entre sí, los distintos gremios han empezado a tener un peso político considerable y cada elección desplaza el poder (y la posibilidad de ganar aún más dinero) de un gremio a otro.

En Herculano, en cambio, no verá ninguna inscripción electoral, porque es una ciudad rica y «al servicio» de las megavillas de las familias poderosas de los alrededores. Hay, por tanto, un deseo de mantener un mayor equilibrio administrativo y político. Por eso no hay una competencia electoral acalorada. Probablemente las decisiones las toman los poderosos en las casas más bonitas de la ciudad.

Marco Epidio Sabino echa una mirada al inacabado Capitolio. En Pompeya hay muchas obras por terminar. ¿Cómo es que hoy no vemos el mármol del Foro, sino solo muros de ladrillo y algunas columnas? La razón es muy sencilla: tras la erupción, los romanos excavaron la zona del Foro para recuperar el «tesoro» de las losas y columnas de mármol recién colocadas, con el fin de darles un nuevo uso. Las estatuas ecuestres también desaparecieron.

El rostro de Marco se ilumina cuando se encuentra con la mirada de un viejo amigo, con el que se detiene a hablar como si se tratase de un oasis en este mar de ignorancia. La conversación empieza enseguida a remontarse a viejos recuerdos, ilustres pompeyanos y reglas que ya no se respetan. Parecen dos típicos ancianos, pero de hace dos mil años. Dejémosles charlar…

Los últimos discursos.

¿De qué se habla en el Foro de Pompeya? En todas las ciudades romanas este lugar es la principal fuente de noticias para sus habitantes (seguido de cerca por las *popinae,* es decir, los «bares»). Ir a la plaza es como ir a la página *web* de un periódico. A lo largo

de una mañana, dependiendo de las personas con las que uno se encuentre, es como si se recorrieran las distintas páginas. Un comerciante que acaba de desembarcar les contará los acontecimientos de otro continente (noticias extranjeras) o las extrañas costumbres de países lejanos (cultura), un marinero les hablará de un naufragio que acaba de producirse (noticias), un comerciante les comentará los nuevos impuestos que se avecinan (finanzas), un terrateniente les dará su opinión sobre la producción agrícola de este año (economía), un chaval les confiará haber oído acerca de un próximo combate de gladiadores o les hablará de las hazañas de un auriga en Roma (deporte), un liberto les contará la traición que ha sufrido un personaje conocido de la ciudad (cotilleo)…

Y en el Foro de Pompeya, ¿de qué se habla el jueves 23 de octubre del año 79 d. C.? Como ciudad con vocación agrícola y comercial, es probable que se discuta sobre la vendimia que acaba de terminar; sobre la calidad del vino y los beneficios que se obtendrán de él en comparación con años anteriores; sobre los altibajos de la producción de *garum;* sobre la preparación de la tierra para el próximo invierno; sobre la caída del precio de las casas, ya que muchos se han marchado (o piensan marcharse); sobre la falta de agua y el progreso de las reparaciones del sistema hidráulico; sobre fenómenos inusuales, como desprendimientos, peces muertos… También se habla de los temblores, cada vez más frecuentes, y de la cuestión de si merece la pena o no realizar reparaciones, ya que si se producen nuevos derrumbes hay que empezar de nuevo. Muchos se quejan de los precios exorbitantes que se cobran por restaurar un fresco dañado por una simple grieta. Algunos están preocupados y tratan de averiguar, por lo que dicen los demás, si no sería mejor abandonar la ciudad.

Estas son las conversaciones más probables del último día de vida en el Foro de Pompeya. Pero también hay otros hechos que están en boca de todos esta mañana. Vespasiano lleva menos de un año muerto, Tito acaba de llegar al poder y ya ofrece interesantes puntos de discusión: acaba de eliminar a Aulo Cecina Alieno nada más acabar un banquete celebrado en el palacio imperial. La razón oficial es que supuestamente había conspirado contra Vespasiano… pero tal vez no se trate más que de un simple asunto de mujeres:

este hombre era culpable de intentar seducir a una de las amantes del emperador. Se habla después del Coliseo, una verdadera maravilla que pronto se inaugurará (se abrirá en el año 80 d. C.) y del avance hacia el norte de Gran Bretaña de las legiones dirigidas por Julio Agrícola.

Una elegante litera atraviesa el Foro en diagonal y se balancea suavemente al paso de los esclavos que la llevan al hombro. Parece que flotara sobre las cabezas de la gente. Tumbada cómodamente en ella hay una mujer con la mirada perdida. A muchos les llama la atención su elegancia, pero también sus joyas. Debe de ser la nueva esposa de algún rico propietario de *domus* en la ciudad. Tres enormes esclavos guardaespaldas van abriendo camino y se aseguran de que nadie se acerque demasiado. Las cortinas de la litera se balancean con cada soplo del viento, como las velas de una nave. Luego, como si de un barco se tratara, la litera «atraca» al pie de la columnata. La mujer se baja, ayudada por uno de sus esclavos, y empieza a caminar con un paso provocativo y sensual. Los tres poderosos esclavos la escoltan.

Bajo el pórtico hay muchos vendedores, tal como ilustran algunos de los frescos encontrados en una casa de Pompeya, casi como si fueran fotografías antiguas. Son artesanos sin tienda que ofrecen sus productos aquí. Un hojalatero vende diversos tipos de ollas y marmitas de cobre; un herrero vende herramientas para trabajar el campo; también hay quien expone, entre los diversas cachivaches, cuadros de naturalezas muertas.

Nos llama la atención un anciano zapatero que acaba de echarse una siesta en su taburete apoyado en una columna, entre las sonrisas de sus colegas y clientes: vende sandalias y zapatos para el próximo invierno, y no se nos pasa por alto un verdadero «truco» contra el frío. Se trata de un artificio muy usado en el calzado de invierno que emplean los legionarios, tal y como hemos podido averiguar al descubrir el cargamento de un barco romano que encalló hace más de dos mil años en la costa cercana a Comacchio. En lugar de llevar las sandalias con calcetines de lana, que protegen poco y mal y se empapan con la lluvia, los legionarios metían cada pie en una especie de mocasín similar a un «calcetín» de cuero muy suave *(soccus),* y encima se ponían sandalias con suelas de pinchos *(caligae)*. Estos dos elementos del calzado se encontraron, todavía

uno dentro del otro, en la bodega del barco, y hoy se pueden ver en el museo que expone todos los hallazgos de Comacchio. Pues bien, con toda seguridad la gente corriente también utilizaba este truco. De hecho, frente a la antigua zapatería de la acera del pórtico del Foro, un hombre mira algunos ejemplares de este tipo de calzado, decidiendo si comprarlos o no. Tiene una mirada pensativa mientras muerde una torta aún caliente.

¿Dónde ha comprado esa torta? No lejos de aquí: en el interior del *macellum*. Pero también en el exterior, bajo los pórticos del Foro y en otros lugares de la ciudad, operan los *pistores clibanari,* similares a los actuales «quioscos» en los que se elaboran tortas, bocadillos y *pizzas*. Utilizaban hornos portátiles, metálicos y de doble fondo. Aunque hoy no es día de mercado, se han encontrado en el interior del *macellum* los restos carbonizados de los panes planos *(placentae)* que vendían y que, como nuestros bocadillos, constituían el almuerzo de los pompeyanos.

La rica matrona romana sigue su camino, ignorando por completo la divertida escena del zapatero, cuya cabeza cuelga cada vez más. Se dirige a una de las tiendas que se encuentra en el lado que lleva a la plaza del mercado de Pompeya, programado, como siempre, para pasado mañana, sábado. Aquí, alineadas en una fila, se encuentran las «oficinas» de los distintos banqueros de la ciudad, los *argentarii*. Ella sabe muy bien en qué tienda tiene que entrar, así que con un gesto de la cabeza les dice a sus esclavos que la esperen fuera y atraviesa el umbral.

El banquero más rico de Pompeya.

En el interior, sentado junto a un gran escritorio-caja fuerte, se encuentra Lucio Cecilio Jocundo, el banquero más famoso de Pompeya. Está dictando una carta a su secretario. Levanta la vista y sus ojos azules encuadran a la mujer en el umbral: la provocativa silueta es perfectamente visible a contraluz, es fácil hacer una «radiografía» a través de la ropa. El banquero es un hombre delgado, con la cabeza redonda y el pelo blanco muy corto. Recuerda a Picasso por sus orejas ligeramente separadas. Así, al menos, nos lo ha transmitido una escultura de bronce *(herma)* que

los arqueólogos encontraron en su hermosa casa.

La mujer entra con decisión, balanceándose llamativamente. Los ojos del banquero se entrecierran. No caerá en la trampa de la belleza, la reunión será estrictamente formal y profesional. A decir verdad, esa es la fama que tiene entre los habitantes de Pompeya.

Lucio Cecilio Jocundo es uno de los hombres más ricos de la ciudad. Lo conocimos en el banquete de Rectina. Se casó con una mujer perteneciente a la misma *gens* que la famosa Cecilia Metella (protagonista femenina de la Roma de la época de Cicerón, a la que, por no alargarnos de más, podemos recordar por sus innumerables aventuras amorosas), con la que tuvo dos hijos: Quinto y Sexto. Amaba a su perro, cuya efigie destaca en el suelo a la entrada de su casa. Tiene unos sesenta y cinco años, una edad muy avanzada para la época, pero su mente es muy lúcida. Y no podía ser de otra manera.

Hijo de banqueros y banquero él mismo es, en concreto, un *coactor,* es decir, además de prestar dinero a la gente, es un depositario de capital, como un banco, una posición muy delicada que demuestra la confianza que sus clientes tienen en él. Su talento para los negocios es proverbial y nunca se ha equivocado.

¿Por qué sabemos tanto de él? Porque en su espléndida casa, en la Vía del Vesubio, se encontró una caja fuerte que contenía no menos de ciento cincuenta tablillas de cera con todos los préstamos y contratos que había estipulado con organismos privados y ciudadanos comunes. Sin embargo, esta es solo una parte de su vasto archivo, que abarca un período que va del 37 al 62 d. C., año del famoso terremoto. Por lo tanto, falta la documentación relativa a los últimos diecisiete años de su trabajo. Se desconoce su paradero. Tal vez se la llevó en el momento de la erupción, o tal vez estaba en su oficina, aquí en el Foro, y fue destruida o recuperada después de la erupción, cuando las autoridades expoliaron los mármoles. Puede que la pidiera él mismo, lo que sería señal de que se habría salvado…

Sea como fuere, esas ciento cincuenta tablillas recuperadas, aunque tan solo una parte de su archivo, ¡contienen nada menos que cuatrocientos nombres de pompeyanos! Y de este modo nos ofrecen una imagen extraordinaria de la vida económica y financiera de Pompeya y de las interacciones entre los distintos

ciudadanos. Lucio Cecilio Jocundo tiene relaciones con las principales familias de Pompeya y es socio comercial de las personas más ricas de la ciudad. Es fácil imaginarlo como un banquero moderno o del pasado reciente.

La mujer se sienta en un cómodo taburete con un cojín, inundando el despacho con su fuerte perfume. Es la joven esposa de un antiguo socio del banquero, Erennuleio Commune. El nombre de este hombre figura en tablillas descubiertas por los arqueólogos: era un hábil comerciante de vino *(mercator vinarius),* cuya familia tenía ramas en lugares tan lejanos como Ostia y Salerno. Es propietario de una espléndida residencia en el barrio rico de Pompeya, la Casa de Apolo, en la que, entre las múltiples obras maestras que hay, se encuentra un mosaico de las Tres Gracias (actualmente expuesto en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles). El banquero reconoce en la mujer que tiene sentada frente a él a la modelo que había posado como una de ellas…

A un gesto de la esposa de Erennuleio Commune, uno de los esclavos lleva con cierta dificultad un cofre grande y pesado que es abierto sobre la mesa de Lucio Cecilio Jocundo: está lleno de monedas de oro. La mujer pide que se deposite esta gran suma en las arcas del banquero, en previsión de una inversión especulativa que quiere hacer en la ciudad. Él asiente sin pestañear, al tiempo que no deja de dar vueltas a un gran anillo de oro, sin quitarle ojo a la mujer. A continuación, pide a su secretario que cuente las monedas por él y que redacte la aceptación de la suma en tablillas de cera: como en todos los contratos, habrá tres copias, una para ella (como recibo) y dos para que él las guarde en su archivo.

Ni siquiera a un hombre tan versado en finanzas como Lucio Cecilio Jocundo le resulta fácil acostumbrarse a las grandes sumas de dinero de que dispone esta nueva clase emergente en Pompeya, y mucho menos a la despreocupación con la que manejan las monedas de oro, para compras o especulaciones financieras arriesgadas. Recuerda la astucia de los propietarios pompeyanos de antaño, ligados a la tierra, que tenían muy claro el valor del dinero. Pero, como se suele decir, *business is business,* y este banquero no es, por cierto, uno de los más escrupulosos; es más, no es raro verlo, como lo haremos en un momento, involucrado en operaciones «piratas».

La mujer se va tal como llegó. Nunca podrá hacer esa inversión. Durante la erupción terminará su vida, tras una larga y desesperada huida, en el pórtico del Cuartel de los Gladiadores, cargada de joyas preciosas, ya inútiles… Pero ella aún no lo sabe y, levantándose frente a Lucio Cecilio Jocundo, lanza una lánguida mirada a los presentes y luego se dirige a la puerta, escoltada por sus esclavos. Sus sinuosas caderas hipnotizan al joven secretario. Una colleja lo devuelve a la realidad.

Manos sobre la ciudad

Foro de Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 12:00; faltan 25 horas para la erupción.

> *ABOMINO PAUPERO(S) QUISQUI(S) QUID GRATIS ROGAT FATUS EST AES DET ET ACCIPIAT REM.*
> *¡Detesto a los pobres! Cualquiera que pida algo gratis es un necio. Paga, y obtendrás lo que pides.*

Hora de cerrar. Lucio Caecilio Jocundo se despide del secretario. Está en la puerta. Ya tiene una bufanda alrededor del cuello y está a punto de ponerse un gracioso gorro de lana, cuando de repente le cae polvo de escayola en la cabeza. Instintivamente mira hacia el artesonado, que parece estar intacto, pero en realidad es el suelo el que ha temblado ligeramente. Los dos se miran. El joven está preocupado. El banquero se encoge de hombros, se limpia la cabeza con la mano, sonríe y se va, poniéndose la gorro. Sin embargo, en el exterior tiene que detenerse inmediatamente. Un gato asustado le corta el paso y entra en un callejón. El relincho de un caballo desbocado resuena en el pórtico: la bestia ha escapado de su dueño y galopa desesperadamente por la columnata. La gente se esconde entre las columnas. Un caballo negro como la noche que corre aterrorizado por el blanco del Foro… «Me pregunto si esto significa algo, si es una señal de los dioses» piensa el banquero. El temblor del suelo se reanuda y las personas de los «bares», visiblemente molestas, sujetan los objetos de las mesas para que no se caigan. Lucio Caecilio Jocundo levanta los ojos al cielo. Tres palomas vuelan rápidamente sobre la plaza en dirección a los Apeninos. «Buena señal», murmura para sí mismo, «se dirigen al este, hacia el amanecer, es un mensaje auspicioso de los dioses…». Los temblores cesan de repente y todo el mundo vuelve a charlar como si no

hubiera pasado nada.

La gente empieza a abandonar el Foro. En Pompeya, como en todas las ciudades romanas, los comercios cierran a la hora de comer, a diferentes horas, algunos a mediodía, otros a las dos… ¡para no volver a abrir hasta el día siguiente! Es una costumbre. Todo está cerrado por la tarde, entre otras cosas porque la gente empieza a trabajar al amanecer. A partir de ahora solo quedan abiertos los lugares para almorzar y… las termas, si es que funcionan…

El banquero es una figura muy conocida en la ciudad. Caminando bajo los soportales parece un hombre pequeño, delgado, viejo e indefenso, pero todos saben lo poderoso que es y lo saludan con gran respeto. Por su parte, no oculta una cierta satisfacción por el éxito que está cosechando al final de su carrera. Pero ¿quiénes son esas personas con las que nos cruzamos? Por desgracia, como si se tratara de una película o de una novela de la que conocemos el final, sabemos qué será de ellos.

Aquel hombre alto y delgado que cruza la plaza del Foro junto a un niño, por ejemplo, morirán en la Villa de los Misterios. Ahora se los puede ver expuestos en vitrinas. Igual que aquel otro hombre de nariz larga que ríe junto a unos amigos; lo encontrarán después de casi dos mil años en las afueras de la Puerta de Nocera, asfixiado por la erupción, junto con otras tres personas.

Esa pareja que se dirige al Arco de Triunfo junto al Capitolio, en cambio, conseguirá salvarse. Tendrán el instinto de huir inmediatamente, en dirección a la península sorrentina, donde viven los parientes de ella. No tendrá ninguna posibilidad, en cambio, la mujer embarazada con su marido y sus dos hijos que vemos al fondo. El profesor Antonio De Simone las encontrará durante las excavaciones y les devolverá su aspecto anterior gracias a la técnica del vertido de cemento. Tras liberarlos del sedimento volcánico, una escena especialmente conmovedora se revelará ante los arqueólogos: morirán todos juntos, y él, en un último y desesperado intento de protegerla, tratará de cubrirle la cara con un trozo de su túnica o su capa. Otra familia, en cambio, que ahora se detiene a comprar rosquillas a un vendedor ambulante, se salvará porque mañana saldrá temprano de Pompeya para visitar a unos conocidos en Nápoles.

También esos dos que ahora caminan con nosotros por la Vía de la Abundancia estarán entre las víctimas. Es curioso el destino: no se conocen y morirán en lugares diferentes, pero volverán a encontrarse, no lejos de aquí, en los actuales depósitos arqueológicos del Foro, entre ánforas, estatuas y mesas de mármol que los turistas pueden ver a través de gruesas rejillas. Hoy ella se encuentra en una vitrina: se la reconoce porque lleva un moño en la cabeza y está tumbada boca abajo mientras se tapa la cara. Él, por su parte, está sentado no muy lejos de ella, acurrucado con las manos sobre la cara: en realidad, los arqueólogos lo encontraron en una posición similar a la de alguien que besa el suelo, pero luego fue exhibido de una manera diferente y algo curiosa. Si los turistas los hubieran visto antes de la erupción, sonrientes y llenos de ganas de vivir, no se atreverían a fotografiarlos morbosamente, y tal vez ni siquiera soportarían verlos así expuestos…

La erupción, una despiadada ruleta rusa del destino, hará que la gente viva o muera de una manera que ninguna lógica puede predecir ahora. Pero lo descubriremos sobre la marcha.

Estamos deshaciendo el camino que recorrimos esta mañana por la Vía de la Abundancia. Lucio Cecilio Jocundo pasa por delante de una tienda que aún está abierta. Es la de Clodio, el *sagarius,* es decir, el fabricante de capas *(saga)*. Su tienda está situada junto a la entrada principal de las Termas. Sonríe y saluda al banquero con su fuerte acento irpiniano. Clodio tiene buenas razones para estar contento: con los primeros fríos, el negocio se ha recuperado y su tienda está repleta de gente comprando capas.

En realidad, el *sagum* es muy sencillo. Originalmente era un manto que llevaban los pueblos de la Galia y que consistía en un simple cuadrado de tela. Práctico y cálido, era muy popular entre los legionarios —que lo llevaban en diferentes colores según el rango— y entre los trabajadores del campo, especialmente los esclavos.

Clodio es uno de esos tenderos que viven en su propia tienda: una escalera conduce a una pequeña habitación en el entresuelo donde el hombre duerme con su mujer y su hijo. Se pueden oír los pasos del pequeño corriendo de un lado a otro de la calle…

Negocios en Pompeya: un poco Wall Street, un poco Chinatown y un poco Chicago.

Lucio Cecilio Jocundo, avanzando con lentitud a causa de su edad y de los saludos de las muchas personas con que se va encontrando, ha llegado al cruce donde acaban de despedirse Tito Suedio Clemente y el «Quintiliano» de Pompeya. Sin embargo, su casa, como ya hemos mencionado, se encuentra en otro lugar. Para llegar a ella desde el Foro el banquero habría tenido que ir hacia el norte, por la Vía de la Fortuna. ¿Qué está haciendo aquí? Ha quedado a comer con un hombre muy poderoso, al que alguien ha definido como el «Al Capone» de Pompeya.

Pasado el cruce se entra en un mundo muy particular: el tramo más oriental de la Vía de la Abundancia, un lugar donde, como veremos, se gana dinero gracias a las tiendas de la calle, pero también a «niveles» mucho más altos. Es un lugar en el que los negocios, la política y los *lobbies* (y sus chanchullos) suelen ir de la mano.

Nuestra ruta se introduce por un gran arco con cuatro pilares, cuya sombra cubre el último tramo de la Vía de la Abundancia antes del cruce. Si no estuviera cubierto de losas blancas, parecería una enorme araña con las patas bien estiradas de un lado a otro de la calle. ¿Quién querría construir algo así? Es un símbolo del tipo de negocios vinculados al entorno de la política que vamos a conocer. Fue edificado por la familia Holconia, de origen etrusco y una de las más ilustres y nobles de Pompeya. Esta familia se enriqueció enormemente con el comercio del vino, la fabricación de ánforas y la explotación de canteras de arcilla. En la práctica, son dueños de toda la cadena de producción: es un poco como si hoy en día una empresa que produce cerveza fuera también dueña de las canteras de bauxita en África de donde se extrae el aluminio necesario para fabricar las latas. Anoche, en el banquete de la Rectina, pudimos conocer a un miembro de la tercera generación de esta poderosa familia: Marco Olconio Prisco. Elegido *duoviro* en la ciudad gracias, casualmente, al apoyo de nuestro poderoso banquero… Pero este arco es obra de su abuelo Rufo y de su padre Celere, cuyas estatuas se encuentran en la base de dos pilares.

¿Cómo pudo la administración de Pompeya permitirles construir un enorme edificio en el corazón de la ciudad, y nada menos a caballo de la calle principal, para recordar a todos su poder? Cubre algo así como cien metros cuadrados. Imagínese algo equivalente en

su ciudad hoy en día. Pues la respuesta es simple: los dos «millonarios» romanos, abuelo y padre, eran tan ricos que reconstruyeron a sus expensas el Gran Teatro de Pompeya, que había quedado semidestruido por el terremoto del año 62 d. C., y los ciudadanos, agradecidos, les permitieron erigir este arco de cuatro frentes *(tetrapylon)* en el lugar más concurrido de Pompeya, reservando para el abuelo un sitio «de por vida» dentro del Gran Teatro.

No se sorprendan, esto es un «clásico» en el mundo romano, especialmente en provincias. Las familias ricas —con frecuencia en busca de una visibilidad y un prestigio que borren sus orígenes humildes— competían por «regalar» a la población grandes edificios públicos, como teatros, mercados, etc. En otras palabras, con estas obras «compraban» el favor de los ciudadanos.

Más tarde, en el caso de los miembros de la *gens* Holconia, que habían intentado sin éxito obtener el rango de senadores y habían vivido un período oscuro por haber apoyado al emperador Calígula —que en su momento no mostró, por cierto, una actitud blanda hacia el Senado—, la elección de Marco Olconio Prisco como *duoviro* de la ciudad constituyó una forma de redención. En su elección, como ya hemos visto, metió baza el banquero. ¿Por qué? ¡Porque este último es un viejo amigo de la familia! Las tablillas descubiertas por los arqueólogos lo atestiguan: ¡el famoso abuelo Rufo figura entre sus clientes!

En resumen, este arco con cuatro aberturas, probablemente coronado por una estatua ecuestre, es una verdadera tarjeta de presentación de los negocios de Pompeya, donde los bancos (Lucio Cecilio Jocundo), la política (Marco Olconio Prisco) y los empresarios (la familia Holconia en general) van de la mano. Pero este no es un caso aislado, como veremos.

El banquero se adentra en la sombra del monumento y sus ojos tienen que acostumbrarse a la semioscuridad. Le parece que una de las estatuas de los progenitores de la gens Holconia se mueve y viene hacia él. ¿Cómo es posible? Abre bien los ojos, que ya no son tan fiables como antes, y la estatua acaba revelándose como alguien que conoce muy bien: es el joven político Marco Olconio Prisco… No solo su silueta es idéntica a la de la estatua de su abuelo, sino que el parecido es sorprendente. De hecho, ahora que lo recuerda,

habían quedado justo debajo del arco para ir juntos a esa importante comida de negocios.

Tras un breve saludo ambos siguen adelante, pero antes de salir del arco la mirada del banquero se encuentra con la de un hombre sentado en el borde de la acera, de pelo rizado y ojos vivos. Va humildemente vestido y lleva una barba desaliñada. Es un vendedor ambulante, como los muchos que hay en Pompeya, y ha expuesto algunas estatuillas sagradas en un simple paño extendido sobre la acera. Con una fría sonrisa, el banquero le pide una y le entrega unas monedas. Lo hace instintivamente, como si quisiera invocar algo de buena suerte para la reunión a la que va. Es un hombre muy supersticioso. Agarra la estatuilla con sus manos huesudas y se marcha. El vendedor los observa alejarse y, cuando ya se han distanciado, escupe en la acera en su dirección, pero ninguno de los poderosos se da cuenta y ambos se internan en la Vía de la Abundancia con paso seguro, como leones en la «sabana».

Aunque parezca increíble, casi dos mil años después sabemos quién es este humilde vendedor ambulante. Es Marco Calidio Nasta. Los investigadores encontrará su precinto en este mismo lugar junto con las estatuillas, ofreciéndonos una instantánea de la tragedia que fue la erupción que estamos a punto de relatar.

Entramos en la Vía de la Abundancia. Es una calle que llama la atención por lo larga y recta que es. Los edificios forman una masa compacta a ambos lados, interrumpida a intervalos regulares por calles laterales. Esta parte de la ciudad es claramente el resultado de un proceso de urbanización que se planificó para formar un preciso damero de manzanas de casas. La parte inferior de las fachadas de los edificios está cubierta por una banda roja que se desvanece en el horizonte, creando un notable efecto de perspectiva y dando un toque de color y elegancia. En realidad, esta es una característica de todas las calles de Pompeya y de las ciudades romanas en general.

Los dos suben por las altas aceras. Es interesante observar que, mientras que las calles de Pompeya son responsabilidad directa de los constructores (una especie de consejeros-magistrados de la administración pública, elegidos originalmente cada año), las aceras son prerrogativa de los propietarios de las casas que se encuentran en ellas. Por eso, aunque las calles tienen siempre un revestimiento

homogéneo de adoquines, las aceras cambian a menudo de aspecto y de color: a veces son de *cocciopesto* rojizo, a veces son grises debido al polvo de lava, a veces hay pequeños trozos de mármol de color claro, etc. También se pueden ver verdaderos «abusos», como las rampas de acceso que cubren el pavimento, hacia las que la administración evidentemente ha hecho la vista gorda o para las que incluso ha dado permiso.

Los edificios de la Vía de la Abundancia tienen casi todos, además de la planta baja, un piso superior desde el que asoman ventanitas o pequeñas series de columnas (es decir, arcadas superiores). En algunos casos raros sobresalen balcones con macetas y enredaderas. A veces, en cambio, se ven balcones completamente cerrados, un poco como en nuestras ciudades modernas: parecen armarios de madera colgados de las fachadas y están dotados de «persianas» para que las pompeyanas puedan observar a la gente de la calle sin ser observadas.

Cuando no hay balcones estos son sustituidos por largas marquesinas que sobresalen alrededor de un metro (algunas de las cuales han sido restauradas por los arqueólogos a lo largo de la calle), formando un largo toldo a cada lado de la acera que da sombra a las entradas de las tiendas y los bares y los protege de la lluvia en los días malos.

La Vía de la Abundancia es una de las calles más concurridas de Pompeya. Una especie de Chinatown. Hay un confuso bullir de actividad.

El banquero y el político se abren paso a través de lo que parece un auténtico hormiguero humano. A su alrededor gira un mundo de gente que camina en hileras por las aceras, esclavos que cruzan la calle con cestas al hombro, mujeres que entran en las tiendas con un bebé en brazos y llevando de la mano a otro niño que llora, tenderos que gesticulan descaradamente mientras regatean un precio con un cliente, caballos atados frente a las tabernas con la intención de defecar en medio de la calle, chicos que ríen mientras caminan a paso ligero, tenderos que llaman a los esclavos al orden…

Esta es Pompeya. Nadie podría imaginar que en unas horas casi todo el mundo estará muerto y que toda la ciudad será un infierno humeante… Por ahora eso parece estar muy lejos, así que

continuemos con nuestra visita.

Otra forma de descubrir Pompeya de una manera poco convencional es… con la nariz. El recorrido «olfativo», no menos sorprendente que el visual, permite darse cuenta de que el mundo romano estaba lleno de colores, pero también de olores. De hecho, si cierran los ojos mientras caminan por la calle, podrán incluso adivinar por el olor el establecimiento por el que pasan. Y luego están los delicados perfumes de las lociones que emanan de una barbería, acompañados por las risas de sus clientes ante una broma. Al cabo de unos pocos pasos les llega la fragancia del pan recién horneado. Sí, es la panadería donde estuvimos esta mañana al amanecer. Le sigue el olor acre de la orina, junto con el repugnante olor de las sustancias utilizadas para curtir el cuero: en efecto, estamos ante una tintorería. Un poco más adelante es sustituido por el aroma de un pescado asado con especias: estamos pasando por una especie de *trattoria*. Pero poco después se nos une el olor de las resinas exóticas que arden en el pequeño altar de una deidad en la esquina de un cruce con un callejón sucísimo, que emite un hedor indescriptible. Algo más allá, el fuerte olor a vino nos indica que estamos frente a un bar. Al lado hay una tienda de esencias. Por último, un intenso aroma femenino indica que una matrona acaba de pasar…

Esta experiencia olfativa de Pompeya es especialmente variada e intensa en la Vía de la Abundancia que, en comparación con otras calles, presenta una verdadera «explosión» de comercios. En los seiscientos metros que hay desde aquí hasta la Puerta del Sarno, los estudiosos han identificado más de veinte bares y restaurantes, es decir, una media de uno cada treinta metros. Una concentración sorprendente, si se tiene en cuenta que en otras calles es difícil incluso encontrar uno. La razón que hay detrás de esto no está clara. Tal vez las autoridades, en vista de las multitudes, el bullicio y los inevitables borrachos que atraían, impidieran su proliferación en los barrios residenciales o cerca de los lugares de administración o de culto.

En Pompeya, los talleres de artesanos, las tiendas y las *popinae* suelen señalar sus actividades con carteles en sus fachadas. Y, hablando de inscripciones, los «carteles» electorales, que no muestran el retrato del candidato sino solo su nombre y algunas

frases, también aparecen muy claramente en las paredes. Estos carteles suelen encontrarse en las fachadas de las casas de las familias que apoyan abiertamente al candidato. A veces todo el «personal» de una tienda lo apoya.

La Vía de la Abundancia no es una calle puramente comercial: de vez en cuando uno se topa con las puertas de las casas particulares que, como se puede ver aún hoy, son altas y estrechas, con tachuelas y picaportes. De una de ellas es de donde vemos salir al tribuno imperial Tito Suedio Clemente: sale de la casa del «Quintiliano» de Pompeya, ahora llamada Casa de Marco Epidio Rufo. Esta casa tiene una extraña entrada —un podio elevado con escalones laterales— y es de un tipo muy raro en Pompeya, el llamado atrio corintio. No respeta en absoluto la estructura típica de la *domus* romana, sino que se inspira incluso en… los palacios reales helenísticos y cuenta con un atrio con nada menos que dieciséis columnas de toba, en torno al cual se organiza todo el edificio.

El tribuno imperial va escoltado por dos esclavos de la casa, Itálico y Diadumeno (cuyos nombres se encontrarán grabados en las paredes), que le ayudan a llevar pergaminos y otros documentos a las oficinas del Foro donde, a pesar del horario de cierre, ha convocado una reunión extraordinaria para organizar el restablecimiento del suministro de agua.

La mirada astuta de Lucio Cecilio Jocundo se encuentra con la mirada decidida del tribuno imperial. Se saludan con una breve inclinación de cabeza y siguen en direcciones opuestas. Hay respeto mutuo, pero nada más. De hecho, actúan de dos maneras radicalmente opuestas: una tiende a involucrarse en los tejemanejes, la otra a descubrirlos y a erradicarlos…

El «Al Capone» de Pompeya.

Lucio Cecilio Jocundo y Marco Olconio Prisco, el banquero y el joven político elegido gracias a su apoyo, entran en una casa no lejos de la del tribuno imperial, donde vive el verdadero gobernante de los negocios en Pompeya: Cayo Julio Polibio. Alguien lo ha definido —por sus negocios al límite de la legalidad y por sus

métodos sin escrúpulos— como el «Al Capone» de Pompeya. Una definición tal vez un poco exagerada, pero que da a entender de qué tipo de hombre estamos hablando.

La puerta doble por la que pasan los dos será hallada por los arqueólogos, quienes harán de ella un buen calco. Sin embargo, este será destruido en 1943, en el absurdo bombardeo quirúrgico de la ciudad por los británicos.

Tras cruzar una brevísima antecámara son recibidos en la parte más íntima de la casa, pasando por habitaciones espléndidamente pintadas al fresco, amuebladas con armarios, cofres y cortinas de lino. También hay ventanas de cristales (no tan perfectamente transparentes como hoy) con armazones de olmo y marcos de abeto. En unos instantes llegan a un espléndido jardín rodeado por tres lados de columnas medio amarillas y medio blancas. En las paredes de este peristilo los dos ven una inscripción de propaganda política para elegir al candidato C.I.P. (que significa Cayo Iulio Polibio) para el cargo de *duoviro*. Es él quien se acerca a los invitados con los brazos extendidos: tiene unas manos enormes, es alto y macizo, con una cara regordeta y ojos claros. Su mejilla está desfigurada por una larga cicatriz que, según él, es fruto de la lucha contra pueblos lejanos, pero que todo el mundo sabe que fue el resultado de unas cuantas puñaladas en los callejones cuando aún era un joven esclavo. De hecho, Cayo Julio Polibio es un hombre de origen griego muy humilde: según su nomen (Iulius) debió de ser esclavo, y más tarde liberto imperial, cuando la dinastía Julio-Claudia estaba en el poder.

En el triclinio, ya tumbado para comer junto a una extraordinaria estatua de bronce de Apolo (posteriormente encontrada en ese preciso lugar por los arqueólogos), hay otro político que también estuvo presente en el banquete de Rectina: es el jovencísimo Cayo Cuspio Pansa; sí, el del acné y los ojos viperinos. Sus estridentes carcajadas resuenan también aquí y ponen nervioso a un monito, un joven macaco que se pasea por el cabecero de una de las camas triclinales a la que está atado con una larga cuerda al cuello.

La presencia de un mono en Pompeya no debe sorprender. Importados de África, estos animales eran mantenidos por las familias ricas como mascotas. Es una costumbre que se prolongaría

en el tiempo: en los frescos del siglo XVI del extraordinario Palacio Schifanoia de Ferrara se puede ver un mono similar a este. En el momento de la erupción, el mono de Cayo Julio Polibio se escapará de la casa. Siglos más tarde será encontrado por los investigadores en otra parte de la ciudad. Sus huesos descansan ahora en una caja en los depósitos arqueológicos.

Los cuatro poderosos de Pompeya empiezan a comer y continúan la conversación iniciada la noche anterior en casa de Rectina. Es Cayo Julio Polibio el que tiene la palabra. Sus discursos están salpicados de pausas, una «peculiaridad» con la que hace gala de su poder. En verdad es un auténtico tiburón en los negocios. El origen de su fortuna sigue siendo oscuro para nosotros, pero sí sabemos que, una vez liberado de su condición de esclavo, se embarcó en un imparable ascenso en la sociedad pompeyana utilizando todos los medios posibles, incluso los más siniestros. Los estudios de los arqueólogos han revelado que, además de ser testigo de contratos, con una formidable red de relaciones económicas y financieras, llegó a ser propietario de varias panaderías en la ciudad y de unos establos con mulas y arrieros de alquiler cerca de la Puerta de Herculano (donde Rectina «aparcó» su calesa). Estos establos son cruciales para la red de pequeños transportes en Pompeya y sus alrededores; es como si hoy fuera propietario de varias empresas de transporte con una gran flota de camiones. Por último, algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que también debía de ser el propietario directo o indirecto de algunos burdeles, por las conexiones que tiene con las prostitutas de la Vía de la Abundancia, por ejemplo. Pronto lo descubriremos…

En definitiva, un currículum no del todo… noble. Cierto, quizá evocar la figura de Al Capone puede parecer excesivo. De hecho, no tenemos constancia de intimidaciones ni de asesinatos que marcaran el ascenso al poder de Cayo Julio Polibio. Sin embargo, teniendo en cuenta las debidas diferencias entre Pompeya y Chicago, podemos suponer que sus métodos eran tan agresivos y faltos de escrúpulos como los del *boss* americano. Gracias a su posición financiera —y sobre todo a su densísima red de relaciones y connivencias—, Polibio llegó a ocupar dos puestos clave de poder en Pompeya: primero *edil* y después *duoviro*. En definitiva, también gestionaba sus negocios de manera plenamente legal… sentándose

en la administración de la ciudad y tomando decisiones sobre obras y proyectos públicos, imaginamos que de la forma que más le convenía. En la fachada de su casa aún se puede ver la inscripción electoral que invita a todos los transeúntes a votar por el que «hace buen pan».

En el triclinio de Polibio, los cuatro hombres intentan averiguar cómo acaparar una buena parte de las obras de reconstrucción tras los recientes terremotos. La reparación del sistema de suministro de agua podría ser un buen contrato, tanto para obtener un suculento margen de beneficios como para ganarse la buena voluntad de los ciudadanos. El único obstáculo es el tribuno imperial, Tito Suedio Clemente. Desde que está allí, todo se ha vuelto más difícil…

Un siervo llega con una bandeja de platos. Aparece coronada con una cabeza de jirafa rodeada de muchos bocados delicados. Aun ofreciendo un ligero refrigerio, Polibio no se priva de impresionar a sus invitados y ha dispuesto la preparación de un plato excepcional elaborado con un tipo de carne del todo inusual. De hecho, varias jirafas han sido recientemente descargadas en el puerto de Pompeya tras realizar un penoso viaje desde África. Puede que estuvieran destinadas a los jardines de algunas villas faraónicas de la costa, pero algunas, imaginamos, no han llegado vivas y sus propietarios han decidido vender la carne a un precio muy elevado para recuperar al menos parte del coste de la «exótica» compra. Así que, casi con toda seguridad, los cortes de carne más valiosos habrán ido a parar a las mesas de ricos que querían sorprender a sus invitados, mientras que los restos menos nobles, como las pezuñas y los extremos de las patas, se sirven en algunas tabernas, tal y como prueba uno de los hallazgos arqueológicos.

Tras servir la deliciosa comida, el esclavo de Cayo Julio Polibio vuelve a la cocina, que se encuentra en una especie de garita a un lado del pequeño patio. En su interior, por encima del mostrador donde se cocinan los alimentos sobre las brasas, hay un espléndido fresco, todavía visible hoy, que sirve de larario.

El esclavo apenas tiene tiempo de preparar una nueva bandeja: debe llevarla inmediatamente a una habitación contigua a la sala donde están comiendo los cuatro hombres. En el centro de esa habitación, tumbada en una cama tricliniar con un respaldo muy alto, está la mujer de Polibio tratando de tocar una especie de

guitarra. La escucha su hija embarazada, acostada en otra cama. La conocimos esta mañana en la Casa del Cirujano.

Junto a ella hay una criada con una cesta de fruta en los brazos: tiene rasgos africanos y, de hecho, es muy probable que sea de Senegal o del África subsahariana. Quién sabe cómo llegó aquí. Desarraigada de su pueblo, debe de tener una historia muy triste de esclavitud a sus espaldas.

Completan el cuadro un pájaro exótico atado por una pata al poste de la cama y un perrito acurrucado en el lecho, junto a su dueña que toca música. El perro de compañía no debería sorprender. De los mosaicos, estatuas y bajorrelieves que han llegado hasta nosotros se deduce que en la época romana ya se habían extendido muchas variedades de perros: de caza, rápidos o potentes, capaces de rastrear liebres o cercar jabalíes, pero también pequeños perritos de salón, parecidos a un *yorkshire* (un bello ejemplo de ello se encuentra en una pequeña escultura de terracota expuesta en el Gabinete Secreto del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).

Volvamos por un momento al banquete de los cuatro hombres que, como hemos dicho, son la expresión del nuevo rumbo de la sociedad romana. Estos exesclavos, ambiciosos y dedicados a la búsqueda de beneficios en todos los sentidos, resultan ser también un buen motor económico, creando una riqueza de la que todos acaban disfrutando. Entonces ¿por qué los romanos no fueron, desde el principio de su historia, igual de faltos de escrúpulos, cínicos y sin moral para hacer dinero?

En la época antigua, los valores sociales, como la *dignitas* familiar, les frenaban a menudo en su falta de escrúpulos porque los principios éticos y morales (al estilo romano, claro) eran la base de la admiración de la comunidad. Los libertos, que a menudo no son de origen itálico sino que proceden de regiones conquistadas por las legiones imperiales, han dado un vuelco a este planteamiento: no les importa de dónde procede el dinero, si de las prostitutas o de la especulación. Lo que cuenta es ser rico. A decir verdad, Augusto había intentado reafirmar la antigua moral, pero ya era demasiado tarde: la sociedad había cambiado de rumbo. Con Nerón se perdió toda esperanza de recuperar los antiguos valores. De los exesclavos en ascenso, un romano de la época republicana comentaría: «Son

realmente bárbaros sin dignidad».

Mientras los cuatro poderosos pompeyanos hablan, nosotros nos alejamos para volver a la calle. ¿Quiénes son las personas que trabajan en la Vía de la Abundancia y qué hacen? Los descubrimientos de los arqueólogos nos han revelado un mundo fascinante.

La tintorería que ingresa mil sestercios al día.

Al salir de la villa de Polibio nos envuelve un fuerte olor a heno. En el siguiente callejón hay un establo con cinco burros o mulas. Se utilizan para transportar harina o repartir pan en la ciudad. Y no es el único olor: en el mismo callejón están restaurando una fosa séptica destruida por el reciente terremoto.

Es curioso que la casa de un hombre poderoso como Cayo Julio Polibio esté «apestada» de olores tan fuertes y desagradables, pero es que en el pasado a nadie le importaba un comino. Los malos olores estaban muy presentes en la vida cotidiana, especialmente en la ciudad.

Pero el olor acre de las tintorerías *(fullonicae)* resultaba desagradable incluso hace dos mil años. En nuestro recorrido por la Vía de la Abundancia una parada obligatoria es la *fullonica* de Stefano. Es fácil de encontrar: tiene un montón de ropa de colores colgada y —gracias a una de las concesiones dadas por la administración a todas las lavanderías para el uso «privado» del suelo público— puesta a secar en la acera. Por el hecho de que las puertas están abiertas y de que hay mucha gente entrando y saliendo podemos deducir que está en funcionamiento, una observación que no podemos «dar por sentada» dada la escasez de agua que hay en la ciudad. Esta *fullonica* es una de las pocas que todavía está activa: las tuberías están vacías, pero el suministro de agua del río y las reservas de la cisterna son capaces de mantener el negocio en marcha.

Miramos desde afuera. La estructura se parece a la de una *domus* clásica, con entrada-atrio-peristilo, pero ¡ha sido transformada en una lavandería! La historia de esta elegante casa es emblemática. Fue habitada durante mucho tiempo por una familia

probablemente acomodada. Tras el terremoto de 62 d. C., los propietarios no se marcharon: repararon los daños y volvieron a pintar las paredes con espléndidos frescos del Cuarto Estilo (véase el capítulo 8). Pero más tarde, unos años antes de la erupción, decidieron marcharse: fueron «expulsados» por los constantes temblores y por esas nuevas sacudidas de las que nunca se habla lo suficiente pero que, como hemos dicho, fueron la verdadera tragedia antes de la tragedia, provocando la emigración de una parte de la sociedad pompeyana que dejó el camino expedito a libertos en busca de beneficios. Aquí tenemos un ejemplo perfecto. La elegante casa romana fue vendida a un antiguo esclavo que, sin ningún escrúpulo, la convirtió en una lavandería, y así, junto a hermosos frescos, hay bañeras malolientes, ropa tendida a secar… ¡Imagínese la consternación de los antiguos propietarios en sus ocasionales visitas a Pompeya! O tal vez no: tal vez siguieron siendo los propietarios del edificio y lo alquilaron a uno de sus antiguos libertos que lo convirtió en una lucrativa fuente de ingresos para todos. Ya nunca lo sabremos. Lo que sí podemos decir es que, por las inscripciones electorales de las paredes, nos enteramos de que todos los trabajadores de la *fullonica* apoyaban a un candidato y, un poco más adelante, en otra inscripción, hasta Stefano lo hacía.

Seguimos a uno de los clientes que acaba de entrar. Va directamente a una sala a la derecha donde hay una caja. Una chica coge su tarjeta de hueso con un número grabado, su «recibo», y consulta un tablero encerado para ver a qué objeto se refiere. Todo está listo, la entrega tendrá lugar en breve. El cliente paga y luego, mientras espera su ropa, entra en la casa y va a sentarse a una gran sala que da al atrio. Así lo hacemos también nosotros: desde aquí podemos descubrir todo el ciclo de trabajo de una *fullonica*.

La ropa sucia se lleva al antiguo jardín de la casa: las plantas siguen allí, al igual que la columnata del peristilo, pero la pared del fondo ha sido destruida y se ha levantado una tarima donde hay cinco pequeñas «tinas» ovaladas *(lacunae fullonicae)* en fila, auténticos pilones. Aquí algunos chicos, apoyando los codos en las paredes divisorias, aplastan con los pies la ropa sucia en un cóctel de agua y sustancias alcalinas como la sosa y… la orina (el jabón era todavía desconocido). El olor es nauseabundo y estos jovencísimos esclavos tienen que estar pisoteando durante horas y

horas, todos los días, incluso cuando sobreviene el invierno. Es un trabajo agotador. La piel pronto se agrieta y las llagas se abren y se infectan fácilmente. Como hemos visto esta mañana cuando hemos seguido al repartidor de una *fullonica* que cojeaba notablemente, las articulaciones primero se inflaman y luego se deforman, haciendo que hasta el simple acto de caminar resulte difícil y doloroso.

Junto a los restos de una enorme *fullonica* descubierta en Roma durante las obras de ampliación de las líneas ferroviarias se encontró también un cementerio en el que seguramente estaban enterrados los esclavos que trabajaban allí: todos habían muerto muy jóvenes y sus articulaciones estaban destrozadas.

Un aspecto que hoy resulta desconcertante es que la orina fuera un «combustible» esencial para el trabajo en una tintorería romana. Todos los días necesitaban grandes cantidades de ella, tanto humana como animal, y parece que la orina de dromedario, importada de Oriente, tenía una gran demanda. ¿Cómo se consigue?

A lo largo de la vía, en los callejones, se ven a menudo ánforas con una abertura lateral. Cualquiera puede usarlas para… aliviarse. De forma regular, un esclavo de la *fullonicae* va a recoger el contenido. Las ánforas son urinarios públicos para disfrute… privado. Precisamente por este motivo, algún tiempo antes el emperador Vespasiano había decidido gravar también la orina utilizada en las tintorerías. A las quejas que le llegaron respondió con una frase que ha pasado a la historia —*Pecunia non olet* (El dinero no apesta)—, lo que también nos da una idea de los olores que reinaban en estos lugares.

Junto a estas pequeñas tinas hay otras tres muy grandes, situadas en distintos niveles y que se comunican entre sí «en cascada». Aquí es donde los paños pisados por los muchachos se enjuagan cuidadosamente para eliminar todo rastro de las sustancias utilizadas. Este proceso también involucra el uso de arcilla esméctica importada de Marruecos, sucesivos lavados y el batido, para que el tejido sea más compacto. Las prendas más delicadas, en cambio, se lavaban, según algunos estudiosos, cerca de la entrada, en el atrio, en lo que era la pila de agua de lluvia de la casa, cuyos bordes han sido elevados.

¿Y qué ocurre después? La ropa se lleva a la amplia terraza

plana de la casa, que se utiliza como gran tendedero. También aquí es donde tiene lugar el proceso de sulfuración, por el que los tejidos blancos se vuelven más brillantes: el azufre se quema en un pequeño brasero cubierto con una cúpula de cañas de mimbre entretejidas (similar a una jaula) y la ropa se extiende sobre él.

En realidad, las *fullonicae* no solo se utilizan para lavar la ropa vieja, sino también la nueva, recién tejida o importada, que debe exponerse limpia en los puestos del mercado. Muchas *fullonicae* también tiñen telas recién hechas.

Y para terminar, ¿cómo se plancha la ropa? Se dobla y se pasa por grandes prensas de tornillo, similares a las de Gutenberg.

Probablemente, algunos pequeños braseros con resinas y esencias orientales, colocados debajo de la ropa tendida, le dieran un agradable aroma para que, como se suele decir, «oliera a limpio». Así se sigue haciendo tradicionalmente hoy en día en algunos países orientales.

Estamos a punto de salir. Vemos a algunos trabajadores de la *fullonica* dirigirse a una sala de la que emana un olor a comida. En efecto, como en una empresa real, los trabajadores tienen aquí su propio «comedor».

Hagámonos una pregunta más antes de despedirnos de ellos: ¿qué ocurrirá con toda esta gente? Los arqueólogos nos han dado la respuesta. Excavando en los sedimentos volcánicos encontraron algunos cuerpos. En una habitación, posiblemente la del cajero, uno de ellos tenía al lado la posible recaudación del día: un fondo de 1089,50 sestercios, más o menos seis mil euros.

También podría tratarse, en realidad, de un desconocido que lleva una bolsa con todas sus pertenencias y que se refugió en la *fullonica* durante la tragedia. De hecho, las tablas que cerraban la entrada estaban cerradas con llave, excepto una, que servía de puerta. ¿Es por ahí por donde este pompeyano en fuga se pudo colar y encontrarse con los trabajadores de Stefano? Nunca lo sabremos.

Los asesinos de César, los dioses indios y la chica de alterne

Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 13:00; faltan 24 horas para la erupción.

> *PRISCUS CAELATOR CAMPANO GEMMARIO FELICITER.*
> *Prisco el tallador envía sus mejores deseos a Campano el joyero.*

Estamos de nuevo en la calle. Cada puerta que se abre revela algún pequeño secreto. Por ejemplo, en una elegante *domus,* una mesa de mármol blanco con tres patas y cabezas de león (ahora visible en el centro de la sala, en el borde del *impluvium*) lleva un extraño grabado, que desde hace tiempo está cubierto por una losa de mármol: P Casca Long. Se trata claramente de un nombre, pero no del dueño de la casa, sino de uno de los asesinos de César: Publio Servilio Casca Longo. Según los relatos de la época, fue él quien asestó —desde atrás y apuntando al cuello— la primera puñalada a Julio César. Convertido en tribuno de la plebe, luego en proscrito, tuvo que renunciar a su cargo y huir con las tropas de Bruto y Casio. Fue derrotado por Marco Antonio y Augusto en la famosa batalla de Filipos, en el 42 a. C., donde se suicidó.

En una *damnatio memoriae* —el borrado de la «memoria» de una persona mediante la destrucción de todas sus imágenes y la eliminación de su nombre de todas las inscripciones— ordenada por Augusto se subastaron sus bienes y esta mesa fue evidentemente comprada por los propietarios de la casa de Pompeya, que la expusieron en su jardín. Es fácil imaginar los comentarios y las largas discusiones que debió de suscitar la inscripción grabada.

En la Casa de los Cuatro Estilos, los arqueólogos han encontrado

una estatuilla de marfil muy inusual: representa a una chica desnuda, voluptuosa, mostrando su sexo. Lleva collares de perlas, pulseras y tobilleras con muchas espirales. Solo hay un detalle singular: no es romana, sino que ¡viene de la India! De hecho, es Lakshmi, la diosa de la fertilidad y la belleza. ¿Por qué está en esta casa y cómo llegó a Pompeya?

La sensual estatuilla de Lakshmi nos dice dos cosas. Los antiguos romanos, como nosotros, amaban las obras maestras de otras culturas. Muchos tenían jarrones griegos y etruscos o incluso objetos egipcios en sus casas: las antigüedades ya eran apreciadas en esta época. Por supuesto, se trata de objetos de civilizaciones con las que los romanos se sienten vinculados: en el caso de los griegos y los etruscos, la proximidad es evidente; en cuanto a los antiguos egipcios, basta pensar que en Pompeya hay incluso un templo dedicado a Isis, completo con culto y sacerdotes. Sin embargo, la estatuilla india de marfil parece ser más bien un símbolo de estatus. El hecho de tener un objeto tan bello y preciado procedente de la lejana India, el país de la seda y las especias, debía de sorprender a cualquier huésped. Por último, esta estatuilla nos indica que el Imperio Romano mantenía constantes relaciones comerciales con el subcontinente indio. Se ha llegado a calcular que cada dos días salía un barco comercial de uno de los puertos romanos del Mar Rojo y regresaba cargado de seda, pimienta, otras especias e incluso de estatuillas de marfil. Y no se puede descartar que, de vez en cuando, se viera pasear por las calles de Pompeya a algún auténtico indio, ya fuera marinero, comerciante o invitado.

Prosigamos. Es la hora del almuerzo. Un grupo de artesanos, con restos de cal en los brazos, las piernas e incluso la cara, cruzan la calle. Han salido de la casa contigua a la de Polibio. Es la misma en la que compramos el pan esta mañana temprano, ahora llamada Casa de los Castos Amantes. Son pintores de frescos. Está claro que están pintando frescos nuevos en las paredes de esta *domus* que, como descubrirán los arqueólogos, había resultado dañada en el reciente terremoto.

Mientras van charlando, suben a la acera y entran en un «bar». Estos establecimientos, muy comunes en todas las ciudades romanas, se denominan también *thermopolia* en muchos libros, pero se trata de un término culto de origen griego prácticamente

ausente en el lenguaje cotidiano. Aquí, en Pompeya, nadie le entendería si preguntara por un *thermopolium*. Probablemente acertaría preguntando por una *popina* (si es pequeña) o una *caupona* (si recuerda más a una *trattoria* con mesas), como las suelen llamar los romanos.

El local al que estamos a punto de entrar siguiendo a los pintores es quizás el más famoso de Pompeya y del mundo romano, por lo mucho que se menciona en los libros y las revistas. Es propiedad de Lucio Vetucio Plácido. En su interior hay un mostrador en forma de *L* y, en la pared del fondo, un larario con un hermoso fresco que representa un templo. En su centro hay representado un genio «custodio» de la familia, a cuyos lados bailan dos *larii* protectores de la casa, y más allá están Baco y Mercurio. En la parte de abajo, dos serpientes agatodemónicas, que protegen el hogar, se deslizan hacia el altar de los sacrificios.

Los mostradores de muchos de los «bares» de Pompeya suelen estar cubiertos de porciones de placas de mármol de diferentes tonos y variedades, lo que les da un aspecto «arlequinado». Los agujeros de la encimera saltan a la vista: en realidad son aberturas por las que salían las bocas de las jarras de terracota *(dolia),* que casi con toda seguridad estaban cerradas con tapas.

Se ha debatido mucho sobre el uso real de estas *dolia*. La opinión generalizada es que contenían vino, que se diluía con agua caliente o fría según la época del año. En los «bares» se guardaba un recipiente con agua caliente constantemente. Pero no todos están de acuerdo. De hecho, los investigadores han identificado ochenta y nueve *thermopolia* y ciento veinte *cauponae*. En total, son más de doscientos establecimientos de comida y bebida. De una población estimada de entre seis y veinte mil habitantes, pero más probablemente de entre ocho y doce mil, esto significaría que había un restaurante por cada entre veinticinco y sesenta habitantes aproximadamente. Por lo tanto, si la *dolia* hubiera contenido solo vino, ¡habría que considera a Pompeya como una ciudad de extraordinarios bebedores a todas horas!

En realidad, las cosas debían de ser diferentes. La superficie interior de la *dolia* era porosa y, por tanto, poco práctica para el vino u otros líquidos, que habrían requerido una limpieza muy

complicada, sobre todo porque las jarras estaban encastradas en el mostrador. En el transcurso de diversas excavaciones se han encontrado, efectivamente, ánforas de vino apoyadas en los laterales del mostrador, mientras que los vasos aparecían ordenados en una pequeña estructura de hormigón en forma de «escalerita».

En Herculano también hay restos de auténticos «soportes» para colocar las ánforas, mientras que se han encontrado alimentos secos en el interior de los «agujeros» de los mostradores de los «bares»: garbanzos, alubias, frutos secos que se servían en las comidas del mediodía. De ahí la hipótesis, planteada, por ejemplo, por la académica británica Mary Beard, de que algunos de estos locales eran, en realidad, también tiendas de comestibles y alimentos.

Naturalmente, un gran número de locales en una ciudad también significa otra cosa: que había muchos clientes. Pompeya era un centro comercial con puerto y servía de punto de contacto entre el interior de la región y el mar. Por lo tanto, era «invadida» cada día por comerciantes, carreteros, marineros, viajeros… Exactamente como las ciudades de arte de Italia están hoy en día llenas de turistas (¡y, de hecho, no faltan bares!).

El gerente de este establecimiento, Lucio Vetucio Plácido, atiende a los clientes mientras se mueve inquieto detrás del mostrador. De la trastienda salen todo tipo de alimentos cocinados en pequeños fogones o son sacados de la *dolia* integrada en el mostrador. Le ayudan su esposa Ascula y dos esclavos. Sabe hacer muy bien su trabajo: no solo porque el local es grande, bien arreglado y tiene un acabado elegante, señal de que el trabajo da sus frutos, sino también porque sabe elegir cuidadosamente sus contactos a alto nivel. Por la pintada electoral de las paredes sabemos que tanto él como su esposa apoyaron firmemente la elección del chico con acné y mirada viperina, Cayo Cuspio Pansa. Probablemente lo hicieron en respuesta a la presión no demasiado sutil de Julio Polibio, que vive justo enfrente…

A pesar de la feroz competencia entre los establecimientos de esta calle (al menos una veintena, como hemos dicho), el negocio sigue en auge, quizá gracias en parte a estos apoyos: escondidos en el fondo de una de las seis *dolia* del mostrador, bajo una capa de garbanzos, judías o frutos secos, los arqueólogos descubrirán nada menos que 1385 sestercios (el equivalente a más de ocho mil

euros). En los momentos frenéticos de su huida durante la erupción, la pareja no pudo encontrar un lugar mejor para esconder el dinero, con la evidente esperanza de volver a recuperarlo, cosa que nunca hicieron…

¿Qué comen los pompeyanos en el almuerzo? Una comida frugal, como la de los oficinistas de nuestras ciudades modernas, que salen a tomarse un bocadillo en el bar. Los ricos se alimentan en sus propias casas, mientras que los humildes esclavos se quitan el hambre con poca cosa en los lugares donde trabajan. Los demás pompeyanos, en cambio, acuden a estos lugares de la calle para comer frugalmente. A ellos hay que añadir los forasteros y los que pasan por Pompeya por razones de trabajo.

En las *popinae* y *cauponae,* siempre llenas a la hora de comer, la gente come de pie o sentada en pequeñas mesas. En una *popinae* cercana a la Casa de los Castos Amantes, algunos clientes han llegado a grabar comentarios en las paredes sobre la camarera, lo que dice mucho del ambiente, que recuerda un poco al de los salones de las películas del oeste…

Para almorzar, aquí se come requesón, aceitunas, legumbres y verduras, pequeños pescados a la brasa y pan. Si piensa en los ingredientes de un bocadillo en el bar dos mil años más tarde, se dará cuenta de que las cosas no han cambiado tanto. Los pompeyanos consumen principalmente cereales, legumbres, verduras, huevos, queso y pescado. La carne es rara. Es una dieta muy equilibrada: en otros lugares de Europa no es ni de lejos tan variada.

Lo que los pompeyanos ricos y pobres encuentran en sus platos o en los mercados procede principalmente de los alrededores. El mar ofrece pescado, moluscos (mejillones, ostras, lapas, mariscos), crustáceos y erizos de mar. Los campos, en cambio, producen trigo, habas, escanda y lentejas. En el bosque se cazan jabalíes y diferentes variedades de aves.

Muchos alimentos que hoy son habituales en la cocina, sobre todo en la zona del Vesubio, eran completamente desconocidos para los pompeyanos de la época, como los tomates, las patatas y los pimientos, que llegarán tras el descubrimiento de América. Ni siquiera existe aún el queso *mozzarella:* habrá que esperar al final del Imperio Romano de Occidente, cuatrocientos años después, para

ver las primeras búfalas traídas por los lombardos a las zonas del Benevento y alrededores.

Es realmente increíble pensar que nadie en Pompeya supiera hacer una *pizza* margarita: ¡era completamente desconocida! Lo mismo que el café, símbolo de Nápoles: todavía crece de forma silvestre en las tierras altas de Etiopía. No llegará a Italia hasta dentro de mil seiscientos años… más o menos cuando se redescubra Pompeya… Ni siquiera se conoce el azúcar: la miel es el único edulcorante. También se utiliza para conservar la fruta, en tanto que el vinagre y la sal se emplean para las verduras. Para la carne solo se utiliza la sal, que abunda en las salinas de la costa y está en la base del famoso *garum* de Pompeya, conocido en todo el imperio.

Una joven camina delante del bar, con paso lento y movimientos sinuosos. Lucio Vetucio Plácido se fija en ella y deja de lavar los vasos para seguirla con la vista. Ella le corresponde con una larga mirada. Ascula, que acaba de salir de la cocina con dos platos de salmonetes a la plancha, ve lo que ocurre e insulta a gritos a la mujer: ella ni se inmuta y continúa su sensual paseo, atrayendo otras miradas masculinas por el camino. Parece una escena de celos en un callejón, pero en realidad hay algo más tras este enfrentamiento verbal entre las dos mujeres.

También hay un hombre sentado en un taburete observando: tiene unos veinticinco años, es alto, grueso, con una nariz prominente y ojos azules. Se parece al actor Adolfo Celi. Sonríe, dándose cuenta enseguida la situación, y mira divertido. Es un hombre afable que despierta simpatías. Volveremos a encontrarlo dentro de unos treinta años, en época de Trajano, rico y exitoso, en una *domus* de Roma, y más tarde también sentado junto a nosotros en el Circo Máximo. Es uno de los romanos que describí en mis dos libros anteriores sobre Roma. Parece casi un giro del destino que nos encontremos en cada nuevo viaje al Imperio… Está aquí visitando Pompeya. De hecho, en estos momentos se levanta, deja dos sestercios y sale de la habitación. Mira a la izquierda y a la derecha para orientarse, y luego se dirige al norte en dirección a la Puerta de Herculano, donde conseguirá un carro cubierto que lo llevará a Nápoles. Representa a esa multitud silenciosa de supervivientes, de la que no sabemos nada, que escapará a la tragedia por pura casualidad.

Pero nosotros ahora nos volvemos a seguir a la joven de andares sinuosos. No va muy lejos, de hecho su destino está muy cerca del local de Lucio Vetucio Plácido, y eso es lo que preocupa a Ascula, su mujer. Ya conocimos a esta chica hace unas horas en el médico. Se llama Smyrina y es la camarera-chica de alterne de otra *popina* que compite con el local que acabamos de ver. Así que entendemos la preocupación de Ascula, convencida de que los encantos de la chica podrían suponer un peligro real para su local.

En realidad, la *popina* donde trabaja Smyrina es más modesta y tiene dos plantas. Pero su jefa tiene cabeza para los negocios y no tiene escrúpulos. Se llama Asellina, como indican algunas inscripciones, tiene entre treinta y cinco y cuarenta años y ha decidido emplear a tres atractivas chicas como camareras: Smyrina, Egle y María.

Cuando los estudiosos descubrieron sus nombres entre las inscripciones se dieron cuenta de que se trataba casi con toda seguridad de tres extranjeras. Smyrina (Zmyrina) debía de proceder de la actual Turquía, quizá de alguna de las ciudades griegas de la costa del Egeo, por lo que es fácil suponer que pasó por Deio, el mayor mercado de esclavos del imperio. El nombre de María, en cambio, indica un origen diferente: Judea/Palestina, la provincia donde una feroz revuelta acababa de ser sofocada por las legiones de Vespasiano y Tito. Probablemente llegó a Pompeya junto con los miles de esclavos de origen judío llevados a Roma para celebrar el triunfo del emperador. Egle (Aegle) es un nombre de origen griego.

La idea de tener tres camareras de diferentes orígenes trabajando en el local resulta muy inteligente en un entorno tan competitivo: esta zona de la ciudad es una de las más concurridas de Pompeya para los negocios. Contar con un lugar en el que el personal hable varios idiomas y conozca también las costumbres y tradiciones de tierras lejanas puede marcar la diferencia. Por supuesto, es posible que se trate de «nombres artísticos». De hecho, a las esclavas, y especialmente a las prostitutas de los lupanares, se les solían poner nombres orientales, normalmente griegos, para aumentar su atractivo erótico, ya que las mujeres orientales eran consideradas más lascivas y sensuales.

El restaurante de Asellina también abre por la noche y a esas horas las jóvenes camareras se prostituyen. Esto también puede

acontecer durante el día, por supuesto. En las costumbres romanas, como ya hemos mencionado, cualquier mujer que trabaje en un establecimiento público (incluso la propia Asellina, que lo regenta) puede ser requerida para un servicio sexual. Imaginamos que para eso está el piso superior. La gran linterna con forma de falo que cuelga del arquitrabe central de la *popina* y una pintada que muestra a Mercurio con un enorme órgano sexual no dejan lugar a dudas sobre lo que ocurre en el interior del establecimiento. Por lo demás, el «bar» de Asellina es muy parecido a todos los demás de Pompeya: hay muchas ánforas de vino (dos esán decoradas con los dibujos de un gallo y un zorro, respectivamente) y en un extremo del mostrador de venta hay una caldera de bronce encastrada para calentar la comida. Es el equivalente a un horno microondas en la actualidad…

¿Qué sabemos de la propietaria, Asellina? Muy poco; por supuesto es una liberta, y su protector es probablemente… el propio «Al Capone» del barrio, Cayo Julio Polibio. Quizás Asellina fue esclava suya. ¿Cómo sabemos todo esto? Basta con mirar la fachada del local. Todavía existe una inscripción en la que ella y las tres chicas, llamadas las Asellinae, invitan a todos a votar por él… A decir verdad, el nombre de Smyrina fue borrado con una capa de cal por el propio Polibio, tal vez porque el descaro del que hace gala en su segundo trabajo le hace tener una reputación comprometida.

Según realizamos estas consideraciones, una enorme mano se posa en el hombro de Asellina, y luego baja por su espalda hasta apretar sus nalgas con deseo. Ella se da la vuelta, pero sabe muy bien de quién se trata: Polibio ha entrado en el local junto con sus tres invitados. Intercambia algunas palabras con las chicas, pero no pierde la ocasión de meterles mano. Pregunta por la recaudación y luego, tras una última caricia, salen del local y prosiguen su camino. El objetivo de los cuatro poderosos pompeyanos, después del almuerzo, es darse un baño en las termas, donde podrían continuar sus conversaciones entre abluciones y masajes. Como las únicas que hay abiertas estaban abarrotadas, se dirigen a una hermosa *domus* con termas privadas: la Casa de Menandro. Antes, sin embargo, pasarán por la casa de Octavio Quartio, al final de la calle, para involucrar al propietario en sus planes. Es una casa

preciosa, con un inmenso jardín con estanques y canales que recrean simbólica y artificialmente la crecida del Nilo.

Una visita a los barrios populares… y a la arena de los gladiadores.

Un comerciante de la Vía de la Abundancia, apoyado en la puerta de su tienda, los ve pasar. Es Zósimo, el *vasarius:* vende ánforas y jarrones. Tiene una larga barba negra y rasgos claramente orientales. Tal vez él también sea nativo de la provincia de Judea. Contemplándolos susurra una frase: *«Senatores boni viri, senatus mala bestia»*. Es algo que dijo Cicerón hace más de un siglo. El significado es claro: las personas que se dedican a la política pueden, individualmente, tener unos principios sólidos, pero cuando están juntos (como en el Senado o en la administración de Pompeya, en este caso) los pierden rápidamente y se abandonan a la corrupción y la prevaricación. La referencia es a los dos políticos elegidos que van del brazo del «gato y el zorro» de Pompeya: Polibio y el banquero.

Zósimo se vuelve a su tienda. Lo seguimos: todo está desordenado y lleno de polvo, como la tienda de un zoco de Oriente Medio. Hay montones de lámparas de aceite, unos recipientes de barro para los residuos de la elaboración del *garum,* que son usados por los estratos bajos y medios de la sociedad. Estos restos, llamados *faex* o *hallex,* dan nombre a los propios recipientes: *vasa faecaria,* una definición que lo dice todo… Para evitar que se rompan durante el transporte se envuelven en una capa de paja. Es una forma habitual de proteger los recipientes de terracota y vidrio, y la razón de la existencia de las frascas de vino con un «vestido» de paja que solíamos ver en nuestras mesas.

Zósimo se queda mirando una pintada en una pared. Se acaricia la barba pensativo. ¿Qué puede haber tan importante en una pared? Se trata de un *index nundinarius,* la lista de los mercados semanales de Campania y Roma. A partir de esta inscripción descubrimos que Zósimo no solo vende sus productos en Pompeya, sino que a menudo se sube a un carro y se desplaza a diversas plazas. Esta lista-calendario, redescubierta veinte siglos después por los arqueólogos (que creen que es la del año 79 d. C.), le sirve para

organizar sus viajes. Así, sabemos que el mercado se celebra en Pompeya y Nocera los sábados; los domingos se celebra en Atella y Nola; los lunes en Cumas; los martes en Pozzuoli; los miércoles en Roma, y los jueves en Capua. El viernes no es día de mercado…

Zósimo es un hombre muy preciso y, como todos los comerciantes, lleva la contabilidad al día, solo que no siempre usa tabletas; a veces las «hojas» en las que escribe son las paredes de su tienda. Así, en los tiempos modernos sabemos que un tal Florus, al que le vendió unas ánforas, aún no le ha pagado. También debe cobrarle unos sestercios a una tal Ascula, casi con seguridad la posadera que acabamos de conocer.

Los negocios de Zósimo van bien: los arqueólogos encuentran en el fondo de su tienda varias piezas de joyería que probablemente pertenecieron a su esposa, entre ellas unos pendientes de oro y dos anillos con piedras de ágata talladas. En realidad había tres anillos, pero el tercero se ha desportillado. Ahora está envuelto en un pequeño paño en manos de Zósimo, que ha cerrado su taller para ir a que le sustituyan el bisel por uno nuevo. Se dirige al taller de un *gemmarius* que está en el extremo sur de la ciudad.

Zósimo baja por la actual Vía de Nocera y en su camino decide desviarse para ver a unos gladiadores entrenándose. El anfiteatro es su pasión. Al cabo de unos minutos cruza el gran espacio abierto de la Palestra Grande. Es realmente impresionante. Imagínese un campo de fútbol rodeado por un pórtico muy largo en todo su perímetro. En medio del verde césped, salpicado de altos plátanos (cuyas raíces serán redescubiertas y ahora son visibles *in situ* gracias a la técnica del vaciado de yeso), hay una piscina. Los muchachos se están entrenando allí. Forman parte de una asociación juvenil llamada *«Iuventus»* (sin relación alguna con el equipo actual: el fútbol es aún desconocido).

Pero este no es solo un lugar dedicado al deporte. Bajo las arcadas la gente se reúne, charla y… estudia. Todo un grupo escolar recita en voz alta los versos de un poema, con el profesor dispuesto a dar un terrible golpe con su largo bastón a los alumnos distraídos…

Zósimo prosigue. Ahora está frente a la inmensa masa del anfiteatro de Pompeya. Es más bajo y más pequeño que el Coliseo (que nadie ha visto nunca «por dentro» porque, como hemos dicho,

aún no ha sido inaugurado), pero tiene capacidad para veinte mil espectadores. Zósimo sube uno de los dos tramos de escaleras exteriores. Enseguida se muestra el panorama de sus inmensas gradas, en cuya parte superior se extienden numerosas vigas hacia el centro de la arena, como si fueran cañones: sobre ellas se colocan toldos para dar sombra a las gradas. Unos gritos proceden del centro de la estructura. En la arena algunos gladiadores se están entrenando. Luchan con armas de madera y escudos de mimbre, más pesados que los que utilizarán en los combates, para fortalecer sus músculos y gestos. Zósimo reconoce a Celado, uno de los gladiadores más famosos, un verdadero ídolo en las callejones de Pompeya, especialmente entre las mujeres. Lucha con la *sica* (una espada corta y curva), mientras que no muy lejos está Crescente, un *retiario* que lucha con una red y un tridente.

Este anfiteatro ha entrado en la «crónica» más que en la historia por los sangrientos acontecimientos que conmocionaron a todo el imperio. Durante las luchas de gladiadores de la época de Nerón, los aficionados de Pompeya y los de Nocera se intercambiaron insultos y luego pasaron a las manos, o mejor dicho, a las armas. La cosa derivó en una auténtica cacería de hombres, con asesinatos y heridos. Un fresco encargado por un pompeyano (quién sabe por qué…) ilustra esta guerrilla urbana, con muchas personas arrojadas desde las paredes o apuñaladas. La consecuencia fue que el anfiteatro fue duramente sancionado. El Senado de Roma decidió que no se celebrasen juegos de gladiadores durante diez años. Una pena que se redujo más tarde gracias a los buenos oficios de Popea, la segunda esposa de Nerón, que tenía conexiones y, quizás, una villa no muy lejos de aquí, en Oplontis.

Zósimo, tras haber disfrutado del espectáculo del entrenamiento con otros aficionados (tal y como ocurre en la actualidad en los centros de entrenamiento de los equipos famosos), mira al cielo. Como no hay relojes de pulsera, es el ángulo del sol el que indica la hora, a modo de aguja de un reloj. Será mejor que se dé prisa o no podrá encontrar al *gemmarius* para que le repare el anillo.

La zona que atraviesa está dominada por un edificio mucho menos lujoso, concebido, como hemos dicho en capítulos anteriores, unas generaciones antes para alojar a los habitantes de Nocera, que habían sobrevivido a la devastación de su ciudad por Aníbal. Hoy lo

llamaríamos un barrio obrero. Las casas son todas iguales, como si estuvieran construidas «en serie». A pesar de ello, resalta una característica de Pompeya y de todas las ciudades romanas en general: hay mucho verde alrededor. Lo acabamos de ver en la Palestra Grande, en esencia una estructura digna de un campus americano. El verde también está dentro de las casas: cada una tiene un espacio destinado a huerto en el que se crían coles, ajos, cebollas, espárragos, lechugas, etc., o bien hay árboles frutales (manzanas, peras, higos, avellanas, melocotones…), por no hablar de las flores, como narcisos, rosas o violetas. No pocas veces hay incluso hileras de vides…

Zósimo recorre un camino que conoce bien, pero no oye, como de costumbre, el familiar zureo de las palomas. Mira hacia arriba. En la parte superior de la pared de una casa hay, efectivamente, un palomar. Es fácil —incluso hoy en día, entre las ruinas— detectarlo. En las paredes de las casas siempre se puede ver una «ventana» de terracota que contiene muchos arcos pequeños a diferentes niveles, como la fachada de un Coliseo. En cada abertura, recuerda Zósimo, suele oírse el arrullo de una paloma, pero hoy el palomar está extrañamente silencioso, y en su mayor parte vacío. ¿Dónde han ido todas las palomas? Zósimo está preocupado. Sabe de palomas, él mismo ha criado algunas. Solo se van si están asustadas… Llama a la puerta para preguntar por el asunto. La casa pertenece a un amigo suyo, Berillo. Es cristiano. Hay algunos en Pompeya: como los judíos, forman una comunidad muy pequeña. Pero tampoco él puede explicar qué ocurre con las palomas. Desaparecieron esta mañana, de repente…

La pequeña «Hong Kong» de Pompeya.

Zósimo recorre un tramo de las murallas para ver el río Sarno y el puerto fluvial. Muchos veleros están amarrados, mientras que otros esperan su turno en la cola. Se oyen las voces de los marineros maniobrando, los silbidos para poner en marcha los carros llenos de mercancías… Es un espectáculo que siempre impresiona al vendedor de ánforas, sobre todo cuando piensa en su carro y en los mercados de los pueblos. Desde lo alto de las murallas, reflexiona sobre cómo ampliar su negocio explotando el puerto.

El relincho de un caballo le hace girar la cabeza. Dos jinetes pasan charlando. Lo que más nos llama la atención es la estatura de los caballos. En la antigüedad, la gente montaba caballos un poco más altos que los ponis. En los bajorrelieves, la cabeza de un hombre de pie suele superar la altura del caballo.

Zósimo continúa y por fin se adentra en el corazón del distrito comercial. Por su proximidad al puerto fluvial es una zona muy animada de Pompeya: uno tiene realmente la impresión de estar en una ciudad de Hong Kong, tan febril es la actividad, con mercancías que constantemente llegan, se almacenan, se reparten…

En el puerto, la migración de los antiguos propietarios en favor de la clase emergente de libertos se manifiesta también de manera muy clara: es un lugar rico en talleres artesanales, y no es casualidad que el *gemmarius* viva aquí.

Subiendo por la actual Vía de Nocera, Zósimo pasa por delante del taller de un broncista: unos falos de bronce cuelgan sobre la entrada. Son *tintinnabula,* amuletos de la suerte con campanillas que suenan cuando alguien entra en la habitación donde están colgados —casi siempre tiendas— para alejar los malos espíritus y la mala suerte. Uno de estos *tintinnabula* se expondrá dentro de dos mil años en el Museo Nacional de Arqueología de Nápoles, pero en estos momentos nadie lo sabe, por supuesto…

Un poco más adelante hay un taller de cristalería. Es muy interesante ver cómo trabajan los obreros: no producen el vidrio, lo traen ya hecho, en bloques brutos que vuelven a fundir. Luego, al igual que los maestros sopladores de vidrio de Murano, lo soplan en una «caja» de madera cuyo interior tiene el «negativo» de una gran botella. El vidrio, que se expande dentro gracias al aire insuflado por el soplador, recrea perfectamente su forma. Al abrir la «caja», como si se tratara de un libro, aparece una botella ya lista. Y el cristalero puede repetir la operación. Al final, como demuestran muchos de estos recipientes gemelos encontrados en Pompeya, las fábricas de vidrio eran capaces de producir objetos en serie con un método preindustrial.

Algo más allá se encuentra la Casa Jardín de Hércules. El nuevo propietario, un liberto, ha derribado tres casas con sus frescos para hacer un jardín y cultivar flores. El objetivo es fabricar perfumes con ellas.

Avanzando aún más, hay otra persona que ha tenido la misma idea: un viverista. Como recuerda el profesor De Simone, en el momento de la excavación de este yacimiento no estaba claro por qué había tiestos enterrados en el jardín. En realidad, eran pequeñas «macetas» que protegían las raíces y permitían crecer a los plantones. Gracias a la lectura de los antiguos «manuales de jardinería», los estudiosos han podido reconocer la aplicación de muchos de los consejos escritos en los textos. Por ejemplo, esta casa parece responder a la sugerencia de que es mejor cultivar plantas en una parcela pequeña pero protegida de la ciudad que en el campo, donde no puede protegerse. Además, tal y como aconsejaban los antiguos escritos, las raíces no deben ser tan gruesas como un brazo, sino más bien finas, como dos dedos juntos; los agujeros dejados en el suelo por los plantones que desaparecieron en la erupción tenían exactamente este diámetro.

Por último, también se encontraron escritos electorales en el interior de la casa, algo que al principio no se entendía bien, ya que la casa era supuestamente privada. Pero después, cuando se comprendió que la vivienda posiblemente era un establecimiento comercial, donde los clientes seguramente entraban para comprar plantones, se llegó a la conclusión de que la casa era, en realidad, un lugar público, casi como una plaza, así que tenía perfecto sentido que hubiera allí consignas electorales.

Zósimo continúa su camino. Pasa por delante de la tienda de un artesano especializado en la fabricación de alfombras quien, cuando compró la casa, amplió los canales de drenaje de los lados del jardín interior para convertirlos en pilas donde la paja se empapara de agua.

Como resulta evidente en este viaje por Pompeya, los libertos ponían patas arriba las casas que compraban. Ninguno de ellos se preocupaba realmente por preservar su belleza. Era más importante su nueva «funcionalidad».

En este punto cabe hacer una reflexión. Las personas que compraron estas casas no eran libertos del calibre del rico Cayo Julio Polibio, sino artesanos mucho más modestos y pequeños empresarios que, pese a ello, podían permitirse grandes casas en una zona comercial muy dinámica. ¿Cómo lo lograron? La única explicación posible es que los precios de venta debían de estar muy

bajos debido a los continuos terremotos que habían asustado a la población: muchos querían marcharse y esto probablemente contribuyó a bajar los precios. Tal vez más tarde el enjambre sísmico se calmó, permitiendo a estos libertos hacerse cargo de las casas sin temor. No lo sabemos.

Pero una vez más encontramos la confirmación de que se había producido un terremoto recientemente, tal vez solo unos días antes de la erupción, esta vez en la casa del *gemmarius* en la que Zósimo acaba de entrar. En su interior se respira una atmósfera similar a la que habría después de una batalla: la reconstrucción de la casa está en marcha; las baldosas rotas se apilan en una esquina, las que no están dañadas en otra, mientras que los bloques de piedra se dividen para ser reutilizados en la restauración.

El *gemmarius* está inclinado sobre una mesa, concentrado en su trabajo, y levanta la vista cuando oye acercarse a Zósimo. Lleva un extraño monóculo atado a la cabeza con un cordel: en su interior, un cuarzo actúa de lente. Ha descubierto el secreto para hacer un trabajo tan minucioso y preciso, él que cada vez pierde más la vista y que, cuando quiere leer las pintadas de su pared, tiene que alejarse casi tres metros…

Dejamos a Zósimo y al *gemmarius* y salimos de esta casa. Es hora de alejarse de Pompeya y descubrir lo que ocurre en los alrededores en este último día antes de la erupción. Pero la puerta por la que saldremos está en el lado opuesto de la ciudad al que estamos ahora, así que vamos a atravesar la ciudad, pero lo vamos a hacer de una manera inusual, siguiendo las palabras de los pompeyanos: las pintadas de las paredes…

Las palabras que no te dije

Las diez mil pintadas de Pompeya

NUGAE NUGAE.
Tonterías, nada…

Cualquiera que camine hoy por las calles de Pompeya lo hace en silencio. Sin embargo, están rodeados de miles de voces que susurran, gritan, se burlan, ríen: es la charla alegre y animada que llenaba estas calles, al igual que en todas las ciudades romanas.

Los pompeyanos han desaparecido hace casi dos mil años, pero el eco de sus palabras sigue siendo muy claro. Es como si cada uno de ellos hubiera quedado impreso en las paredes, transformado en una pintada. En resumen, para «escuchar» estas antiguas palabras, no hay que usar los oídos, sino los ojos.

Hasta ahora han reaparecido, solo en Pompeya, unas diez mil inscripciones de diversa índole —algunas pintadas (como las inscripciones electorales), otras grabadas por gente corriente— que revelan el mundo cotidiano, y a menudo muy íntimo, de los romanos de aquella época. Por eso le doy un consejo: cuando entre en una casa de Pompeya, ya sea en sus baños o incluso en medio de la calle, eche siempre un vistazo a las paredes enlucidas (lo mejor es aprovechar el sol rasante de la tarde, pero también puede usar la luz de su móvil…), y descubrirá tenues pintadas. Son muy comunes, pero nadie se fija en ellas.

Uno de los lugares más ricos en pintadas es la estrecha calle de los Teatros, que conecta el Foro Triangular con la intersección de la Vía de la Abundancia y el callejón del Lupanar. Miles de personas pasan por ahí cada día sin saber que los muros descoloridos albergan una increíble cantidad de dibujos e inscripciones: desde

barcos hasta caballos cubiertos de armaduras, gladiadores luchando, el teatro visto desde arriba con el arco de las gradas (probablemente para indicar los asientos), una caricatura de un hombre muy dotado, listas de nombres pompeyanos comunes… Todo ello a pocos metros de distancia.

Así que, como en nuestra historia tenemos que volver a recorrer la ciudad, hagámoslo de una manera inusual, pasando de una pintada a otra, sin ningún orden en particular: verá que, como por arte de magia, rostros y situaciones de la vida cotidiana de Pompeya volverán a la vida ante sus ojos. Son instantes de la vida real, que embellecen los callejones y las casas de la ciudad con un toque de humanidad a menudo sorprendente.

Lo que sigue es, por supuesto, solo una pequeñísima selección de las pintadas recogidas y traducidas por diversos investigadores, entre los que cabe mencionar a Antonio Varone y a Vincent Hunink. Como se verá, no es raro encontrar en estas inscripciones diferencias ortográficas con respecto al latín «clásico» estudiado en la escuela, debido a la difusión de formas vernáculas y regionales que están casi totalmente ausentes de los grandes epígrafes oficiales.

Un acontecimiento feliz.

IUVENILLA NATA DIE SATURNI (H)ORA SECUNDA VESPERTINA IMI NONAS AUGUSTAS.
«Juvenilla, nacida un sábado, a la segunda hora de la tarde, el 2 de agosto.»

Esta pintada fue hecha con carbón vegetal, una sustancia muy perecedera, por lo tanto podemos inferir que data de agosto del 79 d. C., es decir, apenas dos meses y medio antes de la erupción.

El mundo de los esclavos.

BALNEUS LAVATUR.
«El baño está lavado.»

Fue grabada en una columna del peristilo de la Casa de los

Castos Amantes, y evidentemente tiene que ver con los deberes de los esclavos, pero hay… un error: habría sido más correcto escribir *balneum*. El autor de la pintada ha cambiado el nombre neutro por el masculino. Esto no es una casualidad. El latín que se habla «en la calle» ya está eliminando los sustantivos neutros para constar solo de masculinos y femeninos, como el italiano moderno y otras lenguas neolatinas. Basándose en los textos antiguos, los estudiosos creían que esta transformación había tenido lugar mucho más tarde, pero las inscripciones muestran que el lenguaje cotidiano la había anticipado.

OFFICIOSUS FUGIT
«El esclavo huye.»

El propio fugitivo escribió esto como un mensaje de despedida. Por una vez eligió él. En esas dos palabras hay una especie de venganza contra los amos. Era una vida muy difícil, cualquiera podía matarlo como a un perro. Pero eligió la libertad…

El ambiente de los bares de copas.

TALIA TE FALLANT UTINAM ME DACIA COPO TU VEDES ACUAM ET BIBES IPSE MERUM.
«Semejantes mentiras, propietario, pueden costarte caro. Vendes agua y te bebes el vino puro…»

Ya entonces el vino estaba aguado, lo que enfureció a este cliente.

SUCCESSUS TEXTOR AMAT COPONIAES ANCILLA(M) NOMINE HIDEREM QUAE QUIDEM ILLUM NON CURAT SED ILLE ROGAT ILLA COM(M)ISERETUR SCRIBIT RIVALIS VALE INVIDIOSE QUIA RUMPERES SE(C)ARE NOLI FORMONSIOREM ET QUI EST HOMO PRAVESSIMUS ET BELLUS DIXI SCRIPSI AMAS HIREDEM QUAE TE NON CURAT.
«Buena suerte. El tejedor está enamorado de la criada del posadero, llamada Iris, pero ella no lo quiere en absoluto. Él, no obstante, le ruega y ella solo siente pena por él. Esto lo escribe un rival. Te mueres de envidia, pero de nada sirve tener celos de quien es más

guapo, más hábil en cualquier empresa y con una apariencia más agradable. Lo he dicho y lo he escrito: amas a Iris, que no te hace caso.»

(RUCTA) QUOM BIBERIS FELICITER AC QUOQUE CRUDE LUSUM CLUM(IA)RIS AUDE VOCILLA (M)A(G)IS.
«Eructa bien cuando bebas y aventura, con el estómago lleno, un buen crujido de nalgas. Haz que resuene más fuerte.»

Aquí resurge en toda su materialidad el ambiente de las tabernas de las callejuelas de Pompeya.

FUTUI COPONAM.
«Me he tirado a la camarera.»

Cualquier mujer en una *popina* o en una *caupona* era teóricamente una mujer con la que se podía tener sexo. Exactamente como las mujeres de los salones de los *westerns*.

Victorias memorables de campeones «deportivos».

OCEANUS L(IBERTUS) XIII V(ICIT) ARACINTUS L(IBERTUS) (VICIT) IIII (PERIIT).
«Oceanus, un antiguo esclavo, venció trece veces. Aracintus, un antiguo esclavo, venció cuatro veces y murió.»

Son los resultados de una jornada de lucha entre gladiadores en el anfiteatro de Pompeya, una especie de «noticia deportiva» grabada en la pared. Estas inscripciones se encuentran bajo las figuras de dos gladiadores, un mirmillón *(murmillo)* y un tracio *(thrax)*. El primero, macizo y fuerte, se esconde tras un gran escudo en forma de teja, lleva una espinillera en la pierna izquierda y un gran casco con rejilla protectora y una melena de plumas de colores: se mueve poco, pero si el adversario se acerca es implacable con su *gladius*. El segundo, en cambio, lleva un pequeño escudo rectangular, altas espinilleras, vendas de cuero en los muslos y un gran casco con una cresta de plumas: generalmente bajo y delgado, es mucho más ágil.

Alardes sexuales de mujeres.

Las paredes de Pompeya están literalmente «tapizadas» con escritos sucios o incluso obscenos, que no siempre son burlones. El sexo se vivía libre y abiertamente. No era raro que tanto hombres como mujeres presumieran de sus logros o proezas sexuales.

PRIMA CUM SUO HAC.
«Prima lo hizo aquí con su hombre.»

PITHIA PRIMA CUM SPARITUNDIOLO HAC MODO.
«Pizia Prima lo ha hecho aquí ahora con Sparitundiolo.»

PIRAMO COTTIDIE LINGUO.
«A Piramo se la chupo todos los días.»

IUCUDUS MALE CALA.
«Jocundo folla mal.»

VITALIO BENE FUTUES.
«Vitalio, eres un gran follador.»

FUTUTA SUM HIC.
«Me han follado aquí.»

EUPLIA HIC CUM HOMINIBUS BELLIS MM
«Aquí lo hizo Euplia con dos mil hombres guapos.»

MULA FELLAT ANTONI(UM)
«Mula se la chupa a Antonio.»

FORTUNATA A(ERIS) A(SSIBUS) II
«Fortunata lo hace por dos ases.»

Alardes sexuales de hombres.

NY(M)PHE FUTUTA AMONUS FUTUTA PERENNIS FUTUTU.
«Ninfa [una mujer], follada; Amono [un hombre, pero declinado en femenino], follada; Perenne [un hombre], follado.»

No se puede decir que el autor haya hecho diferencias… de género.

HIC EGO NUNC FUTUI FORMOSA(M) FORMA PUELLA(M) LAUDATA(M) A MULTIS SET LUTUS INTUSERAT.
«Aquí follé con una hermosa mujer alabada por muchos, pero que tenía fango dentro.»

Es probablemente la prueba más antigua del uso de un anticonceptivo por parte de una mujer (una crema interna que el amante confundía con… barro). Al estar grabado en la Casa de los Eruditos, junto a la puerta, es probable que la pintada se refiera a una apreciada *«escort»* que un hombre quería recibir en su propia casa. Esto también explicaría el uso de una crema anticonceptiva por parte de la mujer (como ya hemos visto, no había preservativos en la época romana).

DAPHNICUS CUM FELICULA SUA HAC.
«Dafnico lo hizo aquí con su Felicola.»

CRESCE(N)S RETIA(RIUS) PUPARUM NOCTURNARUM MAT(UTIN)AR(UM) ALIARUM SER ATINUS … MEDICUS.
«Crescentius el retiario, el médico de las insomnes, de las madrugadoras y de las demás.»

ARPHOCRAS HIC CUM DRAUCA BENE FUTUIT DENARIO.
«Arfócrates hizo el amor con Drauca por un denario.»

PEDICAVI VI.
«He sodomizado a seis.»

HIC EGO PUELLAS MULTAS FUTUI.
«Aquí me he tirado a muchas chicas.»

Ofertas de sexo de pago.

EUTYCHIS GRAECA A(SSIBUS) II MORIBUS BELLI(S).
«Eutiquia, griega, con buenos modales, se ofrece por dos ases.»

Esta esclava, mientras vivía en la casa de unos libertos muy ricos

(los Vettii), redondeaba sus ingresos con transacciones equivalentes a unos… tres euros.

MENANDER BELLIS MORIBUS AERIS ASSIBUS II.
«Menandro, con buenos modales, [se ofrece] por dos ases.»

Aquí, ofreciendo servicios sexuales *low cost,* hay un hombre, más probablemente un chico.

¡Cuánto se escribe en las paredes!

ADMIRORTE PARIES NON CECIDISSE QUI TOT SCRIPTORUM TAEDIA SUSTINEAS.
«Me maravilla de ti, muro, que no te hayas rajado todavía, porque tienes que soportar todas las estupideces que todos escriben.»

Post-it de hace dos mil años.

FELIX AERIS AS IV FLORUS X.
«Felix: 4 ases; Florus: 10 ases.»

Las paredes también funcionaban como *Post-its* de la antigüedad. Se trata de pequeñas deudas o de dinero prestado a los dos para gastos menores, y una pequeña contabilidad grabada en el yeso para que se formalice y no se olvide.

Amenazas.

SPORUS OMO MORTUS.
«Sporus, eres hombre muerto.»

Grandes elogios.

MATRENA CULIBONIA.
«Matrena tiene un hermoso culo.»

PAMHIRA SIIFERA.
«Palmira me pone.»

MIDUSE FUTUTRIX.
«Medusa, gran folladora.»

Insultos.

REGULUS FELLAT.
«Regulo hace mamadas.»

En el mundo romano la homosexualidad masculina estaba muy extendida y aceptada, pero con una condición: que el *civis Romanus* tuviera una parte activa en las relaciones sexuales y una parte pasiva en las orales.

IMANIS METULA ES.
«Eres un idiota de proporciones colosales.»

M TITINIUS CINAEDUS LX.
«Marco Titinio maricón sesenta veces.»

AEG ROTA AEG ROTA AEG ROTA.
«¡¡¡Que tengas un accidente!!!»

Los romanos no conocían el signo de exclamación. En su lugar, repetían las palabras una y otra vez: en este caso, el equivalente a tres signos de exclamación… Los insultos a menudo no son más que los propios miedos vertidos sobre los demás, y la enfermedad era uno de los miedos más comunes en aquella época.

Penas de amor.

AMANTES UT APES VITA(M) MELLITA(M) EXIGUNT VELLE(M).
«Los amantes, como las abejas, tienen una vida muy dulce». Y alguien más añadió: «Quizás…»

MARCELLUS PRAENESTINAM AMAT ET NON CURATUR.
«Marcelo ama a Prenestina, pero ella no le hace caso.»

CAVE USORIBUS.
«Cuidado con las esposas.»

Felicidad.

(H)IC SUMUS FELICES VALLAMUS RECTE
«Somos felices aquí… ¡Sigamos así!»

Citas.

FULLONES ULULAM(QUE) CANO NON ARMA VIRUMQUE
«Canto a las lavanderas y al búho, no a las armas y al héroe…»

Se trata de una parodia del primer verso de la *Eneida* de Virgilio.

AENEADUM GENETRIX.
«Madre de los Enéadas.»

Cita de Lucrezio (*De rerum natura* 1,1).

SEVERUS MILLE MEAE SICULIS ERRANT IN MONTIBUS AG(NAE).
«Severo dice: “Mil ovejas mías vagan por las montañas de Sicilia”.»

Otra cita, esta vez de la *Bucólica* de Virgilio (II, 21).

CONTICUERE OMNES.
«Todos callaron.»

Y terminamos volviendo a la *Eneida* (II, 1).

¿Por qué las citas eruditas son tan frecuentes en los muros de Pompeya? Puede resultar sorprendente, pero el asunto se explica por el hecho de que no había blocs de papel ni «cuadernos» a mano, y los materiales para escribir o garabatear eran, en cualquier caso, escasos y bastante caros. Así que, para dejar un mensaje para la posteridad, se utilizaban los muros.

Virgilio es uno de los autores más citados, y esto sugiere que, junto a la inevitable ignorancia de los esclavos y los campesinos, la cultura estaba bastante extendida en las ciudades. Sin embargo,

sería un error considerar estas pintadas como la expresión de un estudio académico. Sería más apropiado compararlas con citas de letras de canciones famosas.

Filosofía de la calle.

QUI MEMINIT VITAE SCIT QUOD MORTI SIT HABENDUM.
«Quien reflexiona sobre la vida sabe lo que le depara la muerte.»

Algo más de sexo.

CANDIDA ME DOCUIT NIGRAS ODISSE PUELLAS ODERO SI POTERO SI NON INVITUS AMABO.
«Una chica de piel clara me enseñó a odiar a las chicas de piel oscura. Las odiaré si puedo. Si no (ay de mí)… tendré que amarlas.»

Esta lúdica inscripción denota la riqueza étnica de Pompeya.

SABINA FELAS NO BELLE FACES.
«La chupas, Sabina, pero no sabes hacerlo bien.»

Trabalenguas.

BARBARA BARBARI BUS BARBABANT BARBARA BARBIS.
«Balbuceaban cosas bárbaras bajo barbas bárbaras.»

Etiqueta en los banquetes.

(escrito por el patrón de la Casa del Moralista en el triclinio).

LASCIVOS VOLTUS ET BLANDOS AUFER OCELLOS CONIUGE AB ALTERIUS SIT TIBI IN ORE PUDOR.
«No mires lasciva y seductoramente a las mujeres de los demás; deja siempre que el pudor se aloje en tus labios».

En otras palabras, no coquetees con la esposa del patrón.

UTERE BLANDITMIS ODIOSAQUE IURGIA DIFFER SI POTES AUT GRESSUS AD TUA TECTA REFER
«Sé amable y, a ser posible, ahórranos los insultos y las malas palabras. Si no, date la vuelta y vete a casa.»

Frases hechas.

(VENIMUS H)UC CUPIDI MULTO MAGIS IRE CUPIMUS.
«Llenos de ganas vinimos aquí y muchas más ganas tenemos de irnos…»

Se trata de una pintada recurrente en las paredes de Pompeya, trazada por la mano de mecenas, clientes o espectadores decepcionados. Evidentemente, recoge algún refrán o dicho muy extendido.

Nunca es demasiado tarde.

ABCDEFIGHIKLMNOPQRSTVX

Lista de letras del alfabeto, tal vez escrita por un esclavo que aprendía, o tal vez porque aquí había una escuela «callejera».

El difícil trabajo de un profesor.

QUI MIHI DOCENDI DEDERIT MERCEDEM (H)ABEAT QUOD PETIT A SUPERIS.
«Que quien me pague la lección reciba de los dioses lo que pida.»

A los profesores se les pagaba poco y mal, y su condición a menudo rozaba la miseria.

Presagio del fin.

NIHIL DURARE POTEST TEMPORE PERPETUO
CUM BENE SOL NITUIT REDDITUR OCEANO
DECRESCIT PHOEBE QUAE MODO PLENA FUIT

VEN(TO)RUM FERITAS SAEPE FIT AURA L(E)VIS.
«Nada puede durar para siempre.
»El sol, después de brillar, se sumerge de nuevo en el océano.
»La luna, que estaba llena hace un momento, mengua.
»La furia de los vientos se convierte a menudo en una ligera brisa.»

Nuestra elección concluye con cuatro pentámetros grabados por un poeta anónimo en el yeso de una tienda, justo al lado de la puerta: son versos llenos de gracia, que encierran simbólicamente todo el sentido de la fragilidad y las débiles esperanzas de una ciudad palpitante de vida que había aprendido a convivir con los avatares de su propia historia.

Heculano: la perla del golfo

Herculano.
23 de octubre de 79 d. C., 14:00; faltan 23 horas para la erupción.

VIVAT VIVAT.
¡Viva!

El casco roza el lecho marino. Félix siente claramente la áspera caricia de la arena en su quilla: salta ágilmente al agua y, con la ayuda de una ola, empuja la barca hasta la orilla. La suya no es la única barca. Hay muchas otras, de pesca, en el dique seco que hay cerca. Casi todas son rojas, con un ojo pintado en la proa, alargada como el hocico de un delfín. Los barcos más grandes, de transporte, están amarrados en el largo muelle de madera que se extiende desde la playa hasta el mar.

Ya conocimos a este pescador: ayer saludaba a los marineros del barco de Rectina cuando se encontraban frente a Herculano.

La arena está caliente bajo sus pies, el hombre mira a su alrededor en busca del chico que se supone que le va a ayudar. Sus ojos escudriñan las numerosas aberturas arqueadas que dan al paseo un vago parecido a un acueducto. Se trata de «garajes» para los barcos, llamados *fornices,* donde se guardan las embarcaciones o los equipos de pesca, como redes, cabos, remos, mástiles y velas. No puede saberlo, pero será un lugar muy concurrido durante las agitadas horas de la erupción. Del chico, sin embargo, no hay ni rastro.

Una voz lo llama desde lejos, y ahí está, corriendo por las escaleras que llevan a la playa. Con su brillante sonrisa consigue siempre hacerse perdonar… Los dos se abrazan. Ambos tienen la misma sonrisa blanca, señal de que son padre e hijo. Él es toda su

familia. La madre murió en el parto unos meses antes, llevándose a su hermanita. Habiendo quedado tan solo los dos, intentan reconstruir sus vidas como pueden, y se sienten mucho más próximos que antes.

El niño se asoma a la barca y su cara se ilumina de asombro. El pescado es tan abundante que una cesta no es suficiente. Pero ¿cómo es posible? El padre habla del favor de Venus y Neptuno, quizá incluso de Mercurio, deidades benévolas que quieren ayudarles tras la desaparición de su madre. Pero la explicación es otra. Las numerosas fumarolas submarinas han cambiado las aguas cercanas a la costa. En algunas zonas los peces han desaparecido, mientras que en otras han aumentado, quizá debido al incremento de la temperatura o a las sustancias vertidas en el mar, ¿quién sabe? Esta mañana Félix vio muchos peces flotando mientras se acercaba a la orilla. Algo está sucediendo bajo el agua. Pero no está claro qué.

Padre e hijo se ponen en marcha: el primero lleva el pequeño mástil con la vela atada a él, los cabos y otros equipos para la embarcación; el segundo sostiene con las dos manos la pesada cesta y una alforja de la que asoman muchas colas de pescado. Pasan junto a un grupo de esclavos que intentan hacer girar un gran cabrestante de madera, necesario para arrastrar una pesada barca de remos hacia la orilla, empujada por algunos hombres que están metidos en el agua hasta la cintura. No tienen ni idea de que este barco, con su elegante proa en forma de cabeza de cisne de color rojo brillante, no volverá a navegar… Los arqueólogos lo encontrarán volcado en la playa por la violencia del mar y de la erupción.

Los dos observan un grupo de pescadores que discuten preocupados. Dejan la cesta, los cabos y las velas y se detienen a escuchar. En medio del grupo de personas hay un hombre sentado en la arena. Tiene horribles quemaduras en un brazo y parte de la espalda. Un médico le está poniendo ungüentos en las heridas. Es un *urinator,* un «buzo» de la época romana. Por supuesto, aún no hay tanques de buceo, así que este hombre realiza largas y peligrosas inmersiones en apnea, como hacían hasta hace unas décadas los pescadores de esponjas en Grecia o los de perlas en el Golfo Pérsico.

El trabajo de los *urinatores* consistía en recuperar los cargamentos de los barcos hundidos a poca profundidad, liberar anclas enredadas en los puertos, recuperar ánforas que habían caído por la borda, etc., pero en el Golfo de Nápoles, algunos de ellos se habían especializado en la pesca de otro tipo de tesoro submarino: el coral rojo, que en los siglos venideros dará lugar a un rentable comercio cuya capital será Torre del Greco. Ya en tiempos de los romanos, los *corallari* arrancaban las preciadas ramitas rojas, quizá arrastrando por el fondo del mar, desde sus embarcaciones, grandes cruces de madera a las que se sujetaban redes de cáñamo (como harían por estos lares en los siglos siguientes con la llamada *«Croce di Santandrea»* o *«ngegno»*), seguramente con breves inmersiones en los lugares más propicios.

Esta mañana el *urinator* ha tenido un grave accidente: mientras recogía coral con sus «colegas» fue alcanzado por un repentino chorro de gas ardiendo. No se trata de un incidente aislado: en los últimos días se han observado repentinas y violentas ebulliciones en la superficie del mar. A esto le sigue siempre un olor generalizado a huevos podridos e, indefectiblemente, los cuerpos de peces muertos que suben a la superficie en cuestión de minutos.

Según los pescadores, en las últimas semanas se han producido demasiados incidentes anómalos. Las boyas de señalización frente al puerto han desaparecido, como si la gruesa línea que las sujetaba al fondo se hubiera cortado limpiamente. A veces, las redes se enganchan en rocas y relieves del fondo marino que, según los pescadores, no estaban allí antes. A lo largo de la costa, un grupo de rocas que antes apenas afloraban ahora sobresalen mucho del agua…

En algo están todos de acuerdo: hay que realizar un ritual lo antes posible para invocar la protección de Neptuno, Venus y Hércules. Por eso, preocupados, corren a llamar a los sacerdotes.

—¿Por qué Hércules? —pregunta el hijo de Félix.

El padre responde retomando el origen mitológico de la ciudad y refiriéndose a la misma versión que nos ha transmitido en sus escritos el historiador Dionisio de Halicarnaso. Herculano, como su nombre indica, está vinculado a Hércules: se dice que la ciudad fue fundada por el héroe griego «en persona» al final de su décimo trabajo, en el que arrebató a Gerión, un rey cruel y de aspecto

aterrador —con tres cabezas y seis brazos— sus rebaños de bueyes. En su viaje de vuelta, poco antes de regresar a Grecia, Hércules se habría detenido en la costa de Campania para apacentar sus bueyes, dada la proverbial fertilidad de esta tierra.

En efecto, Herculano está situado en un lugar estratégico y extraordinariamente atractivo en el centro del Golfo de Nápoles, en un espolón que desciende abruptamente hacia el mar. Cuando los romanos conquistaron esta región, al igual que los griegos se quedaron prendados de su belleza, y construyeron en la costa un gran número de villas, según hemos visto, una pegada a la otra. Este tramo de Campania, desde Pozzuoli hasta Castellammare di Stabia, se convirtió pronto en el buen retiro de la aristocracia romana: el propio Cicerón tenía una casa a las afueras de Pompeya.

Herculano se construyó a imagen y semejanza de Nápoles, siguiendo el modelo de una ciudad griega muy culta. De hecho, Nápoles, debido a sus continuas relaciones con Atenas, siempre mantuvo una impronta griega, hasta el punto de que ni siquiera los invasores samnitas (que dominaron esta zona antes que los romanos) fueron capaces de borrarla. Por el contrario, quedaron tan encantados con su refinada cultura que pasaron de ser conquistadores a ser «conquistados» e incluso empezaron a greguizar sus nombres.

Ni siquiera los romanos podrían escapar más tarde a la fascinación de la cultura napolitana. Así, Nápoles, donde se hablaba griego (y no solo latín), siguió siendo durante siglos una parte de Grecia en Italia. Herculano era, en cierto modo, hija de esta ciudad, y en ella se respiraba el mismo ambiente; y no solo porque tenía un diseño muy similar, sino también por el estilo de vida refinado, con casas «modernas» y amuebladas con gusto.

Mientras que Pompeya era una ciudad dedicada principalmente al comercio y a las actividades productivas, sobre todo a la artesanía, Herculano estaba mucho más orientada a la pesca y a recibir viajeros y mercaderes. De hecho, los visitantes se sentían atraídos por el clima templado y la belleza del paisaje, como demuestran las numerosas habitaciones que se alquilaban en los pisos superiores de las casas, a menudo con una entrada independiente y una escalera que bajaba directamente a la calle.

Precisamente por uno de sus caminos ascendentes caminan los

dos pescadores: el padre echa el brazo al cuello de su hijo, que le interroga con todo tipo de preguntas. Mientras se alejan, la sombría llamada de un gran barco de alta mar resuena en la playa: un marinero está soplando en la concha de un tritón, el mayor gasterópodo *(Charonia nodifera)* del Mediterráneo, similar a una gran «bocina»: es la señal de partida, tal y como siguen haciendo muchos barcos en la actualidad. La imita otra embarcación que ha llegado hace pocos minutos y que acaba de echar sus dos anclas. Es demasiado grande para llegar al muelle: su llamada es una petición de ayuda para que los barcos pequeños transborden la preciosa carga de finos tejidos.

Lentamente, el primer barco, una gran nave oneraria, se desliza junto al segundo, que acaba de llegar, ganando aguas cada vez más azules y profundas. Nadie a bordo lo sabe, pero esta escena separa dos mundos: el de los que se van, que se salvarán de la inminente tragedia, y el de los que se quedan, los destinados a una muerte atroz. Es una elección hecha por el azar, como en tantos momentos de cada una de nuestras vidas.

Una ciudad habitada en un ochenta por ciento por antiguos esclavos.

Herculano es realmente pequeña: la cara que da al mar mide solo trescientos veinte metros y toda la ciudad ocupa apenas veinte hectáreas. No debe de superar los tres o cuatro mil habitantes, aproximadamente un tercio de Pompeya. Podría ser un (gran) barrio de ella. La meseta volcánica sobre la que se construyó cae abruptamente hacia el mar. A la derecha y a la izquierda, la ciudad está bordeada por dos arroyos que han excavado el acantilado, dando la impresión de que la ciudad descansa sobre una pequeña península.

Aunque en la actualidad Herculano parece haberse hundido en el suelo (hasta el punto de que los turistas tienen que descender más de veinte metros para visitarla), en tiempos de los romanos estaba ligeramente «alzada» sobre la costa, ofreciendo un hermoso panorama del Golfo, se mirara hacia donde se mirara. Empezando por sus termas, que tenían vistas al mar.

Padre e hijo siguen subiendo por el Cardo IV, una de las muchas

calles inclinadas de Herculano. Como en muchas otras calles, el primer piso de las casas «sobresale» hacia la calle, creando un techo que cubre la acera. En algunos casos, estas estancias que sobresalen de la fachada se apoyan en columnas rojas y blancas, formando así estrechas arcadas que dan un *look* particular a la ciudad.

Cada vez que ambos pasan por la puerta abierta de una casa o tienda sienten un agradable calor en la piel, debido a los braseros encendidos en el interior. Acostumbran a colocarse en rincones, como con frecuencia los encontrarán los arqueólogos, aportando un elemento más a favor de la tesis del otoño.

Los dos siguen subiendo, cruzándose con transeúntes apurados, hasta que llegan a una tienda situada casi al final de la calle. Forma parte de la actual Casa de Neptuno y Anfítrite. Hay un hombre gordo de ojos claros en la puerta, que no puede evitar sonreír cuando los ve llegar. Es el propietario. Ayuda al niño a meter la cesta con el pescado en la tienda. Le echa un vistazo rápido y, sin pestañear, decide comprarlo todo: sabe de sus dificultades económicas y, además, ese pescado es ideal para los aperitivos de sus clientes. También está seguro de que podrá revender una parte a los productores de *garum,* en un «dominó» comercial que mantiene viva la economía de la costa.

Mientras espera el pago, el chico echa un vistazo a la tienda. Es un típico «colmado» de la época romana. No es enorme, al contrario, puede que solo ocupe unos veinte metros cuadrados, pero hay de todo en esta única habitación, que cumple tres funciones: es una tienda, un almacén y un hogar. Un romano diría que es un ejemplo perfecto de lo que Vitruvio quería decir con su *«vivere in pergulis»,* es decir, vivir en espacios elevados, como por ejemplo los balcones. Para entender el concepto, basta con pensar en cómo se amuebla una habitación infantil en un piso pequeño, con el uso de altillos y literas.

En la parte inferior hay un mostrador de venta en forma de «L» en el que se han introducido dos *dolia,* de las que asoman los clásicos «agujeros», donde se almacenan los cereales, la fruta o las legumbres. En un lado hay ánforas colocadas en fila. Las de cuello largo y estrecho siempre contienen líquidos (vino o aceite). Otras de boca ancha, en cambio, se utilizan para alimentos secos, como habas, garbanzos o incluso dátiles.

Sobre ellas, clavada en la pared, hay una estantería de madera con unas cuantas ánforas alineadas, como cañones sobresaliendo del costado de un galeón. De ahí hace sacar el vino el gerente, que luego sirve a los clientes. La estantería, que también cuenta con una polea para las ánforas (los arqueólogos encontrarán incluso la cuerda intacta), es una ingeniosa forma de aprovechar el espacio en el aire, que se convierte así en una especie de almacén «volador». Un almacén que continúa, de nuevo a media altura, con una galería que recorre la pared del fondo. Tiene una barandilla y muchas ánforas en fila, que un esclavo está ordenando entre resoplidos, ya que el techo bajo le obliga a agacharse.

Debajo de este balcón se encuentra la vivienda del gerente, que consta de una cocina (o, mejor dicho, un rincón para cocinar) y de un elegante tabique de madera con una finísima celosía tras la cual están su cama y su ropa colgada de unos clavos. No es necesario bañarse: para lavarse hay unas termas a la vuelta de la esquina y para sus necesidades están las letrinas públicas. En efecto, así es: el uso del espacio en este estudio es sorprendentemente… moderno.

Félix y el gerente han desaparecido justo detrás del separador para arreglar cuentas. Mientras espera, el chico oye pasos en el piso de arriba. Por encima del techo hay un piso muy elegante: al fin y al cabo, forma parte de la Casa de Neptuno y Anfítrite. Se oye claramente cómo se mueve una cama, quizá para limpiarla, y luego se oye caer una olla, lo que indica la presencia de una cocina en el lado derecho.

Es interesante notar una diferencia con Pompeya. Mientras que las casas de los ricos de allí son siempre muy grandes —haciendo ostentación de riqueza—, Herculano carece de espacio, por lo que se hace hincapié en la calidad más que en el tamaño. Por ello, la casa de un rico, como esta, es pequeña pero está cubierta de frescos, mosaicos y mobiliario del más alto nivel.

Todo lo que hemos descrito será hallado por los arqueólogos intacto, «fosilizado» por la erupción. De hecho, las coladas de lodo volcánico sellarán como cemento no solo las ánforas y el mostrador, sino también el entresuelo de madera y la estantería, impidiendo que el aire penetre y los disuelva (como ocurrió en Pompeya, donde las capas permeables de lapilli provocaron la desaparición de la madera, los tejidos y los materiales orgánicos en general). Por lo

tanto, todo sigue siendo visible aquí y cualquiera que entre en la sala se encuentra con una conmovedora instantánea de la vida de Herculano.

El pescador y el chico, visiblemente satisfechos, salen de la tienda: el padre con las ganancias de varios días, dada la «pesca milagrosa», y el hijo con una barra de pan para él solo, que el gerente le ha obsequiado dándole una palmadita en la cabeza. En el pan, preparado esta mañana, se puede leer perfectamente el sello del panadero.

Los dos continúan camino a su casa, una humilde vivienda fuera de las murallas de Herculano. La ciudad está habitada por gente rica, ya no por pescadores, como antes. Y así perdemos de vista a nuestros dos personajes, unidos más que nunca por un destino malvado, mientras se mezclan con la multitud de estas calles.

En comparación con Pompeya, aquí hay se respira atmósfera diferente. Se trata de una ciudad portuaria, pero más culta, más refinada y sobre todo… más rica. Es la sede de una élite. En Herculano también hay libertos en ascenso, por supuesto, como en todo el imperio, pero aquí los nuevos ricos tienen mucho más estilo; hacen alarde de su nuevo estatus, pero sin vulgaridad.

Hay muchos libertos, de hecho. Al examinar los nombres en las «páginas amarillas» de la ciudad, es decir, las listas de los ciudadanos de Herculano, grabadas en grandes losas de mármol, se descubre que el ochenta por ciento de los nombres son… de antiguos esclavos.

Como un esclavo liberado en su nueva condición llevaba consigo el *praenomen* y el *nomen* del amo, es fácil identificar quiénes eran los libertos en las inscripciones e insignias. Un tal Marco Nonio Dama nos remite a Siria (Dama recuerda a Damasco), por lo que es muy probable que se trate de un hombre con orígenes y rasgos de Oriente Medio. También debió de ser muy decidido en su intento de ascender en la escala social una vez liberado: su nombre está grabado en una losa —con dos inscripciones, una a cada lado, seguramente fruto de una disputa entre vecinos— que atestigua la propiedad de… un muro en las calles de Herculano. En un lado se lee «Esto es propiedad de Marco Nonio Dama» y en el otro «Este es el muro de Giulia», también una antigua esclava… Una lucha entre un hombre y una mujer proyectados hacia una nueva vida. Y no

eran los únicos.

Una curiosidad: al menos cincuenta de las personas que vivían en Herculano en estos años eran esclavos (o descendientes de esclavos) del mismo amo: Marco Nonio Balbo, en la práctica, una especie de «inseminador» de la sociedad herculana. Antiguo gobernador en provincias lejanas donde acumuló una riqueza considerable, regresó después a la ciudad y fue quizás su mayor benefactor. Sus agradecidos conciudadanos le dedicaron una estatua ecuestre, claramente visible frente a la entrada de las Termas que dan a la playa.

Otros dos libertos, que ahora caminan por dos calles diferentes de Herculano, tienen historias que muestran cómo, una vez liberados, anhelaban la ciudadanía romana.

Ella se llama Petronia Justa. En la Casa del Bicentenario se han encontrado una serie de tablillas que relatan una amarga batalla legal sobre si, en el momento de su nacimiento, su madre era todavía una esclava o ya una mujer libre. En el primer caso, el destino de Petronia habría sido el de una esclava, en el segundo el de una mujer libre, una ciudadana romana, con todos los beneficios de ese estatus. Se trataba de una cuestión muy delicada y, de hecho, en las tablillas se ve claramente que se necesitaba el testimonio de familiares y vecinos. Pronto sabrá cómo acabó el asunto…

Por su parte, él se llama Lucio Venidio Ennico. Su historia es sumamente instructiva. Un esclavo liberado solo podía adquirir la condición de ciudadano romano si había cumplido los treinta años, pero Venidio aún no los tenía. ¿Qué hacer, pues? La ley decía que si uno se casaba con una mujer que era ciudadana romana, tenía un hijo con ella y reportaba el hecho a las autoridades, estas estaban obligadas a concederle la ciudadanía. Y eso es exactamente lo que hizo Venidio… En una de las tablillas de cera que salieron a la luz en su casa, tablillas que debía de guardar celosamente, se atestigua el nacimiento de un hijo de una tal Livia: *«L. Venidius Ennychus [testatus est sibi] filiam natam esse ex Livia Acte uxore sua»*.

Sabemos —de nuevo por las tablillas de cera encontradas en Herculano— que el sistema funcionó también para Petronia Justa. Ambos, tras muchos años de esclavitud, alcanzaron el estatus de ciudadanos romanos.

Antes de continuar nuestro recorrido, debemos aclarar un

mecanismo de la sociedad romana al que el profesor Andrew Wallace-Hadrill, de la Universidad de Cambridge, ha dedicado especial atención. Aparte de la dramática situación de los esclavos en el campo o en las canteras, «explotados» hasta la extenuación, todos los demás, por ejemplo los que trabajaban para las familias, sabían que la perspectiva de ser liberados en algún momento era muy real. Esto hacía que mantuvieran perfil bajo en casa y se comportaran como sirvientes modelo, siempre disponibles, eficientes y rápidos. Una vez liberados, en su carrera por la redención social intentaban enriquecerse sin descanso comerciando, cultivando, etc., aportando así un beneficio a toda la comunidad en forma de productos, mercancías, bienes de todo tipo e incluso edificios donados a la ciudad.

En resumen, se convirtieron en un verdadero «motor» económico y financiero para el imperio. Esto nunca habría ocurrido si no hubieran tenido la perspectiva de la liberación. Y eso no es todo: cada esclavo liberado era sangre nueva que se inyectaba en una sociedad que cada vez tenía menos hijos.

Evidentemente, esto sugiere una nueva forma de ver la esclavitud en la época romana: atroz, ciertamente, despiadada e inhumana en muchos casos, pero también sorprendentemente abierta en otros. En el área vesubiana, en Murecine, se encontró un brazalete de oro con la inscripción *dominus ancillae suae,* probablemente un regalo de un antiguo amo a su esclava liberada y presumiblemente casada.

Saturnino.

Siguiendo a la multitud llegamos a la calle principal de Herculano, el Decumano máximo, en la parte alta de la ciudad (descubierta recientemente). Es una calle ancha, paralela a la costa, de más de doce metros de longitud, en tierra batida. Una serie de hitos impiden el paso a los carros, convirtiéndola en una zona peatonal.

Entre la gente que camina, podemos ver postes clavados en el suelo: permiten montar puestos y tiendas cuando se celebra el mercado una vez a la semana. A lo largo de los lados de la calle, bajo los soportales y los salientes de las casas, hay varias tiendas, lo

que convierte a esta calle en el corazón de las compras y en el «paseo» de la ciudad.

Entre ellas está la de un pequeño artesano, un broncista al que un rico herculano acaba de entregar una hermosa estatua de bronce de Hércules con una piel de león *ageminada,* es decir, trabajada con una técnica metalúrgica oriental especial que combina diferentes metales. Nunca tendrá tiempo para repararla. Los arqueólogos la encontrarán aún dentro del taller.

También se encuentran otras estatuas mucho más grandes y extraordinarias en diversos puntos de la ciudad. En la amplia explanada de la Palestra, por ejemplo, aparecerá una escultura egipcia del dios Atum de la XVIII dinastía (la del propio Tutankhamon), así como una fuente en forma de árbol con una increíble serpiente de tres cabezas enroscada a su alrededor, de cuyas fauces brota agua. En Herculano, el amor al arte es evidente en todas partes…

No muy lejos del taller del artista del bronce, en medio de la multitud, se observa una *popina* con una interesante escritura en su pared exterior. En la parte superior aparece Semo Sancus, una deidad protectora de los juramentos de origen sabino, y en la parte inferior el anuncio de un espectáculo en Nola: el nombre de la ciudad está escrito en letras grandes y la descripción del espectáculo mucho más pequeña, entre las letras, según una estrategia publicitaria gráfica muy moderna para hacer llegar el mensaje de forma más eficaz.

Pero la decoración más interesante está a la altura de los ojos y representa varios frascos de vino con sus precios. Así, descubrimos que un litro de vino ordinario cuesta un sestercio, es decir, el equivalente a seis euros, mientras que por un litro de vino selecto hay que pagar el doble: dos sestercios, es decir, doce euros. Si alguien quiere disfrutar de un litro de vino Falerno, tiene que estar dispuesto a pagar cuatro sestercios, que equivalen a veinticuatro euros.

Abundan las inscripciones y las pintadas en las paredes de la ciudad, pero notamos la ausencia de mensajes electorales. Esto indica un hecho significativo: en Herculano no había competencia entre los distintos gremios de artesanos, justo lo contrario que en Pompeya. Todo se decidía desde arriba. La ciudad (con un ochenta

por ciento de antiguos esclavos) y su administración «tenían» que tener un equilibrio constante. ¿La razón? Herculano era sobre todo una ciudad de servicios para las villas faraónicas que la rodeaban. Y los ricos y aristócratas que vivían allí se encargaban de dirigir cada elección, cortando de raíz cualquier intento de competencia entre los gremios. ¿Cómo? Manteniendo a la comunidad «tranquila» con repetidas donaciones y obras públicas que embellecían la ciudad.

Entre estos benefactores se encuentra la familia del chico que sale de la *popina* que tiene los precios del vino expuestos en la fachada. Lo conocimos anoche en el banquete de Rectina. Es Aulo Furio Saturnino. La suya es una venerada familia de… libertos (¿lo dudaba?): su abuela Vibidia y su padre restauraron a su costa un importante *sacellum,* el de Venus, que se encuentra justo encima de la playa y que el terremoto del 62 d. C. había semidestruido. Sabemos que se gastaron unos buenos doscientos mil sestercios. Una fortuna. Algo así como un millón doscientos mil euros… También financiaron la construcción de dos estatuas dedicadas a Tito y Domiciano y la restauración de algunos edificios del Foro, por un gasto adicional de cincuenta y cuatro mil sestercios. Esto da una idea de las sumas que las familias de los antiguos esclavos invertían en la comunidad y también de lo ricos que se habían vuelto. En total, «donaron» a la ciudad más de trescientos mil euros…

Pero ¿qué conseguían con estas donaciones? Pues afirmación social y protección de los dioses… La abuela Vibidia fue liberada de la esclavitud cuando aún era muy joven y posteriormente se casó. Tras la muerte de su marido consiguió emanciparse económicamente, convirtiéndose en una empresaria de éxito gracias al comercio marítimo (lo que explicaría la elección de restaurar el *sacellum* de Venus, protectora de este tipo de actividad). La inscripción que había colocado como epígrafe nos indica no solo lo que gastó, sino también que celebraba el ascenso de su hijo al rango ecuestre (es decir, «caballero»).

Aulo Furio Saturnino solo tiene diecisiete años, pero es seguro y decidido. Él también está destinado a hacer carrera en la ciudad, pero el *Vesubius* destrozará sus sueños…

Tras un breve paseo volvemos a la casa, una de las más bellas de Herculano. Nos sorprenden los detalles. El techo está artesonado con paneles y minuciosas incrustaciones, obra de hábiles ebanistas.

Se pueden ver «estrellas» o elegantes figuras geométricas dentro de polígonos, que a su vez están enmarcados por grecas en relieve. O tres cuadrados uno dentro del otro con una flor tallada en el centro. Todos estos elaborados trabajos de madera en el techo están pintados en colores vivos: rojo, azul, verde, blanco y, por supuesto, oro. Las grandes puertas correderas de madera finamente trabajada aíslan el despacho de la casa *(tablinum)* para una mayor privacidad cuando se celebran reuniones importantes y dan un toque ligeramente oriental a estas casas. Sobre todo, la gran cantidad de revestimientos en maderas nobles confiere a la casa un aroma especialmente agradable, en el que nadie piensa hoy en día al entrar en las ruinas de Herculano o Pompeya. Saturnino podría reconocer su casa con los ojos cerrados cuando camina por la ciudad en la oscuridad…

En la casa aparece la abuela, ya anciana, ayudada por dos esclavos. Alrededor de su cuello lleva un hermoso collar de bolas de cristal de roca del tamaño de canicas. La sientan con delicadeza en una cama cubierta de almohadas y tachonada de placas de marfil talladas. Junto a ella, una esclava monta un alto candelabro de bronce sobre el que se coloca una lámpara para poder leer mejor. Este candelabro es una verdadera obra maestra: está hecho de bronce ageminado. Llaman la atención los distintos segmentos: cada uno termina en una punta finamente roscada, y el esclavo los une atornillándolos. Si no estuviéramos en Herculano en el año 79 d. C. pensaríamos que estamos en una tienda de muebles modernos… La precisión de las uniones de las varillas y la decoración del bronce son realmente increíbles.

Tras llevarse unos sestercios de bronce y denarios de plata, Saturnino saluda a su abuela, que ya ha comenzado a leer en voz alta, como era habitual en el mundo antiguo (la lectura silenciosa se generalizaría, de hecho, en los monasterios medievales para no perturbar la meditación). Entre sus manos temblorosas hay un pergamino de papiro con un texto de Virgilio y al lado otro del filósofo epicúreo Filodemo de Gadara.

Saturnino sale de su casa y se encamina a paso ligero hacia las termas de las afueras, las que dan a la playa. En un cruce atrae su mirada un plato de dátiles expuesto por un comerciante. Se colocan allí, a la vista, recién llegados del norte de África. Se detiene: está

tentado de comprarlos para disfrutar de su intenso sabor. Se lo piensa un poco y decide marcharse, y esto lo salva. No tiene tiempo para escuchar los gritos de la gente. Por el rabillo del ojo solo ve una masa oscura que desciende sobre él. Es un carro que va calle abajo. Consigue evitarlo por los pelos. Si no se hubiera detenido un momento a pensar, habría sido atropellado… El carro, sin caballo y sin nadie a bordo, continúa su loca carrera hasta estrellarse contra un pilar. Su propietario llega apresuradamente unos segundos después. La gente se agolpa. Por suerte, nadie ha resultado herido. ¿Pero qué ha pasado?

El propietario no se lo puede creer. Acababa de desatar al burro del carro cuando este se movió literalmente solo… Y no puede entender cómo. Ha repetido la misma operación muchas veces en ese lugar y el carro nunca se ha movido. Él no lo sabe, pero esta noche han cambiado algunas pendientes en la ciudad. Imperceptiblemente. El volcán se está preparando.

Saturnino se queda mirando el carro, aprieta los labios, da un largo suspiro y reanuda su camino. Por fin llega a las termas. Lo está esperando su padre. Se llama como él, y su rango de caballero hace que todos lo respeten: es, además, decurión y también *flamen Dialis,* el sacerdote encargado del culto a Júpiter.

Ambos entran en los baños junto con el liberto que deberá supervisar la delicada obra que se dispone a reparar el edificio dañado por los violentos temblores de los últimos días. El frío y la humedad envuelven a Saturnino, que se estremece. La primera sala es una de las más bellas que se pueden ver en Herculano. Es un atrio oscuro, con luz que baja verticalmente desde una abertura en el techo. En el centro se encuentra la piscina del *impluvium* rodeada por cuatro columnas rojas, unidas por dos arcos superpuestos. A un lado hay una *herma,* es decir, una piedra cuadrada coronada por un busto de Apolo en mármol griego de extraordinaria belleza. Brotando de esta escultura, un chorro de agua debe llenar una gran pila de mármol *(labrum)* y desde aquí, desbordándose, caer en el *impluvium* y crear un agradable sonido cristalino que suele resonar en toda la sala. Debería… pero no lo hace, porque estas termas, como las de Pompeya, no están en funcionamiento. La causa es la misma: un terremoto ocurrido unos días antes (los expertos modernos creen que los temblores se produjeron entre seis y quince

días antes, no más).

Saturnino y su padre están aquí para seguir el progreso de las obras de restauración de las termas, que su familia ha decidido subvencionar en beneficio de la ciudad. Un gasto razonable, dado que solo se trata de una reparación y una restauración —no de la construcción *ex novo* de una central térmica—, pero que tendrá un gran impacto para la imagen de la familia en Herculano.

Por supuesto, el coste de los trabajadores y técnicos especializados en estructuras termales es elevado, al igual que el de la renovación de las salas estancas, de los depósitos estancos y de eficientes cámaras de aire que permitan el paso del aire caliente. Hoy en día no pensamos en ello, pero al fin y al cabo, las termas eran como enormes «chimeneas» cuyos conductos atravesaban las paredes para calentar las distintas estancias: el tiro tenía que ser perfecto.

Las obras están todavía en una fase inicial, como nos recuerda un esclavo que pasa sosteniendo una larga tabla de madera que servirá de futuro andamio. La apoya en una pared lateral del *praefurnium,* la caldera que constituye el corazón de las termas.

Aún hoy se pueden ver estas tablas apoyadas en el pasillo, listas para ser usadas pero jamás utilizadas. Al igual que las pilas de ladrillos perforados amontonados en el piso superior: están listos para sustituir a los dañados en el *calidarium,* pero… permanecerán allí, olvidados, durante veinte siglos, junto con una curiosa pintada en una pared, que muestra la caricatura de una mujer de perfil. La escritura que hay debajo sugiere que se trata efectivamente de Novela Primigenia. Como hemos dicho, no tenemos retratos de ella, pero por esta caricatura podemos imaginar que tenía ojos claros, nariz larga y labios prominentes. Una belleza «fuerte», quizás similar a la de Sofía Loren que, por cierto, es oriunda de estos lares.

El cierre de las termas ha privado a Herculano del olor a madera quemada, sinónimo inmediato, para todos los habitantes del imperio, de baños calientes, charlas y momentos de relax.

Empujando las puertas, que crujen en sus pesados goznes, padre e hijo entran en el *tepidarium,* donde les esperan héroes de guerra y atletas tallados en hermosos altorrelieves de estuco. Luego entran en el *caldarium,* con su grifo plano, tan moderno… Observan una grande y pesada pila bajo una vidriera, utilizada para las

abluciones. Está hecha de un hermoso mármol de Cipolin. El padre hace rodar una moneda en él, que casi completa un círculo completo antes de detenerse. Es un viejo truco que un anciano de Herculano le enseñó cuando era niño para mostrarle lo perfecta que era esta obra de arte, hecha por marmolistas griegos sumamente hábiles. La pila marcará, como veremos, un momento dramático de la erupción aquí en Herculano.

Los dos continúan su recorrido y llegan a la *natatio,* la piscina de las termas. Es quizás el lugar más sugerente, con sus escalones que se adentran poco a poco en el agua. Un agua muy caliente… y esto es gracias al extraño gran cilindro de bronce que hay en el centro: desde abajo, gracias a un túnel, un esclavo enciende un fuego que pone el bronce al rojo vivo para que caliente el agua de la piscina. Es un sistema llamado «samovar». Es algo así como si la gente entrase en una enorme olla de agua puesta a calentar en una hornilla…

Por supuesto, la piscina está ahora vacía. También han quitado las estatuas de los bordes, que habitualmente hacen de fuentes. Solo quedan los tubos de plomo retorcidos, tal y como los encontrarán los arqueólogos.

Saturnino mira el borde de la piscina. Nunca se ha dado cuenta de ello, quizás por la confusión que se produce cuando la gente está en el agua, pero en todo su perímetro hay una pequeña elevación que dista unos treinta centímetros del borde: esto evita que el agua se derrame fuera de la piscina, disminuyendo así el riesgo de terribles resbalones. Incluso algunas losas desgastadas por el pisoteo y retejadas para hacerlas menos resbaladizas demuestran que este era uno de los grandes peligros de las termas.

Desde las elegantes ventanas se puede ver todo el Golfo, con Capri e Isquia al fondo. Pero el paisaje es aún más espectacular en el *calidarium,* donde las ventanas crean dos órdenes de arcos con vistas al mar…

Hasta ahora solo se ha sacado a la luz una cuarta parte de Herculano, pero en lo poco que podemos visitar hay tres termas, ochenta letrinas y un sistema de alcantarillado muy bien organizado. En resumen, no hay duda de que era una ciudad limpia. El agua es un valioso aliado y tanto la higiene como el decoro de la ciudad parecen haber ocupado un lugar destacado en la agenda de

la administración.

Una inscripción junto a una fuente pública dice que quien ensucie la fuente con basura será multado (si es ciudadano romano) o azotado (si es esclavo). La diferencia de trato es elocuente…

Un asesinato en Herculano.

Mientras Saturnino y su padre siguen examinando los daños y las obras de restauración que hay que llevar a cabo para dar un nuevo esplendor a las termas, en otro lugar se siega una vida con una violencia sin precedentes. Es un hecho sangriento que, por su crueldad, habría animado durante días los discursos del Foro de Herculano, pero también los de Pompeya, Pozzuoli, Nápoles y Roma, si hubiera llegado a los titulares, si alguien lo hubiera descubierto… Pero el asesinato permaneció secreto e impune. Solo salió a la luz durante las excavaciones del siglo XIX.

Todo ocurrió a unas decenas de metros de las termas, en una tienda anónima. En la calle nadie presta mucha atención a los gritos y las peleas que se producen en la trastienda, las voces se apagan y ya no resultan ninguna novedad: en todas partes, en las calles y en las casas, siempre hay alguien que abronca y regaña a un esclavo o a un liberto por un trabajo mal hecho, una entrega tardía… En esta tienda, últimamente, se han escuchado gritos con bastante frecuencia. Quién sabe si la mujer que se ha marchado hace un rato, a paso rápido y tapándose la cara, tiene alguna relación con los gritos, o si solo era una clienta ocasional que se había marchado poco antes de la discusión… El liberto que regenta la tienda está muy tenso últimamente, tanto que apenas saluda a sus vecinos. Está claro que tiene un gran problema que le preocupa. Sin embargo, el negocio va bien. Intentemos entrar.

Ahora en la tienda solo hay silencio. Pasamos por delante de los productos expuestos en la entrada para recibir a los clientes, entre ellos unos deliciosos dátiles recién llegados del norte de África y pequeñas ánforas con aceitunas o higos secos. También se exponen cajas de anchoas saladas y otros productos alimenticios. A cada paso aumenta el olor acre del mar y, sobre todo, del pescado: aquí se vende, sobre todo, pescado y *garum,* como indican las numerosas

espinas encontradas por los arqueólogos.

Todo parece estar quieto, incluso el aire, atravesado solo por algunas moscas. La mirada baja al suelo. Hay un monedero, de los que se usan para la compra diaria, con los cordones arrancados: a su alrededor hay unos cuantos sestercios. No parece que haya habido un robo, sino algo más grave…

Tan solo una ligera cortina nos separa de la trastienda; a través de ella podemos distinguir una figura masculina apoyada en una jarra. Tiene las manos en el pelo, como si estuviera paralizado. Luego vuelve los ojos hacia nosotros, pero no parece habernos visto. Está pensando… debe pensar rápidamente… en una solución.

Ya, pero ¿cuál es el problema? La respuesta a nuestra pregunta está en el suelo. Allí yace el cuerpo sin vida de otro hombre. La posición de los brazos recuerda a alguien que duerme plácidamente. Es posible que sus últimas neuronas —aún vivas, pero por poco tiempo— conserven el recuerdo de una escena de una ferocidad inaudita. El hombre apoyado en la gran ánfora se transformó en una bestia. Cada puñalada llevaba consigo la fuerza de la desesperación y la rabia. Las dos últimas, que alcanzaron la garganta, fueron letales, seccionando limpiamente las arterias, provocando la pérdida de conciencia de la víctima en cuestión de segundos y su inexorable muerte, que ahora se extiende por su cuerpo como la noche cayendo sobre un paisaje: una noche eterna.

En la penumbra de la trastienda un charco de sangre se extiende alrededor del cuerpo sin vida. Durante el forcejeo entre los dos hombres los sacos de castañas y nueces han caído al suelo y ahora están inundados por un mar de sangre, del que asoman como si fueran islas… La sangre llega a las sandalias del asesino, que instintivamente retira el pie, como si no quisiera formar parte de este drama. Extrañamente, su respiración, en lugar de calmarse, se vuelve cada vez más agitada. Alguien podría entrar en la tienda y descubrirlo. Tiene que hacer algo. Cubre el cuerpo con unos sacos vacíos y luego se dirige a la entrada. Una mujer mayor, de pie en la acera, observa un elegante frasquito de vino en una caja de madera sobre un lecho de paja. Un bonito recuerdo para llevar a casa cuando deje Herculano mañana por la mañana. Así es, incluso en esta época había «souvenirs» a la venta en las tiendas. Este frasquito hecho mediante el soplado de vidrio en un molde tiene una

representación en relieve del puerto de Bayas con los principales edificios, termas, criaderos de ostras, etc. El tendero se apresura a envolver el frasco en un paño, casi se olvida de coger el dinero y también se equivoca al dar el cambio. La mujer se va con su regalo, sacudiendo la cabeza.

Unos minutos más tarde, habiendo cerrado la tienda con trancas, regresa al cadáver de la trastienda, aprovechando la hora de cierre de la tarde. Tiene un hacha en la mano… No hay otra solución. Tiene que deshacerse del cuerpo antes de que alguien se dé cuenta. Matar a una persona en plena ciudad, en uno de los lugares más poblados del Imperio, lo pone a uno en una situación muy comprometida. La única salida es cortar el cuerpo y llevarlo al interior dentro de un saco, para poder deshacerse de él por la noche, tal vez arrojándolo al mar.

Sabe que su tienda puede ayudarle en este asunto. A menudo, en la parte de atrás tiene que diseccionar y limpiar grandes peces traídos por los pescadores o incluso trocearlos en cuartos para la salarlos. Hasta hay un mostrador para hacerlo. Y está acostumbrado a este tipo de trabajo. También sabe qué herramientas utilizar: hay cuchillos afilados clavados en una ranura junto al mostrador, palanganas, etc., y sabe qué hacer. Una vez que se limpie, nadie notará los pocos rastros de sangre. Todo parecerá normal. Además, las cajas y tarros de pescado repartidos por la tienda encubrirán los olores…

Y así procede con su atroz plan, «trabajando» como un carnicero toda la tarde y parte de la noche. Sus gestos parecen fríos y mecánicos a la luz de las lámparas. Está concentrado, su mente está vacía, no piensa en nada más. En medio de la noche, alguien verá a un hombre caminando por la calle hacia los barcos de la playa, llevando una extraña carga…

En un momento dado, el hombre localiza un gran *dolium* enterrado hasta el cuello en el suelo. Al fondo coloca primero las herramientas utilizadas durante el «trabajo de carnicería» (tres hachas y un martillo de doble filo roto), y luego los restos de la víctima, cubriéndolo todo con algo, quizá una gruesa capa de pescado. Luego, en medio de la noche, sale de la tienda como si nada hubiera pasado, con un saco que contiene la cabeza de la víctima, para deshacerse de ella…

Tendrá éxito. Nunca será descubierto. La erupción lo cubrirá todo. Pero el asesinato, en cambio, será descubierto… el 10 de julio de 1869, casi dieciocho siglos después. Mientras se excavaba en una tienda de la esquina en Cardo III, se encontraron algunas *dolia* enterradas. Tienen algo más de un metro de altura, con una apertura de cuarenta a cincuenta centímetros, y dentro de una de ellas se encontraron los huesos de la víctima… Aunque no todos. Falta la calavera…

¿Qué podemos decir hoy sobre ese asesinato? ¿Quién era la víctima y quién el asesino? Solo podemos hacer algunas suposiciones, todas ellas plausibles. A decir verdad, nuestra historia ha dejado abiertos muchos interrogantes. Sería interesante conocer la opinión de quienes, por profesión, tienen experiencia en estos terribles hechos, como investigadores, policías, carabineros, jueces o criminólogos…

¿Qué idea se han hecho ustedes? Por los indicios podemos suponer que fue un asesinato apresurado, dictado por la precipitación de las circunstancias, no premeditado. De lo contrario, habría sido más fácil hacerlo en el campo, no, desde luego, en el corazón de una ciudad populosa y pequeña por añadidura, donde todo el mundo murmura, rodeado de comerciantes y familias separadas por tan solo una pared.

Podría tratarse de un robo que salió mal, o quizá de una pelea entre esclavos de la tienda (o entre un amo y uno de sus subordinados) que se volvió sangrienta. Quizá la víctima sea un cliente venido de fuera de la ciudad.

Con frecuencia, estos asesinatos están provocados por celos, que desencadenan una explosión de ira en el marido traicionado. Por los textos antiguos conocemos muchos casos de este tipo, algunos famosos, como el de un pretor que arrojó a su esposa por la ventana, matándola, y diciendo luego que la mujer se había inclinado demasiado y había resbalado. El escándalo fue enorme, el caso se puso de rabiosa actualidad en Roma y en todo el imperio, e incluso el emperador tuvo que ocuparse de él, llevando a cabo una inspección de la casa en pleno corazón de la Ciudad Eterna y comprobando en persona la presencia de rastros de una pelea. De ese modo el pretor fue declarado culpable.

En el mundo romano (y fuera de él) los asesinatos pasionales

solían cometerse con impetuosidad e ira si los llevaban a cabo los hombres; por el contrario, parece que las mujeres llevaban a cabo planes premeditados y a menudo bien concebidos, con una especial predilección por el uso de veneno.

¿Y en este caso? ¿Estamos ante una disputa entre cónyuges por celos? El cuerpo de la víctima, por lo que sabemos, es el de un hombre y esto (en teoría, claro) podría abrir escenarios «clásicos». El primero que me viene a la mente es un enfrentamiento directo entre un marido traicionado y el amante de su mujer… ¿Quizá los pilló *in fraganti*? ¿O fue el asesinato el resultado de un violento cara a cara en la tienda? ¿Era el amante un cliente habitual o un vecino que había sido atraído a la escena del crimen? ¿O fue un esclavo que trabajaba allí, asesinado en su puesto de trabajo…? (En las fuentes latinas tenemos muchos relatos de juicios a mujeres romanas que tenían un esclavo como amante).

Hay, finalmente, una última hipótesis sobre el asesinato que es interesante porque muestra otro aspecto revelador de las jerarquías de la sociedad romana. Tal vez el tendero era inocente. Es posible que la víctima hubiera sido asesinada en otro lugar, en una casa cercana, y que el cuerpo sin vida hubiera sido llevado a la tienda para ser troceado y eliminado. Una especie de *«lupara bianca»* realizada en nombre de alguien mucho más poderoso. ¿Por qué planteamos esta hipótesis? Basándonos, sobre todo, en un hecho: el tendero era casi con toda seguridad un liberto, un antiguo esclavo, siempre y en todo caso dependiente del *patronus,* el amo que lo había liberado. A menudo los romanos ricos ayudaban a sus antiguos esclavos dándoles una tienda y un trabajo, con lo que se aseguraban los ingresos de las ventas y todo tipo de servidumbre. Por lo tanto, se podría pensar que el amo mató o hizo matar a alguien, por ejemplo a un amante de su esposa, y luego pidió a su antiguo esclavo que se deshiciera del cuerpo.

Sea como fuere, un elemento de este asesinato sigue siendo desconcertante: según las descripciones realizadas en el momento del descubrimiento, al esqueleto le falta la cabeza… ¿Por qué? Probablemente para evitar que se reconociera el cadáver. Quizá la víctima era alguien a quien muchos podían identificar, porque vivía en Herculano o porque era una persona conocida, y puede que por esa razón se hiciera desaparecer la cabeza, tal vez arrojándola al

mar antes de la erupción. Pieza a pieza, durante los días siguientes, el resto del cuerpo debía haber terminado de la misma manera, pero el volcán lo impidió.

Joyas, bisutería y creencias en las calles de Herculano.

Saturnino reanuda su paseo por las calles de Herculano. Como ya hemos apuntado, en comparación con Pompeya el nivel social aquí es mucho más alto y vemos a mucha más gente con ropa elegante y joyas. Como buen observador, Saturnino se fija en muchos pequeños detalles de la ropa y las joyas de las personas con que se cruza. Para él son detalles triviales, pero a nosotros nos revelan otras pequeñas curiosidades sobre la vida cotidiana, las creencias e incluso el entorno natural.

Por ejemplo, hay una chica con unos bonitos pendientes estructurados como cestas. Estas preciosas cestas actúan en realidad solo como un «esqueleto»: a través de los diversos hilos de oro que las componen asoman muchas pequeñas perlas de río. El resultado es que de los lóbulos de la chica cuelgan dos racimos muy blancos y redondeados.

En la época romana todavía era posible encontrar en los ríos náyades cisne *(Anodonta cygnea),* una especie de ostras de agua dulce que podían producir ocasionalmente pequeñas perlas irregulares, tesoros muy buscados por los antiguos orfebres. Por ello, en los ríos y arroyos no era raro encontrarse con verdaderos «cazadores» de estos lamelibranquios, que hoy han desaparecido casi por completo.

Muchas mujeres de Herculano portan auténticos «tesoros sumergidos». Basta con mirar a las dos matronas que caminan plácidamente por la acera, escoltadas por sus esclavos, y que se detienen de vez en cuando para mirar los productos expuestos en las tiendas. Una de ellas lleva un collar con una *cyprea*. Esta cáscara blanca y brillante, cuya forma se asemeja vagamente a un grano de café, es un amuleto contra la esterilidad y las enfermedades venéreas (de hecho, se asemeja al órgano sexual femenino).

La frecuencia de los hallazgos en las excavaciones arqueológicas

ha demostrado lo comunes que eran estas conchas entre los habitantes, con una importante diferencia entre las clases sociales: las mujeres ricas lucían hermosos y caros ejemplares de especies de los mares africanos *(Cypraea pantherina),* mientras que las de las clases bajas y medias llevaban ejemplares baratos de los fondos marinos italianos *(Cypraea lurida)*.

Hasta finales del siglo XIX las mujeres seguían llevando conchas de este tipo alrededor del cuello exactamente con el mismo fin, una costumbre muy extendida en muchas otras regiones del Mediterráneo, Oriente Medio e incluso el África negra (las mujeres Himba de Namibia llevan una enorme concha alrededor del cuello, atribuyéndole los mismos poderes protectores).

La otra matrona, charlando sobre su nuevo encuentro con un encantador decurión de un destacamento legionario, retuerce nerviosamente una ramita de coral rojo *(Corallium rubrum)* que cuelga de su cuello en una cadena de oro. Se pescó un siglo antes en estas aguas y pasó de su bisabuela a su abuela, de esta a su madre y finalmente a ella: es una joya familiar de la suerte.

La creencia de que el coral protege contra la mala suerte y el mal de ojo se refleja en la mitología. Medusa petrificó a todos con su mirada. Cuando Perseo la decapitó, se subió a Pegaso, el caballo alado, sosteniendo la cabeza del monstruo que acababa de matar. Unas gotas de sangre de la cabeza cortada de Medusa cayeron al mar durante el vuelo y se petrificaron, transformándose en coral rojo. La sangre de la terrible Medusa se convertía así en un arma a utilizar en favor propio, contra la mala suerte y la maldad de los demás…

Las dos mujeres entran ahora en la tienda de un *gemmarius* para hacer algunas compras o simplemente para mirar un poco el escaparate. Es quizá la joyería más surtida de Herculano. Los arqueólogos encontrarán en el interior de la tienda (Insula Orientalis II, 10) los bienes que no tuvieron tiempo de vender a causa de la erupción: nada menos que doscientas joyas entre gemas, camafeos y colgantes de todo tipo.

Saturnino dobla la esquina y su mirada se ve atraída por unos pendientes de zafiro y, sobre todo, por el collar que una joven lleva al cuello. Se compone de muchos colgantes pequeños, como las pulseras que están tan de moda hoy en día; la única diferencia es

que estos colgantes están hechos de ámbar, piedras semipreciosas y cristales de roca… Representan un cupido, un cangrejo de río, una gota, un ratón y un… falo, como todos sabemos, símbolo de vida y fertilidad. Es curiosa una mosca de cristal de roca: casi seguro que procede de Egipto, donde los colgantes de este tipo se utilizan para protegerse de los insectos y sus picaduras. Si añadimos la seda de su *palla,* esta chica lleva objetos y materias primas de todo el mundo entonces conocido: ámbar del Báltico, la «mosca» de cristal de roca de Egipto, seda de China, zafiros de Sri Lanka…

En toda Pompeya y Herculano los arqueólogos han encontrado ejemplos de este comercio «globalizado» *ante litteram:* pimienta y otras especias procedentes de la India; conchas de Tridacna de los arrecifes de coral tropicales; conchas del género Conus *(Conus textile)* del océano Índico; grandes conchas de ostras perleras *(Pinctada margaritifera)* de mares muy lejanos, quizá incluso del Indo-Pacífico, cuidadosamente pulidas para resaltar su extraordinaria iridiscencia.

Saturnino echa un último «vistazo» significativo —para nosotros— a las personas con que se cruza. La pulsera de oro de aquella anciana tiene una forma original, nos recuerda un poco a un reloj. La «correa» está formada por dos gruesos hilos de oro entrelazados en amplios eslabones, y en lugar de una esfera hay una luna creciente (la lúnula es otro amuleto de la suerte vinculado a la fertilidad femenina): el ciclo lunar de veintiocho días, según los romanos, está relacionado con la menstruación. En el centro hay dos medallas desgastadas con los perfiles de dos niños. Se trata de una pulsera que no se ajusta a los cánones artísticos romanos, claramente elaborada con diferentes elementos, según los deseos de una «abuela». Los dos medallones quizá representen a los nietos, o quizá a los hijos adultos, que la mujer llevaba siempre consigo. Es uno de los hallazgos más curiosos con los que me he encontrado entre las muchas piezas de joyería que hay en la cámara de seguridad del Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

Saturnino continúa con paso rápido. Lo esperan en la espléndida Villa de los Papiros, junto a la costa, apenas pasado el curso de agua que la separa de la ciudad. Tiene allí una cita con el dueño y… con Rectina. Muy bien, pero ¿dónde está Rectina ahora?

Una cita en la Villa de los Papiros

Villa de los Papiros, Bayas.
23 de octubre de 79 d. C., 16:00; faltan 21 horas para la erupción.

RES AUSIM INIRE.
Me gustaría empezar…

Rectina ha regresado a su villa tras el examen médico. Se ha refrescado, ha resuelto algunos problemas de gestión en su propiedad y ha hecho nuevos planes para las próximas cosechas. Es una persona enérgica, de carácter fuerte e independiente, capaz de enfrentarse a los empresarios más hábiles de Pompeya, pero sigue siendo una mujer, y en su mente sigue estando el deseo de tener un hijo, que no pudo cumplir en su primer matrimonio. En el fondo, lo único que hace falta es conocer al hombre adecuado… Quizá sea Tito Suedio Clemente, con quien sale desde hace tiempo y con quien se siente extrañamente a gusto.

Ahora va de camino a la Villa de los Papiros montada en una litera, pero, como se prometió a sí misma, la primera parada de su viaje será una visita a un pequeño santuario de la fertilidad. Se encuentra a poca distancia de su villa, hacia el interior. Es un simple manantial natural, con agua purísima que brota de una pared de roca formando un pequeño lago. Desde tiempos inmemoriales, mucho antes de la llegada de los romanos, las mujeres de la zona acuden a este lugar porque atribuyen a este manantial poderes curativos contra la esterilidad o la dificultad para tener hijos. Al borde del pequeño estanque se ha erigido un pequeño templo con una estatua de plata de Juno Lucina.

Rectina lleva en una mano una estatuilla de bronce que ofrecerá para propiciar su embarazo. Mientras está absorta en sus

pensamientos, medio oculta por las cortinas de la litera, se da cuenta de que el ritmo de los portadores ha cambiado. Se están deteniendo y hablan de algo. Hay un obstáculo. El esclavo personal de Rectina, encargado de abrir camino, se acerca a su ama y solicita hablar con ella. Rectina retira la cortina e inmediatamente se da cuenta del problema: aquí también se ha derrumbado una pared en el camino. Algunos bloques de piedra de lava han rodado por la carretera y grandes montones de tierra bloquean el paso de los carros. Debe de haber ocurrido hace muy poco porque son los primeros en descubrirlo.

Un ruido sordo llama la atención del esclavo, de Rectina y de los porteadores. Un crujido creciente que procede de detrás de ellos. Algo se mueve en el pequeño bosque que flanquea la carretera. Un pino marítimo muy alto se inclina cada vez más, y de pronto golpea el suelo como un hacha. El impacto contra la carretera es muy violento y arroja ramas y astillas por todas partes. Todos se miran a los ojos. Rectina se lleva la estatuilla al pecho y se acurruca instintivamente. Después no ocurre nada más… Solo hay silencio. Incluso la naturaleza ha enmudecido.

—Todo está bien —la tranquiliza el esclavo— pero será mejor que nos vayamos ya…

Sí, es mejor alejarse antes de que ocurra algo más. En silencio, el grupo, con Rectina dentro de la litera, se abre paso entre las rocas y los montículos de tierra. La mujer mira con atención la pared desnuda por el derrumbamiento: las raíces del pino sobresalen de la tierra fresca como brazos extendidos y rotos. Le parece estar contemplando una profunda herida. Es más, casi puede oír claramente el sufrimiento de la tierra, como si estuviera gritando. Pero ¿qué ocurre bajo la superficie?

El desprendimiento que estamos atravesando, como ya hemos mencionado, es el resultado de las transformaciones internas del volcán, que se acerca a su inminente erupción. Pero al pequeño grupo le espera otra sorpresa.

Al llegar a la fuente sagrada, los portadores se detienen y depositan la litera en silencio. Rectina desciende, se cubre la cabeza con su chal y avanza unos pasos. El paisaje que tiene delante es inquietante. Normalmente el ambiente está animado por el canto de los pájaros, pero aquí también reina el silencio, tan solo roto por un

gorgoteo: el estanque está… burbujeando. Una ligera niebla se cierne sobre la superficie. Hay un insoportable olor a azufre y a huevos podridos por todas partes.

Rectina se cubre la cara y avanza. Hay pájaros muertos por todas partes. Cuando sus pies están casi tocando el estanque, se agacha para recoger uno que parece una bola de plumas anaranjada. Es un petirrojo. Los ojos apagados e inexpresivos confirman sus temores: este estanque, considerado por todos como un símbolo de esperanza de nueva vida, ahora solo genera muerte.

Rectina sigue caminando por el borde de aquel espejo de agua, aferrando la estatuilla a su corazón y cubriéndose la boca con su chal. El esclavo se acerca a ella, dispuesto a protegerla. Llega al pequeño templo de mampostería. Tiene el tamaño de un armario y parece intacto, pero los ojos de Rectina se abren de par en par: la estatua de plata de la diosa no brilla, está completamente ennegrecida. La supuesta divinidad brillante ahora parece un trozo de carbón… Es como si estuviera envuelta en el color de la muerte.

Rectina la toca y una pátina oscura queda entre sus dedos. Cierra los ojos por un momento, respira profundamente y luego coloca la estatua votiva dentro del templo, recitando algunas fórmulas sagradas. Detrás de ella, en la superficie del estanque, el burbujeo aumenta. La preocupación se extiende entre los porteadores, que comienzan a tener miedo. Algunos murmuran, otros invocan a los dioses. Su esclavo de confianza, Éutico, se le acerca e insiste en irse. Este lugar ya no es seguro. Rectina se levanta, lanza una última mirada llorosa a la deidad y se aleja rápidamente.

Mientras el grupo abandona el camino que lleva al santuario y retoma la carretera principal en dirección a la Villa de los Papiros, un pastor se aproxima. Parece en estado de *shock,* camina por mitad de la carretera con la mirada perdida. El esclavo se acerca y lo detiene. El hombre, aturdido, alza la vista, lo mira y murmura en voz baja, repitiendo mecánicamente:

—Seiscientas ovejas… todas muertas.

No muy lejos de aquí, en una finca, un rebaño entero ha muerto a causa de las emanaciones del suelo. Las habían llevado a un gran valle, donde debían haber pasado la noche en cuevas que sirven de refugio natural al ganado. Ayer, al anochecer, estaban todas vivas.

Esta mañana no había más que un reguero de cuerpos sin vida.

El pastor retoma el camino, todavía conmocionado. En una noche lo ha perdido todo, pero al menos se ha salvado. Rectina y el esclavo lo observan mientras se aleja. Intercambian una larga mirada llena de aprensión, luego el grupo reanuda su marcha hacia la Villa de los Papiros.

El propio Séneca describió un episodio de este tipo, ocurrido en esta misma zona en la época del terremoto del año 62 d. C. Pero hay casos similares en otras partes del mundo y en distintas épocas: en marzo de 2001, por ejemplo, en las colinas de Albania, cerca de Roma, se encontraron varias ovejas muertas en el mismo estado.

Según los expertos, en las zonas volcánicas suelen producirse emisiones de gases que suben a la superficie. Estas emanaciones son liberadas por el magma ascendente y consisten principalmente en vapor de agua mezclado con dióxido de carbono y varios tipos de gases. Pueden ser letales, pero solo bajo ciertas condiciones: el gas debe estar a bajas temperaturas para que permanezca concentrado cerca del suelo (de lo contrario, tiende a elevarse y dispersarse); también debe concentrarse en huecos o depresiones o en entornos con poca circulación de aire, donde se pueden crear las condiciones para estas muertes masivas, que de otro modo serían muy raras.

El laguito burbujeante y los objetos plateados recuerdan fenómenos que se repetirían muchos siglos después durante otra famosa erupción: la del monte Pelée en la Martinica, que en 1902 mató a treinta mil habitantes de la ciudad de Saint-Pierre con sus «nubes ardientes». Fue en esta ocasión cuando se acuñó este término para describir unas características avalanchas incandescentes de ceniza y gas, las mismas que causaron estragos en Herculano y Pompeya. Todo ocurrió en cuestión de minutos: cuando la nube se disipó, la hermosa ciudad se había transformado en un esqueleto de ladrillo. De los habitantes solo quedaban cadáveres, carbonizados y sin ropa si estaban en la calle, quemados, hinchados y de color rosado —pero aún con la ropa puesta— si habían quedado atrapados en la nube asesina dentro de sus casas. Solo sobrevivieron cuatro: un prisionero en una celda-búnker, un zapatero y también una niñera con su ahijada, que le había sido confiada en un barco anclado en el puerto. Cuatro de treinta mil. Esto le da una idea de las posibilidades reales de supervivencia en

caso de una nube ardiente.

Es un drama que apenas se ha tenido en cuenta en el análisis de la erupción del 79 d. C. Sin embargo, los paralelismos son sorprendentes: las descripciones, las fotografías y los testimonios relativos a esa erupción pueden aportar también explicaciones e interpretaciones útiles para la tragedia de Pompeya y Herculano. Incluso la ubicación de la ciudad tropical —similar por tamaño a Pompeya y por su situación a Herculano: a orillas del mar, en una amplia bahía y al pie del volcán— presenta singulares coincidencias. Por ello, al analizar algunos aspectos del drama que vamos a presenciar, nos ha parecido oportuno tener en cuenta esta increíble cantidad de información.

En los días anteriores, en el monte Pelée, que dominaba la ciudad de Saint-Pierre, habían aparecido fumarolas en un laguito, destino habitual de excursiones turísticas, y en otros lugares de las laderas del volcán las emisiones gaseosas sulfurosas habían matado a los pájaros y ennegrecido objetos de plata… Las invasiones de hormigas y serpientes que se abalanzaron sobre la ciudad en los días anteriores también fueron vistas como signos premonitorios, aunque hay que ser prudentes porque estos fenómenos podrían no estar relacionados con la actividad volcánica.

La Villa de los Papiros.

Saturnino llega a la Villa de los Papiros por la carretera que conecta Herculano con los suburbios, las afueras de la ciudad. A su llegada se percata de la litera de Rectina y de sus esclavos, que charlan animadamente. Al ver llegar al joven estos se callan e inclinan la cabeza como soldados rasos ante un general, pero una vez ha pasado retoman su animada conversación.

Al joven lo recibe el liberto encargado de la casa. Ya ha estado antes en esta extraordinaria mansión, pero no puede dejar de maravillarse ante su esplendor. Es una de las villas más hermosas que ha visto, y nosotros no podemos sino confirmarlo. La villa da al mar y tiene doscientos cincuenta metros de largo, casi tan ancha como la ciudad de Herculano…

La Villa de los Papiros es uno de los mayores tesoros de la arqueología. Tras su fortuito descubrimiento en 1750, durante la

construcción de un pozo, el rey Carlos de Borbón ordenó realizar una gran excavación. Como no era posible sacar a la luz la villa, enterrada a gran profundidad, bajo treinta metros de ceniza volcánica petrificada, el arquitecto suizo Karl Weber, encargado del lugar y de las excavaciones, decidió explorarla construyendo túneles y creando una red de galerías digna de una mina. Y, al igual que en una mina, encontró una gran cantidad de tesoros… Gracias a sus excavaciones ahora tenemos un plano perfecto de la villa, con el que fue reconstruida a tamaño natural en el Museo Paul Getty de Malibú.

En realidad, una pequeña parte del edificio, el atrio, salió a la luz con un titánico proyecto de excavación llevado a cabo de mayo de 1996 a mayo de 1998, que luego se detuvo porque se agotaron los fondos del Ministerio, dejando el resto de la villa aún bajo tierra… Y todo sigue en esas condiciones desde hace años…

Saturnino atraviesa el gran atrio con la piscina del impluvio. Las estancias de esta villa son inmensas, y por todas partes hay mosaicos, frescos de exquisita factura y 81 de las más bellas estatuas de mármol y bronce de la época romana, que incluso componen ciclos enteros (la mayoría de los cuales pueden verse ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles). En comparación con esta villa marítima, las viviendas de los ricos de la época moderna palidecen.

El joven pasa por el atrio, con su elegante suelo rico en finos mosaicos de decoraciones geométricas. Esta parte de la villa es tan grande que constituye un distrito por derecho propio. Siguiendo al liberto, Saturnino llega a un jardín interior (el peristilo menor) rodeado de un pórtico. En el centro hay un estanque rectangular rodeado de cinco grandes estatuas de bronce, de aspecto rígido y austero: representan a cinco Danaides, como se llamaba, según la mitología, a las cincuenta hijas del rey Danao, culpables (todas menos Hipermestra) de haber matado a sus maridos por instigación de su padre. Por ello fueron condenadas en el inframundo a verter agua eternamente en un jarrón perforado.

Una voz llama a Saturnino: es el dueño. El joven se une a él y entra en la parte oriental de la villa, donde hay, además de una instalación termal doméstica, una gran biblioteca. Es lo que se encuentra aquí lo que da nombre a la villa: los arqueólogos

descubrirán más de mil papiros enrollados, milagrosamente conservados a pesar de la erupción y de haber pasado casi dos mil años bajo tierra. Al verlos hoy parecen ramas carbonizadas y, cuando intentas desenrollarlos, te das cuenta de que el papiro es extremadamente frágil, como una hoja de papel quemada. Sin embargo, ha sido posible desentrañar pequeñas porciones de ellos. Se trata de textos que abarcan una amplia gama de temas: el amor, la música, la muerte, la poesía, la locura, la economía, la elocuencia. Durante décadas han sido estudiados por el profesor Marcello Gigante, un gran erudito, desgraciadamente fallecido en 2001, que incluso fundó un instituto específicamente para su estudio: el Centro Internacional para el Estudio de los Papiros de Herculano. Hasta la fecha, los arqueólogos han descubierto y leído cincuenta y siete papiros en latín (se han identificado escritos de Lucrecio, Ennio y probablemente de Vario Rufo, un poeta de la época de Augusto). Los demás papiros están en griego y tratan de temas filosóficos, casi todos relacionados con la escuela epicúrea.

Saturnino se encuentra una escena muy curiosa. El propietario está sentado en una silla y a su lado hay un secretario con tablillas enceradas. Frente a ellos, otro secretario extrae con delicadeza unos rollos con cintas rojas de las estanterías. Cada rollo constituye un *volumen* (de ahí nuestro término «volumen»), un «libro» que contiene una obra de un autor de la antigüedad, que puede ser leído desenrollándolo lentamente. Cada vez que saca uno, lee el título en voz alta y su colega lo transcribe en la tablilla de cera. En ese momento el pergamino es entregado a otro esclavo, que lo coloca en una caja de madera. ¿Qué están haciendo?

El propietario está trasladando toda la biblioteca, volumen a volumen, a otra habitación de la casa. Así estará más protegida de los terremotos que últimamente están sacudiendo, y también permitirá que se lleven a cabo trabajos de restauración urgentes en la villa, como demuestran algunos trozos de yeso de colores que han caído al suelo.

A partir de los títulos leídos en voz alta por el esclavo nos hacemos una idea del inmenso patrimonio de esta villa, un verdadero tesoro que la erupción nos «regaló». Fíjese: *Sobre la naturaleza,* de Epicuro (una obra fundamental en treinta y siete libros, completamente desconocida para nosotros antes del

descubrimiento de la villa); *Sobre la riqueza,* de Metrodoro; *Contra el Lisis de Platón* y *Contra el Eutidemo de Platón,* de Colotes; *Sobre la filosofía* (en dos libros) y *Sobre el desprecio irracional de las opiniones populares,* de Polistrato; *Sobre la poesía, Sobre la geometría, Sobre las sentencias de Epicuro,* de Demetrio Lacón; *Sobre la providencia,* de Crisipo…

La villa cuenta con una extraordinaria biblioteca, lo que demuestra que fue un centro muy importante de la filosofía epicúrea. De hecho, los numerosos escritos de Filodemo de Gadara, uno de los principales exponentes de esta escuela filosófica, sugieren que podría tratarse de su biblioteca personal.

Hasta hoy se han encontrado sobre todo papiros griegos, pero falta casi toda la sección latina. Lo más probable es que siga ahí abajo, en espera de ser descubierta, guardando obras desconocidas de grandes personalidades del pasado. Todo un tesoro único en el mundo, útil para nuestro conocimiento y, sobre todo, una de las mayores colecciones de escritos de la antigüedad… ¡se encuentra ahí abajo, aguardando que alguien lo saque a la luz! Pero, como hemos dicho, las excavaciones se detuvieron y no se han reanudado.

El amo se levanta de su silla y hace una señal a los secretarios para que continúen sin él. Atraviesa la biblioteca con cuidado de no pisar los pergaminos esparcidos aquí y allá por el suelo, luego toma a Saturnino del brazo y juntos prosiguen charlando por el inmenso jardín de la villa. Sus dimensiones dan idea del estatus de esta vivienda: el jardín interior (gran peristilo) tiene cien metros de largo y treinta y siete de ancho, con veinticinco columnas en el lado más largo y diez en el más corto. En el centro, entre elegantes parterres, hay una piscina de sesenta y seis metros de largo, es decir, mayor que una olímpica. Está rodeada por estatuas de atletas, dioses y animales. Y todo ello con vistas al mar, a pocos metros de las olas… Imaginen la fresca brisa del mar difundiendo por todas partes el aroma de las esencias mediterráneas que crecen en el jardín.

Pero ¿de quién fue la idea de convertir esta villa en un centro de filosofía epicúrea? Hay varias hipótesis. La más aceptada es que fue el suegro de Julio César, el riquísimo Lucio Calpurnio Piso —cónsul en el 58 a. C. y propietario de la villa más de un siglo antes de la erupción—, quien pudo ser mecenas de Filodemo de Gadara. O tal

vez fue su hijo, también cónsul, que murió en el 32 a. C. O un tal Apio Claudio Pulcro, amigo de Cicerón… O quizá los tres, cada uno haciendo su propia contribución, ya que la villa tuvo seguramente más propietarios… Nadie lo sabe. Al igual que nadie sabe quién era el propietario en el momento de la erupción.

En cualquier caso, los filósofos griegos y los aristócratas romanos amantes de la filosofía podrían haber paseado por este jardín, conversando bajo los pórticos sobre los temas más diversos y recreando el ambiente de las escuelas filosóficas de Atenas.

Mientras Saturnino y el dueño caminan a lo largo de la piscina, es fácil imaginar a Virgilio aquí también. En efecto, según el profesor Antonio De Simone, siendo la villa un centro de filosofía epicúrea (quizá incluso fundada por el maestro de Virgilio, Filodemo), y estando atestiguado que el poeta visitó Nápoles, es más que natural pensar que se quedó aquí.

Los dos han llegado al final del jardín. El mar acoge sus miradas y pensamientos con su respiración profunda. La estructura de la villa continúa con una larga pasarela de mármol, sostenida por elegantes arcos, hasta lo que parece un gran faro. Se trata de un elegante mirador redondeado, un cenador con un sabor vagamente oriental, todo cubierto de mármol blanco y coronado por una cúpula. El suelo tiene un mosaico que muestra un maravilloso juego de geometrías concéntricas.

Entre sus columnas Rectina se encuentra cómodamente reclinada en un lecho triclinar. A su lado está Julia Feliz, una mujer de Pompeya tan emprendedora como Rectina, propietaria de un interesante complejo de edificios —algunos de los cuales se alquilan — obtenido al fusionar dos *insulae* enteras y cerrar la calle que las separaba, hacia el final de la Vía de la Abundancia. En su interior, Julia Feliz ha creado una pequeña «ciudad dentro de la ciudad», con barrios interconectados que ofrecen diversos servicios: hay una posada para comer y un «bar» contiguo; un poco más adelante se encuentra una instalación termal, con una rampa de acceso construida directamente en la acera (imaginamos que se le otorgó una concesión).

En una época en la que la mayoría de las termas de Pompeya están cerradas, los ingresos de Julia Feliz han aumentado considerablemente. La gente hace cola, entra y se sienta en largos

balcones de piedra en un pórtico de cuatro lados, y luego comienza el clásico recorrido termal. En el elegante complejo los arqueólogos han encontrado una inscripción que demuestra el nivel de esta empresaria romana: «En la propiedad de Julia, hija de Spurio Felix, se alquilan una elegante casa de baños para gente respetable, pisos en el primer piso y tiendas con alojamiento encima, desde el próximo 1 de agosto hasta el 1 de agosto del año sexto, durante cinco años». Transcurrido el quinquenio, el contrato expirará. Sin duda, Julia es una mujer con las ideas muy claras.

Las dos mujeres y los dos hombres se han reunido para definir una «alianza» comercial con el fin de hacer frente a la disminución de la demanda de vino pompeyano, amenazada por el procedente de la Galia.

Rectina y Julia no constituyen una excepción, sino que representan un aspecto poco estudiado: el de las mujeres empresarias de la élite romana que, quizá por primera vez en la historia de Occidente, desempeñaron un papel muy significativo en el escenario económico y financiero, habitualmente ocupado por los hombres. Con la crisis del imperio y el fin de la época romana, habrá que esperar hasta la edad contemporánea para volver a encontrarnos con mujeres directivas…

La Bayas de los ricos.

Mientras Rectina, Saturnino, Julia y el propietario de la Villa de los Papiros discuten, el esclavo de confianza de Rectina viaja a caballo hacia el norte, en dirección a Bayas, no lejos de Miseno, donde tiene su base la flota comandada por Plinio el Viejo. En su viaje de más de treinta kilómetros se encuentra con muchas otras «señales» que le convencen cada vez más de que algo está a punto de suceder. A lo largo del camino, una de las imponentes tumbas monumentales que siempre ha sido una referencia familiar cuelga ahora peligrosamente, como si un gigante la hubiera empujado. Incluso tiene miedo de pasar por delante de ella. Y no es este el único indicio. Un reloj de sol junto a un puesto de cambio de caballos, siempre preciso, se adelanta ahora dos horas. Es como si alguien hubiera cambiado el ángulo… ¡Pero el reloj de sol está fijado a una pared! La mente del esclavo se vuelve cada vez más confusa. En

realidad, la explicación, desde un punto de vista científico, es sencilla: la presión del magma ascendente hace que el complejo volcánico se deforme, alterando la pendiente normal del terreno.

Cuando llega a Bayas, el famoso centro turístico de la *jet-set* romana, le parece entrar en otro mundo, lejos de las preocupaciones de Herculano y Pompeya. Aquí la gente solo piensa en divertirse y relajarse. Hay grandes instalaciones termales, criaderos de ostras, villas junto al mar donde todas las noches se celebran fiestas… y bacanales. Los viajes en barco suelen ser un pretexto para las orgías, y por las noches en las playas todo vale. Así es como se ha transmitido el ambiente de estos lugares.

El esclavo percata inmediatamente mientras camina por las calles de la ciudad: literas alineadas una tras otra con chicas jóvenes cubiertas de joyas, bares donde se oye gritar a gente que ha bebido demasiado, ancianos que llevan de la mano a chicos jóvenes… Cosas que rara vez se ven en Herculano. Esta es definitivamente la tierra de la lujuria.

Pero Bayas es también la patria de las termas. En la antigüedad la gente venía a curarse entrando en cuevas donde brotaban vapores calientes y aguas termales ricas en minerales. La gente sudaba profusamente dentro de las cuevas y salía con un olor sulfuroso en la piel. La belleza del lugar y la presencia de tantas fuentes termales debieron de atraer a un gran número de pacientes y amantes de los baños desde los lugares más lejanos. No es difícil imaginar las multitudes.

Hasta que a alguien se le ocurrió una idea: crear este mismo efecto de forma artificial, primero con braseros y luego con auténticos hornos que calentaban una habitación haciendo pasar el humo por sus paredes. Este sistema pudo exportarse a todo el imperio y aún hoy se utiliza en los *hammam* y baños turcos, términos «exóticos» que hacen referencia a los famosos baños romanos. Parece que la idea se le ocurrió a Cayo Sergio Orata, el mismo que, según algunos relatos, tuvo también la ocurrencia de crear criaderos de ostras para que estas estuvieran siempre en la mesa… ¡y también porque se las consideraba afrodisíacas!

En realidad no sabemos si fue él quien tuvo todas estas ideas que, junto con la cría de peces en tanques excavados en la roca y alimentados por las corrientes marinas, fueron un éxito rotundo.

Pero lo que sí que resulta conveniente es desmontar un mito: los romanos nunca criaron morenas alimentándolas con esclavos. Las escenas que se leen en las novelas o se ven en las películas son totalmente inventadas y no le hacen ningún bien a la realidad histórica. Fueron más bien las morenas las que solían terminar de comida en los banquetes…

El esclavo de confianza de Rectina ya ha realizado el recado que le encargó su señora y está a punto de regresar, pero entra en una *popina* para tomar un último vaso de vino antes del largo viaje. La vista desde este lugar es magnífica: se puede ver la bahía con los veleros y el largo muelle con estatuas de bronce dorado y un gran arco de triunfo, verdadero símbolo del lugar. Pero enseguida lo distrae la charla de los clientes sentados a su alrededor. Hablan de hechos graves que vienen sucediendo desde hace algún tiempo. En las grutas curativas ya no se puede entrar: no se puede permanecer dentro más que unas decenas de segundos, porque al poco los ojos arden y hay que salir. En otras cuevas o cámaras subterráneas algunas personas han sido víctimas de chorros de calor repentinos y han perdido la vista o han sufrido horribles quemaduras en la piel.

Algunos hablan de la venganza de los dioses: según un dicho local, aquí las mujeres «llegan castas como Penélope y se marchan lascivas como Helena». Desde luego, los dioses no pueden estar contentos con estos rumores… También están los que creen que hay una caldera subterránea a punto de explotar, y los que lo minimizan todo diciendo que no son más que infundios extendidos por algún balneario termal en crisis por la escasez de clientes…

Hay una explicación científica, y es bastante sencilla. Un vulcanólogo lo habría entendido inmediatamente. El magma que sube a la superficie provoca cambios en la composición y la temperatura del agua que alimenta las fumarolas y los sistemas geotérmicos. Esto provoca quemaduras en los ojos, en algunos casos graves. El resultado es la aparición de nuevas fumarolas (según algunos clientes de la *popina,* algunos agricultores cocinan la comida en fumarolas que han aparecido de repente), y cambios en la composición química y la temperatura de la capa freática.

El esclavo no se termina el vino. Lo ha comprendido todo. Paga y monta inmediatamente en su caballo. Va en busca de su ama.

La granja que esconde un fabuloso tesoro

Villa de la Pisanella.
23 de octubre de 79 d. C., 17:00; faltan 20 horas para la erupción.

DUACI CAPEL(L)A DONATA NOMINE ABER(R)AVIT.
Una cabrita de Duaco llamada Donata se ha perdido.

El carro cruje y chirría periódicamente a cada vuelta de rueda. La mujer que viaja en él va absorta en sus pensamientos, arrullada por ese sonido de nana que le recuerda las melodías que le cantaban de pequeña. Ha pasado mucho tiempo desde entonces; ahora está en el otoño de su vida, tiene dos hijos mayores y espera nietos. Esta dama tiene un rostro cansado, lleva el pelo recogido en un moño en la cabeza, viste ropas de tejidos caros, tiene las manos bien cuidadas —otro signo de nobleza— y es conocida y venerada por la mayor parte de Pompeya… sobre todo por el respeto que inspira su marido. Es, de hecho, la esposa del banquero Lucio Caecilio Jocundo. Va de camino a una granja que poseen, una *villa rustica,* como la llaman los romanos: un hogar y una granja al mismo tiempo.

El carro sale de las murallas de la ciudad por la Puerta de Herculano. Las sólidas murallas, que datan de la época samnita, nos recuerdan todavía la denodada resistencia que las tropas de Pompeya —que aún hablaban mayoritariamente osco— opusieron a Sila y a sus temibles máquinas de guerra. De hecho, en algunos lugares todavía se pueden encontrar las inscripciones en lengua osca de los soldados que patrullaban.

La Puerta de Herculano era una de las siete puertas de Pompeya y permitía el acceso a Herculano, a Oplontis (considerada un suburbio de la ciudad, hoy Torre Annunziata) y a las salinas, y más

adelante a la carretera costera que llevaba a Nápoles. Al norte estaba la Puerta del Vesuvio, que conducía al *Vesubius,* el volcán oculto disfrazado de «montaña», Terzigno y Ottaviano; al este estaban la Puerta de Nola y la Puerta del Sarno (hacia el Sarno y el interior); al sur estaban la Puerta de Estabia y la Puerrta de Nocera, que conducían a Nocera y a las villas de Estabia; al oeste estaba la Puerta Marina, que conducía al puerto de Pompeya y a la carretera litoral hacia Estabia y Sorrento.

En resumen, Pompeya tenía «salidas de emergencia» en todas las direcciones, y durante la erupción cinco de ellas (las que se alejan del volcán, hacia el sur, el este y el oeste) se verán abarrotadas de gente que huye de la ciudad, mientras que la Puerta de Herculano y la Puerta del Vesuvio, orientadas hacia el *Vesubius,* se verán invadidas por todos aquellos que vienen huyendo del campo para refugiarse en la ciudad. Pero ahora todo parece tan lejano…

El carro continúa su camino dejando atrás Pompeya y algunas villas, como la famosa Villa de los Misterios, y se adentra en el campo. Nos encontramos en el *pagus,* un distrito rural fuera de las ciudades, con un *vicus* como «ciudad principal», la mayor parte de las veces tan solo un pequeño grupo de casas, una aldea.

Del término *pagus* deriva «pagano», porque fue precisamente en el campo donde los cultos precristianos se mantuvieron muy arraigados durante mucho tiempo, a pesar de que el cristianismo hacía tiempo que se había implantado en las ciudades. Este fenómeno se prolongó hasta la época moderna, aunque de forma esporádica.

El paisaje que atraviesa el carro está, para nosotros, lleno de curiosidades y de información sobre cómo se vivía en Pompeya y en la época romana en general. No describiremos la complicada subdivisión de la tierra, en la que a menudo se ven los efectos de la centurización, es decir, de la subdivisión de las posesiones agrícolas de acuerdo a las líneas cruzadas del *cardo* y el *decumanus* (las vías de los ejes norte-sur y este-oeste) que generaban una especie de tablero de ajedrez, una cuadrícula con mallas más compactas al sur y al este, hacia Nocera, y menos apretadas al norte, hacia el *Vesubius*.

Lo que más llama la atención es la variedad de ambientes que rodeaban a Pompeya, ecosistemas locales muy diferentes, capaces

de proporcionar alimentos y materias primas de todo tipo: al oeste el mar, al norte un volcán (para todo el mundo una montaña con laderas fértiles), al sur los Montes Lattari y, finalmente, al este una amplia llanura atravesada por un río con los Montes de Sarno al fondo.

Mientras el carruaje de la esposa del banquero avanza, echamos un vistazo a Pompeya desde la costa hasta las montañas para descubrir por qué siempre ha sido considerada una ciudad «afortunada» (por supuesto, antes de los terremotos y la erupción…). El mar estaba repleto de peces, basta ver mosaicos como los de la Casa del Fauno para comprobarlo: langostas, lubinas, salmonetes, pulpos, pargos, morenas, langostinos, doradas, mújoles, sargos. Por no hablar de los moluscos: desde los dátiles de mar hasta las sabrosas lapas, pasando por los mejillones criados en viveros costeros, los erizos de mar, las vieiras y la *Glycymeris,* un género de lamelibranquios que era un plato habitual para las clases menos pudientes del área vesubiana y que, de hecho, todavía hoy se llaman «mejillones» y «esclavos».

Una curiosidad. Ningún pompeyano iba al mar con una sombrilla o a tomar el sol, y pocos sabían nadar. El Mediterráneo, con sus aguas traicioneras, se consideraba un entorno prohibido: en su lugar, la gente iba a pasear por la playa, como en los tiempos modernos se hace por el paseo marítimo de muchas ciudades. Los niños se tiraban desde los muelles, algunos pescaban con sedal. De vez en cuando se veían carros acercándose a la costa y esclavos cargando agua de mar. ¿Con qué objeto? El agua salada se utilizaba para lavar las ánforas de vino.

Las playas de Herculano y Pompeya eran muy oscuras porque la arena tenía un alto componente de origen volcánico. Detrás de ellas, además de las salinas (de las que hablaremos más adelante), había dunas y vegetación costera típica en la que, junto al romero y otras esencias, crecían diversas variedades de pinos: el marítimo es el más «famoso», inmortalizado en la clásica «postal de Nápoles». De estas plantas se obtenían piñones, muy utilizados en la cocina, pero también resinas de las que se extraían trementina y brea, imprescindibles para calafatear los barcos así como para impermeabilizar las ánforas y sellarlas. Las piñas también eran excelentes para encender el fuego, mientras que las agujas se

utilizaban para hacer cepillos y escobas.

Y aquí encontramos otro entorno ambiental: el curso del río Sarno, con sus marismas en la zona de la desembocadura. En él se encontraban aves acuáticas para cazar, pero también juncos para tejer cestas y cañas para construir tanto vallas en los jardines o el campo como paredes o techos en las casas. Sabemos, por el polen encontrado durante las excavaciones, que a lo largo del río también crecían sauces, utilizados por los agricultores para hacer cestas y atar las vides.

Por desgracia, estos ambientes también albergaban un tormento para los pompeyanos, que la erupción no preservó: los mosquitos… (no sabemos si había variedades portadoras de malaria). Sin embargo, sabemos que los habitantes de Pompeya intentaron recuperar estas riberas pantanosas plantando hileras de cipreses y utilizando su follaje para construir una base estratificada capaz de retener la tierra y las hojas, con el fin de cubrir las zonas estancadas.

Al otro lado del río, al sur, se alzan los montes Lattari: allí se cultivaban olivos, que proporcionaban parte del aceite utilizado en la ciudad, pero también había numerosos pastos de cabras y ovejas, lo que significaba para Pompeya leche, queso, lana, pieles, tendones y, por supuesto, carne (son famosas las cabras «a la parta», rellenas de *garum,* aceite y ciruelas de Damasco).

En el norte, sin embargo, colinas como el *Vesubius* proporcionaban «recursos» diferentes. El clima de entonces, comparado con el de los tiempos modernos, era más fresco y lluvioso. En el *Vesubius* había bosques de hayas con muchos ciervos y corzos. Más arriba aún era fácil encontrar abetos plateados. También había bosques de robles, donde los pompeyanos cazaban jabalíes para colgarlos en las carnicerías de la ciudad.

Pero eso no es todo. El carro de la matrona continúa su viaje por los alrededores de Pompeya. Acaba de pasar un bosquecillo de olmos y alisos. Hay muchos más en la llanura, yendo hacia Nocera. La madera del olmo se utilizaba para la construcción de barcos y, por su resistencia, también de puentes.

Como se puede ver, Pompeya estaba rodeada de un verdadero «supermercado» natural con numerosos departamentos: alimentación, artesanía, construcción, etc.

No falta mucho para llegar a nuestro destino y la campiña atravesada por el carro está ahora salpicada de *villae rusticae* cultivadas intensamente de cereales, legumbres y, sobre todo, de viñedos productores de un vino que da fama a Pompeya en todo el imperio. Las vides se cultivan sobre altas estructuras de madera, de modo que los racimos crecen en una posición elevada, expuestos a la luz del sol y alejados de la humedad del suelo.

De pronto el carro se detiene. El camino rural parece haber sido «cortado» limpiamente. Se ha formado un escalón, como si hubiera habido un largo desprendimiento transversal. La señora se baja acompañada de dos esclavos. Sus ojos claros siguen toda la longitud del desprendimiento, un desgarro en el suelo que se extiende más de cien metros. Han rodado unas cuantas rocas que han derribado dos hileras de un viñedo (el del vecino, afortunadamente…).

Estos desprendimientos con rocas rodantes son considerados por los vulcanólogos, junto con los terremotos, como uno de los signos más alarmantes del tipo de erupciones en las que la lava no fluye lentamente fuera de un cráter, sino que, al estar bloqueada por un «tapón», provoca la explosión del volcán. Tales desprendimientos son el resultado directo o indirecto de la deformación del suelo provocada por la presión del magma ascendente, que levanta, arquea y fractura grandes contornos de roca profunda: se producen localmente en pequeñas extensiones (del orden de unos cientos de metros) y suelen tener una longitud inferior a un kilómetro.

En aquel octubre del 79 d. C., no se puede descartar que estos mismos fenómenos fueran la causa de la interrupción del suministro de agua en la zona.

La mujer tiene que continuar a pie. Afortunadamente, la Villa de la Pisanella, como se la llama ahora, está a poca distancia.

Una granja de Pompeya…

La señora llega a su mansión caminando a buen paso, a pesar de su edad. Inmediatamente es recibida por los esclavos de la villa, incluido el liberto cuya principal tarea es supervisar su buen funcionamiento y gestión. La villa es realmente imponente. Desde el exterior parece un edificio bajo y rectangular, pero en su interior

esconde, como veremos, un gran patio.

La mujer atraviesa la gran puerta de doble hoja e inmediatamente se siente «en casa»: le encanta venir aquí, lejos de la confusión, las multitudes y los chismes de Pompeya. Aquí encuentra verdaderos valores, el ritmo del trabajo en el campo, mucho silencio y, sobre todo, serenidad.

La Villa de la Pisanella es un ejemplo perfecto de *villa rustica,* o sea, de una pequeña granja. Para los romanos, de hecho, una villa en el campo o junto al mar debe producir ingresos en forma de cultivos agrícolas o piscifactorías: es inconcebible que no sea más que una fuente de gastos para hacer escapadas.

Para entender mejor la finalidad de una *villa rustica* hay que pensar en las grandes haciendas del Sur secesionista en Estados Unidos, con plantaciones y esclavos en los campos; es decir, en las atmósferas y las mansiones suntuosas de *Lo que el viento se llevó*.

La villa está dividida en dos partes: una dedicada a la producción agrícola y la otra a vivienda de los propietarios. En la llamada *pars urbana,* reservada a los propietarios, hay dormitorios, cocinas y comedores decorados con frescos del Tercer Estilo. Algunos incluso tienen baños privados. La *pars rustica,* en cambio, contiene todo lo relacionado con la producción agrícola: una almazara, un pajar *(nubilarium),* un granero, salas para prensar la uva, dos lagares *(torcularid),* un establo, una era, un espacio para cerner, etc. Además, había una zona para almacenar vino, aceite y cereales. A esto hay que añadir todas las habitaciones en las que viven los esclavos, y en los pisos superiores más almacenes y habitaciones. Es, en definitiva, una pequeña «ciudad» independiente: hay incluso una panadería con una piedra de molino para tener pan fresco todos los días.

La Villa de la Pisanella es el corazón de una gran propiedad cuya extensión los estudiosos, basándose en la capacidad de los almacenes y de las distintas salas, estiman en unas veinticuatro hectáreas. Una finca enorme, más grande que Herculano (veinte hectáreas). Un romano, sin embargo, habría utilizado otros términos para indicar su tamaño, habría hablado de… cien *iugeri*. Un *iugero* era la superficie de tierra arada en un día por una pareja de bueyes. Así, su tamaño variaba según la facilidad de trabajar la tierra: en las llanuras eran más extensas y en las montañas, donde

arar era más difícil, menos.

La señora, tras descansar y refrescarse en la *pars urbana,* cruza el patio para dirigirse al corazón de la finca, lo que podríamos llamar su «cámara acorazada», de la que depende parte de la riqueza de la familia. Es la *cella vinaria*. Mientras camina la rodean diferentes sonidos: el mugido de una vaca, el cacareo de las gallinas e incluso el piar de los pollitos, que ahora se cruzan en su camino y le arrancan una sonrisa. Una visión «sentimental» no es propia, sin embargo, de los romanos: esos pollitos son vistos más bien como futuros almuerzos y como productores de huevos.

Un razonamiento similar se aplica a los lirones, que se crían en pequeños botes de terracota. Hay unos cuantos en fila a lo largo de la ruta. Una especie de «canalón» en espiral recorre la pared interior, por donde los lirones pueden subir y bajar. No se crían como animales de compañía, sino que se engordan en la oscuridad para servirlos calientes durante los banquetes, siguiendo una antigua receta etrusca.

Por fin llegamos a la *cella vinaria*. Nada menos que ciento veinte *dolia,* de más de un metro de altura, están enterradas hasta el cuello: un verdadero patrimonio de más de noventa mil litros de vino. Un espectáculo muy similar debieron de ver los arqueólogos cuando descubrieron otra *villa rustica,* la conocidísima de Boscoreale, no muy lejos de aquí, con la *dolia* ya sellada y luego cubierta con un «escudo» protector. El vino ya ha comenzado el proceso de fermentación, que lo convertirá en uno de los más apreciados de la región.

La señora mira satisfecha y pregunta qué ha pasado con el vaso de agua que ha pedido. El liberto que la acompaña se disculpa: el esclavo ha tenido que abandonar la granja porque el pozo principal está inexplicablemente seco desde esta mañana. El nivel del agua ha disminuido gradualmente en los últimos días, hasta hoy, cuando han descubierto que está vacío. No lo saben, pero todo esto es obra del volcán, que está «chupando» el agua de la capa freática. Un signo de erupción inminente…

—Incluso las vacas llevan unos días dando mucha menos leche —se hace eco otro liberto.

Y no es un signo aislado. En algunas zonas de la finca hay plantas que se han secado repentinamente debido a las emisiones de

gas del suelo; quizá también por el aumento de la temperatura del terreno.

Pero, por supuesto, no pueden saberlo. Además, hay muchas plantas que crecen alrededor de la villa rústica, y perder algunas de ellas no es una gran preocupación. De hecho, hasta en las paredes de la propiedad hay árboles frutales y viñedos. En la Villa Regina de Boscoreale, muy parecida a esta, ha sido posible incluso verter cal en los «agujeros» dejados por las plantas desaparecidas e identificar claramente las raíces que formaban el viñedo y la perfecta alineación de las cepas, así como los surcos dejados en el suelo por un *plaustrum,* un típico carro de campo.

Un esclavo regresa de las tierras conduciendo un buey hacia el establo. El animal tiene algo alrededor de sus pezuñas, verdaderas «herraduras» que le permiten moverse mejor en el campo: en cuanto llegue a la finca el esclavo se las quitará. Esta no es la única curiosidad acerca de los animales de granja. Algunos de los cerdos tienen un aspecto algo diferente al nuestro, ya que son el resultado del cruce con jabalíes. Los pastores romanos tienen la costumbre de dejarlos pastar en zonas cercanas a los bosques, a menudo pantanosas: por un lado, no es necesario alimentarlos porque allí encuentran bellotas y tubérculos en grandes cantidades; por otro lado, es más probable que atraigan a los jabalíes y se apareen con ellos, dando lugar a crías de carne delicada y muy sabrosa.

La mujer regresa a la Villa de la Pisanella para comprobar una importante y compleja operación que ha solicitado su marido. A causa de los continuos terremotos, Lucio Cecilio Jocundo ha hecho trasladar en secreto a esta propiedad suya un extraordinario «tesoro» familiar: un servicio con nada menos que 108 piezas de orfebrería finamente elaboradas. Hay jarras, cuencos, espejos, cucharas, etc. Entre ellas hay tazas con rostros en relieve en el fondo que emergen como islas del plato mientras se come, un curioso «efecto especial» para lucir en los banquetes. En la actualidad, la mayoría de estos objetos de rara belleza se recogen de forma anónima en una única vitrina mal iluminada del Museo del Louvre de París.

Completando el tesoro hay también mil monedas de oro y algunas joyas, todo ello encerrado en cajas de madera. Nadie sabe exactamente lo que contienen. Se dio la orden de esconderlos en

una cisterna del *torcularium,* es decir, en la misma sala donde se procesa la uva.

Este detalle aporta dos datos importantes, que nadie ha relacionado con la fecha de la erupción. El primero es que esconder cajas con un tesoro en una habitación utilizada durante la vendimia significa, muy probablemente, que la vendimia ya había tenido lugar, que la habitación se volvería a utilizar dentro de un año y que ahora se podía cerrar y, posiblemente, sellar de una forma más segura. Nadie escondería aquí un voluminoso «tesoro» sabiendo que habrá que volver a trasladarlo cuando comience la cosecha. Además, cabe añadir que el continuo paso de esclavos para la limpieza de la sala y la preparación de los lagares en los días previos al prensado de la uva habría hecho insegura esta bóveda agrícola.

El segundo dato se refiere a la fecha de las últimas sacudidas sísmicas que afectaron a las casas, el acueducto y las termas de Pompeya y Herculano, obligando a todas ellas a someterse a unas obras de restauración que aún hoy son visibles porque fueron interrumpidas por la erupción.

Dado que la vendimia de otoño había finalizado hacía un mes (como indica el sellado de la *dolia*), eso significa que la sala había estado disponible para recibir y ocultar el tesoro durante no más de cuatro semanas, tal vez menos, dada la limpieza que debía realizarse tras el procesamiento de la uva. Por lo tanto, es plausible que el último gran terremoto se produjera en ese lapso de tiempo (entre unos días y tres o cuatro semanas como máximo) y no antes, ya que, de lo contrario, la platería se habría escondido en otro lugar.

En cualquier caso, durante toda su estancia bajo tierra, el tesoro fue custodiado por un hombre de confianza del banquero, Lucio Cecilio Afrodisio, que incluso colocó su propia cama sobre el escondite de la cisterna, junto con un candelabro, una mesita de noche de bronce y un cofre con sus objetos personales. Es él en persona quien abre la puerta de la habitación del *torcularium* a su señora, donde se ha encerrado en una especie de eremitorio con el tesoro, para tranquilizarla y asegurarle que todo está en orden.

Solo queda una cosa por hacer. La mujer se vuelve hacia los dos libertos que la han acompañado hasta ahora. De sus nombres se

deduce que formaban parte del «mobiliario» de la villa cuando ella y su marido compraron la finca. Ya no son muy jóvenes; de hecho, uno de ellos ya tiene el pelo blanco. El mayor, Tiberio Claudio Anfio, gestiona la buena marcha de la finca en nombre del banquero.

En su nombre encontramos el de un emperador. Como hemos dicho, los esclavos, una vez liberados, siempre llevaban el *nomen* y el *praenomen* del amo. Se trataba, pues, de un esclavo «imperial», es decir, había estado al servicio de la administración imperial bajo Tiberio o Nerón, en otras palabras, bajo la dinastía Julio-Claudia. Cuando el nuevo emperador, Vespasiano, llegó al poder y encontró las arcas vacías a causa del despilfarro de Nerón, subastó muchas de las propiedades de la familia, incluida esta granja, para reponer las cuentas. Probablemente el banquero había olfateado una ganga y la había comprado invirtiendo parte de su patrimonio: ¡no todos los días se pone en venta una finca tan rentable! Y entre los bienes también se encontraban los esclavos y libertos, el «personal» de la finca, que pasaban de mano en mano; entre ellos Tiberio Claudio Anfio, quizá el más importante, el *procurator,* el encargado de la gestión de la villa. Sería el equivalente a comprar un barco de vela junto con el patrón y los marineros. Conocemos su nombre por un anillo encontrado por los arqueólogos, así como el de otro liberto: Lucio Bricio Eros.

Los dos muestran tablillas de arcilla a la señora para una última comprobación y le piden su visto bueno. La mujer las lee atentamente, acariciándose con delicadeza uno de sus espléndidos pendientes de oro con tres topacios encastrados. Luego mira por un momento su anillo con un espléndido escarabajo de piedra al que da la vuelta suavemente con dos dedos dejando al descubierto el lado con el sello. Con un movimiento firme, un puñetazo, estampa su «firma» en la cera de la tablilla, asintiendo con la cabeza. Es la luz verde: el liberto se aleja y tras unos pasos sube ágilmente a un carro lleno de ánforas, donde le espera un esclavo de aspecto imponente. Un grito agudo, un chasquido de látigo y el carro se aleja chirriando en dirección a Oplontis, en la costa…

Vino para todo el Imperio

Oplontis.
23 de octubre de 79 d. C., 17:30: faltan 19 horas y 30 minutos para la erupción.

> *AVETE UTRES SUMUS COT ESTIS ERE VOLUIMUS QUANDO VENISTIS ERE EXIMUS.*
> *Saludos, somos odres de vino. Lo que sois lo queríamos nosotros por dinero. Cuando vinisteis, nos habíamos ido con el dinero.*

El destino ya está cerca, los olores del campo se han ido desvaneciendo para dar paso a los aromas de los arbustos mediterráneos y al olor acre del mar. El viento se ha levantado, despeinando el cabello de Lucio Bricio Eros, pero no la corta cabellera del musculoso esclavo germano que está a su lado, silencioso y con la mirada fija. Hasta ahora han ido atravesando una campiña salpicada de pequeños bosques y cultivos, pero las granjas han dado paso a enormes y opulentas villas como la que en estos momentos desfila ante ellos. Hoy en día, todas las guías la denominan «Villa de Oplontis». Está decorada con extraordinarios frescos y posiblemente perteneció a Popea, la segunda esposa de Nerón. De confirmarse, estaríamos flanqueando uno de los lugares más representativos de aquel poder, disoluto según el pensamiento de muchos, característico de una fase de la política y la vida romana. Pensar que Nerón vino aquí y que su mirada contempló esos frescos, que sus pies caminaron sobre esos mosaicos y que sus peticiones (incluso las más extravagantes) tuvieron eco en las salas que ahora permanecen en silencio, es casi escalofriante.

Quién sabe lo que ocurrió realmente. Hoy día tan solo contamos casi exclusivamente con los escritos de sus detractores, animados

por una feroz determinación de condenar a Nerón a la *damnatio memoriae*. Pero también sabemos que el emperador, antes de caer en un delirio de omnipotencia destructiva, estuvo del lado del pueblo y se enfrentó abiertamente a la influencia arrogante del pequeño grupo de familias senatoriales, poco más de veinte, que dominaban Roma. Como ya hemos dicho, durante su reinado la sociedad cambió y se abrió a una nueva clase de «ricos», los libertos, encendiendo un nuevo motor (de «profesionales libres y nuevos empresarios», diríamos hoy) en la sociedad. Y el resultado puede verse en la llamada Villa «B» de Oplontis, menos conocida que la otra, pero igual de importante e interesante.

Parece que el nombre de Oplontis deriva de *ob fontis,* que indica un manantial en la zona, lo que también explicaría la presencia de instalaciones termales en el área. Lo que es seguro es que Oplontis seguirá siendo, incluso después de la erupción, una parada importante para los que viajan por la gran carretera que recorre el Golfo de norte a sur y que lleva de Nápoles a Sorrento. Incluso trescientos años después de la erupción se la menciona (no por casualidad como balneario) en el famoso mapa del Imperio Romano la Tabula Peutingeriana. De hecho, a juzgar por lo que vemos, las dos villas (más algunas pequeñas viviendas con algunas tiendas anexas) constituyen un pequeño pueblo por derecho propio.

El carro sale de la carretera, pasa por debajo de un gran arco y entra en la Villa «B». Se abre ante nuestros ojos un mundo nuevo y sorprendente, como no lo hemos visto hasta ahora en el área pompeyana. El complejo es inmenso, pero su objetivo no es el ocio de los ricos, ni tampoco es una *villa rustica*. Esta gran estructura es otra cosa. Algo que acerca a la sociedad romana a los tiempos modernos, caracterizados por la globalización del comercio: es, de hecho, un centro de clasificación de los productos del campo de Pompeya; el ambiente y las actividades que se respiran y que podemos ver con nuestros propios ojos recuerdan a los de los mercados de abastos. Aquí, en efecto, llegan los productos agrícolas de las *villae rusticae* para ser comprados a granel y enviados a otros lugares, a otros mercados o puntos de venta muy lejanos.

Este lugar es un fiel retrato de la mente emprendedora y «moderna» de su propietario, un antiguo esclavo, un verdadero mayorista que vincula a Pompeya con el resto del Imperio,

colocando, por así decirlo, los productos «made in Pompeya» en el extranjero. Se llama Lucio Crasio Tercio, lo conocimos en el banquete de Rectina ayer por la tarde: un hombre recio, de cejas gruesas, dedos grandes y actitud más bien pueblerina, que ayer estaba en compañía de una hermosa muchacha, la actriz Novela Primigenia. A nadie se le escapa que es el dinero, más que la apariencia física o el latín no gramatical, lo que ha permitido a este empresario conquistar a la chica. Pero es un cliché muy antiguo que ha perdurado durante milenios y que continuará a lo largo de la historia de la humanidad, un mecanismo que sigue alimentando las ventas de casi todas las revistas de cotilleo. Por supuesto, hay que tener muchas tragaderas para acompañar a este individuo. Pero lo mismo puede decirse de ella. Aparte de su atractiva apariencia, su único interés es escalar el mayor número posible de peldaños de la sociedad pompeyana, cueste lo que cueste: sonreír a todo el mundo, a los guapos y a los feos, con tal de que sean cada vez más poderosos…

Helo aquí, Lucio Craso Tercio, caminando bajo los pórticos gritando y gesticulando, rodeado de libertos que se esfuerzan por seguir su ritmo. Desde donde estamos no podemos oír claramente de qué están hablando, pero parece que el problema tiene que ver con una expedición que partió demasiado tarde y se perdió cuando un barco naufragó en un vendaval de otoño. A decir verdad, como prácticamente no tiene competidores, es el clima el principal enemigo de este hombre: una mala estación puede afectar a la cosecha y, por tanto, hacer que sus ganancias por las ventas a los mercados caigan en picado, y una tormenta inesperada puede hundir sus barcos, los «Tir» que utiliza para vender sus mercancías.

Precisamente por esta razón, en la época romana era costumbre no arriesgarlo nunca todo en una expedición por mar o por tierra. Era mejor dividir prudentemente los costes y los riesgos entre varios mercaderes (el sistema de cuotas): si varias personas financian el viaje los costes se amortizan y, en caso de naufragio, el daño económico es menor. Pero, por supuesto, también lo son los beneficios si llega sano y salvo a su destino. Es un poco como jugar a la lotería: ¿prefieres hacerlo solo o en grupo?

Lucio Crasio Tercio es un auténtico león en este sentido: lo paga todo, el barco es «enteramente» suyo, lleno a rebosar solo de sus

bienes. Un jugador, se diría hoy, alguien que apuesta por la buena suerte. A veces le va bien y las ganancias son enormes, otras veces lo pierde todo, como en los juegos de azar. Pero tiene talento y suerte, y ha conseguido levantar un verdadero emporio, que ahora podemos admirar mientras el carro se acerca al punto de descarga de las ánforas.

Lucio Crasio Tercio compra las ánforas de vino del banquero y las revende a precio de oro en otros mercados. Sin embargo, a veces él y el productor de vino se reparten las ganancias. En otros casos, compra el vino al por mayor, lo envasa en ánforas con su nombre y lo vende al por menor en la costa, en Roma o en el Mediterráneo, como si fuera vino de su propia cosecha. Son muchas las formas de hacer negocios, y aquí vemos en funcionamiento un centro neurálgico de la economía romana, estrechamente vinculado a la distribución de los productos de la tierra.

El liberto se baja del carro y se dirige a una oficina para liquidar la venta y el pago. Sobre el carro permanece, en guardia, el poderoso germano de mirada imperturbable. De camino a la «oficina de ventas», Lucio Britio Eros pasa por varias habitaciones, revelándonos lo que ocurre en la villa.

El hecho de que esta estructura se utilice principalmente para actividades comerciales es algo que salta a la vista: en comparación con la «villa de Popea», por ejemplo, es mucho menos lujosa y tiene mucha menos decoración y salas dedicadas al *otium*. Además de ser el punto de partida para el comercio que iba a tener lugar en todo el imperio, aquí también se podían realizar compras directas, por lo que esta estructura también funcionaba como mercado. Cuando Lucio Britio Eros cruza el gran pórtico y pasa por algunas habitaciones vemos grandes balanzas, hechas de mármol y plomo, y justo después, en un lado del pórtico, encontramos una enorme cantidad de ánforas: ¡hay más de cuatrocientas! Se utilizan para transportar vino y aceite: algunas tienen una marca, otras, elegantes inscripciones pintadas, verdaderas etiquetas. Las primeras indican quién fabricó las ánforas, las segundas quién produjo el vino, y a menudo no hay diferencia porque pertenecen al mismo rico terrateniente o a la misma «hacienda». El hecho interesante es que están casi todas vacías y boca abajo, ya limpias y listas para ser llenadas.

Este es otro indicio de que estamos en otoño: la vendimia ha terminado y se espera que el vino, una vez acabada la fermentación, se decante bien en la *dolia* enterrada, como hemos visto, o directamente en las ánforas, para que pueda envejecer durante el transporte y el almacenamiento en su destino.

En la época romana el envejecimiento puede durar de uno a varios años, si bien el vino nuevo no se desdeña en absoluto. Aunque hay muchas variedades de esta bebida, a veces muy similares a la nuestra, su consistencia suele ser densa, cercana a la de la miel, y tiene una graduación altísima. El vino debe diluirse con agua caliente en invierno (dando lugar a algo que recuerda a nuestro *«vin brulé»,* o «vino caliente») o con agua helada en verano, y a menudo se vierte a través de un colador lleno de hielo. La adición de especias es muy frecuente y esto da una idea del *bouquet* y, en general, de la riqueza de sabores, aromas y gustos que los vinos podían ofrecer en los banquetes de la antigüedad.

En esta villa no parece faltar nada en lo tocante a la preparación del vino. Las ánforas se han lavado con agua de mar y están listas para ser embotelladas. Una olla que contiene resina de pino para el mantenimiento de las ánforas se está cocinando en un hornillo de piedra, difundiendo un intenso aroma en el aire. Pequeñas ollas de bronce descansan aquí y allá, a la espera de ser utilizadas para trasvasar el vino.

Los arqueólogos hallarán esta escena que acabo de describir, «congelada» por la erupción, casi dos mil años después.

Entre los instrumentos utilizados para transportar el vino hay uno bastante enigmático que ha aparecido en muchos yacimientos de la época romana, un objeto realmente curioso que podríamos llamar «sacacorchos» para ánforas: se llama *anforisco*. Está hecho de terracota y se parece a un ánfora en miniatura con una boca desproporcionadamente grande. Se han formulado varias hipótesis sobre el uso real de esta herramienta, una de las cuales, realmente sorprendente, recuerda un principio similar al de las ventosas utilizadas para transportar vidrio. Como sugiere el estudioso Emilio Rodríguez Almeida, es muy probable que estos objetos se colocaran sobre el tapón de corcho o de barro de las ánforas, que había sido previamente recubierto por una capa de brea hirviendo. El «vaso» de barro se hundía entonces en la brea, que pronto se secaba,

soldándolo al tapón. Al enfriarse el aire atrapado en el «vaso» este se contraía, creando un «efecto ventosa» que permitía retirar el tapón rompiendo el mortero o el yeso que lo unía al cuello del ánfora con muy poco esfuerzo, y manteniéndolo intacto y reutilizable. El hallazgo en Castrum Novum (Santa Severa) de anforiscos con restos de brea confirma que esta hipótesis podría ser correcta.

Volvemos a seguir al liberto Lucio Britio Eros dentro de la villa. Acaba de terminar la parte burocrática de la venta y ahora se dirige al carro: en un pequeño monedero bajo su túnica guarda las monedas de oro recibidas como pago. Mientras camina hacia el carro, donde ya ha comenzado la descarga de las ánforas, pasa junto a sacos de nueces y avellanas. Distraídamente, su mirada se posa en unas granadas, puestas a secar sobre lechos de hojas. Son pequeñas y están aún verdes; probablemente se destinarán al curtido de pieles o a usos médicos.

Hay muchos otros lugares que no vemos, como los catorce almacenes del sótano o los pisos superiores donde vive Lucio Craso Tercio, quien literalmente «descansa» sobre su riqueza…

En esta villa las actividades son tan bulliciosas como en un hormiguero. Pasan ánforas, esclavos con voluminosos paquetes en la cabeza y cestas llenas de queso. Mientras el carro del liberto del banquero arranca en dirección a la *villa rustica,* otro se pone en marcha detrás de él, también cargado de ánforas. En el arco de entrada se separan. El primero va hacia el campo, el segundo hacia las salinas de Pompeya.

Y allí es donde vamos ahora.

El oro blanco de Pompeya

La carreta avanza por un camino que poco a poco comienza a descender: estamos entrando claramente en una depresión del terreno. Las plantas parecen tener miedo de crecer en esta zona, solo hay arbustos bajos y algunos arbolitos retorcidos. Aquí la costa se abre en una extensión plana, el cielo parece aún más amplio sobre nuestras cabezas. Tras una última curva y un muro de piedra seca, aparece ante nuestros ojos un paisaje inesperado que hace aún

más increíble la variedad de entornos naturales que rodean a Pompeya. Hasta donde alcanza la vista, hay extensiones rectangulares de agua intercaladas con pequeñas pirámides de un blanco cegador… Hemos llegado a las salinas.

Como sabemos, la sal tiene una importancia fundamental para nuestro organismo, y desde la antigüedad siempre se ha tenido en gran estima, casi tanto como el oro. La sal se utilizaba para pagar a los soldados —de ahí el término «salario»— y la sal extraída en Ostia Antica se transportaba por una carretera llamada «Salaria». Incluso la superstición, aún muy extendida en la actualidad, según la cual verter la sal en la mesa «trae mala suerte», que obliga a quienes creen en ella a colocar el salero en la mesa y no directamente en la mano del comensal más cercano, deriva de una costumbre romana destinada a no desperdiciar este precioso regalo (un gesto, hoy en día, francamente anacrónico).

Queda claro, pues, que estos lagos artificiales son mucho más que la fuente de un ingrediente esencial en la cocina: en realidad, son una reserva estratégica para la supervivencia de los habitantes de Pompeya, un recurso económico de primer orden, una especie de petróleo blanco… La sal se utiliza para alimentar a los animales, para conservar los alimentos y, sobre todo, para elaborar el *garum,* uno de los mejores de todo el Imperio Romano.

¿Qué es el *garum*? Ya lo hemos descrito someramente, pero como decían nuestros antepasados, *repetita iuvant*… Es una salsa deliciosa (al menos para los romanos) con la que se acompañan muchos platos servidos durante los banquetes. Básicamente, se alternan capas de pescado (con sus vísceras o no, dependiendo de su tamaño), hierbas y sal, y se ponen en remojo durante semanas en barriles especiales; en la práctica, lo que viene siendo una salmuera.

A continuación se filtra todo, separando la parte con más cuerpo de la parte más líquida: esta operación permitirá obtener variedades de *garum* más o menos valiosas. El sabor recuerda a la pasta de anchoas, pero mucho más salado. De hecho, no había saleros en las mesas romanas y el *garum* se utilizaba como sal aromática para dar sabor a los alimentos.

Puede que le haga arrugar la nariz, pero si piensa en el éxito que sigue teniendo hoy en día un plato tan sencillo como la col salteada en una sartén con un poco de aceite y pasta de anchoas, se hará una

idea tanto del sabor de esta salsa como de su popularidad.

El *garum* de Pompeya, de muy alta calidad, se vende en todo el imperio: es muy caro y por su fama y coste podríamos compararlo con lo que hoy es el vinagre balsámico de Módena. Y todo nace aquí, en estas salinas.

Gracias a la marea alta, el agua entra en unos canales que la conducen a grandes «piscinas» poco profundas. Luego, con el calor del sol, comienza la evaporación y aumenta la concentración de sal en el agua. En este punto, a través de unas compuertas pasa a otros estanques donde, de nuevo por efecto de la evaporación, se depositan en el fondo algunas sustancias nocivas para nuestro organismo, como el carbonato cálcico. En los estanques finales, ahora con una densidad muy alta, precipita la sal que todos conocemos.

Esclavos alineados, armados con herramientas parecidas a palas y perfectamente sincronizados, realizan movimientos bruscos para romper y cortar la durísima superficie de cloruro sódico. Otros recogen los bloques con palas y los echan en cestas, que luego cargan sobre sus cabezas. Es el comienzo de un largo y agotador camino, en precario equilibrio, por los bordes de tierra que separan los distintos estanques.

Desde la distancia, estos esclavos parecen hormigas. Cuando llegan al final de su largo recorrido lo vierten todo en un mismo lugar, creando montículos blancos, que se cubren con tejas para protegerlos de la lluvia. Es un trabajo agotador, tanto por el resplandor del sol como por el peso que hay que llevar. Y hay que tener mucho cuidado de no hacerse daño ni frotarse los ojos: la sal concentrada es irritante.

De vez en cuando se pueden ver en estos lugares flamencos que vienen a pescar gambas saladas, pequeños camarones que, en realidad, son las únicas criaturas capaces de vivir en estas aguas con tan alta concentración de sal.

Una nota al margen: si alguien murió en las salinas durante la erupción y luego fue cubierto por lapilli y capas de ceniza, es probable que su cuerpo siga allí, intacto y deshidratado.

El puerto de Pompeya.

La carreta, lastrada por el peso de los sacos de sal purísima con que acaban de cargarla, va dejando profundos surcos en el barro de las salinas. Tras reanudar su peregrinaje, finalmente llega a su destino: el puerto. Pompeya nunca deja de sorprender. En efecto, nos encontramos en lo que podría ser el equivalente del mundo antiguo a un moderno aeropuerto internacional: desde aquí se puede zarpar hacia los principales puertos y ciudades costeras del Mediterráneo. Y no solo eso: el puerto es también el punto de recogida de todas las mercancías procedentes del interior. El río Sarno se ensancha en su último tramo hacia el mar, creando una amplia bahía, un puerto natural, protegido de los vientos y las corrientes, y fue en sus orillas, frente a Pompeya, donde se construyó el puerto, en realidad un puerto doble (fluvial y marítimo).

En el río, varias barcazas recorren el último tramo y se preparan para atracar cargadas de productos agrícolas y madera del interior. Si el viento lo permite, las embarcaciones más pequeñas y ligeras son capaces de remontar el Sarno, de lo contrario tienen que ser remolcadas, es decir, bueyes o esclavos arrastran las barcazas contra la corriente tirando con cuerdas mientras caminan a lo largo de la orilla.

El puerto consta de unos cuantos muelles de piedra con naves onerarias amarradas a ellos (como ya hemos visto, los cargueros de la época romana). Una larga hilera de almacenes albergan todo lo necesario para la vida del puerto y su comercio. En los muelles hay filas de ánforas, perfectamente alineadas como si fueran legionarios, listas para ser cargadas. De hecho, hay una gran actividad, incluso a esta hora del día. Es una alternancia frenética de esclavos, mercancías embaladas y aseguradas por pesadas redes, cajas apiladas con otros tantos pequeños contenedores de madera, sacos amontonados en gran desorden… También se ven niños que juegan a perseguirse entre los bultos, un anciano que pesca desde el muelle con un sedal y unos libertos que cuentan la mercancía, anotándolo todo en tablillas de cera.

Se cargan y descargan todo tipo de productos. Frente a nosotros, una pequeña hilera de esclavos encadenados desciende de un barco: probablemente se dirigen a alguna *villa rustica,* uno de los alrededor de ciento cincuenta edificios de diversa índole levantados en torno a Pompeya. Más adelante, otros esclavos cargan ánforas de

vino en un barco. Cada una se transporta pasando una cuerda por las asas y atándola a un palo, que dos esclavos en fila india portan al hombro.

Los romanos tampoco dejaban al azar la forma de las ánforas: son estrechas y largas con el fin de poderlas almacenar en la bodega unas encajadas en las otras. Sus puntas no solo refuerzan el fondo de las ánforas, haciéndolas más resistentes cuando descansan en tierra, sino que también son útiles a bordo de los barcos: permiten que la fila inferior se «plante» en la capa de arena del fondo de la bodega y que las filas superiores se introduzcan entre sus huecos. Las asas se encuentran en la parte superior, de modo que puedan sacarse o alinearse en las bodegas (o en los carros) con facilidad. De este modo, un carguero podía transportar hasta diez mil ánforas, una optimización decididamente moderna del transporte…

Pero estos muelles han visto tiempos mejores. El vino producido en la región atraviesa desde hace unos años una crisis sin precedentes. Tras generaciones de dominio en los mercados, sufre la agresiva competencia del vino de la Galia, y el terremoto de hace diecisiete años ha agravado la crisis, deteniendo la producción durante algún tiempo. Rectina, Saturnino, Julia Feliz y el propietario de la Villa de los Papiros siguen buscando en este momento una solución al problema.

Por el muelle, junto a la carreta que nos ha traído hasta aquí, pasa un hombre corpulento, más bien bajito y de cara regordeta. Acaba de presenciar la estiba de la carga y se dirige a su barco personal, muy elegante, que está al final del muelle, donde lo esperan los esclavos. Es Pomponiano, otro de los huéspedes de la villa de Rectina. Gesticula de forma graciosa mientras habla con los libertos que lo acompañan, igual que hacía ayer en el banquete. Pero dejando a un lado su apariencia cómica, se trata en realidad un hombre poderoso y bien conectado. Es amigo personal de Plinio el Viejo, almirante de la flota romana. También es muy rico. Posee una gran villa en Estabia, al otro lado del río.

Embarcamos con él. Se tumba en el centro del barco, bajo un toldo rojo brillante, donde hay una especie de cama tricliniar con muchos cojines. A una señal suya los remeros se ponen manos a la obra, la barca de los grandes ojos azules comienza a moverse y, en lugar de ir hacia el mar, gira y comienza a remontar el río.

No pasa mucho tiempo antes de que su hermosa embarcación de remos llegue a otro lugar de desembarco, esta vez de menor tamaño, pero muy elegante. Dos esclavos se acercan para facilitar el amarre. A pesar de sus dimensiones, Pomponiano desembarca con gran agilidad y se dirige solo hacia el edificio situado al final del muelle, un espacio que parece desprender un lujo desmedido.

A decir verdad, esta estructura sorprendió bastante a los arqueólogos cuando fue descubierta. En primer lugar, tiene una forma muy inusual, ya que está construida alrededor de un jardín cuadrado. Tres lados contienen exclusivamente salas de banquetes, mientras que el cuarto es inexistente: solo hay una hermosa vista del río Sarno, que se encuentra a pocos metros. La tranquilidad y la privacidad están aseguradas.

En la planta superior hay habitaciones para dormir o para divertirse con alguna chica. Abajo, alrededor del jardín, hay ocho triclinios. ¿Para qué sirven tantos salones de banquetes alineados uno junto al otro?

El yacimiento —descubierto en los años 50, examinado superficialmente y vuelto a enterrar de inmediato— fue estudiado a finales de los años 90 por el profesor Antonio De Simone, quien lo sacó a la luz definitivamente, a raíz de las obras de ampliación de la autopista Nápoles-Salerno. La excavación de De Simone ha revelado, en toda su belleza, lo que él cree que es un *hospitium per negotiatores,* es decir, un lujoso motel fluvial frecuentado por hombres de negocios que viajaban por el Sarno o visitaban Pompeya. Los distintos salones de banquetes acogen almuerzos de negocios o cenas tranquilas para relajarse después de jornadas agotadoras.

Pomponiano parece encontrarse en casa; los esclavos lo saludan con deferencia y cuando se asoma a alguno de los triclinios, los rostros de las personas acostadas se muestran encantados. Es un habitual de este lugar, conocido hoy como Murecino, donde solía reunirse y hacer negocios con terratenientes, comerciantes de alto rango que estaban de paso, o enviados de las familias de la élite romana. El lugar parece estar realmente a la altura de estas reuniones; de hecho ocupa unos buenos 950 metros cuadrados y hay lujo por todas partes.

Cada triclinio cuenta con algunos de los más bellos frescos

descubiertos en esta zona del imperio. En la sala donde ha entrado Pomponiano el rojo domina por doquier en las paredes, decoradas con pinturas de las musas y de Apolo con una cítara. Las figuras parecen flotar detrás de los invitados al banquete.

Los huéspedes están tumbados en camas dispuestas en forma de herradura, en uno de cuyos extremos manan algunas fuentes. El agua cae en una especie de canalón de mármol que pasa por delante de cada cama. Esto permite a los huéspedes lavarse las manos mientras están acostados sin tener que levantarse. En el centro de la sala hay un cilindro de mármol del que brota agua como de una fuente.

A pesar de que toda la estructura está siendo sometida a una importante renovación con el fin de ampliarla, ante la insistencia de Pomponiano, los dos hermanos propietarios del edificio, Cayo Sulpicio Fausto y Cayo Sulpicio Oniro, miembros de una poderosa familia de Pozzuoli, le complacen creando un pequeño «oasis» en uno de los muchos triclinios, en estos momentos abarrotados de azulejos y losas de mármol, como descubrirán los arqueólogos.

Los estudiosos encontrarán incluso una barca con un ancla de hierro en uno de los triclinios, que probablemente fue sacada del agua durante la erupción para evitar que se hundiera en el Sarno por la lluvia de lapilli o por todo el material que arrastraban las aguas, lo que demuestra que todos estaban esperando a que terminara el «granizo volcánico» para ponerse a salvo, sin saber que permaneciendo allí estaban condenados a una muerte segura.

La negociación es delicada y requiere toda la privacidad del caso. Así que Pomponiano, cuyos esclavos ya le han quitado los zapatos y le han lavado los pies y las manos, chasquea los dedos y, discretamente, los esclavos cierran las mamparas correderas de la habitación y comienza la discusión.

El menú del banquete, preparado en una enorme cocina al fondo, incluye, entre los diversos platos, huevos de caracol servidos en platillos especiales de bronce provistos de copas, pastel de pescado presentado de forma que parece una liebre tumbada, perdices, langostas, morenas, cabrito parto, y más tarde higos secos servidos en finísimas copas de cristal, y, entre los diversos postres, lo que parece una *cassata*… cuyo nombre moderno proviene del latín *caseus,* que significa «queso», precisamente porque se elabora

con *ricotta* de oveja azucarada.

Solo uno de los invitados se da cuenta del tintineo de dos jarras de cristal colocadas sobre una pequeña mesa redonda. Su mirada permanece fija en las ondas concéntricas que siguen formándose en la superficie del vino. Entonces, atraído por las voces de los comensales, gira la cabeza y estalla en carcajadas ante el enésimo chiste.

«Casinos», sexo y lupanares

Pompeya.
23 de octubre de 79 d. C., 18:00; faltan 19 horas para la erupción.

> *SUM TUA AERE.*
> *Soy tuya por una monedita.*

Flavio Cresto, otro de los invitados al banquete de Rectina, lleva ya casi una hora en la carretera. Este liberto de origen griego se ha hecho un nombre en la gestión de las exportaciones marítimas. Ha salido de una de las suntuosas villas de 20.000 metros cuadrados de Estabia, a siete kilómetros al sur de Pompeya, donde vive y trabaja. Ha conseguido sacar unas horas de ocio al final del día y quiere pasarlas en Pompeya, que por la noche ofrece muchas «oportunidades» de entretenimiento. La ciudad está separada de Estabia por el río Sarno, pero afortunadamente hay dos puentes: uno, de mampostería, más arriba, y el otro, de madera, más abajo, no lejos del puerto de Pompeya. Flavio Cresto ha cruzado ese puente de madera sin saber que mañana representará la diferencia entre la vida y la muerte para miles de personas. Luego ha tenido que desviarse al puerto para un último recado, y ahora va «lanzado» hacia su noche de ocio…

Apura el paso, no quiere llegar después del crepúsculo, cuando todo se vuelve oscuro. De hecho, la luz está menguando y pronto se hará de noche. Mientras camina hacia la Puerta Marina, la entrada de la ciudad que da al puerto, observa que su sombra le precede, casi como si quisiera llegar antes que él. Con el sol tan bajo es muy larga y cubre la mayor parte de las losas de la calle. Es algo que siempre le ha intrigado, incluso de niño, en los días de invierno: esa sombra le convierte en un gigante de piernas muy largas. Su sombra

ya cruza los arcos de la gran puerta cuando él aún va por la mitad de la colina…

Nada más llegar a la entrada de la ciudad, antes de desaparecer en la penumbra del corto túnel que recorre los primeros metros de subida a Pompeya, se vuelve hacia el mar. El sol es una esfera anaranjada que parece estar en el horizonte, a punto de hundirse en el abismo.

En ese preciso momento otros ojos contemplan el globo ardiente que saluda a la Pompeya romana. Es Rectina, apoyada en la balaustrada de una terraza de su espléndida villa. Una ráfaga de viento le despeina el pelo. Sus rostros se iluminan con la cálida caricia de esta estrella, que parece haber intuido el destino que les espera y les regala una última sonrisa. Observan cómo el sol se hunde en el mar y esperan a que desaparezca el último resplandor en el horizonte. Un escalofrío les recorre la espalda, se agarran por los hombros y se dan la vuelta: Rectina vuelve a la calidez de las habitaciones con frescos de la villa, el hombre se sumerge en la oscuridad del túnel… No pueden imaginar que mañana ese mismo color, ese mismo calor que hoy es tan agradable, traerá la muerte a toda la ciudad…

Flavio se cruza con muchas personas que salen del Foro. Son los espectadores que poco antes llenaban el teatro. El espectáculo debería haber terminado hace tiempo, pero ha durado más de lo previsto debido a la «estrella» que ha enardecido las gradas… siempre ella: ¡Novela Primigenia!

Es una *mima* (es decir, una actriz) de Nocera: trabaja con una compañía de actores y actúa en todas las principales ciudades de los alrededores del Vesubio. Y, como ocurre con todas las *mimae,* también actúa en las casas de los hombres ricos; de más está decir que todo el público masculino la desea. Un hombre, cerca de la Puerta de Nocera, llegó a escribir en una pared algo parecido a los versos de una famosa canción, *Un'ora sola ti vorrei*… O, mejor dicho, escribió que le gustaría ser solo por una hora la gema del anillo que ella humedece con sus labios antes de imprimir su sello:

> *«Primigeniae Nucer(inae) sal(utem). Vellem essem gemma hora non amplius una, ut tibi signanti oscula pressa darem».*

Una pintada que destila pasión para una mujer que, tal vez, no lo merezca.

Pero aquí la tenemos ante nuestros ojos. Novela Primigenia está sentada en una litera junto a un hombre gordo y calvo. Los dos se ríen con cada sacudida y cada giro por los callejones. Se trata de un importante representante de la clase ecuestre de Roma que está visitando Pompeya. Todavía no es senador, pero Novella se ha interesado en él… Ya ha olvidado a Lucio Craso Tercio y a todos los anteriores. Ahora se aferra a este hombre de aspecto anónimo, pero muy poderoso.

No hay que culpar demasiado a Novella. Siendo actriz, está en uno de los escalones más bajos de la sociedad romana, hasta el punto de que a menudo se la equipara con las prostitutas. Las personas como ella, esclavas o exesclavas, solo tienen una salida a su terrible situación: impresionar, durante las representaciones, a hombres ricos que las liberen de un destino ya marcado, en el que solo encontrarán pobreza y miseria. Ahora besa sensualmente al hombre sentado a su lado; en ese beso, sin embargo, no hay pasión, sino pura y simple desesperación.

La litera, «escoltada» por una pequeña banda de fans y de libertos que protegen a su amo y a su nueva conquista, desaparece en los callejones, rumbo quién sabe adónde. ¿Se salvará Novela Primigenia? Nuestro instinto nos dice que sí. Es muy capaz de lidiar con cualquier situación…

Flavio Cresto la ha reconocido, pero ella ha fingido no verlo. El hombre sonríe, sacude la cabeza y continúa.

A estas alturas, las calles de Pompeya empiezan a quedarse silenciosas y desiertas. Se oyen ruidos procedentes del interior de las casas, pero en la calle los transeúntes solo parecen «sombras» inalcanzables proyectadas en las paredes. Flavio se siente atraído por una luz al final de la calle: hay una *taberna lusoria,* una de las «casas de juego» de Pompeya. Para llegar a ella hay que subir por la Vía Estabiana, que en un momento dado cambia de nombre y pasa a llamarse Vía del Vesuvio y que conduce a la puerta del mismo nombre. A estas alturas ya podemos decir que conocemos la ciudad: la *taberna lusoria* se encuentra cerca del *Castellum aquae,* el punto final del acueducto, el que hemos visitado esta mañana con Tito Suedio Clemente y el «Quintiliano» de Pompeya.

Subimos por la misma calle que ya recorrimos en sentido contrario para examinar el estado de las tuberías. A cierta altura, a la derecha, está la casa del banquero Lucio Cecilio Jocundo… el mundo es un pañuelo. Pasamos frente a su *domus*. A esta hora el banquero estará seguramente despierto, examinando algún contrato o trabajando en las cuentas de algún negocio. Su mujer, en cambio, la señora de los pendientes de oro engastados con topacios a la que seguimos en el campo, duerme en la *villa rustica*. Poco se imaginan los dos que no volverán a verse…

Flavio Cresto llega a la *taberna lusoria,* que podría describirse como el equivalente a un pequeño casino actual. Lamentablemente, no conocemos al propietario de esta taberna, que fue parcialmente destruida por las bombas inglesas en 1943, pero estamos seguros de para qué se usaba el edificio gracias a una serie de inscripciones electorales que hacen referencia a los jugadores de dados (o *alearii*), y también al rótulo: un pequeño panel de piedra de toba que representa una jarra utilizada para jugar a los dados flanqueada por cuatro falos de la suerte.

Flavio mira el cartel, sonríe y entra. Dentro huele a vino y a sudor. Nadie fuma: el tabaco no llegaría a Europa hasta Cristóbal Colón. Y, al menos a primera vista, no se ve a ninguna mujer, solo hombres gritando y jugando a los dados en pequeñas mesas. En las paredes de la sala principal hay algunas pinturas, dos de las cuales representan a Baco y a Mercurio, las divinidades protectoras del comercio y de los buenos negocios, pero también de los ladrones y de los jugadores de azar.

El propietario vive en la planta superior, mientras que en la planta inferior hay varias habitaciones que se abren a la parte trasera, quizá también para darles a los jugadores la posibilidad de escapar si se produce la visita «inesperada» de algún edil demasiado escrupuloso. Pero aquí siempre hacen la vista gorda. Es una verdadera manía, extendida por todos los estratos de la sociedad: incluso Augusto era un jugador empedernido…

Flavio mira una mesa: se suele jugar con dos dados. La mejor jugada es la de Venus (seis doble), la peor, la del perro (uno doble). Desgraciadamente, los dados suelen estar trucados: se hace un agujero y se fija un disco de plomo en el interior de una de las caras con masilla para que el dado tienda a caer más a menudo sobre esa

cara. Obviamente, el agujero se cierra de forma inteligente. En los locales de juego mal iluminados y con la bruma del vino apenas se notaba esta «manipulación».

Los hombres lanzan los dados, gritan, apuestan. Flavio mira con más atención y divisa a una mujer. Junto a la sala principal hay, de hecho, una «sala de sexo»: la *cella meretricia,* que muestra un cuadro erótico con una joven yaciente. Pero además de ella, una segunda mujer se mueve en la penumbra; una mujer temida, pero al tiempo muy buscada, por muchos jugadores… Se llama Faustila y es una usurera *(foeneratrix),* que presta dinero a un interés muy alto. ¿Cómo lo sabemos? A través de una pintada en la pared de este casino. En ella Faustila dejó un recuerdo de su lucrativo negocio: *«Nonis Februariis (Vettia accepit) a Faustila (denarios) XV: usura asses VIII»*. Es decir: «El 5 de febrero, Vettia recibió quince denarios de Faustila: a un interés usurario de ocho ases al mes». ¡Un tipo de interés del cuarenta por ciento anual!

Es interesante notar que había prestado dinero a otra mujer, Vettia, que también frecuentaba la taberna; quizás, sin embargo, era una prostituta, y probablemente Faustila también lo era.

Su nombre vuelve a aparecer en otra inscripción, encontrada en la taberna de un tal A. Granio Romano, que dice: *Idibus Iuli(i)s inaures postas ad Faustila(m) pro (denariis) (duobus) usura(m) deduxit aeris a(ssem) ex sum(ma) XXX,* «El quince de julio empeñé mis pendientes a Faustila por dos denarios. Dedujo la usura de un as de bronce como treintava parte de esta suma». Esto debió de escribirlo el propio A. Granio Romano (o su esposa), quien, para hacer frente a un período de dificultades económicas, se había visto obligado a empeñar algunas de sus posesiones.

De repente, un grito y el ruido de taburetes volcados irrumpen en la sala de juego. Se ha descubierto una trampa y ahora se está produciendo una pelea. Flavio sale corriendo y se adentra en el laberinto de las calles de Pompeya. Enseguida lo rodea el silencio.

Sexo en Pompeya.

Caminando lentamente, al cabo de unos minutos el hombre divisa otro letrero. Anuncia el burdel más famoso de Pompeya, aunque no

el único de la ciudad. Se conocen más de treinta. A veces, como se puede ver unos metros más adelante, los «burdeles» consisten en una sola habitación en la que trabaja una sola prostituta, como la meretriz que acabamos de ver en la *taberna lusoria*. Para ello, se corre una simple cortina que oculta a ambos de la mirada de los transeúntes. En otros casos, las habitaciones para el sexo de pago se encuentran en el piso superior de los «bares» o tabernas.

Sin embargo, en ocasiones las prostitutas ni siquiera tienen un lugar «fijo» para mantener relaciones sexuales: esperan y atraen a los clientes en la calle y luego hacen aquello para lo que les pagan detrás de cubiertas improvisadas. En cierto modo, recuerdan a las «profesionales» que pueden verse en las calles periféricas de nuestras ciudades modernas. También en Pompeya algunas de ellas esperan a sus clientes a las afueras de la ciudad, y a menudo se esconden entre los monumentos funerarios de los cementerios, como el de la Puerta de Nocera.

Este lugar es también un punto de encuentro para alguna que otra pareja clandestina. Bajo el arco de un monumento funerario todavía se puede leer una inscripción que un hombre trazó con carbón, quizás un «resto» de algún incendio, como insulto a un marido traicionado: *(H)ygino s(alutem). Edone Piladi fellat*. Es decir, «Querido Hyginus, que sepas que tu Hedoné está prestando servicios orales a Pilades». En realidad utilizó un término distinto, pero el mensaje está claro…

Pero volvamos a Flavio, que ahora se encuentra frente al lupanar más famoso de Pompeya. Situado en la esquina de dos calles, tiene una doble entrada. Es una característica típica de todos los burdeles, que facilita el trasiego y proporciona, tal vez, algo de privacidad para abandonar el lugar.

En el interior, hay una salita similar a un pasillo, a la que se abren cinco pequeñas habitaciones. Las camas en las que se hace el amor son encimeras de mampostería con un borde elevado, cubiertas con un colchón de paja. Para dar la impresión de una cierta intimidad se corre una cortina a la entrada de las habitaciones, pero nada más: todo el mundo oye, y a veces vislumbra, lo que sucede.

También parece existir la posibilidad de, previo pago, espiar a una pareja manteniendo relaciones sexuales. En las paredes hay

muchas pintadas, pero también huellas dejadas por suelas con clavos, señal de que los clientes solían tener sexo sin quitarse los zapatos… En las inscripciones se puede leer la jactancia de algunos clientes: *Hic ego puellas multas futui* («Aquí me he tirado a muchas doncellas»), y también intuimos la posibilidad de solicitar adolescentes para relaciones homosexuales (uno de ellos llora la muerte de su amigo, «prostituto» igual que él).

Pero ¿quiénes son las prostitutas de estos burdeles? Las esclavas, que reciben nombres «exóticos», casi siempre griegos. Chicas que son «utilizadas» el mayor tiempo posible. En la entrada de las habitaciones, pequeños frescos muestran la variedad de posiciones eróticas. Los guías turísticos suelen describirlos como «catálogos» de los servicios que se pueden solicitar, pero esto no tiene sentido, entre otras cosas porque no hay listas de precios específicas para las distintas posiciones. Los que van a esos lugares saben muy bien lo que se puede hacer allí…

Se trata, en realidad, de representaciones eróticas diseñadas para crear la atmósfera adecuada: se basan en las *figurae Veneris,* imágenes típicas de los manuales del estilo del *Kamasutra* que ya circulaban entre los romanos hace dos mil años, a menudo escritos por autodenominadas *ex-scorts,* que revelaban los secretos del placer. Incluso las casas de los ricos cuentan con ellas, en pequeñas habitaciones destinadas a los encuentros amorosos.

Una pregunta que se hace mucha gente es si los hombres utilizaban precauciones que recuerden de alguna manera al preservativo actual. La respuesta es no. Los preservativos no existían en el mundo romano. Para un romano, «detener» su capacidad de generar vida equivalía a negar su virilidad. Entonces ¿cómo hacen estas chicas para no quedarse embarazadas? Porque las relaciones orales (muy demandadas en la época) u «otro tipo» de relaciones sexuales solo son un paliativo del problema.

La realidad es otra: las mujeres romanas estaban familiarizadas con el uso de la píldora anticonceptiva, incluso de la llamada «píldora del día después». Pero para las esclavas de los burdeles, estos métodos eran, desde luego, demasiado costosos. Sabemos por escritos antiguos que utilizaban tampones empapados en diversas sustancias, especialmente zumo de limón. Sin embargo, una pintada es muy elocuente en este sentido. Fue escrita por un hombre y dice:

«Hice el amor con esta chica a la que muchos alababan, pero que dentro tenía fango». Esta frase siempre se ha considerado una prueba de la falta de higiene de las prostitutas. En mi opinión, la mujer utilizaba en realidad una «crema espermicida», y de nuevo gracias a algunos textos antiguos conocemos incluso sus ingredientes, como el aceite de oliva viejo, la resina de cedro o el aceite de mirto. Por tanto, en mi opinión, estamos ante la prueba más antigua del uso «real» de un anticonceptivo por parte de una mujer.

Se podrían seguir describiendo las preferencias romanas en materia de sexo, citando el uso de espejos, consoladores, libros eróticos e incluso los antecesores de las películas porno, que podían ser «vistas» gracias a un esclavo al que se hacía poner, en una ventanita que daba a unas cajas de «luz roja», en poses eróticas siempre cambiantes que los dos amantes debían «imitar». Esta última práctica rea empleada aquí mismo, en Pompeya, en la Casa del Centenario.

El ambiente que reinaba en los lupanares era de todo menos alegre. Las chicas eran esclavas utilizadas para el sexo, y los clientes no eran en absoluto romanos ricos que venían aquí después de los baños o los banquetes. Estamos hablando, con toda probabilidad, de esclavos y, con menos frecuencia, de libertos pobres. Gente humilde, en definitiva, perteneciente a la clase más baja de la sociedad. Los ricos y adinerados no venían aquí. Eran las prostitutas las que acudían a sus casas, y eran profesionales de mayor nivel que las que trabajaban en burdeles como este.

Además de con sus esposas, los miembros de las clases altas también mantenían relaciones sexuales con concubinas y esclavas domésticas. Por no hablar de las relaciones homosexuales, que eran libres y estaban bastante extendidas en la época romana.

Sin embargo, había «reglas no escritas» que debían respetarse, válidas tanto para las relaciones heterosexuales como para las homosexuales: el hombre romano debía mantener relaciones sexuales con una persona de rango inferior, ser la parte activa en las relaciones íntimas y siempre la parte pasiva en las orales. Estas eran las «reglas» que guiaban el comportamiento sexual de los romanos. Lo que realmente ocurría luego bajo las sábanas era otro asunto…

A pesar de los persuasivos reclamos de las prostitutas en las

puertas de los lupanares, seducido por la perspectiva de recibir ricas propinas de un liberto bien establecido, Flavio decide no entrar y sigue adelante.

La última noche ha comenzado. Pompeya no verá ninguna otra. Las estrellas que ahora brillan lo hacen por última vez sobre sus calles, sobre sus jardines interiores, sobre sus tejados y sobre sus magníficos frescos.

En el cielo estrellado de este 23 de octubre del año 79 d. C. se encuentra la constelación de Escorpio, con su gigante roja, Antares. Más de uno les ha echado una mirada distraída, quedándose como siempre asombrado por el brillo de las estrellas en la noche. No tiene ni idea de que ya no las verá más en Pompeya. Como un mar negro que se eleva inexorablemente, el destino se tragará la ciudad, borrándola de la historia y del tiempo. Miles de pompeyanos se están quedando dormidos, serenos, quizás haciendo planes para el mañana, para un futuro que nunca llegará.

Una estatua de Venus, retirada de su pedestal para su restauración, ha sido colocada en el borde de una terraza y olvidada descuidadamente por los trabajadores. A la luz de la luna, la sombra que proyecta sobre el pavimento parece abrazar los bloques de basalto. Pero algo sucede. La sombra tiembla imperceptiblemente y, tras unos instantes aparentemente interminables, se desvanece de repente: con un violento estruendo la estatua acaba de estrellarse contra la carretera, estallando en mil fragmentos. El siniestro sonido de su final resuena en el silencio de las calles…

El comienzo del fin

24 de octubre de 79 d. C., 6:57 a 12:59; de 6 horas y 3 minutos a 1 minuto antes de la erupción.

VENIT SUMMA.
Ha llegado el último día.

El sol sale por última vez entre los picos de las montañas al este de Pompeya. El primer rayo, como todas las mañanas, muestra las rocas desnudas y quemadas de la cumbre del monte Somma, modeladas por el fuego de antiguas erupciones. Casi parece que el sol quiere señalar el peligro mortal que se cierne sobre los pompeyanos, como una muda advertencia de que se acerca el peligro… Pero la advertencia y el consiguiente consejo —salvarse cuanto antes de un destino atroz— son fatalmente ignorados. Nadie entiende, nadie sabe… Y todo se pone en marcha, como siempre. También esta mañana, Pompeya se ha despertado con sus miles de actividades y sus miles de sueños, proyectos y esperanzas destinados a extinguirse en pocas horas.

De aquella mañana, de aquellas últimas horas, las excavaciones nos han proporcionado una instantánea. El panadero Modesto ya está trabajando en su panadería de la Vía de los Augustales, no muy lejos del lupanar que visitamos anoche. Todo el mundo conoce la tablilla con un falo de la buena suerte a la entrada de su tienda. En este momento Modesto está amasando las barras de pan y metiéndolas en el horno con una larga pala de madera. Cuando termina, cierra la puerta de hierro. No sabe que quienes la abrirán serán los arqueólogos dentro de casi dos mil años. En su interior encontrarán todavía esos ochenta y un panes, increíblemente intactos, aunque carbonizados. Modesto no tuvo tiempo de sacarlos,

lo que da una idea de lo repentino de la catástrofe.

Observando con detenimiento, también hay una pista interesante escondida en esta panadería. Según los relatos antiguos, la erupción comienza a las trece horas, pero esta parece una hora extraña para estar horneando pan. El número de panes encontrados, además, sugiere que no estaban destinados a la venta al por menor, sino que representaban una producción al por mayor destinada a *popinae, cauponae,* casas particulares, vendedores ambulantes… para ser consumidos a la hora del almuerzo.

La entrega de pan, por supuesto, es una operación que requiere mucho tiempo, por lo que es lógico suponer que los panes se horneaban a media mañana. Esto sugiere que algo sucedió mientras estaban en el horno, algo tan grave que Modesto y sus esclavos se olvidaron de los panes y de sus ganancias. Sí, pero ¿el qué?

Muchos vulcanólogos, arqueólogos y estudiosos creen que las primeras explosiones ya se oyeron por la mañana y que en pocas horas abrieron la vía para la gran erupción. Los panes de Modesto parecen ser una confirmación indirecta de esta hipótesis, aunque, para ser justos, también se podría pensar que el pan estaba destinado a algún gran banquete previsto para esa noche.

De hecho, como ha observado el erudito Ernesto De Carolis, la descripción de la erupción que hace Plinio el Joven —una gran columna volcánica que se eleva muy alto en el cielo— podría haber sido hecha desde un punto de observación situado muy lejos, como lo era Miseno, a unos treinta kilómetros del Vesubio, y esto habría impedido que se vieran las primeras fases explosivas del fenómeno.

¿Qué pudo haber pasado? La terrible erupción que mató a miles de personas se desencadenó por la interacción entre el magma que subía por el conducto volcánico y el agua contenida en las capas superficiales del suelo. ¿Ha visto alguna vez lo que ocurre cuando se vierte el contenido de un vaso de agua en el fuego? La reacción explosiva de los vapores y los gases es extremadamente violenta. Ahora imagine el cataclismo que se generó entre el magma y el agua subterránea. Incluso sin contacto directo, el magma se elevó y provocó que la capa de agua subterránea se calentara drásticamente. Y había mucha agua en el subsuelo, basta pensar en el agua acumulada a lo largo del tiempo por la nieve y la lluvia y recogida en la cuenca hidrogeográfica dibujada por el borde del

Vesubius. De modo que esta se calentó, se convirtió en vapor y presionó aún más las rocas, llevándolas al punto de ruptura. En la «Zona Cero» del *Vesubius,* en la mañana del 24 de octubre del año 79 d. C., así fue como probablemente empezó todo.

Acaba de amanecer y todavía no se ha oído cantar a ningún pájaro. Es extraño, casi todos se fueron ayer. Un cazador que va caminando por el bosque avanza intrigado. «¿Adónde han ido?», se pregunta sorprendido. No hay rastro de ciervos o corzos, que normalmente se ven en la vegetación a esta hora del día. Todo parece estar quieto, inmóvil, silencioso. El cazador comprueba unas trampas colocadas un par de días antes: intactas… Parece que toda la fauna del *Vesubius* hubiera desaparecido. ¿Qué está pasando?

La impresión que tiene es la de estar caminando por un lugar hechizado. El cazador solo oye el sonido de sus propios pasos y se acerca poco a poco al centro de la antigua caldera del volcán. El olor a azufre y a huevos podridos es cada vez más intenso. A estas alturas va caminando entre árboles y arbustos secos. Incluso la hierba aquí cruje bajo sus pies. Tiene que cubrirse la cara con una tosca bufanda. El olor se vuelve insoportable, el aire irrita su garganta con cada respiración. También hay un ruido extraño, continuo, como una fuerte brisa. ¿Qué puede ser?

Los árboles ahora tiene un aspecto fantasmal. Están marchitos, sin agujas ni hojas, y sus ramas están cubiertas de una costra muy fina y de color claro. Hay en el aire un vapor caliente que quema los ojos. El cazador empuña su arco y aprieta los dientes. Faltan solo unos pasos… Inmersa en las brumas corrosivas aparece la extensión lunar de rocas y cantos rodados retorcidos en el corazón de la antigua caldera del *Vesubius*. El cazador ha estado a menudo en esta zona, pero hoy todo es diferente: la visibilidad es reducida, por todas partes hay vapores y fumarolas.

Algunos de los chorros de vapor tienen un tamaño gigantesco, son tan altos como los géiseres y son los que producen ese siseo constante. Las rocas están amarillas, impregnadas de azufre: un escenario infernal y apocalíptico se abre ante los ojos del cazador. El suelo bajo sus pies tiembla y, cada vez con mayor frecuencia, se sienten violentas sacudidas procedentes de las profundidades. Sus vibraciones se extienden por toda la zona, como si se tratara de la tensa piel de un tambor. Una, en particular, casi le hace perder el

equilibrio. Lo último que recuerda de ese momento es haber huido a toda velocidad para intentar alejarse lo más posible. No ha tenido que decidir nada, ha sido el instinto el que se ha impuesto.

Poco después, a media mañana, en las *villae rusticae* y en las casas más cercanas al *Vesubius* muchos interrumpen sus actividades para mirar en dirección a la montaña, de donde proceden estruendos y golpes sordos, mientras la tierra comienza a temblar de nuevo. Les siguen una serie de pequeñas explosiones, algunas de ellas prolongadas con un ruido como el de una sábana al rasgarse. Los habitantes de las granjas y villas más cercanas tienen la impresión de que la montaña se desgarra y algunos huyen despavoridos. Incluso en Herculano, que se encuentra a unos pocos kilómetros, el miedo se extiende.

11:00: faltan 2 horas para la erupción.

Miles de personas en Pompeya han notado una extraña nube gris en el centro del *Vesubius*: es diferente a las demás, como si la tierra la hubiera creado. A medida que se multiplican los ruidos y las explosiones siniestras esta crece en tamaño, se retuerce y bulle; luego comienza a descender cansinamente por las laderas de la montaña, depositando una finísima capa de ceniza que los vulcanólogos encontrarán casi dos mil años después entre Terzigno y Palma Campania. Es la primera capa de una larga y mortal secuencia que los matará a todos. Este flujo inicial de cenizas tiene una temperatura baja y un alto contenido de vapor, por ello forma muchas pequeñas esferas húmedas llamadas pisolitos.

Desde la distancia, más que una nube parece un frente de polvo grisáceo que tapa toda la parte superior de la ladera, cubriendo su paso granjas, villas y cultivos. En la ciudad hay miedo y alarma, pero no tanto como en Herculano, sobre la que se cierne todo esto. En Pompeya el peligro parece cercano, pero no inminente: la nube de escombros cae a cierta distancia. Los habitantes de Pompeya no lo saben, pero estas deflagraciones desencadenadas por la interacción entre el magma y el agua no son más que el principio: están rompiendo el tapón que obstruye el antiguo conducto petrificado del *Vesubius*.

12:00.

Cada vez más violentas y frecuentes, las explosiones en Pompeya resuenan con el sordo fragor de cañones a distancia. La ciudad está alarmada. Todo el mundo ha comprendido que la situación se está precipitando.

Para saber qué es lo mejor que pueden hacer, muchos acuden al Foro en busca de noticias. Es aquí donde se difunden las primeras historias de los fugitivos que han llegado a caballo desde las villas del interior, y son historias escalofriantes. El boca a boca no tarda en correr por las calles y callejones. Algunos se apresuran a volver a casa con sus seres queridos, otros compran una provisión de pan, muchas tiendas cierran temprano. Y aún hay quienes montan sus caballos y salen al galope de la ciudad en un intento de rescatar a familiares o conocidos en las *villae* situadas cerca del *Vesubius*.

A estas alturas, la potencia de los rugidos hace temblar las ventanas de las *domus*. Lo que ocurre es muy simple: las explosiones van abriendo poco a poco el conducto volcánico y expulsando las rocas que lo han bloqueado durante siglos (es la fase de apertura freatomagmática, que dirían los vulcanólogos). El magma tiene ahora vía libre…

La primera fase de la erupción ha sido estruendosa, pero solo ha supuesto una amenaza real para quienes se encontraban en las inmediaciones. Ahora, sin embargo, las cosas están a punto de cambiar. Para siempre. Las grietas y explosiones han aligerado el peso de las capas de roca sobre el magma, que ahora sube más rápido, como un depredador, se encuentra con el agua e interactúa con ella, pulverizándose. El resultado es una mezcla mortal de gas, vapor de agua, ceniza y pequeños fragmentos de magma listos para explotar con una violencia inaudita.

Un segundo antes de la hora cero…

Detengámonos un momento, solo un último momento. Frente a nosotros Pompeya sigue aún intacta, así como su campiña y su puerto, y lo mismo ocurre con Herculano, Oplontis, Estabia, Boscoreale y Terzigno, con sus frescos, sus hermosas fuentes y sus

extraordinarias estatuas.

Hay en estos lugares miles de personas hablando, riendo, bromeando, trabajando; algunos están almorzando, otros bajando las escaleras o firmando contratos, hay quien está haciendo el amor… En un segundo todo esto se interrumpirá bruscamente, y en pocas horas será destruido, borrado y todo ser viviente quemado vivo o asfixiado.

Se estima que, en términos de la cantidad de energía mecánica y térmica liberada, la erupción del *Vesubius* fue equivalente a cincuenta mil bombas atómicas de Hiroshima. La diferencia es que mientras que una explosión atómica libera su energía en una fracción de segundo, el *Vesubius* lo hizo durante un periodo de tiempo mucho más largo.

En menos de veinte horas el volcán lanzará diez mil millones de toneladas de magma al aire y cubrirá todo el territorio en dirección a Pompeya, en un radio de doce a quince kilómetros, con un espesor de piedra pómez de unos tres metros. Producirá «avalanchas» ardientes de cenizas, partículas y gases, oleadas y flujos piroclásticos[3] capaces de desplazarse a más de cien kilómetros por hora, con temperaturas que oscilan entre los cuatrocientos y los seiscientos grados. Cambiará la forma de la costa, enterrará a Herculano bajo veinte metros de lodo volcánico compacto y a Pompeya bajo casi seis metros de piedra pómez y ceniza.

Miles de personas huirán, buscarán refugio, invocarán a los dioses, rezarán, pero tendrán una muerte horrible. Algunas de ellas serán encontradas por los arqueólogos, otras serán borradas para siempre por la furia del volcán. La opinión de muchos estudiosos es que se salvó un número muy reducido de habitantes, principalmente los que huyeron inmediatamente; los que se quedaron murieron quemados vivos, aplastados por el derrumbe de las casas o asfixiados en unas decenas de segundos por los gases y la ceniza.

Todo esto está a punto de suceder. En un segundo. Es el momento de echar un último vistazo a Pompeya, la dinámica ciudad romana, y a Herculano, la perla de la costa del Vesubio. Es hora de un último aliento…

Hora cero: estalla la erupción

Pompeya, Herculano y alrededores.
24 de octubre de 79 d. C., 13:00; la cuenta atrás ha llegado a su fin.

FELICES OMNES VA(LETE) FELICES
¡Adiós gente feliz!

Los supervivientes relatarán el silencio con el que todo sucedió. Y lo harán con la mirada fija en el infinito, como si siguieran buscando una razón.

De repente, una enorme y oscura columna de humo se alza desde el corazón de la llanura del *Vesubius*. Se eleva hacia el cielo con la rapidez de una llamarada. Nadie ha visto nunca algo tan inmenso moverse con tal rapidez. Una cantidad asombrosa de toneladas de gas, vapor y magma fragmentado asciende a una velocidad de cientos de metros por segundo.

La columna se eleva como una lanza que atraviesa el cielo. Muchos ven un repentino «cuello» blanco de vapor justo debajo de la cabeza de la columna, que se desvanece casi inmediatamente. ¿Qué es? No hay tiempo para buscar una respuesta. Poco después de desaparecer se forma un extraordinario anillo blanco en el cielo por encima de la columna, una especie de nube circular. Parece haber surgido de la nada. Se extiende majestuosamente en el azul del cielo, haciéndose aún más grande que el *Vesubius,* y luego desaparece, dejando a los pompeyanos atónitos.

La columna no deja de subir, se vuelve más clara y voluminosa: en su progresión ascendente se retuerce e «hierve» como una avalancha que sube hacia el sol. Al cabo de unos segundos, todos los pompeyanos escuchan un rugido sordo y potente. No hay tregua.

De repente, los gritos y los clamores sacuden a la multitud

reunida en el Foro y a la gente de la calle. Muchos señalan al cielo: pueden ver claramente enormes rocas oscuras que saltan desde los lados de la columna y comienzan su parábola descendente hacia el suelo. Son enormes.

A pesar de los kilómetros de distancia, se pueden ver muy bien, e incluso se puede adivinar su tamaño. Algunas parecen ser tan grandes como una *domus* entera, otras como un carro… Las más pesadas caen casi verticalmente por las laderas del *Vesubius,* impactando estruendosamente contra el suelo. Otras, no tan grandes pero igualmente letales, se proyectan en forma de paraguas alrededor del volcán, llegando muy lejos, incluso hasta el mar, donde se hunden levantando inmensas columnas de agua. Parece una jauría de perros feroces lanzados a atacar cualquier cosa viva.

Pero esto no ha terminado aún. Al mismo tiempo, columnas de polvo y nubes de ceniza se levantan de toda la ladera de la montaña, sacudidas por la onda expansiva y las corrientes de aire. Lo más impresionante es el silencio que lo envuelve todo. No hay «rugido» del volcán, como se suele decir. Solo hubo un gran estallido inicial, seguido de otros más pequeños de vez en cuando y de explosiones freáticas causadas por la interacción entre el magma ascendente y el agua del subsuelo.

¿Qué son los extraños fenómenos que acabamos de describir? Muchos pompeyanos los interpretan como la prueba de una presencia divina durante la erupción. En realidad, como es obvio, estos efectos son perfectamente explicables en términos científicos. En agosto de 2014, un turista filmó accidentalmente la repentina erupción del volcán Tavurvur, en Papúa Nueva Guinea. La dinámica del fenómeno se asemejó mucho a la de la erupción del *Vesubius*. A pesar de la diferencia de tamaño, mucho menor que la del *Vesubius,* los primeros momentos de la erupción del Tavurvur captados en esta valiosa filmación revelan muchos detalles que probablemente también se vieron en Pompeya en el año 79 d. C. Son, sobre todo, detalles visuales y sonoros que nadie había descrito nunca.

¿Qué podría ser ese «cuello» blanco de vapor alrededor de la columna que sale del volcán? Podemos ver algo similar alrededor de los cazas militares cada vez que rompen la barrera del sonido. La columna de vapor, gas y magma pulverizado del *Vesubius,* al iniciar

su viaje, muy probablemente a una velocidad de más de 341 metros por segundo, ha roto la barrera del sonido dando lugar casi con toda seguridad al mismo fenómeno. El anillo blanco, similar a una fina nube circular que se extiende rápidamente por el cielo azul, está creado por la onda de choque que se propaga «esféricamente» alrededor del *Vesubius,* y sus efectos son visibles tanto en las laderas del volcán (a simple vista puede verse el polvo que se levanta siguiendo un «frente» que desciende por las laderas) como en el cielo.

Para hacerse una idea del fenómeno, basta con pensar en un globo sumergido en un estanque que crea una onda concéntrica al expandirse. Lo mismo ocurre cuando la onda de choque penetra en una capa de aire rica en vapor.

También podemos afirmar que si la columna, al subir, rompió la barrera del sonido, entonces se debió de oír un estampido en Pompeya al cabo de unos veinticuatro segundos, y en Herculano a los dieciocho. Fue el único ruido «grande» de la erupción, ya que la columna eruptiva ascendente no produce ningún rugido, como a veces leemos que ocurre en las novelas o vemos en las películas. Y fue ese silencio, combinado con el tamaño colosal de la erupción, lo que más desconcertó a los pompeyanos. Ese estampido de la barrera del sonido al romperse fue, sin embargo, lo bastante potente como para que todo el mundo saliera corriendo de sus casas.

Dione Casio, basándose en testimonios y escritos hoy perdidos, también parece confirmar, indirectamente, que la columna eruptiva rompió la barrera del sonido: «Se oyó un gran y repentino fragor, como si las montañas se derrumbaran unas sobre otras. Entonces empezaron también a saltar piedras de inmenso tamaño que alcanzaban hasta los picos más altos. Salió una gran cantidad de fuego y humo…» (*Historia Romana* LXVI, 21-23).

Pero ¿qué está ocurriendo en estos momentos dramáticos en las calles de Pompeya?

Petrificados de terror

Pompeya.
24 de octubre de 79 d. C., 13:02; dos minutos después de la erupción.

OPTIME MAXIME IUPITER DOM(IN)US OMNIPOTES.
¡Júpiter Óptimo Máximo, Señor Todopoderoso!

Todos los pompeyanos se han quedado inmóviles, petrificados; la ciudad parece estar poblada de estatuas. El fontanero Estaliano está de pie en una zanja, con un martillo en la mano. El panadero Modesto está en la puerta de su panadería, con la boca abierta, rodeado de esclavos. Solo piensa en su mujer y en su hijo recién nacido.

Cayo Julio Polibio ha salido corriendo del triclinio. Ahora está en el centro del patio, entre los fragantes arbolitos, observando cómo se eleva esa inmensa nube. Todavía tiene una cuchara de plata en la mano y la comisura de la boca manchada de salsa. Es el bocado más amargo de toda su vida. Su mujer, aterrorizada, se apoya en una columna.

El banquero Lucio Cecilio Jocundo, tras echar una rápida mirada al cielo, está recogiendo ya las tablillas más importantes para ponerlas a salvo.

Los hermanos Vettii ni siquiera se han percatado de la columna en el cielo: están demasiado ocupados examinando unas sedas y telas orientales en un cubículo, pensando en comprarlas para cambiar el *look* de sus triclinios.

En la Vía de la Abundancia muchos se han quedado inmóviles en medio de la calle: Zósimo, el vendedor de ánforas, está de pie junto a Julia Feliz, que se cubre la cara con un chal de seda. Un poco más allá está Smyrina, una de las Asellinae, aplastada por el

miedo contra una de las paredes de la tienda. Incluso el «competidor» Lucio Vetucio Plácido observa cómo el monstruo se eleva hacia el cielo, mientras su esposa se aferra a su brazo con lágrimas en los ojos.

También está en la calle el grupo de pintores de frescos que se ocupaba de la decoración de una sala de la Casa de los Castos Amantes. Lo han dejado todo. Los arqueólogos aún encontrarán en el suelo las jarras con los colores y muchas de sus herramientas. Podemos imaginar la escena. Salieron corriendo para averiguar qué ocurría, pero antes de huir, uno de ellos, que ya había extendido el yeso y trazado los contornos de las figuras, se apresuró a echar cal fresca sobre su obra para mantenerla húmeda, convencido de que volvería pronto para completarla (otro indicio de que nadie percibe aún la extrema gravedad de la erupción…). Pero ni siquiera ese escrupuloso trabajador volverá a la *domus*. La obra, que volverá a ver la luz dos mil años después, proporcionará una información inestimable sobre la forma de trabajar de los pintores de frescos romanos.

Clodio, el vendedor de capas, acaba de cerrar su tienda. También él está de pie en medio de la calle con la boca abierta, paralizado por el miedo y el asombro. Ni siquiera se da cuenta de que Faustila pasa a su lado corriendo, dispuesta a recoger uno de sus créditos antes de que todos hayan abandonado la ciudad.

Tito Suedio Clemente ya está lejos de Pompeya. Va de camino a Roma y se encuentra ahora en las cercanías de Nápoles. Ordena que el carro se detenga y echa pie a tierra para contemplar la enorme columna que se elevaba hacia el cielo. Ahora lo entiende: terremotos, temblores, fenómenos extraños, descenso del nivel del agua en los pozos… Todo tiene una explicación. Da órdenes de retroceder; se siente implicado en la gestión de la ciudad desde hace años, más aún durante esta emergencia extraordinaria.

El mismo pensamiento pasa por la cabeza de Sabino, el «Quintiliano» de Pompeya, de pie como tantos otros en el Foro. En un instante toma amarga conciencia de que su mundo, «su Pompeya», ha llegado a su fin.

Pero ¿qué está ocurriendo en otros lugares?

Nube y rocas sobre Terzigno.

En Terzigno la situación es dramática. Esta mañana, la primera nube de la erupción descendió sobre las laderas y lo envolvió todo en una extraña niebla que borró el paisaje; no solo no se ve ya el espléndido panorama de Pompeya, la línea de plata del Sarno y la península sorrentina, sino que hasta los cultivos parecen haber desaparecido… Por todas partes hay una neblina caliente y espesa, acompañada de un fuerte olor a azufre.

Los esclavos regresaron de los campos pidiendo de beber, tosiendo y sin aliento. Alguien intentó llegar a Pompeya a caballo para pedir ayuda, pero nunca regresó. La gente está a la expectativa. Ya no se ve nada, ni siquiera dentro de los patios de las granjas y las villas. Esclavos y amos se han refugiado en varias habitaciones a la luz de las lámparas. Lo que más asusta es el sordo fragor acompañado de temblores y sacudidas del suelo y los repentinos estruendos de las explosiones. Aquí, a diferencia de Pompeya, son claros y muy fuertes.

Entonces se desencadena el cataclismo: un inmenso estruendo, una deflagración apocalíptica —el estampido descrito anteriormente—, como un puñetazo en los tímpanos que deja un larguísimo zumbido en los oídos. Un montón de harina sale volando de un plato. De repente, una fracción de segundo después, la onda expansiva abre puertas, hace añicos los pocos cristales que quedan, derriba mesas y taburetes, arranca cortinas elegantemente anudadas entre columnas. Muchos son arrojados al suelo. Cuando se levantan y miran a su alrededor, todo es un caos: platos y cerámica hechos añicos en el suelo, jarrones volcados y destrozados con granos esparcidos por todas partes, conatos de incendio provocados por la caída de lámparas de aceite y, después, entre gemidos y gritos, los rostros de sus seres queridos, irreconocibles. Las caras están cubiertas de polvo, los cabellos de las mujeres despeinados y en completo desorden.

Ni siquiera hay tiempo de comprender lo que está ocurriendo; el suelo empieza a temblar con creciente violencia, los frescos se agrietan, el yeso se desprende del techo. Al mismo tiempo, se levanta un viento muy fuerte, el viento de «succión» producido por la columna al empezar a ascender hacia el cielo. Una verdadera tormenta que parece aspirarlo todo hacia la boca del volcán, hacia el infierno (un fenómeno análogo ocurre con un hongo nuclear).

Entre golpe y golpe, todos notan el ruido continuo; algunos lo describen como la respiración agitada de un hombre que se ahoga, otros lo comparan con una enorme cascada.

Cualquiera que haya estado en las proximidades de los respiraderos eruptivos está familiarizado con su «respiración», parecida a resoplidos reiterados. Pero aquí se trata de una columna de gas y magma en plena expansión y ascenso, en una de las erupciones más devastadoras de la historia. Quizá el fragor sordo de un motor de avión sea lo que mejor pueda transmitir la idea de aquel rugido.

Justo cuando la gente empieza a ayudarse mutuamente, tratando de averiguar si sus seres queridos están bien y los fuegos de las lámparas de aceite destrozadas se apagan en la penumbra, todo el mundo se queda paralizado por otro terrible fenómeno. Además de las sacudidas del suelo y los temblores, además del fuerte ruido de la columna que se eleva hacia el cielo, además del aire que les quema los pulmones, empiezan a oír ruidos ensordecedores y violentos, como los pasos de un gigante…

Y así comienza la lluvia de rocas. Al principio, se oye un leve tic-tac en las tejas, un ligero granizo, y luego llueven del cielo enormes rocas, que crean enormes cráteres y generan desplazamientos de aire que hacen que las hojas de las ventanas se cierren de golpe.

Es un infierno. En medio de los gritos, las invocaciones a los dioses y los gemidos, uno solo espera que no golpeen su casa. A veces se oye claramente el sonido de un tejado destrozado de repente por una roca. En ocasiones se oye algo que rebota y rueda por el suelo del porche, y al entreabrir la puerta para ver qué es, aparece una piedra negra y humeante… Otras veces se tiene la certeza de que un peñasco gigantesco ha aplastado la viña…

Boscoreale, Villa de la Pisanella y Herculano: más lejos, pero no más seguros.

En los alrededores de Pompeya se han identificado unos ciento cincuenta edificios y estructuras, ya sean villas, granjas, etc. Cada uno tiene su propia historia que contar.

En Villa Regina, en Boscoreale, por ejemplo, todos han huido. Tras la caída de dos enormes rocas a poca distancia del edificio, el

propio propietario decidió que era mejor trasladarse a lugares más seguros y esperar a que pasara lo peor. La única persona que aún permanece en la granja es el guardián, custodiando las preciosas dieciocho *dolia* llenas de vino, enterradas y selladas, como un verdadero capitán que no abandona su barco. Pero en realidad, el hecho de que todo el mundo, excepto él, haya tenido la precaución de ponerse a salvo es un indicio de que todos creen que las cosas se pondrán mejor después de este arrebato inicial y de que al final volverán a poder trabajar como antes.

No muy lejos, en la Villa de la Pisanella, el ambiente es muy distinto. La propietaria ha tomado otra decisión. La esposa del banquero Lucio Cecilio Jocundo ha pasado aquí la noche y esta decisión resultará fatal: ahora se encuentra lejos de la aparente seguridad de Pompeya y más cerca del epicentro del cataclismo…

Las escenas que presenciamos en la granja recuerdan a las de las villas de Terzigno, pero concurren circunstancias menos dramáticas. La nube baja que envolvía el horizonte allí no ha llegado aquí; se puede respirar con tranquilidad y la vista está despejada, pero esto permite darse cuenta de lo cerca que está la columna eruptiva, lo que alimenta el miedo. La esposa del banquero, sin embargo, se muestra inflexible: nadie sale de aquí ni huye; la erupción pasará. Y ha obligado a todo el mundo a seguir con sus tareas diarias normales como si nada estuviera pasando. Por supuesto, es difícil trabajar con tranquilidad, pero a pesar de todo consiguen preparar otro cargamento de ánforas para Oplontis. Esta vez no será Lucio Bricio Eros quien se suba al carro con el imperturbable gigante germano, sino otro liberto de la granja, que se ha encontrado de pronto con este inesperado «billete de salvación».

Pasemos a Herculano. Aquí la situación es totalmente diferente. Sería imposible obligar a nadie a trabajar. El pánico se ha apoderado de la ciudad. Cuando se produjo la erupción, todo el mundo vio la columna elevarse hacia el cielo y escuchó el gran estampido sónico. Herculano está a solo seis kilómetros de la columna eruptiva. Desde el primer momento la gente se ha echado a la calle gritando y se ha dado cuenta de que la huida es la única posibilidad de salvación.

Poco después, como si se tratara de meteoritos, han empezado a llover rocas del cielo, arrancadas del conducto explosivo y

arrastradas a la atmósfera por la columna eruptiva. Alguien ha preparado los caballos para huir lo más lejos posible, y un padre se ha demorado demasiado en subir a su hija pequeña a la silla de montar: una enorme roca ha caído sobre ellos y el impacto ha sido devastador. Todo ha ocurrido en un instante, justo delante de Saturnino, que subía por el Cardo III. Ahora, en el suelo, ante sus ojos, yacen sus cuerpos sin vida, junto con los de algunos caballos. La roca ha cortado las piernas del padre. Los arqueólogos descubrirán esta escalofriante escena fijada en el tiempo, dando fe que nadie se detuvo a retirar los cuerpos.

A estas alturas, el pánico es general. Las rocas atraviesan los tejados y se estrellan contra el pavimento. La gente grita y busca refugio, pero no puede evitar mirar con terror la inmensa columna eruptiva que se retuerce en el cielo. Los temblores hacen que en todas las casas caigan objetos al suelo y que en las tiendas se derrumben los mostradores.

En el mar, la situación no es mejor: las rocas que caen levantando olas rozan las naves onerarias, ancladas a cierta distancia de la costa.

El pescador que conocimos ayer por la mañana regresa con su barco después de otro día de pesca excepcional. Dos rocas le han caído cerca; una de ellas incluso le ha salpicado. Frente a él se desarrolla una escena apocalíptica: en el cielo, la columna se eleva cada vez más imponente; en la ciudad, se ven grupos de personas huyendo en todas direcciones… Muchos se precipitan hacia la playa. Instintivamente el hombre busca a su hijo. Lo ve de pie, petrificado, en medio de la gente que pasa corriendo. Lo llama mientras maniobra con los remos hacia la orilla, y en pocos segundos el niño está a bordo. El padre rema con locura, con la fuerza de la desesperación. El barco se aleja de la playa y se dirige lentamente hacia el norte por la costa de Campania. Es la decisión correcta; ambos se salvarán.

Las escenas que ven al recorrer la costa son las mismas en todas partes, tanto en las pequeñas casas como en las faraónicas villas costeras: gente que corre presa del pánico. De hecho, aquí, el *Vesubius* está cerquísima…

La tranquilidad de Miseno.

La columna eruptiva del *Vesubius* es ya visible para todos, pero lo que está ocurriendo ahora en las calles y en los hogares de quienes viven bajo el volcán o en sus inmediaciones es completamente desconocido para el resto de la población que vive en la costa, como por ejemplo en Miseno, donde tiene su base la flota y donde, como sabemos, también tiene su base Plinio el Viejo.

El relato que su sobrino Plinio el Joven escribió para Tácito, además de ser, como hemos visto, un testimonio extraordinario, contiene un aspecto en el que no se suele reparar: transmite la absoluta tranquilidad con la que se vivieron aquellos terribles momentos por parte de quienes se encontraban a veinte o treinta kilómetros de distancia, y la absoluta infravaloración del drama que estaba teniendo lugar, sobre todo si se tiene en cuenta que quien informó al comandante en jefe de la flota principal del imperio fue su hermana, al advertir por casualidad la columna que se elevaba en el horizonte, y no, como cabría esperar, un diligente oficial… He aquí el relato.

> Me pides que te describa la muerte de mi tío para poder dejar a la posteridad un relato más verídico de la misma. […] Se encontraba en Miseno al mando de la flota. El 24 de agosto, como a la séptima hora, mi madre le hace notar que ha aparecido en el cielo una nube extraña por su aspecto y tamaño. Él había tomado su acostumbrado baño de sol, había tomado luego un baño de agua fría, había comido algo tumbado y en aquellos momentos estaba estudiando; pide el calzado, sube a un lugar desde el que podía contemplarse mejor aquel prodigio. La nube surgía sin que los que miraban desde lejos pudieran averiguar con seguridad de qué monte (luego se supo que había sido el Vesubio) […]. A mi tío, como hombre sabio que era, le pareció que se trataba de un fenómeno importante y que merecía ser contemplado desde más cerca. Ordena que se le prepare un navío veloz, y me ofrece la oportunidad de ir con él, si yo lo deseaba; le respondí que prefería continuar estudiando, y precisamente él me había dado algún material para que yo lo escribiese.

En definitiva, desde Miseno, Nápoles y otros muchos pueblos, la nube es vista como un «prodigio» que hay que admirar, un verdadero espectáculo de la naturaleza… Un prodigio que, sin embargo, incluso desde tan lejos, asusta por su tamaño: la excusa del sobrino, que no puede ir porque tiene que leer y estudiar unos textos que le ha regalado su tío, es realmente poco creíble y huele a justificación timorata. La mera visión de la nube debió de haberlo asustado. Pero ya fuera por miedo o por diligencia, esa prudencia le salvaría la vida.

Al principio nadie entendía siquiera desde dónde se alzaba la nube (lo que demuestra que el *Vesubius* debía de ser una elevación como otras, tal y como hemos dicho, sin un cono que se alzara sobre el horizonte).

El almirante romano, como buen naturalista, quiso estudiar de cerca el fenómeno, y ordena que se haga a la mar una *liburna* rápida, quizás la misma que usó Rectina hace dos días, pero cuando está a punto de embarcarse le llega un angustiado mensaje de esa misma mujer. He aquí la escena, de nuevo en palabras de su sobrino:

> Cuando salía de casa, recibe un mensaje de Rectina […], aterrorizada por el peligro que la amenazaba (pues su villa estaba al pie de la montaña y no tenía ninguna escapatoria, excepto por mar); le rogaba que la salvase de esa situación tan desesperada. Él cambió de planes y lo que había iniciado con el ánimo de un estudioso lo terminó con el de un héroe. Manda sacar las cuadrirremes, él mismo sube a bordo con la intención de auxiliar no solo a Rectina sino a otros muchos (pues los encantos de la costa atraían a un gran número de visitantes).

En definitiva, el almirante trocó su viaje de estudio científico en misión de rescate. Algunos, como el académico Flavio Russo, se han referido a esa decisión como la primera misión de protección civil de la historia. De hecho, se están utilizando incluso poderosos medios militares para rescatar a la gente corriente. Las cuadrirremes son enormes naves de guerra, capaces de acoger a cuatrocientos soldados. La intención de Plinio el Viejo es clara:

quiere utilizarlos para salvar al mayor número de personas posible.

No sabemos qué le dijo Rectina, pero fue convincente y, sobre todo, debía de ser una mujer muy estimada, dada la inmediata reacción de Plinio.

Es precisamente a partir de ese mensaje cuando el almirante se da cuenta por primera vez de la verdadera dimensión del drama, y actúa de la forma más rápida y «moderna» posible. No sabemos qué pasa por su mente mientras aferra la nota que un oficial de comunicaciones le ha entregado a toda prisa: es innegable, sin embargo, que como un gran comandante ha evaluado la situación en muy poco tiempo y ha actuado con decisión, exactamente como hacían los generales en el ejército romano.

Afortunadamente, las cuadrirremes ya estaban armadas debido a los ejercicios de rutina y, gracias también a la rápida actuación de los militares romanos, solo se tardó unas decenas de minutos en reunir a las tripulaciones, subir a bordo lo estrictamente necesario y soltar amarras. En vista de la emergencia, la principal preocupación de Plinio era no perder tiempo, mantener las naves ligeras para conseguir ayuda lo antes posible, reunir al mayor número de personas y llevarlas de vuelta a Miseno o a otras costas seguras.

¿Y Rectina? Solo podemos adivinar el estado en el que envió el mensaje. Retrocedamos unas horas.

La mañana había comenzado como de costumbre, con los quehaceres habituales de quien tiene que administrar una gran finca. Pero casi inmediatamente, como todos los pompeyanos y herculanos, oyó el estruendo, las explosiones ensordecedoras procedentes del *Vesubius*… Lo detuvo todo.

Ahora estaba claro que este día sería diferente a los demás. Por temor a un colapso de la villa, hizo que le sirvieran el almuerzo fuera, bajo una especie de cenador, en una de las hermosas terrazas con vistas al mar. Mientras dictaba una carta a una tía en Roma, se oyó el gran estruendo. La columna salió disparada hacia arriba con el calor de mil soles. Si en Pompeya el estampido de la ruptura de la barrera del sonido tardó entre veinticuatro y veintiséis segundos en cubrir los ocho o nueve kilómetros de distancia, en Herculano tardó dieciocho, porque los kilómetros eran solo seis.

Rectina se levantó de su cama tricliniar, con los ojos muy abiertos, hipnotizada por la nube, que se volvía más y más retorcida

cuanto más alta era, y permaneció inmóvil durante mucho tiempo, como si estuviera petrificada. Hasta que su esclavo de confianza, Éutico, llegó corriendo. El suelo temblaba notablemente y toda la villa se agitaba violentamente. Entonces, un fuerte ruido hizo que los dos hombres se volvieran: una parte de la balaustrada de mármol había desaparecido. ¿Se había derrumbado o había sido derribada?

Un siseo procedente de lo alto llamó su atención: el cielo estaba salpicado de puntos oscuros en movimiento, casi como un enjambre de abejas. Algunos de esos puntos eran cada vez más grandes.

Otro estruendo. Esta vez procedente de una villa cercana, cuyo techo implosionó. Y luego un golpe en el suelo a cien metros de distancia… otro más adelante… otro más…

Demasiado peligroso permanecer fuera. El esclavo gritó a Rectina que se pusiera a salvo, pero al verla inmóvil, casi ebria, no se lo pensó dos veces, la cogió en peso y así empezaron a correr por las escaleras de una de las terrazas del acantilado. Más abajo, de hecho, hay algunos nichos tallados en la pared de la roca, un refugio ideal porque están orientados hacia el mar y, por tanto, en dirección contraria a la caída de las rocas.

Fue una carrera enloquecida escaleras abajo, volviéndose de vez en cuando para comprobar la nube y las rocas asesinas. Una vez dentro de un nicho, los dos se volvieron para mirar el mar, en cuya superficie azul se alzaban tantas salpicaduras blancas como margaritas en un prado… Allí se quedaron durante mucho tiempo, con pensamientos que se atropellaban en sus mentes. ¿Qué hacer a continuación?

En cuanto cesó la lluvia de piedras y cantos rodados, el esclavo Éutico se asomó, comprobó que ya no había peligro e hizo un gesto a Rectina para que saliera. El paisaje que tenían ante sus ojos era irreal. La villa parecía estar en buen estado, el techo solo había sido golpeado en un par de lugares y una estatua había sido destrozada, quizás más por los temblores que por las «bombas» que habían caído del cielo. Todo estaba cubierto de cenizas y pequeñas piedras oscuras, que crujían bajo las sandalias. Del vestíbulo llegaba un ruido extraño, como un gorgoteo… Y del impluvio se elevaba un denso vapor. Acercándose cautelosamente al pilón los dos vieron que había una gran piedra negra dentro que se estaba «friendo» en

el agua, haciéndola hervir.

Los demás esclavos de la casa también salieron de sus escondites improvisados: nadie resultó herido, solo un jardinero se torció el tobillo al intentar escapar. Pero entonces la villa empezó a temblar de nuevo, y todo el mundo se apresuró a salir, mirando hacia arriba para ver si había más piedras en camino.

Para los que, como Rectina, estaban tan cerca del volcán (literalmente «a sus pies») la situación era dramática. La columna emitía un fortísimo aliento continuo: si en Terzigno lo comparamos con el de un reactor a distancia, en Herculano recordaba al bramido del mar en una tempestad, con continuas ráfagas explosivas…

Rectina dio a todos sus esclavos la orden de ponerse a salvo y trató de escapar en una carreta montada a toda prisa. Imposible, sin embargo, ir hacia Nápoles, las carreteras estaban bloqueadas por desprendimientos y derrumbes. Ya había muchos muertos.

Se podía escapar a Pompeya y a Estabia, pero parecía la peor solución porque significaba dirigirse al infierno, hacia esa sombra oscura que caía sobre el paisaje. El único camino era el mar, pero un esclavo que había ido a evaluar la situación había regresado a la villa completamente empapado: el viento en contra y el mar tempestuoso les impedían hacerse a la mar, al menos en las pequeñas embarcaciones de que disponían.

Personas aterrorizadas, que huían de los alrededores, llamaban a la puerta de la villa y eran acogidas a las órdenes de Rectina, que actuaba como «matrona», en el verdadero sentido de la palabra, dando ayuda y un punto de referencia a sus clientes. Llegaron sobre todo mujeres y niños, y al principio se alojaron en el jardín y bajo los porches. Había quien lloraba, quien se desesperaba, quien rogaba a los dioses… y quien escribía palabras de despedida en una pared. La situación empeoraba progresivamente: los temblores habían aumentado, provocando un coro de gritos y llantos, y la gente seguía llegando a la villa. Al mismo tiempo, los que venían de Herculano relataban una situación similar, con todos sus habitantes desesperados.

Entonces comenzó de nuevo el bombardeo de rocas del volcán y todo el mundo volvió a refugiarse en la villa, acurrucándose en los rincones de las habitaciones con los ojos puestos en el techo, temiendo lo peor…

En ese momento, Rectina pensó en lo único que podía hacer: pedir ayuda a Plinio el Viejo, para que viniera a salvar al mayor número posible de personas con sus barcos. Corrió hacia la torre de señales en la esquina de su propiedad. No llamó a la puerta, sino que trepó directamente por el muro de separación… No es difícil imaginar el asombro de los marineros que la vieron entrar en la sala de reuniones. Entre estanterías volcadas, jarrones rotos y mapas sostenidos con las manos sobre las mesas, los soldados intentaban hacer un balance de la situación. Con un toque de orgullo, Rectina observó que nadie había huido. Habían permanecido en sus puestos, manteniendo la comunicación con la base de Miseno y las demás torres militares, enviando y recibiendo señales luminosas con el heliógrafo.

No era fácil mantener la cabeza fría. Las vigas del techo temblaban y dejaban caer polvo y escombros, las paredes estaban agrietadas y objetos de todo tipo rodaban por las mesas, pero la torre aguantaba gracias a su enorme estructura, diseñada para resistir ataques militares…

En un tono perentorio, Rectina ordenó que se enviara un mensaje solicitando ayuda directamente al comandante supremo. Exigió que se añadiera su nombre al mensaje para que tuviera la máxima prioridad. Los marineros, conociendo su amistad personal con Plinio el Viejo, cumplieron inmediatamente la orden. Casi con toda seguridad, la idea de que los barcos de la marina vinieran a rescatarlos debió de ser una razón adicional (¿tal vez la decisiva?) para enviar el SOS.

Tras unos segundos, el tiempo justo para la secuencia de destellos, el mensaje llegó a Miseno. A los pocos minutos, un frenético marinero se encontraba frente al Almirante, quien, como cuenta Plinio el Joven, *accipit codicillos Rectinae Cosci imminenti periculo exterritae,* es decir, «recibe un mensaje de Rectina, esposa de Tascio, aterrorizada por el peligro que la amenazaba».

En estos momentos, en Miseno, las cuadrirremes abandonan sus amarres. Son verdaderas joyas de la tecnología naval, potentes y afiladas, imponentes y ligeras, elegantes y letales… Una tras otra, como mastines de guerra, salen del puerto. En la proa de la primera cuadrirreme Plinio el Viejo no ha dejado de mirar ni un instante esa terrible nube: busca la villa de Rectina. Está allí, en algún lugar.

Recuerda su sonrisa, tan dulce y sensual, y en su corazón ruega a los dioses que aún siga viva.

A kilómetros de distancia, Rectina está escudriñando el mar, tratando de divisar los barcos de Plinio. Se agarra a la balaustrada de bronce de la gran terraza que da al mar. A intervalos regulares, emergen de la balaustrada cabezas bicéfalas del dios Baco, una de las cuales será encontrada por los arqueólogos. Quién sabe, tal vez sea la estatua a la que Rectina se aferró con todas sus fuerzas durante los temblores más fuertes. Puede sentir claramente que el suelo se balancea bajo sus pies, y esto le genera un miedo ancestral, un terror incontrolable que la invade. Se siente atrapada, pero no hay nada que pueda hacer, excepto esperar. Y no perder la esperanza…

Esa nube cada vez más alta

Pompeya.
24 de octubre de 79 d. C., 13:30; 30 minutos después de la erupción.

VADE AGE NATE VOCAS ZEPIRIOS.
¡Corre hijo! ¡Llama a los Céfiros!

> La nube surgía […], mostrando un aspecto y una forma que recordaba más a un pino que a ningún otro árbol. Pues tras alzarse a gran altura como si fuese el tronco de un árbol larguísimo, se abría como en ramas; yo imagino que esto era porque había sido lanzada hacia arriba por la primera erupción; luego, cuando la fuerza de esta había decaído, debilitada o incluso vencida por su propio peso se disipaba a lo ancho, a veces de un color blanco, otras sucio y manchado a causa de la tierra o cenizas que transportaba.

Así es como Plinio el Joven describió la columna eruptiva. Solo han pasado treinta minutos desde que la «tapa» del Vesubio explotara y el magma saliera a velocidad supersónica por la abertura del antiguo conducto petrificado.

¡En tan solo treinta minutos alcanzó una altura de catorce kilómetros! Si el punto de un avión de pasajeros que uno ve volando en el cielo ya parece muy «alto», la nube superó con creces esa altitud, al menos en un 50 %.

En otras palabras, el piloto de un avión la habría visto superar su altitud en varios kilómetros. Esto da una idea de la presión que el magma del interior del volcán había estado ejerciendo durante algún tiempo, para salir disparado tan alto. Así se explican los tremendos terremotos de los años anteriores, y también el tipo de

«bomba» que se había formado bajo los pies de los pompeyanos, y que ahora había estallado.

La columna eruptiva es una mezcla densa y muy caliente que contiene magma fragmentado en pequeñas partículas, rocas y, sobre todo, gases (vapor y dióxido de carbono). A medida que se eleva, aspira y succiona el aire a su alrededor, desde los lados y sobre todo desde el suelo. Esto crea poderosos vientos radiales que lo aspiran todo hacia el volcán.

Quienes se encontraban en sus laderas han sido arrollados (como dijimos en Terzigno) por vientos de increíble intensidad, exactamente como ocurrió en Hiroshima, Nagasaki o en Hamburgo, incendiada por un devastador bombardeo aliado durante la Segunda Guerra Mundial. Un enorme «efecto chimenea» que levanta nubes de polvo hacia los ojos, arrastra escombros y forma acumulaciones anormales contra las paredes del lado opuesto al volcán.

Estos vientos no son la única consecuencia de la nube. La columna eruptiva, que absorbe el aire a su alrededor, se vuelve menos densa a medida que asciende. A cierta altitud, los flujos de aire internos hacen que la columna se abra como un paraguas, liberando pequeñas piedras, bloques de magma solidificado y fragmentos muy ligeros de magma «soplado»: la piedra pómez. Todo esto cae al suelo desde alturas vertiginosas.

Casi todo el mundo en Pompeya ha corrido en busca de sus seres queridos para comprobar su estado, pero muchos se han quedado en el Foro para averiguar qué hacer. Algunos quieren ofrecer sacrificios que apacigüen al dios Vulcano, mientras que otros dicen que es solo un arrebato temporal y que todo se calmará en unas horas. Muchos se dirigen a Sabino, el «Quintiliano» de Pompeya, esperando su juicio esclarecedor. Su propuesta es prudente, pero muy sabia: sería mejor abandonar la ciudad, al menos las mujeres y los niños. El recuerdo del terremoto de diecisiete años atrás está demasiado presente en su cabeza…

Entonces, el Foro y toda la ciudad enmudecen: la luz se ha atenuado de repente, como durante un eclipse. Miles de ojos se alzan al cielo; la columna eruptiva se expande cada vez más, avanzando hacia el sol como una nube de tinta, oscureciéndolo en pocos segundos por completo. Ninguno de los presentes lo volverá a ver.

Ha comenzado una noche de muerte. Un estremecimiento de frío y angustia recorre la piel de todos. Pero incluso en esa repentina penumbra el «Quintiliano» sigue tranquilizando a los pompeyanos que le rodean. Justo cuando habla, un pequeño fragmento de piedra pómez le golpea en la cabeza. No lo hiere, pero le quita el habla. Rebota en el suelo y se detiene a sus pies. Sabino se agacha y lo recoge. Todavía está caliente. Se da cuenta de que sus conciudadanos lo miran fijamente. Entonces muchos de los presentes comienzan a mirar a su alrededor. Se oye un ligero tic-tac en el Foro, como si empezara a llover, pero no es lluvia: es granizo, aunque muy peculiar…

Una miríada de pequeñas piedras pómez comienza a caer del cielo. Guijarros tan ligeros como corchos rebotan en el suelo, repicando. Pero casi inmediatamente el ruido cambia, se vuelve más intenso y amenazante. Ahora caen piedras y guijarros desde una altura de catorce kilómetros, ¡así que imagine su velocidad y su potencia!

Se desata el pánico. El Foro se vacía en pocos segundos. Dos cuerpos sin vida quedan en el suelo. La gente se esconde bajo los pórticos, aterrorizada. El suelo del Foro, con sus losas de mármol blanco, cambia gradualmente de color, volviéndose cada vez más gris y oscuro. Pompeya se hunde en un mar de piedra pómez…

En las calles la gente se desboca. Entre ellos está Zósimo, que intenta desesperadamente volver a su familia y a su tienda en la Vía de la Abundancia. Mientras bordea los muros, pasando de un tejado a otro para refugiarse, todo lo que ve a su alrededor es pánico y delirio colectivo.

Sus ojos captan algunos fotogramas del terror que se ha apoderado de la ciudad: un cuerpo tendido en la calle con el cráneo aplastado, un hombre que se arrastra por la acera, las caras de asombro de un grupo de personas agolpadas en un bar, una mujer arrojada a la calle por alguien que busca refugio bajo los balcones, una mano que arrebata la mercancía expuesta…

Y rodeándolo por todas partes, más aterrador que cualquiera de las imágenes encontradas en la huida, el incesante ruido ensordecedor de la piedra pómez golpeando los tejados, así como el sonido siniestro y seco de las tejas rompiéndose bajo los golpes de las rocas que llueven del cielo.

Incluso el simple hecho de cruzar la calle puede ser mortal. Zósimo es consciente de ello, sabe que no puede correr, sería demasiado peligroso. El pavimento y las calles están empezando a cubrirse de una grava fina y resbaladiza, por lo que debe tener cuidado de no dar un paso demasiado largo o demasiado rápido. Muchas personas caen en esta carrera desesperada. Además, la tierra sigue temblando, y con cada temblor resuena en los oídos de Zósimo el estrépito de platos y cuencos de barro al romperse, de estantes estrellándose y de ánforas haciéndose añicos.

Zósimo no lo sabe —nadie puede saberlo en ese momento—, pero esta es la última vez que se verán todos juntos. A partir de ahora tratarán de sobrevivir por su cuenta o en pequeños grupos, como náufragos que buscan desesperadamente la salvación. El sentido de cohesión y comunidad de Pompeya, intacto durante siglos, se desvanece en unos minutos.

Pero ¿de dónde proceden las piedras pómez que caen? ¿Cómo se han formado? Puede sonar a algo trillado, pero se podría comparar la erupción del *Vesubius* con la apertura de un vino espumoso. Cuando se descorcha, en el corazón de la botella el vino está en estado líquido. Cuanto más sube a lo largo del cuello, más espuma se forma, que es una mezcla de vino y burbujas. En cierto modo, algo similar ocurre en el interior del *Vesubius*. En el corazón de la cámara de magma, la masa fluida incandescente tiene una presión muy alta, es compacta y no tiene burbujas. Pero ya en la parte superior tienden a formarse burbujas y su número aumenta a medida que asciende, hasta que el magma se fragmenta, es decir, se rompe en miles de millones de partículas —piedras pómez, que son ligeras porque están «infladas»— y gases. En resumen, lo que entra en el conducto volcánico es el equivalente a la espuma del vino espumoso. Y, al igual que la espuma sale disparada de la botella, alcanzando distancias considerables (¿recuerdan las celebraciones de entrega de premios al final de un Gran Premio de Fórmula 1?), lo mismo ocurre en el *Vesubius*. La enorme columna eruptiva no es más que una «espuma» supersónica; por eso las piedras pómez llegan tan alto y, sobre todo, tan lejos…

Entre otras cosas, el conducto y la boca del volcán se ensanchan gradualmente debido a la fricción y la presión de este chorro que sale. Y esto no hace más que aumentar el «alcance» de la columna

eruptiva.

Algunos descubrimientos confirman que la piedra pómez de la erupción de Pompeya llegará hasta Agropoli, a unos setenta y dos kilómetros del volcán. Además, perforaciones submarinas en el mar Jónico han hallado pequeñas capas de piedra pómez emitida por el *Vesubius* en el año 79 d. C. Y las cenizas llegarán incluso más lejos, hasta los hielos de Groenlandia…

El infierno en el cielo

Campos y villas en los alrededores de Pompeya.
24 de octubre del 79 d. C., 14:00; una hora después de la erupción.

QUI IACEO ICTUS.
Aquí yazgo golpeado…

Los minutos pasan y transcurre la primera hora, pero la lluvia de piedra pómez no muestra signos de disminuir. La columna eruptiva ha alcanzado una altura de veinte kilómetros y el espectáculo que ofrece es aterrador. A lo largo de su cuerpo principal se desencadenan tormentas de rayos que crean repentinas guirnaldas de luz alrededor del tronco que hierve y sigue elevándose amenazadoramente.

Es imposible no pensar en Júpiter y estar aterrorizado. Imposible no sentirse a merced de la naturaleza y los dioses. Esto, en la mentalidad de una población antigua, corta cualquier voluntad racional de luchar contra los elementos. Muchos acuden a los pequeños altares de las casas, invocando la ayuda de Júpiter, Vulcano, o simplemente la de los Lares, los protectores del hogar. No se dan cuenta de que están perdiendo un tiempo precioso para ponerse a salvo…

El retumbar de los truenos se suma al constante «aliento» del *Vesubius*. Pero pocos lo notan. Por todas partes resuena el crepitar de la piedra pómez y las rocas.

En los campos, la situación es dramática. Todos los que estaban en ellos o se encontraban apacentando un rebaño de ovejas se han apresurado a volver a sus granjas y villas o han buscado refugio improvisado en viejas cabañas o bajo árboles de troncos especialmente fuertes. Algunos incluso se han escondido bajo los

carros. Para muchos, este será el lugar en el que reposarán durante casi dos mil años.

Volvamos a Pompeya. En una villa a las afueras de las murallas, la Villa de las Columnas de Mosaico (cuyas columnas, cubiertas con un revestimiento de mosaicos de vidrio, se exponen ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles), se desarrolla un drama que solo se descubrirá muchos siglos después. Un esclavo está atado con grilletes y unas enormes anillas de hierro en los tobillos le torturan la carne. Su condición es muy diferente a la de muchos otros esclavos: si alguien lo elige para trabajar en una tienda, en una casa o, en general, en la ciudad, existe la posibilidad real, como ya hemos dicho, de ser liberado un día y comenzar una nueva vida. Pero si lo elige alguien que quiere que trabaje en el campo, su destino está sellado. Lo maltratarán y lo «exprimirán» con trabajos duros hasta que quede destrozado. Y morirá en poco tiempo…

Este hombre, una persona como usted y como yo, tuvo la desgracia de convertirse en esclavo y ser comprado para trabajar en el campo. Pero su tercera y mayor desgracia está aún por llegar. No sabemos qué delito cometió para llevar grilletes, pero, en cualquier caso, está condenado a morir en la erupción. Los arqueólogos encontrarán su esqueleto, con las tibias y peronés encajados en gruesos anillos de hierro.

El uso de grilletes para castigar a los esclavos también está documentado en otros lugares de la campiña pompeyana. En Villa Regina, por ejemplo, se encontró uno que tenía una fila de aros seguidos para mantener prisioneros a varios esclavos al mismo tiempo. Por suerte para ellos, estaban vacíos…

Otro aspecto impresionante es que la erupción está alterando localmente el clima. La inmensa columna que se eleva hacia el cielo con temperaturas muy altas crea turbulencias y corrientes devastadoras. Hemos hablado de los fuertes vientos de succión, pero este no es el único «efecto secundario». También el mar empieza a agitarse, las olas a levantarse y las crestas blancas son cada vez más numerosas. Pronto podremos hablar de un verdadero vendaval.

A estas turbulencias hay que añadir los vientos que suelen soplar en este momento del día y en esta época del año. El destino quiso que la expansión de la columna fuera «doblegada» por los vientos que soplaban hacia el sureste a gran altura, lo que provocó que su

contenido infernal cayera en una dirección y un área bastante precisas (y no, como se suele pensar, por todas partes de forma «radial» y homogénea). En otras palabras, Pompeya estaba en la dirección de la lluvia radiactiva, y también lo estaban Estabia, Oplontis, Terzigno, Boscoreale… No ocurrió lo mismo en otros lugares: en Herculano, por ejemplo, no se ha encontrado ni una sola piedra pómez. Nocera, Nola, Nápoles y Pozzuoli «asisten» impotentes a un drama que parece haberlos esquivado. Por el momento…

El sol ha desaparecido, hace frío y en el suelo sopla un viento extremadamente violento en dirección al volcán. Pero eso no es todo: hay que añadir las lluvias producidas por la gran cantidad de vapor liberado a la atmósfera, que se condensa y cae copiosamente a mayor altura en las laderas del *Vesubius,* aguaceros que llenan repentinamente los cauces de los ríos con un denso y violento flujo de lodo compuesto por cenizas volcánicas…

Estas lluvias suelen ser ácidas, lo que plantea otra cuestión. ¿Están las piedras pómez que ahora flotan en las cisternas de los atrios de las casas de Pompeya envenenando el agua? Según el vulcanólogo Giovanni Macedonio, del Instituto Nacional de Geofísica y Vulcanología de Nápoles, las piedras pómez que caen en las cisternas o en el río Sarno no provocan cambios significativos en la química del agua. Sin embargo, pueden contener sustancias nocivas que se disuelven en ella: grandes cantidades de piedra pómez en un depósito pueden, por tanto, aumentar su acidez, pero no provocar la muerte de quienes la beben. Cuestión aparte son las cenizas emitidas durante la erupción, que tienden a depositarse en el agua: la ceniza recién salida de la boca del volcán contiene sustancias que pueden ser venenosas y contaminar acueductos y abrevaderos.

Hablamos de ceniza, y esto nos lleva naturalmente a Pompeya…

Escapar o morir: los destinos se cruzan

Pompeya.
24 de octubre de 79 d. C., 14:30; 90 minutos después de la erupción.

AUDE OMNIA.
¡Anímate a probarlas todas!

En la ciudad, la lluvia de lapilli, de color muy claro, no muestra signos de parar y la capa que cubre las calles, los jardines y los tejados sigue aumentando. La caída de piroclastos, es decir, de piedras y rocas de diversos tamaños, ha disminuido.

Todos han buscado refugio: unos en casa, otros bajo un arco, otros en una tienda, otros en un «bar» o en una taberna junto a muchos desconocidos. Se ayudan unos a otros, se animan, y es precisamente en estos momentos cuando descubrimos la verdadera naturaleza de las personas: los hombres fuertes que siempre están dispuestos a liderar permanecen en silencio, sin saber qué hacer, mientras que las personas corrientes, absolutamente anónimas, se convierten en puntos de referencia, líderes de sangre fría…

Las pocas personas que cruzan la calle lo hacen cubriéndose la cabeza. Utilizan almohadas o marmitas. Igual que los habitantes de Campania lo harán en 1906 durante una nueva erupción del Vesubio.

Pero lo que hace que la situación sea aún más dramática, además de los temblores, la piedra pómez y las rocas que caen del cielo, es otro «jinete del apocalipsis» desencadenado por esta erupción y que ya hemos mencionado anteriormente: la ceniza. Además de piedra pómez, Pompeya se ha cubierto rápidamente de una ceniza muy fina. Una terrible niebla lo ha invadido todo; literalmente, la ciudad ha desaparecido, no solo de los ojos de los

que intentan verla desde lejos, sino también de los que viven en su interior; la visibilidad se reduce a poco más de un metro.

Pero no se trata solo de niebla: los ojos arden y lloran constantemente, y es difícil respirar. Los que pueden, se cubren la boca con un paño húmedo. De hecho, cada respiración provoca ardor en la garganta y los pulmones, porque la ceniza está compuesta por muchos fragmentos volcánicos microscópicos y afilados que irritan y lesionan las vías respiratorias. Además del crepitar de la piedra pómez y los ensordecedores golpes de las rocas que llueven del cielo, durante estos agitados momentos en Pompeya se puede oír a muchas personas tosiendo.

Viendo lo sucedido durante la erupción del monte Santa Elena en 1980, que provocó corrientes piroclásticas y la caída de grandes cantidades de ceniza similares a las de la erupción del año 79 d. C., podemos imaginarnos la situación en las calles de Pompeya. Como en una fuerte nevada, la ceniza se asienta y se «pega» a todo. Los árboles se ven envueltos en ella y, lo mismo que sucede en las grandes nevadas, el peso comienza a romper las ramas. De hecho, a veces se derrumban árboles enteros. Son ruidos repentinos y explosivos que se suman a todos los demás. Si la ceniza del monte Santa Elena manchaba los cristales de los coches cuando se intentaban utilizar los limpiaparabrisas, podemos imaginar la sensación que podía causar cada respiración en Pompeya…

Zósimo ha logrado llegar a casa. A causa del lapilli que se ha metido bajo la puerta principal le ha costado mucho abrirla; de hecho, casi la arranca. Pero una vez dentro, ha pensado y actuado con rapidez: ha llamado inmediatamente a su mujer y a sus dos hijos, les ha puesto almohadas en la cabeza a cada uno, ha conseguido agua y juntos han huido de la ciudad por la Puerta del Sarno. Como llevarse las joyas u otros objetos preciosos habría sido una pérdida de tiempo, los arqueólogos aún los encontrarán dentro de su casa. Han huido sin mirar atrás. Ya, pero ¿adónde?

Por lo que ha conseguido averiguar de lo que comenta la gente en la calle, la ruta más directa hacia un lugar seguro es en dirección a Nocera. Por supuesto, Nocera está a casi quince kilómetros de aquí, pero bastará con cruzar el puente sobre el Sarno y todo mejorará. Hay que alejarse del *Vesubius*. Pero el puente no está lo que se dice cerca, así que será una marcha muy dura.

Afortunadamente, a veces la niebla parece levantarse un poco y eso permite ver, por momentos, por dónde se va y qué hay alrededor…

Una vez atravesada la Puerta del Sarno la pequeña familia se encuentra ante un desierto irreconocible: todo está cubierto por una capa de color claro hecha de piedra pómez y ceniza, que hace que el paisaje sea irreal. Las tumbas a lo largo del camino, fuera de las murallas, parecen esculturas talladas en la ceniza que las rodea, como los Esclavos de Miguel Ángel. Pero lo más preocupante es que la carretera ya casi no se ve, igual que en una tormenta de nieve. En las próximas horas desaparecerá por completo de la vista, lo que supondrá un obstáculo adicional para quienes buscan una vía de escape. En las localidades de montaña, incluso hoy en día, se marcan los bordes de la carretera con palos verticales para que se pueda ver el trazado cuando hay fuertes nevadas. Aquí, por supuesto, no hay tal cosa: hay que avanzar de memoria.

Pero no es ese el único problema al que se enfrentan. A Zósimo y su familia se les une un pequeño grupo de personas. Entre ellas va Smyrina, una de las Asellinae, montada en un caballo que lleva sujeto de las riendas un hombre, evidentemente una reciente «conquista» de esta astuta chica. El caballo avanza con dificultad, con la respiración agitada. No muy lejos, en medio de la gente que huye, está también Clodio, el fabricante de capas, con su familia. Avanzan con dificultad, protegiendo ojos y bocas con telas y pañuelos. Parece un ejército marchando bajo una tormenta de arena…

Pasan por delante de un carro parado, inmovilizado en medio de la carretera: la capa de piedra pómez es demasiado gruesa y las mulas ya no pueden arrastrarlo a través de lo que parece una extensión de grava. A lo largo del camino se encuentran con otros carros. A estas alturas hay muchos, en fila, bloqueados para siempre y abandonados. En las próximas horas irán siendo enterrados en piedra pómez. Es probable que los restos de estas personas sigan allí y puedan ser redescubiertos el día en que se desentierren las vías que irradiaban de Pompeya.

Mientras camina, Zósimo mantiene a su esposa e hijos cerca de él. Se encuentran en estado de *shock*. No pueden entender cómo ha podido cambiar todo y en tan poco tiempo. La marcha será larga, bajo una implacable lluvia de piedra pómez, y varias veces, sobre

todo los niños, pensarán que no lo lograrán y pedirán parar.

Unas breves pausas bajo los toldos de las numerosas *villae rusticae* alineadas a lo largo del camino permitirán a los fugitivos recuperar el aliento y las fuerzas. El comerciante es inflexible: no pueden detenerse, es la única manera de sobrevivir. Pero no es fácil caminar a través de la niebla y la capa de piedra pómez, que ya tiene al menos veinte o treinta centímetros de altura y continúa subiendo, entorpeciendo la marcha.

Zósimo conoce este camino de memoria gracias a sus desplazamientos por carreta entre los distintos mercados de la zona; podría recorrerlo con los ojos cerrados. Por eso se cuida de no caminar por el medio de la carretera, sino por las orillas, que están un poco más altas, donde el suelo da la impresión de ser más estable…

Parece un milagro, pero finalmente aparece el puente sobre el Sarno. Tiene unos cincuenta metros de largo y la salvación se encuentra al otro lado. Sin embargo, entre las personas que han llegado hasta aquí, el miedo prevalece sobre el alivio.

Se ha reunido una pequeña multitud, pero permanece inmóvil, dudosa… y con razón. Los temblores del terremoto han debilitado las estructuras del puente. El verdadero peligro, sin embargo, lo representa una vez más la piedra pómez: la gruesa capa que cubre ahora el puente representa un enorme sobrepeso, que ha llevado la estructura de piedra y ladrillo de múltiples arcos al límite de su resistencia. Además, está la capa de piedra pómez que ha caído río arriba, que la corriente arrastra trabajosamente río abajo y que ahora se ha acumulado contra el puente. Antes pasaba por debajo de sus arcos, pero ahora, debido en parte a una densa maraña de ramas y troncos, se está formando una especie de colina artificial que presiona contra el único paso que puede llevar a la salvación, obstruyendo los arcos y creando una verdadera presa. En estos momentos el río está presionando contra el puente. Los siniestros ruidos procedentes de la densa niebla asustan a muchos, y nadie puede ver el otro lado; por lo que los fugitivos saben, el puente puede haberse derrumbado ya parcialmente.

Pero Zósimo está decidido. Quedarse quieto es condenarse a una muerte segura. Mira a su mujer, y las lágrimas que corren por su rostro, debidas más a la tragedia que a la niebla volcánica, le instan

de nuevo a actuar. Coge a su hijo menor en brazos, agarra al otro con una mano y se pone en marcha con su mujer. Los fugitivos lo ven desaparecer en la niebla. Smyrina también los sigue (su «caballero» la ha abandonado), junto con otro grupo de personas. Cada paso cuesta más que el anterior. Las orillas del río han creado una especie de largo «embalse» lleno de piedra pómez. En un determinado punto este se ha derrumbado y Zósimo se horroriza al ver lo bajo que está el nivel del río aguas abajo en comparación con la montaña de piedra pómez que hay al otro lado del puente, aguas arriba.

Los temblores repentinos provocan gritos de pánico. No es un terremoto, es el puente que empieza a ceder. Todos se lanzan ahora a una carrera desesperada por sus vidas. Pero es tan difícil avanzar, incluso unos pocos pasos…

Con un último esfuerzo, Zósimo consigue llegar a la orilla opuesta. Deja a los niños y vuelve con su mujer, que se ha quedado atrás, agotada. La ve bien, ahora que la niebla se ha disipado un poco. Una fuerte sacudida le hace caer al suelo, como si alguien hubiera tirado de una alfombra bajo sus pies. Se levanta de nuevo y percibe claramente que el puente se mueve. Corre gritando hacia su mujer, atascada en la piedra pómez, que lo llama desesperada. Está tan solo a unos pasos…

Dando un salto desesperado la alcanza, la agarra por los brazos e intenta sacarla de la piedra pómez: imposible. Lo intenta con todas sus fuerzas, pero es como si algo la retuviera desde abajo. El ruido, mientras tanto, es cada vez más fuerte. El puente ha empezado a romperse por la mitad. Zósimo aprieta los dientes y vuelve a tirar con todas sus fuerzas. Nada.

Entonces, de repente, nota que más brazos agarran a su mujer. La mujer es literalmente arrastrada hacia la orilla por dos desconocidos en un último y titánico esfuerzo. En cuanto llegan al final del puente, todos caen al suelo, agotados, desesperados por recuperar oxígeno… En ese mismo momento, un rugido colosal atraviesa la niebla. El puente se rompe, cediendo a la presión del agua, y es arrastrado por el río. Se oyen gritos. Los que habían estado dudando y finalmente habían decidido intentar la travesía han sido también arrastrados y se están ahogando.

El camino hacia la salvación se ha cerrado. Los que se quedaron

en el otro lado no se salvarán. Solo ahora reconoce Zósimo a los dos salvadores, que están apoyados en la base de una estatua. Son los maestros de sus hijos. Nadie puede hablar, solo intentan respirar, pero sus máscaras cenicientas se contraen en una especie de sonrisa. Pronto volverán a estar en movimiento y el aire será poco a poco más respirable. Se salvarán.

Al otro lado del puente reina la consternación. ¿Y ahora qué? La lluvia de piedra pómez no se detiene. Cruzar el río a nado en estas condiciones equivale a un suicidio. Algunos piensan en volver, otros están desesperados, otros regresan a las granjas que han ido encontrando en el camino en busca de agua y refugio. Algunos sugieren dar la vuelta y dirigirse hacia el puerto, donde hay otro puente, de madera, que lleva a Estabia. Sin embargo, todo el mundo sabe que si un puente de mampostería no ha podido resistir, menos habrá podido hacerlo el de madera, río abajo.

Sorprendentemente, el puente de madera sigue en pie, aunque su destino está sellado: socavado por los terremotos y el peso de la piedra pómez, acabará cediendo por la «riada» de agua que llegará de repente, golpeando como un puño, debido al derrumbe del puente «aguas arriba». Será arrastrado, llevándose consigo a todos los que lo atraviesan en ese momento. Entre ellos se encuentra Faustila, la usurera de la *taberna lusoria* —la bolsa que lleva al hombro, llena de monedas de oro, ha ralentizado sin duda su paso, provocándole un retraso que le resultará fatal.

Entre los atrapados al otro lado del río, a pocos pasos de Zósimo y la salvación, están Lucio Vetucio Plácido y Ascula, los encargados del bar. Antes de escapar, escondieron la recaudación, demasiado pesada para ser transportada, dentro de una de las *dolia* del mostrador del bar, bajo una capa de comida seca. Nunca volverán a por ella. Morirán mientras intentan refugiarse en una de las granjas cercanas al puente, arrastrados por las corrientes piroclásticas que descenderán del volcán mañana por la mañana. Los arqueólogos hallarán este pequeño tesoro, 1385 sestercios (el equivalente a más de 8310 euros), un valioso testimonio de la «facturación» de un bar-trattoria de la época.

Lucio Vetucio Plácido y Ascula, por supuesto, no fueron los únicos que perdieron la vida en este tramo de carretera. Muchos, resguardados bajo la lona de sus carros, esperan, junto a sus

familias, a que todo pase. Y allí morirán…

Una fuga imposible.

Los investigadores que estudian la dinámica de la devastadora erupción del año 79 d. C. han calculado el lapso de tiempo que en Pompeya significó la diferencia entre vivir y morir. Los que optaron por huir en las primeras dos o tres horas después de la erupción tuvieron una posibilidad real de lograrlo. Los que dudaron o decidieron esperar a que el *Vesubius* se desahogase permaneciendo en la ciudad quedaron destinados a una muerte segura. La diferencia entre la vida y la muerte es, a veces, una cuestión de detalles, incluso triviales. Pero si analizamos las cosas con la cabeza fría nos daremos cuenta de que eran muy pocos los que no tenían motivos para esperar, quedarse o demorarse.

Es plausible que la mayoría de los pompeyanos perdiera un tiempo precioso para ir a buscar a sus seres queridos a la ciudad y discutir qué hacer. Para entonces, es probable que la «ventana útil» de tiempo para escapar ya hubiera pasado: en ese intervalo, la visibilidad se había vuelto demasiado escasa, la piedra pómez dificultaba cada vez más la marcha y les impedía ver el camino. Muchos considerarían más prudente detenerse y esperar a que pasase lo peor, sobre todo si había niños o ancianos en su casa (¿qué habría hecho usted, por cierto?).

Otra categoría de personas que dudaban o elegían conscientemente quedarse en casa eran todos aquellos que no querían desprenderse de su riqueza: para un liberto que ascendía en la escala social, la idea de dejar atrás sus posesiones ganadas con esfuerzo (monedas de oro, platería, obras de arte, tablillas que atestiguaban la propiedad y las cuentas de los negocios, por no hablar de su propia *domus* de lujo) era difícil incluso de concebir.

Por último, está la categoría de los esclavos: para ellos, el miedo a ser capturados cuando la erupción hubiera terminado, con la perspectiva de un castigo muy severo, era en verdad muy fuerte.

Otro factor desempeñó un papel decisivo en las decisiones tomadas por los pompeyanos: nadie podía imaginar cómo acabarían las cosas, si la lluvia de lapilli y ceniza terminaría pronto o si

duraría mucho más. Lo que sí es cierto es que nadie se imaginaba que las cosas pudieran ir a peor.

Todos, desde los que se quedaron (como el cuidador de la villa de Boscoreale) hasta los que escondieron la recaudación en la tienda, estaban convencidos de que el cataclismo acabaría tarde o temprano y que volverían a sus casas o a sus tiendas. Hay que decir que los pompeyanos mostraban un natural e inquebrantable sentido de la confianza en el futuro, un optimismo quizás alentado por los numerosos terremotos de los que la ciudad siempre se había recuperado. Por eso, muchos estudiosos creen que la mayoría de los habitantes de Pompeya murieron durante la erupción. Nadie había comprendido que sería el fin, y cuando lo hicieron, era demasiado tarde; así lo demuestran los numerosos esqueletos encontrados fuera de las murallas, señal de una última huida inútil y desesperada de los que permanecieron en la ciudad.

Además de las dificultades para escapar después de las fatídicas dos horas, también había un problema práctico para ponerse a salvo: ¿a dónde huir?

Nadie huyó hacia el norte. Salir por la Puerta de Herculano o la Puerta del Vesuvio significaba ir hacia el volcán, es decir, un suicidio. Quizá solo los que tenían seres queridos que salvar cruzaron alguna de esas puertas. Ir hacia el este, hacia Nocera, era la «mejor» opción, al menos mientras el puente sobre el Sarno aguantó. Es plausible que esta ruta fuera elegida principalmente por los habitantes de los barrios del este, los que, por ejemplo, vivían cerca de la Vía de la Abundancia. Lo mismo ocurre con otra puerta oriental, la de Nola, que permitía escapar y, tras una larga caminata, llegar a Nola y luego a Capua, «circunnavegando» el Vesubio en sentido contrario a las agujas del reloj.

Seguramente, muchos escaparon a caballo. De hecho, los esqueletos de estos animales desenterrados durante las excavaciones son «pocos» en comparación con los de mulas, burros, etc. Pero los que se han encontrado nos cuentan una historia dramática: están atados a carros, lo que significa que la decisión fue tardía, porque a las ruedas les costaba mucho girar debido a la gruesa capa de piedra pómez que cubría los caminos y los campos.

Otra ruta de escape que muchos debieron intentar fue la que conducía al sur, hacia Estabia: desde allí habría sido posible llegar a

la península de Sorrento y, sobre todo, al puerto y a la seguridad de los barcos.

La Puerta de Estabia, la Puerta de Nocera y la Puerta Marina debieron de ver multitudes de personas desesperadas huyendo, y cuando el puente de madera sobre el Sarno que conducía a Estabia también se derrumbó, el puerto de Pompeya y Murecine debieron de parecerles a muchos la única posibilidad de salvación.

Pero es fácil imaginar su estado de ánimo cuando, tras llegar al puerto para buscar un embarque, comprendieran que ni siquiera esa vía de escape era viable. El mar, como se ha dicho, estaba extremadamente agitado debido a las perturbaciones causadas por la erupción. Además, los vientos eran contrarios, impidiendo que los barcos de vela salieran del puerto y empujando a cualquiera que estuviera en el mar hacia Pompeya, Estabia y su infierno…

Muchas personas desesperadas se apiñaban bajo los saledizos de los almacenes del puerto o en el interior de las villas de los alrededores. Así los encontraron los arqueólogos, esperando que cambiara el viento, se calmara el mar o terminara la erupción.

En resumen: pasadas las dos o tres primeras horas, es prácticamente imposible escapar de Pompeya. Por un lado está el volcán, por el otro, entre el mar embravecido, los vientos en contra y los puentes derrumbados, todas las vías de escape están cortadas… Lo único que queda es una muerte segura. Y hay muchas «opciones» para ello. Las excavaciones arqueológicas las han revelado sin piedad.

El *gemmarius* que conocimos ayer ha desaparecido quién sabe dónde, pero el pequeño altar de su *domus,* en el que se han encontrado holocaustos, atestigua que hasta última hora suplicó a los dioses por su salvación y protección. Solo que finalmente huyó, abandonando su tesoro de gemas.

Hemos planteado la hipótesis de que Smyrina, la más impúdica de las tres camareras-prostitutas, consiguiera fugarse, pero no sabemos qué pasó con sus compañeras…

Le recomiendo al lector que haga el ejercicio de intentar identificarse con el drama vivido por los pompeyanos. ¿Qué elecciones habría hecho usted?

Atrapados: los primeros colapsos

Pompeya.
24 de octubre de 79 d. C., 17:00; cuatro horas después de la erupción.

SALUTEM ROGAMUS.
¡Intentemos salvarnos!

La Casa de Menandro es una hermosísima *domus* con un maravilloso jardín interior, adornado con plantas podadas en formas geométricas, e incluso dotado de un pequeño complejo termal privado. En una de las columnas del peristilo, una mujer escribió un poema de amor dedicado a otra mujer. Pero esta morada guarda un drama cuyos restos aún pueden contemplarse hoy en día.

Regresemos a aquellas aterradoras horas…

El jardín está completamente enterrado por el lapilli y la piedra pómez. Lo mismo ocurre con el atrio, donde la abertura cuadrada en el techo, que siempre ha dado vida y luz, se ha convertido en una puerta a la muerte. El impluvio está completamente sumergido en la piedra pómez, formando un montículo piramidal que se extiende como un pulpo hacia las salas laterales. La capa de piedra pómez es tan gruesa que, si intentas abrir las puertas de la calle, te caerá una «cascada» de ellas.

Un grupo de personas está atrapado en esta casa. A la luz de unas pocas lámparas, hombres, mujeres y niños intentan desesperadamente abrir un paso en una pared. Tienen que darse prisa: unos espantosos crujidos provienen de encima de sus cabezas. El peso de la piedra pómez en el techo está poniendo a prueba la resistencia de las vigas. Febrilmente, golpe tras golpe, el muro ha cedido, y ahora solo hace falta ensanchar el agujero. De vez en

cuando, el resplandor de las lámparas de aceite se ve atenuado por un velo de polvo que cae del techo, a punto de derrumbarse, pero los habitantes de la *domus* intentan no pensar en ello, a excepción de una niña que solloza, con la cara escondida en la ropa de su madre.

De repente, un rugido inunda la sala. Ni siquiera hay tiempo para cubrirse la cabeza. Las vigas y los azulejos se desploman sobre los infortunados y los matan a todos al instante…

Este es solo un ejemplo de lo que ocurre en muchas otras casas de Pompeya. Los primeros derrumbes comenzaron cuando la capa de piedra pómez alcanzó entre cuarenta y cincuenta centímetros en las terrazas y tejados de las casas. En toda la ciudad, como un reloj, empezaron a resonar los sonidos de techos desplomándose, acompañados por el vago crujido cristalino de baldosas estallando en mil pedazos.

En lo alto de una casa, en plena niebla y bajo la constante lluvia de lapilli, tres esclavos con la cabeza envuelta en trapos están paleando piedra pómez. Es la tercera vez que suben para despejar el techo y la gran terraza plana. No son los únicos: en estos momentos muchos intentan aliviar el peso de las piedras de los tejados de sus casas, sobre todo después de sentir el caos provocado por el derrumbe de las casas de al lado.

Gritando a los tres esclavos para que sigan paleando hay una voz chillona que conocemos bien. Es la de Cayo Cuspio Pansa, el joven político de ojos viperinos. Se sitúa en el atrio y los observa a través de la reducida visión que brinda la gran abertura cuadrada del techo. Tiene un casco en la cabeza. Es el legado de su abuelo, un soldado famoso por su valentía en la batalla, una valentía que este político desde luego no ha heredado. Sigue gritando, pero es inútil, porque los esclavos de arriba no lo oyen. Entonces, de repente, se produce el drama: toda la cornisa que cubre el atrio se derrumba con fuerza. Era un lugar que los esclavos no habían limpiado aún, y ahora los tres se asoman y tratan de ver lo que ha sucedido en el interior de la casa.

Ya no oyen la voz de Cayo Cuspio Pansa. Bajo el montón de tejas y vigas pueden ver una mano que aún tiembla, presa de los últimos espasmos. Junto a él se encuentra el casco de su antepasado, completamente abollado y manchado de salpicaduras de sangre…

Escenas similares se repiten en muchas *domus,* pero una en particular nos llama la atención: la Casa del Fauno. La elegante propietaria, que tanto quiere a sus pavos reales, se ha quedado sola. Sus esclavos han desaparecido. Los arqueólogos han conseguido reconstruir su último y desesperado comportamiento a través de lo que ha emergido en las excavaciones. Recogió su oro y sus joyas en una bolsa y corrió hacia la puerta principal para escapar, pero algo debió de asustarla. Quizá no pudo abrir la puerta a causa de la capa de piedra pómez, o tal vez le entró el pánico. Dejó caer la bolsa que contenía su «tesoro» en el atrio y corrió hacia su lugar favorito, el mosaico de la Batalla de Issus, puede que en busca de refugio bajo el saledizo o el techo. Sin embargo, el techo se desplomó sobre ella en algún momento, matándola al instante. Las crónicas de las excavaciones cuentan que su esqueleto fue encontrado con los brazos extendidos, en un intento desesperado de protegerse la cabeza…

Cada *domus* de Pompeya, cada tienda o cada «bar», cuenta una historia. Por ejemplo, la Casa de Rómulo y Remo, llamada así por sus frescos que representan el nacimiento de Roma. En ella murieron aplastados por el derrumbe dos adultos, un niño y dos perros. La mano de uno de los hombres, además de empuñar dieciséis monedas de oro, mostraba dos anillos, en uno de los cuales se leen las iniciales FA-H. El hombre se llamaba probablemente Fabius H., y este detalle revela que era miembro de la poderosa familia Fabii.

En una *caupona* de la Regio VI, no lejos de la Casa de los Vettii, el derrumbe probablemente arrastró al posadero, llamado Salvius, y a otro hombre. En el piso inferior del local se encontró un collar de pasta de vidrio, seguramente propiedad de una prostituta que logró escapar. El posadero y su amigo esperaron demasiado tiempo, hasta que la capa de piedra pómez se hizo tan gruesa que tuvieron que utilizar las ventanas del piso superior para salir del edificio. Pero fue en ese mismo momento cuando el techo se vino abajo, aplastándolos. En una mano, Salvius llevaba sus pertenencias, que no eran insignificantes: trescientas cinco monedas de plata, seis áureos de oro y algunas joyas.

En las paredes de la *caupona* resuenan aún hoy, en forma de escritos y cuadros pintados, las escenas que habríamos podido ver

en este restaurante. Una de las imágenes, una especie de tira cómica *ante litteram,* muestra a una camarera en la «difícil» tarea de servir a clientes evidentemente «achispados». Uno de los clientes le dice: *«Hoc»* («Tráelo aquí»); el otro, sin embargo, se entromete: *«Non mia est!»* («¡No! ¡Este vaso es mío!»); a lo que la mujer exasperada replica: *«Qui volt sumat; Oceane, veni, bibe!»* («¡Quien lo quiera que lo coja! ¡Océano, bébete tú esta jarrita!»).

En otra imagen se ven dos hombres jugando a los dados, pero está a punto de estallar una pelea: el primer jugador —Orto— sigue sosteniendo el vaso para lanzar los dados y, contando los puntos, dice: *«¡Exsi!»* («¡Estoy fuera! ¡He ganado!»); a lo que el otro responde señalando que el dado se ha detenido en el dos, y que por tanto ha ganado él: *«Non trias, duas est!»* («¡No es un tres, sino un dos!»). Orto insiste entonces: *«Noxia me tangat! Trias! Ego fui victorioso!».* («¡Tramposo! ¡Es un tres! ¡He ganado!»). El otro pasa a los insultos: *«Orte fellator! Ego fui victorioso!».* («¡Orto, chupapollas! ¡He ganado yo!»). En la siguiente imagen la situación degenera, los dos se pelean hasta que el posadero interviene, echándolos a los dos del local: *«Itis foras, rixatis!»* («¡Id a pelear fuera!»). Este pintoresco mundo ha desaparecido para siempre, enterrado bajo la piedra pómez.

Incluso los templos se transforman en lugares de muerte, como por ejemplo el templo de Isis. Según algunas reconstrucciones, en el momento de la erupción los sacerdotes y sus asistentes estaban almorzando con pan, pescado y huevos en la gran sala situada detrás del templo. Asustados, recogieron los objetos más sagrados y preciados, los metieron en un saco y esperaron el momento más propicio para escapar del templo y de la ciudad. Pero en cuanto salieron al camino, el sacerdote encargado de llevar el saco se cayó y todo su contenido se desparramó por el suelo. Ayudado por sus compañeros, se dirigieron todos juntos al Foro Triangular, donde un violento terremoto provocó el derrumbe de la columnata y su muerte. Los arqueólogos encontraron los objetos esparcidos por el suelo.

Otros sacerdotes no habían escapado y permanecían en el templo, quedando atrapados dentro. Algunos murieron por asfixia cerca de una escalera detrás de la cocina. Uno de ellos, quizás el

más atlético, intentó salir con un hacha, derribando algunos tabiques, hasta que se encontró con una pared más sólida y murió de asfixia…

Impresiona mucho la historia de la familia del herrero Marco Volusio Iuvenco. Su casa está situada a un paso de la Casa de Menandro. Es una vivienda modesta pero digna, adornada con algunos elegantes frescos (entre ellos, uno de Paris y Helena en el monte Ida y otro del Vuelo de Ícaro), además de varias herramientas de trabajo, entre ellas una serie de dispositivos de cierre para cajas de madera. También se ha desenterrado un *carrulus* para bebés, un carro de cuatro ruedas, que da idea de que el herrero también sabía trabajar la madera.

Su esposa (o concubina) dejó sobre una mesa frascos de perfume y joyas, una de las cuales era un collar de veintisiete amuletos de bronce, hueso y cristal que representaban a diversas deidades, entre ellas Isis. Los dos se refugiaron en el triclinio, por considerarlo el lugar más seguro de la casa, y esperaron allí en vano. Los arqueólogos los encontraron así. El esqueleto del herrero estaba pegado a la parte exterior de un lecho triclinar, con restos de sandalias en los pies (se encontró un pequeño clavo). A su lado, a los pies de la cama, apareció el esqueleto de la mujer, con los miembros superiores contraídos y plegados bajo la cabeza y los inferiores tendidos en el suelo. También había cien sestercios de plata.

Todas estas historias nos hablan de colapsos, asfixias, esperanzas desvanecidas por la imposibilidad de abrir una vía de escape. Pero también sabemos de incendios que se produjeron por piedras calientes o lámparas de aceite volcadas: es lo que ocurrió, por ejemplo, en una *domus* de la Vía de la Abundancia.

Y aquí aparece otra historia conmovedora. Se trata de Marco Calidio Nasta, el vendedor ambulante de estatuillas sagradas que le «colocó» una estatuilla (y un escupitajo) al banquero. El lugar donde opera habitualmente, como ya sabemos, es el gigantesco y chabacano cuadripórtico de la *gens* Holconia. Varias personas y algunos caballos se han refugiado bajo esta gran estructura. Sin saber qué hacer, seguramente esperaron mucho tiempo. Demasiado… El cuadripórtico se derrumbó en algún momento, matando a muchos de ellos. Los arqueólogos han encontrado los

esqueletos de, al menos, tres hombres, pero también han desenterrado algo más: cincuenta estatuillas de bronce y terracota (probablemente guardadas en una bolsa) con el sello del vendedor, es decir, del propio Marco Calidio Nasta. Por eso sabemos cómo se llamaba y dónde «operaba».

El hecho de que el saco no se encontrara a nivel de la calle, sino a una altura de ochenta centímetros, significa que el vendedor ambulante pasó por allí durante su huida (de camino al puerto o a los puentes sobre el Sarno) y abandonó el saco, que era demasiado pesado y le estorbaba. Dada la altura de la capa de piedra pómez en ese momento, el suceso debió de tener lugar alrededor de las 20:00. Imagínese la escena: con una mueca, deja su preciado saco, y luego, respirando profundamente, avanza trabajosamente por la capa de piedra pómez, desapareciendo en la niebla y la oscuridad. A partir de este momento, no sabemos nada más de él, y no sabemos si consiguió salvarse.

En medio de lo que debía parecerle a todos, a estas alturas, el fin del mundo, se dan comportamientos tan diversos como la naturaleza de las personas.

El poeta Cesio Bajo podría haber escapado inmediatamente. El propietario del «hotel» en el que se alojaba, Cossio Líbano, vio las primeras nubes que se elevaban en el cielo y comprendió inmediatamente la magnitud de la catástrofe que estaba a punto de caer sobre la ciudad. Mientras todo el mundo seguía en el Foro tratando de averiguar qué hacer, él tuvo tiempo de organizar tres carros (de hecho, había establos situados en las inmediaciones del hotel, en la Puerta de Herculano) y llevarse a su familia, sus posesiones más preciadas y a unos cuantos conocidos, ofreciéndole también un «puesto» al poeta. Pero él se negó. No podía quitarse de la cabeza a la elegante aristócrata que acababa de conocer el día anterior. Y mientras el último carruaje se alejaba, él se adentró en la ciudad.

Cuando llegó a la villa, el *Vesubius* explotó. Observó con horror cómo la enorme columna se elevaba hacia el cielo y llamó al portón. Pero nadie le abrió. El pánico se había desatado dentro de la *domus,* y nadie se molestó en ir a abrir la puerta. Cesio Bajo se encontró en medio de la calle, inmóvil, rodeado por la estampida general. Y sus ojos tropezaron con los de un niño, también

petrificado en la calle.

Inmediatamente corrió hacia el niño para salvarlo de las rocas y las piedras. Cobijándolo junto a él bajo un techo, en el crepitar infernal, le preguntó dónde vivía y quiénes eran sus padres. Iba bien vestido, seguramente era de familia rica, pero no hablaba, se encontraba en estado de *shock*. Se limitó a señalar el cuerpo tendido en la calle de una mujer, casi con seguridad su madre, que había sido golpeada por una roca caída del cielo. Los dos, cogidos de la mano, buscaron refugio mientras esperaban que la lluvia infernal cesara. Intentaron llegar al puerto. Pasando por el Foro, bajo las arcadas, el poeta intentaba tapar los ojos del niño cada vez que cruzaban por delante de un cadáver, pero era un esfuerzo vano.

En un momento dado, pasaron rodearon el cuerpo sin vida de un anciano. No parecía herido y tenía el rostro relajado. Cesio Bajo no lo reconoció, pero el niño sí. Abrió mucho los ojos, aferrándose al poeta: aquel hombre era su abuelo, conocido por todos en el pueblo. Y por nosotros también: lo llamábamos el «Quintiliano» de Pompeya. Un ataque al corazón debió de acabar con él, y probablemente no fuera un caso aislado; en esta tragedia, los infartos debieron de cobrarse, sin duda, muchas víctimas, especialmente entre los ancianos…

El poeta continuó huyendo con el niño. Los dos encontraron ayuda y refugio en una *popina,* donde también les ofrecieron comida. Luego reanudaron la marcha, que entretanto se había vuelto muy fatigosa. Se detuvieron un momento en el teatro, irreconocible bajo la lluvia de piedra pómez y ceniza. Y justo cuando Cesio Bajo miraba desconsoladamente el escenario, hueco y hundido, un ruido sordo los sorprendió.

Instintivamente, empujó al niño fuera del saledizo. No sufrió. El niño se sentó, aturdido: aquella voz ya no le hablaba, solo podía ver una franja de túnica verde que asomaba entre los escombros. Se apartó del cuerpo sin vida del poeta, arrastrándose sobre la piedra pómez, lo miró por última vez y desapareció en la niebla…

La inútil espera

Villa de Rectina.
24 de octubre de 79 d. C., 17:30; cuatro horas y media después de la erupción.

VIDE QUE PATEOR (…) ROGO
Mira cómo sufro… Te suplico…

¿Y Rectina? La joven no se ha movido de la terraza. El frío ha empezado a hacerse notar, así que ha ordenado colocar un brasero a su lado y ha pedido que le traigan bebidas calientes en todo momento. Pero no hay ni rastro de Plinio.

El mar está encrespado y cualquier otro día habría sido un espectáculo extraordinario de contemplar; hoy es solo uno de los muchos enemigos. Detrás de Rectina, el volcán sigue alimentando la horrible nube que se eleva sobre el paisaje, con sus coronas de rayos, y la espesa niebla que cae sobre Pompeya. Parece una cortina caída del cielo. Aquí, sin embargo, el horizonte está despejado y el aire es fresco, quizá demasiado fresco. Pero soplan vientos turbulentos.

Rectina tiene la sensación de estar atrapada. Por detrás de ella arde el fuego y por delante las aguas son tempestuosas. ¿Por dónde puede escapar? Solo puede esperar que Plinio venga a rescatarla, pero no hay ningún barco en el horizonte y Rectina no puede hacer otra cosa que permanecer anclada a la balaustrada de bronce.

De repente, un esclavo señala las olas: «¡Allí!». Entre las altas olas y las crestas blancas, se vislumbran masas negras, largas y bajas sobre el agua… ¡las cuadrirremes! Por fin. Avanzan en formación a pesar de las difíciles condiciones del mar, con todas las velas desplegadas. Un espectáculo de belleza y poder, pero sobre

todo una perspectiva real de salvación. Desde la torre se siguen enviando señales luminosas a los barcos.

Plinio el Viejo, siempre de pie en la proa, no puede apartar la vista de la inmensa columna que ahora se eleva sobre ellos. Y no es el único: incluso los marineros, intimidados y silenciosos, no pierden de vista aquel monstruo con sus rayos, sus ráfagas y su cascada de lapilli y ceniza sobre Pompeya, tan conspicuo desde aquí. Plinio el Viejo no pierde detalle y le cuenta a su secretario, que está tomando notas agarrado a un saliente (nos lo imaginamos más muerto que vivo, no sabemos si de miedo o por el mareo…), sus impresiones sobre el fenómeno. Es el propio Plinio el Joven quien nos dice: «[Plinio el Viejo] se dirige rápidamente al lugar del que todos los demás huyen despavoridos, mantiene el rumbo en línea recta, el timón directo hacia el peligro, hasta tal punto libre de temor que dictaba o él mismo anotaba todos los cambios, todas las formas de aquel desastre, tal como las había captado con los ojos.»

Pero en ese momento algo sucede. Las naves, aún lejanas, disminuyen su velocidad. Están frente a la costa de Herculano. Permanecen a cierta distancia de la costa y parecen retrasarse. A medida que pasan los minutos, queda claro que algo va mal a bordo. Rectina no lo entiende, su esclava de confianza sí:

—Ama, no vienen, no pueden atracar, el mar está demasiado agitado…

En realidad, el mar no tiene la culpa. Plinio el Joven lo explica claramente en su carta: «[…] ya un bajo fondo se había formado repentinamente y los desprendimientos de los montes dificultaban grandemente el acceso a la playa».

En la práctica, el vaciado paulatino de la cámara de magma ha hecho que el fondo marino se eleve, quedando a ras de la superficie del agua o incluso emergiendo en algunos lugares. Desde el mar (como afirma Plinio), da la impresión de que un corrimiento de tierras ha llenado el lecho marino, elevando su nivel e impidiendo que las cuadrirremes se acerquen.

Quién sabe, tal vez la alarma se disparó porque una quilla «arañó» el fondo marino, que estaba extrañamente más alto de lo habitual. No se trata de un fenómeno inusual: en 1983, Pozzuoli y toda la zona de los Campos Flegreos experimentaron un caso de bradisismo negativo, con una elevación progresiva del terreno hasta

el punto de que ni siquiera las embarcaciones de los pescadores podían ya acercarse a la costa por la excesiva elevación del fondo marino.

El dilema del almirante es tan sencillo como dramático: ¿tiene sentido arriesgarse a hundir la cuadrirreme para salvar a los habitantes de este tramo de costa? ¿No sería mejor salvar a otros en un tramo de costa más seguro?

Plinio el Viejo, mordiéndose el labio, decide dirigirse más al sur. Estabia tiene un puerto con buen calado y, en el peor de los casos, hay un fondeadero seguro justo al lado de la costa. Por supuesto, esto significa abandonar a Rectina a su suerte, pero no puede hacer otra cosa. Y así, las cuadrirremes zarpan de nuevo, acompañadas por los gritos de consternación de quienes en la costa estaban esperando el rescate. Plinio el Joven escribe: «Mi tío dudó algún tiempo si sería conveniente regresar; luego al piloto, que le aconsejaba que así lo hiciese, le dijo: “la Fortuna ayuda a los fuertes: pon rumbo a casa de Pomponiano”. Esta se encontraba en Estabias, al otro lado de la bahía (pues el mar, al curvarse ligeramente la costa cerrándose sobre sí misma, penetra en tierra).»

Plinio no se rinde. Les ordena poner rumbo a Estabia, y muchos de los que están a bordo lo maldicen en voz baja. La navegación se reanuda y las cuadrirremes desfilan frente a los ojos anegados de lágrimas de Rectina, mientras nuevos temblores sacuden su villa…

El ocaso del sol y de las vidas

Costa vesuviana.
24 de octubre de 79 d. C., 18:00; cinco horas después de la erupción.

OMNIBUS POMPEIANIS FELICITER.
¡Felicidades a todos los pompeyanos!

Rectina se recupera de la conmoción. Los barcos ya no podrán salvarla; es hora de que piense en hacerlo ella misma. Entre temblor y temblor, llama a su esclavo de confianza Éutico: «de aquí —le dice— hay que largarse». Él, anticipándose al problema, tiene ya listos dos caballos, sin duda la forma más rápida de huir.

Justo cuando están a punto de salir, ven a un pretoriano corriendo hacia ellos. Ha trepado por el muro limítrofe y les pide que le abran el portón de la villa. ¿Por qué motivo? Tito Suedio Clemente ha venido a llevarse a Rectina. En su apresurado viaje de regreso a Pompeya se ha dado cuenta de que nunca lograría volver a la ciudad, ya condenada, pero ha seguido adelante de todos modos, con la intención de salvar al menos a Rectina.

Los dos se unen en un largo abrazo, en el que ella da rienda suelta a toda su íntima necesidad de protección. Los anchos hombros y el pecho de Tito son el refugio seguro para sus miedos.

Una nueva sacudida los devuelve bruscamente a la realidad. En pocos segundos están en sus caballos y la pequeña tropa se aleja rápidamente de la villa. Rectina se da la vuelta y ve cómo su mundo se desvanece al volver un recodo.

Tras un puente sobre un barranco seco, «bordean» los barrios más altos de Herculano. Las tiendas están cerradas, las puertas atrancadas; la ciudad es ahora una tierra de nadie, entre la vida y la muerte.

Pronto cruzan un segundo puente y dejan atrás Herculano. Unos instantes después de su paso, un rugido detiene a los caballos: el puente que acaban de cruzar ha sido arrastrado por un potente flujo de lodo volcánico que continúa barranco abajo hasta desembocar en el mar, tiñéndolo de un color gris claro.

Están ocurriendo cosas nunca vistas… Normalmente, los dos barrancos que abrazan la ciudad están secos. Esos puentes solo sirven para garantizar un paso más rápido y seguro. Pero el *Vesubius,* al proyectar una cantidad desproporcionada de vapor a la atmósfera, ha creado aguaceros locales que han llenado repentinamente los cauces de los ríos, arrastrando inmensas cantidades de ceniza río abajo. El resultado son violentos corrimientos de tierra que arrasan con todo, incluyendo, es de suponer, los dos puentes… Ahora Herculano está aislado. El camino que hace dos o tres horas habría llevado a la salvación hacia el norte es ahora apenas practicable.

Rectina, su esclavo de confianza Éutico, Tito Suedio Clemente y los tres pretorianos de escolta atraviesan un territorio que ya no parece pertenecer al Imperio. No encuentran más que abandono y destrucción. A veces se ven obligados a sortear muros, casas derruidas o monumentos. Las grandes villas están desiertas, aunque más de una vez han visto salir por sus puertas grupos de saqueadores con oro y joyas. Han perdido la cuenta de los cuerpos que yacen en la carretera.

El sol está bajo sobre el mar y pronto se pondrá. Su luz oblicua corta el aire, pasa por encima del mar tormentoso e ilumina la columna eruptiva en el horizonte. Lo que parece otra hermosa puesta de sol en la costa tiene un efecto diferente en Pompeya: extiende una atmósfera fantasmal sobre todo. El sol, para los que pueden verlo, parece una esfera fría y lívida, incapaz de proporcionar el más mínimo calor…

El panadero Modesto se ha refugiado en una de las torres de defensa de la ciudad, la misma que visitamos ayer por la mañana. Es una idea excelente, ya que fue diseñada para resistir la artillería de los ejércitos. La luz del sol lo atrae hacia la ventana. La niebla parece despejarse por un momento y Pompeya aparece ante sus ojos. Con horror se da cuenta de que la ciudad se está «hundiendo»…

La capa de piedra pómez tiene más de un metro de espesor y está enterrando lentamente la ciudad. Ya no hay tejados rojos, el color dominante es ahora el gris claro. Las fuentes de las calles han desaparecido ya casi todas, al igual que las aceras. Aquí y allá hay incendios provocados por el derrumbe de algunos tejados que han destrozado las linternas utilizadas para ver en esta noche artificial creada por el *Vesubius*…

Trata de ver en qué condiciones se encuentra el puerto, al que le gustaría escapar en cuanto la lluvia de piedra pómez y ceniza amaine. No sabe que ahora todo es inútil: aunque fuera posible hacerse a la mar, para ganarse un puesto a bordo tendría que luchar con una multitud de personas que han tenido la misma idea que él.

Aprovechando que el cielo se despeja por un momento, ve una columna de gente desesperada que huye del campo y se dirige a la Puerta de Herculano. A su alrededor el paisaje es lunar: los campos están irreconocibles y parecen cubiertos de nieve. Hay muchos árboles por el suelo. Sus ramas se han roto, matando a los que se cobijaron debajo durante la caída de la piedra pómez. Aquí y allá se pueden ver «protuberancias» bajo las cuales yacen enterradas las tumbas monumentales o los altares votivos. Todo está amortiguado ahora, incluso el oscuro rugido del viento…

La gente que entra en la ciudad, vista desde la torre, parece una columna de almas del infierno. Caminan en silencio, cubiertos de ceniza blanca, con sus rostros tensos y asustados, inexpresivos. Los que resbalan y caen al suelo se vuelven prácticamente indistinguibles de las estatuas volcadas. ¿La única diferencia? El blanco de sus ojos cuando de repente se abren de par en par ante otro fuerte temblor de tierra. Si es que se abren…

El último viaje del almirante

Puerto de Estabia.
24 de octubre de 79 d. C., 18:30; cinco horas y media después de la erupción.

> *QUI MEMINIT VITAE SCIT QUOD MORTI SIT HABENDUM.*
> *Los que reflexionan sobre la vida saben lo que les depara la muerte.*

La misma puesta de sol fue observada con inquietud por Plinio el Viejo. Su mente racional quiere estudiar y comprender este fenómeno colosal: ahora está claro que se trata de una erupción volcánica. Su alma romana, en cambio, acostumbrada a ver signos divinos por doquier, busca comprender qué mensaje se esconde en un acontecimiento tan poderoso. Cada pájaro que vuela bajo sobre el agua, cada madera que flota, todo a bordo es visto e interpretado como un mal presagio. Los marineros son supersticiosos…

Los que están en la costa pueden ver los barcos atrapados en los muelles y los amarres de las villas privadas, así como las naves onerarias ancladas frente a Herculano. El mar está increíblemente agitado, los vientos son contrarios y es realmente imposible dejar la costa y salvarse. Casi seguro que alguno intentó hacerse a la mar, pero lo más probable es que naufragara, desapareciendo entre las olas ante los ojos horrorizados de los que estaban en tierra. Solo barcos tan poderosos como sus cuadrirremes, con tripulaciones hábiles y experimentadas, pueden hacer frente a unas condiciones como estas; de hecho, los de Plinio son los mejores marineros del imperio…

El almirante comprende la consternación de la gente que se agolpa en los muelles, sobre todo a la vista de sus cuadrirremes.

Según el modo de pensar de los romanos, cualquier rescate debería haber favorecido en primer lugar a los ricos, a los aristócratas y a los que formaban parte de la administración pública, y solo después habría incluido a los ciudadanos de a pie, al menos en teoría (hay que decir que, en realidad, incluso solo dos de las cuadrirremes podrían haber salvado a la práctica totalidad de las víctimas que los arqueólogos encontraron más tarde en las costas de Herculano, esperando desesperadamente ayuda).

A la vista de Herculano, la escuadra naval reduce la velocidad y se prepara para la aproximación y el embarque de las personas que están a la vista en la playa frente a la ciudad. Muchos han bajado a la orilla solo para poder subir. Detrás de ellos, la columna en erupción, con el resplandor azul de los relámpagos y el brillo rojo de su calor interno, despliega una escena apocalíptica. Pero como ya hemos visto a través de los ojos de Rectina, no habrá rescate porque el fondo marino se está elevando.

Es imposible acercarse más; los rescatadores podrían convertirse en víctimas. Pongámonos ahora en la piel de Plinio el Viejo, a bordo de la cuadrirreme: es fácil imaginar que tiene el corazón desgarrado, pero no puede hacer otra cosa. A estas alturas, con el sol bajo y el mar revuelto, el frío empieza a penetrar con ferocidad en los cuerpos de los marineros. Dadas las condiciones del mar, es necesario encontrar un lugar de desembarco lo antes posible, antes de que la noche haga que las aguas sean peligrosas incluso para las cuadrirremes.

Mientras continúan hacia Estabia, dejando a Herculano a su suerte, algunos de los marineros no pueden contener las lágrimas: sus familias viven en Herculano…

Como ya hemos visto, en la playa de la ciudad y en la villa de Rectina la decepción y el desánimo son inmensos. Ser abandonado cuando la salvación parecía estar al alcance de la mano es devastador. Muchos se derrumban en la arena y lloran desesperados.

La escuadra naval ha soltado sus velas y sigue adelante, entrando, poco después, en el «cono» de caída del lapilli volcánico. La visibilidad también disminuye y todo el mundo es más consciente de que se está deslizando poco a poco hacia la catástrofe. Los vientos solo empujan en esa dirección y es imposible volver a la

base. «Estamos atrapados», debió de pensar más de un marinero.

La navegación se vuelve cada vez más difícil. El mar está cubierto de islas flotantes de piedra pómez, que el timonel trata de evitar en todo momento. Y cuando pasan por delante de ellas, todos las observan en silencio. A veces se ven grandes rocas flotantes, negras y erizadas de crestas, que pasan por delante de los cascos y luego son arrastradas por la corriente. Los marineros están asombrados: las rocas flotan como si fueran de corcho. En realidad, son su porosidad y los gases que contienen los que las mantienen a flote.

Otro aspecto sorprendente para todos es el olor. Nadie lo ha olido nunca: el olor típico del mar, acre y penetrante, se mezcla con el del azufre para crear un «tercer» olor que nadie olvidará jamás[4].

Pero no solo hay piedra pómez en el mar: también cae lapilli del cielo. Según se van acercando, más caliente y densa es la ceniza que cae sobre las naves y también más piedra pómez y rocas negras caen sobre ellas, corroídas y despedazadas por el fuego[5]… Se echa agua sobre estas piedras, que «chisporrotean» en la cubierta del barco produciendo una nube de vapor. A menudo son devueltas al mar. La niebla de ceniza se hace cada vez más espesa y los marineros comienzan a toser. Lo que parecía una «lengua de tierra» avanzando hacia el mar resulta ser una enorme acumulación flotante de piedra pómez. Los barcos pasan por el puerto de Pompeya, o más bien por el lugar donde debería levantarse, porque todo está envuelto en la niebla. Avanzan con cuidado y es inconcebible intentar atracar. La poderosa cuadrirreme se detiene en alta mar, quizá en las cercanías de la pequeña isla llamada Escollo de Rovigliano. No es prudente ir más allá.

Plinio, tras entregar el mando de las unidades en el mar al oficial de mayor rango, entra en el puerto de Estabia, bajo la colina de Varano, a bordo de una barca de remos. La situación en el puerto es dramática. Los pequeños muelles están atestados de gente que quiere ser rescatada. Reina la confusión. Algunos intentan escapar en pequeñas embarcaciones atestadas, inadecuadas para un mar en semejantes condiciones. Incluso la barca de Plinio es asaltada, pero los soldados a bordo repelen a cualquiera que se acerque. Es fácil imaginar la desesperación que flota en el ambiente: no hay casi

nadie que no haya perdido a un familiar o a un ser querido en la tragedia.

Plinio el Viejo se detiene a hablar con algunos de ellos, intentando calmarlos, pero al final es el viento el que decide por todos. El almirante ve por fin a su viejo amigo Pomponiano, uno de los invitados al banquete de Rectina. Así relata Plinio el Joven la escena:

> Allí, aunque el peligro aún no estaba cerca, era evidente que se aproximaba conforme iba creciendo, y Pomponiano había cargado sus pertenencias en unos barcos, decidido a huir, tan pronto como el viento, que se oponía a ello, se hubiese calmado. Mí tío, impulsado por ese mismo viento muy favorable para él, arriba a puerto, abraza a su atemorizado amigo, le consuela y anima […].

Plinio está sucio de ceniza y polvo, lleva horas sin comer, está literalmente destrozado, y le pide a su amigo si puede volver a su casa, para darse un buen baño y llevarse algo a la boca. Imaginamos que Pomponiano acepta a regañadientes, pero las condiciones del mar no le dejan otra opción. Poco después, los dos están en su suntuosa casa…

El sobrino continúa el relato, y lo hace basándose en los testimonios de quienes estaban con el almirante en aquellos momentos, entre los que probablemente podemos contar al propio Pomponiano:

> […] y, para calmar sus temores [de Pomponiano] con el ejemplo de su propia tranquilidad, ordena que sus esclavos le lleven al baño; después del cual, se sienta a la mesa y come algo con buen humor o (lo que no es menos hermoso) finge que está de buen humor.

Plinio el Viejo, en el fondo, tiene una idea perfecta de la situación extremadamente peligrosa en la que se encuentran, y el mismo hecho de que haga alarde de tranquilidad es una clara señal de que el almirante ha comprendido muy bien que no se puede hacer nada más: solo queda esperar y desear que todo salga bien.

Indirectamente, estas líneas nos hacen comprender lo que pasa por la mente de miles de personas atrincheradas en sus casas o en refugios temporales.

El sol, mientras tanto, se ha puesto en un mar tormentoso. Su luz y sus rayos solo volverán a calentar Estabia y este territorio atormentado dentro de tres días.

¿Y en el volcán qué está ocurriendo?

Las primeras nubes de muerte

Vesuvius.
24 de octubre de 79 d. C., 20:00; siete horas después de la erupción.

> *(VENIMUS H)UC CUPIDI MULTO MAGIS IRE CUPIMUS.*
> *Llenos de ganas vinimos aquí y mucho más nos gustaría irnos…*

La columna eruptiva ha alcanzado ya una altura de 26 kilómetros, más del doble de la cota de vuelo de un avión normal en la actualidad. Estamos hablando de setenta millones de kilos de magma por segundo que se proyectan fuera del volcán, unas cifras impresionantes. Hace varias horas que ni el agua de la capa freática (ni quizás tampoco la del mar) pueden penetrar en el conducto volcánico. Por lo tanto, desde un punto de vista técnico, la erupción ha pasado de la fase freática a la puramente magmática. En otras palabras, mientras que antes había explosiones provocadas por la interacción con el agua, ahora es solo el magma, que sale violentamente, el protagonista de la erupción.

Desde el comienzo de la erupción, se ha expulsado un kilómetro cúbico de magma al aire, lo que obviamente ha provocado el vaciado parcial de la cámara magmática. Para compensar la pérdida de volumen, el magma crea muchas burbujas, que ahora ocupan el veinte por ciento de su volumen. La mayor parte de la masa fundida incandescente se ha transformado en piedra pómez blanca, cuatro kilómetros cúbicos de piedra pómez lloviendo del cielo, cubriendo el paisaje de una vasta zona al sudeste. Se estima que el espesor de la piedra pómez solo en Pompeya es de un metro y cuarenta centímetros…

Ahora bien, sabiendo que un metro cúbico de piedra pómez pesa

más de media tonelada, es fácil entender por qué se han derrumbado los tejados: es como si en cada metro cuadrado de tejado hubiera al menos seis hombres… Se entiende, pues, por qué hasta el treinta y ocho por ciento de las víctimas murieron por los derrumbes y no por los gases o las nubes ardientes. Eso significa más de una de cada tres víctimas.

Si observamos los mapas de la caída de piedra pómez elaborados por los geólogos, encontramos que los niveles en Estabia son más bajos (entre cincuenta centímetros y un metro) y en Oplontis, que estaba más cerca del *Vesubius,* aún más bajos (entre veinticinco y cincuenta centímetros). Esto significa que Pompeya tuvo la desgracia de haber sido construida en el lugar donde el volcán concentraría un día sus emisiones.

En estos momentos, algo sucede en el corazón del volcán. Las burbujas, que antes se concentraban en la parte superior de la cámara magmática, comienzan a formarse en la parte inferior a medida que la cámara se vacía, lo que provoca una mezcla de materiales con distintas temperaturas e «ingredientes» químicos y cristalinos ligeramente diferentes, que tiene consecuencias fatales para quienes se encuentran en las laderas del volcán.

Las piedras pómez que salen del pozo son ahora más oscuras (la diferencia entre las piedras pómez claras y las grises es claramente visible para cualquiera que visite hoy las ruinas de Pompeya). Pero sobre todo, son más grandes, más densas, más pesadas. Todos estaríamos inclinados a pensar que esto iba a provocar nuevos derrumbes en las casas, pero en lugar de eso ¡lo que se está derrumbando es la inmensa columna eruptiva! De hecho, el chorro que sale del volcán contiene cada vez más piedra pómez y partículas pesadas, y cantidades cada vez menores de gases, vapores y sustancias volátiles. En otras palabras, «pesa» más y en un momento dado ya no puede seguir impulsándose hacia arriba; en lugar de eso, se detiene y se desliza por las laderas, convirtiéndose en mortales avalanchas ardientes.

A partir de los sedimentos descubiertos por los arqueólogos, se ha establecido que esto ocurrió dos veces, generando en breve secuencia dos flujos piroclásticos de cientos de grados que arrasaron con las villas y granjas más cercanas, como por ejemplo en Terzigno, donde mataron instantáneamente a todos los que se

encontraban dentro.

En las denominadas «Villa 2» y «Villa 6», los arqueólogos descubrirán doce esqueletos. En lo que respecta a la «Villa 2», concretamente, fue posible reconstruir los últimos momentos de vida de sus ocupantes. Dos perros y cinco personas se habían refugiado en el triclinio, uno de los cuales estaba cerca de la entrada. La corriente piroclástica los mató en un instante, luego el techo se derrumbó sobre ellos. Una mujer, posiblemente la dueña, junto con su esclava de confianza, trató de escapar desesperadamente al ver, o tal vez al oír, la llegada de la avalancha de fuego. Llevaba una saca con objetos de plata. La perdió en su huida bajo el pórtico en el que se abría el triclinio. Una huida inútil. La avalancha ardiente los alcanzó unos instantes después, junto a la pared de entrada de la villa… Ahí es donde se encontraron sus esqueletos…

Las villas de Terzigno están destruidas; su atroz destino se recuerda en el nombre del lugar, que según se cree deriva del latín *terra ignita,* que significa «tierra quemada», o de *ter ignis,* de la locución latina *oppidium ter igne ustum,* que significa «distrito tres veces quemado por el fuego».

¿Y cómo está la situación en otros lugares? En Oplontis, la acumulación de cenizas ha provocado el derrumbe de los tejados y las columnatas de la llamada Villa de Popea, obligando a muchas personas que se habían refugiado en ella a trasladarse precipitadamente a la *domus* contigua, la «Villa B», que se destinaba a la venta al por mayor.

En Pompeya, en esos misma instantes, se desarrolla la historia de los dos hermanos Vettii, tal y como la describimos aquí, en una reconstrucción hipotética pero plausible. Los dos habían esperado demasiado tiempo antes de huir y abandonar sus posesiones. Ahora, precedidos por un liberto y rodeados de esclavos con linternas que les ayudan a superar los montones de piedra pómez, los cuales alcanzan ya el metro y medio de altura, atraviesan con dificultad la ciudad.

Su objetivo es llegar a un barco con remeros que, según el liberto que va abriendo camino, les llevará a un lugar seguro. Está amarrado en el muelle privado de Fabio Rufo, el propietario de la *domus* más bella de las murallas de Pompeya. No hay rastro del

propietario, algunos dicen que está fuera de la ciudad, otros que está muerto. Pero el barco está intacto y a la espera de zarpar; por supuesto, a cambio de una importante suma…

El liberto sin escrúpulos intenta aprovecharse de la tragedia para enriquecerse. A nadie le importará un barco robado (o «prestado», como dice él). Los Vettii han pagado una cantidad de dinero que solo unos pocos pueden permitirse en la ciudad. Este «mercado de la supervivencia» es probablemente también parte de la tragedia de Pompeya.

La mar está encrespada, los vientos son contrarios, pero, según el liberto, basta con remar para ponerse a salvo en la península de Sorrento. Ha reunido un pequeño equipo de cómplices (también impacientes por abandonar la ciudad), que en este momento impiden por la fuerza que nadie se acerque al elegante barco.

Los Vettii, tras una marcha entre la niebla, pasando bajo pórticos, balcones semidestruidos y por el interior de casas abandonadas, un auténtico camino de guerra «protegido» de la piedra pómez que cae, llegan por fin al muelle. Casi se dejan caer en el barco bajo el elegante techo inclinado de madera y bronce dorado sobre el que «tintinea» la piedra pómez.

Lentamente, el barco se adentra en el mar. Los remeros bogan con fuerza. En esta niebla, el barco parece casi la barca de Caronte cruzando el Aqueronte, el río del más allá. Al fin y al cabo, al igual que las almas en tránsito por el río infernal, los Vettii han pagado un precio por esta travesía. Esperan que sea para salvar sus propias vidas. Teniendo en cuenta la tripulación improvisada y las olas que les esperan en alta mar (de las que aún no son conscientes a bordo), quizás realmente acaben en el mundo de los muertos…

Se desvanecen en la niebla. No volveremos a saber de ellos.

En Estabia nadie tiene idea de lo que ocurre en los otros centros. Pero desde aquí se pueden ver los incendios que se han producido en el *Vesubius*. Las llamas, encendidas por las avalanchas ardientes, han brotado de entre las ruinas de las villas de Terzigno. He aquí la interpretación de Plinio el Viejo del fenómeno, en el relato de su sobrino:

> Entretanto, en numerosos puntos en las laderas del Vesubio podían verse enormes incendios y altísimas

> columnas de fuego, cuyo brillo y resplandor aumentaba la oscuridad de la noche. Mi tío, intentando calmar el miedo de sus acompañantes, repetía que se trataba de hogueras dejadas por los campesinos en su huida y casas abandonadas al fuego que ardían en la soledad. Luego se retiró a descansar y ciertamente durmió sin la menor sombra de duda, pues su respiración, que a causa de su corpulencia era más bien sonora y grave, podía ser escuchada por las personas que iban y venían delante de su puerta.

El propio Plinio el Joven nos ofrece también una valiosa descripción del ambiente en Miseno, a treinta kilómetros de distancia. Aunque lejos del *Vesubius,* el drama es palpable también aquí.

> Cuando mi tío se marcho, pasé el tiempo restante estudiando (pues para eso me había quedado); luego el baño, la cena y un sueño corto y desasosegado.

Como ya hemos mencionado, Herculano tampoco se vio afectada por la lluvia de piedra pómez. Pero los habitantes de Herculano, a diferencia de los de Miseno, están aterrorizados por el rugido del volcán y el suelo que sigue temblando violentamente. La percepción generalizada es que la catástrofe es inminente y que la ciudad no sobrevivirá. Todos huyen.

Herculano: ¿dónde están los habitantes?

Herculano.
25 de octubre de 79 d. C., medianoche; once horas después de la erupción.

VICINOS FUGITIVOS.
Los vecinos han salido corriendo.

Estamos a tan solo seis kilómetros del volcán, y al terror de su actividad infernal se ha unido la llegada de noticias espantosas traídas por personas desesperadas que han venido a la ciudad buscando refugio.

Nos encontramos en la avenida principal de Herculano, el Decumano máximo, el «Corso» de la ciudad. Mientras que todas las calles rectas y estrechas descienden hacia el mar, esta calle corre paralela a la costa y es lo suficientemente ancha como para albergar el mercado. El bullicio habitual de este lugar contrasta con el silencio y la desolación de ahora. No hay más que una cesta en medio de la calle.

A nuestro alrededor las ventanas y las tiendas están cerradas. Todavía hoy, casi dos mil años después, se pueden ver, perfectamente conservadas y alineadas, las tablas de una tienda. Lo que se descubre es que las tablas están «casadas» entre sí del mismo modo que el parqué ordinario. El borde de cada tabla sobresale y encaja perfectamente en la ranura larga del borde de la siguiente, ranuras que también están presentes en las jambas para permitir que las tablas se deslicen.

Intentamos pasear por las calles. La ciudad está realmente desierta: en lo alto, a nuestra espalda, solo resuena el monstruoso rugido del volcán, con el eco del gran aliento de un mar

embravecido… El viento hace batir una portilla olvidada abierta, en lo alto de la pared de una casa. Es una atmósfera siniestra: todo en las casas está en orden. No hay señales de una huida precipitada, ni mucho menos.

Entramos en el Colegio de los Augustales, donde se reúnen los sacerdotes que realizan los ritos en favor de Augusto, muerto desde hace décadas pero «divinizado», adorado como un dios, con ceremonias, templos y sacerdotes. En lo que parece ser una gran zona sagrada en la pared del fondo hay dos hermosos frescos que representan a Hércules. Mientras admiramos estas obras maestras, sentimos una respiración profunda. El ruido nos lleva a curiosear quién hay al otro lado de la pared. ¿Es realmente posible que alguien pueda dormir en una noche como esta? Nos asomamos a la puerta y ¡hay un hombre durmiendo! ¿Quién podrá ser? Probablemente el custodio, que se ha quedado para vigilar el Colegio de los Augustales y que ronca con fuerza mientras duerme. De hecho, como ya hemos dicho, los romanos se levantan y se acuestan temprano. Este hombre nos lo recuerda, aunque parezca inconcebible dormir en una noche del fin del mundo como esta. O quizás haya otra explicación: está enfermo. Nunca lo sabremos…

Salimos y nos dirigimos a la playa, por uno de los cardos. Cada uno de nuestros pasos resuena: realmente estamos en una ciudad fantasma. Justo antes de llegar a las escaleras que bajan a la playa, oímos el llanto de un niño: viene de una casa situada encima de las Termas Suburbanas, que dan a la playa y al mar. Nos asomamos: la escena parece la de un belén. Una mujer mece suavemente una cuna con un bebé recién nacido dentro. Junto a los dos, con la mirada perdida en el vacío, está el padre. Lleva un anillo con un escorpión grabado en una piedra preciosa, tal vez se trate de un pretoriano de permiso o de licencia.

A medida que nos acercamos a la playa empezamos a oír un confuso parloteo, un zumbido que aumenta según nos acercamos a la orilla. Bajamos las escaleras, pasamos por la pequeña plaza frente a la entrada de las termas, donde hay una gran estatua ecuestre de Marco Nonio Balbo, un gran benefactor de la ciudad. Un último tramo de escaleras y luego… La playa está llena de gente: ¡aquí han venido a parar todos los habitantes de Herculano! A la orilla, a lo largo de la costa, el lugar más alejado del volcán y más cercano al

rescate. Los padres del bebé en su cuna también han tomado una decisión estratégica: no están en medio de la multitud, pero si llega una embarcación de rescate pueden llegar a la playa enseguida.

Pero ya no quedan barcas disponibles, excepto una, volcada y con un lado destruido por la furia de las olas. Hay doscientas noventa y seis personas, pero podría (y debería) haber muchas más a ambos lados de la playa. Según el profesor Antonio De Simone, es plausible que toda la población (estamos hablando de tres o cuatro mil personas) estuviera dispersa a lo largo de este tramo de costa.

Caminamos por la arena. A causa del frío, la humedad, el viento y el chapoteo de las olas, la mayoría de los herculanenses se esconden en los *fornici,* los «garajes» donde los pescadores suelen «aparcar» sus embarcaciones. Bajo los arcos vemos a muchas personas sentadas. Hablan y charlan con normalidad, sin histeria ni escenas de pánico.

Los habitantes de Herculano han tratado de organizar cuidadosamente su huida. Hace doce horas, al comienzo de la erupción, estaban aterrorizados. Por supuesto, intentaron escapar, pero, como se desprende de la llamada de auxilio de Rectina, era difícil atravesar las calles que conducían a Nápoles (atascadas, cubiertas de escombros, seguramente con tramos destruidos por desprendimientos, y los puentes a ambos lados de la ciudad se habían derrumbado casi con toda seguridad). La otra gran vía de escape era el mar, pero había dos problemas: estaba embravecido y, una vez en el mar, los vientos empujaban las embarcaciones hacia Pompeya, directamente a la boca del monstruo, hacia una muerte segura. En resumen, estaban atrapados; solo los que salieron inmediatamente tuvieron alguna posibilidad de sobrevivir, y desde luego no los que llevaban niños o ancianos a cuestas.

La situación se agravó aún más cuando, a primera hora de la tarde, la nube que se alzaba sobre ellos se hizo tan grande que ocultó incluso el sol (parecía que iba a extenderse sobre la ciudad y engullirla). En ese momento, al contrario que en Pompeya, todo el mundo abandonó sus casas. Como no había lapilli en caída libre y los temblores eran aún más fuertes que en la ciudad vecina, era preferible permanecer al aire libre; por eso los encontramos a todos en la playa.

La presencia de niños, mujeres y ancianos indica que la huida de

las casas no se produjo de forma caótica y desesperada. Por el contrario, la ocupación de los arcos se hizo de forma organizada y ordenada. De hecho, los *fornici,* viendo cómo han sido ocupados, recuerdan un poco a los botes salvavidas del *Titanic:* hay muchas mujeres y niños dentro, mientras que en la playa hay mayoritariamente hombres. Todos esperan el amanecer del nuevo día, cuando el mar quizá se calme y algún barco venga a rescatarlos.

No muy lejos, cerca de la playa, se encuentra la imponente Villa de los Papiros. Aquí también hay una actividad «ordenada», pero de un tipo muy diferente. Su propietario intenta desesperadamente salvar su inmensa biblioteca. Un barco le espera en el muelle privado, aunque, como hemos dicho, el mar está increíblemente agitado.

Dentro de la villa la situación es tensa. En la sala principal hay algunos papiros en el suelo y también se pueden ver armarios «portátiles», pequeñas cajas con asas, que seguramente contienen otros papiros. Al igual que con las piedras de Pulgarcito, basta con seguir su alineación para darse cuenta de que se dirigen hacia las escaleras que llevan al piso inferior. Según el profesor Antonio De Simone, que dirigió las últimas grandes excavaciones en la Villa de los Papiros, había incluso tres pisos más por debajo del que ahora ha salido a la luz, pisos por los que se podía acceder directamente a la playa.

Y eso es probablemente lo que están haciendo el propietario y sus esclavos para trasladar al barco el mayor número posible de obras y armarios portátiles. Lo vemos sosteniendo un gran número de pergaminos de papiro contra su pecho y bajando las escaleras, mientras sus sirvientes arrastran las cajas que contienen otros manuscritos.

Dando a la playa hay una especie de sala con mirador, con grandes ventanas (signo de gran riqueza), en cuyo interior hay cuatro estatuas de fina factura. En el momento de la excavación estábamos presentes con nuestras cámaras y aún recuerdo vívidamente una franja de toldo oscuro que emergía de las cenizas blandas y húmedas, un tejido áspero que tenía la consistencia de un saco de yute mojado. A pesar de que habían pasado casi dos mil años, seguía muy blando, como si hubiera sido enterrado el día

anterior…

Pero ahora, volviendo a aquellos agitados momentos, es imposible no advertir la angustia que se apodera del propietario de la Villa de los Papiros: quizá acaba de darse cuenta de que no podrá salvar todo su precioso patrimonio. Lo que no sabe es que algo aún más grave está a punto de suceder…

Un ángel de la muerte silencioso y ardiente

Herculano.
25 de octubre de 79 d. C., 1:00; 12 horas después de la erupción.

CONTIQUERE OMNES.
Todos callaron…

La columna eruptiva ha alcanzado ya una altura de treinta kilómetros, y cada segundo el volcán emite una media de doscientas mil toneladas de magma fragmentado. La mitad de la cámara de magma está ahora llena de burbujas.

A partir de ahora, y durante horas, la columna eruptiva oscilará entre dos condiciones: en una de ellas estará llena de aire y, al tener poco peso, podrá mantener un cierto equilibrio, aunque inestable (como un periódico llevado en volandas por el viento); en la otra no tendrá suficiente aire y se desplomará, dando lugar a avalanchas ardientes que matarán a miles de personas.

Durante muchas horas, el magma contenido en el volcán alternará entre estos dos estados: se alzará y se desplomará varias veces.

El primer colapso hará que la columna descienda repentinamente hasta diez kilómetros. Para hacerse una idea del fenómeno se puede pensar en el repentino desplome de las Torres Gemelas, que produjo aquellos inmensos «muros» de polvo que todos vimos avanzar rápidamente por las calles de Nueva York.

Así que del volcán desciende una «avalancha asesina»: los vulcanólogos la denominan Oleada 1 y cae sobre Herculano. Su velocidad es de unos cien kilómetros por hora, sus temperaturas internas de 500-600 °C. Lo más llamativo es que avanza inexorable,

sin ruido. Avanza en silencio, como un ángel de la muerte…

Es de noche y nadie se da cuenta; quizá alguien haya visto un resplandor rojizo en el último momento, pero ya es demasiado tarde. Emplea dos, tres segundos como máximo, en cruzar la ciudad, y los cardos, orientados hacia el mar, la proyectan directamente sobre la playa… Es un aliento ardiente, pero no tiene capacidad destructiva, ya que está compuesto principalmente por cenizas y gases calientes. No arrastra los objetos que encuentra ni los muertos que provoca a lo largo de su descenso; los deja en la posición en que los encuentra.

La corriente avanza y antes de llegar a la playa mata a los pocos que quedan en las casas. Los arqueólogos encuentran un total de treinta y dos cuerpos (menos del 1 % de la población). Entre ellos se encuentra el vigilante del Colegio de los Augustales: sigue aún durmiendo, muere al instante y finalmente el techo en llamas se derrumba sobre él y lo carboniza.

Luego le llega el turno a algunas personas que se habían refugiado en el vestuario masculino de las Termas del Foro: tres hombres, una mujer, un joven y un niño. Uno de los cuerpos estaba carbonizado solo por el lado izquierdo, por los otros no. Esto se debe a que estaba de pie en la puerta principal cuando llegó la oleada.

La siguiente víctima es un hombre humilde y pobre, tal vez un esclavo, sorprendido y asesinado por la oleada en el primer piso de un edificio, que luego será bautizado elocuentemente como Casa de los Esqueletos…

A medida que avanza, el flujo piroclástico continúa matando: el siguiente en morir es el aprendiz de un *gemmarius,* especializado en cornalinas y en sellos de anillos. Tiene unos quince años. Quizás el propio *gemmarius* le dijo que volviera a la tienda para recuperar algunas gemas. Los arqueólogos encontrarán su esqueleto en un pequeño pasillo entre la tienda y la cocina, con la cabeza enterrada bajo la cama, en un intento desesperado por salvarse.

Lo seguirán el bebé en la cuna y su familia, además de otros parientes encontrados en la casa de Marco Pilio Primigenio Graniano: siete esqueletos en total.

Lo impresionante es que en su carrera por la ciudad, la Oleada 1 no solo está matando gente, sino ¡también los colores! En muchas

casas las paredes amarillas se vuelven rojas. Esta es una reacción típica a las altas temperaturas. Lo mismo ocurre con las estatuas y los cabellos rubios, que se vuelven rojos en una fracción de segundo (algo que muchos peluqueros envidiarían). En algunas paredes todavía se pueden ver los «remolinos» rojos del aire incandescente sobre los frescos amarillos. Sin entrar en detalles, diremos que la limonita (amarilla) se convierte en hematita (roja).

Este fenómeno ha llevado a algunos estudiosos a afirmar que el «rojo pompeyano» nunca existió, que no fue más que un producto del calor de la erupción. Sin embargo, hay que dar poca credibilidad a esta tesis: el rojo está ahí, y de qué manera, incluso donde el calor no llegó nunca (tanto en las capas enterradas por la piedra pómez en Pompeya, en el área vesubiana, como en muchos otros lugares del imperio, incluida Roma).

La nube arrastra consigo fragmentos de las vides del campo, que luego se encuentran incluso en la ciudad. Finalmente, la corriente piroclástica llega al fondo de Herculano y se abate sobre la playa, matando a todos al instante.

Intentemos imaginar lo que pudo significar estar en la playa en ese momento. Identifiquémonos, por ejemplo, con un legionario… Sus ojos miran a la gente dentro de los *fornici*. A pesar del drama y la emergencia, hay orden y dignidad. La luz de algunos faroles ilumina los rostros en la oscuridad: ve a algunos que hablan en voz baja, a otros que sostienen a los niños contra su pecho o que intentan dar ánimos a un familiar visiblemente preocupado.

En la oscuridad, el mar resopla y se retuerce con olas que rompen violentamente en la orilla. Por encima de él, repentinos relámpagos surcan el cielo, iluminando brevemente la columna eruptiva. Cada vez es más alta. Ahora parece haberse extendido por toda la superficie del cielo. En la parte inferior, en contacto con la masa oscura del *Vesubius,* se aprecian vetas rojas, apenas visibles durante el día, ahora muy evidentes. Realmente parece una gigantesca fragua de herrero envuelta en humo…

De repente, el legionario oye algo. Se vuelve hacia el *Vesubius*. ¡Ha desaparecido! Y también la columna eruptiva. En su lugar solo se encuentra la negrura de la noche, en la que, sin embargo, puede distinguir brillos rojizos, que están por todas partes y parecen suspendidos sobre la ciudad. El sonido de los portazos y los cristales

rotos aumenta hasta convertirse en un coro ensordecedor, más potente que el mar. Todo sucede en una fracción de segundo: un viento abrasador lo arroja al suelo. Sus últimas sensaciones rápidas son una bofetada caliente en las sienes y en la piel, un calor indescriptible y un dolor en los ojos y en el interior del cuerpo. Una violenta punzada en la cabeza… Y luego nada.

Un poco más lejos, un marinero que vigila una nave oneraria ve la misma escena, pero desde un ángulo diferente: la ciudad desaparece como si alguien hubiera vertido de repente una nube de tinta negra sobre un cuadro, y ese negro contiene lo que parecen muchas luciérnagas rojas que se arremolinan en el aire, el brillo caliente de la corriente piroclástica. Abre los ojos, la ciudad ha desaparecido. La avalancha parece avanzar ahora hacia él, el blanco de las crestas de las olas ha desaparecido, las luciérnagas rojas se acercan y parecen abrirse en abanico sobre el mar… Oye el chisporroteo del agua que se evapora instantáneamente y se acerca a él. Es un calor inmenso, la última sensación que siente su cuerpo. Las velas se prenden al instante, la madera se carboniza y el aceite de las ánforas que transportaba el barco se incendia, convirtiendo la nave oneraria en una repentina bola de fuego en el mar. La nave, en este extraño juego de fuerzas entre la nube caliente y las aguas frías, continúa flotando como una antorcha. Luego se hunde envuelta en vapor.

¿Y en la playa? ¿Qué escena se desarrolla ante nuestros ojos?

Es realmente espeluznante ver hoy los *fornici* con los esqueletos enmarañados o abrazados. Aunque sean calcos (los originales están en los depósitos), muestran todo el horror de una muerte atroz e instantánea.

Entre los huesos, los arqueólogos han encontrado un sinfín de objetos, a menudo conmovedores, que nos hablan de sus propietarios. Hay llaves de casa, anillos, joyas, pequeños frascos de cristal para perfumes, puñados de monedas de plata y bronce soldadas entre sí, restos de un gorro de lana, una hucha con las pocas monedas de un niño, una caja con instrumentos quirúrgicos, una pequeña placa con el nombre del esclavo que la llevaba (como los perros hoy día).

Y, por supuesto, el largo gladio y la daga del legionario…

Este último hallazgo es interesante: de casi trescientas personas,

solo una iba armada. A pesar de estar en una situación de emergencia, no está en la mentalidad de estas personas ir armadas. De hecho, está prohibido por ley, tras las masacres de las guerras civiles. La sociedad romana es, por lo general, mucho menos violenta que, por ejemplo, las de la Edad Media o el Renacimiento (en las que los cuchillos «aparecían» rápidamente). Aunque es una sociedad antigua, hay una amplia creencia en la legalidad, y en esto resulta muy «occidental» y moderna.

Pero volvamos a los momentos justo después del paso de la corriente piroclástica.

Es terrible cómo murieron todos. Los que estaban en la playa fueron quemados vivos. Los que se encontraban dentro de los *fornici* fueron sometidos a un calor tan intenso que murieron instantáneamente por el choque térmico. En cuestión de segundos la gente se transformó en esqueletos. En algunos casos, los cerebros hirvieron y los cráneos se fracturaron y explotaron. Es escalofriante pensar en los ruidos ensordecedores que se podrían escuchar. El hecho de que las superficies óseas, tanto del exterior del cráneo como del interior, se encontraran ennegrecidas es una confirmación científica de la «cocción» del cerebro. Las huellas en los huesos son compatibles con temperaturas de quinientos grados centígrados, como las que se suelen alcanzar en un horno crematorio.

El soldado que estaba en la playa simplemente se «apaga» y cae hacia adelante. Las personas que charlan sentadas en los *fornici* apoyadas en la pared inclinan la cabeza y permanecen en la misma posición durante diecinueve siglos…

Al observar hoy los esqueletos, uno se da cuenta de que las madres sostienen la cabeza de un niño acobardado cerca de su pecho, de que los adolescentes buscan instintivamente refugio detrás de la espalda de uno de sus padres, de que hay personas de pie que caen de rodillas con el torso inclinado hacia delante (y que serán encontradas precisamente en esa posición), o de que otras se desploman literalmente y abren la boca de par en par.

Los muertos de Herculano son, incluso a primera vista, «diferentes» de los de Pompeya. A pesar de que llevo más de veinte años filmando en estos lugares, lo que siempre me llama la atención son las distintas actitudes ante la muerte de los herculanos y los pompeyanos. Estos últimos parecen mostrar una actitud de lucha y

defensa para sobrevivir (más sobre esto en el próximo capítulo). Los herculanos, en cambio, mueren instantáneamente debido a las temperaturas mucho más elevadas, como si alguien les hubiera cortado repentinamente la «corriente».

Mirando los esqueletos, es casi como si uno pudiera escuchar conversaciones interrumpidas, palabras detenidas a mitad, respiraciones inconclusas, pensamientos que se han desvanecido de repente… No se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo. Como hemos dicho, los que estaban en la playa pudieron haber oído ruidos, pudieron haber visto, pero solo en el último momento, destellos imperceptibles que venían a su encuentro en la oscuridad y pudieron haber sentido la ola de calor cada vez más intenso, pero, recordemos, la avalancha tardó dos, tres segundos como máximo en cruzar toda la ciudad.

Para los que se refugiaron dentro de los *fornici,* la muerte llegó sin avisar. Tal vez, en comparación con los de la playa, hubo tiempo para un último aliento, pero no más… Si por un lado las paredes de los *fornici* creaban un «efecto horno», concentrando el calor en lugar de dispersarlo en el aire, por otro, en cambio, la humedad de los cuerpos atenuaba inmediatamente su efecto destructivo; solo así se explican fenómenos aparentemente incomprensibles como la vaporización de cerebros y tejidos corporales y luego, justo al lado, el hallazgo de fragmentos pertenecientes a un delicado gorro de lana… Probablemente, en los *fornici,* la labor destructiva de la nube ardiente golpeó «por zonas».

Solo desastres como los de Hiroshima o Nagasaki pueden acercarse realmente a lo que ocurrió en Herculano, sobre todo si se tiene en cuenta la rapidez de la muerte en ambos casos.

Según muchos, los muertos encontrados en los *fornici* y en la orilla representan solo una parte de las víctimas de Herculano. Las excavaciones realizadas en la época borbónica a lo largo de la playa y las necesarias para la instalación de pozos impidieron sin duda el descubrimiento de muchos más esqueletos. Esto sugeriría, según algunos estudiosos, que murió un número mucho mayor de habitantes de lo que se creía hasta ahora (no el diez por ciento que constituyen los trescientos cuerpos, sino quizás el cincuenta por ciento o más). Muchos pueden estar todavía bajo los estratos volcánicos, quizás en algún lugar más alejado, como en los primeros

metros de agua bajo la playa o directamente en el mar. Según muchos estudiosos, el número de víctimas debería revisarse al alza, estimando que al menos dos mil personas murieron en la erupción, la mitad de la población o incluso más.

Imagine la escena que quedó una vez que el polvo de ceniza de la corriente piroclástica se disipó… El *skyline* de la ciudad es lúgubre e impresionante, las fachadas siguen ardiendo, las paredes están chamuscadas, los arcos y las ventanas, desde la distancia, parecen las cuencas negras de muchas calaveras. En unos segundos, Herculano se convirtió en una ciudad abandonada por milenios.

Por encima de todo, se puede ver el resplandor de muchas pequeñas hogueras en el interior de las casas y un espeso manto de humo blanco se eleva de toda la ciudad. Parece vapor, una niebla espesa de la que surgen los edificios más imponentes de la ciudad como naves fantasmales. Como la Villa de los Papiros. Su dueño ha muerto abrazado a una de las cajas que contenían los más preciados papiros. Su esqueleto sigue ahí, esperando siglos para ser descubierto.

Herculano parece un bosque después de un incendio, es fácil imaginar los olores de la madera quemada y los cuerpos calcinados. Además de la vida, los colores también han desaparecido: el gris lo domina todo.

Lo que hace que esta visión sea aún más fantasmal es el silencio que reina: solo se oyen las olas del mar. Herculano, en cambio, está en silencio, como el escenario de un teatro después de una representación, cuando todos se han ido. El espectáculo de la vida cotidiana ha cesado para siempre…

Pero la erupción está lejos de terminar. Unos minutos después, una segunda corriente piroclástica llega a Herculano. Si la primera fue solo un soplo abrasador y mortal, capaz de romper cristales pero incapaz de derribar paredes y levantar cuerpos (una oleada de gas a muy alta temperatura, ceniza y muy pocas partículas más), esta segunda avalancha es mucho más densa y destructiva. Una especie de «masa» volcánica, similar a una avalancha incandescente.

Tenemos una prueba de ello en las Termas Suburbanas: la corriente piroclástica, al pasar a un lado del complejo, penetró en el *calidarium* a través de un gran ventanal destrozado por el primer flujo y levantó una pesadísima pila de mármol, casi como si fuera

de poliestireno, arrojándola a muchos metros de distancia, a un lado del vestíbulo, donde todavía hoy puede verse su «huella», impresa en el barro volcánico…

Se trata de una verdadera avalancha, capaz de arrancar vigas, arrastrar trozos de pared y dejar tras de sí un depósito de un metro y medio de espesor (frente a los cincuenta centímetros del flujo anterior).

Le seguirían otros flujos piroclásticos que se sumarán a los dos primeros. ¡Herculano quedará enterrada bajo veintitrés metros de lodo volcánico! Este lodo hará avanzar la línea de costa hasta cuatrocientos metros. Esta «tumba» de barro lo sellará todo, impidiendo que el aire penetre y que las bacterias actúen disolviendo materiales orgánicos delicados, como la madera o los textiles, con el paso del tiempo. Por eso, hoy en día, en Herculano todavía es posible ver escaleras de madera, camas, altares domésticos, vigas, puertas, marcos de ventanas, cuerdas, bastidores de ánforas, tabiques de madera noble, artesonados (coloridos y geométricos)… y cunas.

Una curiosidad. Obviamente, nadie ha podido ver ni describir las escenas que tuvieron lugar en la playa y en los *fornici,* pero algunas de las reconstrucciones que acaba de leer, incluida la del barco destruido, se basan en lo que ocurrió en otra parte del mundo en condiciones casi idénticas, el 8 de mayo de 1902, en la terrible erupción que arrasó la ciudad de Saint-Pierre, en Martinica.

Una devastadora corriente piroclástica (el término «nube ardiente», no utilizado por los vulcanólogos pero de gran impacto, fue acuñado en aquella ocasión) arrasó la ciudad, situada en la costa a casi siete kilómetros del volcán, al igual que Herculano. Veintiocho mil personas murieron instantáneamente. En tres minutos, la ciudad se convirtió en la «Pompeya» de los trópicos, y solo quedaron en pie las murallas «alineadas» en la dirección de marcha de la nube…

Solo se salvaron cuatro personas, dos de las cuales murieron en las horas siguientes. Y esto demuestra lo devastadoras que son estas corrientes piroclásticas: las posibilidades de salvarse y continuar con la vida son de una entre catorce mil. Incluso los barcos anclados en el puerto fueron alcanzados por la nube de fuego y se quemaron, matando a todos los que estaban a bordo.

La lectura de los relatos de los socorristas y las fotos tomadas en la época permiten hacerse una idea de lo que ocurrió en Pompeya y Herculano, aunque siempre hay que tener en cuenta que no hay dos erupciones ni dos ciudades iguales.

Anatomía de un asesino: Oplontis y Boscoreale.

Oleada 1, como hemos dicho, es la definición que los vulcanólogos han dado al terrible flujo asesino que arrolló Herculano. Pero ¿qué hay detrás de estas avalanchas de fuego? En primer lugar, no todas son iguales: algunas son «ligeras», compuestas principalmente de gases ardientes, cenizas y muy pocas partículas pesadas, mientras que otras contienen una parte sólida más sustancial y, por tanto, chocan contra las casas, las paredes y las personas como un enorme puño, derribándolo todo y llevándose vigas, tejas y ladrillos. A veces, la misma avalancha se divide en dos: en la parte inferior hay una capa rica en partículas pesadas, a veces incluso grandes rocas, que avanza como un tren (el «puño»), mientras que en la parte superior se destaca una porción mucho más ligera y gaseosa, formando un inmenso frente. Las imágenes de estas colosales nubes, que se elevan formando un altísimo muro en ebullición que lo engulle y lo envuelve todo a su paso, suelen dar la vuelta al mundo. Son tormentas ardientes capaces de destruir cualquier forma de vida. La dinámica precisa del fenómeno aún no se conoce bien, pero el término «huracán incandescente» da la idea.

Sus efectos son bien conocidos. Como señala el vulcanólogo Giovanni Macedonio, una oleada se compone de gases y cenizas muy finas que se pegan a la piel, provocando un intercambio de calor muy eficaz. La muerte, como hemos visto, es repentina y se produce debido al «choque térmico fulminante». Concretamente: el agua del cuerpo se evapora al instante y la sangre deja un «halo» rojizo en la ceniza de alrededor, debido al hierro que contiene la hemoglobina.

También en los huesos vemos manchas causadas por la oxidación del hierro que está presente en nuestro cuerpo; la piel, los músculos y los órganos se disuelven (por eso no se pueden hacer calcos, la ceniza está en contacto directo con los huesos); los huesos largos suelen fracturarse, los dientes se rompen, los cráneos, como

hemos dicho, explotan. Por último, los dedos se contraen en forma de «gancho» debido a la contracción de los tendones y los músculos provocada por el intenso calor.

El color de los huesos también puede indicar la temperatura del flujo piroclástico: si se encuentra entre doscientos ochenta y cinco y cuatrocientos grados, le confiere a los huesos un color marrón rojizo. De cuatrocientos a novecientos grados el color es negro. Si sobrepasa este umbral, los huesos se vuelven blancos, señal de que la calcinación se ha completado…

La misma Oleada 1 que ha matado a todos en Herculano en cuestión de instantes, se cobra más víctimas unos segundos después. En efecto, esta avalancha bajó del volcán en forma de «abanico»; la ciudad costera fue la primera en ser arrollada por estar más cerca, pero ahora es el turno de otros centros más al sur, como Oplontis y las *villae rusticae* que se encuentran entre el volcán y Pompeya.

Villa Regina, en Boscoreale, a un kilómetro de las afueras de Pompeya, fue alcanzada por la avalancha de fuego. El vino sellado almacenado en el interior de la gran *dolia* subterránea ni siquiera fue tocado por el flujo: ya estaba enterrado bajo la gruesa capa de piedra pómez que había caído durante más de doce horas. Y allí permanecerá durante siglos, hasta ser descubierto por los arqueólogos. De esta capa solo asoma la parte superior de la finca y los árboles frutales de los cultivos. El calor y la presión de esta corriente piroclástica (y las siguientes) son tales que los troncos se doblan permanentemente. Hoy en día, todos los turistas pueden ver el calco de un arbolito doblado en forma de «L», testigo mudo de la violencia de estas feroces avalanchas.

El único sirviente que quedaba en la propiedad murió al derrumbarse el techo. Un pequeño cerdo seguía vivo —parece increíble— porque se había refugiado en otro lugar. La oleada lo mató y lo «cocinó». Los arqueólogos han hecho un calco que ahora se puede ver en el interesantísimo museo que hay junto a la villa, dedicado a la agricultura pompeyana y a todos los alimentos y herramientas que se han desenterrado de las granjas romanas…

La Oleada 1 continúa con su aterradora carrera en medio de la noche. La siguiente víctima es otra *villa rustica* más grande. Es la Villa de la Pisanella, la finca que visitamos ayer, donde se encuentra la esposa del banquero. Amante de la naturaleza, pasa la noche en

la villa sin saber que su decisión será fatal: es la «Naturaleza» la que ahora viene a quitarle la vida…

La mujer, junto con tres libertos de confianza, pasó horas de auténtica angustia y se atrincheró en la sala donde se prensan las uvas, el *torcularium,* donde también hay un enorme lagar y, como ya sabemos, un riquísimo tesoro, escondido en una de las cisternas. En la misma habitación, custodiando el tesoro, duerme otro liberto, con cama, mesa, candelabro y arcón para la ropa.

Está claro que la señora ha estado usando la cama durante estas horas, pero es imposible dormir. El polvo irrita y quema la garganta. Lo sabemos porque cuando los arqueólogos hicieron un calco de su torso descubrieron que tenía un grueso «pañuelo» sobre la cabeza y se tapaba la boca con una tela para poder respirar mejor.

Podemos reconstruir los últimos momentos de las cuatro víctimas con la precisión de una investigación policial. Si en Herculano el sonido del mar impedía «oír» la nube ardiente, aquí en el campo la situación es diferente. La avalancha probablemente reveló su llegada, al menos en el último tramo, al levantar los miles de millones de piedras pómez depositadas en las últimas doce horas. Tal vez lo que oyeron fue un ruido creciente de grava, que rápidamente se convirtió en el rugido de una cascada. Piense en sus miradas a la luz de los faroles y del polvo suspendido. En el último momento, dos libertos, Lucio Bricio Eros y Tiberio Claudio Anfio, se reunieron en torno a su señora para protegerla. O para protegerse. La muerte fue instantánea. Por la puerta, la ventana y tal vez incluso el techo entró un chorro ardiente que los envolvió, matándolos con un abrazo de inmenso calor…

Sus cuerpos fueron encontrados por los arqueólogos, tendidos unos encima de otros, completamente enterrados bajo la capa de ceniza depositada por la colosal avalancha ardiente. Se intentó hacer un calco de ellos, pero debido a su posición «entrelazada», solo se pudo hacer el calco de la cabeza de la esposa del banquero. Está tan bien hecho que incluso es posible distinguir detalles de la gruesa trama de la tela con la que la mujer se tapaba la boca, o del moño que llevaba en la parte superior de la cabeza.

El descubrimiento de los restos del tercer liberto, Lucio Cecilio Afrodisio, fue realmente sorprendente: había buscado una salvación

imposible arrastrándose hasta la cisterna donde estaba el tesoro. Lo encontraron con el cuerpo medio dentro y medio fuera, abrazando unos cubiertos de plata. Esto llevó a suponer al principio que se trataba de un ladrón muerto cuando intentaba llevarse el tesoro.

Como era de esperar, se encontraron restos de caballos, pollos y perros (uno de ellos todavía atado). Es extraño haber encontrado a los equinos, que, como hemos dicho, ayudaron a salvar la vida de muchas personas. Sin embargo, un fuerte incentivo para no «irse» fueron las ciento nueve piezas de plata. Para no dejar el tesoro desatendido es para lo que se quedaron los cuatro. Y no se puede descartar que fuera una imposición de la propia ama.

La nube ardiente llega también a Oplontis, donde ayer mismo seguimos un carro lleno de ánforas para entregar el vino que se enviará quién sabe a qué lugar del imperio.

También aquí los arqueólogos se encontraron con una escena dramática. Mientras que la Villa A, también conocida como la Villa de Popea, había sido abandonada precipitadamente debido a los derrumbes, la Villa B estaba llena de refugiados.

Ya hemos visto cómo se organizaban los negocios en esta villa. El destino quiso que su propietario, Lucio Craso Tercio, muriera en esta erupción, también junto a su tesoro… Excavando en la villa, cuando se llegaba a uno de los catorce almacenes del sótano que se abrían al peristilo, ¡aparecieron nada menos que cincuenta y cuatro esqueletos! Están divididos en dos grupos. Uno, más numeroso, en el fondo del almacén; debía de tratarse de los esclavos. El otro, cerca de la entrada que da al peristilo, estaba compuesto por los propietarios y otros habitantes ricos de la zona; lo sabemos porque sus esqueletos estaban llenos de joyas y monedas. El examen médico realizado a los cadáveres reveló una alimentación generalmente muy equilibrada en ambos casos, tanto si se trata de esclavos como de amos. Había dos niños gemelos, ambos con sífilis congénita, una confirmación de la presencia de esta enfermedad en Europa (en su forma menos virulenta) antes del descubrimiento de América.

Además de pendientes de oro en forma de «diente de ajo» con piedras preciosas y colgantes de perlas, también se desenterraron brazaletes en forma de serpiente, collares de esmeraldas y un anillo con Venus y un cupido grabados.

Muy interesante fue el descubrimiento de un neceser, con ungüentos, bases de maquillaje de plomo blanco mezclado con miel, sombras de ojos, dentífricos y… el ancestro de los desodorantes para las axilas, hecho con heno cocido.

Una enorme caja fuerte, una de las más hermosas jamás encontradas en tiempos de los romanos, evidentemente traída aquí por su propietario al principio de la erupción, contenía ciento setenta monedas, así como ungüentarios y otros objetos. Pero el verdadero tesoro se encontró junto a lo que los investigadores creen que es el esqueleto de Lucio Craso Tercio: ¡10.952 sestercios!

Esta enorme suma fue dividida en dos partes: la primera se encontraba en una pequeña caja de madera que contenía el equivalente a 2.204 sestercios, casi seguramente posesiones familiares; la segunda parte estaba dentro de una bolsa que el hombre sostenía contra su pecho, y que obviamente se disolvió con el calor de la erupción: ochenta y seis monedas de oro y treinta y siete de plata por valor de 8.748 sestercios.

Riquezas por lo demás inútiles: el flujo piroclástico no hizo distinción entre ricos y pobres, los sorprendió a todos matándolos al instante.

Una noche de pesadilla

Pompeya.
25 de octubre de 79 d. C., 1:00-6:00; 12-17 horas después de la erupción.

> *HOMNES NEGO DEOS.*
> *¡Niego la existencia de los dioses!*

La noche continúa, una verdadera pesadilla para todos. La columna eruptiva vuelve a subir, recupera fuerzas y sobre la una alcanza la espantosa altura de ¡treinta y dos kilómetros! Prácticamente tres veces la cota de un avión de pasajeros de los que solemos ver volar en el cielo… Es cuando el flujo del volcán llega a su máximo (doscientos millones de kilos de magma salen del cráter cada segundo).

En el transcurso de esas horas, la inmensa columna se derrumba y se recupera varias veces, en una serie de «pulsaciones» que dan lugar, cada vez, a nuevos flujos piroclásticos, los flujos que enterrarán Herculano y Oplontis. La inestabilidad de la columna eruptiva, con su continuo hundimiento y colapso, va asociada a violentos temblores de tierra. Fueron tan potentes que sacudieron toda la zona del Vesubio. Incluso Plinio el Joven, que estaba a unos treinta kilómetros del volcán, estaba aterrorizado. Sus palabras evocan eficazmente toda la angustia del momento.

> Había habido primero durante muchos días un temblor de tierra, que no causó un especial temor pues es frecuente en Campania; pero ciertamente aquella noche fue tan violento que se creería no que todo temblaba, sino que se daba la vuelta.

Mientras tanto, en esta noche infernal, una nueva avalancha se ha descolgado del volcán y embiste de nuevo a las «primeras víctimas» del *Vesubius,* las villas de Terzigno. Este flujo, bautizado como Oleada 2 por los vulcanólogos, solo afecta a los cadáveres y a las casas ya devastadas, cubriéndolas con nuevas capas.

Pero volvamos a Pompeya. ¿Qué ocurre en la ciudad romana?

A diferencia de Herculano, Oplontis y Terzigno, como hemos visto, no ha sufrido la agresión de los flujos piroclásticos. Pero la situación ha empeorado. La caída de piedra pómez no ha cesado, y su nivel ha alcanzado casi dos metros y medio de altura, tanto que ha cubierto la planta baja de las casas, planta baja que ha quedado ya enterrada para siempre. Si hoy se puede visitar la ciudad es gracias a la acumulación de piedra pómez; lo que ha sobrevivido es esencialmente lo que quedó sepultado por la «granizada», es decir, calles, fuentes, plantas bajas de las casas… es difícil encontrar algo más alto entre los restos. Lo que emergió de la piedra pómez fue posteriormente borrado por las corrientes piroclásticas, reduciendo la mayoría de las casas solo a su planta baja.

Imagine el ambiente de una ciudad que se hunde bajo tres metros de pequeñas piedras, que han creado una capa tal que es imposible abrir las puertas de las casas y salir. Sería arrollado por un desprendimiento de piedra pómez. Así, las puertas de las *domus* (que siempre se abren hacia dentro, también por una razón puramente legal: no se puede hacer un uso privado de una zona pública, como son la carretera y las aceras) se atornillan para evitar desprendimientos. Pero es inútil, las inmensas capas de piedra pómez penetran en las casas de todos modos: por las ventanas, por las aberturas del techo sobre el impluvio, por los techos rotos. En los jardines y atrios se forman gigantescas pilas piramidales que se expanden hacia los lados por toda la casa, entrando en pasillos y habitaciones. Incluso hoy se puede ver claramente el nivel «diagonal» que alcanzan estos montones en las casas a lo largo de las paredes de los pasillos, una línea oblicua muy alta…

Las casas son como veleros que se hunden en la piedra pómez y continúan «haciendo aguas». Los que están dentro, conmocionados, suben a los pisos superiores, pero, como hemos dicho, cada vez hay más techos que se derrumban, dejando entrar más piedra pómez letal.

¿Qué hacer? Es un dilema. Si sale al exterior, le caerá una lluvia de piedra pómez y corre el riesgo ser golpeado por las rocas que llueven desde una altura de treinta y dos kilómetros y morir. Es casi imposible respirar, y la niebla hace imposible identificar cualquier dirección de escape. No puede saber adónde ir en una niebla de cenizas que se pegan al cuerpo. Si sube a la planta superior existe el riesgo de que el techo se derrumbe, pero si se quedas en la planta inferior, la piedra pómez puede dejarle atrapado en una habitación y también existe el riesgo de ser aplastado por el techo.

A esto hay que añadir el aire caliginoso que hay por todas partes y que quema los ojos y la garganta… Y los terremotos que sacuden toda la casa. Anoche parecía que iban a derribar toda Pompeya, aterrorizando a la gente con la posibilidad de derrumbamientos. Algo que, de todos modos, ocurre en algunas casas, donde se hunden áticos y tejados debilitados por el peso de la piedra pómez… El horror al que se ven sometidos los pompeyanos es evidente.

Piénselo: ¿qué haría usted?

Los arqueólogos han descubierto las distintas soluciones que adoptaron los que estaban dentro, pero todas tuvieron un desenlace dramático: los que subieron a los pisos superiores murieron por los derrumbamientos; los que permanecieron abajo también fueron aplastados por derrumbamientos o quedaron atrapados; los que salieron a la calle fueron alcanzados por uno de los flujos piroclásticos. Sí, también están en camino…

Ahora puede hacerse una idea cabal del terrible destino de Pompeya, un drama único, una desgracia que quizá ninguna otra ciudad haya vivido con tanta violencia. Es sobrecogedor imaginar lo que todos los habitantes tuvieron que soportar para acabar encontrando de todos modos una muerte segura.

Por eso también, al estar frente a uno de los muchos «cadáveres» (como se refieren a ellos incorrectamente los turistas), hay que tener un profundo respeto por todo lo que padecieron antes de morir.

Tras horas de infierno, la lluvia de piedra pómez y rocas parece por fin amainar, y eso impulsa a muchos a salir de esas casas trampa. Se dirigen en pequeños grupos (normalmente familias) hacia el sur de la ciudad, es decir, lo más lejos posible del volcán,

hacia el mar o en dirección a otros asentamientos. Caminan como autómatas sobre las capas de piedra pómez y ceniza, sobre una extensión informe de color gris claro y bajo un manto oscuro. ¿Dónde están el sol, el azul del cielo, el verde de las montañas, el azul del mar, la palpitante serenidad de los días en Pompeya?

Oleada 3: la muerte envuelve a Pompeya

Suburbios de Pompeya.
25 de octubre del 79 d. C., 6:30; 17 horas y media después de la erupción.

VENTUS.
Viento…

Lo más aterrador de las últimas horas han sido sin duda los terremotos. Quién sabe si la capa de piedra pómez no habrá «apuntalado» de algún modo las paredes y los edificios, impidiendo nuevos derrumbes… En cualquier caso, estos nuevos temblores son realmente atronadores y, como hemos visto, son muchos los que se precipitan al exterior. Incluso el almirante. Escuche en palabras de su sobrino lo que sucedió durante la noche en Estabia.

> Pero el patio desde el que se accedía a su habitación, repleto de cenizas y piedra pómez de tal manera había subido de nivel que, si hubiese permanecido más tiempo en el dormitorio, ya no habría podido salir. Luego que fue despertado, salió fuera y se reúne con Pomponiano y los demás que habían pasado toda la noche en vela. Deliberan en común si deben permanecer bajo techo o salir al exterior, pues los frecuentes y fuertes temblores de tierra hacían temblar los edificios y, como si fuesen removidos de sus cimientos, parecía que se inclinaban ya hacía un lado, ya hacía el otro. Al aire libre, por el contrario, el temor era la caída de fragmentos de piedra pómez, aunque estos fuesen ligeros y porosos, pero la comparación de los peligros les llevó a elegir esta segunda posibilidad.

> En el caso de mi tío venció el mejor punto de vista, en el de los demás venció el temor mayor. Para protegerse contra los objetos que caen, colocan sobre sus cabezas almohadas sujetas con cintas.

Quién sabe cuántos habrán hecho la misma elección. Ciertamente, cualquiera que haya observado las laderas del *Vesubius* desde la costa se habrá horrorizado al darse cuenta de lo mucho que la naturaleza ha sido trastornada por la erupción. Río arriba de Herculano ya no hay bosques, solo una extensión lunar gris, con unos pocos árboles en pie completamente desollados. Los demás están todos en el suelo, tumbados, como si un gigantesco peine hubiera pasado por los flancos del *Vesubius*.

El volcán se ha vaciado parcialmente, pero sigue entrando en erupción, alimentando la colosal columna, que, sin embargo, cede y se derrumba sobre sí misma, dando lugar a un primer flujo piroclástico mortal en dirección a Pompeya, el primer «ataque» directo a la ciudad.

Esta avalancha, bautizada como Oleada 3 por los vulcanólogos, avanza hacia Pompeya en la penumbra del amanecer. Muchos sienten su llegada cuando la piedra pómez se agita y se levanta. Como un tsunami, se acerca a Pompeya a gran velocidad y parece que se va a repetir el triste destino de Herculano, pero en el último momento frena y se detiene justo fuera de sus muros. No puede ir más allá. Sin embargo, cuando se disuelve, deja atrás un gran número de cuerpos inanimados.

Frente al hotel de Cossio Líbano, se encuentran los cuerpos de una rica matrona muy enjoyada y sus tres sirvientas. Justo al salir de la Puerta de Herculano comienza una avenida, bordeada a ambos lados por tumbas (en la época romana estaba prohibido enterrar a los muertos en la ciudad). Dentro del nicho de un monumento funerario un hombre buscó, en vano, un último refugio. El descubrimiento de su esqueleto dará lugar a una leyenda, muy extendida en el siglo XIX, que interpreta aquellos restos como los de un legionario que había permanecido estoicamente en su lugar durante la erupción. Esta anécdota se hará tan popular que incluso la referirá Mark Twain cuando visite Pompeya como periodista en 1867.

Continuamos nuestro paseo sobre la capa de piedra pómez. Frente a la Villa de Diomedes se encuentra el cuerpo sin vida de una mujer que sostiene contra su pecho a un niño recién nacido, mientras que a su lado hay dos niñas. Es casi seguro que el grupo proviene de una de las muchas villas de las afueras de Pompeya…

Un poco más adelante se encuentra la Villa de los Misterios. Es famosa por sus ciclos pictóricos que muestran la iniciación de una mujer en los cultos mistéricos de Dionisos. Allí hay nueve cadáveres, entre ellos un esclavo muy alto y delgado, encargado de vigilar la entrada a la mansión. Lleva cinco monedas de bronce, que constituyen su escaso peculio. También está el cuerpo de una joven. Pero no aparecen los amos, pertenecientes a la familia de los Istácidos. De hecho, la villa está en plena reforma, así que tal vez se salvaron porque estaban en otro lugar. Fueron los trabajadores los que murieron.

En el *criptopórtico,* término «elegante» para designar un corredor o como mínimo un pasadizo cubierto, se encontraron cuatro esqueletos en una brecha abierta en uno de los pequeños arcos. Llevaban platos de barro con comida y recipientes para beber. Estaban esperando el momento adecuado para salir, pero la nube les cogió por sorpresa.

En otra casa, la Villa de Diomedes, se encontraron veinte cuerpos en 1772. Bajo la columnata del jardín apareció el esqueleto del propietario con mil trescientos sestercios y un anillo de plata (que también servía de llave). Junto a él había un esclavo, mientras que dieciocho cuerpos fueron encontrados en un pasillo cubierto, donde también había muchas ánforas de vino apoyadas en la pared. A partir de los objetos encontrados los estudiosos han supuesto que se trataba de un grupo de catorce esclavos que acompañaban a dos mujeres (probablemente la esposa y la hija del propietario de la villa) y a sus dos hijos. Durante la excavación de los cuerpos de estos humildes sirvientes, se encontraron jirones de ropa. Un testimonio de la época dice que llevaban «medias de tela o lona cortadas como calzones largos; y algunos no tenían zapatos». De ser así, sería una prueba más a favor de la teoría de la erupción otoñal. Una de las dos mujeres, la mayor, llevaba un rico conjunto (que incluía un collar de oro y esmeraldas y dos anillos de oro y piedras preciosas). En su huida de la villa, la mujer intentaba llevarse todos

los objetos posibles: en el momento de su muerte llevaba consigo o incluso lleva puestos dos brazaletes y una larga cadena de oro, así como varios anillos.

A partir de este descubrimiento se inicia la moda romántica de la «ciudad muerta» que volvió a cobrar vida a través de la documentación arqueológica. Especialmente llamativo fue el hallazgo de la huella dejada por el cuerpo de la otra joven que murió en el *criptopórtico*. Los arqueólogos, en un intento de salvar al menos una parte de tan dramática prueba de la erupción, consiguieron cortar un bloque de ceniza del que sacar un calco de los pechos y los brazos de la mujer y trasladaron los restos *«hard»* al Gabinete Real de Portici y, posteriormente, al Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, que inmediatamente se convirtió en destino de curiosos de todo tipo y en fuente de inspiración para poetas y escritores. En poco tiempo la mujer, a la que se le dio el evocador nombre de Arria Marcella, se convirtió en el emblema de la sensualidad pagana…

Oleada 4: enterrados vivos por la nube

Pompeya.
25 de octubre de 79 d. C., 7:00; 18 horas después de la erupción.

OMNIA VOTA VALEATIS.
¡Adiós a todos mis deseos!

La lluvia ininterrumpida de piedra pómez ha cesado. El tic-tac amortiguado que ha atormentado los oídos de Pompeya durante toda la noche ya no existe. La gente se mira a los ojos. Alguien retira una baldosa y mira al exterior: sí, no hay moros en la costa. Tal vez este sea el momento adecuado para escapar.

Las formas humanas emergen de varios puntos de la ciudad. Se asoman a un paisaje lunar: Pompeya está semienterrada. Aquí hay otro mito que tenemos que desmentir. Todas las reconstrucciones, novelas y películas que muestran a los pompeyanos siendo arrollados y muriendo mientras corren como locos por las calles de la ciudad son erróneas. De hecho, las «calles» han desaparecido durante más de doce horas bajo un manto de piedra pómez que ahora tiene tres metros de altura.

Muchos de los pompeyanos salen de sus casas… ¡pero por las ventanas y los tejados! Otros emergen de los *impluvia,* escalando la pirámide de piedra pómez que ha invadido la casa. Otros se han refugiado bajo los doseles de los pórticos que rodean los jardines: también en este caso, la «pirámide» de piedra pómez que se ha levantado en el patio ha invadido la casa, pero ha dejado, gracias a su pendiente, un «espacio vital» bajo los doseles de los *peristilii*.

Los techos rotos son también una vía de escape. Pero, como ya hemos dicho, muchas personas permanecieron prisioneras dentro de la *domus*. Desde aquí arriba no se oyen los golpes sordos para

abrirse paso a través de paredes o techos.

Todos los «emergidos» están cubiertos de ceniza pálida y sus rostros están angustiados. Han pasado horas de pesadilla encerrados en habitaciones con tan solo el débil resplandor de las lámparas, con el irritante polvo flotando por el aire, obligados por los constantes derrumbes a buscar nuevos refugios. Los fortísimos temblores han destruido el mobiliario, pero sobre todo han agotado a las personas atrapadas en las *domus,* convencidas de que cada temblor podía matarlas… Para muchos fue así: vieron desaparecer a un familiar o a un amigo en una nube de polvo por el derrumbe de un ático o de un tejado. Por no hablar de los ancianos: muchos abuelos y abuelas han muerto por dificultades respiratorias crecientes o por ataques cardíacos repentinos…

Los supervivientes vagan aturdidos, el paisaje es irreconocible, como si Pompeya se hubiera hundido en un desierto. A través de las dunas asoman tejados, columnatas, estatuas…

Para completar esta visión apocalíptica, el sol está saliendo: un disco suspendido en el aire, de color naranja pálido, como una fría puesta de sol. La visibilidad sigue siendo reducida y esta niebla suspendida convierte las figuras de las personas en fantasmas indistintos.

El final de la lluvia de piedra pómez y ceniza fue una señal para todos: es el momento de organizarse, de abandonar Pompeya, pensaron muchos. Pero muchos otros siguieron atrincherados en sus casas.

En pequeños grupos, comienzan a moverse por este paisaje lunar. ¿Para ir adónde? A cualquier lugar, siempre que esté lejos del *Vesubius*.

Los que viven en la parte occidental de la ciudad se dirigen hacia la costa y el puerto, los que viven en los barrios que dan a la llanura del Sarno se dirigen a Nocera y a las principales carreteras que discurren paralelas a las estribaciones de los Apeninos.

Como náufragos, estos pequeños grupos forman una cola silenciosa, unas cuantas luces que se balancean en la oscuridad. El aire está amortiguado, el polvo se mete en los ojos, solo se habla para instar a los demás a que se den prisa.

Intentemos por un momento sumergirnos en estas calles. La muerte es inminente y esto aumenta su desesperación. Está usted

vagando en un infierno, se siente como si estuviera en otro planeta. Pero no es fácil, tose, sus hijos se caen y lloran. Camina sobre una alfombra de fina ceniza que ha cubierto la inmensa extensión informe de piedra pómez, que no es nada compacta, al punto que en muchos lugares se le hunden las piernas hasta las rodillas.

Recuerdo haber marchado durante unas horas sobre una extensión de fragmentos volcánicos que habían entrado en erupción recientemente en las laderas del Etna mientras filmaba. En las pendientes, cada paso te llevaba de vuelta al punto donde estabas. A veces te preguntabas si alguna vez saldrías. Ahora imagínese niños, ancianos, o simplemente gente en estado de *shock*…

La dirección que hay que tomar no está nada clara. En condiciones normales, muchos de ellos podrían haberse movido por los callejones casi con los ojos cerrados, pero ahora caminan a un nivel muy alto: todos los puntos de referencia (fuentes, cruces, tiendas, etc.) están tres metros por debajo de ellos. Lo que tienen a su alrededor y lo que emerge (aunque sería mejor decir «lo que ha sobrevivido a los derrumbes») son paredes, ventanas, techos. Intente imaginarse a sí mismo teniendo que moverse por su barrio para ir a un recado, caminando a la altura del primer piso… Faltan todos los elementos de referencia habituales en el camino que sigue, como los guijarros de Pulgarcito, y los primeros pisos son realmente irreconocibles. ¿Podría moverse con facilidad y, sobre todo, con rapidez? No; este es uno de los *shocks* más comunes que experimentan las personas mayores cuando tienen que volver a moverse por las calles de su ciudad después de un terremoto. Sin quioscos, con los bancos y las fuentes cubiertas de escombros, ya no reconocen nada.

La marcha continúa en medio de grandes dificultades. Todos se cubren la cara con un paño, algunos llevan una lámpara en la mano. De hecho, todavía hay poca luz y la ceniza suspendida en el aire reduce considerablemente la visibilidad. Pero tampoco pasa nada: lo que les mueve es la esperanza de sobrevivir a los derrumbes de sus casas y a los terremotos huyendo; una esperanza que desgraciadamente es vana.

En efecto, esta «pausa» coincide con un cambio devastador en la dinámica de la erupción. Las piedras pómez ya no caen porque la columna se derrumba. Pero esto significa, como hemos visto, que

otro flujo piroclástico bajará pronto por las laderas de la montaña. Nuevas avalanchas volcánicas, ¡esta vez en dirección a Pompeya!

Se crearán tres avalanchas mortales con media hora de diferencia, denominadas por los vulcanólogos Oleada 4, Oleada 5 y Oleada 6. La primera matará a todos los que encuentre en su camino. La segunda causará estragos, destrozando casas, derribando muros y arrastrando cadáveres por las calles. La tercera combinará ambos aspectos, pero sobre todo irá mucho más lejos que las anteriores, hasta Miseno y Capri. Su nacimiento se anuncia desde el volcán con impresionantes rugidos. Y por un mecanismo perverso, cada avalancha allana el camino a la siguiente, permitiéndole llegar más lejos…

La Oleada 4: una muerte silenciosa para todos.

La llegada de esta avalancha, alrededor de las siete, será fatal para Pompeya y sus habitantes. Tiene el aspecto y la consistencia de un frente de nubes que se desliza sobre el suelo: los tejados de las casas, las columnas, las estatuas, desaparecen uno a uno. No hace ruido, es un asesino sigiloso.

Piense en la nube producida por el derrumbe de las Torres Gemelas, viajando silenciosamente y a gran altura. El impacto de la Oleada 4 es similar, pero la avalancha viaja mucho más rápido y es más densa.

Se trata de una nube caliente (no tan caliente como la de Herculano, quizás alrededor de doscientos grados) de ceniza y gas. Podemos compararla con un viento intenso; no tiene la fuerza para derribar paredes o arrastrar los cuerpos de las personas, pero tiene otra capacidad: la de matar de forma terrible. Uno a uno, los pequeños grupos son atrapados y tragados por la nube. Cuando se despeja no se ve a nadie, como si los hubiera devorado…

En realidad, los cuerpos están ahí, pero enterrados bajo la capa de entre cincuenta y sesenta centímetros depositada por esta avalancha volcánica. Todos los pompeyanos atrapados en esta oleada murieron porque se vieron repentinamente envueltos en una ceniza tan fina como el polvo de talco que ocluyó sus vías respiratorias. Además, hay gases en la nube, como el dióxido de azufre, que al entrar en contacto con el agua de las mucosas, por

ejemplo las lágrimas o incluso la simple saliva, se convierten en ácido sulfúrico.

Esta nube cayó sobre los pompeyanos que huían como una espesa niebla. Cayeron, tratando de cubrirse los ojos y la cara, pero sobre todo la nariz y la boca con un paño. Evidentemente, faltaba oxígeno y los gases contenidos en la nube eran extremadamente agresivos. Mientras que los ojos pueden cerrarse y la boca también, las fosas nasales permanecen expuestas y son muy sensibles, por lo que intentaban protegerlas. Un hecho escalofriante es que la mayoría de estas víctimas tienen los dientes apretados, lo que indica la elección deliberada de no abrir la boca para respirar. Mientras hacían un último y desesperado intento por protegerse, el inmenso manto de fina ceniza los sepultó vivos (o más bien, moribundos). Fue una muerte atroz.

La Oleada 4 cruzó los límites de Pompeya y llegó al puerto, matando a los que esperaban para embarcar (el mar seguía agitado). En los minutos siguientes las voces se apagaron y un silencio sepulcral envolvió a Pompeya. Tan solo unas pocas células de aquellos cuerpos seguían vivas, pero se fueron apagando una a una.

Pasarán dieciocho siglos antes de que los arqueólogos averigüen cómo remodelar esos esqueletos que de vez en cuando emergen de la capa de ceniza.

En Pompeya hay dos tipos de víctimas: las que murieron por los derrumbamientos causados por el peso del «granizo volcánico» o los terremotos, y las que acaban de morir por la terrible Oleada 4. En la capa de piedra pómez solo se pueden encontrar esqueletos; en este último caso, además de los huesos, se encuentra la huella dejada por el cuerpo en la ceniza compactada, lo que permite hacer calcos.

La víctima queda envuelta en fina ceniza, que luego se vuelve dura y compacta. Con el tiempo, los tejidos blandos y los órganos se disuelven, dejando solo el esqueleto, pero la ceniza endurecida alrededor del cuerpo ha conservado perfectamente su forma: lo que queda es una «botella vacía», que se puede «rellenar» con yeso para recuperar los rasgos exactos de la persona enterrada.

El profesor Antonio De Simone, que ha hecho varios calcos importantes, me explicó con detalle cómo hacer uno. Cuando los arqueólogos excavan en la capa de ceniza *(cinerita)* saben que

pueden encontrarse con los restos de las víctimas, por lo que proceden con extrema precaución. Rascando con herramientas muy delicadas, en cuanto aparece un pequeño agujero, hay que «rellenarlo» inmediatamente. Antes se vertía yeso líquido (una ingeniosa técnica inventada por Giuseppe Fiorelli, director del museo de Nápoles y de las excavaciones de Pompeya). Sin embargo, el yeso se filtra por gravedad, con lo que no puede rellenar las zonas del cuerpo que están más arriba. Por ello es necesario utilizar una bomba para introducir cemento líquido a presión (dos atmósferas). Después de dejarlo secar durante dos días, finalmente se puede retirar la ceniza compacta de alrededor del cuerpo. Es una emoción indescriptible ver el rostro de un pompeyano que vuelve a la luz después de casi dos mil años.

Algunos de estos calcos, realizados en distintas épocas y lugares, son realmente impresionantes. En un grupo de seis personas atrapadas por la nube a las afueras de la Puerta de Nola hay una mujer de formas sensuales cuyo calco reveló un rostro increíblemente detallado. Lo mismo puede decirse de tres individuos (un hombre, una mujer y un niño, posiblemente una familia) «descubiertos» a las afueras de la Puerta de Nocera. El calco resultante muestra una nariz, unos labios y unos ojos que parecen pertenecer a una persona real. Pero quizá el ejemplo más increíble sea el de un niño encontrado en un pasillo de la Casa del Brazalete de Oro. Muerto junto con sus padres y un hermano pequeño, parece estar dormido. Apenas se puede creer que su rostro sea «artificial», sus rasgos son perfectos. Lo son sus manos y, sobre todo, su túnica, con tantos plieguecitos.

El grupo que personalmente me parece más sorprendente es el de la Casa de Estabiano (Regio I, insula 22). Se trata de siete personas, entre ellas dos niños, muertas por la oleada mientras corrían sobre la capa de piedra pómez. Los calcos realizados por el profesor De Simone revelan la ropa, las sandalias, pero sobre todo los últimos instantes de su vida. Cuando fueron arrastrados y sepultados por la nube, los adultos soltaron las manos de los pequeños (de hecho se encontraron a cierta distancia) y cayeron al suelo. Algunos se pusieron rígidos y se llevaron los puños a la barbilla o a la cara, como un boxeador que intenta parar un golpe y se encoge.

La escena más conmovedora es la de una mujer embarazada que cayó de espaldas con su hombre, tumbado de lado, junto a su cabeza, intentando taparle la cara con un trozo de su propia ropa. Se fue así, en un último intento de salvar a la mujer que amaba…

¿Cómo es posible que estas personas hayan muerto en esta posición? Cuando uno queda inconsciente por asfixia, cae al suelo y adopta la postura típica de alguien que se ha desmayado. Si se observa con detenimiento, solo hay una explicación para estas posturas «defensivas», con los bustos, las piernas y los brazos contraídos (como si los músculos estuvieran aún tensos): estas personas fueron sepultadas por la corriente cuando aún estaban vivas, cuando intentaban desesperadamente protegerse. Una vez que la fina ceniza los envolvía quedaban sellados, haciendo imposible incluso mover un brazo.

Cualquiera que haya tenido la experiencia singular de quedar atrapado en el barro o en arenas movedizas le hablará de la tremenda fuerza y presión que ejercen los sedimentos. Si es todo el cuerpo el que está enterrado, liberarse es un verdadero desafío.

Entre las víctimas que los turistas pueden ver expuestas en Pompeya, hay sin duda una que llama la atención a todo el mundo. Es un hombre que intentó levantarse haciendo palanca con un codo, una última reacción desesperada ante la inmensa cantidad de ceniza fina que le cayó encima. No lo consiguió y perdió la vida en una posición «imposible» para un muerto.

Para estas posturas anormales, por ejemplo con los brazos cruzados, también se han dado otras explicaciones, como el intenso calor. Pero estas hipótesis no son tan convincentes, sobre todo cuando uno se enfrenta a personas con las extremidades plegadas en estrecho contacto con otras que tienen los brazos extendidos.

Estos cuerpos «reconstruidos» con calcos cuentan algunos detalles valiosos de la nube que los mató, como la velocidad y la violencia que caracterizaron a la Oleada 4. Las víctimas nunca tienen la ropa desordenada, a lo sumo un poco levantada. Además, junto a ellos a veces se encuentran capas dejadas caer al suelo en el último momento. Esto sugiere que el viento que soplaba en la Oleada 4 no era muy fuerte, sino que consistía básicamente en una inmensa calima que avanzaba.

La idea, pues, es que las personas que huían se arrojaron al suelo

e inmediatamente fueron cubiertas por una fina ceniza que cayó repentinamente, asfixiándolas y sepultándolas en unas decenas de segundos, formando una gruesa capa. Por ello permanecen fijados en una posición defensiva.

Después de haber comprendido lo que les ocurrió a estas personas, procede hacer una reflexión. Duele ver a tantos turistas agolparse en torno a las vitrinas que contienen a estas víctimas, haciendo comentarios, bromeando, riéndose, sacando fotos morbosas y llamándolas «momias» de forma despectiva… Hay que recordar siempre que los que están en esas vitrinas no son estatuas, eran «personas», que siguen siendo merecedoras de respeto y dignidad. Imagínese que se diera el mismo tratamiento a las víctimas de la carretera o, por ejemplo, a las víctimas del 11 de septiembre… ¿Tal vez son diferentes las víctimas de Pompeya?

Pero continuemos nuestro viaje en esta terrible mañana. La Oleada 4 ha pasado, viajando tal vez a ochenta kilómetros por hora; nadie habría podido dejarla atrás, y menos sobre esta gruesa capa de piedra pómez… Pompeya es ahora una pálida extensión de ceniza sobre la que los vientos crean pequeños torbellinos. Las ruinas que emergen están todavía intactas, pero son fantasmales.

En el momento del paso de la nube algunas tejas, pero también vigas enteras, cayeron sobre la agonía de las víctimas, y allí las encontrarán los arqueólogos. La nube también mató a los que todavía estaban en casa, penetrando a través de las aberturas del techo en los pasillos y salas. Las cenizas y los gases abrasivos se filtraron por todas partes. Y muchas personas murieron en sus propias casas mientras esperaban que todo terminara.

Entre ellos hay alguien que conocemos bien, Cayo Julio Polibio, el empresario sin escrúpulos. Hasta hace unos minutos seguía vivo, pero ahora está tumbado en una cama tricliniar, al igual que su mujer y su hija. Atrapados en su preciosa casa de la Vía de la Abundancia, habían conseguido sobrevivir a la lluvia de piedra pómez durante horas. Se habían atrincherado en el *triclinium,* cerrando todas las puertas. No estaban solos: había trece personas en total en la *domus* y diez en esta habitación. Había esclavos, pero también estaba la hija embarazada (en otra cama del *triclinium*), que murió de la mano de un joven, probablemente su marido. Quizás fue el embarazo de la hija lo que les imposibilitó moverse y

los llevó a la decisión de permanecer atrincherados en la casa. Otros dos niños pequeños, un niño y una niña, fueron encontrados junto a la niñera.

Julio Polibio murió con el brazo derecho extendido sobre el pecho y en la mano izquierda sostenía una ampolla de cristal que contenía sustancias analíticas, probablemente utilizadas para intentar superar las crisis respiratorias provocadas por los humos y las cenizas causadas por la erupción.

Es significativo observar que no tienen una postura «defensiva», como las demás víctimas. Parece que simplemente se han dormido en sus triclinios. Esto sugeriría que no murieron «en apuros», rodeados de gases irritantes o por colapso o cualquier otra razón, sino que perdieron el conocimiento, probablemente por una falta de oxígeno gradual o rápida, causada por la Oleada 4 o alguna posterior, cosa que también parecen sugerir las ampollas de vidrio.

Julio Polibio fue aniquilado junto con toda su familia, pero no es el único de entre los que conocimos ayer en Pompeya. La mujer que pintaba es otro ejemplo. Hace unos minutos, intentó escapar con su marido y sus dos hijos a través de un pasaje subterráneo que conectaba la villa con el muelle personal de la poderosa familia. Tal vez vieron venir la nube, tal vez el inesperado «descanso» concedido por la lluvia de piedra pómez les había engañado al pensar que era posible probar suerte en el mar… Morirán en un pequeño hueco del pasillo. El hijo, al que la mujer sostenía en brazos, intentó en un último movimiento desesperado desprenderse de su madre, pero murió «congelado» en esa extraña posición. La mujer, cuyo nombre desconocemos, lleva la pulsera de oro que da nombre a la villa y sostiene en sus manos un montón de monedas, entre las que se encuentra, como veremos, la que podría ser la prueba definitiva de que la erupción tuvo lugar en otoño. Quién sabe si en estas horas habrá pensado en Cesio Bajo, el poeta con el que ayer mismo había tenido un casto «coqueteo». El destino ha decidido otra cosa, y ambos yacen ahora sin vida…

En la casa vecina también hay víctimas. En esa gran casa, una de las más lujosas de Pompeya, se encontraron los cuerpos de cuatro personas huyendo por las escaleras. Todos fueron arrollados por la oleada mientras trataban de escapar desesperadamente, tal vez intentando subir de nuevo tras darse cuenta de que las puertas del

fondo estaban bloqueadas por la piedra pómez. Uno de ellos sigue en esas escaleras…

Es precisamente en estos trágicos minutos donde toma forma un mito persistente: el de la noble matrona romana muerta junto a un gladiador tras una salvaje noche de sexo… Todo ello habría tenido lugar en el llamado Quadripórtico de los Teatros, utilizado como *ludus gladiatorum,* un espacio donde tenían lugar las famosas luchas de gladiadores.

En diez de las salas que daban al patio del quadripórtico, los arqueólogos encontraron quince cascos y catorce espinilleras (decoradas), seis tirantes, al menos tres cinturones, una punta de lanza, una espada, dos puñales, escudos, numerosas escamas de hueso pertenecientes a la cota de malla y, por último, un grillete de hierro, utilizado para encarcelar a los esclavos, pero también empleado por los gladiadores.

El Quadripórtico de los Teatros es uno de los lugares, junto con el Gran Gimnasio, donde se han encontrado más cuerpos: un total de sesenta y cinco esqueletos sacados a la luz durante las excavaciones realizadas entre 1764 y 1793. Este edificio fue, por tanto, uno de los lugares más «concurridos» por los pompeyanos que huían, y una explicación plausible es su proximidad a la Puerta Estabiana.

Se encontraron dieciocho cuerpos en una de las celdas del sur. Entre ellos aparecieron los restos de una rica matrona, como demuestra el gran número de joyas encontradas junto a ella, y eso fue suficiente para despertar la imaginación de escritores y periodistas del siglo XIX, que plantearon la hipótesis de una relación amorosa entre ella y un gladiador. En realidad, como se ha mencionado, había dieciocho personas en la pequeña habitación (definitivamente, no hay suficiente privacidad para una relación amorosa), y los restos de la mujer se encontraron en la entrada de la habitación, no dentro de ella. Esto sugiere que la matrona había buscado refugio temporal de la lluvia de cenizas y lapilli y que se había unido a uno de los muchos grupos que deambulaban por Pompeya en esas agitadas horas para escapar de la ciudad. Conocemos bien su rostro… Es la mujer que vimos entrar, con pasos sensuales, en el estudio del banquero Lucio Cecilio Jocundo…

Son tantas las víctimas que yacen actualmente en diversas partes

de Pompeya que es imposible enumerarlas todas. En el Gran Gimnasio se cuentan hasta setenta y cinco, de las cuales seguramente sesenta y ocho murieron debido a la nube ardiente. Los trece individuos descubiertos en el llamado Huerto de los Fugitivos también han pasado a la historia: fueron atrapados por la oleada cuando intentaban salir de la ciudad por la Puerta de Nocera o buscaban un pasaje que permitiera salir de Pompeya (la puerta probablemente se había vuelto intransitable debido a la acumulación de piedra pómez y lapilli).

Otra masacre tuvo lugar en la zona del puerto, donde se encontraron nada menos que ochenta y un esqueletos en los pórticos de las *tabernae* que se levantaban en esta zona, incluido un esqueleto que en el pasado se creyó erróneamente que era el de Plinio el Viejo. La identificación se basó en el hallazgo de una hermosa espada engastada con una concha marina, un arma prestigiosa, sin duda para desfilar; una larguísima cadena de oro enrollada al cuello (como la que llevan los raperos de hoy), y dos brazaletes en forma de serpientes de oro en los brazos. Que todo esto haya pertenecido a un almirante parece muy difícil; la cadena y los brazaletes son objetos típicamente femeninos… Es mucho más probable que este individuo fuera en realidad un ladrón, un canalla que entró en una villa abandonada, un bandido sin escrúpulos que arrebató estas joyas a sus legítimos propietarios muertos en un derrumbe, o, aún peor, un asesino que se llevó estas preciosas joyas por la fuerza.

No muy lejos, en el «motel» fluvial de Murecine, la Oleada 4 mató a los propietarios, dejando a los arqueólogos una hermosa cesta con 300 tablillas enceradas, que constituyen uno de los mayores «patrimonios» de tablillas de todo el imperio.

Pero volvamos a este paisaje de muerte, sobre el que está a punto de caer una nueva fuerza devastadora…

Oleada 5: un puño contra Pompeya

Pompeya.
25 de octubre de 79 d. C., 7:30; 18 horas y media después de la erupción.

> *ADMIRORTE PARIES NON CECIDISSE (…).*
> *Me maravilla de ti, muro, que aún no te hayas derrumbado…*

La columna eruptiva del volcán vuelve a ceder, y esta vez da lugar a un flujo mucho más denso y destructivo, que además encuentra su camino allanado por el anterior. Es una avalancha que incluye piedra pómez y fragmentos de roca de varios tipos, pero también troncos, vigas, tejas, escombros, rocas y árboles arrancados. Un puño devastador listo para golpear a Pompeya… El resultado es que, mientras que la anterior corriente piroclástica era mortal pero no especialmente violenta, la Oleada 5 derriba muros y vuela casas. Si, por algún milagro, algún pompeyano seguía vivo, esta corriente se habría encargado de matarlo.

Un ejemplo de su poder se encuentra cerca de la Casa de los Castos Amantes. En un callejón contiguo, dos hombres murieron y quedaron sepultados por la Oleada 4: el primero quedó completamente enterrado por la avalancha y el segundo, tumbado de lado, asomaba a medias de las cenizas. La Oleada 5 «corta» sin piedad ese cadáver, como una hoja afilada. A pocos metros, un muro que brota del lapilli es derribado en cuatro décimas de segundo. Penetrando a través de las ventanas o los pasillos hace «estallar» habitaciones enteras…

Así como la Oleada 4 era silenciosa, la Oleada 5 es fragorosa. Pero nadie la escucha… Una vez que ha pasado sobre Pompeya,

solo queda destrucción. Recoge los cadáveres, los destroza y les arranca toda la ropa; muchos primeros pisos quedan desintegrados; se ven marañas de árboles sin corteza, y cuerpos desnudos y horriblemente mutilados.

Oleada 6: La asesina del almirante

Miseno.
25 de octubre de 79 d. C., 8:00; 19 horas después de la erupción.

> *MARE NEQUAM.*
> *¡Mar cruel!*

Si hasta ahora los problemas y las terribles destrucciones han llegado desde tierra firme para alterar el paisaje, ahora le toca el turno al mar. Las palabras de Plinio el Joven describen un fenómeno inquietante:

> Ya había amanecido, pero la luz era todavía incierta y tenue. Ya los edificios de los alrededores amenazaban ruina y, aunque nos encontrábamos en un espacio abierto, pero estrecho, el miedo de un derrumbamiento era cierto y grande. Solo entonces nos pareció oportuno abandonar la ciudad; nos sigue una muchedumbre atemorizada, que, prefiriendo seguir el consejo ajeno que el propio (comportamiento que en el temor se asemeja a la prudencia), con su densa columna nos presiona y empuja en nuestra marcha. Una vez que dejamos atrás nuestras casas, nos detuvimos. Entonces vivimos muchas experiencias extraordinarias, muchos temores. Pues los vehículos que habíamos mandado llevar con nosotros, aunque el campo era completamente llano, empezaron a moverse en direcciones opuestas, y ni siquiera calzados con piedras permanecían quietos sobre el mismo sitio. Además, veíamos que el mar se retiraba sobre sí mismo y se replegaba como empujado por los temblores de la

> tierra. Desde luego, la costa había avanzado y gran cantidad de animales marinos se encontraban varados sobre las arenas secas.

El mar retrocede. En realidad es el resultado indirecto del vaciado de la cámara de magma, que hace que el suelo se hinche y el fondo marino emerja de las olas. Pero el *Vesubius* tiene reservado algo más.

En la cámara de magma los gases presionan con menos fuerza contra la pared. Y la cantidad de magma también es menor que al comienzo de la erupción, de modo que las paredes comienzan a colapsar y de repente toda la cámara de magma se derrumba. Todo el sistema de agua geotérmica que rodea la cámara penetra en su interior, creando los fuertes rugidos y temblores que sintió Plinio el Joven. Y es entonces cuando una inmensa serie de corrientes piroclásticas, poco densas pero de gran energía, desciende desde las laderas del *Vesubius,* extendiéndose esta vez de forma uniforme y radial a lo largo de quince kilómetros. Es la mortífera Oleada 6, un «tsunami» de gas y ceniza volcánica que encuentra el camino expedito por las dos corrientes piroclásticas anteriores. Una enorme nube que derriba todos los muros más altos de Pompeya, sin duda la oleada más devastadora. Deja un depósito de casi un metro y medio, casi tres veces más que las otras dos oleadas.

Este flujo negro e inmenso también se extiende hacia el mar. Se desliza sobre las olas, llega a Capri y llega hasta Miseno, es decir, a treinta kilómetros de distancia. Estas son las palabras de Plinio el Joven:

> Por el lado opuesto una nube negra y espantosa, desgarrada por ardientes vapores que se retorcían centelleantes, se abría en largas lenguas de fuego, semejantes a los relámpagos, pero de mayor tamaño. Entonces aquel amigo de mi tío que había venido de Hispania, según te he comentado, nos dijo ya con más viveza y energía «Si tu hermano, si tu tío, está todavía vivo, quiere que os pongáis a salvo; si ha muerto, ha querido que le sobrevivieseis. Por ello, ¿por qué os demoráis en buscar la huida?». Le respondimos que no estábamos dispuestos a preocuparnos de nuestra

salvación, mientras no tuviésemos noticias de la suya. Él, sin detenerse más tiempo, sale corriendo y se aleja del peligro a toda velocidad. Poco después aquella nube empezó a descender sobre la tierra y a cubrir el mar; había ya rodeado y ocultado la isla de Cápreas, y había borrado de nuestra vista el promontorio de Miseno. Entonces mi madre empezó a rogarme, a suplicarme, a ordenarme que huyese del modo que fuese; diciéndome que un hombre joven podía hacerlo, pero que ella, entorpecida por la edad y su exceso de peso, no podía, y que moriría en paz, si no había sido la causa de mi muerte. Yo le respondí que no me pondría a salvo, a no ser con ella; después, asiéndola de la mano, la obligo a acelerar el paso. Me obedece con dificultad, y se reprocha ser la causa de mi demora. Ya caía ceniza, pero todavía escasa. Volví la vista atrás: una densa nuble negra se cernía sobre nosotros por la espalda, y nos seguía a la manera de un torrente que se esparcía sobre la tierra. «Salgamos del camino», le dije, «mientras podamos ver, para no ser derribados al suelo y pisoteados en la oscuridad por la muchedumbre que nos sigue». Apenas nos habíamos sentado un poco para descansar, cuando se hizo de noche, pero no como una noche nublada y sin luna, sino como la de una habitación cerrada en la que se hubiese apagado la lámpara. Podías oír los lamentos de las mujeres, los llantos de los niños, los gritos de los hombres; unos llamaban a gritos a sus padres, otros a sus hijos, otros a sus mujeres, intentando reconocerlos por sus voces; estos se lamentaban de su destino, aquellos del de sus parientes; había incluso algunos que por temor a la muerte pedían la muerte; muchos rogaban la ayuda de los dioses, otros más numerosos creían que ya no había dioses en ninguna parte y que esta noche sería eterna y la última del universo. Y no faltaban quienes, con sus temores irreales y falsos, exageraban los peligros reales. Venían a decir que en Miseno se había desplomado una parte, que otra estaba ardiendo; todas estas noticias

> eran falsas, pero encontraban quienes las creyesen. De pronto se produjo una tenue claridad, que nos pareció no el anuncio de la llegada del día, sino de la aproximación del fuego. Pero las llamas se habían detenido algo más lejos; luego las tinieblas vinieron de nuevo, las cenizas cayeron de nuevo, esta vez abundantes y densas. Poniéndonos de pie repetidamente la sacudíamos de nuestra ropa; de otro modo hubiésemos quedado enterrados e incluso aplastados por el peso. Podría vanagloriarme de no haber dejado escapar ni un gemido, ni una voz más alta que otra en medio de peligros tan grandes, si no hubiese creído que moriría con todo el mundo, y todo el mundo conmigo, consuelo mísero, pero grande, de mi condición mortal. Finalmente, aquella oscuridad se desvaneció y se dispersó a la manera de humo o de una nube; después se vio la luz del día, un día verdadero; el sol también brilló, amarillento, sin embargo, como suele brillar en los eclipses. Recorríamos con ojos todavía aterrorizados todos los objetos cambiados y sepultados en una profunda capa de ceniza como si se tratase de nieve. Regresamos a Miseno y luego de haber recuperado nuestras fuerzas lo mejor que pudimos, pasamos la noche en tensión, suspensos entre el temor y la esperanza. Se imponía el temor, pues los temblores de tierra continuaban, y muchos, que habían perdido la razón, con sus tétricos vaticinios convertían en objeto de burla las desgracias ajenas y las suyas propias. Nosotros, sin embargo, ni siquiera entonces, aunque hubiésemos sufrido los peligros y todavía esperásemos otros, teníamos la intención de partir, hasta que no tuviésemos noticias de mi tío.

En efecto, el almirante está en el peor lugar del planeta en este momento. Con las primeras luces del amanecer, Plinio el Viejo se encuentra en la playa intentando, evidentemente, establecer contacto con sus barcos. Pero el mar, como nos dice su sobrino, sigue tormentoso.

> En cualquier otro lugar era ya de día, pero allí era de noche, una noche más densa y negra que todas las noches que haya habido nunca, cuya oscuridad, sin embargo, atenuaban el fuego de numerosas antorchas y diversos tipos de lámparas. Mi tío decidió bajar hasta la playa y ver sobre el lugar si era posible una salida por mar, pero este permanecía todavía violento y peligroso. Allí, recostándose sobre un lienzo extendido sobre el terreno, mi tío pidió repetidamente agua fría para beber. Luego, las llamas y el olor del azufre, anuncio de que el fuego se aproximaba, ponen en fuga a sus compañeros, a él en cambio le animan a seguir. Apoyándose en dos jóvenes esclavos pudo ponerse en pie, pero al punto se desplomó, porque, como yo supongo, la densa humareda le impidió respirar y le cerró la laringe, que tenía de nacimiento delicada y estrecha y que con frecuencia se le inflamaba. Cuando volvió el día (que era el tercero a contar desde el último que él había visto), su cuerpo fue encontrado intacto, en perfecto estado y cubierto con la vestimenta que llevaba: el aspecto de su cuerpo más parecía el de una persona descansando que el de un difunto.

Así es como murió el gran almirante, según un superviviente. Sabemos que su sobrino escribió esta carta para «rehabilitar» la figura de Plinio el Viejo, a quien algunos habían criticado por su infructuosa gestión de la misión de rescate.

Sin embargo, hay un dato que parece interesante: se tardó tres días en encontrarlo. Plinio el Joven nos dice, al menos indirectamente, que las condiciones tardaron tres días en estabilizarse, lo que les permitió entrar de nuevo en la zona para empezar a buscar el cadáver del almirante Plinio el Viejo. En un momento dado se decidió que la erupción había agotado su función asesina, al menos por el momento…

El almirante vuelve a casa

Miseno.
28 de octubre de 79 d. C.; cinco días después de la erupción.

ARMA VIRUMQUE.
[Canto] a las armas y al hombre…

Las cuadrirremes atracan suavemente. Los ojos pintados en la proa tienen una mirada vidriosa, como si no pudieran entender lo que han visto. A lo largo del muelle hay un gran bullicio: soldados, esclavos y personal de todo tipo que se han apresurado a llegar, se preparan para recibir a los pasajeros. Con movimientos rápidos, un marinero lanza un cabo que se ata rápidamente a un bolardo, y al mismo tiempo se baja una pasarela del barco. El primero en desembarcar es un anciano con el pelo blanco alborotado por el viento. Es un rico propietario de una de las villas de la costa. Luego, uno a uno, descienden los pocos supervivientes, recuperados principalmente de las zonas marginales afectadas por la catástrofe. Es una multitud de personas conmocionadas, con la mirada perdida, las túnicas sucias y ceniza aún en el pelo. Algunos tienen terribles quemaduras en los brazos y la espalda, otros tienen heridas vendadas de cualquier manera, y otros simplemente quieren acabar de una vez: ¿qué sentido tiene vivir después de ver morir a sus hijos u otros familiares?

Estas cuadrirremes forman parte del primer grupo de rescate que logró desembarcar y explorar los lugares de la tragedia, empezando por las zonas periféricas, como Estabia, donde fue posible establecer una cabeza de puente.

Una mujer baja sostenida por un soldado, respirando con gran dificultad, el calor le ha «quemado» los pulmones. Una niña, en

cambio, grita cada vez que le tocan la piel, completamente quemada.

Estos son los casos más graves, traídos aquí a la base, el único lugar de la costa donde se han reunido varios médicos y se ha instalado un hospital de campaña. El estado de emergencia es máximo, como también lo sería hoy día, con miles de personas arrolladas en pocas horas por una de las mayores catástrofes de la historia. Algunos de los marineros desembarcan llevando en sus brazos niños gravemente quemados. Están agotados y sus grandes ojos negros buscan desesperadamente a alguien conocido a quien abrazar. No les quedan lágrimas para llorar.

Hay mucha gente en el muelle esperando ver a un familiar o amigo bajar de los barcos. Cuando lo hacen, se abrazan y lloran en un ambiente de tristeza.

Una vez han desembarcado los vivos, es el turno de los muertos. Están envueltos en sudarios y durante la travesía han ocupado todo un sector de una cuadrirreme. La mayoría de las víctimas, imaginamos, fueron incineradas en el lugar (usando probablemente también vigas de las casas y muebles que emergieron de los escombros), pero estos muertos son «diferentes»: entre ellos están los cuerpos de los marineros de la torre de señales situada en Villa Rectina. Hasta el último momento estuvieron enviando señales luminosas… antes de quemarse vivos. Ahora vuelven a casa, con sus camaradas, y las mortajas ocultan su espantoso aspecto.

Los ojos de Rectina están velados por las lágrimas; los conocía a todos. Ella también es una superviviente, Tito Suedio Clemente consiguió ponerla a salvo. Los habíamos dejado mientras se alejaban de Herculano. Entonces se derrumbó un puente en la carretera y les obligó a detenerse. Por la noche sintieron el aliento caliente de los flujos piroclásticos y vieron el resplandor del barco en llamas frente a la costa. Intentaron volver sobre sus pasos para averiguar qué había pasado y ayudar a los supervivientes, pero nada más avistar los suburbios tuvieron un terrible encuentro: se toparon con lo que quedaba de un grupo entero al que el aliento abrasador había alcanzado en plena huida. En medio de la calle no quedaban ya más que esqueletos humeantes, algunos entrelazados en un último y desesperado abrazo, otros con los brazos cruzados y las muñecas retorcidas, posiciones antinaturales que solo podían

explicarse por las altísimas temperaturas.

Y luego el cadáver de aquel anciano, no alcanzado por las llamas pero muerto de todos modos por el calor, con la mirada fija y la boca tapada… Rectina estalló en lágrimas histéricas e incontrolables, y Tito Suedio Clemente comprendió que ir más allá sería un suicidio. De nuevo tomaron la carretera de Nápoles, justo a tiempo para no ser arrollados por uno de los muchos flujos de lodo que más allá de la costa estaban sepultando Herculano…

Llegaron a Bayas tras un interminable viaje, dejando atrás casas y templos derruidos. Rectina, agotada, fue recibida por algunos amigos de la familia que la rodearon con mil atenciones. Tito Suedio Clemente partió de inmediato para apresurarse a regresar a Roma e informar al emperador Tito (que ya había sido avisado por el sistema de torres con señales ópticas) y, sobre todo, para organizar la ayuda de la capital del imperio lo antes posible.

Rectina está hoy aquí en el muelle porque sabe que las cuatro primeras cuadrirremes de la flota consiguieron entrar en las zonas periféricas de la erupción, que se consideraban «prohibidas» desde hacía días. Mientras esperaba su llegada, se fijó que entre la multitud destacaba un pelo desgreñado como solo lo lleva una persona en el mundo… Pero al apartarse de la multitud no pudo ver su cara. Se abrió paso entre la muchedumbre y cuando lo alcanzó gritó su nombre… Y él se dio la vuelta: ¡Saturnino!… Estaba cansado, tenía una gran herida en la sien, pero cuando vio a Rectina se le iluminó la cara. Se abrazaron durante mucho tiempo, desahogando en ese gesto toda la angustia que habían experimentado durante aquellos terribles días.

La historia de Saturnino recuerda a la de Rectina. Se salvó porque escapó. Se salvó porque huyó a caballo hacia el norte, hacia Pozzuoli y Bayas, donde su familia tiene propiedades. Pero no hubo forma de trasladar a su padre y a su abuela, que querían quedarse en Herculano. Luego se enteró por otro superviviente, que también había escapado a caballo justo a tiempo al anochecer, de que los dos se habían trasladado silenciosamente a la playa junto con todos los demás herculanos, a la espera de ser rescatados por el mar. Su padre dirigía el proceso de asignación de plazas en las bahías, animando a quien estaba delante y siempre con una buena palabra para tranquilizar a los que estaban aterrorizados. Ya no sabe nada

de ellos.

Como Rectina y tantos otros, él también está aquí en el muelle con la esperanza de volver a ver a parte de su familia… En su corazón, como en el de todos, también tenía la esperanza de ver al almirante volver con vida, una figura carismática cuya contribución pudo haber sido fundamental en aquel momento de emergencia, pero los rostros tensos de los marineros a bordo y los símbolos del luto más grave señalados por algunas banderas izadas en una cuadrirreme, así como la presencia de la guardia de honor de sus guardias personales alineados en el muelle a ambos lados de la pasarela, revelaban ya a todo el mundo, nada más entrar en el puerto, la respuesta a las numerosas preguntas sobre la suerte de Plinio el Viejo.

El cuerpo sin vida del almirante, lavado y vestido con una túnica limpia, es desembarcado llevado a hombros por algunos marineros. En su pecho lleva un espléndido gladio, tachonado de piedras preciosas y con una hermosa concha (símbolo de Venus) cincelada en su vaina. Si no fuera por su palidez, parecería dormido. Además, su rostro sereno parece sonreír. Se hace un silencio en el muelle, tan solo roto por algunos gritos y el sonido del mar, que ha vuelto a la calma tras días de tormentas. Su hermana Plinia y Plinio el Joven le esperan en el muelle. La mujer se le acerca con la cabeza cubierta por un velo y las mejillas llenas de lágrimas. Alarga la mano y acaricia con cariño la mejilla de su hermano. El sobrino, por su parte, estalla en lágrimas incontrolables. El almirante ha vuelto a casa: será incinerado con todos los honores.

Rectina también llora, y a través de sus lágrimas no puede distinguir la última figura que acaba de aparecer y que está desembarcando de una cuadrirreme. Luego se limpia los ojos con el dorso de la mano y se le escapa un grito. El del pelo sucio y desordenado es… Flavio Cresto. Su cara está cubierta de ceniza y su mirada es apagada, pero cuando se encuentra con la de Rectina, su rostro vuelve a la vida. Ha visto morir al almirante; esa noche estaba en casa de Pomponiano, refugiado con otros conocidos en la casa del rico romano. Se salvó porque volvió a entrar en su propia casa.

Fue él quien más tarde descubrió el cuerpo sin vida del almirante, tendido en una sábana junto al mar. Parecía estar aún

vivo. Cuando se le acercó lo llamó incluso, convencido de que solo estaba durmiendo… Pero su vida se había esfumado… Flavio fue subido a bordo antes que los demás para dar testimonio de la muerte del almirante.

Pomponiano no quiso saber nada de venir a Miseno: recogió todas sus pertenencias y se trasladó con su familia a Capri, donde tiene otra *domus*. Desde allí pretende dirigir las imponentes obras de reconstrucción de la villa faraónica de Estabia y ocuparse de sus propios asuntos. En efecto, ahora que todo se ha puesto patas arriba, y que muchos de sus competidores han muerto, desde su punto de vista de empresario se abre un inesperado horizonte de posibles beneficios… *Business is business,* incluso hace dos mil años.

Tras un cordial saludo a Rectina y Saturnino, Flavio Cresto sigue al féretro del Almirante, tristemente llevado por un camino ascendente, el mismo por el que lo vimos hace solo unos días a bordo de una litera, con su secretario tropezando casi a cada paso…

Lo que acabamos de describir es una página de esta tragedia en la que nunca se piensa… el día después. No hay relatos, textos ni testimonios, pero no es difícil imaginar lo que ocurrió.

Empecemos por Miseno, donde estamos ahora. En primer lugar, la ciudad tuvo que recuperarse tras el espantoso paso de la «nube negra»; gestionar la emergencia en la base (Plinio el Joven habla de los incendios en la ciudad que se produjeron con la llegada de la terrible Oleada 6); comprobar el estado de la flota; organizar las operaciones de rescate, tanto para ayudar a la gente corriente que había sobrevivido a los flujos como para ir en busca de Plinio el Viejo, del que no se tenía noticia.

El cuerpo sin vida del gran almirante, según cuenta Plinio el Joven, fue encontrado en una playa después de tres días. Esto significa que durante tres días el volcán (y quizás también el mar tempestuoso) impidió que nadie del exterior se acercara a él. Ni siquiera fue posible llegar a una zona que, como hemos visto, no era ni de lejos el epicentro de la catástrofe: Estabia, que además tenía un lugar de desembarco fácil por mar.

Una vez desembarcados en Estabia, los marineros-rescatadores entraron en una serie de villas semienterradas y parcialmente derruidas de enormes dimensiones. Así pues, los ricos y los

aristócratas tuvieron una vía de escape preferente en los primeros intentos desesperados de rescate.

La primera parada fue Estabia, con sus grandes villas y su fácil acceso. ¿Y después?

Herculano y sus magníficas villas costeras también fueron de los primeros lugares a los que se llegó. Tal vez porque era posible hacerlo por tierra, bajando desde el norte, pero desde luego con mucha precaución, dada la cercanía de la boca eruptiva. Imagínese lo que les debió de parecer a los socorristas que llegaron por mar y vieron barcos quemados flotando; muy pocos en realidad, dado el mar embravecido de los días anteriores. Algunos estaban anclados al fondo del mar, otros iban a la deriva. Solo el casco, protegido del agua, había sobrevivido.

¿Y Herculano? La ciudad ya no existía. Desaparecida… A bordo de los barcos de rescate de la marina nadie podía entenderlo. En su lugar solo había un gran flujo oscuro y fangoso que cubría toda la costa. Incluso algunas villas, como la Villa de los Papiros, habían desaparecido literalmente. Para acentuar esta sensación de catástrofe solo había que mirar la ladera detrás de la ciudad: ningún rastro de bosque, únicamente una extensión estéril. Y luego el mar…

Quién sabe cuántos cuerpos recuperarían los socorristas; estaban flotando en el agua, algunos de ellos carbonizados. Al acercarse a la orilla se percibía el olor a quemado, y a veces surgían del barro huesos y cráneos literalmente «cocidos», que aún no se habían endurecido del todo. Una vez desembarcados, tuvieron que resignarse a que nadie respondiera a sus llamadas. Todo era silencio y huesos calcificados. ¿Adónde habían ido los cuatro mil habitantes?

Incluso Oplontis había desaparecido, sumergida por la lava.

¿Y Pompeya?

Cuando finalmente se intentó el acercamiento por mar apareció una geografía totalmente convulsa. El puerto estaba irreconocible, la piedra pómez flotaba por todas partes y había creado pequeñas lenguas de tierra. El río había arrastrado todo tipo de escombros hacia el mar. Aquí y allá había madera, árboles, tejas, textiles y segmentos de columnas que podían verse emergiendo de la extensión de piedra pómez, arrastrados por la furia de las corrientes

piroclásticas.

Aunque fuera casi imposible escapar de todo esto (hemos visto el caso de Saint-Pierre), el hecho de que Pompeya tuviera muros muy gruesos, la presencia de salas subterráneas o incluso la simple casualidad podrían, en mi opinión, haber creado condiciones para sobrevivir. Pienso sobre todo en aquellas salas ya semienterradas por la piedra pómez que pudieran haber creado una barrera capaz de resistir las corrientes piroclásticas. Si esto hubiera ocurrido, la única forma de sobrevivir habría sido intentar salir cavando después de que las nubes asesinas hubieran pasado. De hecho, algunas víctimas fueron encontradas atrapadas en las casas: habían intentado derribar paredes y techos. Muchos murieron por los derrumbamientos, pero no está claro si intentaron salir durante la lluvia de piedra pómez o después de las avalanchas. Si alguien en estas condiciones lograba sobrevivir (protegido dentro de «búnkeres» improvisados, al igual que uno de los dos supervivientes de San Pedro), tenía que enfrentarse al dilema de cómo salir, de cómo alcanzar la superficie, abriéndose paso entre la piedra pómez y la capa dejada por las distintas oleadas. Muchos, imagino, murieron por falta de aire, agua y comida, literalmente enterrados vivos. Pero si alguien hubiera «vuelto a salir» a la superficie, habría sido visto por los socorristas que deambulaban conmocionados por el puerto, donde la ayuda era más fácil de conseguir.

La extensión de ceniza llegaba hasta donde alcanzaba la vista, un «desierto» gris claro con dunas y depresiones, una escena fantasmagórica que debió de dejar boquiabiertos a los primeros rescatadores. Si pensamos en la superficie lunar donde aterrizaron los astronautas podemos hacernos una idea de cómo era Pompeya: una desolación infinita de la que emergían tejados destrozados, muros derruidos, vigas, estatuas dobladas, ramas y troncos descortezados, columnas rotas y un sinfín de escombros de todo tipo. Las torres de defensa de la ciudad habían resistido en la desolación general y seguían en pie, como baluartes inútiles de una extensión de ceniza.

Las cuádrigas que coronan la Puerta de Herculano podrían haber resistido, porque estaban alineadas con la dirección de los flujos. Pero su bronce dorado era ahora mate y faltaban algunas partes, desgarradas por la violencia de las avalanchas. Los rescatadores

debieron de vigilar constantemente el volcán que, en la distancia, seguía en erupción, provocando todavía fuertes temblores.

No se supo nada más de Terzigno hasta mucho más tarde, cuando algún atrevido encontró ladrillos (sí, solo eso) esparcidos por una amplia zona y paredes que sobresalían de la superficie… Nocera había sufrido daños considerables por la piedra pómez, pero no había sido destruida por las nubes piroclásticas. Aquí es donde, con toda probabilidad, se dirigía Novela Primigenia la noche anterior a la erupción, en compañía de su nuevo amante. Que se salvara o no es tan solo una suposición nuestra.

Continuemos nuestra exploración. ¿Qué pasó con los otros sitios que visitamos? Murecine ha desaparecido. Las granjas de Boscoreale y Pisanella solo fueron redescubiertas, siglos más tarde, por los arqueólogos.

Seguramente, como en todas las tragedias, no faltaron los carroñeros. Muchos encontraron y se apoderaron de anillos, collares, jarras de plata, a veces tomando todas estas riquezas directamente de los cadáveres (hemos visto el caso del ladrón que fue al principio confundido con Plinio el Viejo). Después de la erupción alguien intentó hacer una excavación clandestina. Podemos figurarnos que muchos fueron sorprendidos y ejecutados; no tenemos pruebas, pero también podemos imaginar que las autoridades impusieron una especie de «ley marcial» en la zona en los meses posteriores a la catástrofe. ¿Se desplegaron tropas para proteger el área de Pompeya y Estabia? Es lógico suponerlo, pero no podemos estar seguros. Y los «buitres» podrían, en cierto sentido, haber sido las propias autoridades romanas…

Tito fue informado inmediatamente de la tragedia, probablemente en pocas horas, gracias al sistema de torres de señales y mensajeros. La distancia entre Roma y Pompeya es de solo doscientos cuarenta kilómetros y, como buen emperador, acudió en persona al lugar de la catástrofe, para reconfortar y asegurar que la ayuda a la reconstrucción estaría en el centro de sus pensamientos (y de los del Senado). Es fácil imaginar las escenas que contempló: tal vez los familiares de los supervivientes deambulaban por Pompeya, una forma de permanecer cerca de sus seres queridos o amigos sepultados por las coladas de lava; otros custodiaban propiedades; otros intentaban recuperar sus posesiones. Pero el

emperador quizás también acudió a las zonas afectadas inmediatamente por otra razón. Muchos aristócratas y senadores tenían villas en estos lugares (pensemos en César y Cicerón). La costa vesubiana había sido el buen retiro de muchas familias durante generaciones, y Bayas era considerada la Acapulco de la *jet set* romana. El emperador sabía que su presencia allí le daría más crédito a los ojos de las familias importantes que tenían miembros en el Senado romano, demostrando en este caso ser un político más experimentado que el populista Nerón.

Tito permaneció en la zona durante algún tiempo. Sabemos que después tuvo que regresar a toda prisa a Roma, donde entretanto se había producido otra tragedia, un enorme incendio que se declaró repentinamente (todavía estaba fresco el recuerdo del devastador incendio que había arrasado la ciudad apenas once años antes). Regresó a Roma en febrero, otro indicio de que la erupción tuvo lugar en otoño y no en verano: resulta bastante difícil creer que Tito estuviera fuera de Roma durante tanto tiempo…

Pero quizás su presencia en la costa vesubiana tuviera un lado más oscuro. Nombró una «comisión» de procuradores del catastro compuesta por dos magistrados extraordinarios, los *curatores restituendae Campaniae,* para evaluar los daños, llevar ayuda a la población superviviente y ver si Pompeya podía reconstruirse. Muchas personas lo pidieron. Para no levantar sospechas de favoritismo, el nombramiento se hizo por sorteo entre los miembros de la clase ecuestre. Pero la comisión le dijo al emperador que Pompeya nunca podría volver a renacer de esa extensión lunar. Tal vez la consideración puramente económica de que la producción de vino de Pompeya estaba en tal crisis que ya no valía la pena intervenir influyó decisivamente en esta decisión. En pocas palabras, era un completo desperdicio gastar colosales sumas de dinero excavando entre el lapilli y reconstruyendo nuevas casas sobre los restos de las anteriores y de toda una ciudad que, de todos modos, llevaba ya tiempo en crisis. Y en el caso de Herculano, ni siquiera estaba claro dónde había ido a parar la ciudad, que parecía haberse hundido en las profundidades de la Tierra junto con sus habitantes…

Así que ocurrió algo desconcertante: seguramente se decidió abandonar la ciudad a su suerte, pero todo lo que pudo encontrarse

de valor quedó confiscado por las autoridades imperiales y fue subastado. Estas riquezas fueron compradas por familias ricas, tanto de los alrededores como del resto del imperio, y el producto de la venta se destinó a reponer las arcas imperiales, que estaban perpetuamente «hambrientas»… Pompeya sufrió más bien el destino de una ciudad conquistada que el de una ciudad rescatada; en cierto sentido se había convertido en «propiedad» del Estado, excepto, imaginamos, en aquellos casos en los que el legítimo propietario podía demostrar la posesión directa o la herencia de una casa.

Desde luego, esta falta de delicadeza no era desconocida: ¿acaso la mesa de mármol que los arqueólogos encontraron en una *domus* de la Vía de la Abundancia no pertenecía a uno de los asesinos de César? Y solo unos años más tarde, ¿no desencadenó Trajano una larga campaña contra Dacia (la actual Rumanía) con el único objetivo de apoderarse de las minas de oro y de un fabuloso botín, una avalancha de dinero que se volcó en las arcas imperiales y permitió una nueva edad de oro para el imperio, de la que también disfrutó Adriano durante años?

Sabemos que una de las primeras zonas que los romanos quisieron sacar a la luz fue el Foro. Y como hoy se puede ver, el suelo está cubierto solo de ladrillos, mientras que antes, como ya dijimos, estaba totalmente cubierto de reluciente mármol…

El profesor Antonio De Simone destacó que el Foro era una zona rica en estatuas, bronces y mármoles preciosos que habían sido colocados allí recientemente tras el terremoto del 62 d. C. Era una zona «fácil» de excavar, ya que al ser tan grande no había riesgo de desprendimientos.

Imaginamos que fue precisamente en esa ocasión cuando se desenterraron las tiendas de los banqueros, y de su interior se extrajeron las cajas con contratos y objetos de valor, razón por la que nunca han sido halladas por los arqueólogos. Como ya hemos mencionado, no sabemos qué pasó con el archivo del banquero Lucio Caecilio Jocundo. ¿Fue confiscado por las autoridades imperiales? ¿O acaso el banquero logró escapar en un carro con ese preciado «tesoro»? No tenemos «noticias» de su paradero, pero es muy probable que muriera: si hubiera sobrevivido (y con él su archivo) seguramente habría hecho realizar excavaciones en la *villa rustica* de la Pisanella para recuperar el fabuloso tesoro de plata. O

incluso solo para dar a su esposa un entierro decente…

Es lógico pensar que, como primera medida, las autoridades imperiales excavaran y abrieran los archivos del «municipio» de Pompeya para hacerse con una lista de los ciudadanos y sus propiedades. Si los propietarios legítimos hubieran sobrevivido, se habría autorizado la excavación de los bienes enterrados. De hecho, todo indica que el panadero de la *domus pertusa,* N. Popidio Prisco, fue uno de ellos. Pero una vez superada esta primera fase «depredadora», Pompeya fue cayendo en el olvido.

Nocera, solo parcialmente afectada, se recuperó. Después de solo cinco años se restauró la carretera que la unía a Estabia. La propia Estabia volverá a la vida (aunque tardará más de veinte años), mientras que en Oplontis, donde solo se reconstruirán las conexiones, no hay rastros de nuevas estructuras. Incluso Murecine renacerá: la estructura del «motel» del Sarno servirá de base para la construcción de un nuevo edificio que, sin embargo, será barrido en el año 472 d. C. por una nueva erupción.

Otras zonas que no fueron especialmente afectadas reanudaron casi inmediatamente su vida, e incluso los fértiles viñedos volvieron a madurar en las laderas de lo que a partir de ahora llamaremos Vesubio.

Pompeya, en cambio, será olvidada, como una especie de *Titanic* de la historia, con todos sus habitantes aún «a bordo». Autores latinos como Estacio (*Silvae* IV, 4, 78-86) y Marcial (*Epigr*. IV, 44) harán referencia a esta tragedia, cuyo eco se extendería por todo el imperio. Estacio escribirá: «Cuando las cosechas vuelvan a crecer y hagan verde este desierto, ¿podrán las generaciones futuras creer que bajo sus pies yacen ciudades y pueblos tragados y que el campo de sus antepasados desapareció en un mar de fuego?». Marcial, por su parte, escribirá: «Aquí está el Vesubio, ahora mismo reverdecido con sombreados viñedos, aquí las finas uvas desbordaban las cubas; Baco amaba estos riscos más que las colinas de Nisa, en esta montaña los sátiros realizaban sus danzas en el pasado; esta, más agradable que Esparta, era la sede de Venus, este era el lugar renombrado por el nombre de Hércules. Ahora todo yace sumergido en llamas y en un triste lapilli; ahora no les gustaría a los dioses que se les permitiera ejercer tanto poder aquí.»

En los siglos siguientes se perderá todo recuerdo de Pompeya, y

la colina que la sepultó se pasará a llamar «Civita», un nombre que suena más bien como el epitafio de toda una ciudad enterrada. Los relatos de la gente sobre esta gran ciudad se desvanecerán, para cesar por completo durante la Edad Media. Así, el olvido caerá sobre estas frías cenizas, una tumba destinada a permanecer sellada durante siglos…

Solo un ermitaño o una pequeña comunidad religiosa vivirán en esta zona, ya que en algún momento aprovecharán una sala pintada al fresco, dejando a los arqueólogos algunas lámparas de aceite, que seguramente pertenecían a épocas posteriores, y un testimonio «iconoclasta», al haber borrado deliberadamente algunos espléndidos rostros pintados al fresco… Quién sabe, tal vez fuera en esa época cuando se trazaron las palabras «Sodoma y Gomorra» en una pared.

Sin embargo, algunas partes de la ciudad permanecerán en la superficie. En una de las torres defensivas se han encontrado rastros de un vivac que data de la Edad Media… pero nadie entenderá qué inmenso tesoro se esconde bajo el manto de piedra pómez. Ni qué inmensa tragedia ocurrió aquí mismo… Por un curioso giro del destino, será una placa colocada por Tito Suedio Clemente durante sus trabajos de «restauración» de la ciudad la que dejará claro por primera vez que lo que surgía ante los ojos de los primeros descubridores era la antigua ciudad de Pompeya…

El días después

(OMNIA) VINCIT AMOR.
El amor lo puede todo.

En menos de veinte horas el volcán expulsó diez mil millones de toneladas de magma, cientos de millones de toneladas de vapor y otros gases a una velocidad de ascenso de trescientos metros por segundo. Y los depósitos de toba y piedra pómez en la zona vesubiana, como hemos visto por ejemplo en el caso de Herculano, superaron los veinte metros. No hay cifras seguras sobre las muertes, pero podemos estimarlas entre ocho y doce mil para Pompeya y entre tres y cuatro mil para Herculano.

No sabemos cuántas víctimas se produjeron en otros lugares, por ejemplo en el campo. En total, quizá podamos imaginar que el número de ellas, incluyendo Estabia, Oplontis y Terzigno, podría estar entre las quince y las veinte mil personas.

Pero todo esto no son más que estimaciones puramente teóricas. En Pompeya, el primer esqueleto salió oficialmente a la luz el 19 de abril de 1748, en la esquina de la Vía de Nola y la Vía Estabiana. Hasta la fecha se han encontrado 1047 cuerpos en Pompeya y 328 en Herculano.

Hay muchas personas desaparecidas, quizá porque sus huesos, que seguramente se encontraron fuera de las dos ciudades principales, por ejemplo en el campo, no recibieron ninguna atención especial en épocas pasadas y fueron desechados. O tal vez porque todavía están enterrados tanto dentro como fuera de Pompeya (el campo está ahora cultivado o habitado, y un tercio de la antigua ciudad está todavía por excavar, y según algunas estimaciones quizás contenga los cuerpos de algo menos de quinientos pompeyanos).

El 38 % de las víctimas de Pompeya se encuentran entre la piedra pómez y, por lo tanto, murieron principalmente a causa de los terremotos, pero también, en gran medida, por el derrumbamiento de techos y suelos debido al peso de la propia piedra pómez. Según las cifras presentadas por el vulcanólogo Roberto Santacroce, esto significa que el 62 % murieron a causa de los flujos piroclásticos…

Buscar supervivientes casi dos mil años después puede parecer una tarea titánica… pero no es imposible: a lo largo de nuestra historia hemos conseguido encontrar hasta siete y, como se ha visto en el caso de N. Popidio Prisco, el dueño de la Casa de los Mármoles (la famosa *domus pertusa*), puede haber uno más.

En definitiva, ¿cómo sabemos que algunas de las personas que conocimos durante nuestro viaje se salvaron de esa terrible tragedia? Para algunos podemos afirmarlo con certeza, para otros podemos conjeturarlo con «alta» probabilidad.

Es evidente que Plinio el Joven sobrevivió, ya que describió la erupción en sus dos famosas cartas a Tácito. De Plinia, su madre, sabemos que murió pocos años después, en el 83 d. C.

Solo podemos especular qué fue de Pomponiano. En sus cartas, Plinio el Joven lo menciona simplemente como Pomponiano, lo que sugiere que era un personaje conocido (al menos por Tácito). Amigo de Plinio el Viejo, lo alojó en su villa de Estabia cuando el naturalista decidió echar el ancla antes de que cayera la noche. El relato de las últimas horas del almirante y de su muerte en la playa de Estabia solo puede haber sido relatado por él, el señor de la casa, o al menos por sus sirvientes y libertos, y todo ello sugiere que se salvó.

En cuanto a Flavio Cresto, una estela de mármol encontrada en Castellammare di Stabia durante las excavaciones para los cimientos de la estación de ferrocarril de Circumvesuviana (conservada actualmente en el anticuario de la ciudad) lleva la siguiente inscripción: *D(is) M(anibus) Flavi Chresti vix(it) annis L*. Se trata de una inscripción fechada entre el 81 y el 130 d. C. que hace referencia a un liberto imperial de origen griego llamado Cresto. Habiendo muerto a la edad de cincuenta años y habiendo sido un liberto bajo los Flavios, con seguridad estaba vivo en el

momento de la erupción y es probable que estuviera en Estabia en el momento de la tragedia.

Tito Suedio Clemente, el tribuno imperial enviado por el emperador Vespasiano a Pompeya, tenía a su cargo una de las tareas más delicadas: completar la revisión del catastro público. Durante su estancia en Pompeya (que debió de ser muy larga) también apoyó a algunos políticos locales en las elecciones anuales. Entre ellos estaba Epidio Sabino, que se presentó como candidato a *duoviro* en el año 77 d. C. No está claro si se encontraba en la ciudad en el momento de la catástrofe, pero sin duda sobrevivió a la erupción del Vesubio. Después de dejar Pompeya, lo encontramos de nuevo como *praefectus castrorum* (oficial a cargo del campamento de una legión; fue, por lo tanto, ascendido de rango) en Egipto en noviembre del 80 d. C. En un pie del coloso de Memnon en Tebas se descubrió una inscripción que decía: «Suedio Clemente *praefectus castrorum*. Oyó a Memnón el 12 de noviembre del 80 d. C.».

Podemos decir que Aulio Furio Saturnino vivió en Herculano y escapó de la erupción. De hecho, nueve años más tarde su nombre figura en un diploma militar fechado el 7 de noviembre del 88 d. C., en el que se lo menciona como comandante *(praefectus)* del ala *praetoria singularium,* entonces estacionada en Siria.

Por último, llegamos a nuestra protagonista, Rectina. Sabemos por la carta de Plinio el Joven que su villa estaba al pie del *Vesubius* y que la erupción la aterrorizó. Pero ¿cómo sabemos que se salvó?

A mediados del siglo XIX, cerca de una iglesia de Casalpiano, Morrone del Sannio, se decidió erigir una gran cruz de madera y se utilizó un viejo bloque de mármol como base. Se trata de un antiguo altar de sacrificios encontrado en la zona, y quién sabe cuántos siglos llevaba allí (los arqueólogos saben ahora que en la época de la erupción había aquí una gran *villa rustica*). Había un atisbo de inscripción, pero estaba muy dañada y nadie le prestó demasiada atención, hasta que alguien leyó el nombre Rectina y lo relacionó intuitivamente con la carta de Plinio. ¿Podría haber sido «esa» Rectina?

Como se ha mencionado, el nombre no es nada común, de hecho es muy raro. Además, el altar data del siglo I d. C., cuando se

produjo la erupción. Por lo tanto, todo parece indicar que es ella. Pero ¿qué se lee en la inscripción? En ella se dice que el liberto «Cayo Salvio Éutico cumplió su voto a los Lares, protectores de la casa, para el regreso a casa de nuestra Rectina» *(C. Salvio Éutico Laribus casanicis ob reditum Rectinae nostrae votum solvit)*. En ese bloque de mármol parece haberse escrito la última línea de la terrible aventura de Rectina, un final feliz con el regreso a la villa después de que todos se preguntaran si había sobrevivido a la erupción. ¿Es acaso esta la villa donde tuvo lugar el banquete con el que comenzamos nuestra historia? Podemos imaginar que sí.

Pero Rectina es solo uno de los muchos alientos de una terrible tragedia, solo una de las muchas gotas que componen el gran mar de esas horas… Pompeya se vio afectada por una serie de catástrofes como pocas veces ha ocurrido en la historia: terremotos, maremotos, lluvias de piedra pómez y roca, avalanchas abrasadoras, torrentes de lodo, gases irritantes, cenizas asfixiantes… La verdadera «tormenta perfecta». Sin embargo, hoy en día, cuando se camina por sus calles vacías y silenciosas, parece como si nada de esto hubiera sucedido, que sus habitantes están escondidos en algún lugar, a la vuelta de la esquina, o en una habitación contigua. Ningún yacimiento arqueológico del mundo le transmitirá esa sensación. Pompeya ha sido literalmente detenida en el tiempo, «cristalizada» mientras estaba viva. Al recorrer sus callejones o asomarse a sus casas, se respira paz, serenidad, belleza, no muerte ni sufrimiento. Realmente parece que ves y oyes a Tito Suedio Clemente hablando con el «Quintiliano» de Pompeya, al astuto banquero Lucio Cecilio Jocundo, al cínico Cayo Julio Polibio, a la procaz Smyrina, al astuto Zósimo, al regordete Pomponiano… y a Rectina, que camina ligera y te seduce con su mirada mediterránea. Esto también es un regalo de Pompeya. Quizás el que más tiempo permanece en el corazón.

Apéndice

La verdadera fecha de la erupción

¿Un error en la carta de Plinio?

Entre las muchas «nuevas» verdades que están surgiendo sobre Pompeya, sin duda la más sensacional se refiere a la fecha de la erupción. La que se encuentra en todas las guías, libros, novelas y documentales es el 24 de agosto del 79 d. C. Eso es en pleno verano. ¿Pero estamos seguros?

En realidad, desde hace algunos años algunos investigadores han ido acumulando pistas y pruebas que sugerirían otra fecha y otra estación en ese mismo 79 d. C. La erupción no habría tenido lugar en verano, sino en otoño. En octubre. Y más concretamente el día 24… ¿Pero cómo es posible?

Procedamos por orden. La fuente principal de los acontecimientos de aquel fatídico día es, como ya hemos dicho, la carta escrita por Plinio el Joven a Tácito. De hecho, este último le había pedido información sobre la muerte de su tío.

Al mismo tiempo, sin embargo, también se sospecha que el verdadero motivo de esta carta era acallar algunos rumores poco edificantes que circulaban, especialmente por parte de Suetonio, sobre el final de Plinio el Viejo. Según estos rumores, el gran almirante, habiendo fracasado en su intento de salvar a la gente en peligro en Herculano, pidió a un esclavo que lo matara clavándole un cuchillo. Obviamente, su cuerpo sería más tarde arrastrado por la erupción.

En la carta, por tanto, Plinio el Joven desmintió la tesis de un suicidio de honor describiendo cómo había muerto su tío y, de paso, relatado todo lo que había sucedido ese día. Por supuesto, también

especificó la fecha de la erupción. Pero lo hizo «a la manera romana»: «nueve días antes de las calendas de septiembre»: *Non[um] Kal[endas] septiembre*. Ahora bien, «calendas» señalaba el primer día de cada mes en el calendario romano. Las calendas de septiembre eran, por tanto, el 1 de septiembre, y retrocediendo nueve días se llega en realidad al 24 de agosto (si esto no le cuadra, tenga en cuenta que los romanos contaban todos los días, incluidos el primero y el último).

¿Queda zanjado el asunto? No del todo.

El problema, como ya hemos dicho, es que no poseemos «físicamente» la carta original de Plinio, sino solamente copias realizadas durante la Edad Media por amanuenses y conservadas hoy en día en algunas bibliotecas, como la Biblioteca Vaticana, donde en el folio 87 del códice Mediceo Laurentino podemos leer la fecha del 24 de agosto.

En la tranquilidad de los monasterios, durante generaciones, los amanuenses han copiado pacientemente a mano innumerables obras de autores antiguos, salvando y transmitiendo a través de los siglos un extraordinario patrimonio cultural de la humanidad. Pero, por supuesto, de vez en cuando cometían errores de transcripción, como ya hemos comentado con motivo del verdadero nombre del marido de Rectina: ¿es posible que Bassus se convirtiera en Cascus, Tascus y finalmente Tascius? Por desgracia, lo mismo ocurrió con la fecha de la erupción.

Tuve la oportunidad de ver por mí mismo la copia de la carta de Plinio que se conserva en la Biblioteca Girolamini de Nápoles. Entre los muchos volúmenes antiguos, hay uno realmente hermoso, el *Codex Oratorianus*. Se remonta a 1501. Abrirlo produce una verdadera emoción. Sus páginas están decoradas con espléndidas miniaturas. En él podemos leer las palabras de Plinio el Joven, y… ¡sorpresa! La fecha es diferente. No son las calendas de septiembre, sino las calendas de noviembre. El texto es claro: … *Kl. Nove(m)bris*…

¿Cuál es entonces la fecha correcta? Por desgracia, los errores de transcripción de los monjes se transmitían a todas las versiones posteriores. Incluso hay tres grandes «familias» de copias de la carta.

Muchos estudiosos se remiten cautelosamente a la versión más

antigua y, por tanto, teóricamente libre de errores, y esta carta habla de septiembre, es decir, de una erupción en pleno verano… Pero es la única que lleva esa indicación.

Buena parte de los expertos cree que es precisamente esta copia la que está mal desde el principio. Esta sospecha se ve reforzada por el hecho de que otras copias de la carta se refieren a menudo a noviembre, es decir, al otoño, como *Kal. Novembres,* es decir, 1 de noviembre, o *III Kal. Novembres,* es decir, el 30 de octubre, o, por último, *non. Kal*… es decir, nueve días antes de las calendas de un mes (¿noviembre?)… Y esto, como mínimo, pone en duda la hipótesis de una erupción en verano.

Pistas a favor de la tesis otoñal.

¿Pero no hay pruebas «directas», de campo? Intentemos adoptar el enfoque que utilizarían los «forenses», como si se tratara de un asesinato. Necesitamos determinar la hora, o al menos el día, del crimen. Lo haremos explorando los yacimientos de Pompeya, Oplontis, Herculano, Boscoreale, Estabia y los depósitos de la Superintendencia Arqueológica de Pompeya.

En primer lugar, en muchas de las casas sepultadas por la erupción (como la Casa del Menandro o la Casa de los Castos Amantes) se han encontrado importantes indicios; concretamente braseros. Como se puede adivinar, un brasero se utiliza para la calefacción, lo que sugiere que la erupción tuvo lugar en otoño, cuando las temperaturas bajan considerablemente.

El hecho de que hiciera frío, según los partidarios de la tesis otoñal, se desprende también del tipo de ropa que llevaban las víctimas. En algunos calcos parecen voluminosas y pesadas, en cualquier caso no veraniegas. En un esqueleto de Herculano hay restos de un gorro de piel. Se encontraba entre las trescientas víctimas apiñadas en los «garajes» de las embarcaciones, quizá para el frío, pero desde luego no para protegerse de la caída del lapilli (que no cayó sobre Herculano), como demostrarían también los cuerpos de las personas encontradas en la playa. Además, en un catre de Herculano se encontraron fibras de una manta de lana, otro indicio que no cuadra con las temperaturas de agosto. Pero también

es cierto que, en el caso de un recién nacido o un bebé, la noche fresca y húmeda que produce el mar puede hacer aconsejable usar una…

Naturalmente, se trata de hallazgos esporádicos; no sabemos cómo iban vestidos todos los pompeyanos muertos, solo tenemos algunos indicios. Tal vez en Pompeya los habitantes llevaban ropas pesadas para cubrirse del lapilli, del viento y, sobre todo, del repentino descenso de la temperatura.

En efecto, bajo una columna eruptiva y una nube de ceniza que cubre el sol, la temperatura desciende inmediatamente, al igual que durante un eclipse. A modo de ejemplo, incluso bajo las nubes producidas por la quema de pozos de petróleo en la primera Guerra del Golfo, los militares sintieron frío aunque fuera pleno día y estuvieran en un desierto. En resumen, bajo el manto de una erupción hace frío, y esto también podría explicar la presencia de braseros. Pero no dejan de ser indicios que se suman a favor de la tesis del otoño.

La dirección de la propia nube eruptiva también podría revelar información sobre la estación. Plinio el Joven escribió que se «abrió» en forma de pino, haciendo que la piedra pómez cayera en dirección sudeste. Según algunos estudiosos, la nube había alcanzado altitudes en las que solo soplan vientos que no están relacionados con los «caprichos» de las condiciones meteorológicas diarias, sino que son estacionales y de gran altitud, y soplan en esa dirección sobre todo en otoño.

Continuemos nuestra investigación. ¿Qué buscarían los forenses? Buscarían algo que nos dijera exactamente qué tipo de estación es. Y en este caso, una valiosa ayuda viene de los ciclos de la naturaleza: hay una gran diferencia entre el verano y el otoño, y muchas pistas proceden de los restos de las plantas y sus frutos.

Estudiosos como Grete Stefani, arqueóloga (actual directora de las excavaciones de Pompeya), y Michele Borgongino, botánico, han investigado y publicado ampliamente sobre la tesis del otoño. No son los únicos: el arqueólogo Umberto Pappalardo ya había formulado esta hipótesis en 1990. Y antes de él, Michele Ruggiero, director de las excavaciones de Pompeya de 1875 a 1893. Pero podemos remontarnos aún más atrás, al siglo XVIII, cuando, al observar los braseros y los frutos otoñales que reaparecían en las

excavaciones, el obispo y filólogo napolitano Carlo Maria Rosini fue el primero en plantear la hipótesis de una erupción en los meses fríos, no en verano. También propuso una fecha, apoyando su tesis en el hecho de que ya en la época romana había quienes asociaban claramente la catástrofe con la estación fría. Y no cualquier escritor: Casio Dione, un famoso historiador, claramente más cercano que nosotros a la tragedia de Pompeya, tenía muchos más documentos y fuentes escritas. Escribió que la erupción tuvo lugar en otoño, el 23 de noviembre del año 79 d. C. (o, para decirlo a la manera romana, nueve días antes de las calendas de diciembre)…

Como ve, hay muchos que proponen una fecha alternativa. ¿Pero en qué se basan? ¿Cuáles son estos indicios y pruebas sobre el terreno? Veámoslos.

En los depósitos del Antiquarium de Boscoreale se encontraron (y ahora se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles):

- bayas de laurel, que normalmente maduran en otoño;
- un gran número de castañas, típicas del otoño. En un caso se trata incluso de los restos de una comida, junto con pan y sorbetes;
- pequeñas peras silvestres de color rojizo que suelen madurar entre septiembre y octubre y que solo se comen después de haber dejado que se vuelvan marrones;
- abundantes nueces, que también suelen recogerse entre septiembre y octubre;
- grandes cantidades de higos secos. Los higos pueden cosecharse en distintas épocas, desde el verano hasta el invierno, pero los destinados a la conservación se cosechan principalmente en septiembre y se ponen a secar. Es poco probable que sean los del año anterior, dado el gran número encontrado en Pompeya. Su forma e integridad sugieren que ya estaban secos en el momento de la erupción, de lo contrario se habrían disuelto. Estaban preparados para el próximo invierno;
- ciruelas pasas: en verano se comen recién recogidas, suaves y jugosas, pero en otoño solo se encontraban —y, por tanto, se comían— secas;
- dátiles: llegaban de África, normalmente no antes de octubre,

ya que maduran en esa época. Se encontraron pocos porque acababan de llegar a Pompeya y solo estaban disponibles en las despensas de algunas casas (las de los ricos…);
- grandes cantidades de granadas. En una villa de Oplontis, hasta diez quintales, secados entre cuatro capas de esteras tejidas. Sabemos que la cosecha tuvo lugar entre finales de septiembre y octubre, antes de que llegaran las lluvias, para que la fruta completara su maduración en un entorno protegido.

Todos estos indicios sugerirían que la erupción tuvo lugar en otoño. Pero hay más.

La vendimia ya había acabado.

En otoño ocurre algo que todos los amantes del vino esperan pacientemente: la vendimia. Los arqueólogos han descubierto la existencia de varias granjas, incluida una que escapó milagrosamente de la erupción y produjo vino. Se trata de la Villa Regina de Boscoreale, donde también se halló una gran cantidad de objetos de plata, que ahora se exponen en el Louvre.

Sabemos que en otros yacimientos los arqueólogos han encontrado grandes cantidades de orujo, señal de que la vendimia ya había tenido lugar. Pero en esta granja apareció otra pista fundamental… En Pompeya, los romanos no utilizaban barriles: maduraban el vino en grandes tinajas de barro enterradas hasta el «cuello». Eran las *dolia*. En el patio interior de la finca se encontraron muchas *dolia* para el mosto, ¡ya cerradas y selladas!

La vendimia, entonces como ahora, tenía lugar en septiembre, a más tardar durante la primera semana de octubre. Se recogía el zumo de la uva, se introducía en la *dolia* y se dejaba fermentar durante diez días. En los siguientes veinte días se comprobaba que todo iba bien y luego se sellaban las *dolia* con tapas y escudos protectores. Por lo tanto, estas *dolia* se cerraron como muy tarde a finales de octubre o principios de noviembre. Como estaban bajo la capa de lapilli, esto significa que la erupción tuvo lugar una vez que se cerraron.

Finalmente, hay un último dato, quizá más bien una curiosidad,

que proponen los partidarios de la tesis otoñal. En Pompeya, en la zona del mercado, había un *sacellum* para el culto al emperador. Las ceremonias, los ritos y los sacrificios en honor de la familia imperial se celebraban regularmente, con sacerdotes encargados del culto. El *sacellum* contenía estatuas (algunas de las cuales se han encontrado) de Tito, Domiciano (el hermano del emperador y, por tanto, también hijo de Vespasiano), sus esposas, hijas, yernos, etc., en definitiva, la familia imperial al completo.

En el siglo XIX los arqueólogos encontraron en las inmediaciones un recinto con esqueletos de ovejas en su interior. La hipótesis es que eran animales dispuestos a ser sacrificados en honor de la familia imperial. ¿Pero por qué razón? Por ejemplo, por un cumpleaños, que se consideraba un día festivo en todo el imperio. Resulta que el 24 de octubre era el cumpleaños de Domiciano. ¿Se trataba, pues, de animales destinados al sacrificio en su honor, pero que nunca se mataron a causa de la erupción? Es una hipótesis sugerente, sí, pero no tenemos ninguna otra prueba.

La tesis estival.

Naturalmente, también la tesis del verano tiene partidarios que pueden dar una explicación plausible a todos estos indicios que parecen estar a favor de la tesis del otoño. Los braseros encontrados podrían haber tenido un uso ritual, aunque en tal caso no queda claro por qué los pompeyanos habrían ignorado y dejado de usar los numerosos altares pequeños dedicados a los Lares, las almas de los antepasados, que hay en los atrios de las casas romanas y que tenían precisamente esta finalidad.

Las *dolia* enterradas y selladas y las ánforas cerradas y listas para la venta podrían haber contenido otras sustancias en vez de vino, o bien vinos medicinales y no de mesa, o incluso vinos envejecidos desde el año anterior. También afirman que en aquella zona aún hoy se siguen practicando vendimias «tempranas», en pleno verano. Se trata de una tesis aceptable, pero que contrasta con la gran cantidad de vino encontrada. Resulta un poco extraño que los arqueólogos solo hayan encontrado vinos medicinales o de larga crianza o fruto de vendimias tempranas…

Los partidarios de la tesis estival también señalan el hallazgo de aceitunas en muchos yacimientos, pero su número no es tan grande como para que se trate de la cosecha de verano. También los higos secos podrían ser «existencias» previas. Sin embargo, es difícil creer que todos los frutos «otoñales» quedaran en los hogares romanos sin consumir o vender durante un año. Por supuesto, todo es posible, pero el número de hallazgos, que son cualquier cosa menos esporádicos, es sorprendente.

Según los partidarios de la tesis del verano, la presencia de nueces se explica porque se comían frescas y no secas, y porque las granadas se retiraban de los árboles antes de que estuvieran maduras para ralentizar el proceso de maduración y permitir que se secaran entre las esteras. Luego se utilizaban para preparar medicamentos.

En apoyo de la erupción de agosto se aportan pruebas de más de doscientas especies herbáceas, arbustivas y arbóreas, cuyo polen y partes de sus tallos y hojas se conservaron. Sin embargo, no está claro por qué se habla de los higos secos como si fueran del año anterior, mientras que en este caso no se tiene en cuenta que bien podrían ser restos de un verano que acaba de pasar hacía unas semanas.

Por último, algunos de los terrenos agrícolas sacados a la luz por los arqueólogos parecen mostrar que se intentó favorecer la acumulación de agua de riego en ellos, una actividad y estrategia acorde con los meses de verano, a diferencia de lo que suele ocurrir en los meses de invierno, cuando se intenta drenar el agua de lluvia. Este es un hallazgo interesante. Lamentablemente, a falta de una imagen completa de los campos cultivados en los alrededores de Pompeya y de información precisa sobre las condiciones climáticas durante esas semanas (precipitaciones y/o aridez), no podemos concluir nada.

También está el descubrimiento, en algunas tiendas y casas, de una variedad de pescado utilizado para el famoso *garum* producido en Pompeya. Se trata de la boga *(Boops boops)*. Este pez es más propenso a morder el anzuelo entre julio y principios de agosto, aunque en realidad se pesca durante todo el año, y es probable que la presencia de la boga fuera más el resultado de una selección de los que hacían el *garum* que del clima. Además, no hay pruebas de

que hace dos mil años fueran más frecuentes en las redes o en los anzuelos en los mismos días que hoy. Sobre todo porque el clima era ligeramente diferente.

Así que, como se puede ver, tanto los partidarios de la tesis del otoño como los de la tesis del verano han presentado numerosos argumentos a su favor. Y respetamos ambos puntos de vista. Pero, como habrá comprendido, las pistas no resuelven el problema, sino que solo provocan discusiones. Lo que necesitamos es un descubrimiento que indique claramente una fecha precisa, como una inscripción con una fecha clara, o algo así. Y, casualmente, una inscripción de esa naturaleza se encontró en el propio sitio de Pompeya…

La moneda de plata en la mano de una víctima.

La prueba más importante a favor de los partidarios de la erupción de otoño se halló en las manos de una víctima, una mujer que murió con su familia. Para escapar de la erupción, ella y sus parientes se refugiaron en un pasillo de su *domus,* la Casa del Brazalete de Oro, pero a todos los mató en un instante una de las «nubes asesinas» del volcán. La mujer fue hallada con su hijo en brazos, quien, en un desesperado intento de supervivencia, había tratado de desprenderse de su madre. En su mano, la mujer llevaba un cofre o una bolsa que contenía algunas joyas, cuarenta monedas de oro y ciento ochenta de plata. Una de ellas es muy especial.

Este pequeño tesoro se encuentra ahora en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. La moneda, con el número de inventario P14312/176, es un denario de plata. Fue acuñada bajo el mandato del emperador Tito. Sobre el perfil y a lo largo de los bordes se pueden leer los distintos títulos del soberano: *Imperator Titus Caesar Vespasianus Augustus* (de hecho, se había convertido en emperador el 23 de junio de 79 d. C.), *P[ontifex] M[aximus]* (es decir, el máximo pontífice, el más alto cargo religioso). En el lado opuesto se representa un animal mitológico y se enumeran otros oficios: *Tr[ibunicia Protestate] VIIII* (es decir, por novena vez recibió el cargo llamado *tribunicia potestas,* que en realidad sabemos que asumió el 1 de julio del 79 d. C.), *Co[n]sul VII* (es

decir, cónsul por séptima vez, el 1 de enero de 79 d. C.), *P[ater] P[atriae]* (padre de la patria). Y luego vemos algo muy pequeño, pero muy importante, que según varios estudiosos podría ser la respuesta a todas nuestras preguntas. Parece leerse *IMP XV*. ¿Qué significa?

Es una abreviación del hecho de que Tito, por una victoria militar, fue aclamado emperador por decimoquinta vez: es la práctica de la *salutatio imperatoria,* cuando las tropas del ejército aclamaban a su comandante (el *imperator*) y pedían al Senado que honrara su triunfo. Y esto nos da una fecha precisa, porque sabemos, gracias a una carta de Tito dirigida a los decuriones (funcionarios que administraban las colonias) de la ciudad de Munigua y a un diploma de aprobación de la gestión encontrado en la región de Fayyum, que Tito fue aclamado emperador por decimocuarta vez el 7 de septiembre, por lo que la decimoquinta solo puede haber tenido lugar después del 8 de septiembre. Por lo tanto, la erupción no pudo haber ocurrido en verano, sino en otoño.

¿Está cerrado el asunto? Lamentablemente no… Porque, incluso en este caso, hay un problema. La inscripción de la moneda está muy oxidada y desgastada. En consecuencia, su lectura no es tan clara e inequívoca. Todavía estamos envueltos en un velo de incertidumbre, casi como para aumentar el aura de enigma sobre Pompeya…

En conclusión, ¿cuál es la «verdadera» fecha de la erupción de Pompeya? Desgraciadamente, no existe una certeza «técnica», algo así como la fórmula $E = mc2$, y cada uno de ustedes ya se habrá formado su propia opinión. Sin embargo, muchas de las pistas recogidas, como ya han visto, pueden ser muy convincentes, especialmente cuando se presentan todas juntas. Forman una masa crítica difícil de explicar de otro modo.

Quedan muchas cosas por aclarar, más que nada porque se trata de pistas que han surgido aquí y allá, hijas de la llamada «serendipia», es decir, que han salido a la luz inesperadamente cuando se estaban desenterrando y estudiando otras cosas. No son el resultado de un estudio exhaustivo, con excavaciones específicas y equipos multidisciplinares que buscan exclusivamente la respuesta en todos los niveles arqueológicos. Tal vez las pruebas definitivas, claras e inequívocas, sigan esperando en alguna parte.

En este libro, en el que hemos tenido que hacer una elección precisa, dado el tipo de narración, nos hemos casado con la fecha de otoño porque nos parece muy convincente. Para nosotros, por tanto, la erupción tuvo lugar el 24 de octubre del año 79 d. C. Hemos calculado que cayó en… viernes. Sin embargo, seguimos siendo cautelosos, por honestidad científica y por apertura de miras. Estamos dispuestos a aceptar cualquier nuevo dato a favor o en contra, el día que surja de algún estudio o excavación.

Lo que sigue siendo cierto, de cualquier modo, es la magnitud de la catástrofe. Independientemente de la época del año, en pocas horas dos ciudades enteras, con pueblos, granjas y villas, desaparecieron de los mapas y de la Historia, y con ellas, miles de personas.

Agradecimientos

Llevaba años con la idea de escribir este volumen para transmitir a todo el mundo los conocimientos y la información sobre Pompeya que he ido adquiriendo poco a poco a lo largo de más de veinte años de filmaciones y visitas de trabajo entre sus ruinas, así como en los distintos yacimientos arqueológicos y museos de la zona del Vesubio. No ha sido fácil ponerlo todo en orden, proporcionando la información más completa posible sobre lo que realmente ocurrió, los individuos, los lugares y los hallazgos, pero muchas personas me han ayudado, haciendo posible la publicación de este libro.

Mi primer agradecimiento es para Antonio De Simone, que en dos décadas de encuentros y visitas a los distintos yacimientos arqueológicos del Vesubio ha conseguido inculcarme el amor por Pompeya y, sobre todo, la pasión por investigar todo lo que los miles de detalles de la ciudad pueden revelar sobre la vida de los romanos. Todavía hoy, cada reunión es siempre una lección llena de nuevas ideas y argumentos.

Debo agradecer sinceramente a Emilio Quinto, sin cuyo extraordinario trabajo de investigación estas páginas nunca habrían sido tan ricas en personas e historias individuales. Nuestras largas discusiones sobre los distintos temas a tratar, directamente en las callejuelas de Pompeya, constituyeron en cada ocasión un increíble viaje en el tiempo para mí.

También estoy en deuda con Giovanni Macedonio, que siempre estuvo dispuesto a darnos el marco correcto de los fenómenos que precedieron a la erupción y la terrible secuencia que llevó a la destrucción de Pompeya y Herculano.

En los últimos años, otros vulcanólogos e investigadores del Instituto Nacional de Geofísica y Vulcanología, y en particular del Observatorio del Vesubio de Nápoles, han sido una valiosa fuente

de sugerencias y conocimientos sobre la actividad del Vesubio y la erupción de Pompeya.

Mi agradecimiento también a Massimo Osanna, Superintendente del Patrimonio Arqueológico de Pompeya, Herculano y Estabia, por su disponibilidad a nuestras peticiones, y también por su sensibilidad y ayuda en la restauración y rescate de un fresco de Pompeya ligado a este libro.

También quiero dar las gracias a todos los restauradores y trabajadores de mantenimiento cuyo trabajo silencioso ha permitido que Pompeya exista durante generaciones y que constituyen el verdadero as en la manga para salvar su futuro.

Me gustaría dar las gracias a los arqueólogos e investigadores (es imposible nombrarlos a todos) que he conocido y entrevistado a lo largo de estos veinte años. Sus palabras y descubrimientos se han transformado en la «prosa» de este volumen.

También quiero dar las gracias a los responsables de los yacimientos, depósitos y museos de Pompeya, Herculano, Oplontis, Estabia, Boscoreale y Nápoles. Siempre están dispuestos a dar a conocer y difundir el increíble patrimonio surgido de las excavaciones.

Agradezco también a todos los expertos que me acompañaron en las visitas y filmaciones, regalándome pequeñas joyas de su experiencia y revelando curiosidades poco conocidas sobre los yacimientos.

También estoy en deuda con Romolo Augusto Staccioli por los conocimientos del mundo romano que me transmitió y que aparecen en muchas de las páginas de este libro.

Por último, quiero agradecer a Lydia Salerno, mi editora, que con inquebrantable constancia, paciencia y perseverancia ha seguido paso a paso el nacimiento de esta obra nada fácil, manteniendo siempre la alta calidad del contenido.

Para terminar, mi pensamiento se dirige a esos miles de rostros y sonrisas que nunca conoceremos y que llenaron de vida Pompeya hasta aquel terrible día del 79 d. C.

Bibliografía

Los temas tratados en el libro encuentran referencias específicas en la amplísima bibliografía dedicada a las ciudades y el territorio sepultados por la erupción del Vesubio en el año 79 d. C. y listada en repertorios bibliográficos como:

Garcia y Garcia, Laurentino, *Nova Bibliotheca Pompeiana,* voll. I e II, Arbor Sapientiae, Roma 1998

Garda y Garda, Laurentino, *Nova Bibliotheca Pompeiana - I supplemento 1999-2011,* Arbor Sapientiae, Roma 2012

Mcllwaine, I. C., Herculaneum. *A Guide to Printed Sources,* voll. I e II, Bibliopolis, Napoli 1988

Mcllwaine, I. C., Herculaneum. *A Guide to Sources, 1980-2007,* Bibliopolis, Napoli 2009

Para la redacción de este volumen se han consultado específicamente las siguientes obras.

Fuentes antiguas

Apicio, *L'arte culinaria,* editado por Carazzali, Giulia, Bompiani, Milano 2012. [Ed. esp.: Apicio, *Cocina romana,* editado por Pastor Artigues, Bárbara, Editorial Coloquio, 1987.]

Appiano, *Storia romana,* editado por Gabba, Emilio y Magnino, Domenico, UTET, Torino 2001. [Ed. esp.: Apiano, *Historia romana,* editado por Bernabé Pajares, Alberto, Sancho Royo, Antonio, y García Gual, Carlos, Biblioteca Clásica Gredos, 2016.]

Cassio Dione, *Storia romana. Testo greco a fronte. Volume settimo.*

Libri LXIV-LXVII, editado por Galimberti, Alessandro, BUR, Milano 2000

Diodoro Siculo, *Biblioteca storica,* editado por Cordiano, Giuseppe, y Zorat, Marta, BUR, Milano 2004. [Ed. esp.: Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica,* editado por Parreu Alasà, Francisco, Serrano-Sordo, Manuel, y García Gual, Carlos, Biblioteca Clásica Gredos, 2001.]

Marziale, *Epigrammi,* editado por Norcio, Giuseppe, UTET, Torino 2002. [Ed. esp.: Marcial, *Epigramas completos,* editado por Estefanía, Dulce, Cátedra, 1996.]

Petronio, *Satyricon,* editado por Aragosti, Andrea, BUR, Milano 2011. [Ed. esp.: Petronio Arbitro, Cayo, *El satiricón,* editado por Rubio Fernández, Lisardo, Gredos, 2010.]

Plinio il Giovane, *Lettere ai familiari,* editado por Lenaz, Luciano, trad. it. de Rusca, Luigi, BUR, Milano 2005. [Ed. esp.: Plinio el Joven, *Cartas,* editado por González Fernández, Julián, Gil, Juan, Iso, José Javier, y Moralejo, José Luis, Biblioteca Clásica Gredos, 2005.]

Plinio il Vecchio, *Naturalis historia,* Giardini, Pisa 1984. [Ed. esp.: Plinio el Viejo, *Historia natural,* editado por Fontán, Antonio, Arribas Hernáez, María Luisa, del Barrio Sanz, Encarnación, Serbat, Guy, Iso, José Javier, y Moralejo, José Luis, Biblioteca Clásica Gredos, 2018.]

Seneca, *Questioni naturali,* trad. it. de Mugellesi, Rossana, BUR, Milano 2004. [Ed. esp.: Séneca, *Cuestiones naturales,* editado por Bravo Díaz, José-Román, Codoñer, Carmen, Iso, José Javier, y Moralejo, José Luis, Biblioteca Clásica Gredos, 2016.]

Stazio, *Le selve,* editado por Canali, Luca, y Pellegrini, Maria, Mondadori, Milano 2006. [Ed. esp.: Estacio, Publio Papinio, *Silvas,* editado por Torrent Rodríguez, Francisco, Iso, José Javier, y Moralejo, José Luis, Biblioteca Clásica Gredos, 2016.]

Strabone, *Geografia. L'Italia. Libri V-VI,* editado por Biraschi, Anna Maria, BUR, Milano 1988. [Ed. esp.: Estrabón, *Geografía,* editado por García Blanco, J., García Ramón, J. L., y García Gual, Carlos, Biblioteca Clásica Gredos, 2016.]

Svetonio, *Vite dei Cesari,* trad. it. de Dessi, Felice, BUR, Milano

1998. [Ed. esp.: Suetonio, *Vida de los doce césares,* editado por Cuatrecasas, Alfonso, Austral, 2012.]

Tacito, *Annali,* trad. it. de Ceva, Bianca, BUR, Milano 1994. [Ed. esp.: Tácito, Cornelio, *Anales,* editado por Moralejo, José L., Rubio Fernández, Lisardo, y Mariner Bigorra, Sebastián, Biblioteca Clásica Gredos, 2018.]

Vitruvio, *Sull'architettura,* editado por Ferri, Silvio, BUR, Milano 2010. [Ed. esp.: Vitruvio, *Los diez libros de arquitectura,* editado por Rodriguez Ruiz, Delfín, Oliver Domingo, José Luis, Alianza Editorial, 1997.]

Estudios modernos

Anguissola, Anna, *Intimità a Pompei: riservatezza, condivisione e prestigio negli ambienti ad alcova di Pompei,* De Gruyter, Berlino 2010

Auricchio, Maria Oliva, *La Casa di Giulio Polibio. Giornale di scavo 1966/1978,* Sovrintendenza Archeologica di Pompei, Edizione Centro Studi Arti Figurative Università di Tokyo, 2001

Avvisati, Carlo, *Pompei. Mestieri e botteghe 2000 anni fa,* Bardi Editore, Roma 2003

Beard, Mary, *Prima del fuoco,* Laterza, Roma-Bari 2012

Bonifacio, Giovanna; Sodo, Anna Maria (ed.), *Stabiae - Storia e architettura,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2002

Borgoncino, Michele, Archeolobotanica. *Reperti vegetali da Pompei e dal territorio vesuviano,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2006

Borriello, Maria Rosaria; D'Ambrosio, Antonio, Baiae-Misenum. *Forma Italiae, Regio I-XIV,* Olschki, Firenze 1979

Camodeca, Giuseppe, *L'archivio puteolano dei Sulpicii,* Jovene, Napoli 1992

Canali, Luca; Cavallo, Guglielmo, *Graffiti latini,* BUR, Milano 1998

Cantarella, Èva; Jacobelli, Luciana, *Nascere e vivere a Pompei,* Electa, Milano 2011

Cantarella, Èva; Jacobelli, Luciana, *Pompei è viva,* Feltrinelli, Milano 2013

Capasso, Luigi, *I fuggiaschi di Ercolano: paleobiologia delle vittime dell'eruzione vesuviana del 79 d. C.,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2001

Carcopino, Jéròme, *La vita quotidiana a Roma,* Laterza, Roma-Bari 1994

Catalano, Virgilio, *Case, abitanti e culti di Ercolano,* Bardi Editore, Roma 2002

Ciarallo, Annamaria; De Carolis, Ernesto (ed.), *Homo Faber. Natura, scienza e tecnica nell'antica Pompei,* Mondadori Electa, Milano 1998

Ciarallo, Annamaria; De Carolis, Ernesto, *Lungo le mura di Pompei. L'antica città nel suo ambiente naturale,* Mondadori Electa, Milano 1998

Cicirelli, Caterina, *Le ville romane di Terzigno,* Torre del Greco, 1989

Coarelli, Filippo (ed.), *Pompei, la vita ritrovata,* Magnus, Reggio Emilia 2002

D'Ambrosio, Antonio, *Gli ori di Oplontis. Gioielli romani del suburbio pompeiano,* Bibliopolis, Napoli 1987

D'Ambrosio Antonio; Guzzo, Pier Giovanni; Mastroroberto, Marisa (ed.), *Storie da un'eruzione. Pompei, Ercolano, Oplontis,* Mondadori Electa, Milano 2003

De Albentiis, Emidio, *La casa dei Romani,* Longanesi, Milano 1990

De Caro, Stefano, *La villa rustica in località Villa Regina a Boscoreale,* L'Erma di Bretschneider, Roma 1994

De Caro, Stefano, *Il gabinetto segreto del Museo Archeologico Nazionale di Napoli,* Mondadori Electa, Milano 2000

De Carolis, Ernesto, *Il mobile a Pompei ed Ercolano. Letti, tavoli, sedie e armadi. Contributo alla tipologia dei mobili della prima età imperiale,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2007

De Carolis, Ernesto; Patricelli, Giovanni, *Vesuvio 79 d. C.: la distruzione di Pompei ed Ercolano,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2002

Della Corte, Matteo, *Case ed abitanti di Pompei,* Fausto Fiorentino Editore, Firenze 1965

De Simone, Antonio, *L'indagine archeologica in località Murecine*

a Pompei, en De Simone, Antonio; Nappo, Salvatore Ciro (ed.), Mitis Sarni opes, Denaro Libri, Napoli 2000

De Simone, Antonio, Rediscovering the Villa ofthe Papyri, en Zarmakoupi, Mantha (ed.), *The Villa ofthe Papyri at Herculaneum: Archaeology, Reception and Digital Reconstruction,* De Gruyter, Berlin New York 2009

De Simone, Antonio, *La cosiddetta Villa di Augusto in Somma Vesuviana,* en «Meridione: sud e nord del mondo», a. 12, nn. 2-3 (apr.-sett.), Edizioni scientifiche italiane, Napoli 2012

De Simone, Girolamo Ferdinando, *Il territorio nord-vesuviano e un sito dimenticato di Pollena Trocchia,* en «Cronache Ercolanesi», n. 38, Gaetano Macchiaroli Editore, Napoli 2008

De Simone, Girolamo Ferdinando, *Con Dioniso fra i vigneti del vaporifero Vesuvio,* en «Cronache Ercolanesi», n. 41, Gaetano Macchiaroli Editore, Napoli 2011

Fergola, Lorenzo; Pagano, Mario, *Oplontis: le splendide ville romane di Torre Annunziata. Itinerario archeologico ragionato,* T&M, Napoli 1998

Franklin, James L., Pompeii: *The Electoral Programmata, Campaigns and Politics, A.D. 71-79,* American Academy in Rome, 1980

Franklin, James L., *Pompéis difficile est: Studies in the Political Life of Imperial Pompeii,* University of Michigan, 2001

Gallo, Pasquale, *Terme e bagni in Pompei antica,* Tip. F. Sicigliano, Pompei 1991

García y García, Laurentino, *Alunni, maestri e scuole a Pompei,* Bardi Editore, Roma 2004

García y García, Laurentino, *Danni di guerra a Pompei. Una dolorosa vicenda quasi dimenticata,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2006

Giardina, Andrea, *L'uomo romano,* Laterza, Roma-Bari 2009

Gigante, Marcello, *Il raccontopliniano dell'eruzione del Vesuvio dell'anno 79 d. C.,* en «Parola del passato», n. 34, G. Macchiaroli, Napoli 1979

Giordano, Carlo; Casale, Angelandrea, *Profumi, unguenti e acconciature in Pompei antica,* Bardi Editore, Roma 1992

Giordano, Carlo; Kahn, Isidoro, *Testimonianze ebraiche a Pompei, Ercolano, Stabia e nelle città della Campania Felix,* Bardi Editore, Roma 2001

Grimaldi Bernardi, Grazia, *Botteghe romane. L'arredamento,* Edizioni Quasar, Roma 2005

Guadagno, Giuseppe, *Il viaggio di Plinio il Vecchio verso la morte (Plin., Ep. VI, 16),* en «Rivista di studi pompeiani», VI, L'Erma di Bretschneider, Roma 1993-1994

Guidobaldi, Maria Paola; Guzzo, Pier Giovanni; Bordello, Maria Rosaria, Ercolano. *Tre secoli di scoperte. Catalogo della mostra* (Napoli, 16 ottobre 2008 - 13 aprile 2009), Mondadori Electa, Milano 2008

Guzzo, Pier Giovanni; Fergola, Lorenzo, Oplontis. *La Villa di Poppea,* Federico Motta Editore, Milano 2000

Hunink, Vincent (ed.), *Felice è questo luogo! 1000 graffiti pompeiani,* Apeiron, Roma 2013

Jacobelli, Luciana, *Le pitture erotiche delle Terme Suburbane di Pompei,* L'Erma di Bretschneider, Roma 1995

Jacobelli, Luciana, *Gladiatori a Pompei,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2003

Ling, Roger, *The Insula of the Menander at Pompeii. Vol. I: The Structures,* Clarendon Press, Oxford 1997

Ling, Roger; Ling, Lesley A., *The Insula of the Menander at Pompeii. Vol. II: The Decorations,* Clarendon Press, Oxford 2005

Maiuri, Amedeo, *La Villa dei Misteri,* Istituto Poligrafico dello Stato, Roma 1931

Maiuri, Amedeo, *La Casa del Menandro e il suo tesoro di argenteria,* Istituto Poligrafico dello Stato, Roma 1937

Maiuri, Amedeo, *Pompei ed Ercolano fra case e abitanti,* Giunti, Firenze 1998

Mastroroberto, Marisa, *Pompei e la riva destra del Sarno,* en De Simone, Antonio; Nappo, Salvatore Ciro (ed.), Mitis Sarni opes, Denaro Libri, Napoli 2000

McGinn, Thomas, *The Economy of Prostitution in the Roman World: A Study of Social History and the Brothel,* University of

Michigan Press, Ann Arbor 2004
Nappo, Salvatore Ciro, *Pompei. Guida alla città sepolta,* White Star, Vercelli 1998
Paoli, Ugo Enrico, *Vita romana. Usi, costumi, istituzioni, tradizioni,* Mondadori, Milano 1990
Pesando, Fabrizio; Guidobaldi, Maria Paola, *Gli ozi di Ercole: residenze di lusso a Pompei ed Ercolano,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2006
Pesando, Fabrizio; Guidobaldi, Maria Paola, *Pompei, Oplontis, Ercolano, Stabiae,* Laterza, Roma-Bari 2006
Pescatore, Tullio; Sigurdsson, Haraldur, *L'eruzione del Vesuvio del 79 d. C., in Ercolano 1738-1988:250 anni di ricerca archeologica.* Atti del Convegno internazionale (Ravello-Ercolano-Napoli-Pompei, 30 ottobre - 5 novembre 1988), L'Erma di Bretschneider, Roma 1993
Sabbatini Tumolesi, Patrizia, Gladiatorum Paria. *Annunci di spettacoli gladiatori a Pompei,* Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 1980
Salles, Catherine, *I bassifondi dell'antichità. Prostitute, ladri, schiavi, gladiatori: dietro lo scenario eroico del mondo classico,* Rizzoli, Milano 2001
Salza Prina Ricotti, Eugenia, *L'arte del convito nella Roma antica,* L'Erma di Bretschneider, Roma 1983
Salza Prina Ricotti, Eugenia, *Ricette della cucina romana a Pompei e come eseguirle,* L'Erma di Bretschneider, Roma 1993
Sampaolo Valeria; Bragantini, Irene (ed.), *La pittura pompeiana,* Mondadori Electa, Milano 2013
Sauron, Gilles, *Il grande affresco della Villa dei Misteri a Pompei. Memorie di una devota di Dioniso,* Jaca Book, Milano 2010
Spinazzola, Vittorio, *Pompei alla luce degli Scavi Nuovi di Via dell'Abbondanza (anni 1910-1923),* La Libreria dello Stato, Roma 1953
Squillace, Giuseppe, *Il profumo nel mondo antico,* Olschki, Firenze 2010
Stefani, Grete (ed.), *Cibi e sapori a Pompei e dintorni, Sovrintendenza archeologica di Pompei,* Edizioni Flavius 2005

Stefani, Grete; Borgongino, Michele, *Intorno alla data dell'eruzione del 79 d. C.,* en «Rivista di studi pompeiani», 12-13, L'Erma di Bretschneider, Roma 2001-2002

Stefani, Grete; Sodo, Anna Maria, *Uomo e ambiente nel territorio vesuviano. Guida all'antiquarium di Boscoreale,* Marius Edizioni, Milano 2002

Storoni Mazzolani, Lidia, *Iscrizioni funerarie romane,* BUR, Milano 2007

Varone, Antonio, *Erotica pompeiana. Iscrizioni d'amore sui muri di Pompei,* L'Erma di Bretschneider, Roma 1994

Varone, Antonio, *L'erotismo a Pompei,* L'Erma di Bretschneider, Roma 2000

Varone, Antonio, Pompei. *I misteri di una città sepolta. Storia e segreti di un luogo in cui la vita si è fermata duemila anni fa,* Newton Compton, Roma 2006

Veyne, Paul, *La società romana,* trad. it. Laterza, Roma 1990

Veyne, Paul, *La vita privata nell'impero romano,* trad. it. Laterza, Roma 2000

Weber, Carl, *Panem et circenses. La politica dei divertimenti di massa nell'antica Roma,* trad. it. Garzanti, Milano 1989

Zanker, Paul, *Pompei. Società, immagini urbane e forme dell'abitare,* Einaudi, Torino 1993

Zevi, Fausto (ed.), *Pompei 79. Raccolta di studi per il decimonono centenario dell'eruzione vesuviana,* Arbor Sapientiae, Roma 1979

Zevi, Fausto (ed.), *Pompei,* 2 voll., Banco di Napoli, Napoli 19911992

Zevi, Fausto, *Pompei, prima e dopo l'eruzione,* en Fontana, Maria Vittoria; Gemito, Bruno (ed.), «Studi en onore di Umberto Scerrato: per il suo settantacinquesimo compleanno», vol. II, L'Orientale, Napoli 2003

Estudios científicos

Anderson, Michael, Disruption or Continuity? The Spatio-Visual

Evidence of Post Earthquake Pompeii, en Flohr, M.; Cole, K.; Poehler, E. (ed.), *Pompeii: Art, Industry and Infrastructure,* Oxbow, Oxford (UK) 2011.

Barbante, C.; Kehrwald, N. M.; Marianelli, P.; Vinther, B. M.; Steffensen, J. P.; Cozzi, G.; Hammer, C. U.; Clausen, H. B.; SiggaardAndersen, M.-L., Greenland Ice Core Evidence of the 79 AD Vesuvius Eruption, en «Climate of the Past», vol. 9, 2013, pp. 1221-1232

Carey, Steven; Sigurdsson, Haraldur, Temporal Variations in Column Height and Magma Discharge Rate During the 79 A. D. Eruption of Vesuvius, en «Geological Society of America Bulletin», 2, vol. 99, 1987, pp. 303-314

Cioni, Raffaello; Gurioli, Lucia; Lanza, Roberto; Zanella, Elena, Temperatures of the A.D. 79 Pyroclastic Density Current Deposits (Vesuvius, Italy), en «Journal of Geophysical Research», vol. 109, B02207, 2004

Gurioli, Lucia; Pareschi, Maria Teresa; Zanella, Elena; Lanza, Roberto; Deluca, Enrico; Bisson, Marina, Interaction of Pyroclastic Density Currents with Human Settlements: Evidence from Ancient Pompeii, en «Geology», vol. 33, 2005, pp. 441-444

Macedonio, Giovanni; Pareschi, Maria Teresa; Santacroce, Roberto, A Numerical Simulation of the Plinian Fall Phase of the 79 A.D. Eruption of Vesuvius, en «Journal of Geophysical Research», B12, vol. 93, 1988, pp. 14.817-14.827

Rolandi, G.; Paone, A.; Di Lascio, M.; Stefani, G., The 79 AD Eruption of Somma: The Relationship Between the Date of the Eruption and the Southeast Tephra Dispersion, en «Journal of Volcanology and Geothermal Research», vol. 169, 2007, pp. 87-98

Santacroce, Roberto (ed.), Somma-Vesuvius, en «Quaderni de "La Ricerca Scientifica"», 114, vol. 8, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma 1987

Sigurdsson, Haraldur; Cashdollar, Stanford; Sparks, R. J. Stephen, The Eruption of Vesuvius in A.D. 79: Reconstruction from Historical and Volcanological Evidence, en «American Journal of Archaeology», vol. 86, 1982, pp. 39-51

ALBERTO ANGELA (París, 1962) es un paleontólogo, divulgador científico, presentador de televisión, periodista y escritor italiano. Licenciado en Ciencias Naturales, tras una larga actividad de excavaciones e investigación en África y en Asia, se dedica a tiempo completo a la divulgación. Es el creador de las series *Superquark* y *Quark Speciale*. Desde hace años presenta los programas de la televisión italiana *Passaggio a Nord Ovest* y *Ulisse, il piacere della scoperta*.

Ha escrito *Musei (e mostre) a misura d'uomo* y varios libros en colaboración con su padre, Piero Angela, entre los que destacan *Squali, Viaggio nel Cosmo, La extraordinaria historia de la vida: una gran aventura hacia los orígenes de nuestro planeta* y *La extraordinaria historia del hombre*. En solitario ha publicado, entre otros ensayos, *Un día en la antigua Roma, Amor y sexo en la antigua Roma, I tre giorni di Pompei* y *Gli occhi della Gioconda*. En 2020 comenzó una trilogía sobre el incendio de Roma.

Notas

[1] Es difícil establecer un tipo de cambio preciso, pero según muchos estudiosos de la época de Pompeya, un sestercio, que eran 4 ases, tenía un valor adquisitivo de unos 6 euros hoy en día, aunque no se mantuvo fijo. De hecho, incluso las monedas romanas estaban sujetas a fluctuaciones: solo cuarenta años más tarde, bajo el mandato de Trajano, el valor del sestercio había caído unos dos euros debido a una devaluación causada por la conquista de inmensas fortunas y minas de oro de la Dacia. < <

[2] Bebí de todo a demanda. *(N. del T.)*. < <

[3] En aras de la divulgación, en este libro hemos optado por utilizar términos diferentes, tales como nube o avalancha ardiente, simplificando deliberadamente un fenómeno complejo, con una dinámica interna aún por comprender… < <

[4] En Hawai, mientras filmábamos la lava que desembocaba en el mar, experimenté de primera mano esta extraña combinación de olores, y puedo garantizar que nunca se olvida… < <

[5] Es probable que muchos llevaran cascos en esos momentos. (N. del A.). < <